ANTONIO LEDESMA HERNÁNDEZ

CANUTO ESPÁRRAGO

Antonio José López Cruces (edit. lit.)

ÍNDICE

Primera parte

Capítulo I. -Miralmar
Id. II..... -Una familia patriarcal
Id. III..... -Canuto sin canutillo
Id. IV..... -La escuela de Don Facundo
Id. V..... -La Cárcel Modelo
Id. VI..... -El corral de la Pacheca
Id. VII..... -Los Peripatéticos
Id. VIII..... -La Samaritana

Segunda parte

Capítulo I. -La galera acelerada
Id. II..... -La Plaza de los Lobos
Id. III..... -La ciudad de flores
Id. IV..... -Reaparición
Id.V ..... -La condesita
Id.VI..... -El juicio final
Id. VII.... -*Memento homo*

Tercera parte

Capítulo I. -El Redentor
Id. II..... -El Templo de Themis
Id. III..... -El hombre de la piqueta
Id. IV..... -La maza de Salomón
Id.V ..... -El árbol de mal
Id.VI..... -Los tenebrudos
Id.VII..... -La gota de hiel
Id.VIII..... -Inri

Cuarta parte

Capítulo I. -*Parva domus*
Id. II.....-Rayo de sol
Id. III..... -El fracaso
Id. IV..... -El desafío
Id. V..... -A tu tierra, grulla
Id. VI..... -Miravilla
Id. VII..... -Idilios
Id. VIII..... -La Colonia Espárrago

Quinta parte

Capítulo I.-El desastre
Id. II..... -La regeneración
Id. III..... -La ciudad del hierro
Id. IV..... -Sor Ana
Id.V ..... -El ministro Valdepeñas
Id.VI..... -Visiones bíblicas
Id. VII.... -Leyes explosivas

Sexta parte

Capítulo I. -La revolución social
Id. II..... -El nuevo terror
Id. III..... -La intervención
Id. IV..... -Guerra a microbio
Id.V ..... -Canuto ministro
Id.VI..... -La peste en Miralmar
Id.VII..... –Redención
Id.VIII..... -Aquí yace un hombre

INTRODUCCIÓN

1. GÉNESIS DE LA OBRA.

En mayo de 1903, a sus 46 años de edad, el abogado, dramaturgo y poeta Antonio Ledesma Hernández (Almería, 1856 - El Ruiní, Almería, 1937),[1] estimulado por los afectuosos consejos de sus admirados Juan Valera y Menéndez Pelayo,[2] publica en dos volúmenes su primera novela, que lleva el curioso título de *Canuto Espárrago*, con el que el escritor trata de simbolizar la personalidad de "un hombre aislado, separado de los demás en ideas y sentimientos, recto y severo como ninguno",[3] de un Quijote que se enfrentará a los vicios de la sociedad española del momento.

En la portada figura una fotografía del autor, aviso inequívoco de que el contenido de la novela tendrá un marcado signo autobiográfico. Ledesma, defensor de las posiciones de la Iglesia y enemigo decidido de los republicanos anticlericales,[4] es por entonces una figura polémica en el panorama almeriense. En 1894 el sobrino de Nicolás Salmerón, Francisco Salmerón Martínez, procedió a denunciarlo injustamente ante los tribunales, y a la altura de 1903 el proceso sigue todavía abierto. El hecho de estar tantos años sentado en el banquillo de los acusados empieza a molestar vivamente al abogado, harto de que su honradez sea puesta en duda. El acusado siente que su paisano el abogado y político Nicolás Salmerón y Alonso ayuda a su sobrino influyendo desde la Corte sobre los jueces que vienen juzgándolo aviesamente en Almería. Además, su acusador hace tiempo que viene sometiéndolo a chantaje, exigiéndole diversas cantidades, que el abogado paga guardando prueba de ello.[5] La novela pretende, pues, reivindicar la persona y el buen nombre de su autor.

---

[1] Sobre el escritor, puede verse mi trabajo *Introducción a la vida y la obra de Antonio Ledesma Hernández (1856-1937)*, Instituto de Estudios Almerienses, Diputación de Almería, 1991, así como mi edición de *El Libro de los recuerdos (1856-1922)*, Instituto de Estudios Almerienses, Diputación de Almería, 1997, una selección de lo mejor de sus memorias. En esta Biblioteca Virtual "Miguel de Cervantes" hallará el lector mi edición de la segunda novela de Ledesma, *La nueva salida del valeroso caballero don Quijote de la Mancha* (Barcelona, 1905), y la de su ensayo regeneracionista *Los problemas de España* (Almería, 1898), que realicé junto a Rosa Úbeda Vilches y Celestina Rozalén Fuentes.

[2] Ledesma, que hizo en Madrid sus estudios de doctorado en Derecho (1876-1877) y que vivió en la Corte tras sus segundas nupcias (1888-1891), trató a Menéndez Pelayo, de su misma edad, y a Juan Valera en la tertulia que éste reunía los sábados por la noche en su casa, y a la que solían asistir, junto a políticos como Cánovas o Castelar y escritores como Zorrilla, Campoamor, Núñez de Arce o Emilia Pardo Bazán. Valera, con quien Ledesma habló por primera vez en 1876 en el Ateneo madrileño, hizo un informe, positivo, por encargo de la Real Academia Española sobre su libro *Poemas* (Almería, 1887). Publiqué una carta inédita de Valera a Ledesma, fechada el 15 de enero de 1905, en "Un epistolario inédito dirigido al escritor almeriense Antonio Ledesma Hernández", *Boletín del Instituto de Estudios Almerienses*, 6, Letras, pp. 36-37.

[3] "Canuto Espárrago", en *Mis obras y mis días*. Inédito. (Biblioteca "Francisco Villaespesa" de Almería).

[4] Abordé con detalle la relación de Ledesma con los republicanos, y en concreto con su jefe Nicolás Salmerón, en "Ledesma contra Salmerón", *Boletín del Instituto de Estudios Almerienses*, Letras, núm. 14, Almería, 1995, pp. 63-89.

[5] El proceso todavía estaba vivo a la altura de 1907. Véase el *Memorandum sobre la causa seguida a instancias de D. Francisco Salmerón Martínez contra D. Pedro Casciaro Lobato y consortes. Publicado en justificación propia por D. Antonio Ledesma Hernández*. Tipografía de J. Fernández Murcia, Almería, 1907, 44 pp. (Se conserva un ejemplar en la Hemeroteca "Sofía Moreno Garrido" de la Diputación Provincial de Almería).

Ledesma explicará su decisión de utilizar el género novelístico como arma para la lucha ideológica en la carta que dirige el 28 de febrero de 1905 a Menéndez Pelayo: "No creo conseguir éxitos ni me hago ilusiones: quédese aquello para los Galdós con sus *Electras*, que halagan las inconscientes pasiones de las muchedumbres y se ponen en la corriente volteriana de los engreídos chicos de la prensa. Ir contra eso es ser arrollado, o por lo menos silenciado, que es una de las peores formas de combate que adoptan contra los adversarios los grandes rotativos. / Pero entiendo que hay algo superior al medro personal en utilidad o renombre, y es el sacrificio por la verdad y el bien; y que, soldados defensores de estos altos principios, debemos dar batalla en el punto en que nos la presentan los enemigos; y si los Zolas,[6] los Galdós[7] y los Blasco Ibáñez[8] tomaron por reducto de combate la novela, porque sus fuegos penetran por todas las capas sociales, cada cual, en la medida de sus fuerzas, debe contrarrestar allí sus esfuerzos y llevar a lo más hondo de la entraña social el antídoto de aquel veneno."[9]

El abogado debió de empezar a escribir *Canuto Espárrago* en 1898, a raíz de la pérdida de las colonias,[10] justo después de la redacción de su ensayo *Los problemas de España*, y concluyó la novela cuando se anunciaban las elecciones municipales de abril de 1903, cuya limpieza pretendía garantizar Maura desde el ministerio de la Gobernación, lo que hacía temer a los partidos dinásticos un importante avance de las por entonces eufóricas fuerzas republicanas. La redacción de las distintas partes de la novela corre pareja a importantes acontecimientos y corrientes de la España de la época, que Ledesma seguía a través de la prensa con vivo interés, lo que explica el apasionamiento de muchas de sus páginas. Laten en la novela: la *Unión Nacional Republicana* de Salmerón y Azcárate, y las maniobras políticas de Lerroux y Blasco Ibáñez cerca del que fuera presidente de la República;[11] la propuesta de Antonio Maura

---

[6] Al cumplirse el aniversario del natalicio de Zorrilla, fallecido en enero de 1893, Ledesma pronuncia un discurso el 1 de febrero de ese año en el Círculo Literario almeriense, en el cual destaca el contraste existente entre los personajes de los *Cantos del trovador* y los de las novelas naturalistas del francés: "la licenciosa Naná, la criminal y abominable Teresa Raquín, el Santiago de *La bestia humana*", todos ellos "sin retórica ni ideal".

[7] En el cap. XXVII de *El libro de los recuerdos*, "Vox coeli", pp. 138-139, Ledesma se dirige así a los anticlericales: "Vuestro gran Galdós escribe novelas como *Electra* calumniando y disparates como *Casandra* blasfemando del Dios de los ricos y del Dios de los pobres, dos dioses que él inventa a su sabor para tener el gusto de maldecirlos y aplaudís a rabiar todos sus desatinos. (…) dispuestos a tomar el primer cartucho de perdigones que os den en la esquina de una redacción o a la puerta de un teatro donde haya un cartel de Galdós o de Dicenta". El drama social *Juan José* de Joaquín Dicenta (1863-1917) fue estrenado el 29 de octubre de 1895.

[8] El republicano Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928) publica en 1903, el año en que aparece *Canuto Espárrago*, su novela de tesis de tono anticlerical *La catedral*, que sin duda molestaría vivamente a Ledesma.

[9] Marcelino Menéndez Pelayo: *Epistolario*, edición de Manuel Revuelta Sañudo, Fundación Universitaria Española, Madrid, vol. X, p.262.

[10] Sobre el Ledesma de 1898, puede verse mi artículo "Un autor de la "Literatura del Desastre": Antonio Ledesma Hernández", en *La crisis de fin de siglo en la provincia de Almería: el Desastre del 98*, Diputación de Almería, Instituto de Estudios Almerienses, Almería, 2003, pp.161-172.

[11] Dichos movimientos han sido estudiados con agudeza por Javier Fornieles Alcaraz en *Nicolás Salmerón (Republicanos e intelectuales a principios de siglo)*, Zéjel editores, Almería, 1991.

de una "Revolución desde arriba";[12] el estreno de *Electra* de Pérez Galdós y el caso judicial de Adelaida de Ubao; la última subida al poder de Sagasta (marzo de 1901 - diciembre de 1902); las campañas de Canalejas en torno a la cuestión clerical y la reforma agraria; la denuncia por Joaquín Costa de la oligarquía y el caciquismo imperantes; el auge anarquista y las primeras huelgas generales, como la que en 1902 paralizó la ciudad de Barcelona; el miedo generalizado de la burguesía a la revolución social.

En la obra defiende Ledesma con decisión su fe cristiana y el catolicismo social que ya había defendido entre 1886 y 1893 en el Círculo Católico de Obreros almeriense,[13] fundado por el jesuita Antonio Vicent.[14] Asimismo refleja el abogado en la novela su defensa de la granadina Carmen Hernández, duquesa de Santoña, en sus pleitos por la herencia de su esposo el banquero Juan Manuel de Manzanedo y González de la Teja, marqués de Manzanedo, fallecido en 1893.[15]

Si en su ensayo regeneracionista *Los problemas de España*[16] Ledesma propone soluciones de índole práctica para el país y apoya el movimiento reformista emprendido por las Cámaras de Comercio, ahora intentará exorcizar con su novela un mundo hostil a las propias creencias, ideas y modos de vida. De manera apasionada y utilizando a menudo la ironía y el sarcasmo, denuncia la España que no le gusta, en la que son los "malos": masones, librepensadores, republicanos, anticlericales, maestros laicos, caciques, obreros huelguistas, funcionarios de justicia corruptos, políticos culpables de la pérdida de las colonias; y los "buenos": el pequeño burgués amigo del pueblo Canuto Espárrago, sus familiares y amigos, el cura de Torrecillas, Sor Ana y las monjas del Colegio de la Enseñanza, el obispo de Miralmar, o algún político que se salva de la general repulsa contra la política nacional. Junto a la Iglesia, el escritor ensalza especialmente al buen campesinado, aquel que es reacio a seguir las doctrinas comunistas, socialistas o anarquistas, que no frecuenta las tabernas, religioso y contrario a las huelgas, la revuelta violenta o la quema de conventos.

---

[12] Aunque Ledesma se dice perteneciente al "partido neutro" y vive ausente de la política de los partidos, no deja a menudo de señalar en sus escritos sus simpatías por el programa regeneracionista del político conservador, con quien comparte sus críticas al sistema político de la Restauración..

[13] Alentado por el obispo Orberá y el presbítero Bartolomé Carpente Rabanillo, fue su presidente el rico propietario Felipe Vilches. Ledesma complació al padre Vicent poniendo sus saberes jurídicos al servicio del Círculo.

[14] El jesuita valenciano Antonio Vicent (1837-1912) creó en Manresa en 1864 el primer Círculo Católico de Obreros, al que siguieron centenares de ellos por toda España; también el Movimiento de Asociación Obrera, la Acción Agraria Católica, la Hermandad Nacional de Propagandistas Sociales, el Consejo Nacional de la Acción Social Católica Española, y participó en las Semanas Sociales Españolas y en las Asambleas Diocesanas. Publicó, entre otras obras, *Sociología y anarquismo, Manual de las Escuelas de reforma social, La agremiación dentro y fuera de los Círculos de obreros, Cooperativismo católico, Las parábolas sociales*. Para la relación entre Ledesma y el padre Vicent, véase el cap. XXVIII, "En clausura", pp. 141-144, de *El Libro de los recuerdos*.

[15] Ledesma recuerda cómo trató en Madrid a la duquesa de Santoña en *El Libro de los recuerdos*, cap. XXXIII, "La duquesa", pp. 163-169. La defensa de la caridad que hace a lo largo de toda la obra, centrado en el personaje de la granadina María Josefa, parece inspirarse directamente en las numerosas acciones benéficas que llevó a cabo la duquesa: limosnas, hospitales, etc. Como le ocurrió a la duquesa de Santoña, la madre de María Josefa, la condesa del Salado, verá cómo su antigua fortuna se desvanece y se verá obligada a entablar pleitos que acabarán de arruinarla.

[16] Tipografía de J. Fernández Murcia, Almería, 1898, 35 pp. El folleto conoció hasta tres ediciones.

Canuto Espárrago -en cierto modo un *roman à clef*- conjuga en sus dos volúmenes la autobiografía, enfocada con humor y autoironía, la acerada sátira de los mundos político y judicial, la utopía y el ensayo de tinte regeneracionista con características propias de las novelas de caciques y de política-ficción.

En el capítulo de influencias hay que señalar ante todo la de Cervantes, pues sin el *Quijote* no habría nacido un personaje tan quijotesco como Canuto. En la aventura política de éste y en su denuncia del caciquismo parecen asomar las huellas de *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, publicada en dos tomos en 1898 por Ángel Ganivet, sobre todo del trabajo cuarto, "Pío Cid emprende la reforma política en España".[17] Si el granadino recogió en su novela muchas de las ideas expuestas en su *Idearium español* de 1897, Ledesma recoge muchas de las que ofrece en su ensayo de 1898 *Los problemas de España*. Sobre la sexta parte de la obra gravitan *Los Novios* de Manzoni y *Palabras de un rebelde* de Kropotkin. El estilo y la ideología presentes en *Canuto Espárrago*, novela de 1903, más que acercarse a la nueva narrativa que anuncian *La voluntad* de Azorín, *Amor y pedagogía* de Unamuno, *Camino de perfección* de Baroja y *Sonata de otoño* de Valle-Inclán, las famosas novelas de 1902, parece mirar hacia la novela realista del siglo XIX.

2. CONTENIDO DE "CANUTO ESPÁRRAGO".

La primera parte de la novela se abre con el nacimiento de Canuto, el protagonista de la historia, a mediados del siglo XIX, en el paradisíaco microcosmos de Miralmar (Almería), benéficamente regido por la clase media, apegado a la religión y ajeno a todo conflicto social. El padre del héroe, don Primitivo Espárrago, le adjudica pronto un importante destino: será abogado, restaurará el árbol genealógico de los Espárragos –venido a menos por sus actividades comerciales- y devolverá a su ciudad la dignidad que le arrebató el odioso caciquismo. El infante acude a la escuela de don Facundo, se enamora de Angelita, la hija de su maestro y, tras asistir al Instituto, donde hace amistad con el antiguo seminarista Barbas tristes, se halla preparado para comenzar una carrera universitaria.

La segunda parte recoge las andanzas del estudiante de Derecho en Granada. Son sus amigos Barbas tristes, que estudia Medicina, y Eduardito, con quien comparte galanteos cerca de la hermosa María Josefa, caritativa y religiosa joven de la aristocracia granadina venida a menos. Canuto visita a menudo a su amada Angelita, que desde la muerte de su padre reside en la ciudad, y, aunque Granada la bella le ofrece sobradas tentaciones, logra finalmente licenciarse en Derecho. Por su parte, Barbas tristes concluye con éxito la carrera de Medicina.

La tercera parte nos sitúa en plena Restauración. Los conservadores de don Antonio Vitroque (Cánovas del Castillo) y los liberales de don Mateo Tirabeque (Sagasta) se turnan pacíficamente en el poder. A las órdenes del último actúa en Miralmar el cacique Baltasar. Acompañado por Barbas tristes, Canuto marcha a la Corte para realizar su doctorado. Abogado y galeno tienen las primeras tentaciones de integración en una sociedad corrompida y padecen sus primeros desengaños. Tras comprobar en carne propia lo corrupto del mundo de la justicia (el esperpéntico ambiente de las Salesas es descrito con negras tintas), Canuto, desoyendo los prudentes consejos de su amigo, decide ingresar en la vida política, ya que desea ardientemente librar a su ciudad natal del yugo caciquil.

---

[17] En la edición de Laura Rivkin, ed. Cátedra, Madrid, 1983, pp. 257-340.

Tras buscar en vano el apoyo de los prohombres de los principales partidos, visita al jefe del partido republicano, su paisano el abogado *Salomón* (el Nicolás Salmerón de la novela, al que el autor someterá a un continuo ataque a lo largo de toda su obra), que suele hallarse rodeado de los miembros de su tertulia, *Los Tenebrudos*, krausistas de oscuro verbo.[18] El aspirante a diputado no concita precisamente la simpatía de éstos al opinar, señalando un ejemplar de *El Socialista*, que cuando la monarquía haya desaparecido, la República quizás no sea ya la solución idónea para el país. Barbas tristes gana la cátedra en unas reñidas oposiciones y luego ve cómo ésta le es arrebatada por la intervención de de un ministro a favor de otro miembro de la terna. Mientras tanto, Canuto se presenta como independiente en las elecciones de Miralmar y es derrotado por el cacique Baltasar, que se limita a manipular el censo. Para más inri, el diputado elegido es Paco, el hijo del cacique Baltasar. Por doquier parecen reinar el amiguismo, la corrupción y el engaño al pueblo.

La cuarta parte se inicia con un canto a la caridad, encarnada en la figura de la condesita María Josefa, cuya madre, la condesa del Salado, ha visto embargadas sus posesiones tras perder un pleito donde la parte contraria era defendida por el temible abogado Salomón. El ministro que birló la cátedra a Barbas tristes ruega a éste, ya famoso cirujano que lo opere a vida o muerte. Tras el éxito de la intervención, el médico sólo acepta como recompensa un acta de diputado para su amigo Canuto, que siente una apasionada vocación política. En las nuevas elecciones, el protagonista vence con sorprendente facilidad en el distrito de Miramejor. Ya diputado, lee ante el Congreso la respuesta al Discurso de la Corona, muy crítica con el sistema de la Restauración, lo que le vale la unánime condena de la Cámara y hasta un duelo. Lamentando haberse metido a *desfacedor* de entuertos, Canuto renuncia a su acta y regresa, desengañado, a su ciudad natal. Por entonces muere su padre y hereda el cortijo *Los Almendrales* en la sierra de Miravilla, a unas leguas de Miralmar. Mientras el zahareño Paco se prepara para suceder a su padre en el cacicato, Canuto, que ha podido comprobar de cerca las miserables condiciones de vida de los habitantes de la cercana Torrecillas, procede a autoexpropiarse sus tierras y a donarlas a los habitantes de este pueblo, que abandonan enseguida su lúgubre lugar para pasar a residir en casas aireadas y soleadas en la sierra de Miravilla. Casado ya con Angelita, que lo apoya en sus utópicos proyectos, Canuto lleva a cabo un ensayo de colectivismo agrario, de comunismo sentimental y fraterno: la *Colonia Espárrago*. Lejos del control estatal y regidos por los prudentes consejos de Canuto y del cura de Torrecillas, los campesinos se hurtan a la desagradable historia del país. Barbas tristes ha ganado con brillantez una segunda oposición, se ha casado con la costurera Rosalía y es médico del madrileño Colegio de San Carlos. Plenitud del idilio y la utopía para los dos amigos.

La quinta parte se abre con la España sin pulso que sigue a la pérdida de las colonias durante el verano de 1898, lamentable episodio al que se dedica el capítulo "El desastre". Tras el fracaso de la política de Velisla (Silvela), de nuevo sube al poder, con escándalo de Canuto, el viejo y astuto Tirabeque, culpable junto a Vitroque de la pérdida de las colonias. Para hacer olvidar su culpabilidad en el desastre, Tirabeque buscará distraer al proletariado con los señuelos del anticlericalismo y la sanción del derecho de huelga. En sus planes "regeneradores" no cabe la Colonia Espárrago, por lo que envía a ella el fermento de su disolución: el maestro don Arístides, al que acompaña su hija Virginia, para que implanten la escuela laica y atea. Pronto ambos chocan con el cura del lugar y la colonia se divide en *librepensadores* y *ultramontanos*. Por atacar el cura desde

[18] La tardía sátira que del lenguaje krausista hace Ledesma puede incorporarse a las que presenta Juan José Gil Cremades en su libro *Krausistas y liberales*, Madrid, 1975, pp. 123-246.

el púlpito a los liberales, se le abre proceso. En medio de una atmósfera de fuerte anticlericalismo, consecuencia del estreno en Miralmar de la *Electra* galdosiana, Canuto y sus amigos religiosos son acusados de secuestro por el maestro don Arístides. Y es que Virginia, expulsada de su casa por su padre, tras ser sorprendida en una procesión, ha corrido a refugiarse en el Convento de la Enseñanza, donde reside Sor Ana, la sobrina del cura, novicia cercana a profesar, su amiga y su iniciadora en las delicias de la religión y la vida conventual, que logrará finalmente su conversión. Mientras el cura explica el caso al buen obispo de Miralmar, Canuto visita en la Corte al ministro de Gracia y Justicia, Valdepeñas (Juan Montilla), antiguo amigo de estudios universitarios. Y aunque éste le asegura que se ocupará del asunto, poco después promete a Salomón actuar en contra de los clericales de Miralmar que raptaron a la hija de don Arístides. Canuto visita a Barbas tristes, que le habla de su fe en la futura redención de la Humanidad gracias a la ciencia. Cuando llega a su patria chica, el héroe descubre, sorprendido, que el juicio contra él y sus amigos continúa abierto, y tiene ocasión de comprobar la saña con que lo atacan los representantes de la justicia local, guiados desde la Corte por Salomón. Además, pronto el poder arruina la Colonia: le arrebata los montes comunales de Torrecillas, y vuelve a enviar al recaudador de impuestos y al que se lleva a los quintos, con lo que la Colonia recibe el golpe de gracia.

La sexta parte muestra el triunfo en España de la revolución social violenta, lo que supone de paso el fin del juicio contra Canuto y sus amigos. El espíritu anarquista de los seguidores de Kropotkin sopla por doquier, y el caos y la violencia se generalizan.[19] El fundador de la Colonia Espárrago es respetado por el pueblo, que lo sabe su amigo. A las puertas del convento de la Enseñanza don Arístides se pone en ridículo ante las masas al contar su hija toda la verdad sobre su supuesto secuestro. Los poderosos, que han emigrado, preparan su apoyo a una intervención extranjera que acabe con la España comunista, socialista y anarquista, y cuentan para ello con Salomón, hombre de ideas moderadas. La Revolución se defiende con éxito de la prepotente invasión extranjera mediante la "guerra a microbio". Tras la firma de la paz, Canuto defiende, en la Convención que ha de aprobar La gran Constitución social, un socialismo cristiano y fraterno, basado en el amor, el deber y la justicia, y es elegido mandatario de la gobernación -antes *ministro*-, cargo que ejerce en una política de puertas abiertas a todos y desde el que realiza una serie de generosas reformas, a la vez que desvía a las masas de cualquier amago de anticlericalismo. Barbas tristes lo auxilia en sus ambiciosos proyectos sociales, sintetizados en la frase "Cultiva tu jardín y llena tu despensa". Pero el idilio político se ve truncado cuando, como secuela de la guerra a microbio, llega a Miralmar la peste -reflejo en la novela del cólera que invadió Almería en 1885, ocasión en la que el

[19] En el número 7 de la revista madrileña *Alma española*, del 20 de diciembre de 1903, Pío Baroja presenta un "divertimento futurista" parecido al que Ledesma ofrece en la sexta parte de su novela: "La República del año 8 y la intervención del año 12". Muerto Sagasta, los partidos dinásticos fragmentados no logran evitar que en septiembre de 1907 se proclame la República. Salmerón y Costa serán sus presidentes. Tras sucesivos gobiernos presididos por Azcárate, Labra, Ramón y Cajal y Lerroux-Blasco Ibáñez, la situación político-social se deteriora de tal modo, que el gran Weyler se subleva declarando el estado de sitio y reprimiendo a los revolucionarios. Su comportamiento en el poder es tan torpe, que pronto provoca la intervención de potencias extranjeras (Francia e Inglaterra), viéndose obligado a dimitir. Señala el escritor vasco: "Casi todos los españoles suponemos que si ha de pasar en España algo, será parecido a esto: anarquía, desorden, barbaridades, líos". Y saca como conclusión: "una orientación y una autoridad, o lo que es lo mismo, una Dictadura inteligente. Es lo que se necesita aquí, y nada más" (Cecilio Alonso, *Intelectuales en crisis. Pío Baroja, militante radical (1905-1911)*, Instituto de Estudios "Juan-Gil Albert", Alicante, 1985, p. 245).

obispo Orberá[20] y el clero almeriense tuvieron un comportamiento ejemplar-, la cual es descrita por Ledesma a partir de la peste de Milán narrada en *Los Novios* de Manzoni. El maestro don Arístides, salvado de la muerte por Canuto y sus amigos religiosos, es cuidado amorosamente por sor Ana. Lo que no impedirá que, ya restablecido, atente contra Canuto a la salida de un Te Deum de acción de gracias por la desaparición de la peste. La gran obra reformadora del pacificador y encauzador de la sangrienta revolución, del soñador de utopías, queda así trágicamente cortada. El testamento de Canuto es un canto al cristianismo, al que se considera única religión verdadera. Muerto el héroe, oímos la voz del narrador, que expresa su temor a que el país pueda desembocar en una República como la francesa, en la que se prodiguen los escándalos y la corrupción y se persiga con saña a la Iglesia.

3. "CANUTO ESPÁRRAGO" ANTE LA CRÍTICA.

Ledesma envió *Canuto Espárrago* a su admirado Menéndez Pelayo: "De este coloso conservo yo una carta, muy lisonjera, sobre la impresión que le produjo mi novela". Aunque la misma no se conserva, el escritor recogió estas palabras de elogio del erudito santanderino contenidas en dicha carta: "No hago críticas para los periódicos y siento no enviar a ellos mi opinión del todo halagüeña para V. Su novela hace a ratos reír, muchas veces sentir y no pocas pensar. El que logra esto ya ha conseguido mucho."[21]

El periódico almeriense *La Crónica Meridional* da la noticia de la salida de la novela *y* ofrece a sus lectores los días 18, 19 y 20 de junio el capítulo III de la Cuarta parte, "El fracaso". Según el diario, el libro está llamado "por su originalidad y su atrevida tesis a despertar extraordinario interés y suscitar acaloradas discusiones".

El abate francés François Chovet, que solicitó a Ledesma permiso para traducir su novela al francés, le envía un número de la revista *La Croix* en el que da cuenta de las tres conferencias que pronunció en Limoges sobre los problemas políticos y sociales presentes en la obra. El escritor asegura orgulloso: "Cuando tantas obras folletinescas traducimos del francés y nos entretienen, es orgullo para mí haber podido traspasar con ésta los Pirineos".[22]

Por su parte, *El Diario Universal,* periódico liberal nacido a inicios de 1903 en Barcelona, reseña la novela el 18 de agosto. Cree modesto el título para una novela hermosa, obra de un pensador profundo. Destaca el realismo con que se recoge la vida provinciana o el idealismo "sugestivo, poético o encantador" de otros capítulos. El héroe choca en Madrid con la dura realidad y sus sueños se van a ir deshaciendo: Voltaire en *L´Ingenu* no pintó mejor las sorpresas de un hombre que no conoce la vida y se ve juguete de las pasiones. Y se elogia la valentía del escritor al retratar a los políticos españoles: "sus nombres resultan algo variados; pero sus señas son tan exactas que el lector los suple sin gran trabajo (…) Y sin piedad los pone en la picota, los juzga, y les

---

[20] José María Orberá y Carrión (1817-1886), obispo de Almería desde 1876 hasta su muerte. Véase la biografía de Juan López Martín *D. José María Orberá y Carrión. El mártir de Cuba. El obispo de Almería* (Almería, 1987).

[21] "Nuestros políticos", del volumen inédito *Política y Sociología* (Biblioteca "Francisco Villaespesa" de Almería).

[22] "Canuto Espárrago", del volumen inédito *Mis obras y mis días* (Biblioteca "Francisco Villaespesa" de Almería).

dice las verdades que están en la conciencia de todos y que nadie se atreve a decir. En nada se detiene, juzga hechos, retrata vicios, narra arbitrariedades, robos, abusos... lo que nadie se había atrevido a hacer." El libro quedará, pero tendrá muchos enemigos "que lo combatirán con todas las armas, desde la censura hasta el silencio (…) será apasionadamente denigrado y si no lanzan contra él la excomunión, lanzarán el anatema de los que se ven retratados en sus brillantes páginas (…) todos los vicios se combaten por igual, y no faltan elogios al que los ha merecido".

En el *Diario de Albacete*, en la tardía fecha 15 de noviembre de 1910, Abraham Ruiz asegurará que *Canuto Espárrago* es obra de un novelista, "pero es fruto también del crítico, y del hombre de ciencia, y del sociólogo iniciado en todos los problemas que afectan a la patria española". La obra traza "una verdadera historia de la política contemporánea haciendo desfilar, en el doble aspecto de lo que eran y lo que parecían, a todos aquellos hombres en quienes el país creyó ver los regeneradores de la patria."

Pero fue don Juan Valera, al que por estar ya ciego leería quizás la obra su secretario don Pedro de la Gala, quien dedicó mayor atención a *Canuto Espárrago*. Estudió la novela en una serie de cinco artículos aparecida en *La Ilustración Española y Americana* los días 8, 15, 22 y 29 de febrero y 27 de marzo de 1904, que tituló "La terapéutica social y la novela profética".[23] Aunque el cordobés confiesa que la obra le ha interesado, señala, utilizando su zumbona ironía, los aspectos más criticables que encuentra en ella: las exageradas denuncias sobre la corrupción del sistema político; "la deliciosa, cristianísima y ejemplar Arcadia" que es la Colonia Espárrago; las horribles caricaturas de Cánovas y Sagasta; el odio a los republicanos y en concreto a su jefe, Nicolás Salmerón; el anticlericalismo pintado en sus páginas; el excesivo apasionamiento de los momentos de la Revolución social (la sexta parte de la novela), cuando comienza lo que Valera denomina" la novela profética o del porvenir"; el macabro chiste de la "guerra a microbio", episodio que le parece especialmente inquietante; la fácil "glorificación del cristianismo" en el episodio de la peste en Miralmar. La novela, concluye el autor de *Pepita Jiménez*, aun en los pasajes en que no interesa, conmueve, divierte o sorprende. Como *Oriente* de Ortiz de Pinedo, que también critica en los artículos citados, *La busca* de Pío Baroja y tantos "libros terapéuticos o regeneradores" como proliferan en la España de principios del siglo XX, *Canuto Espárrago* le parece excesivamente tendencioso y pesimista. Se trata, en fin, de un "disparate divertido".

Ledesma, que envió su obra a políticos de la talla de Segismundo Moret o Antonio Maura, dejó escritas estas palabras sobre la misma en el capítulo inédito "Renovación de España" (III, 8) de sus memorias *El libro de los recuerdos*: "Todavía después de aquella remota fecha [1898] y también antes de que Maura pronunciase sus catilinarias en los mítines del Teatro Real y de la plaza de toros, imaginé un personaje novelesco de altos vuelos y nobles propósitos que, llegando al Parlamento español, denunciaba como diputado esos vicios y concupiscencias, proponiendo remedios a los males internos de la patria. (…) Don Juan Valera, que me hizo el honor de escribir y publicar en *La Ilustración Española y Americana* siete[24] artículos críticos sobre mi novela, decía en ellos refiriéndose a la oración parlamentaria del diputado Espárrago que ni Demóstenes ni

[23] Pueden verse dichos artículos en las *Obras completas* de Valera, t. II, ed. Aguilar, Madrid, 1961, pp. 1136-1153.

[24] En realidad fueron cinco y Valera dedicó en ellos también su atención a la novela *Oriente* de Ortiz de Pinedo.

Cicerón habían pronunciado jamás discurso tan elocuente.../ Hago gracia aquí suprimiendo este discurso para que no se note la hipérbole del ilustre Valera".

4. CRONOBIOGRAFÍA DE ANTONIO LEDESMA HERNÁNDEZ

1856. Nace en Almería el 15 de noviembre. Hijo de Ramón Ledesma Crehuet y Encarnación Hernández Martínez.
1864. Asiste al colegio de primera enseñanza del maestro Pantaleón Cayetano Martín Aguado.
1865. A consecuencia del cólera, muere su hermana Pepita, y él mismo cae gravemente enfermo.
1870. Se le expide el título de Bachiller en Artes el 22 de septiembre. Comienza sus estudios universitarios de Derecho en Granada.
1872. Inicia el tercer curso de Derecho en la Universidad de Sevilla.
1873. Asiste junto a su padre al bombardeo de Almería por la escuadra del cantón de Cartagena. Padece una tisis galopante.
1874. Visita el balneario francés de Eaux-Bonnes, del cual regresa prácticamente curado.
1875. Su padre lo redime del servicio militar. Se licencia en derecho civil y canónico por la Universidad de Granada.
1876. Es secretario del Ateneo almeriense, que ayuda a crear. Viaja a la Corte para realizar el doctorado. Frecuenta la Biblioteca y el Salón de Actos del Ateneo de la calle de la Montera, así como su *Cacharrería*.
Asiste a las tertulias de los cafés *Suizo* e *Imperial*. En el último comparte mesa con Pedro Antonio de Alarcón, Manuel Paso, José Salvador y Salvador o Antonio Grilo. Conoce a Zorrilla.
1877. Consigue el doctorado en Leyes y regresa a Almería.
1878. En Almería abre bufete y academia de Derecho. En una velada literaria del Ateneo da conocer su poema *A Roma*.
1879. Colabora en la *Revista de Almería*. Es premiado en un certamen convocado por el Ateneo almeriense. Contrae matrimonio con Ventura Uruburu Fernández.
1880. Es nombrado vicepresidente de la sección de Ciencias morales y políticas del Ateneo. Muere su esposa al dar a luz a su hija Ventura.
1881. Se adscribe al partido demócrata-dinástico de Segismundo Moret. Lee en el Ateneo su discurso *Las formas de gobierno*. Tras morir su padre, rechaza la vacante dejada por éste en la secretaría del Ayuntamiento. Publica *El pesimismo de Leopardi*.
1882. Dirige el periódico *La Democracia Monárquica*. Lee en el Ateneo el discurso *El pesimismo moderno*. Durante todo el año lleva a cabo una intensa actividad política.
1883. Publica su traducción del primer libro de *La peregrinación de Childe-Harold* de lord Byron. estrena el drama *Bienaventurados los que mueren*. Se frustra su oportunidad de ser diputado a Cortes. Lee en el Ateneo su discurso *El problema religioso*.
1884. Se distancia de Moret. Jefe de los demócratas-monárquicos almerienses partidarios de la Constitución de 1876.

1885. Vicepresidente del Ateneo y presidente de su sección de Ciencias morales y políticas. Huyendo del cólera, se refugia con su hija en un cortijo de Sierra Alhamilla.
1886. Publica en *La Crónica Meridional* de Almería sus *Cartas a un obrero. Sobre el libre pensamiento*. Abogado del *Círculo de Obreros Católicos de Almería*, que acaba de fundar el padre Antonio Vicent con su apoyo. En la prensa se habla con sarcasmo de su *conversión*. Lee en el Ateneo su comedia *El primer pleito*.
1887. Publica Poemas, primer volumen de una proyectada *Biblioteca de Autores Almerienses*. Lee en el Ateneo su discurso *Si es posible una paz entre las naciones*.
1888. Contrae segundas nupcias con Magdalena Benítez Duimovich.
1889. Da una serie de conferencias en el Círculo de Obreros Católicos de Almería sobre la cuestión social. Reside en Madrid hasta 1891. Frecuenta la casa de Juan Valera y hace también amistad con Marcelino Menéndez Pelayo.
1891. Estrena en Almería su drama *Los dos materialistas*. Fija su residencia de nueva en su ciudad.
1892. Presidente del Círculo Literario y Científico de Almería.
1893. Lee en el Ateneo su discurso *Zorrilla* en homenaje al poeta, fallecido este año. Participa en las actividades del Sindicato de Sierra Almagrera. Es propietario de las minas *Virgen del Mar* y *Los Placeres*.
1895. Toma a su cargo la defensa de la duquesa de Santoña en su pleito con la hija del marqués de Manzanedo, por la herencia de éste.
1896. Mantenedor de los primeros Juegos Florales, que organiza el Círculo Literario de Almería.
1897. Flor natural de los Juegos Florales almerienses por su *Canto a Grecia*.
1898. Publica el ensayo de tinte regeneracionista *Los problemas de España*. Prologa *Ensayos literarios*, primer libro de Carmen de Burgos Seguí (futura *Colombine*).
1901. Flor natural en los Juegos Florales de Calatayud. Es Mantenedor de los mismos el novelista Jacinto Octavio Picón, a cuya hija, María, elige Ledesma como reina de la fiesta.
1903. Publica en Almería su novela *Canuto Espárrago*. En su discurso de clausura de la Exposición Artística, discute algunos planteamientos hechos por el mantenedor de los Juegos Florales almerienses de este año, Miguel de Unamuno.
1905. Publica en Barcelona su novela *La nueva salida del valeroso caballero don Quijote de la Mancha*, con motivo del III centenario de la aparición del *Quijote*.
1907. Publica un *Memorandum* en el que narra los pormenores de la causa que durante muchos años ha venido siguiendo contra él Francisco Salmerón, sobrino de Nicolás Salmerón.
1908. Consigue las flores naturales de los Juegos Florales de Lorca, Málaga y Almería.
1910. Estrena en Almería su drama *Sangre azul*, que publica en Madrid.
1912. Es entrevistado por su amigo el escritor y abogado republicano José Jesús García para el diario *El Radical* de Almería.
1913. Participa en los homenajes a Francisco Villaespesa, por sus triunfos teatrales *El Alcázar de las perlas* y *Aben-Humeya*. Pronuncia un discurso en un mitin del partido liberal almeriense, que preside su hermano Ramón.
1914. Publica en el diario católico *La Independencia* una serie de artículos sobre la guerra europea. Partidario de la neutralidad de España, aunque sentimentalmente germanófilo.
1915. Continúa la publicación de sus artículos sobre la guerra europea en *La Independencia*.
1916. Se estrena su *Canto a Almería*, que es declarado himno oficial de la provincia.
1922. Concluye de dictar sus memorias, que titula *El Libro de los recuerdos*. Ya está prácticamente ciego a causa de un glaucoma.
1937. Fallece el 9 de agosto en El Ruiní (Almería) de muerte natural.

LA EDICIÓN

La presente edición facilita a los lectores el acceso a una novela aparecida hace ahora algo más de un siglo, en una época decisiva para la evolución de la narrativa de nuestro país, y que no ha sido reeditada desde entonces. Reproduzco el texto de los dos tomos, de 242 y 289 páginas respectivamente, impresos en los primeros meses de 1903 en la tipografía almeriense de J. Fernández Murcia, calle Mariana 5, y que se conservan en el Archivo Municipal de Almería. Al frente de la novela, Ledesma, que formaba parte de la recién creada Sociedad de Autores, hace constar: "Es propiedad del Autor y quedan cumplidos los requisitos para garantizarla". Al final de cada tomo figura una fe de erratas. Modernizo la acentuación y la puntuación y corrijo los errores ortográficos, presentes sobre todo en galicismos y anglicismos.

A. J. L. C.

CANUTO ESPÁRRAGO

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Miralmar

En el tiempo en que comienza esta verídica historia, la ciudad de Miralmar, que si no figura en las cartas geográficas bajo este nombre no es tampoco creación de la fantasía como la del Sol de Campanella,[25] estaba formada por blanco y humilde caserío, encerrado en un cinturón de terrosas murallas, vigilado de trecho en trecho por torreones y defendido por dos castillos árabes que, desde dos opuestos cerros, dábanse la mano sobre ella con escalonadas atalayas.

---

[25] *La ciudad del sol* (*La città del Sole*) o *Diálogo de República*, del dominico italiano fray Tommasso Campanella (1568-1639).

Una plaza de antiguos juegos de cañas,[26] convertida en mercado, con soportales oscuros; una casa Ayuntamiento con alta torre sustentando un reloj paralítico; tres conventos con sendas y amplísimas huertas, donde frailes dominicos, franciscanos y agustinos paseaban sus capuchas y hacían sus meditaciones; algunos templos pobres de santos, mas no de devotos, y una catedral de portada corintia, de arcadas ojivales, solada de cantería, con un coro de buena talla y un altar mayor rodeado de Apóstoles de alabastro, componían los lugares y monumentos más salientes de aquella villa, elevada a capital de provincia por obra y gracia de la *Gaceta* de Madrid.[27]

En torno de los tres conventos desparramábanse las modestas casas, se entrecruzaban las calles y las callejuelas, se tejía la red de ese pólipo que llamaban los romanos *urbs*, para distinguirle de la *civitas*, como el cuerpo de distingue del alma. Rodeado todo de murallones, hubiera podido decirse que allí se veía no una ciudad, sino la célula de un pueblo futuro con un nucléolo y sus envolturas, una metrópoli en embrión, que desenvolvería sus fuerzas latentes y desarrollaría su organismo cuando rompiese esas ataduras y avanzasen hacia el mar y la vega sus edificaciones.

Pero esto, que constituía el tema del porvenir para algunos conspicuos miralmarenses, no despertaba el afán de la multitud. A la sazón, la única realidad que tenía ante sus ojos era aquella pobre y ruin amalgama de muros de cal y ladrillo, muy blanqueados, muy deslumbrantes al sol, con ventanas abiertas según la comodidad de cada vecino y no conforme a reglas de ornato, con huertecillos donde se balanceaban los plátanos, y con frescos patios adornados de macetones, que templaban el ardor de los terrales[28] y defendían del bochorno a los moradores, en los días del verano calurosísimo.

La población, la *civitas*, como antes dije, era de condición indolente y perezosa.

No en vano habían pasado por allí los turbantes árabes, el fatalismo del Corán y los ojos entornados de las odaliscas. Aún en el campo andaban los labriegos con zaragüelles; todavía en las huertas rodaba la noria de arcaduces de barro y se alzaba la ondulante palmera para dar sombra al paseante distraído. La sangre del Yemen hervía en las venas de aquellos herederos del Zagal[29] para encender las pasiones, no para mover las fibras de la actividad productora, y hombres y mujeres padecían la nostalgia del terruño, querían vivir y morir allí, contemplativos y vegetantes, ni envidiosos de las riquezas del mundo, ni envidiados en su *dolce far niente*.[30]

Ellas eran hermosas sobre toda ponderación. Magníficos ojos negros iluminaban

---

[26] La Plaza Vieja de Almería, plaza de los mercados y de las fiestas en la Almería musulmana, zoco y coso. Los cristianos la llamaban en sus documentos "Juego de Cañas", "Plaza de los Moros" y "Plaza del Mercado" (J. A. Tapia Garrido, *Almería piedra a piedra. Biografía de la ciudad*, cap. XXIV,"La Plaza Vieja", Almería, 1970, p. 139). El juego de cañas enfrentaba a dos equipos de hombres a caballo que se perseguían mutuamente lanzándose cañas a la espalda. Cuando un caballero era tocado por una caña, debía retirarse.

[27] Una Real Orden de 29 de febrero de 1833 crea la provincia de Almería, que deja de pertenecer al reino de Granada.

[28] *terrales*: vientos que vienen de la tierra.

[29] Muley Abdalá El Zagal, tío de Boabdil, que acabó rindiéndose a los Reyes Católicos, entregándoles Guadix y el Zenete.

[30] *dolce far niente*: dulce holganza.

sus rostros de gloria, largos cabellos caíanles como mantos reales y a la blancura alabastrina de sus carnes uníanse el modelado perfecto de sus formas. He conocido ejemplares que, a los sesenta años, aún inspiraban amor y conservaban atractivos, como Ninon de Lenclos.[31] La raza ha ido con los cruzamientos degenerando, pero todavía, cuando alguna descendiente de aquellas diosas humanas da el salto atrás, resulta a las miradas del *homo sapiens* un pasmo que... ni el de Sicilia.[32]

En cuanto a ellos, eran nobles, caballerescos, enamoradizos y románticos. El pueblo bajo, como siempre, llevaba la carga del trabajo y de las miserias. Los hidalgos y los burgueses, que encontraban también pergaminos y sangre azul revolviendo sus árboles genealógicos, cuidábanse solo de llevar una vida cómoda y pacífica. Tantear las musas, requebrar doncellas, organizar fiestas en su Teatro[33] y Liceo,[34] acudir a las citas de la Glorieta,[35] como a las alamedas del Retiro los personajes de *Jugar con fuego,*[36] todo eso, aparte de administrar la hacienda propia sin aumentarla ni disminuirla y de oír misa entera con devoción, era el quehacer de la juventud dorada de Miralmar y aun de la vejez verde y remozada, que le disputaba en ocasiones el puesto.

Corrían los tiempos dichosos de las zarzuelas de Olona[37] y Gaztambide,[38] y cabezas y corazones estaban impregnados de aquel romanticismo musical que hacía a los paletos recién llegados de la Villa y Corte enamorar duquesas en un santiamén, y a cualquier oficial de los tercios reales poseer talismanes y secretos que le convirtiesen en árbitro de la política palaciega, hasta alcanzar la mano de su dama de alta alcurnia.[39] Que se quiera que no, entre el teatro y la vida real hay un flujo y reflujo constantes y así como nuestros dramas clásicos sacaron de nuestra vida nacional la médula de sus personajes, las representaciones románticas llevaron a la vida sus fantasías y al descansado espíritu de los miralmarenses sus idealismos y ficciones. Por eso jugaba con fuego a la continua aquella pequeña, pero distinguida sociedad de Miralmar, y no había

---

[31] Célebre cortesana francesa (1615-1705).

[32] "El Pasmo de Sicilia" fue denominado popularmente el cuadro de Rafael Sanzio *Caída en el camino del Calvario*, por corrupción del nombre de su lugar de procedencia: el convento de Santa María "dello Spasimo" en la ciudad siciliana de Palermo.

[33] El primer teatro que existió en Almería fue el *Teatro Principal* o *de Campos*, inaugurado en 1828 en la calle del Dr. Gómez Ulla.

[34] El Liceo Artístico y Literario de Almería nació el 13 de abril de 1843 con el fin de contribuir al desarrollo de la ilustración de la sociedad burguesa de esta provincia.

[35] "El 4 de junio de 1856 se abrió la calle que entonces llamaron de San Francisco, luego de San Pedro, después de la Glorieta, por último de Castelar" (J. A. Tapia Garrido: Almería, piedra a piedra. Biografía de la ciudad, cap XLVI, "El Paseo", p. 261).

[36] Zarzuela del compositor y musicólogo Francisco Asenjo Barbieri (1823-1894). Se estrenó en el *Teatro del Circo* de Madrid el 6 de octubre de 1851.

[37] El malagueño Luis Olona (1823-1863), autor de *El secreto de la reina, El valle de Andorra, La cotorra, El hijo de familia (El lancero voluntario), Catalina, El sargento Federico, El amor y el almuerzo, Los magyares, Amar sin conocer, El juramento*

[38] El compositor y director de orquesta navarro Joaquín Romualdo Gaztambide y Garbayo (1822-1870), autor de *La mensajera, Una vieja, El valle de Andorra, La conquista de Madrid, En las astas del toro.*

[39] Posible alusión a la novela de Walter Scott *El talismán* (1825). Su protagonista, el caballero escocés Kenneth, el caballero Leopardo, logrará al fin casarse con Edith Plantagenet.

estudiante que no esperase ver a su duquesa de Medina,[40] o que no soñase ser llamado algún día, por artes sutiles, a los Consejos de la Corona. La utopía era la característica de aquellas clases acomodadas, que en el aislamiento dichoso en que yacían no juzgaban de la vida real de los grandes centros, más que por las comedias, novelas y poesías entonces en boga. "El Trovador," "Venganza catalana",[41] "Los amantes de Teruel"[42] y el "Don Álvaro",[43] "El Diablo Mundo" de Espronceda[44] y su "Estudiante de Salamanca",[45] que se hacía representable por jóvenes aficionados, en el punto de aquellos coloquios de los jugadores y de Don Diego de Pastrana;[46] las leyendas de Zorrilla y su "Tenorio", siempre dispuesto a conquistar novicias y repartir estocadas; las traducciones que corrían de mano en mano de Walter Scott,[47] Víctor Hugo[48] y Eugenio Sue,[49] y la literatura por entregas de Fernández y González,[50] Pérez Escrich,[51] Ortega y Frías[52] y tantos otros mantenían en constante tensión hacia lo imaginario aquella juventud melenuda, aquellos hidalgos linajudos, aquellos pacíficos propietarios que vivían de sus rentas, y sobre todo aquellas hermosas mujeres que, contemplando sus

[40] La joven viuda que protagoniza *Jugar con fuego* de Asenjo Barbieri, que acaba casándose con su amado Félix.

[41] Obras de Antonio García Gutiérrez (1813-1884), estrenadas en 1836 y 1864, respectivamente.

[42] Drama en verso de Juan Eugenio de Hartzenbusch (1806-1880), representado en 1837.

[43] El drama *Don Álvaro o la fuerza del sino*, de Ángel Saavedra, duque de Rivas (1791-1865), estrenado en 1835.

[44] El poema inconcluso *El diablo mundo* (1841) de José de Espronceda (1808-1842).

[45] La leyenda *El estudiante de Salamanca*, de 1839.

[46] De la tercera parte de la obra, del cuadro dramático en que intervienen don Félix de Montemar, don Diego de Pastrana y seis jugadores más, que comienza:"En derredor de una mesa / Hasta seis hombres están". En el cap. III, "Plana de segunda" de *El libro de los recuerdos*, p. 28, Ledesma, recordando su estancia en la escuela de don Cayetano Martín Aguado, asegura: "representábamos comedias y hasta las arreglábamos a nuestra peculiar escena. / Así, hicimos representable *El estudiante de Salamanca*, con el cuadro de los jugadores de don Félix de Montemar y del embozado don Diego de Pastrana".

[47] El escritor británico Sir Walter Scott (1771-1832), que popularizó novelas históricas como *Waverley, El anticuario, La novia de Lammermoor, Bob Roy, Ivanhoe, Kenilworth, Quintín Durward, El talismán.*

[48] Víctor Hugo (1802-1885), el autor de *Nuestra Señora de Paris* (1831) y *Los Miserables* (1862).

[49] El novelista francés Eugene Sue (1804-1857), autor por excelencia del género folletinesco en obras como *Los misterios de París* (1842-1843) o *El judío errante* (1844-1845).

[50] El sevillano Manuel Fernández y González (1821-1888), autor a lo largo de su vida de más de 170 novelas históricas, de folletín y de crímenes, como *La Dama de noche, La sombra del gato, Los grandes infames, Luz y sombra, historia de un hijo natural,* Los *siete Niños de Écija, Diego Corrientes, Los piratas callejeros, El guapo Francisco Estevan, El Rey de Sierra Morena, José María, La Sangre del pueblo*.

[51] El valenciano Enrique Pérez Escrich (1829-1897), cuyas novelas están llenas de moralidad, religiosidad y sensiblería: *El frac azul, El cura de aldea, El Mártir del Gólgota, La mujer adúltera, La perdición de la mujer, Los Ángeles de la Tierra, El pan de los pobres, El Ángel de la Guarda, La Hermosura del Alma.*

[52] El granadino Ramón Ortega y Frías (1825-1889), autor de un centenar largo de novelas por entregas. Citemos sólo algunas*: El Caballero Relámpago, Guzmán el Bueno, El Peluquero del Rey, El Tribunal de la Sangre, Las justicias de Felipe II, Rostros blancos y conciencias negras, El Hijo pródigo, Víctimas y verdugos, Los libertinos, Honor de esposa y corazón de Madre, El testamento de un conspirador, La casa de Tócame-Roque.*

gracias en los espejos, encontrábanse más dignas de rendir corazones y de ceñir coronas improvisadas que las damas descritas por esas plumas fantaseadoras.

A tal condición uníase otra que contemplaba el carácter de la clase media de Miralmar: el fanatismo religioso, o más bien una exterior devoción exagerada. Por algo hacían sus nidos de piedra con grandes arcadas, en amplios claustros y en el centro de la ciudad, frailes de distintas órdenes, y las iglesias alzadas después de la Reconquista sobresalían con sus severas torres entre aquellos grupos de edificios. Con ellos, el área de los tres conventos, la Catedral, coronada de aspilleras como feudal castillo, el Seminario a un lado de ésta y el Palacio episcopal frente por frente,[53] ocupábase más de la mitad de la superficie de la antigua villa, amén de lo que robaban al desarrollo de su población murallones y atalayas, alcazaba y castillos moros.

En la casa solariega de escudo heráldico conservábanse por tradición las prácticas devotas: oíase misa de alba, orábase el Ángelus, echaba la bendición el padre al sentarse a la mesa, y se rezaba el rosario al oscurecer. Pasar sin santiguarse ante el pórtico de un templo, no descubrirse al encuentro de un sacerdote, no besar el anillo al señor obispo cuando salía de paseo con sus familiares, no ofrecer la desvencijada galera o carretela al párroco conductor del Viático en la vía pública hubieran sido graves desacatos y aun pecados horribles que jamás hubiese cometido vecino alguno de Miralmar.

En cuanto a los frailes, dividíanse las opiniones: mirábanles media docena de progresistas, lectores de Ayguals de Izco,[54] con ojeriza y los moderados con halago; considerábanles aquéllos como parásitos inútiles que acaparaban en sus manos muertas[55] la mejor riqueza del país; hablaban de desamortización, de expulsiones históricas, y hasta algunos hubieran querido libertar a la Santa Patrona [56] de su pesada tutela, considerando que no era razón que retuviesen los dominicos en la capilla de su convento aquella Virgen protectora del vecindario, que debía ser de todos y para todos. Pero contábase que esa Virgen, aparecida en las orillas de la playa a un torrero,[57] después de haber poblado el sitio de su aparición de perfumadas azucenas,[58] que aún

[53] El Palacio episcopal de Almería se inició en 1895 y se concluyó en 1896, siendo obispo don Santos Zárate y Martínez, según proyecto de los arquitectos Cuartara Cassinello y Rocafull. El Seminario estaba en el actual Colegio Diocesano de San Ildefonso, muy cerca de la catedral y el palacio episcopal..

[54] Wenceslao Ayguals de Izco (1801-1873) El valenciano inauguró en España la técnica por entregas y fue conocido sobre todo por su novela social, con títulos como *María, la hija de un jornalero* (1845-1846), *Pobres y ricos o La Bruja de Madrid*, *La marquesa de Bella-Flor*, *El Palacio de los Crímenes*. La Iglesia incluyó en el Índice de Libros Prohibidos sus primeras novelas, de signo anticlerical y antiabsolutista.

[55] *manos muertas*: poseedores de una finca, en quienes se perpetuaba el dominio por no poder enajenarla. De esta clase eran las comunidades y mayorazgos.

[56] La Virgen del Mar.

[57] La venerada imagen apareció el 21 de diciembre de 1502 en el reseco arenal de Torregarcía, junto a la atalaya costera, siendo testigo el vigía Andrés de Jaén, que corrió a comunicarlo al Cabildo catedralicio, "y ante la desconfianza de los canónigos de la Almedina, lo dijo al prior de Santo Domingo, que recogió la imagen y la trajo a su convento. Diez días emplearon los frailes en recurrir al arzobispo de Granada y acomodar para la nueva imagen el camarín, que en el altar mayor de su iglesia ocupaba otra de la Virgen del Rosario. Cuando se vieron respaldados por la autoridad de fray Hernando de Talavera contra las pretensiones del Cabildo, la expusieron al culto el día primero de enero de 1503…" (J. A. Tapia Garrido: *Almería, piedra a piedra,* cap. XLV " La Patrona de Almería", p. 255).

nacen entre la arena del mar, había querido ir a esa capilla, en cuya puerta cayó muerta y yace enterrada la mula que la condujo; que llevada la Imagen a la Catedral, se salió de allí por su pie, para volver a su predilecto santuario, y el pueblo y la nobleza y la misma clerecía, seducidos por la poética tradición, acataban la voluntad de su Celeste Soberana, y allí iban a prosternarse todas las tardes, a buscarla en el gran día de su solemne procesión,[59] y a colocar ramos de flores, colgar exvotos en su altar y echar monedas de cobre en el cepillo de su culto.

La piedad, la fe cristiana y la práctica de los mandamientos de nuestra Santa Madre Iglesia, mezcladas con cierto quijotismo caballeresco y galante y con aquel desdén por las ocupaciones serviles de la industria y el comercio, propio de nuestros hidalgos y caballeros chapados a la antigua, constituían el fondo psíquico de las clases cultas de Miralmar, y a todo ello se unía un pleno convencimiento de que su ciudad, con su modesto caserío, su regular vega, su charco azul mediterráneo, su cielo siempre sin nubes y sus ríos sin gota de agua, era la mejor región del planeta, la más rica del mundo: un pedazo de tierra que no debía cambiarse ni aun por aquel de la Mesopotamia, en que se cuenta estuvo el Paraíso.

Y verdaderamente, prescindiendo de la pobreza de aquella villa, recién proclamada capital de provincia, de la indolencia de sus moradores, de su dejadez musulmana, del estrecho marco de su vida y de la escasez de sus aspiraciones, la decoración que a Dios plugo poner en derredor de aquel puñado de casas blancas y brindar a los miralmarenses no podía ser más sorprendente y magnífica. Por cima las crestas de los montes alzábanse como petrificadas ondas de un océano; sobre éstas, los castillos árabes y la alcazaba, majestuosamente colocados, enseñaban los dientes de sus almenas y la curvatura titánica de sus torres; a la derecha, un promontorio, con otro castillo en lo alto,[60] avanzaba hasta el mar, para explorar sus llanuras; a la izquierda, la vega extendíase con sus preciosos caseríos, y enfrente la inmensa planicie movible del Mediterráneo rizaba sus olas, que devolvían al sol sus centellas. Ni muelles, ni puerto cerrado, ni aguas sucias y cenagosas salidas de la sentina de los buques: el mar libre, suelto y sonriente, tranquilo casi siempre, en ocasiones irritado, escupiendo espumarajos, y las velas cruzándolo, sosegadas o en zozobra, tal era el espectáculo, no pocas veces interrumpido por algún barco desgobernado, que venía a morir en aquellas riberas, recostado por el viento y despedazado por el oleaje.

Ponga el lector por cúpula de todo esto, sirviéndole de fanal, cobijando a la *urbs* y a la *civitas*, influenciándolas con sus abrasadores efluvios, la media naranja de un cielo color turquesa, con un sol color topacio, con unos crepúsculos color grana atravesados de franjas de color de oro, y comprenderá por qué no se envidiaba allí el Edén perdido de nuestros progenitores; por qué eran tan soñadores y enamoradizos sus Adanes, tan hermosas y tentadoras sus Evas, tan sabrosos los frutos prohibidos de sus manzanos, tan ricas sus flores, tan mansas sus faunas, tan seductoras e insinuantes sus serpientes.

Y si a nadie le pareció raro e inverosímil que de un lugar de la Mancha, esa

---

[58] Así se afirma en una obra anónima de 1842 (J. A. Tapia Garrido: *Almería, piedra a piedra,* cap. XLV "La Patrona de Almería", p. 255).

[59] Desde 1503 dicha procesión se celebró cada 1 de enero.

[60] El castillo de San Telmo. Ledesma publicó en el número 6 de la revista almeriense *El Cronista*, del 24 de abril de 1887, la leyenda "El Castillo de San Telmo".

estepa española, sin el influjo de esos encantos ni los accidentes de este inspirador medio ambiente saliera un Don Quijote, utopista, fantástico, tipo del idealismo impertérrito de nuestra raza, con su poética Dulcinea en el corazón y su lanza en ristre para enderezar entuertos, menos se hallará impropio que de Miralmar, de su atmósfera romántica y visionaria, saliese el joven Canuto, el último vástago de la linajuda familia de los Espárragos miralmarenses, con todos los altos propósitos y aspiraciones que hubo Dios de infundirle, y que si no peleó con molinos de viento ni acuchilló pellejos de vino, porque no había para qué, pasados ya los tiempos de la andante caballería, tampoco tuvo resignación bastante para ir a horcajadas por el camino de su existencia en el rucio tranquilo del positivismo, sufriendo no pocos tropiezos con Ginesillos y yangüeses, por sus quijotescos pujos y luchas a brazo partido con la realidad.

Tal fue el hijo de Don Primitivo Espárrago, con cuya familia tiene que hacer el lector conocimiento, picado de curiosidad con estas indicaciones, y no le pesará seguramente; porque hallará en el hogar de aquel modesto ex-droguero muchas cosas dignas de consideración, relacionadas con la vida y costumbres de medo siglo ha en aquella interesante ciudad mediterránea, a la que ni el doctor don Sebastián de Covarrubias en su *Tesoro de la lengua española*,[61] ni el Doctor Bedmar en su libro *Antigüedades y grandezas de Vélez Málaga*,[62] ni el erudito Obispo Don Gabriel Pascual de Orbaneja,[63] en su célebre Crónica,[64] dieron, entre tantos de fenicios, latinos y árabes, su verdadero y auténtico nombre de pila: Miralmar.

---

[61] *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611) de Sebastián de Covarrubias (1539-1613).

[62] *Bosquejo apologético de las grandezas de la ciudad de Vélez Málaga*, de Francisco de Vedmar. Fue impresa en Málaga en 1640 por Juan Serrano de Vargas y Ureña.

[63] El malagueño Gabriel Pascual de Orbaneja, doctor y catedrático de teología, magistral y vicario de la iglesia de San Juan de Vélez-Málaga, fallecido en 1690.

[64] *Vida de San Indalecio y Almería ilustrada en su antigüedad, origen y grandeza.*

CAPÍTULO II

Una familia patriarcal

La familia de Don Primitivo componíase del matrimonio, cuatro hijas hermosas como soles y un recién nacido, el Bemjamín de la casa. Don Primitivo Espárrago y Avellaneda, bajo y algo encorvado de cuerpo, afeitado el moreno rostro y padecido de catarro crónico, era hombre de pocos amigos, de severas costumbres, de avinagrado genio, de inexorable rigidez paterna y poseedor de una regular fortuna hecha en el comercio de drogas.

Su esposa, Doña Gertrudis Palomar, era gruesa, tarda en la locomoción, sofocada a veces, de menos estatura aun que su marido, peinada a la antigua, aseada siempre, calzada de zapatos de paño negro por causa de los juanetes, y entregada, hasta cuando iba y venía por las galerías de su amplia casa, a la pacífica y continua ocupación de hacer calceta. Para esto eran sus manos una incansable maquinilla: movían los moldes [65] con rapidez vertiginosa, de la mañana a la noche, desde que se levantaba hasta que se acostaba, en la cocina y en el corredor, en la sala de familia y en la de visitas, delante de todo el mundo, sin parar, con el daguillero[66] al costado, sobre una V de metal puesta en la cintura y con la cestita del ovillo colgada. Hablando, regañando, discutiendo en pie, sentada, hasta dormitando en la cómoda butaca de su gabinete, sus manos seguían y seguían la eterna tarea de los menguados, los crecidos y las vueltas; el hilo entre los delgados moldes tejía y tejía sin parar y el saquito del calcetín comenzado la mañana anterior colgaba ya al siguiente día, blanco y perfectamente tramado, hasta que no tardaba en acabar con el último punto, tras el cual la buena señora hacía un nudo y cortaba satisfecha, para volver a empezar otra media *incontinenti*.

El matrimonio se llevaba bien: sólo aquel continuo tejer calcetines era la desesperación de Don Primitivo y daba origen a domésticas reyertas. ¡Cuántas veces encontrábase el malhumorado esposo la media en su pupitre, Al lado de su caja de cerillas y de sus cigarros y hasta cerca del plato de sopas! Entonces daba rienda suelta a su ira, sacaba los moldes, tiraba a un rincón la malhadada urdimbre y venía el gimotear de Doña Gertrudis, que acudía a evitar la destrucción de su preciada obra y disputar con el iracundo cónyuge su perfecto derecho a enlazar punto tras punto, como él encendía cigarro tras cigarro, y con más provecho de la familia; porque esto convertía los napoleones[67] en humo inútil, y ella los acrecentaba con su productivo trabajo. Don Primitivo no se dejaba convencer y andaba, como gato escuálido, siempre tras el ovillo, para esconderlo o para hacer alguna fechoría con *la tela de araña* de su esposa, como él llamaba a su labor femenina.

Las niñas, las cuatro hijas de Doña Gertrudis, no habían heredado de su madre aquellas aficiones domésticas, que sustituyeron a la rueca y al huso de las antiguas, ni de su padre aquel rostro dificultoso y cejijunto. Eran, como he dicho, hermosas, verdaderas miralmarenses, regocijadas, frescas y sonrosadas como manzanas, y

[65] *moldes*: agujas de hacer media.

[66] *daguillero*: en Andalucía, lugar donde se guardan las daguillas, palillos o varillas huecas donde se encaja la aguja de hacer media.

[67] *napoleones*: monedas francesas de plata, de cinco francos, que tuvieron curso en España con el valor de 19 reales.

llevándose un año cada una, parecían de un solo alumbramiento. Primitiva, Gertrudis, Juanita y Maruja formaban un cuarteto agradabilísimo, locuaz, coquetón y noviero, que mantenía en constante desvelo a Doña Gertrudis y que hacía mover la cabeza de cuando en cuando, con mal humor, a D. Primitivo.

Desquite de todas las rabietas de éste con la calceta y de todos sus sombríos presagios sobre la colocación de aquellos cuatro pimpollos era el niño, nacido al mundo cuando ya sus padres se despedían de la esperanza de tener un varón que perpetuase el apellido de la familia: aquel nobiliario Espárrago venido a menos en una tienda de drogas; pero que, enriquecido con ellas, ya podía por medio de un sucesor, a quien se daría educación y carrera brillantes, recobrar sus pasados esplendores y ofrecer nuevo lustre a toda su futura descendencia. Un varón fue el sueño constante de Don Primitivo, y cuando le tuvo Doña Gertrudis y al verle el médico que la asistía exclamó ¡*virum habemus*![68] Don Primitivo abrazó a su mujer, le perdonó todas sus impertinencias y hasta se le cayó el gorro de terciopelo hacia atrás, en una pirueta de alegría.

¡No era nada tener un príncipe heredero de las pasadas glorias de los Espárragos y poder mejorarle en tercio y quinto,[69] constituyéndole una especie de mayorazgo para darle medos, después de una carrera mayor, de ir a la Corte, brillar en el gran mundo, ser Diputado, Ministro y quién sabe si árbitro de los destinos del país! Si el chico salía de talento (y esto no podía menos de suceder, dadas las eminentes personas que figuraban en su árbol genealógico, donde había desde un conquistador de villa y un alcalde de Casa y Corte[70] hasta un obispo), si no se parecía en lo pedestre de su condición a Doña Gertrudis, si aprovechaba su tiempo y sus estudios y luego su carrera y su dinero ¿quién dudaba de que podía llegar tan alto como soñaba Don Primitivo, y ser el restaurador de la dignidad de aquella prosapia obscurecida por las vicisitudes de la suerte tras un mostrador de drogas? Seguro estaba de ello el feliz padre, y se alababa de su previsión por haberse retirado a tiempo del negocio de droguería y no dar a su descendiente el mal ejemplo de un Espárrago despachando en una tienda, como cualquier mercachifle.

Por supuesto que Don Primitivo, a pesar de sus modestas ocupaciones, no había querido dejar de ilustrarse y en ello también resaltaba otro rasgo previsor de su talento práctico; porque sin sus lecturas de trastienda, interrumpidas de vez en cuando por las disputas con su cónyuge, que iba hasta aquel lugar sagrado a meterle la media por las narices, no hubiera formado criterio seguro sobre la educación y carrera que había de dar a su vástago, y tal se hubiese avergonzado de ser su padre cuando aquel cursara sus asignaturas en la Universidad y se nutriese de ciencia y hallara que el autor de sus días era un ignorante de tomo y lomo. No señor, para evitarlo, casi instintivamente, se había dado a leer en los ratos perdidos el buen droguero, y ya se tenía sorbidos todos los tomos de la "Historia de la Revolución francesa" de Thiers,[71] "El Quijote", "Persiles y

[68] *¡virum habemus!: ¡Tenemos un hombre!*

[69] *mejorarle en tercio y quinto*: favorecerlo mucho al repartir la herencia.

[70] *alcalde de Casa y Corte*: juez togado de los que en la Corte componían la sala llamada *de alcaldes*, que juntos formaban la quinta sala del Consejo de Castilla.

[71] *Histoire de la Révolution Française*, obra juvenil del político e historiador francés Louis Adolphe Thiers (1797-1877), publicada en 10 volúmenes entre 1823 y 1827. En 1848 sostuvo la candidatura de Luis Napoleón a la presidencia de la República y participó decisivamente en el nuevo régimen.

Segismunda",[72] "Las Ruinas de Palmyra"[73] y "María o la hija de un jornalero".[74]

No simpatizaba Don Primitivo por igual con todas esas obras. No le gustaba aquello de la Marquesa de Aguas Turbias,[75] ni entendía gran cosa de las narraciones de Volney; el mismo Persiles le fatigaba, aunque Cervantes, de saberlo, le hubiese descargado en la mejilla la otra mano sana; pero el Quijote ese sí que regocijábale en extremo y tanto, que Doña Gertrudis encontró muchas veces riendo solo y a mandíbula batiente a su adusto marido, y temió por los resortes de su razón.

Lo que más hizo pensar y reflexionar a Don Primitivo, desde que le nació su vástago, fue aquel Discurso de las armas y las letras, puesto por Cervantes en boca del hidalgo manchego;[76] porque habiendo en su estirpe un conquistador de villa y un obispo, digno representante éste de las letras humanas y divinas,[77] y aquél de las armas esforzadas, no sabía por qué camino enderezar al tierno infante luego que fuera pasado su destete, hubiera soltado las andaderas, echado los dientes y colmillos y preparádose con esto a ser un hombre.

Verdad que Don Quijote mandaba noramala a los que dijeran que las letras hacían ventaja a las armas; pero no es menos cierto que después para ponderarlas pintaba la vida del soldado en la pobreza, atenido a la miseria de su paga y a lo que garbeara[78] con sus manos, con notable peligro de su vida, desnudo a veces hasta de camisa, en la campaña rasa durante el invierno, por cama el duro suelo, con borlas de hilas en la cabeza tras de la batalla, en el caso más favorable, y sin grandes mercedes ni premios como los letrados. No se le ocultaba también a Don Primitivo que desde los tiempos del andante caballero habían cambiado las cosas y que eran llegados muchos rancheros[79] a generales; pero bien le constaba que estos ascensos milagrosos se lograron en las revueltas políticas, por medio de sublevaciones afortunadas y con grave riesgo del pellejo. Los Torrijos fusilados en Málaga[80] y los Colorados,[81] que también habían sido víctimas del absolutismo en Miralmar, y que tenían a las afueras de la ciudad un

---

[72] La novela de Cervantes *Persiles y Sigismunda*, aparecida póstumamente en 1617.

[73] *Les Ruines ou méditations sur les révolutions des empires*, del conde de Volney (1757-1820).

[74] Novela de folletín de Wenceslao Ayguals de Izco (1801-1873), continuada en *La marquesa de Bella-flor* (1846-1847).

[75] Se deforma el nombre de la marquesa de Turbias-Aguas que aparece en *María*, la famosa novela de Ayguals de Izco.

[76] *Quijote*, I-XXXVII.

[77] Letras *humanas*, el derecho, y *divinas*, la teología.

[78] *garbeara*: robara.

[79] *rancheros*: que guisan el rancho y cuidan de él.

[80] Por el militar liberal José Maria Torrijos (1791-1831). Tras haber emigrado al final del Trienio liberal, regresó a España. Traicionado por el alcalde de Málaga, se le fusiló junto a sus compañeros, sin habérsele formado causa alguna, momento que inmortalizó el pintor alcoyano Antonio Gisbert y Pérez.

[81] Liberales constitucionalistas que en 1824 desembarcaron en Almería procedentes de Gibraltar buscando alzar a la población contra el poder absolutista y restaurar el régimen constitucional. Fueron ajusticiados el 24 de agosto de ese año. El nombre les vino del color del uniforme de la infantería de marina inglesa que utilizaron.

modesto cenotafio,[82] eran para Don Primitivo poderosos argumentos en pro de las letras y en contra de las armas, dijese lo que quisiera el señor Quijana,[83] alanceador de molinos y de inocentes ovejas.

Decidió, pues, el ex droguero encaminar a su hijo por el sendero de las Letras; mas no de las divinas, únicas puestas por Cervantes por cima de las armas mismas, sino de las humanas; porque tenían aquéllas el inconveniente de exigir el celibato, y con él el acabamiento de la descendencia de los Espárragos, tan en peligro puesta por la fecundidad en hembras de Doña Gertrudis y su pertinaz esterilidad de varones. Eso de acabar la raza de Don Primitivo en canónigo u Obispo era a su ver una desdicha. Lo mismo daba que acabase en droguero que él fuese el último fruto de aquella rama del árbol de Adán y Eva. Aun concluyendo en Papa, no estaba satisfecho Don Primitivo; porque el mal era esa conclusión, ese agotamiento de los Espárragos, la pérdida absoluta de ese apellido en los tiempos futuros; que el árbol genealógico de la familia quedase parado allí, sin nuevos arranques ni redondelitos en que se escribiesen con letra cursiva hijos y nietos y biznietos, hasta la consumación de los siglos. Eso era la muerte de la familia toda, el aniquilamiento de la *gens*,[84] caer en la fosa común del olvido definitivo con todos sus antepasados.

No, por Dios, el niño no sería cura, aunque le asegurasen un capelo cardenalicio; pero tampoco sería militar, para estar a cada paso expuesto a dar al traste con su cabeza y con todo su árbol de familia. Así que, ya resuelto Don Primitivo, llamó a su esposa; congregó a cónclave a su mujer y sobrinos, descendientes de una hermana suya y que habían estado de horteras[85] en una tienda; sentó en fila en un sofá a sus cuatro hijas, que aunque niñas ya tomaban varas[86] de sus primitos, y con voz solemne y reposada anunció que había decidido que Canuto, tal era el nombre de pila del deparado varón, fuese abogado de los Tribunales de España.

Los sobrinos aplaudieron sin reservas el proyecto de Don Primitivo; las chicas revoltosas se miraron conteniendo la risa; Doña Gertrudis objetó que eso era poner la almazara antes de haber aceitunas, y el ama de cría, que llevaba al infante en brazos, y que asomó a la puerta de la habitación para curiosear, no pudo menos de dar un fuerte apretón y muchos besos al niño, entusiasmada del buen acuerdo de su padre.

Dicho y hecho; Don Primitivo desde aquel día no tuvo más que esa idea fija: un abogado, un defensor de la justicia, un protector del pobre despojado contra el poderoso

---

[82] Popularmente conocido como *El Pingurucho de los Colorados*. El primer cenotafio se levantó en el Cementerio del Barrio de Belén en 1837. El 24 de agosto de ese año los cadáveres fueron exhumados y trasladados a dicho monumento funerario. Fue erigido por suscripción popular siendo gobernador Joaquín Vilches. Se componía de un pedestal que servía de base a la urna funeraria, en la que se pusieron los restos de las 24 personas fusiladas en 1824, y de una pirámide de 10 metros, rematada por una esfera, símbolo de la eternidad (Carlos María Fernández Martínez, "El Pingurucho de los Colorados", en *Trinidad Cuartara, arquitecto. Almería, 1871-1912*, ed. Cajal, Almería, 1989, pp. 264-269).

[83] *Quijote*, I-XXXVIII, "Que trata del curioso discurso que hizo don Quijote de las armas y las letras".

[84] *gens*: en Roma, linaje, familia, que comprendía distintas ramas que se consideraban descendientes por líneas masculina de un antepasado común.

[85] *horteras*: apodo de los mancebos de ciertas tiendas de mercader.

[86] *tomaban varas: im*agen del enamoramiento extraído del mundo de los toros: recibían los pinchazos del amor como el toro los garrochazos del picador.

ensoberbecido, un sacerdote de la ley que, a pesar de su sacerdocio, podría casarse y aumentar los retoños del gran árbol de los Espárragos, ése era el digno continuador de aquella estirpe, el regenerador probable de sus glorias, tal vez el que le añadiría nuevos timbres; pues con la toga en los hombros y el birrete sobre la cabeza podría entrarse majestuosamente en todos los altos puestos, lo mismo del Foro que de la magistratura y de la política, para bien suyo y del país entero, que podía regenerar.

-¡Ah! Si yo hubiese sido abogado, pensaba Don Primitivo, dando vueltas a su acariciada ilusión. Si en vez de quedar huérfano, hecho un pobrete y tener que buscar mi pan de cada día, primero de factor,[87] luego de socio y por fin de amo exclusivo de mi tienda, hubiera recibido instrucción, estudiado leyes y entrado por las puertas de una Chancillería, seguro estoy de que, como acaparé por medios honrados y asiduo trabajo el establecimiento que me enriqueció, hubiere subido ¡quién sabe dónde! en aquel otro mundo de los altos destinos. Pero mi hijo lo hará, él alcanzará esas envidiables posiciones algún día, y si tiene el carácter recto de su padre y es adusto e inflexible contra la maldad y pelea denodadamente contra la injusticia, como lo exige su carrera, la fortuna y la reputación, le seguirán por todas partes y será un Espárrago digno de su apellido.

Sumido en esas reflexiones quedábase durmiendo Don Primitivo en su sillón de baqueta todas las noches, después de rezar el rosario. Las niñas cuchicheaban en un rincón, sobre sus amorcillos y quisquillas;[88] el ama de cría daba de mamar a Canuto, o le mudaba de mantillas, por alguna de sus proezas que olían y no a ámbar,[89] y Doña Gertrudis aprovechaba el sueño profundo de su marido para seguir teje que teje la tarea de la segunda media del onceno par de aquel mes, moviendo vertiginosamente los moldes, sin mirar siquiera la labor, sin contar los puntos de los menguados que maquinalmente salían, hasta que el reloj de pared colgado sobre el piano de mesa daba nueve campanadas, que era la señal de que la nodriza y las niñas se retirasen y tuviesen los dos cónyuges su última conversación o su postrer altercado del día.

CAPÍTULO III

Canuto en canutillo[90]

Dos años pasaron desde las escenas someramente relatadas en el capítulo anterior, cuando el futuro famosísimo abogado Don Canuto Espárrago y Palomar se decidió a andar a gatas, como por la mañana el animal misterioso del enigma de Tebas.[91] Hasta entonces ¡qué sufrimientos, qué zozobras, qué sobresaltos continuos amargaron los días de Don Primitivo y de su pacienzuda esposa! La lucha obligada con

---

[87] *factor:* entre comerciantes, apoderado con mandato más o menos extenso para traficar en nombre y por cuenta del poderdante, o para auxiliarle en los negocios.

[88] *quisquillas*: dificultades menudas, pequeñeces y menudencias.

[89] En el episodio de los batanes, don Quijote nota el miedo de Sancho. Éste pregunta que en qué lo nota. Responde el hidalgo: "En que ahora más que nunca hueles, y no a ámbar" (*Quijote,* I-XX).

[90] *en canutillo*: en ciernes.

[91] La Esfinge que devoraba a aquellos que no respondían acertadamente a sus acertijos, planteó a Edipo el siguiente enigma: "¿Qué animal camina a cuatro patas por la mañana, a dos por la tarde y a tres por la noche?".

las nodrizas, la amenaza del sarampión y del terrible garrotillo[92] y por último una epidemia de cólera morbo asiático, que se desarrolló en España y llegó a las puertas de Miralmar,[93] hicieron a Don Primitivo temer fundadamente por la suerte de todos los Espárragos futuros.

Ni la huida a Egipto guardaría comparación con la precipitada marcha del matrimonio y prole ante ese Herodes del cólera, que amenazaba a todos y principalmente al tierno infante. Estábanse tranquilos el ex droguero leyendo con sus amigos de la trastienda las fechorías lejanas del huésped asiático cuando al día siguiente faltó uno y súpose con horror que había muerto de cólera fulminante. Tras éste siguieron otros casos no menos espantables; los contertulios se hicieron un puñado de moscas; Don Primitivo, aturdido, mandó a Doña Gertrudis liar los colchones y prepararlo todo inmediatamente para salir de aquella población infestada, y no se tardó más que horas en marchar toda la familia con la balumba de los equipajes en la galera. Quemóse azufre en la casa antes de salir, alzáronse los cristales de las ventanillas del vehículo para cruzar Miralmar, operación que se repetía al pasar a trote largo por todos los pueblos invadidos, ayunóse a pan y agua en el camino por ser promesa de Don Primitivo, y llegóse al fin a un lejano pueblo de sierra, aislado del resto del mundo, no sin protestas del vecindario, que miraba con malos ojos la intrusión de aquella peligrosa tribu.[94]

En aquellos tiempos nada se sabía de microbios vírgulas; creíase que el cólera era un viento deletéreo que, soplando sobre una ciudad, derribaba sin vida a sus moradores, un Nerón ansioso de víctimas; así que tampoco se consideraba seguro nadie en los más apartados retiros, ni dejaba de temblar Don Primitivo por su vástago en el palacio desmantelado de los condes de Luna, que ocupó en el pueblo por recomendación de un su amigo de la tertulia, y cuyos amplios salones servían de granero y palomar al administrador.

Allí permanecieron tres largos meses, tiritando de frío, pues tenían la nieve casi al alcance de la mano; comiendo mal, durmiendo peor, mirando la luz matutina desde las camas por las grietas de los gruesos muros del granero, espantando murciélagos, que habían hecho nido de aquellos desvanes, y practicando nocturnas requisas contra alacranes y tarántulas, que no se avenían a dejar aquellos sitios a la tribu miralmarense.

¡Cuántas noches Don Primitivo, oyendo ruidos misteriosos, levantábase en camisón, como otro Don Quijote cuando la batalla con los gigantes[95] y, empuñando una larga escoba, andaba a golpes y mandobles contra los ratones y las cucarachas! A cientos caían los enemigos en aquellos combates singulares, a miles huían despavoridos ante la maza de aquel descomunal Ruggiero,[96] que en pie sobre el camastro era la efigie

---

[92] *garrotillo*: difteria grave u otra forma de angina que solía producir la muerte por sofocación.

[93] Se refiere Ledesma al cólera que invadió Almería en 1860.

[94] Ledesma se basa en un episodio vivido por su familia cuando ésta, para huir del cólera de 1860, se refugió en el pueblo almeriense de Huécija, lo que provocó la alarma de sus habitantes. El episodio lo recogió el escritor en el capítulo inédito de sus memorias *El libro de los recuerdos* titulado "Adán y Eva".

[95] La aventura de los cueros de vino (*Quijote*, I-XXXV).

[96] Personaje de los poemas caballerescos italianos *Orlando enamorado* de Boyardo y *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto.

viva del caballero de la Triste figura....

Así pasaron tres meses mortales, dificultosos, llenos de angustias y de zozobras. Al fin, la epidemia concluyó, y el previsor ex-droguero, aquel Vargas Machuca[97] de las alimañas del palacio, salióse con la suya, salvando de todo peligro a su descendiente. Cuando cantóse el Tedeum, volvió la familia a su cómoda casa de Miralmar y halló tantas gentes enlutadas y tantos semblantes mohínos, que dio por bien empleados el viaje y todos los trabajos y las fatigas sufridas por hallarse íntegra y sana, en el hogar abandonado y en la empolvada trastienda.

Canuto crecía entretanto que era una bendición. Cuando echó el primer colmillo hubo comida y recepción en la casa. Las niñas, enamoriscadas de sus primitos, aprovecharon bien la ocasión de pelar la pava, a la sordina, esquivando las severas miradas del padre; pero no se bailó, porque éste era enemigo de tales jerigonzas, que sólo conducían a la aproximación tentadora de los jóvenes. Hasta Doña Gertrudis tuvo carta blanca para hacer a su sabor calcetines de la mañana a la noche, enternecido su esposo al saber que eran para el ajuar del futuro estudiante de leyes. Alguna mofletuda señora, amiga de Doña Gertrudis, dio a los esposos el parabién por el abogado en ciernes, y declaró que esperaría a la reválida del chico pata poner pleito sobre las fincas de una capellanía[98] que le dejaron sus abuelos.

Cierta enfermedad pudo cortar el hilo de la existencia del Papiniano[99] en canutillo. No se sabe por qué el niño quedó de repente alicaído, como pájaro desplumado, produciéndosele un enflaquecimiento alarmante. Vuelta a salir en la galera toda la tribu al campo a hacer vida silvestre, y las niñas a renegar de la soledad forzosa del cortijo, donde no se veían árboles de dos pies para un remedio.

Con tales solicitudes fue saliendo adelante Canuto, como el heredero de una corona, puesto en fanal para la conservación de una dinastía y la prosperidad de un reino. Pero es lo que decía Don Primitivo: ¿qué mejor dinastía para él y los suyos que ésta de los Espárragos, ni qué vida de sucesor de imperio tan preciosa como la de su único hijo varón, y por qué ser tan insensato que se comprometiese la suerte de toda una gloriosa descendencia masculina por un viento colado o por otro descuido semejante?

Cuando Canuto supo hablar y pudo aprender a leer, pusiéronle maestro de primeras letras y desde entonces quedó convertida la trastienda en despacho del futuro legislador que estaba llamado a grandes cosas, se poseyó de su papel muy niño aún, cual los príncipes, que se oyen llamar Altezas desde la cuna.

Así que a los ocho años, echada fuera la ruinera física, hecho nuestro personaje un medio hombre de calzón corto, tenía una gravedad y un ceñillo adusto impropios de su edad infantil, y se daba tono con las profecías de papá delante de sus bulliciosas hermanas, que provocaban su ira poniéndole significativos apodos, cosa que hacía

---

[97] Diego Pérez de Vargas, que machacó (machucó) a muchos moros, habiéndosele roto la espada, con un tronco desgajado de una encina. De ahí le vino el sobrenombre "Vargas y Machuca". Es citado en el *Quijote* I-VIII.

[98] *una capellanía*: fundación en la cual ciertos bienes quedan sujetos al cumplimiento de misas y otras cargas pías.

[99] Hombre de derecho nacido a mediados del siglo II y muerto el 212. Teodosio II y Valentiniano III lo incluyeron entre los grandes juristas clásicos, junto a Modestino, Paulo, Gayo y Ulpiano.

enfurecer a Don Primitivo, para quien Canuto era una institución.

El niño, delgado y rubicundo, con ojillos azules muy fijos y semblante sin sonrisa,[100] era en lo físico retrato de Doña Gertrudis cuando muchacha, según una miniatura que ésta conservaba de antaño, y digno sucesor de Don Primitivo en juicio y condiciones. No tenía travesuras y juegos alocados como los muchachos de su tiempo; no buscaba las compañías de éstos para organizar las pedreas, entonces en boga, detrás de la alcazaba; ni con pretexto de la escuela entreteníase en subir a los mechinales de la iglesia a coger nidos de aviones, o a las higueras del camino de Monserrat para hurtar el fresco y lechoso fruto. *El justo juez*, como le llamaban sus hermanas, era derechito como un huso, hosco como un erizo, solitario como un hurón, y se le subía el pavo entre gentes, sobre todo cuando veía faldas.

Don Primitivo le llevaba de la mano a paseo por lo alto de las murallas fronterizas al mar todas las tardes, media hora antes de ponerse el sol; se asomaban a las aspilleras; contemplaban un rato desaparecer tras el torrejón de San Telmo[101] el inmenso globo de oro; conversaban, contestando el padre a las innumerables preguntas del hombrecillo, y se volvían a casa entre dos luces, pasando por la acera del Hospital y Casa cuna,[102] donde siempre era objeto de curiosidad para Canuto aquel torno que divisaba tras un semicírculo de hierro, en el hueco de la pared, casi al alcance de la mano, y sobre cuyo destino, inquirido tenazmente, tenía Don Primitivo que echar a su hijo un piadoso embuste.

El rígido muchachuelo demostró a su padre su noble condición en una de aquellas tardes de confidenciales paseos. Iban ambos a lo largo de la muralla cuando al rayo débil del sol que se despedía vio Canuto brillar en el polvo un punto metálico. Sus ojos claváronse en él, y conforme avanzaba fue distinguiéndose más claramente, hasta que se dio cuenta perfecta de aquel blanco y metálico disco. Era un duro, un duro caído sin duda del bolsillo repleto de algún trajinante. Dios sabe de quién. Don Primitivo no vio nada; pasaron al lado del veintén isabelino[103] y Canuto, mirándolo desdeñosamente, no se bajó a cogerlo, no creyó que merecía la inclinación de su cintura, no dijo palabra y siguió con su padre adelante. Al regresar del paseo y cruzar por el mismo sitio, Canuto miró de nuevo... El duro no estaba allí; algún otro chico más práctico, más aprovechado, menos orgulloso o desprendido lo atrapó a poco de dejarlo nuestro héroe, y no estaba. Canuto contó a su padre lo ocurrido y éste, creyendo peligroso para su vástago aquel total desprecio del interés y de la realidad, riñóle suavemente, diciéndole que en la vida no hay que dejar pasar los duros por delante sin cogerlos, porque se enojan y ya no se ponen más al alcance del que los desaira.

Pequeña fue la rechifla que dieron sus hermanas al niño al enterarse del suceso...

---

[100] Ledesma era rubio y tenía, como Canuto, los ojos azules. En el canto tercero de *Remembranzas*, Almería, 1887, p. 199, de tinte autobiográfico, escribe: "Pasada aquella crisis, / Ya era yo un mozalbete de diez años, / Sin aspecto de tisis, / Ni apariencia tampoco de otros daños, / Muy serio y rubicundo, / *De ojos azules* y mirada fría, / Todo me parecía / Melancólico y grave en este mundo."

[101] Situado en la punta de la Sierra del Torrejón. Ledesma le dedicó su poema "El Castillo de San Telmo", aparecido en el número 6 de la revista almeriense *La Crónica* el 24 de abril de 1887.

[102] Sobre el Hospital Provincial, situado en el barrio de la Almedina, véase el capítulo XXXIV, "El Hospital", de *Almería piedra a piedra*, de J. A, Tapia Garrido, pp. 193-197.

[103] *veintén isabelino*: escudito de oro del valor de 20 reales.

Éste gimoteaba de rabia; pero no por la moneda, sino por los insultos de aquellas juradas enemigas suyas, que siempre estaban mortificándole. Los contertulios rieron grandemente del caso y dieron golpecitos al hombrecillo en la espalda, corroborando los prudentes consejos de Don Primitivo, y Canuto, abochornado, confesó al fin que no había cogido la moneda porque no era suya ni de su papá, ni sabía a quién tenía que devolverla.

A esta contestación no insistió Don Primitivo en su cariñosa regañina, ni quiso que se hablase más del asunto; comprendió en aquel rasgo que tenía un hombre, el hombre de ley deseado, el Espárrago apetecido para la noble carrera del Derecho y para la reivindicación de la familia, y en su larga conferencia con el dómine que adoctrinaba al chico encargóle que estimulase esos sentimientos de rectitud y de dignidad tan preciosos.

Una afición del muchacho hizo temblar de nuevo al solícito padre por su obra. Doña Gertrudis llevaba a Canuto a la iglesia para ir acostumbrándole a las prácticas cristianas; el párroco le regalaba medallas y crucecitas; él veía ayudar a misa a los pequeños acólitos, tocando campanillas de plata al alzar la Sagrada Hostia. El bordado de las casullas y el humo del incensario atraían sus ojos, la música del órgano le gustaba, y quiso que le comprasen un altar con su custodia, cáliz, candelabros, cruces y adminículos de plomo, y se hizo una casulla de papel dorado, y se pasaba las horas jugando al *dominus vobiscum*.[104]

Don Primitivo receló con horror que su hijo podía llegar a tener vocación eclesiástica. ¡Canuto cura! ¡Adiós continuación de la familia, adiós árbol genealógico, adiós rama de los Espárragos tan perseguida por la adversidad! Pero a Doña Gertrudis parecíale de perlas esa inclinación, y las reyertas del matrimonio, reducidas antes al estrecho campo de los calcetines, se extendieron a este tema, avinagrando más cada día el carácter del esposo.

Por fortuna, el mismo Canuto puso término a tales disputas, porque de la noche a la mañana, habiendo visto la gran parada de las tropas que regresaban de la guerra de África[105] y que celebraron maniobras en las afueras de Miralmar; habiendo oído hablar de Prim[106] y de O´Donnell[107] y del corneta que le cortó la cabeza al moro cuando éste sobre los hombros se lo llevaba prisionero, arrinconó sus cruces y candelabros y pidió que le comprasen un sable y un uniforme y una caja de soldados de caballería. Todo eso se lo trajo un primito novio de la hermana mayor, y desde entonces la mesa del comedor quedó convertida en campo de operaciones, con los escuadrones de plomo, que dirigía Canuto vestido de lancero, con su sable al brazo y a toque de corneta.

¡Infeliz Don Primitivo, que no ganaba para sustos! Esa nueva afición castrense de su heredero causábale no menos sobresaltos; porque renovaba a sus ojos aquellas lecturas de los trabajos y fatigas que cuenta Cervantes de la carrera de las armas; aquella

---

[104] *dominus vobiscum*: "El Señor esté con vosotros", palabras que en el transcurso de la misa dirige el sacerdote a los fieles.

[105] Ésta tuvo lugar en los años 1859 y 1860.

[106] El general Juan Prim y Prats (1814-1870). Participó en las acciones de Castillejos, Tetuán y Wad-Ras, lo que le valió el marquesado de los Castillejos y la grandeza de España.

[107] El general y político Leopoldo O´Donnell (1809-1867), duque de Tetuán.

borla de hilas puesta en los chirlos de la cabeza de su vástago en vez de la borla de doctor; aquella imagen sangrienta de los Torrijos y de los Colorados atravesados por las balas, y veía por este camino también tronchado el árbol de la familia y desaparecidos los Espárragos de la faz del mundo.

Era preciso apartar a Canuto de aquel camino de perdición; arrancarle de sus solitarios juegos; que frecuentase el trato de otros muchachos; que hallase nuevas diversiones, ni eclesiásticas ni militares, y como antesala del mundo pensó Don Primitivo ponerle en la escuela. Hubo nuevo consejo de familia; protestó Doña Gertrudis de que, habiendo profesores para la casa de sus padres,[108] como las amas de cría, se llevase al niño a aquella especie de Inclusa de la educación primaria, pero todo fue inútil: Don Primitivo era inflexible en sus resoluciones y Canutito, al día siguiente de la borrascosa sesión, con su calzoncito corto, su americanilla de abrigo, su sombrerito de castor con pluma de pavo real y su carterita de piel colgada del hombro derecho, cuya correa le cruzaba el pecho una banda de honor, fue llevado por la propia persona de Don Primitivo al maestro de la mejor escuela de Miralmar, al nervioso, severo, urbano y diplomático Don Facundo,[109] que cogiendo como nueva presa al recién llegado, suspendió unos minutos la clase para darle caramelos y presentarle a la grey numerosa que ocupaba los bancos del salón, que soltó por todos lados burbujas y estallidos de risa cuando oyó decir al profesor: "Aquí tenéis un nuevo compañero, un niño muy bueno y muy deseoso de aprender: Canuto Espárrago". El que más y el que menos de los muchachos no se hizo cargo de los deberes de compañerismo, que se le recordaban, sino de aquel nombre ¡Canuto! y de aquel apellido ¡Espárrago! tan chocantes y tan dignos de rechifla y novatada.

CAPÍTULO IV

La escuela de Don Facundo

En una plazoleta, con cuatro acacias y con bancos de piedra entre tronco y tronco, levantábase el caserón de unos antiguos Marqueses, con puerta verde de grandes clavos, portal empedrado, un poyo de mampostería, puerta de en medio con picaporte de hierro, llamador de cordelillo y gran patio interior solado de cantería, abierto al aire libre, ostentando alrededor las habitaciones del piso bajo y las galerías del alto.

Allí tenía instalada su escuela Don Facundo, dividida en secciones, donde figuraban confundidos con los párvulos, mozalbetes y grandullones, reclutas rezagados de la segunda enseñanza, que renegaban de los libros y a quienes la terquedad paterna, con auxilio de la palmeta y el bastoncillo del profesor, se empeñaba en meter por vereda.

---

[108] Se trataba del *método de latín* o *de enseñanza doméstica*. Ledesma recibió clases privadas de Joaquín Ramón García en su casa de la calle Príncipe Alfonso, 8, durante el curso académico 1867-1868, de las asignaturas del primer año de la segunda enseñanza, con lecciones diarias de dos horas, mañana y tarde. Puede verse mi artículo "Antonio Ledesma Hernández, alumno del Instituto almeriense (1867-1870)", en *150 aniversario del Instituto de Bachillerato de Almería* (*I. B. Nicolás Salmerón y Alonso. 1845-1995*), Instituto de Estudios Almerienses, Almería, 1995, pp. 85-102.

[109] Se inspira Ledesma para este personaje en su maestro de primera enseñanza, Pantaleón Cayetano Martín Aguado. Véase el cap. III, "Plana de segunda" de *El libro de los recuerdos*, pp. 27-29. Don Pantaleón aparece también en diversos capítulos de las memorias *Impresiones y recuerdos* de Julio Nombela (1836-1919), que fue alumno del Instituto de Segunda Enseñanza almeriense entre 1845 y 1849.

En aquella abigarrada clase, constituida en el amplio salón en que fue presentado a sus compañeros Canuto, había niños de nueve a doce años y aun algunos de quince, por su atraso y dureza de cascos; de suerte que, como en gallinero donde al lado de palomos implumes entran algunos más fuertes y galleadores, no faltaban picotazos en la cresta para los más pequeños y humildes.

El salón estaba ocupado por unas tablas largas, sobre pies derechos, que servían de escritorios, con sus tinteros en los agujeros abiertos de trecho en trecho, y sendas plumas de pavo cortadas. Otras tablas más bajas, unidas a los pies de esos largos escritorios, servían de asiento a los alumnos. Tales bancos, colocados en filas numerosas, dejaban una calle por el centro de la sala y otra por medio, a lo largo, para el fácil paso de los niños y del profesor, y allí, escribiendo desde palotes hasta sexta, con muestras de Iturzaeta[110] por delante, empleaba el revoltoso concurso una buena parte de la clase.

Don Facundo revisaba por uno de los grupos de bancos, mientras el señor Tadeo,[111] un pasante bonachón, bajo y rechoncho, hacía igual oficio por la otra parte, y así alternativamente. El maestro era, como dijimos, flaco, nervioso, pero urbano y cortés. Esta cortesía, empero, y esta urbanidad guardábalas para los padres de los chicos; pues a éstos tratábales peor que un negrero.

A la menor falta, blandía sobre sus tiernas espaldas un junquillo de nudos, o lanzábase sobre sus víctimas a bocados y tirones de orejas, y mientras el vapuleado y pellizcado sollozaba, chillando como liebre caída en garras de águila caudal, Don Facundo seguía sin piedad sus mordiscos y tirones, gritando a su presa: *¡gorrino! ¡gorrino!*

El señor Tadeo era el reverso de la medalla: por donde él vigilaba no había más que risas y algazara, y manos estiradas sobre la punta de las narices, y pajaritas de papel, y cordelillos colocados entre banco y banco para que tropezase, y ratones atados del rabo, que saltaban a su paso y le sobresaltaban, y cáscaras de naranjas echadas adrede para proporcionarle un resbalón, y todas las diabluras imaginables en gente de tal ralea.

El bonachón pasante regañaba en voz baja, recogía los torpedos puestos a su camino, para que no se enterara Don Facundo, y llevaba la palmeta de adorno, llegando aun a darse con ella en la propia palma de su mano, para que sonara, cuando el profesor le mandaba castigar con unos cuantos palmetazos a algún diablillo de aquellos cogido *in fraganti*.

Al turno siguiente, los revoltosos de la derecha pagaban el pato a manos de Don Facundo, y los vapuleados de la izquierda se indemnizaban de sus severidades con las blanduras de Don Tadeo, y así marchaba adelante aquel ejército de educandos, hasta

---

[110] El calígrafo José Francisco de Iturzaeta (1788-1855).

[111] Tras el personaje está el señor Tudela, pasante en la escuela de don Pantaleón Cayetano Martín Aguado: "Al lado de aquel Quijote de la pedagogía, el señor Tudela, pacífico Sancho, callaba con las manos cruzadas sobre el abdomen y cuando quedaba encargado de los chicos por ausencia del profesor entonces sí que todos recitaban a coro el "Hurra cosacos" y chillaban el "Para y óyeme" y saltaban por bancos y pupitres simulando la toma de Sebastopol ocurrida años antes" (cap. III, "Plana de segunda" de *El libro de los recuerdos*, p. 29).

que los palotes salían bien a los unos y eran mudados a primera, y los de primera hacían bien sus planas y pasaban a segunda, y los de segunda a tercera, y sucesivamente hasta llegar a escribir en blanco, que era la meta de aquel *récord*.

Después de dos horitas de escritura, o sea, desde las ocho de la mañana a las diez, los chicos recibían suelta para ir a sus comederos, y bajaban atropelladamente las escaleras, ya por ellas, ya por cima de sus pasamanos, y se desparramaban por la plazuela y calles laterales para buscar en sus casas el almuerzo. Volvían a las doce, y ya, hasta las cuatro, la clase tomaba otro aspecto diferente.

Don Facundo sentábase en su sillón con dosel rojo, y ante su mesa de caoba a la antigua con barandilla y con tintero, arenillero y campanilla de metal dorado, llamaba por su turno a las secciones de alumnos para tomarles las lecciones de Lectura, de Doctrina Cristiana, de Gramática, de Aritmética y Urbanidad. Eso sí, el profesor podía perdonar alguna falta en Aritmética o Gramática; pero el gorrino que flaqueaba en Urbanidad era azotado sin compasión. "La letra con sangre entra", decía Don Facundo, "El que bien te quiera te hará llorar"; y el bueno de Don Tadeo, que tenía verdadero afecto a aquellos traviesos muchachos, callaba por respeto a su superior, pero no acababa de convencerse de que se les enseñase Urbanidad a pellizcos y tirones de orejas y llamándoles *gorrinos* a toda hora.

Tras la pesada tarea de tomar las lecciones venía la plática del maestro. Entonces sí que había de observarse un silencio religioso y oír todos de espaldas a los pupitres y de cara al conferenciante, como se oye un sermón en la Iglesia. Donde sonaba ruido volaba la palmeta o iba dando volteretas el junquillo, y estaban preparados para partir, como proyectiles de grueso calibre, el arenillero y la campanilla; así que todos callaban como muertos y escuchaban a la forzosa. Generalmente, la plática de Don Facundo versaba sobre algún punto de moral, puesto al alcance de las tiernas inteligencias, o era un cuento relacionado con los deberes de los niños, o con las lecciones de Urbanidad a que tenía tanta predilección.

Acabada la plática, el Sr. Tadeo rezaba y hacía rezar a los alumnos el Padre nuestro, el Credo y la Salve, y entonces, retirado ya Don Facundo, daba las buenas tardes al pasante, que era como el grito de "sálvese el que pueda" en aquel ejército desbandado; pues alocadamente, como presos puestos en libertad, saltando, gritando y gesticulando, salía el chorro de muchachos por el corredor, escalera abajo, hasta ganar el portal y la plazoleta, donde a morrillazos[112] los unos, a trompadas los otros, a pedrada limpia los más, estiraban sus miembros entumecidos, desahogaban sus rencorcillos o hacían gala de su valentía y de su destreza; no faltando chichón en cabeza, rasguño en mejilla, sombreros apabullados, libros descuadernados y carteras rotas.

A aquel Pandemónium fue a parar Canuto, recién salido de las faldas de Doña Gertrudis, guardado hasta entonces en estufa por Don Primitivo, como un arbusto delicado. Cuando después de la presentación ocupó su sitio en un banco de la derecha y se puso a escribir su plana de tercera, porque tan adelantado estaba ya, merced a la solicitud de su profesor privado, un muchacho zahareño que le tocó por vecino empezó echándole un salivajo en la plana, que le hizo enrojecer de vergüenza y de ira. La limpió con el manguito, siguió escribiendo y la tinta se corrió de tal modo, que al revisar Don Facundo la escritura estuvo ya por llamarle *gorrino* y darle el pellizco de reglamento. Pero el profesor, cuya cara verdosa tomaba en esas ocasiones los colores del camaleón,

[112] *morrilazos:* gorrillazos, golpes en el cogote.

reprimióse en consideración a Don Primitivo y a ser la primera vez que notaba el desaguisado, contentándose con llamar la atención de Canuto sobre aquella porquería. Ni supo éste decir, ni quiso acusar a su compañero y sufrió en silencio, colorado como un tomate, la advertencia del profesor. No tardó el zafio del vecino en notar el apocamiento de Canuto y a otro descuido le mojó la oreja de tinta con la pluma, a los que éste solo respondió con un débil reproche. Corrió la voz entre los chiquillos de alrededor de que el recién llegado era un gallina, y estando a la sazón de revisor de aquel lado el pasante, llovieron cáscaras de naranjas y puñados de moscas muertas sobre Canuto. Gimió éste, abrumado, pero tragándose las lágrimas por no armar alboroto; regañó dulcemente el señor Tadeo, como solía, y a las diez, al salir en tropel la gente menuda, dieron todos contra el pobre Canuto, a moquetes[113] y burlas y carterazos, llamándole *cobarde, marica* y otras lindezas. El niño aporreado se escurrió como pudo; llegó hinchado y lloroso a su casa; pero nadie le sacó una palabra de lo ocurrido, diciendo sólo que se había caído desde un poyo de la plaza al saltar y que no volvería a hacerlo.

Todos los días, a la misma hora, iba Canuto a la escuela, hosco, malhumorado, sin haber hecho amistad con ninguno de aquellos salvajes que le vapulearon la primera vez, acompañado de un criado de su casa para que no diera en la flor de saltar los poyos de la plazoleta, poniendo en nuevo peligro el árbol de la familia, y este guardia de corps[114] infundía respeto y mantenía a distancia a los vapuleadores. No pudiendo otra cosa, en las paredes del edificio habían escrito sus verdugos, con carbón, frases indecentes y burlas contra el pobre niño. "Canuto es un borrego", se leía en uno de los muros; "Canuto Virgen y Mártir", se deletreaba en otro, y por las esquinas de las calles próximas a la escuela oíase a lo mejor: *¡gallina! ¡Espárrago!*

La venganza es el placer de los dioses y en los niños es un sentimiento tan espontáneo, que casi se confunde con el derecho natural. Canuto la alimentaba; pero no sabía cómo tomar desquite de aquella turba sediciosa, sobre todo de aquel niño zahareño que le escupió y mojó la oreja, y que hizo confabularse a los demás para la tunda del primer día. No era Canuto valiente, en el sentido usual de la palabra; no era capaz de habérselas con aquel grandullón, que volvería por sí solo a apabullarle; tampoco sentía ese odio carnicero que en los niños no suele calmarse hasta que ven en el enemigo la sangre del arañazo o de la descalabradura; él no quería eso; no quería hacerle sangre, ni daño, ni rasgarle la piel, ni pincharle con un alfiler siquiera. En ello descubría su buena condición; que el que de niño da un alfilerazo, da de hombre una puñalada. Dejó, pues, al tiempo y a la Providencia su vindicación y el castigo de su compañero, y pareció olvidar su rencor; sólo pidió a Don Facundo le mudase de banco, para no encontrarse mano a mano con su adversario.

Por qué casualidad cayó al lado de otro muchacho de buena condición pero de corta memoria, mucho más atrasado en Urbanidad teórica que el zafio del otro banco, pero mejor educado sin duda. Hiciéronse amigos; ayudábanse, apuntándose en las lecciones y corrigiéndose las planas, y Eduardito, que así se llamaba el amiguillo, contó a Canuto todos los horrores que sabía del indecente Paco, el instigador de la turba, escupidor de salivajos y cabeza de motín contra el mismo señor Tadeo. Paco era muy malo, muy atravesado y no sólo pegaba, sino que a lo mejor quitaba del bolsillo de sus compañeros las golosinas y otras cosas. ¿Qué más? Yendo Paco una tarde por lo alto de

[113] *moquetes*: puñadas dadas en el rostro, especialmente en las narices.

[114] *guardia de Corps*: cuerpo destinado a guardar al rey.

la muralla que da al mar con otros bigardos como él se encontró en el suelo un duro y ¡qué hizo! cogerlo enseguida y guardárselo como si fuera suyo, en vez de llevarlo a su padre para que averiguase a quién se le había perdido y lo entregara a su dueño. Con ese duro se había ido con sus amigos a un ventorrillo y habían bebido vino y comido aceitunas y pescado frito, como pillos de playa. Eso era horrible y por eso Eduardito huía de su compañía y felicitaba a Canuto por no haber sido simpático a Paco y por haber reñido con él y mudado de sitio.

Al oír la historia del duro, Canuto no pudo menos de pensar que era el mismo que él no había querido coger, el que había dejado allí; y sintió remordimiento de no haberlo tomado y dádolo a su padre para que averiguase su dueño y pudiese restituírselo. Él, Canuto, era causante involuntario de aquel robo, de aquella comilona en el ventorrillo; tal vez de haber contribuido a la perversión de Paco, dejando al alcance el motivo de su perdición. ¿Le acusaría? ¿Tomaría así revancha del vapuleo? Oh, no, eso no le parecía bien: no conducía a nada, sino a complacerse en que le regañasen. Si apareciera el dueño del duro, si lo reclamara ¡ah! entonces sí, entonces lo diría todo, no por gusto de que castigasen a su enemigo, sino para que cada cual se llevase lo suyo, para que se hiciera justicia, que es lo que oía continuamente a su padre que debía hacerse en el mundo. Sin embargo, consultaría con su papá, tomaría consejo de su profesor privado. Así lo hizo y ambos le dijeron que callase, que no fuera acusador en balde; que solamente si alguna vez se sabía de quién era aquella moneda dijese lo sucedido; no para molestar a Paco, sino para acusarse de su torpeza y con el único fin de que se devolviese lo suyo al desposeído.

Un día habían terminado los chicos de escribir sus planas y de dar en grupos sus lecciones cuando imponiendo silencio como siempre, palmeta en mano, comenzó Don Facundo desde su sitial la acostumbrada plática. Versó sobre el quinto mandamiento de la ley de Dios: “no matar”, y con este motivo extendióse el profesor en consideraciones sobre los delitos, manifestando que el criminal, por muchas precauciones que tome, siempre es descubierto y castigado, porque Dios quiere que lo sea. Don Facundo, como solía, contó un sucedido, a propósito de su tesis. Era un campo solitario; pasaba un caminante; llovía, y el hombre iba descuidado cubriéndose del agua con su capote; salió al camino un salteador mal encarado, asestó sin ser visto una puñalada al viajero, que cayó mal herido, y le despojó de un bolsillo de onzas que llevaba. “Tómalo todo y no me mates”, dijo aquél al ladrón; pero éste no contestó. “No, has de morir; me has conocido y en boca cerrada no entran moscas”. El agua caía formando pompas de agua en los charcos del camino. “Que esas pompas de agua sean testigos de mi muerte y te acusen”, dijo el caminante. “Sí, que lo sean”, murmuró burlándose el asesino, y volvió a hundir el puñal en las entrañas de su víctima, que expiró en aquel punto, huyendo el criminal sin ser visto por nadie. ¿Cómo iban a descubrir el delito las pompas de los charcos, que no hablaban, ni tuvieron ojos para verlo? Pues sin embargo así fue. Pasaron algunos años; el ladrón, con el fruto de su rapiña vivía holgada, aunque no tranquilamente en su pueblo, y se echó una novia para casarse. Estaba de visita en casa de la novia una tarde, ambos asomados al cristal del balcón; llovía, y en los charcos de la calle el agua, al caer, formaba las mismas pompas que el día del crimen. El novio se sonrió y su sonrisa fue vista por la novia, que preguntó el motivo de ella; el novio no contestó, pero siguió sonriendo y mirando las burbujas de los charcos. Por fin, tanto instó la novia por saber la causa de aquella sonrisa intempestiva, que el novio, bajo el más profundo secreto, le contó su flaqueza y su delito y le dijo que sonreía por la necedad de su víctima de querer fuesen acusadores y testigos del suceso aquellas pompas de agua y aire. La novia le miró con espanto; no desplegó los labios, pero apenas se quedó sola refirió el caso anegada en lágrimas a sus padres y éstos dieron

cuenta al Juez, y el ladrón fue preso, se descubrió el crimen y lo ahorcaron. Ved, pues, niños, decía Don Facundo (y la palabra *gorrinos* se le quedó en la lengua) cómo ninguna maldad puede estar oculta, ni ningún criminal queda sin descubrir; porque la Providencia se encarga de combinar las cosas para que se dé al cabo con su paradero. ¡Ah, niños!, concluyó diciendo el profesor, en tono de broma, para deshacer el pasmo que había dejado en el auditorio la historia trágica, así espero descubrir alguna vez el paradero de un duro que se me cayó del bolsillo hace unos meses paseando yo por las murallas que hay frente al mar, duro que no he vuelto a ver y que estará en poder de algún pícaro que se lo encontraría y guardaría, sin poner aviso en los periódicos para que quien hubiese perdido un objeto de plata fuera a recogerlo. Creo que la Providencia se encargará de descubrir y castigar al burlador, y que tampoco ha de quedar impune este delito.

No bien acabó de decir Don Facundo estas últimas palabras cuando Canuto, que había escuchado atentamente el sermón y comprendido por la moraleja que el duro de que se trataba era el consabido, se acercó modestamente a la mesa del profesor y le dijo que él había visto ese duro en el sitio aquel de la muralla, que lo había dejado allí por torpeza, y quién lo había encontrado y guardado, según Eduardito.

¡Allí fue Troya! Don Facundo instruyó en el acto juicio sumarísimo sobre su duro; comprobó las citas de Canuto y Eduardito; cogió de una oreja al gorrino Paco; sometióle a la prueba de la tortura, hasta que confesó su crimen; propinóle doce soberbios palmetazos y tres o cuatro golpes de junquillo, entre los alaridos del chico; puso de rodillas, como para fusilarlos, a todos los compañeros de comilona del ventorrillo; clamó enfurecido contra la infracción del séptimo mandamiento; dijo que así comenzaron sus hazañas Candelas[115] y José María,[116] y acabó despidiendo a pellizcos y puntapiés a Paco y a sus camaradas, entre el terror mudo de la clase entera y el disgusto más gordo que en su vida llevó el Señor Tadeo.

Aquella tarde salieron los niños mohínos y acongojados; Paco y sus *adláteres* magullados y confundidos. Canuto y Eduardito se escabulleron para no ser víctimas de otro vapuleo; pero por donde iba el justiciero descendiente de los Espárragos, de la mano de su criado, al entrar o salir de la escuela, no veía más que semblantes torvos en sus compañeros, ni oía más apelativos dichos a voz en cuello por las encrucijadas, que los de *¡gallina!¡soplón!*

CAPÍTULO V

La Cárcel Modelo[117]

"Tenemos un hombre", decía a sus contertulios Don Primitivo, contando las

[115] El bandolero Luis Candelas, que actuó en las calles de Madrid en el primer tercio del siglo XIX. Aseguraba que ejercía la importante misión de nivelar las fortunas sin matar a nadie ni hacer daño, al robar a los ricos para dárselo a los pobres. Nació en 1804 y fue ajusticiado el 6 de noviembre de 1837.

[116] José María Hinojosa Cobacho, llamado "El Tempranillo". Habiéndose unido primero a los Niños de Écija, formó luego su propia partida. Tras ser indultado en 1832, murió en 1833 al ser tiroteado por *El Barberillo*.

[117] Recuerdo de la Cárcel Modelo de Madrid, inaugurada en Móstoles por Alfonso XII el 23 de diciembre de 1883.

hazañas de Canuto; "un hombre de ley y de conciencia, a pesar de sus pocos años", y explicaba cómo había oficiado de fiscal en aquel proceso de las cinco pesetas; cómo había dado motivo a que el padre del montaraz Paco reintegrase su duro a Don Facundo y cómo había vencido en singular combate al fin y al cabo a ese chico provocador.

Esto fue de la siguiente manera. Don Facundo, al organizar sus clases a principios de año, había establecido una hora de asueto para la grey escolar, de una y media a dos y media de la tarde; y en ese paréntesis de las lecciones, tan necesario para el descanso y la salud de los niños, bajaban todos al patio del caserón a jugar al toro, saltar a la comba, hacer títeres en improvisados trapecios o representar escenas de comedias bajo bambalinas de papeles de colores.

El ángel tutelar de Canuto, el guardia de Corps, el criado Juan, que le llevaba al colegio y le esperaba a la salida, no dando lugar a las arremetidas de Paco y de sus camaradas, brilló por su forzada ausencia en estas sueltas, en que los chicos quedaban entregados a sus propios puños y en que abundaban querellas y mojicones.

Canuto, temeroso, no quiso bajar al patio los primeros días y se quedó solo con Eduardito en la vacía clase, pretextando no tener ganas de jugar. En realidad, los dos niños temblaban de miedo de verse entre la jauría de sus irritados compañeros. Allí en el salón se pasaban el tiempo mirando carteles y monigotes representativos de la Historia de España, hasta que Don Facundo notó el caso y, como medida higiénica, les mandó al patio a jugar con todos.

Había lloviznado aquel día y las losas de cantería estaban resbaladizas y húmedas. Con tal motivo la turba no jugaba al toro, sino que hacía flexiones y dominaciones en argollas formadas por las anillas de hierro, de donde colgaba Don Facundo los cochinos abiertos en días de matanza, y en paralelas construidas con los palos carcomidos de un catre viejo y desvencijado.

Llegar los dos soplones al coro y llover sobre ellos dicterios y salivajos todo fue uno; refugiáronse ambos en un rincón y allí les persiguieron a carterazos y empellones; pero el más cobarde tiene un arranque en que se revuelve y araña como un gato; Canuto, harto de tanta acometida y de tan repetidos insultos, se pudo delante de Eduardito para evitarle los golpes, llamó *canallas* a los de aquella turba, les dijo que era una cobardía que fueran tantos contra dos y desafió al que de ellos se sintiese con más valor para pelear en nombre de todos. A estas palabras, destacándose del grupo, hostil y amenazador, el zahareño Paco dijo que era él el que le tenía más ganas y que le dejasen habérselas con Canuto.

La turba se abrió en semicírculo. Paco avanzó sobre el último vástago de los Espárragos, dispuesto, como dijo muchas veces, "a hacer con él una tortilla", y los dos se agarraron fuertemente a brazo partido, zarandeándose, o por mejor decir, zarandeando Paco a Canuto, que era más pequeño y más débil. Pero la Providencia, las gotas de agua del cuento de Don Facundo, hicieron de una lucha tan desigual que Goliat cayese y que David triunfara. Con los zarandeos, Paco resbaló en las baldosas húmedas y dio de cerebro contra ellas, y quedó Canuto encima, como Don Enrique de Trastámara sobre Don Pedro el Cruel,[118] y Paco echando sangre de un chirlo de la cabeza permaneció tendido y exánime, mientras Canuto se levantaba vencedor, echándose a

[118] Pedro I (1334-1369), rey de Castilla desde 1360 hasta su muerte. El rey fue derrotado en Montiel y asesinado en la tienda de Du Guesclin, al parecer luchando con su hermanastro Enrique de Trastámara.

llorar amargamente al ver la herida de su adversario.

A los gritos y la barahúnda llegó el maestro. Cuando recogieron a Paco del suelo, llena de sangre la camisa, aún empuñaba una navajilla en su diestra, con la que sin duda trató de hacer algún desafuero con Canuto. Don Facundo encerró y dejó sin comer a éste; pero declaró expulsado a Paco del colegio, y después de lavado el chirlo con agua y vinagre y de ponerle, mojado de ese bálsamo, un papel de estraza hecho dobleces, y atarle fuertemente un pañuelo blanco a la cabeza, pasó el vencido entre los grupos de sus mesnadas para ir a la enfermería de su domicilio y no volver más a aquella escuela a oficiar de matón.

Canuto siguió lloriqueando en su encierro, pensando en su pícara suerte; pues si rehuía toda reyerta, le perseguían y pisoteaban, y si la afrontaba le imponían castigo. Le remordía la conciencia también de haber dado pie para que Paco se hiciera tanto daño, y por otra parte sentía cierto orgullo en haber salido bien de la pelea y tenía cierta seguridad de que ya no se meterían con él.

El cuarto del encierro, la Cárcel modelo, que Don Facundo tenía dispuesta para los castigos y que ocupaba a la sazón Canuto, estaba en el piso bajo de la casa, después de un corredor lóbrego que a la izquierda de la escalera había y que conducía al jardinillo. Al final de ese corredor estaba la puerta de la prisión, con fuerte cerrojo y el cuarto oscuro sólo tenía un ventanillo alto, con reja de hierro, que daba al jardín, sombreado por las hojas de tres plátanos que le interceptaban la vista del cielo y le filtraban una luz sepulcral.

El interior de aquella celda era a primera vista negro como el caos. A tientas, tropezábase allí con infinidad de trastos viejos, bancos de clase rotos, portieres[119] apolillados y húmedos, rollos de esteras jubiladas y montones de cartillas y silabarios roídos de los ratones. Una silla para el prisionero era todo el ajuar. En ella sentóse pensativo Canuto, cerrando los ojos para acostumbrarse a la oscuridad, medroso el espíritu, resignado a pasarse sin comer toda la tarde.

Desde aquel lugar de suplicio, en el que al fin distinguieron sus pupilas un pequeño *spoliarium*,[120] oyó el prisionero la algazara de los demás alumnos, que, acabadas las clases, corrían escaleras abajo para gozar el aire puro y saltar por la plazuela. Él, el perseguido, el acorralado, el motejado de *gallina*, el provocado a cada momento estaba allí penando su arranque viril, un acto de justa defensa; y ellos, los injustos perseguidores, salían risueños y libres hacia sus casas. Indudablemente, como decía su papá, hacía falta la justicia en la tierra y por eso quería que fuese abogado para defenderla, para imponerla en todas partes, para arreglar las cosas de otro modo.

La turba revoltosa pasó por el patio del caserón, dejando entre sus arcos y corredores ecos de sus griterías; pero éstas cesaron pronto y todo quedó en silencio para Canuto. La escasa luz que entraba en el encierro se había amortiguado; la tarde caía sin duda y cada minuto parecía un siglo al condenado, para el que llegaron al fin el hambre, la sed y el desaliento. Por una extraña alucinación infantil, se imaginó que, metido en aquel desván, había bajado hasta el fondo del mar, donde ya nada se veía, donde acababa hasta la luz verdosa de la superficie, donde sólo esperábanle la asfixia y la

[119] *portieres*: del francés *portières*, pequeñas portezuelas.

[120] *spoliarium*: lugar del circo romano en que se despojaba a los gladiadores muertos.

muerte. Un nudo de sollozos se le formó en la garganta y se apoyó en los bancos desvencijados para no caer desvanecido.

En aquel momento un objeto vino de lo alto a dar un golpe en sus pies. Era un lío de papeles, y Canuto, saliendo de su alucinación, se bajó a cogerlo. Palpó; era una cosa blanda; deslió los papeles y encontró dentro de su envoltorio dos rebanadas de pan y entre ellas varias ruedas de salchichón, un trocito de magra y tres aceitunas.

¿Quién le reglaba de tal manera en su celda de presidiario, estando sentenciado a no comer aquella tarde? Del techo no podía caer aquel maná, ni podía ser obsequio de las ratas de aquel recinto. ¿Sería Don Facundo que, arrepentido de su severidad, le indemnizaba de la injusta pena? Pero entonces, ¿por qué no le sacaba de allí, que era el medio mejor de reparar el daño?

Canuto creyó que aquel envoltorio había entrado por la alta ventanilla del encierro, y más animado con la esperanza de ver el rostro de su bienhechor, colocó dos rollos de esteras, trepó como pudo por ellos y se asomó a la cruz de la reja de aquel tragaluz, lamentando no habérsele ocurrido antes esas maniobras, para ver siquiera claridad y jardín y no muebles desvencijados y paredes húmedas.

A principio a nadie distinguió en el huertecillo: los plátanos vigilantes alzaban sus anchas y verdes hojas hasta la ventana; abajo, en una fuentecilla, tres peces rojos daban vueltas incesantemente, y de un cordel amarrado de tapia a tapia del jardín pendían trapos blancos, puestos a secar por la lavandera, más humedecidos aun por el rocío de la tarde.

De pronto Canuto notó entre los plátanos un leve ruido, que no era el del pilón; algunas ramas verdosas caídas se movieron al paso de una persona, y con sorpresa vio aparecer a la hija del maestro de escuela, Angelita, una niña de diez años, blanca y hechicera, con carita de rosa y andar de pajarita de las nieves, que de puntillas se acercaba a la tapia con otro envoltorio semejante.

-¿Eres tú, Angelita?, exclamó Canuto loco de alegría al reconocerla, mientras la niña, cogida in fraganti, retrocedía dos pasos. Muchas gracias; no sabes el bien que me has hecho, no por la merienda, sino por la esperanza de una compañía en esta soledad. Créeme, este cuarto está muy solo, muy oscuro, me da mucho miedo; he creído morir de pena y tú me has reanimado. ¿Qué es lo que ahora me traes? No necesito más, tengo bastante para matar el hambrecilla; pero no te vayas, no te vayas, por Dios, hasta que vengan a sacarme.

-Bueno, no me iré en un ratito, contestó la niña; pero toma: con eso que te eché no tienes para un diente. Te traía también merluza frita y más pan y un dulce de postre: es de mi comida; me lo he ido guardando de la mesa para ti ¡Pobrecillo! Es tan mala el hambre. Yo nada más puedo hacer. Papá es así; dice que es preciso castigar a los niños; que “quien bien te quiera te hará llorar”. Yo no puedo, no puedo saber que hay uno encerrado y que no come. Sea quien sea, le guardo de mis platos y se lo echo por la ventana: Toma.Y diciendo y haciendo, lanzó el nuevo proyectil de pescada frita al tragaluz, cogiéndolo con destreza Canuto.

Éste se puso a comer sus manjares, con voraz apetito, allí, sobre el rollo de las esteras, asomado a la reja, mientras Angelita se sonreía de placer, satisfecha de su buena obra. Verdad que contrariaba los planes educadores de su padre, pero ¿qué? ¿Acaso

tenía ella que ver con aquellas cosas? ¿No decía el libro que leía "haz el bien y no sepas a quién"? Pues ella no se fijaba en más; lo hacía y no le quedaba ninguna desazón por dentro. Después de todo, ¿no había leído en la vida de santa Casilda que ésta llevaba *de ocultis* a los prisioneros de su padre el rey moro, condenados a morir de hambre, panes que sostuviesen sus fuerzas y que, sorprendida en tan piadosa tarea, cuando creyó ser descubierta y víctima de la ira del rey, se le trocaron en el delantal los panes den rosas, y fue al cielo y Dios la hizo santa por su bondad?[121] Pues ella, Angelita, quería ser santa también y no temía que su piadosa acción la descubriese su padre; porque estaba segura, segurísima, de que el pan y la merluza y el jamón y las aceitunas que llevaba a sus prisioneros se le trocarían, en el envoltorio de papel, si era sorprendida, en puñados de blancos jazmines.

Acabada la comida y sacudidas las migajas de los papeles, Canuto sintió viva sed y se lo dijo a la niña. La pobre no sabía cómo hacer llegar a los labios del recluso el agua aquella de la fuente, tan copiosa, tan limpia y refrigerante. Daba vueltas aturdida y nada, no se le ocurría ningún medio. El nuevo Tántalo[122] veía caer del pilón el chorro y pegaba la cara a la reja de la ventana, hidrópico, abrasado, con la boca y las entrañas secas. Espérate, dijo Angelita al fin, radiante de gozo, por haber ideado un recurso. Echó a correr por el jardín, entró por las habitaciones y Canuto quedó esperando. ¿Qué habría ideado? No había escalera de mano que ella pudiese manejar, ni cacharro que pudiese llenar... Angelita, sofocada, volvió con una esponja.- Mira, le dijo, es nueva, flamante, la tengo de reserva en mi lavabo, vas a estrenarla; y empapándola en el agua de la fuente, se la echó por la ventana a Canuto, que la cogió al aire con igual fortuna y la sorbió y chupó el fresco jugo. ¿Quieres más?, decía Angelita, y tres o cuatro veces voló la esponja empapada a las manos del prisionero, que la apretó a sus labios saciando su sed.

-¿De quién has aprendido esto?, preguntó Canuto a Angelita, después del refrigerio. ¿De quién?, le dijo la niña; te vas a reír: de los judíos. ¿No dieron ellos a beber a Dios crucificado agua y vinagre en una esponja cuando dijo en la Cruz que tenía sed? Pues yo he hecho lo mismo contigo; pero con agua sola, y lo que siento es que está encerrado el vino y o puedo darte del que acostumbro a tomar en la comida.

Por fortuna era la hora de abrir la prisión. Don Facundo bajó en persona; Canuto le sintió llegar, y desencaramóse de la ventana; descorrióse el pesado cerrojo de la puerta y el profesor sacó de la celda al alumno, diciéndole con voz severa: ¡Para que te sirva de escarmiento!

Con gran extrañeza del profesor y alarma de Don Primitivo, desde aquel día, lejos de ser más comedido Canuto, preparaba fechorías adrede; se hizo revoltoso, galleaba entre sus camaradas, que ya le temían desde el bautismo de sangre del desafío con Paco, y cuando le llevaba Don Facundo al encierro de marras, lejos de ir como reo, mohíno y pesaroso, parecía caminar satisfecho y aun anhelante del castigo; a lo que decía el profesor, contaminado con ciertas teorías filosóficas del Derecho Penal: A este chico le han vuelto travieso entre todos; pero tiene una buena condición; no rehúye la

[121] Santa Casilda (fallecida en el 1107), hija de Aldemón, legendario rey moro de Toledo. Compadecida del hambre de los presos cristianos, les llevaba comida. Cuando su padre la sorprendió y le preguntó qué llevaba, aparecieron milagrosamente rosas y otras flores. Para los cristianos las flores fueron finalmente pan y carne.

[122] Rey de Frigia condenado por los dioses a pasar hambre y sed a perpetuidad.

penitencia; es un reo que instintivamente siente la bondad de la justicia y que proclama con docilidad su derecho a la pena.

Y siguiendo todas estas fases de la educación de Canuto, cuando hacía estas reflexiones el profesor a Don Primitivo, éste las repetía a sus contertulios, alabando al chico por su precocidad jurídica y exclamando a cada narración: "Nada, amigos, ¡tenemos un hombre!".

CAPÍTULO VI

El corral de la Pacheca[123]

La afición al teatro era ingénita, como hemos dicho, en los vecinos de Miralmar. Al lado de la muralla de Poniente, formando con ella un callejón estrecho y temeroso, alzábase el edificio de las representaciones dramáticas, el corral de la Pacheca, en aquella población tan ávida de espectáculos.[124]

Tenía el teatro en su frontispicio un reloj de sol, donde todos los miralmarenses, gratis y sin recurrir a las sabonetas de Suiza,[125] podían enterarse de las horas diurnas con sólo mirar en el redondel, que parecía una cara de luna llena, el número en que proyectaba su sombra aquella vela latina[126] del centro, especie de nariz del soneto de Quevedo.

Entrando por cualquiera de las tres puertas que daban acceso al vestíbulo, juntas y alineadas, mayor la de en medio y más pequeñas las otras dos, veíanse, tras una especie de zaguán, los corredores, las escaleras de los palcos y la entrada al patio de butacas. Éste era reducido y alrededor, en escalinatas de tarima, el bajo pueblo, que no gustaba del gallinero, apiñábase y formaba esos rumores sordos de las oleadas humanas y una mancha semicircular de masa móvil, mal trajeada y peor oliente.

En las butacas estaba *el señorío*, como decía la gente baja: *los caballeros*, como entonces se les llamaba con razón; pues la obligada levita y el indispensable sombrero de copa daban un toque de ceremonia al concurso de aquellas filas, hoy desaparecido con la invasión de las americanas y los hongos.

Los palcos eran una diadema deslumbradora. Cuajados de damas de bustos de alabastro, descotadas, prendidas de flores y diamantes, lucían como después no se ha visto jamás. Los caballeros de los palcos en pie, detrás de las señoras, se inclinaban con ceremoniosas reverencias, y desde el paraíso, lleno de gentes humildes, estudiantes y semisopistas,[127] partían y cruzaban el aire flechas de papel, que a veces iban a clavarse

---

[123] Denominación con que era también conocido el famoso corral madrileño del Príncipe, fundado en 1574. Se hallaba situado en la calle del Príncipe, donde luego se levantó el Teatro *Español*.

[124] El *Teatro Principal* o *de Campos*, inaugurado en 1828 en la calle del Dr. Gómez Ulla.

[125] *las sabonetas de Suiza*: relojes de bolsillo, cuya esfera, cubierta con una tapa de oro, plata u otro metal, se descubre apretando un muelle.

[126] *vela latina*: la triangular envergada en entena que suelen usar las embarcaciones de poco porte.

[127] *semisopistas*: los sopistas eran los estudiantes que seguían su carrera literaria sin otros recursos que los de la caridad.

en el escote de alguna dama, como arma arrojadiza de un Cupido invisible.

En el centro del semicírculo de palcos estaba el de la Presidencia. Allí acudía todas las noches el Alcalde de Miralmar, con dos municipales uniformados que hacían centinela en el corredor; sentábase en uno de los tres sillones de terciopelo rojo que daban frente al escenario y mandaba tocar al llamador, que comunicaba con bastidores, para que empezase la función, teniendo un ancho y largo cartel de ella sobre el antepecho del palco, como una orden del día.

Aquello era solemnidad y respeto, mientras lo de ahora sólo es barullo y desorden. La presidencia asumía todas las facultades del público; nadie golpeaba con los bastones ni tenía derecho a impacientarse; se permitía aplaudir, pero para que los cómicos repitiesen un número de música o una tirada de versos era preciso que el Presidente lo acordase y que transmitiese sus órdenes por medio de la campanilla. ¿Agradaba al Señor Alcalde el trozo de canto o de redondillas? Pues vuelta a empezarlo, porque así lo mandaba. ¿Gustaba al público que aplaudía? Pues si no le petaba a la autoridad, chitón y adelante. Eso era orden y buen gobierno; lástima que con todo ello acabase la pícara democracia.

Olvidaba un detalle que me importa no pasar en silencio. El teatro estaba alumbrado con candilejas de aceite antes de empezar la función; pero después de la solemne entrada del Presidente, bajaba acompasadamente además la lámpara de cristal, escondida en la lucana[128] del techo, y descendía como una gran señora a tomar posesión del centro de la sala, con sus bujías encendidas, que centelleaban en los mil colgantes cristalinos. No había electricidad, no había gas; no se empleaba el petróleo todavía, y sin embargo, ¿cómo tenía Canuto los ojos entonces que, habiendo visto mil veces de niño aquellas luminarias y viendo después las modernas, habría podido jurar que aquellas brillaban más; que antaño había más luz que hogaño, con el gas y las lámparas incandescentes?

No sería solamente ilusión de Canuto cuando todos podemos hacer la misma comparación. El caso es que él veía mucha luz entonces con las candilejas de aceite en el teatro; y que muy niño, poco después de las aventurillas narradas en el capítulo anterior, no faltaba ni una noche al corral de la Pacheca, convidado nada menos que al palco presidencial.

En efecto, Don Primitivo era por entonces gran amigo del alcalde de Miralmar y moderadote como él; alabóle, como a todos, las condiciones de Canuto; oyó el alcalde declamar al chico versos enseñados por Don Facundo, y que quieras que no, a pesar de la oposición de Doña Gertrudis, que tenía que quedarse en vela hasta las once esperando el regreso del niño, el Alcalde se lo llevaba en su galera todas las noches al coliseo, y le ponía allí, a su derecha, ocupando otro de los sillones del palco, para que oyese cosas buenas. Y en verdad que las había; pues desde Valero[129] a Victorino Tamayo[130] y desde

---

[128] *lucana*: pequeña abertura para acceder al tejado

[129] El actor Vicente García Valero (1855-1927), autor de *Dentro y fuera del teatro* (Madrid, Victoriano Suárez, 1913).

[130] El actor (1833-1902) era hermano de Manuel (1829-1898), el autor de *Un drama nuevo* (1867).

la Matilde Díez [131] a la Teodora Lamadrid,[132] todas las celebridades dramáticas pasaron por el escenario de aquel odeón pequeño, severo y ceremonioso.

Canuto cobró gran afición a los dramas. Mientras otros niños solían dormirse, él estaba allí, sentado en su sillón, a la derecha del Presidente, con los ojos muy abiertos, oyendo aquellas escenas interesantes y patéticas de los *Amantes de Teruel*,[133] del *Drama Nuevo*[134] y del *Don Juan Tenorio*,[135] que le entusiasmaba. ¡Pícaro Don Juan Tenorio!, era un bribón redomado; pero todo se le podía perdonar por aquellos versos que decía a Doña Inés, de rodillas. En cuanto a ésta, ¡cómo le gustaba a Canuto cuando salía con su blanco traje de monja de Calatrava,[136] la cruz roja al pecho y los ojos bajos! Claro es que, como a todos los chicos, lo que más le sorprendía era el Comendador entrando por el muro, después de los aldabonazos y sentándose a la mesa con el Capitán Centellas.[137]

Decididamente, Canuto se dio a aprender de memoria las décimas del Don Juan, y tan bien las recitaba, con tal énfasis y calor, que Don Facundo pensó en aprovecharle de galán joven para su teatro infantil, que estaba instalando en un desván de la escuela, y a cuyas representaciones sólo asistirían los alumnos más aprovechados y las familias de ellos.

Ya tenía el pedagogo reunidas las partes principales, y entre ellas haría de dama joven Angelita, su hija, que era un primor y una monería declamando. Inútil es decir que se alegró Canuto de aquel proyecto. Sólo veía a la niña de tarde en tarde, cuando le encerraban en el cuarto de las esteras y ella acudía a consolarle por el ventanillo, o cuando, bajando al paseo de la orilla del mar, se reunía con otras amiguillas y jugaban a la carbonerita[138] y demás entretenimientos del folcklore miralmarense.

Eso era bien poco. Cierto escozorcillo quedaba en el interior de Canuto cuando se separaba de su infantil bienhechora; cierta tristeza le caía de lo alto cuando la buscaba sin encontrarla o pasaba una semana sin verla. Eran muy niños para amarse, seguramente; tenían diez años nada más, pero de siete se apasionó Dante de Beatriz y este amor le duró toda la vida. Como de gustos no hay nada escrito, nada hay tampoco

---

[131] Nació en Madrid en 1818. Larra le dedicó su artículo "Una gran actriz en Madrid" cuando debutó allí con *La huérfana de Bruselas* (1834). Se casó con Julián Romea en 1836. Fue profesora del Conservatorio hasta su muerte en 1883.

[132] La actriz y profesora de Conservatorio Teodora Lamadrid (1821-1895) tuvo entre sus discípulas a María Guerrero.

[133] El drama de 1837 *Los amantes de Teruel*, de Juan Eugenio Hartzenbusch (1806-1880).

[134] Obra de 1867 de Manuel Tamayo y Baus (1829-1898).

[135] El drama más popular de José Zorrilla (1817-1893), estrenado en 1844.

[136] La doña Inés del *Tenorio* es novicia en el convento sevillano de la orden de religiosas de Calatrava, fundada en 1219.

[137] Personaje que acaba con la vida del protagonista del *Don Juan Tenorio* de Zorrilla. En su vejez, Ledesma escribió un drama, inédito, titulado *El capitán Centellas*, desmitificando la figura del Tenorio.

[138] Canción de corro infantil: "¿Quién dirá que la carbonerita? / ¿Quién dirá que la del carbón? / ¿Quién dirá que yo soy soltera? / ¿Quién dirá que yo tengo amor?..." Ledesma tituló "La Carbonerita" el capítulo 8, inédito, del Libro primero de sus memorias *El libro de los recuerdos*.

de años en los misterios del corazón. La fábula de Psiquis[139] se renueva todos los días. Esta doncella, con alas de mariposa, que inspiró el fresco de Rafael en la Farnesina,[140] emblema poético del humano espíritu, perseguida por la celosa Venus para que sintiese amor por el hombre más vil, prendió en sus redes al Amor mismo, y fue unida eternamente a Cupido, con el que vive abrazada. Y es que el alma, independientemente de Venus Afrodita, contra ella y sobre ella, es inseparable compañera del amor, en el mundo y en el cielo. Así se explican esas pasiones prematuras de los niños cuando aún está Venus ausente, y esos amores de los viejos cuando ya Venus huyó de sus moradas, asustada de canas y arrugas.

Una Psiquis era verdaderamente Angelita, con su cutis transparente, su rostro candoroso y angélico, sus ojos azulados, sus entredoradas guedejas, que le caían ensortijadas hasta la cintura, y aquel vaporoso, movible cuerpecito, que parecía tener invisibles alas. Su risa argentina, su inquietud de libélula, su modestia y su infantil piedad hacían de la hija de Don Facundo una criatura encantadora. Pero ni pizca tenía de picardía, ni de incipiente coquetismo, y se dejaba arrastrar de su ingenuidad en sus buenas acciones, sin advertir si obraba por el bien mismo o por simpatías a quien se lo brindaba.

Canuto estaba hecho un hombrecillo; diez años ya le obligaban a cierta circunspección; hallábase muy adelantado en sus infantiles estudios; escribía al dictado sin graves faltas ortográficas, y hasta en Urbanidad era notable, según Don Facundo. Rubillo, espigado, algo flacucho y pálido, todo denotaba en él el niño precoz del viciado aire de la escuela y de la casa, no del salutífero de la campiña; pero en cuanto a picardihuelas estaba *in albis* como Angelita; pues la inquina de sus compañeros de clase no le permitió con ellos peligrosas conversaciones. Sólo tenía un amigo, Eduardito, y éste era un alma de Dios.

Organizado el infantil corral de la Pacheca en el desván de la casa escuela, Canuto realizó sus sueños dorados representando el *Tenorio*. Angelita hacía precisamente de Doña Inés, y Eduardito de Don Luis Mejía, de modo que el joven Canuto, poseído de su papel, contento de tener a Angelita vestida de monja Calatrava ante sus ojos, hizo la escena como un pequeño Calvo,[141] siendo la admiración de los espectadores.

Positivamente Angelita estaba hermosa con aquel hábito; su faz de perfil

---

[139] Heroína mítico-legendaria cuya historia recoge Apuleyo en sus *Metamorfosis*. Cupido la abandonó cuando ella faltó a la promesa de no revelar la identidad de su amante.

[140] Rafael Sanzio (1483-1520) decoró con frescos la Villa Farnesina, residencia de campo construida casi un siglo antes que el palacio Farnesio, ejecutando los cartones para una serie de tapices con escenas mitológicas de Psiquis y Galatea, destinados a la Capilla Sixtina por León X, uno de sus mecenas. Rafael cedió los dibujos para el desarrollo de la *Fábula de Psiquis* y fue principalmente Giulio Romano quien la pintó en el techo y en las paredes.

[141] El actor Rafael Calvo (1842-1888), intérprete del teatro clásico y romántico. Ledesma dice de él en el capítulo XXIII, "Vico", de *El libro de los recuerdos*, pp. 117-118: "Calvo, romántico idealista, salíase del molde de la realidad como lo sublime sobrepasa lo bello. Gozaba el don de remontarnos a las épocas caballerescas, de remozar los muertos paladines, de ceñir la cota de malla como ninguno, de borrar los siglos y recomponer las edades hablar la voz extinguida de las pasadas generaciones. El verso en sus labios era el lenguaje de los genios. Así en realidad no hablarían, no sentirían, no se expresarían, pero así debían ser, sentir y expresarse vistos a través de la distancia y del tiempo y esto bastaba para que su aparición nos conmoviese."

purísimo, su frente nacarada, ceñida de la blanca toca, sus manitas de nardo saliendo de las amplias mangas para cruzarse piadosamente sobre su pecho, aquella cruz roja de caprichosas puntas sobre el busto, y la carta de Don Juan llamándola "Doña Inés del alma mía" producían la ilusión no de una novicia, de una santa de los altares sorprendida por la apasionada plegaria de un devoto.

Canuto la vio así desde los bastidores y cuando entró y la hizo sentar y se arrodilló a sus pies y le tomó las manos y le dijo los frenéticos versos, verdaderamente los sentía en su alma de niño, los acaloraba con su entusiasta expresión y los esculpía con su palabra tierna, melódica y vibradora en el alma cándida de aquella estatuita de mármol.

Angelita, con los ojos bajos, con las manos estrechadas por aquel Tenorio que parecía de verdad, sentía una emoción singularísima, íntima y arrobadora; una llamarada de rubor que subía desde su pecho coloreaba sus mejillas, y sólo con voz muy débil pudo decir sus décimas enamoradas y terminar aquel "yo te imploro...".

Salvas de aplausos aturdieron a los dos chicos a la conclusión de este diálogo, que ha conmovido más corazones que el dúo del balcón de Julieta y Romeo.[142] Canuto hubiese querido no terminarlo tan pronto, seguir allí repitiendo las mismas décimas y que el Tenorio fuese esa escena solamente. Eso era lo que le agradaba del drama; no tener que matar al Comendador y a Don Luis Mejía, y ver a Doña Inés muerta salir de su panteón para decirles cosas espantables; pero en los dramas como en la vida no es todo miel, y la representación siguió con sus trágicas consecuencias, hasta que entre cantos funerales muere Don Juan arrepentido.

Desde aquella representación de la popular obra, las almas del tierno Don Juan y de la cándida Doña Inés quedaron prematuramente maltrechas; la que empezó santa Casilda acabó novicia enamorada del doncel minúsculo, y el que comenzó Silvio Pellico[143] en su prisión, terminó apasionado Don Juan, como él quería el drama, con una sola escena, con la escena de las décimas de los "floridos olivares", de las "líquidas perlas", del "encendido rubor" y de "la barca pescadora que espera el día".

-¡Oh! Pensaba a sus solas Canuto, ¿cómo habrán podido escribirse esas dulces cosas? ¿qué será eso de hacer versos? Y sentía en su interior unas ganas de componer algo para su Doña Inés, de añadir algo a las zorrillescas estrofas, que no podía dormir, ni estar quieto en parte alguna. ¡Yo quiero hacer versos!, decíase en voz baja a cada instante. ¿Dónde sonarán los versos para aprenderlos de oído y copiarlos y poder decirle a Angelita: "Mira lo que he compuesto"?

Canuto enflaquecía con esta secreta obsesión, sin acertar jamás a combinar ni una copla, y su padre le sacaba a paseo por las tardes, por lo alto de la muralla fronteriza a la ribera, para que hiciese ejercicio, para que respirase aire puro, para que se distrajese de esa incógnita tristeza que en él veía. El sol, como una inmensa manzana de oro, caía en las azules aguas del mar. El torrejón,[144] avanzando como un titán sobre las olas,

---

[142] *Romeo y Julieta* de Shakespeare, Acto II, escena II.

[143] El poeta italiano Silvio Pellico (1789-1854), que narró su vida de preso político en *Mis prisiones* (1832).

[144] El Castillo de San Telmo.

teñíase cual éstas de rayos anaranjados; las nubes vestían sus trajes de color más espléndidos, como cortesanas de un monarca; Canuto miraba estático esas bellezas sin entenderlas aún; pero una voz secreta le decía que los versos que buscaba estaban allí, escritos con esas letras de fuego del sol poniente sobre esas olas rielantes, esculpidos en esos promontorios de piedra, cantados por las lenguas arrulladoras de aquellas aguas sobre aquellas arenas de las playas miralmarenses, descorridas en semicírculo a los pies de los torreones. Allí buscaría él los versos después, cuando fuese más grande, cuando tuviese más abiertos los oídos para escucharlos.

¡Pobre niño! No sabía que los versos no estaban allá fuera, en el mar, ni en el cielo, ante los cuales pasan muchas almas ciegas y sordas, que nada escuchan ni sienten.

Ignoraba que la poesía comenzaba como larva, en metamorfosis, a bullir dentro de él y que allí, en su interior, en las voces ocultas de su corazón enamorado, era donde debía buscar los versos que deseaba para la Doña Inés de su alma, para su novicia de blancas tocas y de púdicos pensamientos.

Allí los encontró al fin, y bajándose una noche al despacho de Don Primitivo, con el espeluzno de la inspiración incipiente, con el alma triste por la ausencia de muchos días del lado de Angelita, con los ojos henchidos de lágrimas y la garganta anudada de sollozos, escribió unas cosas muy raras que él creyó versos y que se guardó como fruto de un crimen, de un robo hecho a algún poder sobrenatural.

Había robado, sí, había robado el fuego de los dioses y ya, como Prometeo,[145] sufriría la tortura de su anhelo, el castigo de su atrevimiento: seguiría amarrado a la dura roca de las realidades mundanas, con los ojos inútilmente levantados al cielo y con el buitre del dolor artístico picoteándole insaciable las entrañas.

Ahora sí que podía decir Don Primitivo a sus amigos: “Tenemos un hombre”.

CAPÍTULO VII

Los peripatéticos

Mejor que el teatro de Miralmar, merecía el nombre de *corral* el Instituto. Desde la época en que describimos la nueva capital de provincia hasta los tiempos a que se refiere este capítulo habíanse operado varias transformaciones políticas y sociales, y una de éstas fue la incautación por el Estado de ciertos conventos, entre ellos el de los dominicos de Miralmar, cuya extensa huerta convirtióse en plaza, con una fuente rodeada de ranas de bronce, que echaban caños de agua límpida, y cuyo claustro conventual vino a ser el Instituto;[146] pero en tan mal estado, que las arcadas claustrales

[145] Hijo del titán Jápeto y máximo benefactor de la humanidad, a la que defiende de la voluntad despótica de los dioses. Por haber robado el fuego a los dioses, que querían privara los hombres de él, Zeus ordenó encadenarlo en una cima del Cáucaso, donde un águila le devoraba el hígado, que volvía a crecerle para renovar interminablemente el suplicio.

[146] En su novela Ledesma refleja con bastante fidelidad lo que fueron sus años en el Instituto de Almería. El Colegio de Humanidades creado por la Diputación en 1837 en el Convento de Santo Domingo se transformó en Instituto de Segunda Enseñanza por Real Decreto de 17 de noviembre de 1844 y fue inaugurado oficialmente el 1 de noviembre del año siguiente. Véase el volumen *150 aniversario del Instituto de Bachillerato de Almería. Actas del 150 aniversario (I. B. Nicolás Salmerón y Alonso, 1845-*

amenazaban ruina, teniendo que sujetárselas con tirantes de hierro; las verjas del huerto central veíanse desvencijadas y rotas; las escaleras de acceso al piso alto descuadernadas, y las tapias que rodeaban las clases estaban medio aportilladas y caídas. Sobre éstas, un perrazo de terranova sacudía sus negras lanas y enseñaba sus dientes, y a su custodia estaban confiados aquellos portillos, por donde, sin tal guardián, hubieran entrado y salido a mansalva los rateros.

Por aquel claustro amenazado de desplome, alrededor de aquellas verjas despedazadas paseaban los estudiantes de Latín y Filosofía, esperando sus clases, o conversaban bulliciosamente en grupos, a que sólo faltaban, para ser típicos, los clásicos manteos.[147] Las conversaciones y las rondas se interrumpían al paso de algún profesor de adusta jeta o voluminoso abdomen, y un bedel de encorvado cuerpo y vigilante mirada iba en sentido contrario al de los paseantes, escrutando gestos, espiando conversaciones y curioseando grupos para mantener en el establecimiento docente la calma y la compostura.

Como bajo una capa se oculta un buen bebedor, entre aquellas semirruinas conventuales había un profesorado notable. El de voluminoso vientre era un naturalista consumado; el de jeta adusta y barba lacia un matemático profundo; el de pecoso rostro un latinista eminente; el de salientes ojos ribeteados de encarnado y monumental cabeza, un humanista, un retórico, un apasionado de las Musas, como pocos.[148]

Triste excepción entre tantas honrosas togas, como entre los dioses olímpicos Momo,[149] era el rechoncho, bajito, melitonto y alelado Don Cosme, befa y escarnio de la grey estudiantil.

El discípulo es al profesor como un triángulo a su semejante, y no parecerá absurdo que mientras la tropa menuda de escolares pasaba religiosa y atenta por aquellas cátedras regidas por tan elevados maestros, se perturbase y alborotara y escandalizase y riera en aquella otra del infeliz Don Cosme, convirtiéndola en ingobernable burdel. El alfiler puesto en el asiento de su sillón, el murciélago colocado bajo la campanilla de la escribanía, la para rota a la mesa para que se tumbara y la imitación de voz de toda especie de animales trocaban aquel lugar en divertido *vaudeville* y en Arca de Noé ensordecedora.

¡Y qué asignatura tan a propósito la de Don Cosme para su carácter y sus explicaciones! Nada menos que la de Psicología, Lógica y Ética. Así que algunos chicos formales, deseosos de aprender lo que aquél no podía enseñar, se entendieron con un seminarista que ahorcó los hábitos y que entró ya grandullón en el Instituto, y paseando con éste en atento grupo por aquellas galerías y arcadas, escuchando sus lecciones

---

1995), Francisco Leal Martínez (coord.), Instituto de Estudios Almerienses - Universidad de Almería, 1995, Granada, donde en el artículo "Antonio Ledesma Hernández, alumno del Instituto almeriense (1867-1870)", pp. 85-102, abordé los años de la segunda enseñanza del escritor.

147 *manteos*: capas largas con cuello que usan los sacerdotes sobre la sotana y que antiguamente usaban los estudiantes.

148 Alude Ledesma a Antonio González Garbín, que sería de nuevo su profesor en la Universidad de Granada.

149 Momo, que a veces aparece como hombre, era hija de la Noche y hermana de las Hespérides en la *Teogonía* de Hesíodo y personificaba el sarcasmo y la burla.

orales, sus explicaciones sencillas y haciéndole preguntas sobre los puntos oscuros de la disertación llenaban con su buen deseo el vacío que la mala fortuna del profesor dejaba en la enseñanza.

"Barbas tristes", como pusieron los revoltosos de la clase que no gustaban de ir en el corro al grandullón seminarista por sus largas pelambres, quería ser médico y le precisaba hacer el grado; pero había pasado sus mejores años en el Seminario, por imposición de un pariente rico que deseaba hacerle cura, y conocía la Filosofía y la Moral mejor que Don Cosme, pudiendo constituirse en dómine de aquellos muchachos. A estos paseantes les pusieron por mote "los peripatéticos", y entre ellos iba Canuto, que se había desperado tanto, que figuraba en primera línea entre sus compañeros por su talento y aplicación.

Barbas tristes quería mucho a Canuto, le dejaba discutir y no pocas veces los peripatéticos, después de la lección de Lógica o de Psicología, escuchaban de labios de Canuto algunos versos compuestos la noche anterior o algún cuentecillo hilvanado a sus solas o alguna traducción latina dificultosa. Había en el grupo estímulo saludable; todos eran buenos estudiantes que sacaron notas ventajosas en latín y castellano, en Geografía y Religión. Después, con Barbas tristes, habían pasado ya la Psicología y disertado sobre las tres facultades del alma, y estaban en la Lógica, engolfados con los entimemas,[150] epiqueremas[151] del antiguo repertorio. Canuto tenía gran perspicacia para la argumentación escolástica y su prurito era inventar los más enrevesados silogismos. Así pasaban la hora de clase, discurriendo por aquel claustro mientras en el aula de Don Cosme sonaban cencerros y se hacia el gallo a la perfección.

Canuto consagraba muchos de sus versos ripiosos y mal medidos a Angelita; no la había olvidado desde las escenas del encierro y de las representaciones del *Tenorio*; nunca se había atrevido a decirle que le gustaba; que la quería por novia, ni a jugar al amor, como otros chicos de su tiempo. Era muy niño, de la misma edad que su amiguilla; pero ya crecería, ya se haría hombre, ya llegaría a tener la brillante carrera para la que afanosamente su padre le preparaba, y entonces, cuando fuese un señor abogado, cuando le saliese el bigote y la barba rubia, podría ir a Angelita y contarle su antigua pasión de chiquillo, alimentada en la soledad con su recuerdo, avivada con la fatiga de sus estudios y poetizada en sus versos, que tanto trabajo le costó sacar de su corazón y aderezar y limar a la luz de su bujía, robando las horas al sueño.

Todo esto lo diría a su bien amada, y Angelita, que le habría comprendido desde las décimas del *Don Juan*, que le habría esperado, que habría crecido también como él, más que él, porque las niñas se hacen pronto mujeres, oiría aquella declaración con los ojos radiantes, con los labios de rosa entreabiertos y trémulos y le daría el sí apetecido, el sí guardado en el estuche de su boca de corales y perlas, el sí cristalizado en su corazón a través del tiempo y las vicisitudes como el diamante cuajado en el centro de las montañas. Ésos eran los sueños y las aspiraciones del hombrecillo; por eso se afanaba y se quemaba las cejas en su alcoba, leyendo y releyendo; por eso aprendió el fatigoso latín con todos sus pretéritos y supinos, que se decía ser precisos para un Letrado, y se pasaba las tardes abrasadoras de las vacaciones repasando en sus libros e iba al corro de los peripatéticos, a pesar de las burlas de los revoltosos, y bebía como un

[150] *entimemas*: silogismos abreviados que, por sobreentenderse una de las premisas, sólo constan de dos proposiciones, que se llaman *antecedente* y *consecuente. El sol alumbra, luego es de día*.

[151] *epiqueremas*: silogismos en que una o varias premisas van acompañadas de una prueba.

hidrópico las enseñanzas de Barbas tristes. Sin eso tal vez no habría estudiado, ni aprendido nada, ni sacado notas, ni ganado premios y habrían fracasado en flor los proyectos de su padre y quedado la familia de los Espárragos sin restaurador de sus timbres y continuador de sus tradiciones.

Canuto, al salir de clase, daba un rodeo por las calles para pasar por la plazoleta de la antigua casa escuela de Don Facundo. Consolábase con ver el caserón, los cuatro árboles que le hacían centinela, los poyos de piedra medios rotos por las diabluras de la chiquillería. Allí estaba la casa de sus dulces recuerdos, con su portalón, con su patio, con sus escaleras por donde bajaron tantas veces los niños atropelladamente; con su corredor sombrío y aquel cuarto oscuro que veía con los ojos del alma y que a través del prisma de esos sentimientos parecíale luminosa antesala del cielo. Allí, en el fondo, estaría el huertecillo de plátanos verdes y soñolientos, queriendo quitar la luz con sus anchas hojas al ventanillo de su prisión, y allí sonaría aún el chorro de agua del pilón de la fuentecica y darían vueltas entre sus linfas los peces de rojos colores. Todo, todo estaría lo mismo que lo dejó; lo mismo, sí, pero vacío, como está inerte el cuerpo muerto, que conserva la serenidad de sus líneas cuando el espíritu, dulce y callado, se ausentó para siempre dejando la inmóvil arquitectura de la carne.

Vacío, hueco del todo hallábase el edificio que rondaba Canuto por amor a sus dulces memorias. Don Facundo había muerto; Angelita había tenido que marchar con su madre fuera de Miralmar, muy lejos, a casa de unos parientes. El señor Tadeo, que quiso continuar la escuela, no pudo por su buen carácter, y se alejó llorando de aquel caserón; los niños, como golondrinas, desaparecieron y el edificio quedó desalquilado, con unos papeles puestos en los balcones, que parecían esquelas de defunción y que Canuto miraba siempre con ojos húmedos cuando pasaba por delante, como pájaros que revolotea donde le derribaron su nido.

¡Quién hubiera podido abrir aquella puerta cerrada como la de un sarcófago, sacudir el polvo de aquellas escaleras y aquellos desvanes, reanimar aquellas clases turbulentas o graves (según era el vigilante el señor Tadeo o Don Facundo) y convertir de nuevo en personas de carne y hueso las sombras queridas que vivían en la memoria del adolescente! No, no debían pasar las cosas tan fugitivas, no debían los seres humanos ser personajes movibles en el gran escenario del mundo, muñecos que quita y pone el destino, y que arranca y se lleva cuando le place. A los catorce años, cuando se empieza por regla general a despertar a la razón, ya Canuto tenía recuerdos y tristezas, cosas muertas en que pensar, cosas desaparecidas que acariciar con ese dulce canto de las remembranzas, y por eso pasaba siempre que podía por aquella solitaria plazuela y dirigía una mirada melancólica a la fachada del caserón, donde sólo los gorriones, ignorantes de todo, anidaban en las canales obstruidas por las malezas.

Una tarde cruzó el peripatético frente al edificio; estaban arreglándolo; hallábase abierto; montones de escombros y de cantería en la plaza indicaban que el dueño iba a hacer reformas. Canuto preguntó a los albañiles que preparaban las mezclas y supo que en efecto se trataba de habilitarlo para varios inquilinos, ya que nadie quería una casa tan destartalada.

Canuto entró en el portal, saltándosele el corazón, llegó al patio y le brotaron las lágrimas de los ojos; sobre aquellas baldosas tuvo, como otro Horacio, el singular combate;[152] siguió escalera arriba y aquella soledad, aquel vacío, aquellas salas

[152] Quinto Horacio Flaco (-65 a -8) luchó tras el asesinato de César al lado de Bruto y, como tribuno comandante de una legión, fue derrotado en Filipos el año -42.

desmanteladas le entrecortaron de sollozos. Era cierto; nada, nada había de lo que fue; ni siquiera estaban allí aquellos carteles y aquellas grotescas figuras representativas de la Historia de España, que miraba con Eduardito cuando se quedaban solos en la clase, temerosos de bajar al asueto. La azotea que daba al salón también estaba sin su macetero, donde alguna vez Angelita, como mariposa, anduvo entre las flores. Y asomándose al pretil de esa azotea, sobre el techo del cuarto que le sirvió de prisión, Canuto vio el jardinillo seco y destrozado por el trajín de la albañilería, tronchados los plátanos y esparcidos acá y allá los pedazos de la fuente... ¡Oh! y Angelita había estado allí para consolarle de su soledad, y de aquel agua, ahora encharcada y podrida, le dio a beber, como Samaritana del Evangelio de su pasión! Canuto no pudo resistir estas terribles emociones; bajó sollozando, gritando, loco de dolor, y dos albañiles que acarreaban espuertas tuvieron que acudir a él en el patio para levantarle del suelo, adonde había caído como epiléptico.

CAPÍTULO VIII

La Samaritana

Cuando llevaron al niño a su casa, tambaleándose, pálido como un difunto, el sobresalto de la familia fue tremendo. ¿Qué había pasado? ¿Por qué aquellos hombres, manchados de yeso y tierra, le sostenían y ayudaban a entrar? Don Primitivo le creyó herido y acudió con gran azoramiento; Doña Gertrudis se abrazó a él gimiendo; las niñas le rodearon, formando un coro de plañideras.

Le acostaron, se llamó al médico, le pulsó; tenía una altísima fiebre, algo de delirio; de sus labios amoratados salían incoherentes palabras; se le aplicaron sinapismos a los pies, botellas de agua caliente, se prepararon por si eran precisas las sanguijuelas, en una redoma donde hambrientas se estiraban y retorcían buscando sangre humana que chupar.

Canuto cerró los ojos y cayó en un profundo sopor; se le arropó para que entrase en reacción y se cerraron cuidadosamente los postigos de la alcoba para que la luz no diese en sus ojos ni le mortificase.

Un silencio suave se hizo en la habitación, donde el que entraba lo hacía de puntillas y el que tenía algo que avisar o decir hablaba en voz baja. Doña Gertrudis dejaba por primera vez la daguilla ociosa, ocupándose en otros quehaceres: en arrebujar al niño en sus cobertores, en ponerle el edredón a los pies, en preparar la tisana, el aguamanil y las ventosas. Las niñas, como estatuas doloridas, rodeaban el lecho, ayudando a su madre o entraban y salían con los silenciosos recados. Don Primitivo en una butaca, al lado de la cabecera del enfermo, le miraba con ojos de angustia, y otros ratos escondía la cabeza entre sus manos huesudas.

El médico hizo tres visitas aquel día, y cuando, ansioso, el padre le preguntaba qué era aquello, qué podía temerse, de qué enfermedad se trataba, él encogía los hombros diciendo:

-Todavía no se sabe. Una fiebre alta con estupor; hay que observarla; existen mil clases de fiebres, y hasta que vaya ella misma definiéndose no cabe diagnóstico.

Por la noche el enfermillo se despertó, pidió agua, tenía sed. ¡Agua!, decía, y cuando iban a dársela la rechazaba gritando: ¡No, tú no, la Samaritana! Y la familia lloraba a lágrima viva, pero tragándose los sollozos, al ver el delirio disparatado de Canuto. Toma, hijo mío, decía Doña Gertrudis con ternura; si es la Samaritana la que ha traído este vaso de agua; si es de ella, bebe; y Canuto, incorporado y con los ojos muy abiertos miraba a la puerta y como si viera a la Samaritana allí, en el dintel, exclamaba: Ahora sí; es de ella, dame, que me abraso; y bebía, pero no agua, sino tisana templada, a la que hacía un gesto de repugnancia, volviendo a dejar caer sobre la almohada pesadamente la cabeza.

Una semana pasó entre la vida y la muerte, con aquella fiebre devoradora; tenía momentos de lucidez, que brillaban a los ojos de su familia como un iris en negra nube; pero luego caía en aquel atáxico[153] marasmo que hacía torcer el gesto al doctor y volvía la pena a todos los semblantes. También entraban en la alcoba alternativamente los primos, los novios ya oficiales de las niñas; pero en éstos los sentimientos eran otros. Lamentaban en voz baja la enfermedad, se interesaban exteriormente por la mejoría del enfermo, aparentaban solicitud y extremado celo; pero si Dios le guardaba para sí como un alma querida, si le llamaba a su santa gloria, pensaban ellos al unísono, aunque sin comunicárselo, ¿qué iban a remediarle?

Tal vez sería un bien. Aquel niño estaba muy consentido, muy mimado por su padre; no podía ser muy dichoso en la vida, aunque Don Primitivo le mejorase en tercio y quinto como sospechaban. Y luego esto de la mejora era una iniquidad; todos los hijos debían ser iguales; repartirse por igual el capital de sus padres, y así tocaría a más cada una de las niñas, o por mejor decir, no se verían privadas de parte de lo suyo. Castigo del cielo era esa enfermedad, para que Don Primitivo abriese los ojos y no tuviese preferencias.

Y después de pensar cada uno por su cuenta todas estas cosas, se fijaban en el rostro envejecido de Don Primitivo y en el amoratado de Doña Gertrudis, y seguía diciendo para su capote: ¡Pobre tío, poco le queda ya que vivir; está muy arrugado, muy caído; no sobrevivirá a su hijo; le ama mucho y no puede resistir este golpe! ¿Y la tía? La tía tampoco; tiene la cara apoplética; el mejor día una congestión y adiós!

Así, ante el lecho del pobre Canuto, sus piadosos primos, los futuros yernos de Don Primitivo, soñaban ya no en uno, sino en tres entierros, para quedar redondeados.

Bien dicen que el que desea la muerte a otro le alarga la existencia. Más que las solicitudes de la familia, que el tratamiento del médico y que la fuerza de la naturaleza, que por su cuenta lucha también contra toda enfermedad, es de creer que mejorasen a Canuto las oraciones mentales de sus futuros hermanos políticos. Ellas mismas sostenían sin duda tieso y acartonado a Don Primitivo, y quitaron a Doña Gertrudis el mal de piedra, de que estuvo aquejada toda su vida.

Canuto amaneció un día más despejado; la fiebre había cedido en gran manera; el delirio desapareció la noche anterior, en que tuvo un sueño tranquilo y él mismo pidió alimento, mostrando ganas de levantarse de la cama. El médico aconsejó a la familia que tuviera prudencia; le dijo que pasada la crisis se iniciaba la mejoría, y ordenó unos

[153] *atáxico*: relativo a la ataxia, desorden, irregularidad, perturbación en las funciones del sistema nervioso.

caldos en lugar de la sustancia de pan y arroz. Todo se hizo al reloj, y la esperanza volvió a iluminar los abatidos rostros.

Pasados dos días sin fiebre, el niño se levantó convaleciente. Estaba en los huesos; débil, a punto de no tenerse en pie ni un segundo; se mareaba, se le iba la cabeza, pero al llevarle sus padres a un silloncito rodeado de cojines, para sentarle en la misma alcoba, notaron que estaba más alto. Había crecido, había dado un estirón increíble, y eso en dos semanas. Aunque en esqueleto, era casi un hombre.

Aquella crisis del espíritu y del cuerpo había sido como la borrasca de los cambios de estación: tras ella venía la serenidad de la salud, pero también otra nueva etapa de la vida. La niñez había terminado y comenzado la adolescencia. Canuto, anticipándose con su sensible espíritu a esta metamorfosis, habíala sentido en el alma antes que transformase su organismo. De todos modos, gracias a Dios y a las solicitudes de sus colaterales del cuarto grado, no había perecido en el ciclón, y ahora vería al mundo de otra manera y también amaría de otra suerte a su poética Samaritana.

Sentado entre almohadones, en el silloncito que de la alcoba había sido trasladado al comedor, hermosa pieza orientada a mediodía, donde el sol tendía sus franjas doradas sobre la alfombra de moqueta de vivos colores, Canuto sentía recobrar las perdidas fuerzas y el apetito. Allí le llevaban, sobre una bandeja de laca, el sopicaldo, tan humeante, tan oloroso, con unas hojitas de yerbabuena que sobrenadaban dándole exquisito sabor. Lo sorbía con avidez, mojaba un bizcocho en vino generoso, y así iba preparando el estómago y evitaba una recaída terrible. Parte del día le rodeaban sus amigos, que, enterados de su enfermedad, acudieron a la casa y que ahora en la convalecencia le hacían compañía. Entre ellos estaba Barbas tristes; el melancólico dómine que tanto quería al muchacho, y que ya no le hablaba, por no fatigarle, de entimemas, ni de cornutas, sino de cosas del Seminario y de chascarrillos alegres.

Canuto supo por primera vez el bien inmenso que es la salud. Antes había vivido sin sentirse vivir; ahora, conforme iba resucitando, tocaba y palpaba el bien de la existencia. ¡Qué sol tan hermoso aquel que entraba por las vidrieras del comedor! ¡Qué pedazo de cielo tan magnífico el que tras ellas veía sin una nube, cruzado de golondrinas rondadoras, salpicado de bandadas de gorriones, parecido a un azul pañuelo de Manila bordado de pájaros! Todo, todo brillaba ante él con una luz más viva y maravillosa; todo sonaba en sus oídos más armoniosamente, hasta la música de los guitarros callejeros, que parecían entonar himnos de dicha; hasta los mil ruidos de la ciudad, que se concertaban como un coro. En los maceteros abríanse las clavellinas; en las casas de enfrente asomaban las rústicas domésticas a los balcones canturriando; los árboles de Pascua salían por las tapias fronterizas cubiertos de rojas flores, de ésas que él recogió otras veces para disecarlas entre sus libros. Estaban próximos aquellos días de Navidad que tan divinos le parecieron siempre, y él, por fin, sacado del lóbrego dormitorio, del lecho martirizante, de la postración incomprensible podía ver la luz, oír el cántico de la existencia, gozar de las caricias del sol, cuyas crenchas de oro rodaban a sus pies, como a los de Jesús las de María Magdalena.

Ciertamente que era hermoso todo aquello; sólo faltaba para completarlo la fuente y el piloncito, y Angelita sentada a sus bordes, y él a su lado leyéndole versos. Pero él guardaba cuidadosamente esa dulce visión, a nadie se la había revelado; nadie, ni sus padres mismos, a quienes tanto quería, estaban enterados de aquel secretillo infantil. Todavía no sabía a punto fijo Don Primitivo la causa de la enfermedad de su hijo. Habían contado los trabajadores que le recogieron desvanecido en las losas del

patio de la antigua casa escuela, pero nada más, y el ex droguero se devanaba los sesos meditando a qué habría ido allí, al deshabitado caserón, donde ningún objeto podía llevarle.

Barbas tristes fue encargado por Don Primitivo de sondear a Canuto, y éste, que ya tenía gran confianza con el seminarista, le refirió el motivo de su visita a aquel edificio profanado; el irresistible impulso que le llevaba todas las tardes a pasar por la plazoleta, y que le empujó la última vez a recorrer los lugares queridos de sus memorias. Le contó las escenas del encierro y de la piedad de Angelita; la pena que le producía la ausencia de esta niña, a la que nunca dijo nada de su infantil querer, y cómo una congoja se le agarró al corazón aquella tarde en que cayó sin sentido al ver que la piqueta destruía la fuente y el jardinillo donde tenía sus recuerdos.

El dómine lo relató a Don Primitivo. Canuto era un niño sensible, un infante precoz en corazón y talento, y ese amorcillo que brotó en él antes de que llegase la pubertad, como las flores tempranas que salen a los lindes del campo antes de la primavera, le había embriagado con su perfume, penetrando suavemente en su corazón. Agréguese a ello, decía, la emoción de aquella patética visita a la casa deshabitada y el espectáculo de aquella profanación demoledora, y sobraba causa para el ciclón desencadenado. *Nihil est in intellectu quod non prius fuerit in sensu*,[154] exclamaba Barbas tristes ante el pasmado Don Primitivo; por eso, cuando oí que Canuto en su delirio pedía que le diese agua la samaritana, deduje que alguna figura semejante había pasado por sus ojos para renovarse en su cerebro, en las vibraciones intensas de la calentura. Ahí tiene usted quién es la samaritana y quién tiene la culpa de la enfermedad de su hijo... Y Barbas tristes callaba, quedando sumido en hondas reflexiones, porque otra figura bíblica parecida le había hecho a él ahorcar los hábitos, perder la herencia del pariente y buscarse el vivir, mientras hacía su carrera dando lecciones por unas cuantas monedas de luto.

¡Ah! Don Primitivo ante esa inesperada revelación de los sentimientos de su vástago quedó perplejo y atónito. Un nuevo peligro amenazaba al árbol genealógico: el entronque futuro con la modesta rama de un maestro de escuela, y esto era torcer y desviar el cauce trazado a sus aspiraciones. Por fortuna, la samaritana se hallaba lejos y el caserón estaba ya transformado y dividido en viviendas. En los bajos de la derecha, una humilde tienda de ultramarinos presentaba su mostrador y su anaquelería; en el de la izquierda, había un taller de sastre, con dicharacheras oficialas, que pasaban el día entre las risotadas y la aguja. Y arriba, los hierros del balcón principal, sombrado de ancho cobertizo, pendía un largo tablero con letras muy gruesas que decían: "La Unión y el Fénix Español. Compañía de seguros de Incendios". Y sobre este letrero, a guisa de escudo, un pajarraco pintado, el fabuloso fénix, salía con las alas extendidas, entre unas llamas pintarrajeadas.

Canuto, recobrada su salud por entero, volvió a la vida ordinaria; reanudó sus interrumpidos estudios; tornó con Barbas tristes al corro de los formales peripatéticos, pero no pasó más por el plazolón.

El dómine le aconsejó que echase por otra calle, porque ya la casa no era la misma, con la tienda y la sastrería de los bajos y la agencia de la Compañía de Seguros en el principal. Sin embargo, siguió soñando, delirando suavemente, escribiendo versos a hurtadillas, que ya no leía a nadie, devorando con afán sus asignaturas, haciendo

[154] El conocimiento humano incluye lo sensible, pues sin sensación no hay ciencia.

progresos en el dibujo también; y a fin de curso, cuando llevó a sus padres las brillantes notas de sus exámenes y las cartulinas de sus premios ganados en reñida oposición, al desenrollarlas regocijadamente Don Primitivo para ponerlas en marcos dorados, halló entre ellas otro pedazo de papel marquilla,[155] con una figura hecha a lápiz y a esfumino, con que le obsequiaba el hombrecillo como muestra de sus adelantos pictóricos: era un dibujo de niña al borde de una fuente, con un cantarito a su lado, con el codo apoyado en el pilón y la mano en la mejilla. Don Primitivo miró con atención el rostro de la bella Samaritana, y volvió a temblar por el árbol genealógico de los Espárragos.

[155] *papel marquilla*: el grueso, lustroso y muy blanco, que se emplea ordinariamente para dibujar.

Siguiente >>

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

La galera acelerada[156]

Por un ramblizo lleno de chorros de agua, tratando de ganar el pesado declive que desde él trepaba a más fácil camino, tirada por cuatro pares de mulas, que a las voces del mayoral y a los latigazos de los zagales amagaban las orejudas cabezas e hincaban a porfía los herrados cascos en la arena y los peñascales, caminaba despacio y tambaleándose la galera acelerada, ferro-carril de aquellos tiempos, que ponía en comunicación a Miralmar con Granada.

Amanecía y divisábanse allá en lo alto dos grupos de viviendas campesinas, formadas de negruzcas piedras superpuestas, punto de parada donde habían de tomar pienso las bestias, después de la caminata de toda la noche.

Veinticuatro leguas distaba Granada de Miralmar y de cinco a seis días empleábanse en ir de una a otra población, a pesar del aceleramiento ponderado de aquel servicio de vehículos. Verdad es que había que abrir carril por ramblas y ríos, esperar muchas veces que cesaran las avenidas, echar por trochas nuevas cuando la lluvia los interceptaba, dar descanso al ganado, que no tenía en aquellas soledades remuda posible, e ir con tiento por aquellos peligrosos lugares, por aquellas subidas y bajadas llenas de baches y precipicios para no dar a cada momento la monumental voltereta que podía malograr el viaje poniendo ruedas arriba el galerón.

En cambio de esta parsimonia, el pasajero gozaba las delicias de ir más a pie que montado; porque a cada instante oía el aviso del mayoral de que era preciso bajarse en aquel mal paso, y hacía buenas ganas de comer con su forzado andar por ramblas y vericuetos, y disfrutaba de los suculentos platos y mullidas camas que las ventas del camino ofrecían a los asendereados cuerpos.

¡Y qué ventas, Santo Dios! Ni las que el andante caballero creía casillos con fermosas princesas, ni las donosamente escritas en el inmortal libro de sus aventuras, cuando Sancho sintió los efectos del bálsamo de Fierabrás,[157] tenía comparación con aquellas de las Alcubillas, de la Huronera y del Molinillo, que eran las tres principales paradas del galerón acelerado.[158]

Precisamente llegaba a la primera nuestro vehículo, después de salir fatigosamente arrastrado por el jadeante tiro de mulas, cuando la aurora clareaba por los vecinos cerros , Canuto, desperezándose sobre el colchón tendido en el interior de aquel ambulante navío terrestre, se asomó para darse cuenta del paraje y hotel donde acababan de hacer alto.

---

[156] *galera acelerada*: la de transporte terrestre, especialmente rápida. La galera transportaba personas, era grande, de cuatro ruedas, y ordinariamente llevaba cubierta o toldo de lienzo fuerte.

[157] *Quijote*, I-XVII.

[158] La primera en Almería, las otras dos ya en Granada.

Había dormido bien. A los quince años se duerme sobre una piedra, y aunque sintió y oyó confusamente en sueños los vaivenes, los zarandeos, las paradas, los latigazos, las coces y los juramentos de toda la noche, nada le despertó hasta que el beso de la claridad matinal tocó sus ojos.

Salió del galerón, ágil como un cabrito, y sintiendo ganas de desayunarse entró en el ventorrillo, cuyas paredes de piedra seca, sin trabazón de mezcla de barro, dejaban una red de rajas y agujeros por donde entraba la luz y el viento frío de la mañana.

El mayoral y los zagales pidieron copas para matar el gusanillo. Canuto quiso tomar chocolate o café para calentar el estómago; pero como el ventero, con voz acatarrada, dijera que sólo había aguardiente, aquéllos se echaron sendos tragos al cuerpo y el niño, arrebujado en su capa estudiantil, tuvo que sacar la cesta de las viandas y contentarse con un pastel seco y fiambre, que devoró con apetito.

Canuto era el único pasajero en aquel viaje de ida, y aunque muy recomendado al mayoral, a quien Don Primitivo dio por anticipado buena propina, el tal no se cuidó del señorito, que permaneció sentado en un rincón, a solas con sus pensamientos y sus pasteles.

Iba a Granada, a la Universidad, a estudiar carrera mayor, a realizar los sueños dorados de su padre y los suyos propios, a hacerse abogado, a ser un hombre de provecho y de ciencia.

Allí en el galerón, su baúl repleto de ropa, con olorosas manzanas puestas entre las prendas de vestir por la santa mano de su madre, estaba amarrado a la zaga; en el fondo de él llevaba sus libros de estudio: el *Derecho Romano* de Heinecio,[159] los *Prolegómenos* y la *Historia del Derecho Romano* de La Serna,[160] y escondidos además unos borroncillos de versos y de cuentos y el dibujo de la Samaritana.

Era el pequeño fardo de su pasada existencia y de su porvenir. Con razón llamaban ya mundos a los baúles como el de Canuto, porque en ellos se encerraban, con prendas, libros y papelorios, todo lo que el mundo da de sí: esperanzas y recuerdos. A decir verdad, si se le hubiese extraviado, el estudiante habría creído perder parte de su vida.

Algo llevaba, sin embargo, consigo, que no iba allí prensado y cerrado bajo la llave: las lágrimas de su madre, que le salpicaron las mejillas al partir; los severos consejos de su padre, que le tocaron en el corazón, y entre ellos como un iris entre gotas de lluvia, el recuerdo constante de Angelita, que le acariciaba sonriente.

¿Qué le importaban las fatigas de la caminata, los azares y trabajos de la carrera que emprendía, si tras ello estaba la felicidad, en todos los sentidos, completa y

---

[159] *Elementos de derecho romano* (1829), de Johann Gottlieb Heineccius (1681-1741).

[160] Pedro Gómez de la Serna (1807-1871), autor también de *Consideraciones sobre la pena de muerte en España* y *Tratado de procedimientos judiciales*. En el original se lee *Laserna*. Nació en Mahón (Menorca) en 1807 y falleció en Madrid en 1871. Cursó estudios de Cánones y Leyes en la Universidad Central y en Alcalá, donde, con el grado de bachiller, ocupó la Cátedra de Derecho Romano en 1827-1828. En 1829 obtuvo la Cátedra de Instituciones Civiles, en 1831 la de Práctica Forense y, posteriormente, la de Legislación Comparada.

absoluta, bajo el prisma de la grandeza de una posición, como su padre se la hacía vislumbrar, y en el fanal cristalino de un amor, como él además lo comprendía? ¡Oh! y cierto malhumorado predicador de Miralmar negaba que hubiese dicha aquí abajo, y llamaba a la tierra *valle de lágrimas*, cuando con sólo un poco de esfuerzo y de constancia podía cogerse esa felicidad de las alas y asegurarla para siempre en la jaula de un hogar apacible como faisán de plumas de oro!

Canuto estaba cierto de haber comenzado su viaje hacia el país de la dicha, y no hallaba incómoda aquella galera acelerada que le acercaba a él, a pesar de sus enormes y pesadas ruedas, de su inmenso toldo de lona y cañizo sujeto sobre altos arcos de madera curva, y de la gran balumba de su carga de fardos, colchones, catres y muebles hacinados en el interior.

El pastel frío en ayunas no sentó bien al delicado estómago del estudiante y esta sensación física le hizo bajar de sus éxtasis; pero, como no había nada caliente en la venta para aliviar la desazón, decidióse, por consejo del mayoral, a tomar medio vasillo de aguardiente, que le abrasó la garganta. Esto le reanimó; pero a poco su cabeza comenzó a dar tumbos, sintió sed y modorra, y no supo más, sino que cuando despertó de su sopor la galera andaba tarda como un elefante por unos campos barbechados y él estaba como un bulto tendido dentro de ella.

-¿A eso le llamaban *embriagarse*? ¿Ése era el vicio tan atractivo para muchos? Canuto, aún desazonado por sus angustias y con los sentidos amodorrados por los restos del alcohol, juró no volver a probar nada que pudiese subírsele a la cabeza y hacerle perder tan sin gracia la razón y la dignidad, rogando y suplicando al mayoral que no contara a Don Primitivo aquella escena bochornosa.

El viaje siguió sin accidentes todo el día, muy monótono y muy aburrido, ora atravesando llanos, ora subiendo cuestas, ora bajando a ramblas y cañadas, donde alguna vegetación reanimaba los ojos y algunos álamos corpulentos ofrecían sombras y trinos de pájaros.

Al caer la tarde, sobre todo, llegaron bulliciosas bandadas a refugiarse en unas alamedas umbrosas y allí formaron sus ensordecedoras charlas, últimas conversaciones del día. Cerca estaba la segunda venta llamada de la Huronera, donde los pasajeros tenían que hacer noche y en ella paró y aun debiéramos decir mejor que echó anclas aquel carromato, especie de fragata de ruedas, sin palos ni velamen.

En la venta de la Huronera pudieron tomar, ya sentados en una mesilla, como camaradas, los conductores y Canuto, unas sopas de ajo. Repartió éste algo de sus fiambres y aquéllos bebieron peleón a más no poder, seguros de tener espacio y camaranchones para dormir la mona.

Al estudiante se le preparó por la ventera un catre, con un colchón tísico, sábanas de lana tejidas en los telares del inmediato pueblo y manta encarnada de algodón, y no pasó mucho tiempo sin que sólo quedara en vela el candil que, colgado del arco del zaguán, arrojaba sobre los arrebujados zagales y enviaba a la cuadra del fondo, entre espirales de asfixiante humo, una luz más penosa que las tinieblas.

Por mucho que fuese el cansancio de Canuto y por poco exigentes que se mostraran sus verdes años de comodidades y confort, ciertos alfilerazos sentidos en todas las partes de su cuerpo no pudieron menos de despertarle, a eso de la medianoche.

Encendió un cabo de vela, que llevaba a prevención consigo, y cuando destapó sus sábanas quedó estupefacto ante la invasión de otro ejército como el de Jerjes.[161] ¡Las chinches! Exclamó con voz consternada. Eran, sí, las chinches todas de la venta, convidadas a aquel banquete de sangre moza y sorprendidas en el momento más culminante de sus libaciones.

Corrieron esas bebedoras de sangre humana en todas direcciones para escapar de la persecución. Canuto las recogía con una escudilla casi a celemines[162] y las ahogaba; pero le fue preciso renunciar a todo combate al ver que de todas partes salían, del catre, de las sábanas, de la manta y de las paredes. Optó por levantarse y vestirse, y allí pasó la noche, velando por su integridad personal contra aquellos temibles enemigos, o dormitando y dando cabezadas cuando el sueño vencía al temor y a la incomodidad de la postura.

La del alba sería[163] cuando, levantados, los zagales y el mayoral comenzaron el trajín de aparejar las bestias para engancharlas al carromato. Canuto se alegró de perder de vista aquel mesón, y con las primeras tintas del sol continuó navegando tierras adentro, por entre montes oscuros, el galerón inmenso acelerado.

Esta manera de viajar tenía la ventaja de que el pasajero se aprendía de memoria todos los parajes, pasos, sitios tristes o pintorescos, abismos y desfiladeros, y además las consabidas ventas con sus lindezas.

El mayoral hacía casi siempre el papel de cicerone. Aquí volcamos la vez pasada, decía señalando un tajo; nos quedamos tumbados sobre ese peñón y gracias a él, que nos sostuvo, no nos hicimos polvo... Por ahí tuvimos que trepar más de prisa, dejando la galera en el río, porque éste se salió de madre... En estos callejones le quitaron hasta la camisa a un trajinante... Ya llegaremos a los Dientes de la Vieja[164] y verá usted castañetearle los suyos de frío.... Aquí fusiló la Guardia Civil al Puro y al Gallina....[165] Y a Canuto se le ponía la carne de idem al oír todo esto, penetrándose de que aquel camino hacia la felicidad no estaba exento de tropiezos.

Cuando oscureció no pudo menos de pensar en los ladrones; sin duda merodearían por aquellos andurriales solitarios. Parecíale cada matorral o cada peñón, a

---

[161] El rey persa Jerjes I, que forzó el paso de las Termópilas y saqueó la ciudad de Atenas.

[162] *celemines*: medida de capacidad para áridos, que tiene cuatro cuartillos y equivale en Castilla a 4´625 litros aproximadamente.

[163] Así comienza el capítulo IV de la primera parte del *Quijote* cervantino.

[164] El *Diente de la Vieja*, en el Calar, aguja de roca que se puede ver desde la Rambla de Guaínos.

[165] *El Puro* y El *Gallina* asesinaron en las cercanía de la población almeriense de Tabernas a Casiano García, hermano del rico indiano don Diego, quien los persiguió hasta África, donde los detuvo. Fueron muertos en el camino de Níjar a Almería, según versión de la Guardia civil, al intentar escaparse (*La Crónica meridional*, 24 de octubre de 1895). Ledesma cita el hecho en el capítulo XXXI, "El Marquesado" de *El libro de los recuerdos*, p. 155: "Ambos murieron en Cuesta Colorada, allá en los tiempos de Zugasti [1837-1915], en que la guardia civil limpiaba de secuestradores la infecta Andalucía. No hubo piedad. Cogidos uno y otro y encarcelados, se dijo convenía trasladarlos a cárcel más segura y aunque ellos, presintiendo su muerte, gritaban que los amarrasen bien, que los esposaran y los cargaran de grillos y cadenas, resultó… que trataron de escaparse en el camino y los guardias dijeron que hubo que disparar y matarlos."

esa hora, un José María[166] o un Jaime el Barbudo,[167] apostado con su trabuco para darle el alto.

Habían andado menos aquel día y ganarían más tarde la otra venta. La noche se les echó encima y las sombras abultaron en la imaginación de Canuto aquellos peligros de la soledad. Sintió el miedo; pero a decir verdad, fue transitorio, porque pudo más en él la idea de que ya era un hombre y de que los hombres no deben temerle a nada, y se repuso haciendo de tripas corazón.

Un enorme bulto parado algo lejos, parecido a un mamut antediluviano, le sobresaltó y puso en cuidado también a los zagales y al mayoral. No era un peñasco, pues ninguno había en aquel sitio que ellos palmo a palmo conocían; tampoco tenía trazas de carro ni de caballería, y con él habían forzosamente de tropezar por aquella larga angostura.

-¿Quién va? gritaron todos, al acercarse, en medio de las tinieblas. ¡La galera acelerada! Respondieron desde la masa informe siete u ocho veces a un tiempo. Y efectivamente, era la galera acelerada de la semana anterior, que a causa de una rotura de la lanza,[168] que habían empalmado y amarrado con sogas como se pudo, se retrasó en todo su viaje, y que estaba atascada sin poder salir de aquel atolladero.

Se aproximaron los dos vehículos como buenos compañeros, se desenganchó un par de mulas del segundo para sacar del mal al atascado y al acercase Canuto a los viajeros su júbilo no tuvo límites, pues reconoció entre aquellos a Eduardito. Iba también a Granada a seguir la carrera de abogado, y ya le tendría de compañero de Universidad, como lo habían sido de escuela. Los dos se abrazaron con efusión, y Eduardito se trasladó a la galera de Canuto para proseguir juntos el prolongado viaje.

¡A cuántas efusiones de pura amistad y a cuántos proyectos dieron expansión los dos adolescentes mientras ambos carromatos discurrían por aquellos caminos! Eduardito, más modesto, sólo aspiraba a salir aprobado en sus asignaturas, coger la reválida, hacer oposiciones y ganar un Registro de la Propiedad. Tú puedes ir más lejos, decía a su compañero; tu padre es rico y puede empujarte hacia mayor altura. En Miralmar se sabe todo y los amigos de tu papá te cuentan ya no sólo abogado, sino Diputado a Cortes y Ministro. Además, tú haces versos y escritos, y cuentos muy bonitos, y esto te abrirá las puertas de los periódicos y de los salones de Madrid. En suma, que tú irás donde quieras y yo me quedaré donde pueda.

Canuto se sonreía, pero no dejaba de creer en su interior que aquello no sólo era adulación o cariño; que tenía su poquito de fundamento. Hasta sentíase con ganas de ofrecer a Eduardito su apoyo y protección para que se le concediera el Registro que ambicionaba; pero reprimía la manifestación de sus impulsos generosos comprendiendo que todavía era muy temprano para prometer cosa alguna.

En tales disquisiciones y pensamientos, amenizados por los vaivenes de la

[166] El bandolero "El Tempranillo".

[167] El bandido de Crevillente Jaime Alfonso, *El Barbut* (1783-1824).

[168] *la lanza*: vara de madera que va unida por uno de sus extremos a la parte delantera y que sirve para darle dirección.

galera, por los gritos del mayoral, por las coplas de los zagales, por el campanilleo de las mulas que, moviendo las cabezas a compás, sacudían sus colleras al unísono, por las forzosas bajadas y caminatas a pie de los viajeros y por algún que otro medio tumbo en que el carromato quedaba con un ala levantada en forma de ángel colosal, pasaban el tiempo Eduardito y Canuto y veían asomar y caer el sol y transcurrir día tras día.

En la cuesta de la Reina llevaron gran susto, porque la galera puso una de sus ruedas en el precipicio; en los interminables llanos de Guadix creyeron helarse, porque la nieve de las cercanas sierras se tocaba casi con la mano; la posada de los Naranjos les pareció una sorbetera; en la venta del Molinillo no había ni agua. Sólo les indemnizó de las malas noches, del frío, del hambre y de la sed aquel pintoresco camino militar abierto por los franceses cuando la guerra de la Independencia hasta Granada para transportar su artillería; trocha de altas subidas e inmensas bajadas por cima de los cerros y de los valles, por donde seguía el galerón, y desde la cual descúbrense admirables paisajes y perspectivas.

Al cabo de tres días desde el encuentro de ambos estudiantes, entraba triunfalmente en Granada por la calle de la Duquesa,[169] ya bien caída la noche, la galera acelerada seguida de la otra de la lanza rota, y cruzando la calle de Mesones[170] paraban en Puerta Real,[171] en el despacho de las Mensajerías, donde un grupo de curiosos, mozos de la Empresa y receptores saludaban con júbilo la feliz llegada, como si se tratase de dos navíos que arribaran de remotos mares. Lamentaban el percance del vehículo que había tardado doce días y se alababa la celeridad del otro, que sólo había empleadlo cinco en andar veinticuatro leguas.

CAPÍTULO II

La Plaza de los Lobos[172]

Al llegar a Granada separáronse los dos amigos. Eduardito fue a parar a la calle de San Juan de Dios, a casa de unos parientes, y Canuto a casa de los señores de Ovejero, matrimonio venido a menos, que vivía en la calle del Horno del Haza, esquina a la plaza de los Lobos, y que por recomendación de un antiguo corresponsal de Don Primitivo se decidió a recibir de huésped y a cuidar al novel estudiante.[173]

---

[169] Calle situada junto al Jardín Botánico de la Facultad de Derecho de la Universidad de Granada.

[170] Luego llamada *Poeta Zorrilla*.

[171] En Puerta Real confluyen las calles *Reyes Católicos*, *Poeta Zorrilla* y la *Carrera del Genil*.

[172] La plaza está situado cerca del Jardín Botánico y del convento de monjas de la Piedad. Aunque se llamó *Plaza de Rull y Godínez* por los héroes granadinos muertos en El Callao, actualmente mantiene el nombre de *Plaza de los Lobos*.

[173] Se trata de un episodio autobiográfico. En el capítulo VI, "El estudiante" de *El libro de los recuerdos*, p. 41, recuerda Ledesma su estancia en casa de un señor Jofré, amigo de su padre: "un cuchitril con un catrecillo, una mesa coja que con un taco de madera bajo una pata se aseguraba, un quinqué y un palanganero. *Voilà tout*. / La casa era la segunda de la calle del Horno de Haza, más allá de la Plaza de los

Dispusieron al recién llegado un cuartito de balcón a la calle, con su camita de hierro, su mesita de estudio, su butaca bien forrada de reps[174] y su esterilla de pleita para cubrir los ladrillos del piso. Tres sillas y una mesa de noche, una cómoda y un quinqué de pantalla verde completaban el ajuar, y Canuto lo vio y lo encontró bueno, así como el matrimonio halló al huésped a pedir de boca, por su formalidad, su aplicación y su paga anticipada.

Instalado en su habitación, el niño hizo vida de monje ermitaño. Sus estudios desde las ocho de la mañana a las diez, hora de tomar el desayuno e ir a la Universidad; sus clases, a que asistía puntualmente; el almuerzo en familia con los dueños de la casa, en un comedorcillo que tenía puerta de comunicación con la celda del nuevo enclaustrado; vuelta a estudiar, escribir o leer hasta la hora de la comida; un paseíto después por la calle de Mesones con Eduardito, con el que se citaba allí, y a las ocho de la noche a casa indefectiblemente, a dar un repaso a sus libros y a acostarse como un bendito. Así se lo había recomendado su padre y aun dándole para ello una especie de reglamento, y él lo cumplía con religiosidad y el matrimonio lo veía con asombro.[175]

Empezaba octubre, el tiempo triste en la ciudad de la Alhambra, cuando los árboles de la Carrera[176] y el Salón[177] se despojan de vestiduras y ruedan las hojas muertas, revoloteando como almas en pena. Llovía mucho, muchísimo; el cielo plomizo no dejaba ver el sol; las calles eran un infranqueable barrizal, y las plazas, la de los Lobos principalmente, parecían lagunas Estigias.[178] Granada tiene un aspecto diferente en cada estación: en otoño es una ciudad de agua; en invierno, una ciudad de nieve; en primavera, una ciudad de flores; en verano, una ciudad de fuego; y entonces se encontraba en su primer estado, con el cielo y el suelo de agua, y las nubes, las canaleras y los tejados chorreando agua por todas partes.

Canuto leía, sentado en su butaca, a la dudosa claridad de aquellos días sin sol; oía aquella triste música de los aguaceros, y a veces la más imponente de las tronadas; se calzaba sus botas de goma y empuñaba su paraguas a las horas de marchar a la Universidad y se refugiaba con Eduardito en un café de Puerta Real,[179] en las noches en que el paseo era imposible. Allí se contaban los dos estudiantes sus tareas del día, se prestaban mutuamente sus apuntes de explicaciones del profesor y tomaban una tacita de té o café, entreteniéndose en vaciar ron en el platillo del azúcar y hacer con ésta, colocada sobre la cucharilla a la llama del alcohol, hervidores caramelos, que dejaban enfriar sobre el mármol de la mesa y que luego saboreaban con deleite.

Lobos, y por un balconcillo se tocaba con el edificio de enfrente, vetusto y cerrado. Se veían tejados oscuros y musgosos y, tras ellos, una torre de iglesia".

[174] *reps*: tela de seda o de lana, fuerte y bien tejida, que se usa en obras de tapicería.

[175] En el capítulo inédito 17 del Libro I de *El Libro de los recuerdos*, titulado "El novicio", asegura Ledesma: "En mis capítulos de *Canuto Espárrago* consagrados a Granada y a la vida estudiantil de mi héroe he copiado mucho de mi propia vida", y en él recoge las exigentes recomendaciones paternas.

[176] El paseo de la Carrera del Genil.

[177] De la Plaza del Humilladero se pasa al Paseo del Salón o de Castelar, junto al río Genil.

[178] Por Éstige o Estigia, el río subterráneo de nueve meandros que bañaba los infiernos.

[179] El café *Colón*, situado en Puerta Real, esquina Mesones.

Algunas veces versaba la conversación sobre los robos y los atracos que tan frecuentemente eran en aquellas calles, y Eduardito se lamentaba de que tuviese su amigo que pasar para ir a su vivienda por aquella plaza de los Lobos, tan solitaria, tan oscura, tan inmediata al campo; plaza donde era fama que aquellos carniceros habían bajado algunas noches hambrientos y hecho cerrar las puertas a los vecinos.

Canuto entró en aprensión y compró un bastoncillo de estoque para defenderse de los rateros nocturnos. Así, cuando regresaba a su domicilio e iba a cruzar la temerosa plaza para entrar por el callejón de enfrente, que era por donde tenía su casa la puerta principal, desenvainaba el estoquillo y lo llevaba preparado bajo la capa. Mirando a todos lados y avanzando sigilosamente en las tinieblas, llegaba al fin al no menos medroso portal, alumbrado por un farolillo agonizante. Cuando la puerta se abría, respiraba, y haciendo volver el acero a la vaina, trepaba a su habitación, satisfecho de haber escapado sin percance.

Para las noches de lluvia se proveyó de un pistolín, y por primera vez vio el futuro legista que, a pesar de todas las leyes y códigos del mundo, hay que vivir en pie de guerra y como si no hubiera derechos ni garantías, para sacar a salvo el pellejo en las ocasiones.

Un día llovió, granizó y tronó tanto, que Canuto no se atrevió a ir a la Universidad, pues había que pasar la plaza de los Lobos en esquife. Se quedó en su cuarto, muy pesaroso, y se puso a mirar por los cristales el desencadenado temporal. Caía el agua fuertemente y en los inmensos charcos de la plaza formaba pompas numerosas, como aquellas del cuento de Don Facundo. Recuerdos melancólicos se agolparon a la mente del estudiante y un presentimiento le acometió de que, como antaño, le sobrevendría con aquellas endiabladas burbujas algún contratiempo. Un carruaje cerrado, con un misterioso viajero provisto de su correspondiente mundo[180] asomó por una de las calles de enfrente, cruzó el plazolón, dobló la esquina y paró a la puerta de la casa. Canuto no pudo ver al pasajero apearse, porque el portal del edificio estaba en la callejuela del Horno del Haza y el balcón del estudiante daba a la otra fachada, como hemos dicho. Pero sí pudo percatarse, por el trajín de subir el baúl, de que los Señores de Ovejero recibían un huésped nuevo, lo que no le hizo maldita la gracia.

Cuando llegó la hora del almuerzo, el niño salió al comedor; ya le esperaban todos sentados, y reparando en el recién llegado, a quien habían puesto una silla y cubierto al lado suyo, le reconoció al instante, aunque no le había visto desde hacía cinco años. Era Paco, el de las burlas de la escuela, el del resbalón en las baldosas y la herida en la frente. Aún tenía el tortuoso surco de la cicatriz, y con su cara cobriza, con su barbilla rala, con su musculatura de los dieciocho años parecía más bárbaro y salvaje que antes.

Canuto no pudo disimular su sorpresa. El señor Ovejero hizo la presentación de los dos jóvenes, ignorando que ya se conocían. Inclinó la cabeza Canuto y tendió la mano al nuevo compañero, queriendo borrar todo rastro del antiguo rencorcillo, y Paco le dio también la suya, gruñendo y examinándole de reojo, como perro mal encarado.

Paco iba, como Canuto, a estudiar leyes, y habiendo sabido su padre que los

[180] *mundo*: baúl grande y de mucho fondo.

señores de Ovejero recibían algún huésped y estaban más a la mira de su conducta que las famosas patronas de Granada, y habiendo el mismo señor Ovejero tomado gusto a las mesadas de aquel pacífico estudiante, con el que equiparaba a Paco, admitió a éste de igual modo, pues que tenía casa sobrada para los dos.

Ambos jóvenes se comunicaban apenas; no iban juntos a la Universidad; ni ¿cómo habían de ir, si Paco de cada ocho días aparecía uno por las aulas? Solamente a las horas de almorzar y comer se veían y hablaban en la mesa, siempre de parte de Canuto con cortedad, de parte de Paco con enfado.

Éste era la desesperación del señor Ovejero: no se contentaba con faltar a clase; empeñó los libros, *para que estuvieran mejor guardados*, como decía con sorna; se dio al juego en el café del *Pasaje*, de cuyo garito no salía; a veces no aparecía a las horas de la comida, y muchas noches se quedaba la puerta de la casa de par en par esperando inútilmente al descarriado.

El buen pupilero lo pasaba todo, permitiéndose algunas admoniciones y consejos, que por un oído le entraban y por otro le salían; y entre tanto era más de admirar la irreprochable conducta de Canuto, que no se quebrantaba ni maleaba con aquellos perversos ejemplos.

Lo que más enfadaba a Paco no eran los frecuentes sermones del señor Ovejero, sino tener siempre delante aquel espejo de virtud escolar de su compañero de cada. Si al menos hubiese sido desaplicado como él, jugador, noviero y dado a las copas, habrían podido fraternizar, olvidando antiguos agravios; pero presentarse como un modelo de perfección ante sus ojos era reprocharle a cada momento, insultarle de un modo tácito y solapado, tanto más cobarde cuanto más esquivaba así una respuesta contundente.

Paco no se persuadía de que Canuto no pensaba en tales cosas; el vicio siempre sospecha que la virtud es hipocresía, y él tenía a Canuto por un enemigo hipócrita que violentaba sus gustos por el placer supremo de mortificarle y de zaherirle.

Lógicamente, para él no había otra explicación. ¿A quién podía gustarle aquella vida de cenobita, ni cómo podía ser voluntaria y espontánea, sin más fin que su propia satisfacción? Nadie se sacrifica, se encierra y se quema las cejas dejando las alegres diversiones y los bulliciosos amigos por sacar una nota más ventajosa, un papel mojado, sobre todo estando a principios de curso, cuando todavía hay tiempo por delante, cuando los exámenes se hallan muy lejos. Bueno que en mayo, por el temor del suspenso y de la regañina se sometiese cualquiera a esas torturas; pero en octubre no era comprensible, como no se llevase otra segunda intención: la de parecer un santo de palo, un bendito, para ponerse por contraste del alocado y bullicioso y darle envidia y provocar las reprensiones del señor Ovejero.

¡Bah! Paco estaba ciertísimo de que Canuto no estudiaba tampoco; haría como que leía cuando el señor Ovejero se dirigiese a su cuarto; pero después se pasaría, sin duda, las horas haciendo pajaritas de papel. ¡Valiente hipócrita, falso y mal compañero! ¡Ya le iba cargando a Paco tanta fingida santurronería!

Una mañana entraron los dos a almorzar; saludó Canuto y Paco apenas le contestó. Éste se hallaba violento, contrariado por todas aquellas ideas que se le amontonaban en la mollera y porque la noche anterior había perdido al juego la mensualidad que acabó de cobrar, y se vio sin blanca. El señor Ovejero hallábase

también pensativo, y la señora de Ovejero malhumorada, porque se había pegado el guiso de la carne. Una atmósfera de disgusto general reinaba en el comedor, que se mezclaba con el tufillo de la carne chamuscada. Por fin rompió el silencio el señor Ovejero y comenzó un sermón *ad hominem*,[181] dirigido a Paco, reprendiéndole por centésima vez sus extravíos. Sí, le decía; tu conducta es cada vez peor y tengo que dar cuenta de ella a tu padre. No vas a clase, no estudias, te pasas las horas en garitos, juegas, empeñas hasta la ropa y vienes a las tantas a casa, como si esto fuera un mesón abierto a todas horas. Y después de una pausa en que Paco calló, pero se puso verdoso de ira, volvió a la carga con él, aconsejándole que se enmendara. Toma ejemplo de este niño, le dijo por último, señalando a Canuto; míralo, acaba de venir de la Universidad; se levantó a las seis de la mañana y estuvo estudiando con la mayor aplicación; es querido de sus profesores, y éste será un hombre de provecho, mientras tú... No pudo acabar el señor Ovejero la frase, porque Paco, iracundo y fuera de sí, se levantó en un santiamén y lanzando una interjección de taberna dio un tremendo bofetón a Canuto, al tiempo que gritaba:¡Eso hago yo con los hipócritas!

Tan inesperada fue la agresión, tan injusta tratándose de aquel niño que nada se había mezclado en la conversación y que ni aun siquiera miraba a Paco, ni le mortificaba con un gesto, que el señor Ovejero se quedó inmóvil, su esposa se echó a llorar, y Paco fue dueño del campo cosa de dos minutos; pero en aquel silencio espantable se oyó un grito y saltó un espumarajo... Una figurilla débil irguióse con las crispaduras de la cólera; corrió al inmediato cuarto, se apareció rápida como el rayo en el comedor, con ojos de locura; relampagueó el brillo de un acero; oyéronse estrépitos de caídas de muebles, botellas y vajillas, voces y carreras por la escalera hasta la plaza de los Lobos; se agolpó la gente, acudió la policía y se dispuso a entrar en la casa, donde de nuevo se hizo un silencio sepulcral.

Cuando dos polizontes, seguidos de un grupo de curiosos, franquearon la puerta y subieron hacia el piso alto, encontraron a Canuto en la meseta de la escalera, con los ojos saltándosele de las órbitas, el cuerpo rígido y amenazador y en la mano el estoque, que vibraba con la electricidad de sus nervios.

En la casa no había nadie más; el valiente Paco había huido; los señores de Ovejero, espantados, habían salido a la plaza pidiendo socorro.

Enterados los polizontes del caso y de que no había que lamentar ninguna desgracia, no detuvieron a Canuto, ni levantaron atestado, y las gentes, admiradas del lance y de la hermosa figura de aquel barbilampiño rubicundo, sorprendido en aquella trágica actitud, se hacían lenguas en los corrillos de la plaza, y decían en voz alta por todos lados: Ése es un hombre.

CAPÍTULO III

La Biblioteca de Don Diego

Barbas tristes cursaba en Granada el primer año de Medicina y Cirugía, fiel a su propósito de hacer una carrera seglar, ya que ahorcó los hábitos de la eclesiástica. En la

[181] *ad hominem*: argumento que se funda en las opiniones o actos de la persona a quien se dirige, para combatirla o tratar de convencerla.

facultad de San Juan de Dios,[182] como en el Instituto, estudiaba a la vez que enseñaba; no tanto porque según él se aprendía mejor lo que se tenía obligación de explicar, sino porque, pobre y sin auxilio de nadie, necesitaba ganarse así su pan y sus matrículas.

Vivía en una modestísima casa de huéspedes de la calle de las Tablas, frente al palacio de Riquelme,[183] que ostentaba perpetuamente cerrados sus balcones, y muy cerca de la calle de Puentezuelas, transversal en la que se veía el palacio de Conde Luque,[184] sombrío, deshabitado, con su portada de mármol negro y su inmensa huerta descuidada, por cuyas tapias asomaban los matorrales.

La casa de huéspedes era un edificio antiguo, medio desvencijado, por no decir ruinoso. El portal empedrado; el patio de columnas de piedra granítica; el indispensable pilón, en donde caía el chorro de agua cerca del pozo y de su acetre;[185] una escalera pendiente, estrecha y de tres o cuatro revueltas, que subía al primer piso y seguía hasta el segundo; pasadizos solados de ladrillo blando y resquebrajado, que daban acceso a los cuartos de la hospedería, desnudos de esteras y portieres, cada uno con su catre y su mesa sin pintar, y su velón dorado de escaso aceite y sucias despabiladeras; el comedor angosto y oscuro, donde era preciso muchas veces encender la luz para almorzar, y una amplia cocina contigua, con su gran campana de cortijo y sus hornillas laterales y sus grasientas mesas de trinchar los tasajos completaban aquel nido de huéspedes humildes, de a dos pesetas diarias y de sopa, cocido y postre.

Olvidaba dos piezas, las más importantes de la casa: una, el llamado *jardín*, especie de corral donde había unas enredaderas, un *water-closet* para decirlo en inglés, y un gallinero; y otra, la habitación del hospedero, llamada *la Biblioteca*.

Sobre *el jardín* caía el balconcillo de la más amplia habitación de la casa, y *la Biblioteca* estaba a la entrada de la escalera, a mano derecha, y la constituía un cuarto grande, con alto ventanillo sobre aquel corral.

Don Diego Bejarano, dueño de la hospedería, hombre de cincuenta y cinco años, alto, panzudo, con la nariz y la cara arremolachadas, los ojos abultados y las greñas canosas, era el habitante de aquel departamento misterioso, donde nadie tenía entrada; el único lector de aquellos viejos volúmenes, de que dormía rodeado.

Un olor singular, exhalado al exterior, indicaba, no obstante, a cualquiera que subía las escaleras que allí los infolios eran muy distintos de los incendiados por Omar[186] y de los custodiados en los amplios salones de la Universidad granadina.

Y efectivamente, no había huésped curioso que, trepando por el cañizo del

---

[182] La Facultad de Medicina de Granada se trasladó tras la Ley Moyano de 1857 a un edificio anejo al Hospital de San Juan de Dios y allí permaneció hasta 1944.

[183] En dicho palacio nació el político granadino Martínez de la Rosa.

[184] Palacio de los Condes de Luque, del siglo XVIII, también conocido como *Palacio de las Columnas*. Situado en la calle Puentezuelas, es hoy sede de las Escuela Universitaria de Traductores e Intérpretes.

[185] *acetre*: caldero pequeño con que se saca agua de los pozos.

[186] Caudillo árabe, conquistador de Egipto. Al ocupar Alejandría acabó con los últimos vestigios de su famosa biblioteca.

corralón hasta el ventanillo de aquel cuarto, no viese con asombro y algunos con envidia que los estantes y libros de Don Diego Bejarano eran numerosos toneles de vino de todas clases y tiempos y de todos tamaños y formas, que rodeaban la habitación y en medio de los que se ostentaba la cama de matrimonio de Don Diego, donde dormía a sus anchas, embriagado por los perfumes del mosto, desde que mató a disgustos y tal vez a palizas a su cara cónyuge, que le reprochaba sus borracheras.

A esa casa de pupilos, provista de aquel asilo de la ciencia, tesoro de tal selectas obras de estudio, fue a parar Canuto, después que el trágico suceso de la plaza de los Lobos le hizo imposible permanecer en casa de los señores de Ovejero. Supo que Barbas tristes se hospedaba allí, y se trasladó con su baúl y sombrerera a la hospedería de Don Diego, donde le dieron la mejor habitación; la que tenía en el piso principal el balconcillo sobre *el jardín*.

Sentíase Canuto muy hombre ya para necesitar tutores ni vigilantes; había puesto en fuga a dos hombres hechos y derechos, y nada tenía que temer yendo a vivir con estudiantes, gente nueva y sin prevenciones contra él, ni menos al lado de Barbas tristes, que podía pasar por el papá de todos.

Entre los compañeros de casa los había de varias castas y condiciones: decidor y alegre de cascos, un abogado sin pleitos, cejijunto y de pocas palabras; un cura, gran tocador de guitarra; un pintor de cuadritos serios que causaban risa; un Tenorio de fregatrices; un maestro de gimnasia, que se pasaba el día haciendo en el trapecio del patio planchas y dominaciones; cinco o seis estudiantes de Farmacia, Medicina y Derecho, que formaban las comparsas de la estudiantina en el Carnaval, y que ensayaban con flautas y bandurrias las jotas y los pasos dobles, y Barbas tristes, con sus lacias pelambres, que huía de aquellos conciertos para consagrarse a sus estudios y a sus repasos.

Canuto fue acogido con regocijo por sus camaradas. Ya se sabía su hazaña de la plaza de los Lobos, ya se había husmeado entre aquella gente que el niño tenía siempre dinero fresco, y la timba armada en el cuarto del capitán, sobre una mesa con una manta azul, en las horas del mediodía, convidaba a probar fortuna al imberbe adolescente.

No se explicaba Canuto los placeres de Don Diego, a solas con los volúmenes de sus bocoyes;[187] se acordaba de aquellas angustias de la venta de las Alcubillas; pero esa otra distracción de las cartas era más alegre y entretenida; porque bajo las cuarenta hojas de cartulina, estaba ese misterio que se llama la suerte y ese diablillo que se llama el azar, y él fiaba mucho en el porvenir y en su buena estrella.

Así que sin descuidar sus libros y su Universidad y sus versos, entró de lleno, durante las horas de asueto, en aquellos jolgorios, y arriesgaba algunas pesetillas sobre el tapete, no verde, sino azul, a que se agolpaban el capitán, los estudiantes y hasta el clérigo con sus monedas de cobre.

Otras veces asistía a los ensayos de la estudiantina; no pocas presenciaba las planchas y dominaciones en el patio; el militar daba gratis a varios y a él también lecciones de esgrima, sólo por el gusto de pegarles a todos botonazos[188] sin compasión;

---

[187] *bocoyes*: del francés *nocaut*, barriles grandes para envase.

[188] *botonazos*: golpes con el botón de la espada o del florete.

y de lo único que no quiso gustar nunca fue de los trozos selectos de literatura de Don Diego, que de vez en cuando asomaba a la puerta de su Biblioteca, alcoholizado y tambaleándose, con un jarro de vino en una mano y un vasillo en la otra, ofreciendo a los bullangueros huéspedes sendos tragos de lo bueno.

Para que no faltasen tentaciones en aquella vivienda, Don Diego tenía dos sobrinas, guapas y ruidosas como sonajas, que alegraban las *soirées* dos veces a la semana, concurriendo a sus recepciones. Entonces, en una salilla no menos desmantelada que las demás habitaciones, y que no solía alquilarse, se tocaba la guitarra, la bandurria y la flauta, se bailaban danzas íntimas, se hacían juegos de manos y se cantaba flamenco por todo lo alto.

¡Oh, si Don Primitivo hubiese visto alternar allí a Canuto y enseñarse a bailar con la menor de las sobrinas de Don Diego, entonces sí que hubiera temido por el lustre de su dinastía y por los altos destinos de su vástago! Lo que en él no pudieron hacer las seducciones del café del Pasaje, ni las indicaciones del tronera Paco, lo empezaba a realizar más suavemente aquella atmósfera, aquel medio ambiente del libertinaje estudiantil, al que sólo Barbas tristes, por la fatalidad de su situación, lograba sustraerse.

Canuto no había olvidado a Angelita; no la había sustituido en su corazón con la sobrina de Don Diego; conservaba siempre sobre su mesa de estudio el dibujo de la Samaritana, y a ella iban sus versos sentimentales y sus pensamientos recónditos; pero aquel diablillo de Rosita, que así se llamaba su maestra de baile, era muy agradable, tenía unas conversaciones muy chistosas, hacía unos guiños muy seductores, y sentía a su lado, al contacto de su mano en las polkas,[189] en la morbidez de su cintura y en el brillo de sus ojos negros algo que le fascinaba y que le hacía olvidarse hasta de sí mismo.

La muchacha gustaba también del estudiantillo rubicundo; pero era mayor que él y aunque le coqueteaba y sacaba de sus casillas, luego procuraba echar el anzuelo a otro mayor de aquella grey, más adelantado en años y carrera, solución más práctica para sus fines.

Esto encendía más a Canuto; no sabía a qué atenerse respecto a aquella aturdida, que giraba como veleta, y la buscaba con el afán del niño que corre tras la mariposa, que ya se le viene entre las manos, ya se le escapa sin saber cómo.

Así, entrando cada vez más en las pasiones de la vida, pero siempre atendiendo a sus libros, a sus clases y a sus borrones, pasó Canuto lo que quedaba de otoño y el invierno todo, y vio la ciudad convertirse en ciudad de nieve cuando enero le tendió sus blancos sudarios, y comenzó a vislumbrar bajo la ciudad de nieve la ciudad de flores, cuando los fríos se alejaron y brotaron los árboles y salieron, no se sabe de dónde, los pájaros invisibles.

La enredadera del *jardinillo* comenzó a echar hojas nuevas; en los tejados fronterizos al balcón de Canuto las tejas tomaron tintes verdosos; las macetas de clavellinas de las torres o azoteas contiguas mostraron la sonrisa de sus capullos, y todo anunció, hasta los estremecimientos del alma del estudiante, que la primavera llegaba.

Aquel día estaban las sobrinas de Don Diego y otras amigas convidadas a comer

[189] *polkas*: polcas, danzas de origen polaco de movimiento rápido y en compás de dos por cuatro.

en un carmen de los Avellanos. Los huéspedes pusieron a escote el dinero necesario para la gira, y todos fueron allá a saludar con una francachela, en que hubiese comilona, música, baile y juegos de escondite, la venida del buen tiempo, mensajero de la fresa y de las violetas.

Canuto se sentía dichoso por tener ocasión de bailar con Rosita y de hablarle a solas. Por primera vez hizo marro[190] a la Universidad y dejó los enfadosos libros de Justiniano y de Heinecio para saturarse de sol en aquella gira improvisada, ver campo y árboles y jardines y gozar un día de vida libre, entregado a sus expansiones.

Se alquilaron tres coches de plaza,[191] se atestaron éstos de juerguistas,[192] y pasaron a galope por la población hasta las afueras. El carmen estaba cerca de las márgenes del Darro, en el valle llamado *de los Avellanos*, que tiene las Bermejas torres del salón de Embajadores[193] enfrente, saliendo sobre altas alamedas frondosas. Allí se diableó, se corrió, se saltó a la comba, se hizo sangría con el vino que facilitó Don Diego y con fragantes naranjas; se pusieron en el suelo los manteles; se sentó todo el mundo en el césped; se comió a dos carrillos, se rió a mandíbula batiente y se jugó a la gallina ciega, a las cuatro esquinas, al birlocho[194] y, por último, entre la penumbra de la tarde, aumentada por la sombra de los copudos árboles, se bailó al son de las flautas y de las bandurrias y al de un organillo de fuelle tocado por Barbas tristes. Hasta la melancólica figura del antiguo dómine se animó por medio de esta algazara, perdiendo su gravedad, y hasta el abogado sin pleitos desarrugó su entrecejo e hizo palmas a las bailadoras cuando con gracia inimitable bordaron las sevillanas.

Rosita acababa de bailar con Canuto una polka de dos pasos y se apoyaba en el brazo de él para descansar. Paseando y charlando, alejáronse sin sentir del grupo de la fiesta, y cuando acordaron[195] se vieron solos en una calle de arrayanes y cipreses.

Rosita, de miedo o de pasión, apretó con su brazo el del estudiante; éste sintió una especie de vértigo, teniendo que dejarse caer sobre el brazo de Rosita; la conversación se cortó en aquella intimidad inefable y, juntas las dos cabezas, se tocaron como dos capullos olorosos las dos bocas y sonaron besos parecidos al prolongado murmullo del agua.

Cuando la tierna pareja salió de las enramadas, ya estaban llamándose todos entre la oscuridad para ocupar los coches y volver a la población. Canuto y Rosita ocuparon asientos contiguos en el interior de una góndola;[196] la noche había cerrado, el

---

[190] *hizo marro*: faltó.

[191] coches de plaza: coches de punto, los matriculados y numerados con destino al servicio público por alquiler y que tienen un punto fijo de parada en calle o plaza.

[192] *juelguistas* en el original.

[193] La sala más majestuosa de la Alhambra, donde se encontraba el trono y se realizaban las recepciones oficiales.

[194] *birlocho*: coche descubierto de cuatro ruedas y cuatro asientos, abierto por los costados y tirado por un caballo. No he logrado saber en qué consistía exactamente dicho juego.

[195] *cuando acordaron*: cuando vinieron a darse cuenta.

[196] *góndola*: carruaje en que pueden viajar juntas muchas personas.

camino estaba lleno de baches, el carruaje volaba dando fuertes sacudidas; los dos amantes, juntos y en éxtasis, bendecían aquellos vaivenes que les apretaban, les lanzaban al uno contra el otro, les amasaban y les fundían en una sola carne.

¡Pobre imagen de la Samaritana! ¡Pobres recuerdos de su primer amorcillo platónico! Barridos quedaban por los vientos de la tempestad de una ardiente naturaleza, que rompía, al hálito de la primavera, sus prisiones de hielo.

Cuando los coches llegaron a la puerta de la casa y los juerguistas se bajaron, Canuto se despidió apasionadamente de Rosita; le apretó las manos contra su corazón, le dijo al oído palabras de amor, le pidió verla todos los días y ambos procuraron disimular sus emociones.

En el patio de la casa el estudiante se quedó solo largo rato, inmóvil, con la cabeza vuelta hacia el portal por donde había desaparecido la joven. Todo le resultó un sueño, un delirar despierto; no había coches, ni bullicio, ni carmen apacible, ni poética calle de arrayanes. Vacilante, se dirigió a la escalera, y el olor exhalado de *la Biblioteca* de Don Diego le hizo volver en sí como se vuelve de un síncope. Se acostó, apagó la luz del velón y en toda la noche no pudo pegar un ojo.

CAPÍTULO IV

La Ciudad de flores

Granada, vestida de blanco muchos días del invierno como una monja Calatrava, habíase despojado de sus fríos hábitos y se ceñía definitivamente guirnaldas de rosas.

Era el mes de mayo; el cielo reía despejado y azul; de las calles desaparecieron los barrizales; abríanse los balcones para recibir los hálitos embalsamados, y hasta de las junturas de las piedrecillas de los portales salían los céspedes.

La vega, en torno de la población, era una orgía de color, con todos los matices y esplendores del verde esmeralda. En medio de ella, tendidos en las colinas, estaban los gajos de la ciudad, parecida a una granada abierta de apiñados granos, y sobre ésta la Alhambra, vestida de encajes moriscos, y el Generalife, adornado de blancos turbantes, se dirigían saludos de pájaros, frases de flores y besos de fuentes.

A orillas del Genil, los jardines bordeábanse de violetas y de claveles, formando caprichosos dibujos, y el arrayán siempre verde, como recortado por manos de hadas, se extendía en cercas, arcos, asientos y pirámides artísticas.

La gente bullía también ansiosa y desentumecida por calles y plazas. En Bib-Rambla[197] tomaban el sol numerosos grupos, frente a la antigua Alcaicería;[198] del

[197] La plaza de Bibarrambla (cuyo nombre significa "Puerta del Arenal") o de la Constitución, en la que desembocan nueve calles, fue entre los árabes escenario de juegos y torneos. En su centro se halla la fuente de los Gigantones, del siglo XVII. En su lado este se encuentra el palacio episcopal.

[198] *Alcaicería*: en Granada y otros pueblos de su antiguo Reino, sitio o barrio con tiendas en que se vende seda cruda o en rama u otras mercaderías.

Zacatín[199] bajaban mujeres elegantes y paseantes desocupados, y al sol relucían de júbilo los escaparates de las tiendas. Por la calle de Reyes Católicos aumentaba el gentío, y Puerta Real semejaba una colmena zumbadora, con sus puestecillos ambulantes, sus carritos con cántaros de agua del Avellano,[200] entre matas verdes y alelíes, y sus organillos portátiles, tocando piezas de música frente a los balcones de los hoteles.

Más abajo, se veían las verdes alamedas de la Carrera, y destacándose del fondo de ellas y del puente del Darro que hay a su derecha, surgía como fantástica decoración Sierra Nevada, con sus basamentos azules, sus encajes de hielo y sus perpetuas nieves en las cimas, bajo los ardores de un sol que nunca pudo derretirlas, cual amante que no logra ablandar el casto pecho de una virgen.

A pesar de su alegría, éste era el tiempo triste de los estudiantes. Los exámenes se echaban encima, y precisaba ganar en aquellos días los muchos perdidos a principios de curso. Así veíanse grupos de jóvenes afanosamente vagar con sus libros, leyendo o repitiendo de memoria sus lecciones, ya en los más solitarios paseos de la Alhambra, ya a las orillas del Genil, entre las alamedas, ya en la misma puerta de la Universidad, cerca de un aguaducho formado por un carrito ambulante, donde la musa de un versificador había escrito una redondilla picaresca.

Canuto había perdido parte de su tiempo en sus devaneos con Rosita; los libros quedaron abandonados, pero el gran libro de la Naturaleza y de la vida le había ido revelando sus misterios.

Precisado a recuperar lo perdido, iba también a la Alhambra o al Genil, con sus libros de leyes bajo el brazo; pero, distraído su pensamiento por otras ideas, o no estudiaba o leía maquinalmente sin enterarse de lo que leía.

Desde que bajaba por la calle de las Tablas para cruzar la de Puentezuelas, llegar a Puerta Real y subir por Reyes Católicos y Plaza nueva a la cuesta de Gomérez,[201] los coches, las gentes alegres, los gritos de los vendedores airosos, hasta el son de los organillos le hablaban de una vida libre de trabas y de enfadosos estudios.

Sí, ciertamente, mejor que mascullar trozos de *Instituta*[202] y que aprender

---

[199] Famosa calle granadina, que se extiende desde Plaza Bibarrambla hasta Plaza Nueva. Zacatín significa "Mercado de ropa", pues en la época árabe se vendían los textiles y la tela en la parte inferior de la calle. Había en ella gran cantidad de artesanos: plateros, curtidores, tintoreros, zapateros, sombrereros, merceros….

[200] Escribe Ledesma en el capítulo VI, "El estudiante" de *El libro de los recuerdos*, p. 40: "En la gran explanada bullía la gente, pasaban los carritos de los aguadores lleno de flores y de ramos brindando con anises la linfa del Avellano…". Ángel Ganivet recoge los pregones de estos aguadores en el capítulo III de *Granada la bella*, titulado "Agua": "¡Acabaíca de bajar la traigo ahora!- ¡Fresca como la nieve! ¿quién quiere agua?- ¡Nieve! ¡Nieve!- ¡Qué frescura de agua!- ¡De la Alhambra, quién la quiere! - ¡Buena, del Avellano, buena!- ¡Quién quiere más, que se va el tío!".

[201] En el original, "la cuesta de los Gomeles". Conduce a la puerta de las Granadas, que da entrada al recinto de la Alhambra.

[202] Manual para los estudiantes de Derecho, obra del emperador Justiniano (482-565), que finalmente se convirtió en el *Corpus iuris civilis*, base de los estudios jurídicos. Era una síntesis de: el Código, el Digesto o Pandectas, colección sistematizada de los textos de jurisconsultos romanos, y las *Novellae*, redactadas en griego.

definiciones de Modestino[203] y que desenterrar textos de las Doce Tablas,[204] mejor que meterse en los sesos aquellos fríos y estériles libracos era vagar libremente por aquellas calles, tomar el sol en aquellas plazas, seguir a aquellas mujeres hermosas, respirar el aire puro de mayo y besar la luz y los colores de aquellas riberas del Genil, de aquel paraíso divisado desde los Mártires[205] y de aquella sierra azul y blanca, encanto de sus ojos.

¡Qué felices son los pájaros!, se decía mirándolos revolotear de rama en rama y oyéndolos gorjear a las orillas del río. Ellos viven al aire libre, gozan de la Naturaleza plenamente y hasta Dios les ha hecho músicos y poetas sin aprendizajes ni retóricas, y cantan y componen endechas sin esfuerzo. ¿Y era el hombre, sometido a la ley del trabajo, el Rey de la Creación? El siervo se le creería mejor; reyes a ellos, a esos cantores alados que vivían sobre tronos de florestas.

Eduardito acompañaba muchas veces a Canuto a esas correrías y participaba de sus opiniones. ¡Valiente Rey de la Creación él, que por solio supremo alcanzaría si acaso un Registro de la Propiedad de tercera clase! Y ambos filosofaban, graves, sobre el destino y sobre la vida, hasta que el recuerdo de lo que aún les faltaba repasar de las asignaturas les hacía volver a los libros, donde topaban a veces con la definición que del derecho natural da Justiniano:[206] *jus naturale, quod natura omnia animalia docuit.*[207]

Eduardito sabía los amores de Canuto y Rosita. Él también tenía una pasioncilla secreta, que le descarriaba la mente de las *Recitaciones d*e Heinecio.[208] En la calle de San Juan de Dios, frente a su casa, en un mirador cerrado todo el invierno y objeto de su curiosidad, había asomado con la primavera y como emblema de sus bellezas una deidad semejante. Su casa, como sellada hasta entonces, habíase abierto a los soplos perfumados de abril, y un piano, pulsado sin duda por manos divinas, arrojaba al espacio trozos selectos de música, que mezclados con los ruidos callejeros formaban arrobadoras sinfonías.

A la puerta de aquella casa, en que campaba un heráldico escudo, deteníase un lujoso carruaje todas las tardes y bajaban a ocuparlo dos señoras de edad y el hada de Eduardito, la gentil hermosura que había cautivado su corazón. Ésta sentábase al vidrio,[209] con un manojo de violetas en su enguantada mano, y bajaban a la Carrera y al

---

[203] Jurista romano de la época de lose Severos. El último de los juristas clásicos que escribió en griego y latín, uno de los grandes junto a Papiniano, Paulo, Gayo y Ulpiano. Escribió con destino a la enseñanza unas *Instituciones* en diez libros.

[204] En el -450 se designó a diez decenviros para que codificaran el derecho que era hasta entonces consuetudinario y sólo conocido por los patricios, quienes lo interpretaban a su conveniencia. Las leyes fueron inscritas en doce tablas de hierro expuestas en el Foro a la vista de todos. Fue el inicio de la legislación romana.

[205] El Campo de los Mártires, junto a los bosques de la Alhambra. En él se halla el famoso carmen de los Mártires.

[206] Emperador bizantino que gobernó entre -527 y -565.

[207] *jus naturale, quod natura omnia animalia docuit:* El derecho natural es lo que la Naturaleza ha enseñado a todos los vivientes.

[208] *Recitaciones de Derecho Civil Romano.* Fueron traducidas al español por Luis de Collantes y Bustamante y publicadas en la valenciana Imprenta de Cabrerizo.

[209] *al vidrio*: en uno de los asientos de delantera, con la espalda vuelta a la caballería, tronco o tiro.

Salón, a dar vueltas, entre los cien carruajes resonantes y lucientes de la alta sociedad granadina.

Eduardito corría jadeante a esos paseos y andaba sin tino para ver a cada encuentro a su severa beldad; pero ella jamás se fijaba en el pobre estudiante, arrebujada en su talma de blondas,[210] reclinada con indolencia, con la cabeza inmóvil y los ojos puestos en el cielo azul, como una Madonna.

Eduardito contó a Canuto su amor imposible. Él, oscuro estudiante del arroyo, se había enamorado de la hija de un título, que viajaría los inviernos por Niza, que volvería en las primaveras a Granada, que se pasaría quizás los veranos en Suiza y en Alemania, con aquellas dos señoroñas, madre y tía suyas; que montaba lujosos trenes y tendría preciosos cármenes. ¿Cabía mayor desatino? Y sin embargo, era así; porque el corazón no conoce estas diferencias y el suyo se había empeñado en soñar despierto.

La gentil María Josefa sentábase a leer durante el día en su cierro[211] de cristales, y Eduardito y a veces con él Canuto espiaban desde el entornado balcón de enfrente sus actitudes y movimientos. Positivamente era una belleza acabada: la frente pura, el óvalo de la faz perfecto, los ojos azules y diáfanos, el cabello con hebras doradas, que brillaban con extraordinario encanto a la luz. Casi, casi se sintió Canuto abrasado en el mismo fuego que su amigo, y como ambos consideraban inaccesible aquella estrella, no sintieron celos el uno del otro al mirarla y considerarla desde aquel observatorio, como dos astrónomos hermanos.

-Pero hombre, le decía Eduardito, ¿cuántas te gustan? La Samaritana, Rosita, ahora María Josefa! Y Canuto se encogía de hombros, como diciendo: No sé. Su corazón florecía como un rosal, y es inútil preguntar al rosal, en la primavera, por qué no echa una flor sola.

En la iglesia de las Angustias[212] celebrábase aquel mes de las flores de María. Rosario, trisagio, gozos espirituales, Salve cantada por voces angélicas, y algunas veces, en medio de todo esto, sermón. El templo, primero casi a oscuras, se iluminaba poco a poco a cada parte de las ceremonias, hasta que, encendidas todas las velas del altar y las lámparas, parecía un ascua de oro. En el fondo, en su camarín, la dolorida Patrona de Granada parecía hablar al oído a su muerto Jesús, tendido en sus brazos.[213] Los santos de los retablos miraban inmóviles el dolor de la Virgen Madre; las aras se cubrían de flores y exvotos por piadosas manos; las más hermosas y linajudas damas granadinas poblaban arrodilladas el presbiterio, ya la gente en masa ocupaba las naves, mientras en el coro la orquesta preparaba sus voces para la gran Salve final.

---

[210] *talma de blondas*: especie de esclavina usadas por las señoras para abrigo, y por los hombres en vez de capa.

[211] *cierro*: mirador, balcón encristalado.

[212] La Iglesia de Nuestra Señora de las Angustias, patrona de Granada.

[213] En la imagen, de autor desconocido –algunos la creen obra de Bernardo de Mora y de su hijo José-, la Virgen en su quinta angustia, contempla a su hijo con la mirada baja, brazos y manos abiertos, apoyados en el Cristo, que se extiende con finura sobre las piernas de su madre. Con dos lágrimas en cada mejilla, lleva una corona de plata de un solo imperio y una media luna de plata.

Allí, a ese presbiterio iba, entre muchas, María Josefa, y rezaba arrodillada o sentada, con los ojos clavados en la Virgen. Eduardito y Canuto la seguían, y desde el dintel de la puerta de la sacristía, apoyados en su quicio, pasábanse las horas muertas con las miradas fijas en la Condesita. Así rezaban ellos también; pues su éxtasis mental era puro, parecido al arrobamiento místico por una santa; y así oían el prolongado murmullo de Ave Marías y Padre Nuestros, y acaban rosario y trisagio y gozos y sermón y cantos de voces y de órganos, y cuando se levantaban ellos en sí y salían por la sacristía dando tropezones.[214]

Un día, dos, veinte, de esta manera no pudieron menos de llamar la atención de la Condesita, que se encontró con dos adoradores platónicos, que paseaban del brazo juntos, que sin celos ni rivalidad la seguían y que en pie, ante el presbiterio de la Virgen, se hubieran estado un siglo, una eternidad, mirándola, inmóviles, como dos momias egipcias.

María Josefa encontró esto singularísimo y no tardó en hallar a Canuto, al adolescente rubicundo, más atractivo y simpático y en distinguirle con púdicas miradas.

Por primera vez el árbol genealógico de Don Primitivo tenía ocasión de reverdecer dignamente. Eduardito lo notó, y felicitando de corazón a su compañero, quiso retirarse noblemente del palenque amoroso, tragándose sus lagrimones.

-No, decía Canuto; si yo no estoy apasionado de María Josefa; me encanta, me atrae, me gusta; pero este deleite, como el que produce una bella pintura, no es amor; porque yo no me regocijo de modo extraordinario cuando la veo, ni quedo triste cuando se ausenta.

-No será amor, decía Eduardito; pero es principio de amor. Así se empieza y tú serás feliz, porque te ves correspondido. ¿Para qué quieres ya libros ni nada? Con ella te sobra todo: título, honores, posición, fortuna; todo te lo depara la suerte, y a mí no me deja acaso más que mi Registro de la Propiedad, y gracias que a la gente no le dé entonces por no inscribir escrituras.

La idea de que María Josefa iba a llevarle todo hecho, a ser ella la autora de su encumbramiento y no su propio esfuerzo, contrarió a Canuto en gran manera. Era verdad, lo tendría todo: honores y riquezas y consideración social; pero sería una especie de Rey consorte, y eso no lo creía digno de sus altos destinos y de sus generosos proyectos.

Con este arranque de orgullo, hijo de su inexperiencia y de las continuas conversaciones oídas en el seno de su familia, Canuto hizo propósito firme de no mirar más a la Condesita, desahuciándola, como si la tuviera rendida a su voluntad.

Dejó de ir a la iglesia de las Angustias, con gran júbilo de Eduardito, que ya se entraba solo a continuar sus platonismos, y se dirigió la primera tarde de su cruel

[214] El personaje de María Josefa se basa en una muchacha real, a la que recuerda Ledesma en el canto IX de su poema autobiográfico "Remembranzas", incluido en su libro de 1887 *Poemas*. En la p. 276 se lee: "Una imagen hermosa, / Un ángel celestial, arrodillado, / Iba, bajo otra arcada, a alzar sus preces; / Sus manos, de marfil pulimentado, / Sostenían un libro nacarado; / Su rostro, de divinas palideces, / Ojos tristes y azules ostentaba; / Y en el rubio cabello que, entre el velo, / Como cascada de oro, desbordaba, / Un rayo del crepúsculo brillaba, / Como caricia paternal del cielo".

resolución a la iglesia de las Comendadoras.[215]

Las naves estaban oscuras; a tientas, colocóse junto a un pilar, casi arrepentido de su importuno retraimiento, satisfecho por otro lado de haber dejado a su amigo del alma con sus ilusiones. En todo pensaba mientras se encendían las luces del altar, menos en el rezo. No era irreligioso, pero no podía tener su atención fija en las ceremonias del culto. Sin querer, su imaginación barajaba las tres figuras de María Josefa, Rosita y la Samaritana, y descarriada la primera, una ráfaga de puro idealismo, reminiscencias de su niñez, recuerdos de la Doña Inés del *Don Juan*, que se le representaba con sus blancos hábitos y su cruz de Calatrava como las reclusas de aquel convento, le hicieron volver la mente y el corazón a Angelita, a lo imposible, a lo que no volvería a ver jamás; porque Dios sabía lo que habría sido de ella.

-¡Oh, qué hermosa estaría ya de quince años; qué crecida; qué esbelta y qué buena y adorable! Ésa era la adecuada para él, para sus destinos futuros, para su dignidad de hombre, que iba a ganárselo todo a punta de lanza. María Josefa le humillaba con su posición y su corona condal; Rosita le hacía aborrecer el estudio y preferir la vagancia y las francachelas; pero Angelita acudía para confortarle como un ángel bueno y era el verdadero amor de su corazón. Por ella seguiría sacrificando su vida, se encerraría en su cuarto de estudio, sacaría aquel año una brillante nota, acabaría su carrera, se abriría paso en el foro, en la literatura, en la política, y podría llegar a sus plantas y decirle: "Todo cuanto valgo y soy es por ti y para ti, como mi alma".

El rezo de las monjas, detrás de unas espesas y dobles rejas, le sacó de sus reflexiones. Las luces de las lámparas estaban encendidas ya, y a su resplandor se veían los rostros de los apiñados fieles, que empezaban a responder con Santa Marías a las Ave Marías del sacerdote.

El estudiante paseó su mirada por aquella masa recién iluminada, y no vio la brillante sociedad del presbiterio de las Angustias. Enlutadas devotas, viejos arrodillados dándose golpes de pecho, alguna que otra toca elegante y alguna que otra cabeza bonita.

Conforme se acostumbraban sus ojos a aquella confusión, iba distinguiendo figuras y perfiles. Por último, se fijó en una cara que le pareció conocida. Seis años en aquel rostro de mujer madura no habían alterado grandemente las facciones. Era Doña Soledad, la esposa de Don Facundo, ella misma, y Canuto al reconocerla estuvo a punto de desfallecer.

Ansioso, clavó sus ojos alrededor de ella, buscando algo parecido a la Angelita de sus recuerdos; pero nada, ni una cara fresca de quince años, ni una semejanza remota con lo que deseaba encontrar. En torno de Doña Soledad sólo había dos o tres viejas con sus rosarios y algunas mujeres de edad más que doble de la que Angelita debía de tener.

-Dios mío, murmuraba Canuto; no está, no la veo por ninguna parte; si viviera, estaría ahí al lado de su madre. Y con el triste presentimiento de la muerte de aquel ángel de Dios, se cubrió los ojos con las manos y lloró silenciosamente.

---

[215] La iglesia de las Comendadoras de Santiago se debió, como el convento de las mismas, fundado en 1501 por los Reyes Católicos, a Manuel y José del Olmo. Fue renovada a finales del siglo XVIII a expensas de Carlos III.

Un siglo de angustia fue para él aquel cuarto de hora que tardó la función en concluir. Cuando Doña Soledad se dirigió a la puerta, echó tras ella y ya en la calle se le acercó sombrero en mano.

-Señora, ¿no me conoce usted?, le dijo. Y Doña Soledad, fijándose a la luz del farol en el interpelante, se detuvo y contestó negativamente.

-Soy Canuto, Canuto Espárrago; uno de los discípulos de su esposo de usted en la escuela de Miralmar; estudio carrera mayor en esta Universidad, y me he alegrado mucho de encontrar a usted.

Doña Soledad le reconoció al fin, y llevándose el pañuelo a los ojos murmuró algunas palabras, inspiradas por la memoria de su marido.

-¿Y Angelita? se atrevió a preguntar Canuto, con voz entrecortada, cual si temiese una respuesta tremenda.

-Aquí, contestó Doña Soledad.

-¿Cómo aquí? exclamó el estudiante azorado, no viéndola por parte ninguna.

-Sí, repuso aquélla; está interna en este convento, completando su educación, y no sale más que los domingos.

Canuto respiró largamente, como si se le hubiesen levantado del pecho una losa de mármol, y acompañando a Doña Soledad a su casa, prometió volver el domingo inmediato para visitarlas, y se despidió de ella con júbilo.

CAPÍTULO V

Reaparición

Jamás hubo semana tan larga como la que transcurrió para el estudiante hasta llegar el domingo. ¡Ni los seis días de la Creación, que los comentaristas suponen períodos, ni las semanas de Daniel,[216] que dicen no eran de días, sino de años! A fuerza de rodar la tierra perezosamente, con todo su séquito de horas inútiles, Canuto vio lucir por fin el día deseado.

La ciudad vestía de fiesta; las gentes iban a misa endomingadas; el bullicio de las calles era mayor y había más vivos colores en el cielo y en la campiña y más cantos y pájaros en los aires.

El estudiante se lavó y perfumó como para una boda; se puso botas nuevas de charol, traje de *chaquet* recién traído de las sastrería, corbata azul prendida con un alfiler de diamantes, y mirándose al espejo hecho un figurín, dio una vuelta sobre sus tacones.

Vaciló un poco, pero decidióse por último a abrir su sombrerera de piel y, al rayo de sol que entraba por la ventana, apareció un elegante sombrero de copa sin

[216] *las semanas de Daniel*: periodo septenario de tiempo, sea de de días, meses, años o siglos.

estrenar: el primero que el joven se atrevía a poner sobre su cabeza.

¿Lo llevaría o no? Ésta era su perplejidad. Se lo probó y encontróse tan raro con aquel trozo de tubo de chimenea inglesa, que a punto estuvo de arrinconarlo y suscribirse al hongo para siempre.

Pero en aquel entonces la chistera tenía humillado y proscrito al sombrero bajo en paseos y visitas, y el estudiante se resolvió a colocársela, a pesar de su menguada estatura y barbilampiño rostro. Realmente, parecía con ella una figurita infantil debajo de un sombrero de copa de alas abarquilladas.

Se dio los últimos pases de cepillo al *chaquet*. Se puso sus guantes color naranja, empuñó su bastoncillo de caña de Indias[217] y chapa de oro, y bajó canturriando las escaleras, como para ocultarse él mismo su emoción.

-¡Hermoso día!, murmuraba mirando el cielo azul de mayo y la lámpara de brillantes del sol esplendente. Parece que todo se engalana para ella. Y tan absorto iba en el pensamiento de Angelita, que no vio que una maceta goteaba en un balcón y le salpicó la chistera, ni que un mozo de cuerda venía frente a él y le dio una embestida, ni que había en la acera un charco de agua, donde metió el pie derecho.

-¡Por vida!, exclamó Canuto, limpiándose el barro lo mejor que pudo, y siguió andando hasta tropezar con un montón de cal, donde por poco da de bruces.

-Está visto que he salido con mal pie, refunfuñaba, sacudiéndose la cal del pantalón.

Gracias a que la casa de Angelita estaba cerca, pudo llegar sin más contratiempo.

Vivía en la calle de Puentezuelas, frente a una posada, de donde sin duda partían otras galeras aceleradas para otros puntos; pues fuera del parador se veía un galerón de aquellos, desenganchado, con la lanza en ristre como un ariete.

Canuto saltó con cuidado entre los charcos dejados por el orín de las caballerías, para no acabar de ensuciar el charol de sus botas, ganó el portal de la casa de Doña Soledad, tiró del cordelillo, sonó la campanilla y apareció una doméstica que, al abrirle la puerta, aún llevaba en la mano una escobilla de blanquear.

La casa era humilde, como la servidumbre. Contrastaba ciertamente con la de la Condesita, a quien Canuto había despreciado, dándola ya por prendada de su persona. Pero en medio de aquella modestia había un aseo esmeradísimo: las paredes estaban encaladas, el patio fregado a piedra pómez, las macetas regadas y pintadas de bermellón, y hasta la Virgencilla de la hornacina de la escalera parecía tener recién lavada la cara.

Subió la escalera con el corazón en la garganta y entró en la salita que la doméstica le abrió. A poco aparecieron Doña Soledad y Angelita, y Canuto las saludó con efusión.

¡Ah! no se había engañado. Angelita estaba hecha una mujer y muy guapa. No

[217] *bastoncillo de caña de Indias*: insignia de mando o de autoridad.

era alta ni baja, sino muy redondita y bien acabada. El talle estrecho, el seno alto, las caderas curvas y la faz graciosa, la tez blanca, la boca de fresa, los ojos pardos y melosos y una larga trenza de cabellos entre rubio y castaño, que le caía hasta las corvas. Aún no estaba vestida de largo, llevaba el trajecillo de educanda, blanco y azul, y sonreía como antaño, con su sonrisa picaresca.

-¿Conque es usted? dijo a Canuto al saludarle, y éste le rogó y suplicó que apeara el tratamiento. ¿No se habían conocido desde niños? ¿No era ella una niña todavía y él un mozuelo de su misma edad? Pues tú por tú es lo que encajaba, y de tú siguiéronse hablando, entre risa y risa, y referencias de los buenos tiempos de la escuela.

-¿Te acuerdas de mis encerronas? le preguntaba Canuto, embargado por el perfume de aquellas remembranzas. ¿Te acuerdas cuando me echabas por la ventanilla provisiones y agua en una esponja? Y Angelita se ponía colorada, observando cuán presentes tenía Canuto todas aquellas nimiedades, con qué placer se las repetía, y con qué ojos azules, fijos y expresivos la miraba.

Vaya que está guapo, pensaba Angelita, poniéndose como una amapola y examinándole de una ojeada, como saben hacer las mujeres cuando quieren enterarse sin mirar. Y Canuto trataba de atusarse la incipiente pelusa del nonato bigote para parecer más hombre de lo que era.

Doña Soledad sostenía en estos paréntesis la conversación, trayendo a memoria las virtudes y merecimientos del finado Don Facundo. Jamás se consolaría de su muerte; cinco años llevaba luto por él y lo llevaría toda la vida. Aquél era un hombre de bien, un ángel, un dechado de bondad. Los chicos hacían de él lo que querían. Jamás les regañaba; las palmetas se apolillaban sin usarlas; nunca dio a ninguno ni un pequeño tirón de orejas. Y Canuto oía asombrado aquel panegírico, diciendo para sus apéndices auriculares: Así se escribe la historia.

Saltando de una en otra cosa, Doña Soledad refirió al estudiante todo lo ocurrido desde entonces. Ellas se vieron solas; el Señor Tadeo era un hombre imposible; con su mal humor y sus peores modales ahuyentó a los alumnos; tuvieron que quitar la escuela, y viuda y huérfana se vinieron a Granada, al calor de la poca familia que les quedaba, entre ella un tío canónigo, con el que vivían y que había conseguido colocar a Angelita de pensionista en el Convento de las Comendadoras.

Efectivamente, en la sala donde se sentaban y puesto en lo alto sobre el piano se veía el retrato del canónigo, con su cara mofletuda, su morado capillo,[218] y un libro de oraciones en la mano izquierda. Aquel día había ido precisamente al Sacro-Monte[219] en carruaje el tío de Doña Soledad, y merced a esto pudo Canuto librarse de una molesta presentación y estar en la visita más a sus anchas.

Angelita tocó el piano, a ruegos del estudiante; le enseñó unos dibujos que había terminado la semana anterior y unos bordados primorosísimos para un amito de su señor

[218] *capillo*: paño con que se cubría la ofrenda del pan.

[219] Antiguo barrio de casas-cueva habitadas por gitanos, al que los visitantes acudían, y acuden, atraídos por el cante y el baile flamencos. En la cima de la colina se alza la abadía benedictina del Sacromonte, en donde se conservan las cenizas de San Cecilio, patrón de Granada.

tío, y por último trajo con mimo, tapado con una servilleta y haciendo de ello gran misterio, un objeto que, cubierto, pareció a Canuto un cáliz o copón, pero que resultó ser una compotera.

Estaba llena de almíbar de las Comendadoras, ese célebre almíbar que no tiene rival en el mundo, y hecho por Angelita, por sus divinas manos, lo que le pareció a Canuto miel sobre hojuelas.

No era éste goloso, pero aquel almíbar de cabello de ángel se lo hubiera sorbido todo, sólo al saber que Angelita había movido la cacerola en que se hizo, que había gustado con sus labios, para darle el debido punto, aquel néctar de los dioses.

Decididamente ésa era la mujercita que él había soñado tantas veces; mejor que la coquetuela Rosita, mejor que la estiradita condesa; sencilla, ingeniosa, lista sin pasarse de tal, hacendosa sin afectación, virtuosa sin gazmoñería.

No había que pensar en más, sino en sacrificarlo todo por ella; en terminar la carrera y de dos o tres saltos ganar las alturas ambicionadas, para darle la mano desde allí y hacerla suya para siempre.

Su buena madre consentiría; la misma Angelita quedaría satisfecha al verse objeto de aquella pasión constante, nacida del ensueño de un chiquillo y remachada por el corazón generoso de un hombre; y hasta el señor canónigo, que estaba allí mirándoles bondadosamente, parecía alentarles y decirles: Muy bien, me parece muy bien, hijos míos; Dios os ha creado el uno para el otro, y yo os echo la bendición, en el nombre del Padre, etc., etc.

Doña Soledad adivinaba la emoción del estudiante de leyes, con esa penetración de las madres que tienen hijas casaderas; sabía de antes que Canuto era de familia rica y de buenas costumbres, y no encontró enfadosa la larga visita del mozalbete. Al contrario, dos o tres veces que él quiso darla por terminada, se apresuró a empalmar la conversación con nuevos recuerdos y panegíricos, y Canuto, que maldita la gana que tenía de irse, se alegraba grandemente de la locuacidad de su futura suegra.

-Sí señor, decía ésta; en la tierra no hubo tan buen marido como mi difunto; siempre a mi lado, cuando se lo permitían sus ocupaciones; siempre adivinando mis pensamientos, y luego tan afable y de tan finos modales. La urbanidad era su fuerte; jamás se le oyó palabra malsonante. Y en los oídos de Canuto, a esta evocación, zumbaban los ecos de aquellas interjecciones y apóstrofes: ¡gorrino!, ¡gorrino!

Entre tanto, el estudiante recreaba su mirada en las gracias de Angelita, y ésta, turbada y sin saber qué hacerse, bajaba los ojos y arreglaba con sus manos de nardo los pliegues de su falda.

El piano era para los dos jóvenes un medio de salir de aquellas pausas embarazosas y de atajar la interminable charla de Doña Soledad. Angelita, a la menor indicación, sentábase en la banquetilla y ejecutaba nuevas piezas de su repertorio; mientras Canuto, que ni siquiera sabía las notas, le volvía la hoja a un movimiento de cabeza de la pianista.

Pero al fin se agotaron la música y el almíbar y hasta la oratoria de Doña Soledad, y el joven se levantó definitivamente, haciendo protestas, por cierto sinceras,

de que había pasado un rato agradabilísimo.

Doña Soledad y Angelita salieron a despedirle hasta el corredor, y él, por lanzar su postrer mirada a la linda educanda, no vio el escalón en que ponía el pie y por poco si rueda escaleras abajo.

Por fortuna, sólo la chistera que llevaba en la mano, y que dio un encontrón en el pasamanos, sufrió el detrimento de una abolladura, y Canuto salió a la calle arreglándosela y pasándole la mano a la arremolinada felpa.

Al tomar la acera de enfrente, levantó sus ojos al balcón de Angelita y se dio un nuevo encontrón con la lanza de galera acelerada, en que no había reparado. Tan ciego iba, que no vio la enorme masa del vehículo.

Angelita le sonrió desde los cristales; él saludo de nuevo con la derecha en que empuñaba el bastoncito, y así siguió calle adelante, con la cara vuelta, hasta que perdió de vista a su dulce amiguilla.

Al entrar por la calle de las Tablas, pasaba una mujer vendiendo cestas de rosas y claveles. Canuto compró una y, colocándole su tarjeta de filo dorado, clavada en el centro, la envió con la vendedora a la casa de Angelita, como regalo, entresacando de ella solamente un clavel, que colocó en su ojal por recuerdo.

Angelita vio venir el canastillo de flores calle abajo desde su balcón y sin saber por qué le dio un vuelco el tierno corazoncillo. Mira qué hermosas flores, mamá, le dijo a Doña Soledad, que estaba con ella asomada.

Cuando la florista pasó de la acera de enfrente a la de su casa, la niño tuvo una secreta adivinación que le hizo salir los colores. ¿Serían para ella? Al sonar la campanilla, se quedó paralizada de emoción.

Y al subir la florista con la cesta y la tarjeta y leer madre e hija el nombre de Canuto, la educanda bajó los ojos al suelo encarnada, bellísima, y Doña Soledad murmuró para sus adentros: Ya tenemos un pretendiente.

CAPÍTULO VI

La condesita

La condesita se fastidiaba en su elegante vivienda de la calle de San Juan de Dios. Era ésta un semi-palacio que formaba esquina, y además del heráldico escudo en la clave de la portada dando fe del rango de sus antiguos dueños, un lacayo de librea a la puerta parecía pregonar que los últimos moradores no habían perdido ni el lustre, ni la posición de sus antepasados.

En el patio todo eran flores alrededor de una fuente de mármol; en la escalera macetones caprichosos con plantas rarísimas adornaban los descansos, y dentro reinaban el lujo y el confort más refinados a la vez que la austeridad y el recogimiento más absolutos.

No era esta familia linajuda aficionada a bailes ni recepciones.

Pertenecía a la aristocracia granadina vestida a la moderna, pero chapada a la antigua. Sus únicas funciones eran las de Iglesia, sus salidas a misa, y su gran esparcimiento el paseo en coche o los viajes al campo.

Todo iba muy bien para las dos señoras, madre y tía; pero María Josefa se aburría de lo lindo, harta ya de leer en su mirador libros piadosos.

El espionaje de los dos estudiantes habría sido para ella un incidente que rompió la monotonía de su vida. Alejada del trato social, sobre todo del más íntimo, vio con agrado a aquellos dos jovencillos que la seguían enamorados, en aquella confraternidad espiritualísima.

La súbita desaparición de uno de ellos, del que más despertaba sus simpatías, fue para la condesita motivo de preocupación; porque su pensamiento no tenía otra cosa en que emplearse, y pronto, entre mil interpretaciones, acabó por creer la de un heroico sacrificio de parte del ausente a favor de su compañero.

Todo parecía confirmar que Eduardito era víctima de una gran pasión: su espionaje continuo desde el balcón de enfrente, su asiduidad al presbiterio de las Angustias, su asistencia diaria a la misma misa de la Colegiata[220] a que concurría ella, sus eternos paseos por la Carrera para encontrarse con el carruaje donde iba y gozar fugaces momentos de su vista y contemplación. La condesita llegó a familiarizarse con todo ello; pero, a decir verdad, le inspiraba más interés la ausencia de su amigo.

Eduardito no se atrevió jamás a dirigirle ni un recado, ni una carta. Para él aquella virgencita rubia de ojos azulados era una santita de mármol, a la que había que elevar sólo mentales oraciones. ¿Acaso a las santas se les envían cartas, ni recados pidiéndoles citas, ni se les escriben billetes amorosos? No, nada de esto; amarla y reverenciarla era su destino, sin esperanza jamás de una mirada ni de una sonrisa.

El joven contaba a Canuto sus penillas y todos los incidentes diarios de su fervoroso culto. “Esta mañana estuvo en la Colegiata”. “Al mediodía no apareció por su cierro de cristales”. “Esta tarde, como llovía, no salió en coche”. “Estaba muy linda haciendo fiestas a su perrito”. “Ha leído más de una hora sin levantar los ojos del libro”. “Cerró el balcón”. “Echó la cortinilla para no verme”. Estas y otras minucias constituían el pasto de aquella alma enamorada, y la materia de sus disquisiciones y conjeturas.

Una tarde llegó Eduardito azorado a buscar a Canuto, a la calle de las Tablas. Quería oír su opinión, seguir su consejo, y el caso era apremiante, urgentísimo y tal vez providencial.

Canuto le tranquilizó; y cuando Eduardito pudo respirar, por todo relato sacó del bolsillo una pulserita de oro: Mira, dijo; es de ella, de María Josefa, y quiero que me ilumines sobre lo que debo hacer.

-Pero ¿cómo ha llegado esa alhaja a tus manos? le preguntó Canuto sorprendido. ¿Es que te la ha dado?... En fin, explícate.

Eduardito le contó entonces, ce por be, todos los detalles de la aventura. Paseaba

[220] La iglesia de la Colegiata, hoy San Justo y Pastor.

la condesita en su carruaje por el Salón, él daba rápidas vueltas para encontrársela más pronto; en uno de aquellos momentos en que el coche pasaba por su lado, sintió caer un objeto; los caballos arrastraron en su trote largo el carruaje y el objeto caído quedó allí en el polvo. Entonces Eduardito, que lo vio brillar, lo recogió y halló con sorpresa que era una pulsera con las iniciales de ella en brillantes menudos.

El carruaje no volvió más y la perplejidad de Eduardito consistía en que no acertaba cómo hacer para reintegrar aquella pulsera a su dueña, ni si aprovechar aquella coyuntura para presentarse en su casa.

A indicaciones de Canuto optó por lo último y sin perder un momento se dirigió a la calle de San Juan de Dios, al palacio de la condesita.

Temblaba como un azogado. Cuando se vio cerca del portal, con frases entrecortadas dijo al lacayo que hacía allí centinelas el objeto de su visita; éste pasó recado a las señoras, y se le permitió subir al vestíbulo del piso principal, donde aguardó como un ayuda de cámara. Allí, con el sombrero en la mano y sin atreverse a tomar asiento, se entretuvo largo rato en inspeccionar los cuadros y objetos de arte que adornaban el recibidor: armaduras antiguas, pinturas de artistas renombrados, estatuas de mármol y de bronce sobre pedestales.

A poco de terminada su inspección, aparecieron la condesa y su hija, a quienes él saludó muy turbado, y sacando del bolsillo la pulsera explicó el lance y la devolvió humildemente a María Josefa. Ésta se quedó también algo suspensa al reconocer a su admirador devotísimo y le dio las gracias con mucha delicadeza y bondad; pero la madre, que no estaba en pormenores, se apresuró a ofrecerle una gratificación por el hallazgo.

Eduardito se sonrojó hasta la punta de los pies, y excusó la dádiva con aturdimiento; mas como la condesa insistiera, creyéndole un pobre muchacho, él hizo su propia presentación, manifestándole que era un estudiante de leyes y que, aunque modesto, no estaba en el caso de recibir semejantes recompensas.

Entonces la condesa le pidió mil perdones, le hizo pasar a la sala unos instantes para indemnizarle del plantón y de la oferta metálica, y le brindó su casa con toda urbanidad, muy pesarosa de la falta cometida. La condesita, que se puso también colorada como un pimiento riojano, procuró añadir excusas a las de su madre, asegurando que conocía a aquel caballero, por ser vecino, y que sólo el mal estado de la vista de su señora madre había ocasionado la equivocación; y en fin, quitándose una flor del pecho la alargó a Eduardito diciéndole para desenojarle: Supongo que esta gratificación no la rehusará usted.

Eduardito cogió la flor afanosamente, abrió una carterita de piel de Rusia y la colocó en ella como en un estuche, contestando a la condesita: Muchas gracias, esta moneda sí es de mi agrado, y aseguro a usted que nunca me desprenderé de ella.

Cuando el estudiante bajaba por las escaleras apretaba contra su corazón la cartera, metida en el bolsillo izquierdo de su americana, como si llevase en ella una fortuna y temiese perderla a un descuido; y cuando contó a Canuto el resultado de su entrevista, éste saludó en él a un futuro conde consorte, que aquello era muy significativo.

Toda la noche estuvo el joven dando vueltas en su imaginación a la aventurilla de la flor gratificadora. ¿Sería pura muestra de cortesía? ¿Sería exceso de finura para quitarle el amargor de la ofensiva acción de la condesa? ¿O debería tomarse aquello como el primer signo de una distinción afectuosa de María Josefa? ¿Cómo? ¡La santa de alabastro, inmóvil siempre a las miradas y a las oraciones, se animaba al fin cual la Galatea de Pigmalión[221] y le tendía la linda mano para darle una flor perfumada! ¡Y la quitaba adrede de su pecho, y él la tenía allí, guardadita para siempre, con la esencia de aquella mano y de aquel busto y de aquella alma de donde habían venido! Era para enloquecer de alegría. Y después de todo... tal vez la condesita no concedía a aquello ninguna importancia y no se volvería siquiera a acordar...

Consultado Barbas tristes sobre el caso, opinó como Canuto que podía ser esa flor el primer florón de la corona condal de Eduardito, y éste, muy contrariado de aquel posible encumbramiento, juraba y perjuraba que él quería a María Josefa, aparte de sus títulos y de su dinero, y que hubiese deseado verla de simple costurerilla, para testificarle más claramente su puro amor.

Sí, él no sabría ser conde, él no había nacido para personaje; su Registro de la Propiedad era lo que ambicionaba, y María Josefa, despojada de títulos y fortuna, pobre como él, pero amante, allí a su lado, cosiendo la ropa de la casa, mientras él hacía anotaciones preventivas.[222]

Un día se enteró de que la condesa tenía un pleito, un pleito ruidoso en que le iba toda su fortuna; su alegría fue mayúscula. No pudo él, tan bueno, reprimir un deseo espontáneo de que perdiese aquel pleito y se arruinara. Era un muro de oro el que se alzaba contra su pasión; derribado éste por la piqueta de los curiales, ya tendría más franco camino para realizar todos sus sueños. Sí, Dios mío, que pierda el pleito, que lo pierda, exclamaba Eduardito con voces interiores, cuando rezaba en la Colegiata; y luego que veía a la condesita con su talma de blondas de Chantilly,[223] su elegante traje parisién y su sombrero de princesa rusa, se arrepentía de su egoísta plegaria y murmuraba entre dientes, pensando que ella no podría sobrellevar la escasez. ¡No, Dios mío, que no lo pierda!

Otro incidente vino a completar su felicidad de amante soñador, que se contenta con nimiedades. La condesita tenía un perrillo galgo, una figurilla que parecía de porcelana, animada y saltarina, con su piel de rata, su rabillo enroscado, sus orejitas puntiagudas, su hociquillo negro como dado de betún, y su collar rojo con cascabeles de plata. Era una monería; el galgo la entretenía en su aburrimiento, siguiéndola, jugueteando, saltándole a la falda y haciéndole mil caricias a cada instante.

Una mañana en que estaba Eduardito estudiando en su cuarto, porque los exámenes se hallaban muy próximos, y espiaba sólo de reojo el cierro de los cristales de la casa de María Josefa, sintió unas pisaditas muy menudas en la estera de junco, volvió la cara y se encontró con el galguito que entraba y que le miraba como diciendo:

---

[221] Rey de Chipre que, según la leyenda, labró en marfil una estatua en marfil, de la que se enamoró. Afrodita accedió a sus deseos y dio vida a la estatua, que se convirtió en su esposa.

[222] *anotaciones preventivas:* anotaciones del dominio público sobre los bienes particulares inscritos en el Registro de la Propiedad.

[223] Los encajes de Chantilly son una variedad de encaje de bolillos. Originario de esta ciudad francesa, se ejecuta en negro con seda granadina y en blanco con hilo de lino de este color.

-¿Da usted su permiso?

El estudiante le hizo una llamada con la mano suavemente, como contestando: Pase usted adelante; y el inteligente perrillo se le acercó, le examinó con atención, y moviendo el rabo con cariño, alargó el hociquillo como queriendo darle un beso.

La visita del gozque dio al traste con la lección de aquella mañana. Eduardito lo acarició, le pasó la mano por el lomo, le regaló con unas ruedas de salchichón que tenía para merienda, y por último, no sabiendo cómo enviar con aquel mensajero a su dueña alguna cosa que le significase su recuerdo, cogió un ramito de violetas, lo ató al collar del galguillo, que se resistía a servir de confidente, y lo dejó en libertad, que escapase escaleras abajo y que entrara en su casa condal con el oloroso mensaje.

El estudiante se puso en la rendija del entornado balcón para mirar el desenlace de aquella aventura. El corazón le latía con violencia, como queriendo escapársele detrás del galgo inglés. ¿Qué pasaría? ¿qué diría la condesita, al ver entrar tan florido a su faldero? ¿qué haría con aquel ramo misterioso? ¿adivinaría que era de él, que con él le mandaba memorias y dulces sentimientos de su alma, tan suaves y puros como el perfume de aquellas flores?

Una hora, dos, pasó el adolescente en aquella escucha misteriosa, con la nariz metida por la abertura del balcón y los ojos penetrantes atisbando el cierro de cristales; pero nada. Ya iba a dejar por inútiles sus pesquisas cuando oyó el tintineo de los cascabelitos de plata. Era el galgo, que asomaba a la parte baja del cierro, que saltaba y mordía las descorridas cortinillas. Eduardito lo miró con atención; se fijó mucho en el collar; no tenía el ramo de violetas, que él le había atado con una cinta de seda color rosa. Indudablemente se lo habían quitado, pues no pudo caérsele. ¿Quién? Ése era el enigma. Tal vez María Josefa; tal vez la gruñona de su tía. El hecho era igual, pero ¡qué distinto!

Cuando estaba en estas meditaciones se alzó por completo la cortina de la derecha del cierro de cristales y apareció la condesita. ¡Ah! no era ilusión de los enamorados ojos de Eduardito, ni una fascinación de su aturdido cerebro; el ramo de violetas estaba prendido en el pecho de María Josefa, en su lado izquierdo, sobre su corazoncito de hielo, en que parecía como la miosotis,[224] flor de los Alpes, sobre una pequeñísima nevera. Allí reemplazaba al capullo de rosa dado al estudiante y guardado por éste como reliquia sacrosanta.

¿Qué significaba aquel hospedaje dado en el noble pecho de la condesita a las violetas humildes, llegadas de tal modo a sus manos? ¿Sabría su procedencia? ¿Lo habría hecho a propósito? ¿Quería decirle así que estimaba su culto, su devoción fervorosa? ¿Se entenderían tanto el galguito y su dueña, que aquél habría podido contarle el suceso y ser fiel intérprete de los deseos del que le había agasajado?

La niña, al reparar en que Eduardito la miraba, le hizo un gracioso saludo retirándose por el foro, y el estudiante soñó toda la noche con capullos de rosa, con ramos de violeta y con galgos ingleses.

---

[224] *la miosotis*: flor llamada *nomeolvides*, que significa fidelidad, " Seré tu amante para siempre".

CAPÍTULO VII

El juicio final

Eran llegados los exámenes, y las campanillas tocadas por los bedeles resonaban en los oídos de los estudiantes como las trompetas del juicio final. En las tablillas del vestíbulo de la Universidad había largos pliegos de papel, pegados con obleas, con ristras de suspensos y aprobados, como si fueran el apartado de los réprobos y de los elegidos; las puertas de las cátedras estaban abiertas como las de la otra vida, y cada tribunal de tres catedráticos semejaba la balanza de San Rafael, para pesar los méritos y las culpas de aquellas almas en pena que circulaban por los claustros, esperando ser llamadas a capítulo.

En la puerta del edificio grandes grupos de escolares comentaban los rigores de los exámenes de aquel año; se arremolinaban en torno de los mohínos que salían cargados de calabazas, o daban abrazos y apretones de manos a los favorecidos con una buena nota. El aguaducho había agotado dos o tres veces sus cántaros de agua y la provisión de anises con que se vendía para hacerla más dulce y refrigerante. El aguador, que era un jorobadillo sabihondo que despachaba también libros de texto y apuntes y hasta daba explicaciones de asignaturas al aire libre, tenía el cajoncito del florido carro del agua llena de pesetas, y de tiempo en tiempo se abrían los corros respetuosamente al paso de algún cejijunto profesor que salía o entraba.

La Universidad formaba entonces ángulo con la Colegiata, y en aquel rincón, como agitadas avispas o como pájaros bulliciosos o de aprobados, notables y sobresalientes, los unos maldiciendo su estrella, los otros encelándose sus notas[225] y refiriendo los pormenores de sus respuestas a los bolillos sacados del fatal bombo.

Era el mes de junio, el mes de las fiestas granadinas. El Corpus caía en su primera quincena y contrastaba el regocijo de la ciudad engalanada con sus toldos de lona para el paso de la procesión por Reyes Católicos, con su plaza de Bib-Rambla vestida de arcos de flores, de telones con caricaturas y versos,[226] y de templetes centrales y farolillos venecianos.

¡Ah! entonces precisamente cuando los árboles de la Carrera y el Salón se cuajaban, a la vez que de hojas y de ruiseñores, de bombitas de gas para las iluminaciones de las veladas;[227] cuando los Gigantes y Cabezudos y la tradicional Tarasca[228] llevaban tras sí saltando de júbilo a la chiquillería; cuando las más hermosas mujeres poblaban aquellas calles y el Zacatín y Puerta Real y no se veían por todos lados más que flores y mantillas; cuando anunciábanse las corridas de toros y las de

---

[225] *encelándose sus notas*: ocultándolas a los demás.

[226] Las carocas.

[227] Escribe un joven Ledesma de 22 años: "Tiene esta ciudad hermosos y agradables paseos, entre los que se distinguen la Carrera, el Salón y la Bomba, particularmente el segundo, por la grata sombra que le prestan sus corpulentos árboles, cuyas ramas se entrecruzan formando una especie de bóveda verdosa que impide penetren los rayos de sol, y por los bellos jardines que le circundan y rodean. El agua corre allí copiosamente por todas partes; la vegetación es lozana y espléndida…" ("De Almería a Granada. Carta a un amigo", en *Revista de Almería*, octubre de 1879, p. 183).

[228] *Tarasca*: figura de serpiente monstruosa, con una boca muy grande, que se saca durante la procesión del Corpus.

caballos en el hipódromo de los llanos de Armilla, era preciso renunciar a todo, aferrarse a los libros para el último repaso, dejar las veladas de la Carrera, pasar las noches a pleito con los programas y los apuntes, y encaminarse a aquella mazmorra de la Universidad para presentarse ante los tres *bulldogs*[229] que, sentados en sendos sillones del respecto tribunal de exámenes, repartían mordiscos y dentelladas y se gozaban en mascullar carne de estudiante cruda.

Entre un grupo de revoltosos estaba el zahareño Paco, con el libro abierto, procurando entonces enterarse de la definición del Derecho Romano, y de qué era tutela. Con esas dos contestaciones, que soltaría viniesen o no a cuento, creía poder pasar, sobre todo por recomendación del Ministro de Fomento y del Director de Instrucción Pública, amigos de su padre, que habían escrito a sus profesores. Él les llevó las cartas por su mano y creyó comprender, cuando el catedrático de la asignatura le dijo que se fijara bien en aquellas dos preguntas, que algo por el estilo le tocaría que contestar.

La cuestión era no presentarse en su casa con un suspenso; por lo demás, era imposible en las breves horas que le quedaban penetrarse del contenido de aquellos libracos.

Eduardito y Canuto estaban en otro grupo de la parte opuesta. Verdad que habían perdido en sus amorcillos mucha parte de los últimos meses, verdad que la conciencia les acusaba de aquellos ratos de que el corazón le absolvía; pero nunca, poco o mucho, habían dejado de estudiar, y en las dos semanas precedentes se pasaron algunas noches de claro y claro y no pocos días de turbio en turbio.[230] Sabían, pues, la asignatura "Primer año del Derecho Romano y Prolegómenos", sabían el Heinecio y el Gómez de la Serna[231] y aun habían hojeado en la Biblioteca de la Universidad, no en la de Don Diego, como ampliación de conocimientos, las "Antigüedades romanas" de Adam.[232] Y sin embargo, revoloteando por aquellos sitios, y cada vez que sonaba la campanilla del bedel entraba sudor de muerte.

Llegó al fin el momento temido y se llamó a exámenes del Derecho Romano, primer curso. En tropel entraron todos los alumnos de aquel día y entre ellos. Canuto y Eduardito, y Paco, que nos les vio siquiera. ¡Cuántas caras demudadas, cuántas manos nerviosas estrujando los sombrerillos en la impaciencia de la incertidumbre! Uno a uno iban sentándose como reos, los examinandos, en la tremenda silla de ejecución, parecida sin duda a la que sirve a los ajusticiados por la electricidad, y unos balbucientes, otros mudos por entero, pocos despejados y alguno que otro con respuestas aprendidas de carretilla iban pasando por el bombo y saliendo alegres o cabizbajos, conforme creían haber contestado o no a las preguntas de las esfinges de toga y birrete sentadas en el estrado.

Tocó su turno a Eduardito. Canuto hubiera querido seguirle sin ser visto, o

---

[229] *bulldogs*: raza de perros de presa oriunda de Gran Bretaña.

[230] *Quijote*, I-1: "En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio…".

[231] El político y jurista Pedro Gómez de la Serna (1806-1871), que colaboró en el proyecto de la Ley Hipotecaria de 1861.

[232] Aparecieron en Londres en 1825.

apuntarle con el pensamiento. Sacó las tres bolillas de las preguntas, y tal fue su emoción, que se le borraron de la memoria no ya las contestaciones que sabía, sino cuanto había leído y aprendido en todo el año, como si estuviese escrito en una pizarra y le hubieran pasado una esponja. A punto estuvo de echarse a llorar, pero el recuerdo de la condesita y la vergüenza de que se enterase de su fracaso le devolvieron la voz, y tras aquella pausa, en que Canuto sufrió indeciblemente, su amiguillo pudo romper en explicaciones y contestó a una de las tres preguntas, dejándose las dos primeras, que coincidieron con su mutismo.

Canuto confiaba más en sí propio. Un futuro diputado a Cortes y quizás Ministro debía tener la lengua bien expedita; así que cuando le llegó la vez contestó como un papagayo.

Ya se iban a marchar los dos a respirar el aire de la calle cuando oyeron llamar a Paco. Quedáronse a presenciar el examen de éste, y maravilláronse de su desvergüenza en presentarse a responder de asignaturas que no había saludado ni por el forro.

Sacó las tres bolillas, que tomó el presidente del tribunal, y no dijo ni pío a la primera. Vaya, exclamó el profesor, diga usted qué es Derecho Romano y qué es tutela. Y soltando Paco las dos definiciones, que momentos antes se había aprendido y que llevaba prendidas con alfileres, quedó despachado y salió del aula muy altivo y orondo.

Estupefactos Canuto y Eduardito y abrazados como hermanos, se dirigieron por los claustros al sitio de las tablillas esperando las notas, y después de largo rato un bedel trajo la sentencia, rodeado de un grupo de interesados y curiosos y la leyó en voz alta. Dijo varios nombres y calificaciones, entre ellos: "Don Eduardo Quintanilla, Suspenso. Don Canuto Espárrago, Sobresaliente. Don Francisco García, Aprobado". El bedel pegó el pliego con cuatro obleas en la tabla, abriendo antes su rejilla protectora y dejándola cerrada después para librar el documento del furor de los calabaceados, y se marchó.

Desmayado cayó Eduardito en los brazos de Canuto; acudieron a él otros compañeros; se le llevó un vaso de agua fresca del aguaducho, y cuando volvió en sí, salió apoyado en su amigo y gimoteando "Adiós, Registro de la Propiedad de tercera clase; adiós anotaciones preventivas que él había de hacer al lado de María Josefa, mientras ésta punteaba la ropa de la casa. Adiós, amor a la condesita; flor delicada recibida de sus manos, que se trocaba en otra amarilla de cucurbitácea, y adiós ramos de violeta, que sólo podría sustituir con el certificado de un suspenso, si el galguito inglés se prestaba a llevar otro mensaje.

La alegría de Canuto por su sobresaliente amargábase con estas reflexiones de su compañero; pero lo que no podían explicarse ambos era el aprobado de Paco. Bien que Eduardito, por su desgracia y su azoramiento, hubiese quedado para septiembre; muy bien calificados cuantos habían contestado con más o menos amplitud en el examen; pero aprobado Paco, que no sabía ni jota, sólo por haber dicho qué es Derecho Romano y qué es tutela, eso no podía pasar y constituía una solemne injusticia. Ellos se habían quemado las cejas para aprender muchas, muchísimas más cosas, mientras que el bigardo de Paco se jugaba al monte[233] hasta la camisa; y luego Don Francisco García

[233] *monte*: juego de envite y azar, en el cual la persona que talla saca de la baraja dos naipes por abajo y forma el albur, otros dos por arriba con que hace el gallo, y apuntadas a estas cartas las cantidades que se juegan, se vuelve la baraja y se va descubriendo naipe por naipe hasta que sale alguno de número igual a otro de los que están apuntados, el cual de este modo gana sobre su pareja.

Garríguez, aprobado. Indudablemente tenía razón Don Primitivo; hacía falta justicia en la tierra y era preciso hacer algo para implantarla.

Canuto se encargaría de ello cuando fuese abogado y diputado y ministro. Entonces sí que haría brillar la justicia, esa constante y perpetua voluntad de dar a cada uno su derecho; porque a la sazón maldita la voluntad que tenía nadie, ni constante ni inconstante, de dar a cada cual su merecido, ni aun aquellos severos jueces del examen, que habrían sin duda aprobado a Paco y dádole las preguntas que tenía que contestar por presión de altas influencias. ¡Y ellos, tontos que se habían ido sin recomendaciones, fiados en el *suum cuique tribuere*![234]

Eduardito se dirigió con las orejas gachas a su casa de la calle de San Juan de Dios, hasta donde no le abandonó Canuto; allí se dieron un abrazo y éste siguió, calles abajo, a su hospedaje de las Tablas, donde estaba Barbas tristes. También éste tenía un sobresaliente como un templo; pero buenos sudores le había costado: porque salvo el día aquel de la juerga en que tocó el organillo de fuelle, no perdió ripio ni en clases ni en estudios. Había cortado más carne muerta sobre la losa del Hospital que un carnicero en su tienda; sabía más Anatomía que sus profesores; hasta en los bolsillos del gabán llevaba siempre husos y piltrafas de cadáveres para su examen, como puede volver un abogado con sus apuntes del tribunal y revisarlos tranquilamente en su despacho.

Eduardito se encerró en su cuarto y Canuto y Barbas tristes se fueron a pasear las engalanadas calles y plazas, buscando la sombra de las aceras y de los toldos, en aquel día semicanicular, gozando de sus triunfos y procurándose indemnización de sus pasados trabajos, sin acordarse ya del triste compañero; porque nada hay más cierto que el refrán que dice "El muerto al hoyo y el vivo al bollo". Pasaron por la calle de Mesones y para no desmentir aquella sentencia se entraron en una confitería y se regalaron con ricas yemas; llegaron a Puerta Real y se pararon a oír la música de los organillos; miraron hacia la Carrera y se deleitaron con la contemplación del blanco fantasma de la Sierra Nevada. Todo aquello parecía saludarles y darles la enhorabuena; hasta creían que las elegantes mujeres que encontraban al paso se les quedaban mirando, como diciendo ¡Ahí van dos sobresalientes!

Decidieron tomar un coche e irse a almorzar a Siete Suelos[235] y dicho y hecho, pronto se encontraron en aquellas frondosas alamedas de la Alhambra, en aquellos jardines encantados por arroyos y ruiseñores, El almuerzo les fue servido en limpia mesa, a la sombra de un cenador cubierto de rosas blancas, y allí saborearon el buen jamón de Trevélez[236] que no tiene rival, los platos más delicados, una botella de Champagne y la rica taza de moka.

Las inglesillas, con sus sombreros de paja, cruzaban por aquellos paseítos floridos, llevando sus libros o cajas de pinturas y buscando parajes apartados para sus entretenimientos. A los balcones del Hotel trepaban los jazmineros y las madreselvas; la torre de los Siete Suelos dejaba ver a un lado su gigantesco torso rojizo, y en el salón bajo del comedor sonaban los acordes de un piano.

---

[234] *suum cuique tribuere*: dar a cada cual lo suyo.

[235] La torre de los Siete Suelos, situada en la cara sur de la Alhambra, fue la entrada más importante a su recinto.

[236] Población granadina del partido judicial de Órgiva.

Cuando los dos estudiantes se asomaron por uno de los claros del cenador para ver quién les regalaba con aquella delicada música, Canuto reconoció a la condesita. Había ido allí también con su madre y su tía y, aprovechando la soledad del salón, se entregaba a sus arrobamientos musicales. Por eso Eduardito no la vio en todo aquel día de su pasión y muerte; ni vio siquiera el galgo, que correteaba por los jardines.

Unos y otros, por distintos caminos, se dirigieron al palacio de verano de Alhamar,[237] se encontraron en el patio de Arrayanes, curiosearon la Sala de los Abencerrajes y la de la Justicia, y como aquel Alcázar de encajes y de leyendas arabescas y de estancias bellísimas confunde en un mismo espíritu de admiración a cuantos le visitan, y los acerca, estrechando entre ellos las distancias, hasta que les hace mirarse y hablar como amigos y comunicarse sus emociones, los dos estudiantes y las damas tuvieron que cambiar corteses saludos y palabras en aquel tránsito encantado, y llegaron a conversar amigablemente en el magnífico Salón de Embajadores. Ante aquel valle, trasunto del Paraíso, que se divisa desde los ajimeces; bajo aquella bóveda de estalactitas de colores; junto a aquellas paredes alicatadas, resplandecientes de caprichosas labores rojas, azules y áureas, entrelazadas y unidas, había que olvidar convencionalismos sociales y formar una sola familia de artistas y admiradores.

Tal sucedió, y Canuto pudo evocar recuerdos de las flores de María y reconocerle la condesita como amigo de Eduardito, y referirse la historia de la pulsera, y contar en un aparte Canuto a María Josefa la locura de amor de Eduardito, absteniéndose, desde luego, de indicar nada de sus exámenes...

A la salida, en el mismo patio de Arrayanes, María Josefa cortó dos hojas verdes de uno de aquellos muros frondosos que cercan la taza de mármol del lago, y entregándola a Canuto, le dijo graciosamente: Una para vuestro amigo.

Cuando se despidieron, Canuto bajó presurosamente a Granada, se hizo llevar el carruaje a la calle de San Juan de Dios, subió al cuarto de Eduardito y contándole lo ocurrido, Ánimo, le dijo, estás aprobado en amor; te traigo la buena hoja de arrayán; que traducida de su lenguaje simbólico quería decir "esperanza".

CAPÍTULO VIII

Memento homo...[238]

Canuto aguardó al domingo para despedirse de Angelita. Era el Corpus y la educanda salió con doble motivo del convento. Además, aquel día la vestían de largo.

Las emociones de la niña fueron múltiples y encontradas. Júbilo, por verse en aquel traje de señorita y con aquellos cabellos, antes llevados en larga trenza, al fin recogidos en precioso canastillo de rizos semidorados sobre su frente; pena, por saber que Canuto se marchaba, terminado el curso, y que no podría verle ya hasta el siguiente otoño.

---

[237] Mohamed Ben Alhamar, fundador de la Alhambra, estableció el reino nazarí de Granada en 1238.

[238] Por la fórmula del Miércoles de Ceniza: "Recuerda, hombre, que polvo eres y en polvo te convertirás".

Entre risas y lágrimas mal disimuladas, la colegiala asistía a la última visita de Canuto, el cual, pensativo y nervioso, olvidaba el éxito de su examen ante la perspectiva de su ausencia.

Doña Soledad miraba a uno y otro y alegrábase interiormente de sus mutuos sentimientos, considerando en camino de solución satisfactoria el problema de la colocación de su hija.

Más de una vez se hizo la distraída para que ellos hablaran a solas, y les dejó asomarse al balcón a ver el gentío y los carruajes que volvían de la procesión matinal.

Verdaderamente que Angelita estaba hermosa asomada allí y bañada por la luz de aquel día espléndido. Parecía más alta con su traje largo; su cintura era más estrecha, con su corpiño entallado adornado de lentejuelas; sus formas sobresalían más redondas y mórbidas, y aquella crucecita de oro, que pendía sobre el pedazo de nácar blanco de su garganta, convidaba a arrodillarse ante ella para repetir las décimas del *Don Juan*. Después, aquellos ojos vivos, melados y melosos, donde se asomaba un alma cándida pero juguetona; aquella linda flor de sus labios entreabiertos, donde se adivinaba la miel de los amores, y aquel bonito cabello, que suelto le caía a los pies como un manto real y recogido formaba un bello promontorio que despedía matices de rica seda semiáurea, formaban un conjunto encantador. El pobre Canuto estaba aturdido ante tanta belleza.

No se sabe lo que se dirían en aquel diálogo del balcón, para ellos más dulce que el de Shakespeare; pero que se comprendieron y se juraron un eterno querer; que se hicieron promesas de constancia para el eclipse que les amenazaba, eso estaba escrito en los ojos de ambos cuando interrumpiéndoles Doña Soledad se volvieron hacia ella. Angelita salió al balcón con el color de la rosa en las mejillas y Canuto la miró más ansiosamente todavía, porque estaba soberanamente divina.

Cuando endulzaban sus penillas con el almíbar de las Comendadoras, cuya compotera volvió a salir de su escondite, apareció la mole del tío canónigo, como si se hubiese destacado del lienzo de su retrato, precisamente con el mismo libro en la mano, que sin duda le era familiar. Doña Soledad hizo la presentación del joven; Angelita se puso más colorada todavía temiendo que el señor tío penetrara su secretillo; marchóse la niña unos instantes y la conversación tomó nuevos rumbos, dando el canónigo la enhorabuena a Canuto por su sobresaliente y alentándole a ser un hombre de pro.

El mundo estaba perdido, al decir del muy ilustre Penitenciario.[239] Todo olía a podrido en España, como en la Polonia de Hamlet; el liberalismo se había entronizado en la política, a pesar de las condenaciones del *Syllabus*;[240] la Iglesia se veía amenazada de persecuciones; el matrimonio civil escrito en las leyes; violado el Santo Concilio de Trento; lanzadas impiedades impunes en plenas Cortes Constituyentes;[241] los vicios

[239] *Penitenciario*: el presbítero secular o regular que tiene la obligación de confesar a los penitentes en una iglesia determinada.

[240] Apéndice a la encíclica de Pío IX *Quanta cura*, conocido como *Syllabum errorum*. Condenaba todas las teorías sociales o institucionales –sindicalismo, liberalismo, democracia- y propugnaba la sumisión de los poderes temporales a las directrices eclesiásticas.

[241] A las Cortes de 1869, en las que defendió las posiciones de la Iglesia el canónigo magistral de la catedral de Vitoria Vicente Manterota Pérez (1833-1891), sentado en los bancos de la minoría carlista, dedica Ledesma el cap. V, "Las Constituyentes", de *El Libro de los recuerdos*, pp. 35-37.

desencadenados por todas partes, y la justicia, que según Cicerón era necesaria aun a los malhechores para poder asociarse para sus rapiñas y hallar garantías de equidad en el reparto de su botín, brillaba por su ausencia en aquella sociedad española desquiciada, donde todo era arbitrariedad y compadrazgo. Hacía falta un hombre un hombre que removiese aquello e hiciese entrar en caja al país.

Canuto pensó al oír este sermón, muy parecido a los de su padre, que tal vez él sería ese hombre cuando entrase hecho y derecho con su título de abogado en ristre y se le abrieran las puertas del Foro y del Congreso, y merced a sus méritos y trabajos fuese llamado a los Consejos de la Corona; pero la dulce figura de Angelita le hacía enseguida dudar de su providencial misión, encontrando más grato y cómodo que esa lucha titánica por el orden y la justicia social el goce de su amor apacible. Sin embargo, las cosas podrían conciliarse: hacer el bien del país y el suyo propio. Con Angelita tendría la dicha privada y por su cuenta haría también la felicidad pública. Eso era ser un hombre de pro, por todos los cuatro costados.

La despedida de los dos novios fue todo lo tierna y sentida que permitió la presencia del Penitenciario, porque en cuanto a Doña Soledad hacía la vista gorda. Apareció Angelita de nuevo más colorada; se estrecharon los dos jóvenes la mano con efusión; se dijeron adiós con esas miradas del alma que no se parecen a ningunas otras, y cuando Canuto salió por el portal, su novia, que había aprovechado una coyuntura para asomarse al balcón, le dio muchos adioses con la mano y con el moquerito de encaje, y se lo llevó a los ojos porque no pudo contener el llanto. Antes había dejado caer algo metido en un pequeño y doblado papel de seda, que recogió Canuto al pasar por la acera, donde lo esperaba: era un cabello, un solo cabello que Angelita se había cortado y que parecía una sutil cuerdecita de oro enroscada sobre sí misma, dispuesta para ser colocada en la lira de un querube invisible. Canuto la encerró entre la tapa y el cristal de la máquina de su reloj y dando el último adiós a su amada desapareció por la esquina.

Hizo su equipaje, comió, se despidió de sus compañeros de casa y de Don Diego, que le dispensó el singular favor de meterle en su *Biblioteca* para enseñarle sus infolios y que en vano, con la copa en la mano, se empeñaba en darle de beber un vino de cien años. No quiso ver a Rosita, que estaba dedicada a la pesca de otro pez de más libras, y que lo menos que llamaba a Canuto era *mocosillo* y *petulante*, abrazó a la criada más vieja de la casa, que le arreglaba el cuarto, pagó su cuenta, repartió algunas propinas, ató su mundo y sus dos sombrereras, pues con el sombrero de copa las había duplicado y dejándolo todo listo se fue a la calle de San Juan de Dios a ver a Eduardito.

Le halló con la nariz pegada a la abertura del balcón y con los ojos fijos en el mirador, como tantas veces. Estaba más consolado; tenía puestos en un cuadrito de retrato, protegidos por su cristal, el seco capullo de rosa y la marchita hoja de arrayán recibidos de María Josefa. Eduardito no se tomaría vacaciones, no saldría de Granada aquel verano; se quedaría para probar fortuna en septiembre, estudiando mucho, muchísimo... por la rendija de aquel balcón.

Le abrazó, le dejó unos encarguillos, recibió otros de su camarada y volvió a salir precipitadamente, porque la noche se venía encima y aún tenía que hacer algunas visitas.

Adonde enderezó sus pasos fue a la iglesia de las Comendadoras. Aún no habían cerrado; el sacristán apagaba las últimas luces del altar y el templo estaba como boca de

lobo. Canuto tomó agua bendita, se santiguó y se puso cerca de la reja de las reclusas, procurando descubrir algo, alguna visión blanca, imaginando que podría ser Angelita. Nada, nada había en aquel hueco, ni tras aquellas dobles rejas. El sacristán hizo ruido con las llaves, como para avisar al rezagado devoto de que era hora de cerrar las puertas, y Canuto se salió pesaroso.

Miró a la Iglesia desde fuera; estuvo unos instantes contemplando su pórtico y su campanario, pensando que detrás de aquellos muros se quedaba la dueña de su alma; recordó la escena del *Tenorio* cuando entrando en la celda de Doña Inés la encuentra con su albo traje y tocas y roja cruz y se le desmaya en los brazos y la saca de la prisión y la lleva al palacio del Guadalquivir, y se sintió capaz de escalar aquellos muros y de sacar de aquellos claustros a su Margarita la Tornera.[242]

Para entrar por la calle de Mesones pasó por la Puerta Real. Era ya la hora de las iluminaciones de la velada. A lo lejos, en el fondo, se divisaban millares de luces de colores, centenares de arcos de farolillos y un inmenso gentío que rodaba hacia la Carrera. De Bib-Rambla bajaba, por Reyes Católicos, otro río de gente bulliciosa; en los puestos de refrescos, de turrones y de alfajor, los vendedores hacían su agosto. El Casino estaba iluminado *a giorno*,[243] y en todos los balcones lucían bombitas venecianas. Granada se divertía, se desbordada, encendía las antorchas de sus fiestas tradicionales y abría a la multitud sus paseos y sus jardines.

Canuto no sintió aquella alegría como otras veces; antes bien, se le aumentó la tristeza; y volviendo las espaldas al tumulto, se dirigió hacia su casa, donde ya un mozo de cuerda esperaba a la puerta el permiso para sacar el equipaje.

Media hora después, en el fondo de la galera acelerada, llena de bártulos, cajas, colchones y mercancías y tirada por seis pares de mulas, iban Canuto y Barbas tristes por la salida de la ciudad, por una cuesta muy oscura y muy pendiente, que hacía a las caballerías retroceder, a los zagales crujir los látigos y al mayoral echar votos y maldiciones.

Así salieron al camino de aquellos cerros, más oscuros todavía. Los dos amigos se habían recostado en los colchones que transportaba al vehículo. Canuto suspiraba de vez en cuando, sin poderlo remediar, acordándose de los episodios de su primera página estudiantil y de la figura de su hermosa Angelita, que la iluminaba toda entera; y Barbas tristes no decía tampoco palabra y estaba más triste que nunca.

¿Qué le pasaba al antiguo dómine? ¡Friolera![244] El que tenía ya buena parte hecha de la carrera de cura, que podía haber encontrado en ella el reposo de su vida y la salvación de su alma, que con haber cantado misa habría asegurado además la rica herencia de sus tíos, que en ello cifraban sus ilusiones; el que había perdido todo eso y ahorcado los hábitos y comenzado sin recursos y a fuerza de fatigas otra carrera laica por el amor a otra figura bíblica, como dijimos, a una Susana que le volvió el juicio en Miralmar, ahora que regresaba con el primer laurel de su batalla se encontraría a su

[242] Protagonista de uno de los *Cantos del trovador* de Zorrilla, "Margarita la Tornera", monja tornera en un convento de Palencia.

[243] *a giorno*: como si fuese de día.

[244] ¡*Friolera!*: cosa de poca monta o de poca importancia.

prometida en relaciones con otro hombre. Tal le decía un su amigo de allá en carta recibida aquel mismo día; y al referir a Canuto aquella negra ingratitud, la palabra siempre suave de Barbas tristes tomaba acentos de gravedad melancólica.

Aquel Cyrano de Bergerac,[245] de deforme nariz, no amado por su fealdad, era más dichoso que el dómine, el cual, feo también, taciturno, con sus barbas lacias, carecía de la gallardía del espadachín y del estro del trovador amante de Roxana.[246] El dómine no tenía más que la bondad de su espíritu; pero el alma no se ve, ni goza de formas atractivas, y suplantado por otro más joven, gallardo y apuesto, había perdido su esperanza para siempre.

El sueño, gran bálsamo de los pesares, adormecedor de los dolores, rindió a Barbas tristes, con los vaivenes del vehículo; pero Canuto no pudo dormir pensando en su preceptor y amigo y en la infamia de Susana.

¡Oh, si a él le sucediera algo de eso no podría resistir el golpe! No, no estaría tan resignado tampoco; mordería como un perro rabioso al que le robase la dicha de esa manera. Pero Angelita era Angelita, un ángel del cielo, un alma pura, un corazón enamorado, y él, él tampoco era como Barbas tristes, ni siquiera como Cyrano de Bergerac.

En la oscuridad del galerón, mientras dormía el dómine tendiendo un sudario de olvido sobre sus desventuras, Canuto revolvía en su mente mil pensamientos diversos, escenas de su vida de la escuela, ya tan alejadas que parecían fantasmas; los sucesos de su primera etapa estudiantil, tan raros y caprichosos que se asemejaban a capítulos de novela; la reaparición de Angelita, sus amores, sus coloquios del balcón; y volviendo la mirada a los colchones y trastos viejos con los que iba hacinado, le parecía todo lo pasado un ensueño, llegando a temer que al dormirse en la galera acelerada cuando salió de Miralmar hubiese soñado más bien que vivido todas esas cosas y que al despertar en el mismo galerón le quedasen no recuerdos positivos, sino reminiscencias de su pesadilla.

¿Sería verdad que la vida era un sueño y que los sueños sueños son, como decía el poeta de Segismundo;[247] que no se pudiese distinguir entre la realidad y las ficciones, sobre todo considerando las cosas ya pasadas?

Un ruidillo de choque de algún objeto duro y mal embalado en una cajita de madera vino a sacar de sus abstracciones cuasi filosóficas al muchacho. La cajita iba al lado suyo; era uno de los bultos pequeños que llevaba Barbas tristes, quizás algún regalo que podía romperse con los vaivenes, y Canuto, para acondicionarlo mejor y evitar que se zarandease dentro del cajoncillo, le desató la cuerdecilla y abrió la tapa, que iba sin clavos ni cerradura, encajada sencillamente.

Palpó, encontró un objeto redondo, que la oscuridad no le permitió distinguir;

---

[245] Protagonista de *Cyrano de Bergerac* (1897), drama del francés Edmond Rostand (1868-1918).

[246] Prima de Cyrano, a la que ama el narigudo espadachín aun sabiendo su amor imposible, porque ella está apasionadamente enamorada de Cristian, que le corresponde.

[247] Versos de *La vida es sueño* de Calderón, Segunda jornada, final de la escena XIX: "¿Qué es la vida? Una ilusión, / una sombra, una ficción, / y el mayor bien es pequeño: / que toda la vida es sueño, / y los sueños, sueños son."

estaba mal asegurado y holgaba dentro de la cajita, dando contra sus paredes. Sin saber por qué, sintió cierta repugnancia y soltó aquello de sus manos. Encendió el cabo de la vela, que llevaba consigo para las ventas del camino, y vio... una calavera. Con los huecos de sus ojos vacíos, parecía mirarle espantosamente; con la larga hendidura de su boca desdentada reía de un modo siniestro.

-He aquí, creyó oírle, en lo que terminan todas esas cosas que has soñado y cuantas en adelante soñarás. *Memento homo quia pulvis es*.

Canuto no pudo reprimir su emoción; no tuvo ánimo para cerrar aquel pequeño sarcófago; despertó a Barbas tristes; le refirió el lance, y éste, cogiendo con la mayor tranquilidad la calavera, la encajó bien con unos periódicos en la cajita y le ató la cuerda deshecha. No había misterio en ella: era un cráneo que le servía para sus estudios de Osteología; era una pieza anatómica. ¿Por qué asustarse de él, si cada cual llevamos uno sobre nuestra columna vertebral como armazón de nuestra cabeza y recipiente de nuestro cerebro?

Sin embargo, durante todo el viaje, cuando Canuto silenciosamente evocaba sus recuerdos y los barajaba en su magín con sus halagadores proyectos y esperanzas, del fondo de la fatal cajita parecía salir una voz lúgubre que decía:

-¡*Memento homo!*

TERCERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

El Redentor

Cinco años habían transcurrido. Canuto, después de brillantes ejercicios, obtuvo su título de Licenciado en Derecho Civil y Canónico, y la casa de Don Primitivo estaba de gala para festejar la reválida del joven aprovechado.

¡Cuántas idas y venidas de Miralmar a Granada en el galerón! ¡Cuántos sustos en los caminos; qué trasiegos de una en otra casa de huéspedes, pues Don Diego murió de repente en su Biblioteca y la colmena de su hospedaje se dispersó; qué de mañanas frías pasadas en las aulas; qué de noches en claro a la luz del velón de cuatro mecheros,[248] hojeando el Fuero Real,[249] las Siete Partidas,[250] las Leyes de Toro,[251] verdaderos miuras del derecho civil, y aquella Novísima Recopilación[252] desesperante; qué privaciones de teatros, de fiestas y devaneos para no exponerse a un fracaso como el de Eduardito, sobre todo en los bellos días de abril y mayo, cuando la ciudad de flores salía vestida de rosas y de violetas de los cendales de la ciudad de nieve!

Hecho el balance de su vida estudiantil, Canuto la encontraba llena de sinsabores, con más partidas en el haber que en el de los placeres; pero ya se indemnizaría de aquellas pérdidas más adelante, en un plazo muy próximo: ¡ilusión eterna del ser humano, que le hace proseguir su camino con más afán cada día!

Ahora iba de veras: todo aquellos había sido la indispensable preparación para vivir como hombre, para figurar como tal en la sociedad y en el mundo. Todos los seres pasaban igualmente por etapas preliminares hasta ponerse en condiciones de realizar sus

---

[248] *velón de cuatro mecheros*: lámpara de metal compuesta de un vaso con varias mechas y de un eje en que puede girar, terminado por arriba en un asa y por abajo en un pie.

[249] La diversidad normativa de fueros municipales y fueros nobiliarios que convivían en los territorios reconquistados motivó que Fernando III iniciara la unificación legislativa de las prerrogativas de la nobleza y los derechos de los municipios en un único código. Su muerte en 1252 motivó que fuera Alfonso X, su primogénito, quien acabara con acierto el criterio unificador iniciado por su padre. Antes de preparar "las Siete Partidas", Alfonso redactó el Fuero Real o Fuero del Libro en 1255, un código obligatorio en todos sus dominios, que se aplicó como fuero especial en algunas poblaciones como Aguilar de Campoo, Sahagún, Burgos y Soria.

[250] Importante obra jurídica dirigida por Alfonso X, el Sabio (1221-1284), realizada entre 1256-63 o 1665.

[251] En su testamento, Isabel la Católica encargó a una comisión de expertos recopilar la normativa existente y poner orden en la difícil convivencia entre fueros municipales y nobiliarios y entre éstos y las Partidas, solucionando la falta de un texto legal aplicable en muchos litigios y las contradicciones existentes entre normas tan diversas. La comisión, formada por prestigiosos licenciados, el obispo de Córdoba y los doctores Montalvo, Galíndez de Carvajal y Palacio Rubio, formuló 83 leyes que resolvían múltiples cuestiones, especialmente en materia de Derecho Civil, que se publicaron por decreto de las Cortes de Toro en 1505.

[252] *La Novísima Recopilación de las Leyes de España*, sancionada por Carlos IV en 1805, última recopilación oficial de la legislación castellana. Dividida en 12 libros y 340 títulos, contiene más de 4.000 leyes, autos y pragmáticas.

destinos, aun en el insecto, que primero se arrastra en larva y luego despliega sus alas de mariposa.

¿Qué le quedaba ya que hacer ni que sufrir? Casi nada. Provisto de su honroso título, atiborrado de ciencia universitaria, con una imaginación viva y soñadora, con una palabra afluente, con un espíritu inflexible para el mal, generoso y dispuesto para todo lo grande y lo noble, su camino hacia los ideales de su vida sería una marcha triunfal, semejante a la de los antiguos vencedores.

Así lo creía también a ojos cerrados Don Primitivo, y así lo pregonaba entre sus contertulios, que asistían a la fiesta con que se honraba al nuevo abogado.¡Feliz padre, que al cabo de tantos afanes veía satisfechas sus aspiraciones! ¡Cuántos peligros corridos, cuántos azares sorteados hasta llegar a aquel pináculo de venturas! El ex droguero no cabía de júbilo en el pellejo de su encorvada figura; Doña Gertrudis lucía el traje de seda más arrumacado[253] y chillón de su *atrezzo*; las niñas, en vísperas de bodas, ostentaban diamantes y gargantillas, y sus primos, los horteras de antaño, se habían puesto sus mejores *chaquets* de color de ala de mosca, sus cuellos más altos y sus corbatas de tomate y huevo más sorprendentes. Los salones brillaban iluminados con lámparas de petróleo; el piano, especie de antiguo clavicordio, dejaba oír de cuando en cuando los acordes de la *Traviata*,[254] de *El Trovador*[255] o de *Un ballo in máschera*,[256] y las amigas rodeaban a Doña Gertrudis como una corte de amor a una reina de la fiesta,[257] ostentando en los altos peinados caprichosas plumas entonces de moda.

Los contertulios de Don Primitivo y con Canuto formaban otro grupo inmediato; repetían sus empalagosas felicitaciones, sus apretones de manos, sus palmaditas en el hombro del leguleyo y aun aprovechaban la ocasión de hacerle consultas sobre el medio de cobrar un piquillo, de empapelar a un deudor o de echar a un inquilino a la calle sin gastos de desahucio.

Allí estaba también Barbas tristes, doctorado en Medicina y Cirugía, con las barbas más largas que nunca, la figura más melancólica, calvo a fuerza de devanarse los sesos y con grandes gafas de miope, por haberse estropeado la vista en seis años de incesantes estudios.

Quien faltaba era Eduardito; no había podido terminar la carrera, y sus padres le tenían condenado a no volver a Miralmar hasta que viniera con el título en el bolsillo. ¡Quién sabe con qué título volvería! Porque alguien murmuraba que tenía relaciones con una condesita de Granada, con gran oposición de la familia de ella.

También se cuchicheaba en Miralmar que Canuto, despreciando a una señorita

---

[253] *arrumacado*: estrafalario, extraño, poco elegante.

[254] Ópera de Verdi, con libreto de Francesco Maria Piave, inspirada en *La dama de las camelias* de Alejandro Dumas. Se estrenó en el teatro *Fenice* de Venecia en 1853.

[255] Ópera de Verdi, con libreto de Salvatore Cammarano, inspirada en el drama romántico *El trovador*, de Antonio García Gutiérrez (1836). Fue estrenada en Roma en 1853.

[256] Ópera de Verdi, con libreto de Antonio Osma. Fue estrenada en el Teatro *Apolo* de Roma el 17 de febrero de 1859.

[257] Ledesma recuerda el ambiente de los Juegos Florales, en los que llegaría a conseguir por toda España hasta trece flores naturales.

encopetada de muchos millones, era novio de la hija del que fue su maestro de escuela Don Facundo, una cursi sin dos pesetas. Estos rumores habían llegado a Don Primitivo y formaban la única nube amenazadora sobre sus proyectos. No sabía a qué atenerse; aún no había planteado la cuestión a su hijo; pero de seguro él sería tan juicioso, que, desechando aquella niñería, se haría cargo de su posición y de sus altos deberes para no comprometerlos en un enlace semejante.

Casarse con Angelita hubiera sido una cadetada. Bueno que la chica tuviese toda clase de excelentes condiciones; pero para otro, para un empleadillo de seis u ocho mil reales, o para algún honrado tendero. Para Canuto, que había de restaurar el lustre del árbol genealógico de los Espárragos, no cuadraba ella, sino la hija de algún duque o marqués, que le añadiese blasones. Si era verdad que su hijo había despreciado a una condesa, casi, casi tenía razón, porque el título de conde, como el de barón, era inferior en categoría a aquellos otros más adecuados a sus merecimientos.

Don Primitivo quería olvidar en aquella fiesta íntima de su casa el nuevo peligro de su árbol de familia. En cuanto a sus hijas, dejábalas seguir su suerte, y había concedido ya la mano de la mayor al primero de los horteras, disponiéndose a hacerlo igualmente de las demás a sus respectivos pretendientes; porque se sabía que las hembras no transmiten el apellido ni continúan el tronco gentilicio de una prosapia, siendo frutos desprendidos de aquel árbol, que van a caer en el huerto del vecino que los recoge.

Quien le importaba era Canuto, y lo mejor sería evitar una chiquillada; no darse por entendido con él de su noviazgo y poner entre Angelita y el joven mucha tierra y tiempo por medio. Así que aquella recepción en la elegante morada de los señores de Espárrago no servía tanto para festejar la reválida del nuevo Cortina[258] como para darle la despedida para Madrid, donde estaban esperándole los pleitos ruidosos, las causas célebres, los triunfos del foro y de la literatura, los millones que no sabían qué hacerse, y las duquesas y marquesas que deseaban un buen partido.

¡Qué transformación en la familia de los Espárragos y en los destinos de Miralmar! La casa de Don Primitivo saliendo de su oscuridad y modestia y volviendo a aquellos tiempos en que la representaban señores de horca y cuchillo, conquistadores de villas y alcaldes de cada y Corte, y aquella humilde población recibiendo una lluvia de beneficios del Gobierno de Su Majestad, por medio de su hijo predilecto, de Canuto, o por mejor decir, de Don Canuto, o más propiamente dicho todavía, del Excelentísimo Señor Don Canuto Espárrago y Palomar.

Bien necesitaba Miralmar el empuje de aquel hombre nuevo. A pesar de la condición indolente de sus moradores, y tal vez por eso, unos cuantos se habían dado buenas mañas para acaparar la cosa pública y se iba de mal en peor, como de toda España decía el Penitenciario de Granada. En tiempos de Isabel II, Don Primitivo, que era un moderado de tomo y lomo, recordaba haber vivido como en una balsa de aceite. Las monedas de cinco duros corrían a granel y no se encontraba cambio de ellas, porque en todos los bolsillos entraban a puñados; los napoleones sólo valían diecinueve reales; en el Ayuntamiento eran concejales las personas más acomodadas y decentes; alcalde se nombraba a algún señor de campanillas; los pillos no se codeaban con los hombres de bien; los ladrones iban a Ceuta y los asesinos a la horca sin remisión, y si los moros

[258] El jurisconsulto sevillano Manuel Cortina (1802-1879), político liberal opuesto al absolutismo de Espartero, retirado de la vida pública desde 1847.

derribaban nuestro escudo, hacíamos una gloriosa guerra de África, acuchillándolos hasta echarlos de Tetuán,[259] y si se nos tosía en América, mandábamos una escuadra, no importa si de barcos de hierro o de madera, pero sí con marinos de bronce, que bombardeaban el Callao en un periquete y apagaban los fuegos de los cañones enemigos a tres mil leguas de la patria.[260]

Después vino la gloriosa revolución de Septiembre,[261] y aquello fue una cena de negros. Cuatro ilusos formaron las juntas revolucionarias; se nombraron gobernadores de las provincias a escribientes y matachines. En Miralmar fueron personajes notables uno llamado Pedro el Burro[262] y otro apodado *Gabrielucho*, que llevaban siempre gorras encarnadas y sables de milicianos nacionales; se declararon en cantón muchas ciudades; fue presidente de la República un filósofo huero,[263] que cuando el golpe de Estado[264] se encerró en un retrete para dejar pasar el chubasco, y que luego quiso recurrir contra las bayonetas al Tribunal Supremo de Justicia[265] Este mismo campanudo y hueco patricio deshonró nuestra bandera declarando piratas a los barcos revolucionarios que la paseaban por el mar, y alguno de los cuales llevaba aún las señales gloriosas del combate del Callao;[266] y en medio de tantos desastres, huyó el dinero, se perturbaron los negocios, se aumentaron las contribuciones y por poco se lo lleva todo la trampa. No pararon aquí los males. Hecha la Restauración, para meter cintura al país, entró con tan mal pie, que se formaron dos partidos: uno acaudillado por el Excelentísimo Señor Don Antonio Vitroque,[267] personaje infatuado y atento sólo a asegurar el Trono y a satisfacer

[259] Tras la batalla de Tetuán, en la que Prim alcanzó el campamento de Muley Abbas, se firmó la paz de Tetuán el 26 de abril de 1860.

[260] Casto Méndez Núñez (1824-1869) combatió, al mando de la fragata blindada *Numancia*, junto al almirante Pareja, contra chilenos y peruanos en la Guerra del Pacífico. Tras bombardear sin oposición el puerto de Valparaíso el 31 de marzo de 1866, ordenó bombardear los fuertes de El Callao en Perú, dotados de potente artillería el 2 de mayo de ese mismo año. La flota española, reforzada por la fragata *Almansa* y compuesta por una fragata blindada, cinco fragatas de hélice y una goleta de hélice, logró desmantelar los fuertes sin que los buques sufriesen grandes averías.

[261] A la Revolución de septiembre de 1868 dedica Ledesma el capítulo IV, "Pedro el Burro" de *El Libro de los recuerdos*, pp. 31-33.

[262] Leemos en el capítulo IV, "Pedro el Burro" de *El libro de los recuerdos*, p. 32: "Se trataba de un albañil muy bárbaro, muy tosco, cerril completamente y de fuerzas hercúleas que lo mismo que gritaba con voz estentórea "¡Viva la libertad!" hubiera gritado "¡Vivan las cadenas!"." En el capítulo II de *La Casa de la Fama*, Ramón Ledesma Miranda, sobrino de Ledesma, lo caracteriza como "gitano esquilador, encuartero de oficio y coplero de afición" e informa de que a sus órdenes militaban "Gorrilla" y "Gasparico".

[263] Nicolás Salmerón fue presidente de la I República desde el 18 de julio al 7 de septiembre de 1873.

[264] El general Manuel Pavía (1827-1895) ordenó disolver el Parlamento el 3 de enero de 1874.

[265] Salmerón presentó al día siguiente del golpe del general Pavía la denuncia contra el mismo ante el Tribunal Supremo de Justicia, pero éste le contestó aceptando los hechos consumados.

[266] Sobre el decreto de 20 de julio de 1873, que consideraba piratas a las fragatas *Almansa, Victoria, Méndez Núñez* y al vapor *Fernando el Católico*, escribe Fernando Fernández Bastarreche en *Nicolás Salmerón y Alonso*, Almería, 1975, pp. 76-77: "creo que esta medida fue excesiva, entre otras razones por lo que para el quebrantado prestigio de la República podía significar fuera de las fronteras nacionales. El decreto no es sino el explícito reconocimiento por parte del Gobierno de su incapacidad para dominar una situación de la que, en cierto modo, era causante".

[267] Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897). Para la negativa caracterización del político conservador, véase el capítulo XXIV, "La vil política" de *El Libro de los recuerdos* (Almería, 1997, pp. 121-122).

su personal orgullo, y otro regido por Don Mateo Tirabeque,[268] antiguo miliciano de los de morrión, hombre listo, pero sin cultura, que no había leído en su vida más que chismorreos políticos de periódicos, que siempre amenazaba caer del lado de la libertad para que le dieran la breva del Presupuesto, que no creía en Dios ni en los derechos individuales, y que se granjeaba el aprecio de Palacio con sus marrullerías.

Estos dos hombres funestos habían formado cada cual en torno suyo un ejército de ambiciosos, de mayor y menor cuantía, y organizado un turno de *quítate tú para que me ponga* yo, y viceversa, con sus respectivas mesnadas. Plana mayor de ministros, plana menor de subsecretarios, directores generales, gobernadores y empleados de alta categoría ocupaban los casilleros preferentes de cada grupo. Luego venía otra ristra de caciques,[269] uno para cada provincia y algunos que tocaban a dos o tres; adjunto a ellos figuraba el encasillado[270] de diputados y senadores respectivos de cada situación, incluyendo en él los nombres de los de oposición convenidos de antemano y casi inamovibles; y con toda esta red y la Gaceta y los empleos y el gobernador de cada provincia a las órdenes del cacique respectivo y cada cacique al habla con el ministro de la Gobernación y éste con el presidente del Consejo, España quedó sometida *a fortiori* a una era feliz de mangoneo de los yernos, primos y parientes, allegados y favorecidos de Vitroque y Tirabeque, alternando pacíficamente en el disfrute de los Presupuestos.

Este sistema repercutía en Miralmar. Allí el cacique puesto por Tirabeque era el padre del zahareño Paco: un hombrecillo desgreñado, tosco, sin ilustración ninguna, de la más baja estofa de los políticos del país; pero atrevido como pocos, que era lo que servía a Tirabeque para sus planes.

Baltasar, como le llamaban los que le conocieron en su humilde condición de mandadero, Don Baltasar, como le decían los que o no se acordaban o no querían acordarse de su pobre origen; el Excelentísimo Señor Don Baltasar, como debía llamársele al fin por su Gran Cruz, se había hecho rico en la política, sirviendo de correveidile entre personajes influyentes de la Corte. Allí fue a dar con sus zancas y se

---

Pocas veces se halla en la obra de Ledesma algún reconocimiento a la labor política del gaditano. En el capítulo inédito de *El Libro de los recuerdos* titulado "¡Qué conflicto!" lo elogia por haber sabido superar con la ayuda de Castelar y Sagasta el duro trance que para el país supuso la muerte de Alfonso XII; y entre los poemas inéditos del escritor, se encuentra un respetuoso soneto titulado *A la muerte de Cánovas*.

[268] Práxedes Mateo Sagasta (1825-1903). El apellido coincide con el del lego ayudante de *Fray Gerundio*, el popular fraile que daba nombre a la famosa revista de Modesto Lafuente. Ledesma da una semblanza muy negativa del político liberal, a quien consideraba culpable, junto con Cánovas, de la pérdida de las colonias en el capítulo XXIV, "La vil política" de *El Libro de los recuerdos* (Almería, 1997, pp. 122-123).

[269] El cacique, no necesariamente rico ni terrateniente, posee una clientela de miembros de todos los estados sociales entre los que reparte sus favores a cambio de sumisión política. Su fuerza se asienta en su predominio personal, el arraigo en su medio geográfico y sus funciones de intermediario con el poder. Es el puente necesario que une al jefe local y al gobernador durante las elecciones. En su artículo "La política en tiempos del Desastre" del volumen *Más se perdió en Cuba*, Juan Pro Ruiz niega que tal figura sea vista hoy como una perversión moral exclusiva de la España de la Restauración. Se la ve, en cambio, como "un mediador necesario entre las comunidades locales y el poder central en la época del estado-nación, un mediador cuya fuerza procedería de las debilidades de la Administración pública" (p. 189).

[270] *encasillado*: la colocación en su casilla correspondiente –asignación de un distrito- de los candidatos ministeriales que acudirían a las elecciones. Ledesma estuvo a punto de ser elegido diputado por Almería en 1883 gracias a este sistema de la mano de Segismundo Moret; pero el ministerio Posada Herrera cambió súbitamente los encasillados frustrando esta posibilidad. Véase el cap. XXVI, "El plato de lentejas", pp. 131-134, de *El Libro de los recuerdos*.

las ingenió de modo que, de uno en otro, logró llegar a la casa del mismo Don Mateo Tirabeque, quien le hizo diputado y cacique y amo de Miralmar.[271]

Esto es lo que no podía resistir Don Primitivo: la intrusión en los altos puestos de gentes que no tenían conquistadores de villas en sus árboles genealógicos, ni más árboles que las higueras de los caminos. Eso era la invasión de la canalla, el desbordamiento de la Inclusa sobre los pergaminos. Un mandadero mandando en Miralmar representaba el mundo vuelto del revés.

De todo ello se hablaba en la tertulia del ex droguero; de que Baltasar (pues allí no se le daba tratamiento) había puestos nuevos concejales; de que había hecho riza[272] de empleados; de que había traído un juez de su devoción y un fiscal hechura suya; de que el gobernador era también su misma persona; de que ya había completado a su gusto la Sala de Magistrados para el juicio oral[273] recién establecido; de que Tirabeque le había escrito una carta de su puño y letra, felicitándole por las elecciones municipales: en suma, de que no se movía sin su soplo la hoja de ningún árbol de la provincia.

Pero Don Primitivo, que rabiaba y pateaba viéndose postergado con sus amigos, porque no había querido transigir con el mandadero, lo fiaba todo al empuje de Canuto, que de seguro derribaría aquello de un soplo y haría volver las cosas a su cauce.

Para eso le enviaba también a la Corte: para explicar a Tirabeque aquel desbarajuste; para amenazarle, si era preciso, con un escándalo en el Congreso sobre los fondos municipales repartidos en Miralmar como pan bendito, los fantásticos arreglos de calles en que no se daba golpe, las escandalosas expropiaciones que no llegaban ni en la mitad a los expropiados, y aquella corrompida administración en que desaparecían de la Casa del Pueblo hasta las alfombras y los sillones curules.[274]

Canuto estaba bien penetrado de todo ello. Veía a su ciudad natal y su provincia

---

[271] Para crear el personaje del cacique Baltasar, Ledesma se inspira en Sebastián Pérez García (1855-1900). J. Ángel Tapia Garrido, en *Almería hombre a hombre*, Almería, 1979, p. 194, señala que en 1891salió elegido diputado; "fue jefe de los liberales almerienses, y de simple peatón de correos supo elevarse por su talento, siendo secretario del Marqués de Almanzora, y más tarde el amigo predilecto de Navarro Rodrigo", el político alicantino, que fue elegido diputado por Almería en 1878 y en 1886. Pérez García salió elegido senador en diversas ocasiones, por ejemplo en 1895 y 1898.

[272] *había hecho riza*: humorísticamente, había causado un gran destrozo y mortandad entre ellos.

[273] *juicio oral*: el que se fundamenta en las declaraciones verbales de las partes. Los principios de oralidad y de escritura del procedimiento se han sucedido a través de la historia. En el Derecho Romano clásico y en el germánico predominó el principio de oralidad. Con el Derecho Canónico, y especialmente a partir del papa Inocencio III (Decretal de 1216) se consiguió el principio de la escritura (*quod non est in actis non est in mundo*). Desde el Antiguo Régimen el juicio se convierte en corolario del sumario, sometido éste al principio de oralidad. En el ensayo *Los problemas de España* (1898), cap. VI, "Régimen jurídico. Gracia y Justicia. Reformas", pp. 69-70, leemos: "y no es que yo viva tampoco enamorado de la justicia histórica en materia criminal; pues en el juicio oral y público ante el Tribunal de derecho cabían igualmente abusos terribles. Eso de que, con declarar hechos probados tal o cual, al antojo de la sala, se condene o se absuelva, es la mayor de las arbitrariedades; ése es el despotismo del poder judicial, sin responsabilidad ni cortapisa; y sin embargo, ése es el progreso que nuestros legisladores trajeron, suprimiendo el antiguo procedimiento escrito, donde siquiera siempre quedaban indelebles los datos que habían servido para el juicio y la sentencia."

[274] *sillones curules*: sillones de marfil en que se sentaban los ediles romanos. Figuradamente, los que ocupan las personas que ejercen una elevada magistratura o dignidad.

toda sufrir el yugo insoportable de aquel hombre insignificante, inculto, que sabía mal leer y peor escribir. Notaba que los señorones de posición y merecimientos estaban arrinconados en sus casas; que la nobleza miralmarense fraternizaba con el pueblo, deseando sacudir aquella tiranía, y se poseyó plenamente de su papel de redentor.

Él lo arreglaría todo; pero no iría a que le llevasen maniatado de Anás a Caifás, ni a sufrir con mansedumbre azotes, amarrado a una columna, ni a que lo clavasen en una cruz coronado de espinas; que así no se redimiría jamás su país; sino a clamar alto y a pegar firme y a empuñar las disciplinas y a echar a latigazos a los mercaderes del templo de las leyes y de la política.

Doña Gertrudis era la única que no estaba conforme con esos planes. Hubiera preferido que su hijo no saliera más de su casa; bastante había rodado por esos mundos de Dios.

En cuanto a los horteras, aplaudían los quijotescos propósitos de Don Primitivo y de su vástago. Así, metiéndose a desfacedor de agravios y enderezador de entuertos, estaba éste en su papel de caballero andante del derecho y era también más fácil que acabaran con él los yangüeses, y que no llegase a tener empleo la mejora de tercio y quinto.

Barbas tristes, taciturno cada vez más con el desengaño de Susana, pensaba al propio tiempo marchar a Madrid a hacer oposiciones; ya que los enfermos de Miralmar estaban acaparados por cuatro mediquillos parlanchines. De modo que, aprovechando esa circunstancia, se convino en que Canuto y el antiguo dómine tomarían un piso juntos. Don Primitivo anticiparía los gastos y así vivirían decorosamente en la Corte el abogado y el galeno; lo que daba más importancia a Canuto, porque tendría, como una persona real, médico de cámara que le mirase la lengua todos los días.

CAPÍTULO II

El templo de Themis[275]

Puestos de un salto en Madrid (pues sólo tardaron abogado y médico dos días en diligencias y carros de violín[276] desde Miralmar a Murcia, y allí tomaron el tren hasta la Corte), se instalaron en un pisito de la calle de Fuencarral, que tenía derecha e izquierda, y en que podían vivir próximos e independientes.

Barbas tristes puso en su departamento un modestísimo inmobiliario de alquiler, colocando detrás de los cristales de un estante la calavera y demás piezas anatómicas que empaquetó en Granada, y Canuto se hizo adornar su despacho con cortinajes, mesa ministro, librería y una escribanía de plata, regalo de su padre.

---

[275] Temis, diosa del orden y la Justicia, hija de Urano (el Cielo) y Gea (la Tierra). El templo de Temis es el Palacio de Justicia, aquí las Salesas Reales de Madrid.

[276] *carros de violín*: el violín es parte del atalaje en los carros de la Mancha, que consta de una vara y varias correas y que sirve como de yugo sobre las colleras de las dos caballerías de lanza.

Los dos departamentos tenían una puerta de comunicación interior, y así podían verse ex-dómine y ex-discípulo, usar un mismo comedor y servirse de la misma cocina, y de un criado que les limpiaba los trajes, hacía los recados y embetunaba las botas.

No había que perder tiempo. El joven letrado llevaba todo un arsenal de armas bien templadas y escogidas para acometer las varias empresas a que estaba predestinado. Una obra empezada sobre derecho penal, artículos diversos sobre materias de su profesión, planes de discursos que pronunciaría en academias y sociedades, poesías a granel de todos géneros, especialmente amatorias, capítulos de una novela por terminar, un drama recién salido del horno de su imaginación, y además de ello, lo que aconsejaba Sancho a su amo que no olvidase para emprender sus correrías: ¡dineros y camisas limpias![277]

Lo primero que le hizo pensar un poco fue por dónde empezaría su campaña, si por la Literatura, por el Foro o por la Política. No sabía qué convendría antes, si distinguirse como escritor o como abogado de renombre, o entrar de lleno como político de alto coturno; pero puesto que el mundo estaba más necesitado de justicia que de letras y él aspiraba a hacer más el bien ajeno que el propio, creyó mejor comenzar por la abogacía, que al fin constituía su estado civil y su más seria preparación. Al día siguiente apareció, pues, en la puerta de su piso de Fuencarral, segundo derecha, una placa de porcelana con letras de esmalte, ya preparada *ad hoc*, que decía: "Canuto Espárrago y Palomar. Abogado. Consultas de una a cuatro".

Mas como nadie resultase en quince días y oyese que los pleitos y causas hay que ir a buscarlos a las Salesas,[278] allá se dirigió una mañana bastante cruda para ver si topaba con el primer asunto, que había de ser como su bautismo de sangre en campaña...

Las Salesas son....las Salesas. Después de unos amplios corredores con altas puertas y diversas escaleras de subida, encontró Canuto el gran patrio central, cubierto de inmensas vidrieras, bajo las cuales, en más de cien mesas que llenaban aquel espacio, se agitaba un hormiguero de escribanos, procuradores, escribientes y demás ratones de la gran curia madrileña. Iban y venían con rollos de autos, papeles y documentos; se los pasaban unos a otros; firmaban o los dejaban encima de las mesas, y por medio de esos núcleos de urdidores de infolios se veían multitud de litigantes, unos pálidos de emoción, otros rojos de ira, unos esperando el santo advenimiento de algún proveído, otros inquietos y desmedrados.

Aquello era un aquelarre jurídico: el rumor de mil voces, unas bajas, otras altas formaba un ruido ensordecedor. En aquella fábrica de tantas ruedas y engranajes, se templaba o se torcía a capricho la espada de la justicia, y con su balanza tradicional se hacía, en las ocasiones, un peso de plaza de abastos.

Los abogados bajaban y subían, entraban, desaparecían, cuchicheaban o cruzaban, vestidos de sus togas, por escaleras y pasadizos, como negros fantasmas; y los magistrados, anunciados por los ujieres a su entrada y salida de Salas y graderías, semejaban inquisidores generales de aquellos autos de fe, preparados abajo para quemar a fuego lento la efigie de la ley.

---

[277] En realidad no es Sancho, sino el ventero quien recuerda al hidalgo la necesidad de que los caballeros andantes lleven consigo "dineros y camisas limpias" (*Quijote,* I-III).

[278] Palacio de Justicia desde los años del sexenio revolucionario, ubicado donde estuvo el Monasterio de las Salesas Reales.

A toda aquella gente era preciso meter en cintura y echar a los concusionarios[279] a latigazos de aquel templo de Themis, si se quería empezar por alguna parte la redención del derecho. Canuto se sintió sobrecogido y comprendió desde los primeros instantes que aquella máquina era demasiado fuerte para ser desmontada y que el que metiera los dedos en sus engranajes los sacaría destrozados.

Él sabía que allí se fraguaban las grandes infamias, a la sombra de los Tribunales: que de allí salían las familias arruinadas, los codiciosos repletos, los hombres de bien vejados y oprimidos y los criminales absueltos con pronunciamientos favorables. No sabía más que leer los gritos de angustia, las protestas nerviosas, las maldiciones y los insultos escritos con lápiz en aquellas paredes, donde no se encontraba sillar que no clamase, ni trozo de muro que no pregonara despojos y concusiones.[280]

¿Y allí era preciso ir a buscar negocios y luego pelear por sacarlos adelante? Seguramente que para conseguirlo sería forzoso formar en las bandas de aquellos milanos, de aquellos buitres togados, peste de la República, como les llamaba Heinecio.[281]

A la verdad, Canuto conocía de oídas y se explicaba ahora *de visu* todas aquellas plagas. Había estudiado Derecho con amor y consideraba como la más alta preeminencia el sacerdocio de la justicia, a que quería consagrarse; tenía una idea muy noble de su misión y no la cifraba en acaparar pleitos y causas, defender lo bueno y lo perverso, y labrarse un nombre y una fortuna con lágrimas de inocentes y honorarios de pícaros redomados. Imaginaba que un abogado debía ser un oráculo de la ley ante el que fueran a recibir las *responsa prudentium*,[282] como en la antigua Roma, las falanges de clientes para la rectificación de sus errores, depuración de sus derechos, repulsión de sus malas pasiones y venganzas, y pacificación de sus conciencias. El juez sólo debía intervenir en la profunda duda, en la diferente interpretación dada a la ley, no rebuscada por aquellos Catones[283] de la moral jurídica; y entonces la lucha de los litigantes no debía ser un duelo a muerte, una asechanza mutua por las encrucijadas del procedimiento, sino una elevada y leal discusión, concisa, solemne y además

---

[279] *concusionarios*: funcionarios públicos que realizan una exacción en provecho propio; que llevan a cabo cobros injustos o violentos.

[280] En el drama inédito de Ledesma *La justicia histórica* o *Don Justo*, dirigido contra los jueces corruptos, la doncella pregunta a Matías, ujier de una Chancillería: "¿De modo que es de aquí de donde salen los embargos, las ruinas de las familias, las condenas y las horcas?" Y Matías le responde: "De aquí. Claro que muchos criminales llevan su merecido, que algunos que tienen razón ganan sus pleitos, pero ¡cuántos inocentes sufren persecuciones! ¡cuántos a pesar de su derecho son expoliados! Esos patios y corredores están llenos de letreros trágicos trazados por manos convulsivas con gritos de furor y desesperación. Cada piedra clama contra una injusticia".

[281] Ledesma llamará a Salomón en *La nueva salida del valeroso caballero don Quijote de la Mancha* (Almería, 1905) "buitre togado, peste de la moral y de la gramática, Judas Iscariote, capaz de vender a su patria por treinta dineros, con tal de que éstos tengan la efigie de su República".

[282] *responsa prudentium*: en los *iura populi Romani*, las fuentes finales del derecho romano en la época del *magister iuris* Gayo (mediados del siglo II) eran: "leges, plebiscito, senatus consulta, constituciones principium, edicta magistratuum, *responsa prudentium*."

[283] Por Marco Porcio Catón (-234 a -149), llamado *Catón el Viejo*.

económica.

Ir con todo eso a las Salesas Reales era querer que los galeotos cargasen con sus cadenas, olvidando sus correrías y manejos, y que se presentaran como correctos caballeros ante Dulcinea del Toboso. Canuto lo veía de cerca cuando entró en uno de los patios y escuchó el perorar sin tino de los abogados taravillas;[284] cuando se aproximó a aquellas mesas y vio el diligenciar sin término en aquellos rollos de autos; cuando se enteró de las interioridades de aquella casa, que necesitaba un 89[285] para ser derribada como otra Bastilla, y cuando oyó las proposiciones de enjuagues que le hicieron escribientillos y corchetes.

¡Ah no! Él no participaría con asco de aquella manera de practicar la *raigada virtud* de que hablaban *Las Partidas*.[286] Sin duda en Grecia y Roma, en el Areópago y en el Foro no habían existido aquellas nubes de ministriles, aquellas bandas de aves de bajo vuelo que ahora anidaban en todos los departamentos del antiguo convento de aristocráticas reclusas.[287] Dijérase que eran los del gran patio millares de murciélagos atortolados por la luz, dado aletazos y carreras y arremolinándose entre las mesas y papeles, y los de la galería de arriba mochuelos y búhos, apoderados de los mechinales y prodigiosamente reproducidos en aquellos claustros antiguos. Y todos revoloteaban por delante del altar de la justicia, chupaban el aceite de sus lámparas y dejaban el ara en tinieblas, hasta el extremo de acercarse medrosos los que tenían que encomendarse a esa diosa para impetrar el auxilio de su brazo.

No; hacía falta otro Hernán Cortés que entrase espada en mano en ese templo y espantara a los monstruos, reptiles y aves de mal agüero, que se llegase por todo el mundo ante aquel altar sin espanto, sin tener que atravesar ríos de tinta, leguas de papel de oficio, ni montañas de actuaciones.

Pero Canuto, que reflexionaba en todo esto recorriendo patios y galerías, salas de justicia y oficinas de toda clase, no acertaba a resolver de qué modo él, con su título tan virgen como la espada de un cadete, iba a suprimir esos ríos de tinta y esos montes de papel sellado y a espantar a aquellas nubes de lechuzas que se chupaban el aceite del templo, ni cómo podría entrar allí haciendo de Hernán Cortés liberador.

Cuando en esas meditaciones andaba, acertó a pasar un caballero alto, de bigote y perilla entrecanosos y nariz aguileña, a quien había conocido en el tren en su viaje de Murcia a Madrid, y como ya aquél sabía que el joven era abogado y que iba a la Corte con grandes aspiraciones, paróse a saludarle, esperando sin duda llamarse a la parte[288]

---

[284] *taravillas*: que hablan mucho, deprisa y sin orden ni concierto.

[285] Por 1789, año en que comienza la Revolución francesa.

[286] *Partida* III, libro primero, ley primera: "Justicia es una de las cosas porque mejor y más enderezadamente se mantiene el mundo y es así como fuente onde manan todos los derechos (…) *raigada virtud* es la justicia, según dixeron los antiguos sabios, que dura siempre en las voluntades de los ombres justos y da y comprende a cada uno su derecho igualmente."

[287] El antiguo monasterio de las Salesas Reales fue fundado para la educación de niñas nobles por la reina doña Bárbara de Braganza, mujer de Fernando VI.

[288] *llamarse a la parte*: reclamar intervención o participación.

en los grandes asuntos que el nuevo Pacheco[289] llevaría a las Salesas. Era el tal un curial, pero no obstante ser hombre ducho en la pesca de clientes y de ojo perspicaz para descubrir los filones, equivocóse por aquella vez creyendo que Canuto llevaba la defensa de alguna rica herencia o de alguna familia adinerada de su pueblo. No quiso dejar de acompañarle hasta que le enseñó los últimos rincones de aquella casa, y para mejor hablar de negocios convidóle a almorzar y le llevó a su domicilio en una lujosa berlina que, tirada por dos hermosos caballos andaluces, tenía a la puerta.

La vivienda del curial estaba sin duda dispuesta siempre para aquellas sorpresas, porque todo lo halló en su punto Canuto: desde el lacayo que levantaba a su paso el cortinaje hasta el comedor amplio y elegante, con sillones de cuero, manteles flamantes y almuerzo suculento.

Antes habían estado en los despachos de Don Martín, que así se llamaba el curial, y todo allí era admirable y confortable. En un amplio salón entarimado de *parquet*, rodeado de estanterías y con mucha luz, trabajaban quince o veinte escribientes en una porción de rollos, parecidos a los del patio de las Salesas; después había una pequeña Secretaría, donde el oficial mayor de aquellas dependencias, en su buen sillón de baqueta y ante una rica mesa de nogal, tomaba apuntes en unos libros y extendía minutas; y luego estaba el despacho de Don Martín, muy cómodo, con lujosa chimenea inglesa, con mesa escritorio y librería de palo santo, y mil objetos de arte, panoplias, canapés y butacas de terciopelo verde.

En un instante, mientras Canuto pasaba revista a todo esto, el oficial mayor llevó a la firma de Don Martín más de veinte minutas o cuentas juradas,[290] y le habría traído una balumba de actuaciones y diligencias y escritos, si no le hubiese advertido aquél que tenía un convidado a quien atender.

Don Martín era... un procurador:[291] una de las ruedas inútiles de aquella máquina formidable de los Tribunales mirada por Canuto con ojeriza; ganaba sólo en llevar y traer papeles, por la mano de sus oficiales, de siete a ocho mil duros al año; poseía muchas fincas y aquellas veinte relaciones juradas, rubricadas por su mano en un momento, ascendían a más haber que el de un ministro de la Corona.

Canuto tuvo una indigestión sólo al pensar que había almorzado grasa de litigante, carne humana asada a la parrilla de la ley, solomillos de demandantes y demandados; todo servido a la perfección por dos criados de frac y corbata blanca.

Don Martín le presentó a su señora y a sus dos hijas, la mayor de ellas casadera; le puso al tanto de los altos asuntos de la Corte, y como quedaran prendados todos del joven provinciano, no se le dejó de dar a entender, con gran habilidad, cuán provechosa podría ser la sociedad de un procurador acreditado como Don Martín y de un letrado tan elocuente, fascinador y distinguido.

---

[289] Joaquín Francisco y Gutiérrez Calderón (1808-1865), político moderado autor de *Comentario a las leyes de la desvinculación* (1845) y *El Código penal concordado y comentado* (1848-1849).

[290] *cuentas juradas*: las que por privilegio procesal pueden presentar a los clientes los procuradores y a éstos los abogados y auxiliares de la Justicia.

[291] *procurador*: persona que, con la necesaria habilitación legal, ejerce ante los tribunales la representación de cada interesado en un juicio.

Aurelia, la hija mayor, habría entrado también en esa sociedad, constituyendo una especial de gananciales con Canuto. Sólo al verle le fue ya simpático. Su padre le había hablado del viaje hecho con aquel joven y de su verbosidad y talento. Únicamente le desagradaba aquel nombre de pila tan extravagante, "Canuto", y aquel apellido tan poco sociable, "Espárrago", que provocaría las burlas de sus amigas.

Pero Canuto, con su *Espárrago* nobilísimo por apellido y sus proyectos regeneradores, y la imagen de Angelita, que seguía ocupando su corazón, pensaba de otra manera, y volvió aquel día a su casa pesaroso de su encuentro, peleando mentalmente contra las tentaciones seductoras de aquel almuerzo cuasi antropofágico y de aquellas conversaciones amables; y excogitando inútilmente medios de combatir aquel demonio de curia explotadora que había encontrado ocupando el templo de Themis, y que urdía bajos sus arcadas las inmensas telas de araña de que hablaba aquel sabio griego, en que los litigantes pobres y débiles quedaban presos como moscas, y que atravesaban sin dificultad los grandes pajarracos.

CAPÍTULO III

El hombre de la piqueta

Barbas tristes, que dormía en una alcoba contigua a la de Canuto, se despertó sobresaltado a eso de la una de la madrugada y se arrojó de la cama en paños menores, porque oyó gritar y suspirar fuerte a su ex-discípulo y compañero. ¡No! ¡no!, decía Canuto, con esta piqueta me basta; dejadme derribar!

El sabio y filantrópico legista había tenido un sueño, una especie de pesadilla, que contó después a su bondadoso Esculapio.[292]

-He soñado una cosa bien rara, le dijo. En vez de ser yo hombre de ley, era un pobre jornalero que debía ganar mi pan trabajando. Con mi piqueta al hombro corrí campos y aldeas y llegué a una ciudad inmensa de casas destartaladas, calles tortuosas, barrios antiguos y murallones altos que la asfixiaban. Allí miles de seres humanos se revolcaban en la miseria o en una riqueza aparente; pues las fiebres y todos los males que acarrea la falta de higiene pública aumentaban la mortalidad de un modo alarmante. Al hallarme dentro y ver aquellas viciosas y hacinadas construcciones y los daños y epidemias del vecindario, no pensé ya en mí, sino en el bien de los demás, y me propuse realizarlo. Allí lo que había que hacer era derribar manzanas de casas viejas, abrir calles tiradas a cordel, romper ante todo los antiguos murallones inservibles, que impedían el desarrollo de aquella población... ¡Para eso era yo albañil y llevaba al hombro una piqueta! Comencé a picar el muro de un callejón y salieron unas meretrices que en él anidaban, apostrofándome y clamando auxilio. Mudé de sitio para mi faena; me apliqué a derribar una esquina que era escogida para muladar mefítico, y los dueños de la casa se asomaron a los balcones gritando y arrojándome piedras y tiestos. La emprendí con el paredón de un convento, que estrechaba y hacía malsana una calle, y las monjas tocaron a rebato, como si el demonio les derribara su nido. Fui a dar unos golpes a un viejo cuartel y sonaron las trompetas, cual si el enemigo lo minase. Quise en fin desmoronar algo de las murallas, y llegó el Comandante general, y sus ayudantes y unos cuantos soldados, y me prendieron y maniataron, como a un delincuente o como a un loco. Y por eso yo gritaba, explicando mis propósitos, que eran altos y benéficos, no criminales,

[292] Asclepio, dios de la Medicina griega. Hijo de Apolo y de la ninfa Coronis.

y que nadie quería secundar ni comprender en aquel pueblo maldito.[293]

Barbas tristes, que sabía la impresión que había causado a Canuto su visita de la víspera a las Salesas, explicó el ensueño con su afectuosa persuasiva de siempre. Querido Canuto, le dijo: ese albañil demoledor, con la piqueta al hombro, entrando por esa ciudad infecta y tratando él solo de derribar manzanas de casas, abrir calles a cordel, destruir murallas y sanear ambientes es el mismo visionario legista que, con su título en ristre, entrando por las Salesas Reales ayer, pretendía desinfectar aquella ciudad del Diablo levantada en medio de la Corte, por contraposición a la Ciudad de Dios de San Agustín.[294] De igual modo que al obrero de la piqueta le apostrofaron y golpearon y maniataron como a criminal, sin tener en cuenta sus nobles intentos, te insultarían, perseguirían y atarían al fin de pies y manos si tratases de romper esa vieja máquina de la justicia allá montada, y que bien o mal funciona y constituye una serie de intereses engranados que, al ser combatidos, se pondrían contra ti de uñas. Deja, pues, las cosas estar. Si la ciudad a donde vas a trabajar es infecta, escoge el sitio más ventilado y la vivienda más higiénica, y sin dejar de ayudar al mejoramiento de la *urbs*, no te empeñes tú solo en ser el que todo lo realice; porque no una, sino muchas piquetas juntas y acordes son necesarias para ensanchar una sola calle y aun para reformar una sola casa; a más de que nada consigue la piqueta que derriba, si detrás no va el material bien labrado, la mezcla bien acondicionada y el hábil palustre que levantan la nueva obra.

Comprendo, continuaba el sesudo ex-dómine, que te hayan sublevado esos ríos de tinta y esas cordilleras de papel de oficio que has encontrado delante del templo de la ley, y tanta lechuza siniestra como has visto revolotear por sus mechinales y antes sus propias aras; pero procura no ser lechuza tú, ni aumentar con copiosos afluentes esos ríos, ni echar sobre la verdad nuevas losas de papel sellado, y satisfecha tu conciencia por haber remediado el mal en lo que de ti dependa, no te pedirá mayores esfuerzo. Loco sería el médico, loco me consideraría yo, si tratase de redimir a la naturaleza humana de la enfermedad y de la muerte; me limitaré a curar, si puedo, al enfermo que se me presente, y habré contribuido a disminuir las víctimas, aunque sea en mínima parte. Haz tú lo mismo; saca adelante el derecho de los que se amparan a tu patrocinio, y habrás disminuido el número de las injusticias humanas; que si tienes fe en tu ciencia como yo en la mía, cada cual por nuestro lado podemos curar muchos males individuales, aunque no suprimamos el mal en sí, que viene de la culpa, de la caída y de la flaca condición del hombre.

Como el aceite dicen que suaviza y calma las olas agitadas, así las observaciones filosófico-morales de Barbas tristes sosegaron el ánimo de Canuto. Tenía aquél mucha razón; lo que procedía no era desarraigar vicios vetustos; sí más bien no contaminarse de ellos y luchar por la justicia en cada caso particular que se le ofreciera, contribuyendo con ello al general mejoramiento. Ésta era una redención chica, no la grande soñada por él; pero más accesible a sus medios y más positivamente realizable.

Canuto pudo bien pronto emplear sus facultades en esta labor; porque, casi

---

[293] En el apartado "La próxima revolución" de *Palabras de un rebelde* de Kropotkin leemos: "La *piqueta* de la crítica desmorona a grandes golpes toda la herencia de mentiras que nos habían legado como verdades indiscutibles; filosofía, ciencias naturales, moral, historia, arte, nada resistirá al espíritu demoledor" gritan alarmados los conservadores".

[294] San Agustín (354-430) contrapone en *De civitate Dei* (413-426) la Ciudad Terrenal, la de quienes se aman a sí mismos hasta el deprecio de Dios, y la Ciudad de Dios, la de quienes aman a Dios hasta el desprecio de sí mismo.

simultáneamente y como llovidos del cielo, entraron tres asuntos en su despacho para que los examinase y defendiera. Era el primero un recurso de casación en el pleito célebre de la condesita de Granada con un opulento marqués de la Corte. Eduardito le escribía sobre ello, le recordaba que en aquel litigio se ventilaba la fortuna de su amada María Josefa, y le ponía al tanto de sus relaciones con ésta, ya consentidas por la madre de la joven, que, achacosa y prendada de la constancia y buenas condiciones del chico y convencida del amor de su hija, no quería seguir contrariándola. El otro pleito era un asunto administrativo que Don Primitivo encargaba a su hijo sobre unas aguas que Baltasar, el cacique de Miralmar, le había distraído y quitado, dejándole su mejor finca de secano. Y el tercer asunto, que le envió el procurador Don Martín en cambio de los poderes de aquellos dos negocios, era una causa criminal contra un descamisado, por robo; *un hueso*, como decían en las Salesas.

Grande fue la alegría y a la vez grandes las perplejidades de Canuto ante estos tres casos de patología jurídica. Empezó midiendo sus responsabilidades de defensor; comprendió prácticamente la altura de su misión, teniendo la fortuna ajena y aun la propia, y la libertad de un semejante pendientes de su acierto, de su competencia y de su habilidad profesional.

Sí, seguiría las máximas de Barbas tristes. Sacaría triunfante el derecho de sus defendidos, si lo tenían, y si carecían de él los rechazaría, aunque se tratara de su propio padre.

Canuto estudió en primer término el asunto administrativo, para eliminarlo desde luego si no era de justicia; pero vaya si lo era y mucho; como que Baltasar, el rey chico de Miralmar,[295] prevalido de su mando, había cortado por su nacimiento un caudal subterráneo de agua y lo había alumbrado para sí, para su especulación industrial, dejando en seco la fuente de la finca de Don Primitivo. La Ley de Aguas estaba clara, como debía estarlo tratándose de aguas claras, naturalmente; pero al alcalde del pueblo primero y el gobernador de la provincia después lo habían visto turbio, habían quitado la razón a Don Primitivo y decretado que el cacique obró perfectamente, y se recurría al ministro para que hiciera justicia.

¡Al ministro! Fue preciso fundamentar el recurso de alzada,[296] que, dicho en verdad, resultó un primor de estilo, de erudición jurídica y de dialéctica. Por algo Canuto cultivaba a la vez que el Derecho la bella Literatura y había aprendido con el dómine todos aquellos silogismos en bárbara y celarent[297] y entimemas, epiqueremas y cornutas, con que pulverizaba al gobernador y creía obligar a su Excelencia a dictar una Real Orden revocatoria. Don Primitivo al leer el pedimento de su vástago lloró de gozo; no lo creía a tanta altura; aquello era una obra maestra, y lo imprimió y repartió por Miralmar, creyendo dar así un golpe de muerte al caciquismo de todos los Baltasares del mundo. Hasta suponía que el ministro, al leer tan notable documento, llamaría a Canuto, le estrecharía entre sus brazos y se lo llevaría enseguida a su Secretaría particular para hacerle entrar en la política. Aquél era para el Baltasar de Miralmar el *Mane, Tecel*

[295] Por Boabdil *El Chico*, último rey de la dinastía nazarí de Granada (1482-92), que entregó Granada a los Reyes Católicos el 2 de enero de 1492.

[296] *recurso de alzada*: recurso de apelación en lo gubernativo.

[297] Pedro Hispano en *Summulae logicales* ideó versos eufónicos para los 24 silogismos aristotélicos: "Barbara, Celarent, Darii, Ferioque / Cesare, Camestres, Festino, Baroco secundae; ….".

Fares de su homónimo de Babilonia.[298]

Canuto sintió curiosidad por conocer al ministro del rango, aunque no fuese sino de vista. Cuando le vio una tarde en su elegante carruaje en la Castellana, muy estirado y seriote, le pareció una gran persona, un espíritu recto, incapaz de torcer la justicia administrativa que le tenía solicitada. Tentado estuvo de arrepentirse de sus malos pensamientos sobre la administración de la justicia en España, aunque, a ser franco, sólo se referían a la otra, a la de las Salesas, no a aquella pura, serena e intachable de los Ministerios. Alguna vez, para informarse del asunto, fue al de Fomento, y no pudo menos de quedar prendando de la afabilidad de aquellos oficinistas, del buen orden y calma octaviana que reinaba allí; como que de aquel centro partían las medidas beneficiosas y fecundas que el país necesitaba.

No se hizo esperar la Real Orden ansiada por Canuto. El procurador Don Martín se la trasmitió con un volante, y después de muchos Resultandos y Considerandos decía: "Su Majestad el Rey (Q. D. G.)[299] se ha servido desestimar el recurso de alzada, confirmando el decreto del Gobernador". Canuto miraba el papel atónito. Así, de un coletazo y en nombre del Rey, escudándose con su augusta persona, se despojaba a su padre de un capital para dárselo a Baltasar. Y eso lo hacía aquel señor tan estirado, tan tieso, que parecía haberse tragado la vara de la justicia. Y para eso todo aquel expediente y aquellos oficiales y directores generales. Todo un ejército administrativo, con su artillería, caballería, infantería y estado mayor y sus entorchados en la bocamanga de los generales, para amorrar el trabuco en pleno camino al pasajero y aliviarle del peso de la bolsa. Canuto enloqueció de ira; recordó su sueño de la piqueta, y de buena gana la hubiera empleado en derribar piedra a piedra aquel Ministerio. Así la hormiga pisoteada, alguna vez, viendo deshecho su granero por la malvada planta del hombre, se revuelve contra él inútilmente y con la tenacita de su pico abierto quisiera triturarlo; mientras aquél sigue su camino sin hacer caso. La misma tarde en que se firmó la Real Orden, el ministro salió de paseo en su *landeau*,[300] meditando el discurso que había de pronunciar sobre reforma y mejoramiento de la Ley de Aguas y protección del arbolado en la agricultura. No hubo más remedio que entablar la vía contencioso-administrativa. Demanda, contestación, réplica, dúplica, pruebas, incidentes, todo esto aguardaba en el Consejo de Estado. Un año, dos, tres y recetas[301] de Don Martín cada trimestre, y entretanto la finca de Don Primitivo seguiría sin gota de agua, secándose los frutales mientras Baltasar se chupaba el manantial y lo desviaba a placer para negociarlo con una compañía extranjera. Canuto no se atrevió a escribir a su padre aquel desastre, aquella forzosa y larga peregrinación por lo contencioso, y aquella segura ruina del predio, en el ínterin se ventilaba el litis;[302] pero no hizo falta; los trompeteros del cacique se encargaron de pregonarlo, y Don Primitivo, convencido de la realidad, estuvo en cama con un ataque de bilis, que por poco le cuesta el pellejo.

---

[298] Según el *Libro de Daniel*, 5, una mano misteriosa escribió en las paredes del palacio del rey Baltasar, el hijo de Nabucodonosor estas palabras, anunciándole el fin de su reino.

[299] Q. D. G.: *Que Dios Guarde.*

[300] *landeau*: landó, coche de cuatro ruedas, tirado por caballos, con capotas delantera y trasera, para poder usarlo descubierto o cerrado.

[301] *recetas:* entre contadores, relación de partidas que se pasa de una contaduría a otra para que por ella se pueda tomar la cuenta al asentista o arrendador.

[302] *el litis*: el pleito judicial.

En cuanto a Canuto, no dejaba de ver en sueños casi todas las noches a un hombre de blusa que, encaramado en un andamio, descargaba fuertes golpes de piqueta sobre el edificio del Ministerio de Fomento.

CAPÍTULO IV

La maza de Salomón

Mientras esto sucedía no descuidó en medio de sus profundas emociones el joven letrado los otros dos negocios de su despacho: el recurso de casación y la causa de las Salesas.

El caso de la señora condesa del Salado era sumamente curioso; inspiraba esa curiosidad profesional que producen en patología las enfermedades raras; pero que no hace maldita la gracia al paciente.

Los abuelos de la condesa habían comprado hacía muchos años unas extensas fincas, con pacto *de retro,* esto es, para devolverlas al vendedor cuando éste reintegrase el precio. No se cayó en fijar plazo para ello, ni se puso en la escritura; pero habían pasado veinte, y cuarenta, y cincuenta años y el precio no fue devuelto y los condes del Salado, considerando ya suyos los predios, habían hecho notables mejoras, convertido en regadíos los secanos, creado huertas, viñedos y olivares; en suma, centuplicado el valor de aquellas llanuras antes infructíferas.

Al cabo de este tiempo, cuando la fortuna de la señora condesa del Salado estaba condensada en esas posesiones, se vio sorprendida con una requerimiento notarial, a nombre del marqués de Lúcar, que, habiendo comprado el derecho del retro a los descendientes de los primitivos dueños de las fincas, por consejo del abogado Salomón, comparecía a reintegrar el precio de la venta y a pedir se le retrovendiese el caudal.

No hubo de qué y empezó la cuestión. El marqués alegaba la ley del contrato: no se fijó plazo para la retroventa; luego en cualquier tiempo podía reclamarse devolviendo el dinero. La condesa alegaba la prescripción: la propiedad no puede estar indecisa por los siglos de los siglos; las acciones personales prescriben a los veinte años y el dominio, aun no habiendo justo título, se prescribe a los treinta; habían pasado cincuenta, luego la acción de retroventa había prescrito y los condes del Salado habían hecho suyas las fincas, amén de haberlas creado ellos; porque ya eran huertas y arbolados y regadíos y no secanos estériles.

La condesa había ganado el pleito en primera estancia; el marqués lo había ganado en la Audiencia; un juez dijo que sí; cinco magistrados que no; y ahora se recurría al Tribunal Supremo, cuyo fallo sería qué sé yo; porque aún no se había promulgado el Código civil; había sólo una sentencia dictada por el respetable Tribunal sobre esta materia, y en ella se decía que la acción del retro del vendedor prescribía a los veinte años; pero el marqués alegaba que una golondrina no hace verano, ni una sentencia formaba jurisprudencia.

Canuto puso en este pleito mayor interés si cabe que en el de su padre. Una infamia era quitar a éste el agua, pero al menos le dejaban la finca; cuando aquí el aprovechado marqués de Lúcar se lo llevaba todo: la fortuna entera de aquella

condesita, tan interesante, sencilla y bondadosa, novia de su amigo del alma, a quien quería como a un hermano.

Era forzoso sacar adelante el derecho de aquella familia, sorprendida en la más oscura encrucijada de la ley, y Canuto revolvió cuando existía dispuesto sobre ventas a carta de gracia,[303] se hizo un escrito admirable sobre los motivos de casación de la sentencia. Verdad que la ley de Partida no fijaba término para recuperar la cosa vendida en esas condiciones; pero ahí estaba la ley de Toro, que él había lidiado y relidiado tantas veces, y que señalaba los veinte años para la prescripción de la acción personal; ahí estaba la otra ley de aquel mismo Código del Rey Sabio sobre la prescripción de las cosas inmuebles, aun sin título, por treinta años; ahí estaba el principio de derecho de que nadie debe enriquecerse en perjuicio de otro; ahí estaba la sentencia del Supremo, a que llamaba el marqués *golondrina única*, y así amontonaba citas, comentadas con viva y contundente dialéctica, el defensor de la condesa del Salado.

A Eduardito le gustó sobremanera el recurso, que corrió de mano en mano por los bufetes de Granada, cimentando la reputación del novel letrado, y la condesa, enferma a fuerza de disgustos y gastos en los siete años de pleito, sintió un rayo de consuelo y esperanza y bendijo el día en que apareció Eduardito por su casa, como un doctrino,[304] con la pulsera de María Josefa, y se conocieron y amaron los dos jóvenes; pues ello le había dado ocasión de encargar el pleito a su amigo Canuto.

Realmente, el licenciado Espárrago no desconfiaba de la justicia y rectitud del Tribunal Supremo. Sabía que era lo único sano que había en España; pero no tenía confianza en la claridad de nuestras leyes, que entre Partidas, Toros y Recopilaciones formaban un fárrago contradictorio, incoherente y difícil. Tampoco confiaba en la amplitud de facultades del más alto Tribunal de la Nación; pues la ley de procedimientos le ataba de tal suerte, que muchas veces no podía entrar en el fondo de los asuntos, ni en su moral mucho menos, sino decir si tal o ley jurisprudencia se había infringido y si tal o cual forma de tramitación se había quebrantado. Ahí, en eso también había que reformar y derribar mucho en España; pero por el momento tenía que circunscribirse al derecho constituido.

El recurso fue admitido y llegó el día de la vista para casar o no la sentencia. Salomón, el gran Salomón, el consejero del marqués, era el abogado contrario de la recurrente. Aquel hombre, que había escrito un artículo sobre "La Justicia"[305] erizado de metafísicas krausistas, del cual no se sacaba nada en claro, acudía alto y severo a remachar con su enfática oratoria la sentencia favorable al marqués de Lúcar; porque una cosa era ser demócrata y reformador y combatir en teoría los principios del Derecho Romano sobre la propiedad y otra fundarse precisamente en ellos para trasmutar a manos del rico marqués las fincas de aquella pobre señora, atracada en la callejuela de la Ley, y cobrar así pingües honorarios.

A los pasillos y sala de abogados del Supremo había acudido multitud de gente togada e intogada, y sobre todo la que siempre seguía a Salomón y se encargaba de enviar a los periódicos las reseñas de sus informes, de sus discursos, de sus viajes y

[303] *carta de gracia*: pacto de retroventa.

[304] *doctrino*: persona de aspecto y modales tímidos y apocados.

[305] Ledesma parece aludir a la revista *La Justicia*, que dirigió Salmerón.

hasta de sus menores gestos y movimientos.

Canuto hizo un informe sensacional. Allí no había más que dos criterios posibles: uno vetusto, rancio, anticuado, de los primitivos tiempos del Derecho Romano, que desconocían la prescripción; el que un derecho no se pierde por el no uso y una propiedad *pro domino suo clamat* [306] eternamente; y el otro de los tiempos clásicos del mismo Derecho Romano, cuando merced al pretor se establecieron las excepciones temporales, transmitidas al derecho civil español: el de que los derechos mueren por el no ejercicio continuado de ellos, y la propiedad se prescribe por la posesión con justo título y buena fe. ¿Cómo pretender que un derecho *de retro* se diferenciara de los demás de nuestra legislación y tuviese el privilegio divino de la inmortalidad? ¿Cómo volver a aquella idea anacrónica de la propiedad romana de las Doce Tablas, no atemperada aún por la equidad? ¿Cómo decir que hasta la consumación de los siglos habría de perdurar aquella acción para retraer las fincas litigadas, puesto que extenderla a cincuenta y más años era igual que llevarla a cincuenta y más siglos? ¿Y cómo suponer inmóvil durante ellos los predios que, con otros cultivos, roturaciones y trabajos, venían a ser nuevos en cada generación? La sentencia que desposeía a la condesa de los bienes de sus padres y abuelos y los daba a un comprador de un derecho antiguo, no ejercitado jamás y extinguido por ende, era injusta y digna de casación ante la ley y ante la moral más acrisolada.

Salomón, con los ojos puestos en el cielo, como solía, contestó con uno de sus sofísticos y aplastantes discursos. No entraba en discusiones filosóficas sobre la propiedad; no era aquél el sitio oportuno; pero en su concepto jurídico veía una extensión de la persona; y decir que todo derecho se extinguía por el no uso equivalía a sostener que por el no uso nos debían ser amputados nuestros brazos cuando los mantenemos inactivos y nuestros pies cuando no los movemos. No; una cosa es el uso del derecho y otra el derecho en sí. Éste subsiste; los mismos romanos le declaraban eterno, adherido a la persona, mientras ella de él no se desprendía; y si bien la prescripción se introdujo contra ciertos derechos, por la equidad y el bien público, donde no había ley que ordenara que un derecho quedase extinguido, tenía que considerársele subsistente; y allí la ley de Partida no fijaba plazo para recuperar las fincas vendidas a retro, y este plazo, siendo indefinido, aún no era el día llegado del ejercicio de la facultad de retraer, que estaba vivo y potente. Si los condes del salado habían mejorado las fincas, también habían percibido sus pingües rentas. Hora era de restablecer el orden jurídico perturbado devolviendo a sus legítimos dueños y al legítimo adquirente de sus acciones.

Salomón, al decir de sus parciales, había hecho una catedral. Claro, como tal Salomón, su discurso fue un templo;[307] y aunque todos admiraron la facundia, la dialéctica y el empuje del nuevo jurisperito, le declararon apabullado bajo aquella maza de Fraga.[308]

A los doce días justos se dictó la sentencia de no haber lugar a casar ni anular la de la Sala de Granada, y el propio Don Martín, poniendo la cara triste, fue a llevar la

---

[306] Ledesma aplica aquí las palabras de un conocido aforismo jurídico: "*Ubicumque sit res, pro domino suo clamat":* Donde se está bien, ahí está la patria.

[307] Por el Templo del rey Salomón en Jerusalén.

[308] *maza de Fraga*: máquina para clavar estacas, martinete. Figuradamente, persona que tiene gran autoridad en todo lo que dice.

copia a Canuto. El Supremo declaró que cuando se no se ha señalado plazo para ejercitar la acción de retroventa se entiende que puede hacerse en cualquier tiempo, y por consiguiente que sea el tiempo que quiera, si el vendedor devuelve el precio, el comprador está obligado a retrovender la finca.

Quedaba, pues, solo a la condesa otro pleito que seguir: el de reclamar las mejoras. Otros siete años y otros miles de duros de gastos; pero por el momento la pobre señora enfermó gravemente al saber la noticia de su ruina, y Canuto tomaba el cielo con las manos, pensando en la condesita despojada, en Eduardito consternado, en la maza de Salomón, y en su mala estrella.

En vano trataba ya de calmarle Barbas tristes. Esa regeneración parcial, esa lucha en detall[309] contra el mal y la injusticia humana era precaria y casi siempre infructuosa. Cuando no salía un cacique con poderosas recomendaciones, venía un personaje influyente; cuando un error o una omisión de la ley no amparaban a un pícaro, encontraba a un sabio que le prestase su más hermoso discurso para sacar adelante sus picardías; y en cada caso aislado pesaban sobre el hombre de ley generoso, defensor de lo justo, todas las tramas y ardides y resortes y sofismas de la injusticia entronizada en el mundo.

Era preciso ir a la fuente del mal, a la raíz, como se hace con el cáncer, cuando se quiere extirparlo. Allí iría Canuto, sin andarse por las ramas; pero antes tenía que reivindicar su buen nombre de abogado, comprometido con aquellos dos fracasos, y como jugador que acude al tapete verde por tercera vez para que salga su carta, así volvió Canuto a las Salesas, con toda la bilis revuelta en el cuerpo cuando fue señalada la vista de la causa por robo, en que defendía al procesado.

Éste era un albañil, un jornalero de blusa. Por una obsesión extraña, Canuto, desde que le vio, pensó en el hombre de la piqueta, con quien había soñado tantas veces. Aquella silueta flaca, alta, subida al andamio, derribando piedra a piedra el Ministerio de Fomento a la última luz del crepúsculo, tenía un semblante parecido a aquel reo del banquillo cuando se levantó en el juicio oral a declarar.

-¿Se confiesa usted autor del delito de que se le acusa?, preguntó el presidente. No señor, contestó el interpelado; yo no soy autor de ningún delito. ¿No rompió usted un cristal del escaparate del *restaurant* de *La Estrella* en la noche de autos? Sí señor. ¿No sacó usted de allí un trozo de carne fiambre que estaba puesto en un plato? Sí señor. ¿Por qué lo hizo usted? Porque mi mujer y mis hijos se morían de hambre aquella noche. ¿Tiene usted cómplices? Como no lo sean ellos, nadie más. Siéntese usted.

El fiscal claveteó muy bien la acusación: el crimen estaba probado. Aquel hombre que negaba el delito confesaba el acto que lo constituía y su participación como autor. Imbuido quizás por ideas socialistas, enemigas declaradas del respeto debido a la propiedad, había robado aquel manjar causando un daño incalculable al dueño del establecimiento, porque no había podido servirlo como plato predilecto a tres bolsistas, constantes parroquianos del *restaurant*, que lo habían apetecido. Cuando fue a llevarlo encontró el sitio y el agujero del cristal por donde desapareció. Robo con violencia y nocturnidad; ése era el crimen; la pena imponible seis años y diez meses de presidio mayor.

---

[309] *en detall*: *al detalle*, referido a la forma de comprar y de vender, al por menor o en pequeña cantidad.

¡Ah! ¡Cómo hubiera deseado Canuto poseer la maza de Salomón para aplastar a aquel representante de la ley! Pero Salomón no estaba allí con su maza, porque aquella causa era *un hueso*, y gustaba más de descargarla sobre buenas mollas. En cambio, la ley, tan descuidada en proteger la propiedad de la condesa del Salado, tenía en aquel acto su más celoso representante para defender de oficio al dueño del *restaurant* y las aficiones gastronómicas de sus parroquianos, los bolsistas.

Aquellos era irritante, y Canuto hizo un discurso lleno de fuego, comparando la pobre familia obrera, muerta de hambre en aquella noche de invierno, aquel padre desesperado cayéndose también por las calles de Madrid, sin alimento ni abrigo, y aquel horrendo crimen de romper el descarado cristal y llevar un trozo de carne a los hambrientos hijos con la opípara cena de los bolsistas, interrumpida por un plato menos, por un accidente de aquel calibre, que tuvo que escandalizar las conciencias de aquellos caballeros de lujosas moradas, de familias ahítas, de hermosos trenes y de anchas tragaderas, que explotaban en la bolsa un falso rumor y salían en un instante con los bolsillos llenos de billetes de a mil pesetas. ¡Robo! ¿A qué se llamaba *robo*? ¿A quedarse con lo ajeno con violencia o intimidación? Pues si violencia era romper un cristal, intimidación era asustar al poseedor de títulos de la deuda con una falsa noticia y hacerle cederlos con menor valor del justo y embolsarse las diferencias; y nadie perseguía a aquellos caballeros de los gabanes de pieles repletos de aquellos despojos, y para el obrero de la blusilla de algodón que llevaba un trozo de carne a su hogar, siete años de presidio mayor! ¡Decididamente, eso no podía seguir así!

El presidente atajó dos o tres veces al letrado en su catilinaria, advirtiéndole que se concretase a la defensa. Aquellas ideas arrojadas en la Sala de justicia eran llamaradas que parecían prender fuego a las paredes. El público que asistía al juicio se componía en su mayor parte de obreros, que aplaudieron y hubo que despejar. Canuto tuvo que refrenarse pensando en la suerte de su patrocinado; pero aun dentro de las mallas de un Código ultra-conservador que protege más la propiedad en su viejo concepto que la honra y la persona de los ciudadanos, pues castiga los delitos contra aquélla con más saña, encontró argumentos para pedir la absolución del obrero sin recurrir a sensiblerías.

¿Qué? ¿No estaba en ese mismo Código como circunstancia eximente el obrar violentado por una fuerza irresistible? ¿Qué mayor fuerza que la del hambre, que lleva a veces a canibalismo? El hombre que roba alimentos por hambre está exento de responsabilidad. ¿Ese mismo cuerpo legal no dice también que se exime de pena el que obra impulsado por miedo insuperable de un mal igual o mayor? ¿Qué más insuperable miedo que el de ver morir de inanición a su mujer e hijos, y cómo no considerar superior este mal al de quitar un trozo de carne de un escaparate? En fin, según ese mismo Código, ¿no está exento de responsabilidad el que para evitar un mal ejecuta un hecho que produce daño en la propiedad ajena si el mal es real y efectivo y es mayor que el causado para evitarlo, y no halla otro medio práctico y menos perjudicial de impedirlo? Pues todas esas condiciones concurrían en el caso de autos, y el obrero debía ser absuelto. Tenía tres circunstancias eximentes.

Los magistrados se miraban estupefactos por la nueva aplicación legal de aquellos preceptos, por la dialéctica de Canuto y por el desbarajuste social que preveían si se sentaban esas jurisprudencias. El letrado fue seguido al salir de las Salesas por multitud de obreros y gentes del pueblo, que le ovacionaron de continuo. Se escabulló como pudo, tomó un coche y escapó a su casa. Por esta vez creía poder triunfar sin necesidad de la maza de Salomón.

Barbas tristes le esperaba para el almuerzo. Canuto dejó dicho que le llevaran incontinenti la sentencia. Se habló del caso; aquél movía la cabeza en sentido de duda: No lo harán los del margen,[310] decía; el que ha comido y cenado el día anterior y se ha desayunado para ir al Tribunal no se explica bien esas fuerzas irresistibles, esos miedos insuperables, esos males del hambre mayores que el de la rotura de un cristal y el hurto de una vianda. Canuto porfiaba. La sentencia llegó; se abrió el pliego con afán. El Tribunal había sido indulgente; imponía nada más que tres años y ocho meses de presidio correccional; el grado medio, en su menor cantidad de pena. A Canuto se le cayó el tenedor de las manos y maquinalmente empuñó el cuchillo.[311]

CAPÍTULO V

El árbol del mal

La prensa se ocupó con elogio del informe de Canuto. Lo consideraba un triunfo forense; pero el novel letrado no se conformaba con ese viejo modo de interpretar las cosas. Sus ideas altruistas se habían afirmado y no buscaba su propia vanidad, sino la realidad del bien social, teniendo por derrota toda lucha en que no había podido salvar la justicia.

Recibió felicitaciones de muchas sociedades obreras, socialistas las más, anarquistas algunas, pero tampoco se envaneció. Él no era un sectario, ni un revolucionario, ni un enemigo de la autoridad y de la ley. Veía los males, los errores, los vicios y los convencionalismos sociales y hubiera querido poder reformarlo todo, con ideas de orden y de pureza. De ahí a destruir la propiedad privada en absoluto, a instaurar el exagerado comunismo, a suprimir todo el capital y su obra económica y aun a los grupos de obreros libres regidos por el caótico imperio de sus necesidades e impulsos había una distancia inconmensurable que aún no podía salvar.

Pero cada vez se convencía más de que el sacrificio y el trabajo y la lucha eran inútiles acudiendo a cada caso particular, cuando el mal venía de un estado general antijurídico en que la sociedad española vivía y se agitaba. Había que acudir allí donde puede lucharse contra las falsas organizaciones; donde pueden enmendarse las erróneas leyes; donde pueden denunciarse los brutales atropellos; donde se puede hablar a la conciencia de todo el país y producir un movimiento de opinión que sacudiese el agua estancada, que arrastrase los detritus, que derribara, si era preciso, con muchas piquetas a la vez, los muros viejos y malsanos, y trazase las nuevas vías higiénicas, y alzase los nuevos foros y templos y altares de Themis, con pórticos abiertos al sol.

Eso era una obra parlamentaria. Había que entrar en la casa de los leones de bronce, con la representación de un distrito, con la investidura del diputado, pero sin los

---

[310] *los del margen*: los jueces.

[311] En el apartado "A los jóvenes" de *Palabras de un rebelde*, Kropotkin menciona un caso judicial que bien pudo inspirar el presente que recoge Ledesma: "un hombre que vagaba alrededor de una carnicería robó un pedazo de carne; la gente corrió tras él gritando: "¡Al ladrón!". Se le detuvo e interrogó, averiguándose que era un artesano sin trabajo, que hacía cuatro días que no habían comido ni él ni su familia. Pidiósele al carnicero que lo dejase en libertad; pero éste era partidario (para los demás) del cumplimiento de la justicia, y el hambriento fue sentenciado a seis meses de prisión. ¿No se sublevará la conciencia contra una ley y una sociedad que pronuncia todos los días semejantes infames juicios?".

compromisos del cacique y del ministro, ni aun de la minoría amasada y convenida; con la independencia del hombre justo, y de allí, desde los rojos escaños, alzar la voz, como un severo censor, y llevar a la barra[312] a cuanto debiera comparecer tras ella: ministros concusionarios, organismos podridos, leyes absurdas, instituciones caducas, todo un régimen falso y gastado.

Canuto recordaba un cuento que oyó en si niñez: el cuento del árbol del mal. Había un jardín magnífico, pero todos los frutos se pudrían y todas las fuentes se emponzoñaban, y sólo reptiles y alimañas inmundas podían vivir en sus frondas. Vino un jardinero y dijo: "Esto no tiene remedio; el mal está en todo; no se puede luchar contra el mal". Llegó otro jardinero y propuso que se cortaran todos aquellos árboles, que se cegaran todas aquellas fuentes, que se transportara tierra, que se hiciese de nuevo el jardín. Los dueños no se atrevieron a tanto; porque para eso valía más abandonarlo y adquirir otro. Se llamó a un tercer jardinero y éste examinó los árboles que no tenían enfermedad y las fuentes cuyos manantiales eran sanos, y declaró que el mal debía de estar en un solo foco, y que allí era preciso extirparlo. Continuó su examen y dio con un árbol grande, de largas ramas y sombras y de raíces hondísimas, pero cuyos frutos nacían ya con gusanos y cuyas hojas despedían miasmas deletéreos. "Éste es el origen del mal, dijo; esto es lo que corrompe todo lo demás"; y cortó el árbol y arrancó sus raíces y las quemó, y desde entonces el jardín fue fructífero y cultivable y las fuentes saludables y las alimañas desaparecieron.

-¿Por qué, decía hablando con Barbas tristes, no hemos de buscar en este jardín de la patria española el árbol del mal y cortarlo y quemarlo y sanear así frondas y fuentes? No hay que desesperar como el primer jardinero; ni querer talarlo todo como el segundo; ni tampoco es camino inmediato ni práctico ir planta por planta y fruto por fruto tratando de darles la salud que no pueden tener existiendo el foco de infección. Hagamos lo que el tercer jardinero y la redención deseada es ya posible.

-Querido, contestaba Barbas tristes con su cachazuda filosofía; ese árbol del mal que tú intentas buscar para aplicarle el hacha es el mismo árbol del Paraíso que perdió el género humano; es la caja de Pandora de que salieron todos los infortunios;[313] el mal está en la libertad y la flaqueza de los hombres, y en las seducciones de las pasiones y los apetitos, que esparció la serpiente sobre la tierra. Tú quieres suprimir las tentaciones y concupiscencias y esto vale tanto como suprimir al Diablo. De qué te serviría ir a esa tribuna parlamentaria, clamar contra los vicios de nuestra sociedad política, proponer reformas de organismos y de leyes, si el corazón humano quedaba sin reformar? Con cualesquiera leyes y sin ningunas la sociedad marcharía por el camino del bien y de la virtud si los hombres fueran espíritus angélicos. Son hombres, y como decía el poeta latino: *nada humano es ajeno a ellos*.[314] Obremos individualmente el bien; prediquémoslo con la palabra y con el ejemplo, y no nos metamos a redentores de la sociedad, ni pretendamos derribar a hachazos en una sola pieza el árbol de todas las

---

[312] *llevar a la barra*: llevar ante la justicia. Por la barandilla que en la sala de sesiones de un tribunal separa a los acusados del lugar destinado al público.

[313] Zeus, buscando vengarse de Prometeo y de los hombres, por los que aquél robó el fuego divino, creó con ayuda de los demás dioses a la hermosa Pandora, a la que el hermano de Prometeo, Epimeteo, tomó por esposa. Epimeteo tenía un cofre, que prohibió tocar a su mujer. Sin embargo ésta, curiosa, lo abrió y todos los males del género humanos se extendieron por el mundo.

[314] El poeta latino es Terencio: "Homo sum: humani nihil a me alienum puto" (*Eautontinouromenos*, V, 77).

perversidades humanas.

Canuto no se convenció y escribió a su padre sus planes inmediatos. Necesitaba entrar en la política; con la abogacía a secas no adelantaría una pulgada; allí en la Corte le tomarían el pelo en cada negocio, y la justicia se vería oscurecida en cada caso por los errores, las malevolencias y la acción de los poderosos. Miralmar seguiría también bajo la férula de una dominación irritante y entonces, ¿para qué había nacido él, ni qué altos destinos eran los que se le auguraron?

Don Primitivo aprobó el proyecto, porque tales eran sus dorados sueños; y Canuto, como aquellos caballeros andantes que al llegar a una encrucijada quedaban suspensos sin saber qué senda elegir, se detuvo un poco a considerar a quién iría a referir sus propósitos para que le ayudara en ellos; si a monárquicos o a republicanos, si a Vitroque o a Tirabeque, jefes de los dos partidos turnantes, o al gran Salomón, el de la maza, siempre amenazante sobre la monarquía.

Primero fue a casa de Vitroque. Conocía su afición a las obras raras, y como tarjeta de introducción le llevó de regalo un ejemplar muy estimable de la Crónica del obispo Orbaneja, que aquél deseaba poseer y sobre el que había escrito a Miralmar. Canuto fue recibido con mucha consideración. Además, entonces Vitroque no mandaba, tenía más tiempo de sobra, y conversaron sobre asuntos políticos de la provincia y sobre los planes del novel aspirante a diputado. Vitroque declaró en redondo que nada podía hacer: tenía su partido allí, su jefe local, su casillero para los diputados de la comarca; éstos estaban convenidos para cuando él mandase, y de ellos determinados los dos únicos que de oposición debían salir, y allí no había hueco para nadie más, ni en el resto de España tampoco; porque todo andaba distribuido lo mismo. El buen orden de gobierno así lo exigía. *Noli me tangere*.[315] Se quedó, pues, Canuto sin su Crónica de Orbaneja y se volvió a su casa desahuciado por el monstruoso Vitroque, en cuyas altas miras había concebido algunas esperanzas.

Lo que no sabía era cómo introducirse con Tirabeque. Con éste no había Orbanejas que valieran, porque le estorbaba lo negro. Con su barbilla cana, que se rascaba como un mico, con sus ojillos vivos de rata vieja, con su cuerpo flexible de garduña, Tirabeque estaba sentado a lo zorro en su silloncillo, y en una silla de al lado hacía sentar y oía, un minuto a lo más, a todos los que se metían a tomar audiencia. No había más medio que colarse en su casa, con la turbamulta de funcionarios altos y bajos, diputados, senadores y pretendientes bien trajeados, y a eso se resolvió Canuto, aunque le costase gran repugnancia. Estaba Tirabeque en el poder y las elecciones generales se hallaban próximas y su casa con tal motivo era un jubileo. De sala a sala se guardaba turno, y para entrar en el gabinetillo último, donde estaba el presidente, había que ir en fila, como para tomar las aguas de un balneario o los billetes de un tren. Caballero había que se llevaba la merienda en el bolsillo para esperar a pie firme su turno sin temor a algún vahído. ¡Cuántos envidiaban la suerte del criado que pasaba por delante de todos con la tacita de caldo, y al que Tirabeque dirigía una sonrisa afectuosa!

Canuto estuvo en la primera sala una hora esperando y ya iba a marcharse cuando llegó Don Martín, el procurador. Iba a lo mismo, a hablar al presidente de asuntos de su distrito; porque Don Martín, además de fincas y coches y casa lujosa y pingües ganancias, tenía lo que pocos mortales: distrito. ¿Cómo no, si era uno de los

[315] "No me toques". Frase latinizada (*Biblia Vulgata*) que según San Juan Evangelista (San Juan, 20, 11) dijo Cristo a María Magdalena poco después de su resurrección.

procuradores del partido de Tirabeque? Un partido no podía existir sin procurador; porque siempre había mil cosas que reclamaban su atención en los tribunales. Había que formular querellas por delitos electorales que no se castigaban jamás; interponer contra jueces y magistrados antejuicios[316] que no cuajaban nunca; perseguir con papel de oficio a gobernadores enemigos, a quienes se les importaba de ello un ardite; y luego, en el poder, defender a la vez a gobernadores caciques y conculcadores del sufragio. Aquello era muy divertido: el querellante de la víspera era querellado al día siguiente; lo que se perseguía en la oposición sin éxito se hacía luego a mansalva mandando, y así ambos partidos turnantes se consolaban y resarcían y todo marchaba a la perfección.

Aquello lo había inventado Tirabeque y le había parecido de perlas a Vitroque. Había que mantener el ardor de los dos ejércitos beligerantes de la política, sin que hubiera bajas en ninguno de los dos campos; que ellos creyeran que disparaban con bala rasa y que el resultado fuese como si tirasen con pólvora sola. Evitar la efusión de sangre, ése fue el pensamiento fecundo de Tirabeque. Como medio, que allá arriba los dos jefes arreglaran toda batalla, como un simulacro, determinando los reductos que correspondía ocupar al partido mandante y los que el de oposición debía conservar a su vez, y luego fuego graneado por todos los cuatros costados y todas las picardías perdonadas.

Era mucho hombre Tirabeque para esos expedientes y esas altas cábalas. Cuando Vitroque resistía la implantación del sufragio universal, porque temía que la nación, dueña de sus destinos, llevase un núcleo de diputados fuera del encasillado oficial, que diese al traste con aquellas combinaciones, "No sea usted timorato; déjeme usted a mí; yo le prometo que con ese sufragio gobernaremos los dos más a gusto; ésa es la sombra del pavo que le damos al pueblo; pero el pavo es para nosotros". Y así fue efectivamente.

La inteligencia entre estos dos estadistas se robusteció desde entonces de modo extraordinario; el tacto de codos[317] fue admirable; llegaron a fijar la fecha precisa de cada caída y entrada de partido; la de las crisis totales y parciales. "Tú gobernarás ahora dos años, decía Tirabeque a Vitroque, y yo me haré el mortecino". "Cuidado, que ya me toca a mí", le repetía cuando se acercaba el plazo designado; y por entonces hacía Tirabeque como que despertaba, que se constituía en intérprete de los deseos del país, clamaba que Vitroque había fracasado y por Navidad precisamente le daban el pavo del presupuesto. Lo mismo hacía Vitroque a su vez, según explicaba a Canuto Don Martín. Aquello era un abono al poder a turno impar.

El árbol de la monarquía se sostenía así con estos cambios intermitentes; pero para mantener la cohesión y la organización militar de cada partido era preciso no sólo la tolerancia con el adversario, sino la carta blanca a los amigos para todas las concusiones y latrocinios. El cacique de cada provincia era, pues, más que el antiguo señor feudal; porque contra éste estaba la Corona, protectora entonces del pueblo, y ahora precisamente era al revés: que por medio de sus ministros, apoyaba al cacique en todos sus desafueros. Así que Don Martín no se asombraba de que Baltasar quitase el agua al predio del padre de Canuto, y aconsejaba a éste que le hiciese pasarse todos los

[316] *antejuicios*: trámites previos establecidos como garantía a favor de los jueces y magistrados, y en los que se decide si ha lugar o no a proceder criminalmente contra ellos por razón de su cargo.

[317] *tacto de codos*: en el lenguaje militar, expresión con que se denota la unión que debe haber entre uno y otro soldado para que estén en formación correcta.

días por el Registro de la Propiedad de Miralmar para inspeccionar si seguía siendo dueño de sus fincas y si continuaban o no inscritas a su nombre.

Canuto, con estas explicaciones, abría cada ojo como la Puerta del Sol y comenzaba a desconfiar también de su entrevista con Tirabeque. Desconfíe usted de medio a medio, decía Don Martín. Como no esté usted apuntado en un librillo viejo que lleva el presidente con los nombres de los diputados y senadores que han de salir por cada provincia, no cuente usted con acta. Y Canuto se quedaba atónito de que después de tanto pelear por la Constitución y por derechos individuales y de tanto pregonar Tirabeque el principio democrático del gobierno de la Nación por sí misma mediante el sufragio universal, sólo hubiesen de salir representantes del país los que Tirabeque tenía apuntados en su librico.

Eso era atroz, eso le parecía al novel legista más tiránico que el despotismo absoluto de nuestros reyes. Al menos, en aquel régimen de procuradores en Cortes las ciudades y villas nombraban libremente sus personeros,[318] y éstos se atrevían a negar los subsidios al rey; y si no cumplían el mandato de sus pueblos eran destituidos y arrastrados. Pero así, con el librillo por matriz de todas las actas, ¿en qué Parlamento no tendría mayoría complaciente Tirabeque? ¿qué leyes no le aprobarían? ¿qué dineros le regatearían, ni qué oposición sufriría, como no fuera la convenida, de pura comedia, con Vitroque? ¡Valiente manera de progresar como los cangrejos, en el sentido del *self-government*![319]

No se había equivocado Don Martín. Tirabeque desahució también a Canuto; dijo que en los partidos debía existir disciplina; que su ojo derecho en Miralmar era Baltasar; que ya le tenía designados los diputados y senadores que habían de elegirse y que si Canuto era un buen liberal debía obedecer, votar a esos candidatos y renunciar a sus pretensiones, que sólo introducirían perturbación en aquella balsa de aceite de la provincia.

-Balsa de aceite hirviendo, señor presidente, se atrevió a decir Canuto; porque en ella se fríe a todo un pueblo que suspira por su bienestar y que algún día volcará la sartén. Y lanzando una mirada de desprecio al liberal falsificado, árbitro de tantas actas y destinos, salió del gabinete.

Quedaba todavía un recurso: los partidos extremos no convenidos, las masas republicanas deseosas de romper aquellos convencionalismos. Había que acudir a sus jefes, explicarles el estado de Miralmar, pedirles auxilio en aquella lucha titánica contra el caciquismo de baja estofa. ¡Ah! pero el Pontífice máximo de esas agrupaciones, el más caracterizado oráculo de ellas era Salomón, el gran Salomón, el de la maza, y Canuto se sentía contrariado de tener que avistarse con él después de lo ocurrido, cuando aún estaban palpitantes sus víctimas, reciente la ruina de la condesa, fresca la tinta mojada en lágrimas de la carta de Eduardito.

Sin embargo, iría; era preciso cortar de raíz el árbol del mal, y no había de reparar si el hacha que se ofrecía a mano para herirlo había antes servido o no para picar carne humana.

---

[318] *personeros*: procuradores.

[319] Alusión a la obra de Gumersindo Azcárate *El self-government y la Monarquía doctrinaria* (1877).

CAPÍTULO VI

Los Tenebrudos

Salomón recibió a Canuto con toda pompa y solemnidad. Era aquel un hombre alto, moreno, algo encorvado como por el peso de graves ideas, con la frente despejada, la nariz aguileña, la barba negra entrecana, cortada en punta, las cejas arqueadas y espesas, los ojos salientes y el pelo erizado a modo de puerco espín. Hablaba con tono enfático, con acento algo afrancesado por sus largas excursiones transpirenaicas, y procuraba dar a sus palabras la gravedad y el tono sentencioso de los apotegmas. Aparentaba sencillez y modestia y era la soberbia personificada; quería pasar por un apóstol y era un sectario; por un filósofo y era un poseído; por un obrero de la inteligencia, demócrata y filántropo, y sus costumbres eran las de un buen burgués bien avenido con todos los desequilibrios sociales.

Su casa resultaba no ya cómoda, sino lujosa. Despachos confortables, ricamente alfombrados, comedor suntuoso, con grandes sillones y hermosa chimenea, a cuyo grato fuego se frotaba las manos, meditando en las altas cuestiones del mejoramiento de la clase obrera; mesa espléndidamente servida, a que no faltaba nunca media docena de amigos íntimos que comiesen con el oráculo y escucharan sus sentenciosas disertaciones, y en fin, tertulia agradable al amor de aquel templado salón en que se comentaban los sucesos políticos del día o se rendía adulación perpetua por los concurrentes a la persona de aquel Santón de la Puntilla[320] y a su invencible maza, con que trituraba en los Tribunales o en el Congreso o en las academias al que se ponía delante, aunque fuera el mismísimo Vitroque.

El fuerte de Salomón era la Filosofía; allí no había quien le pudiera. Era abogado *per accidens*,[321] porque la Metafísica no daba dinero en España, pero filósofo por esencia, porque él solo y algunos de sus iniciados poseían aquel profundo secreto de decir las cosas sin que nadie les entendiese. La palabra tenebrosa era la clave de todo su poder metafísico, y tal vez por eso les llamaron *Los Tenebrudos* a él y a todo su séquito y a los prosélitos de su escuela. Tres divinidades había que reconocer y venerar para entrar en aquella orden de la alta logomaquia, las tres que exigía Sócrates reconociera y adorase Estrepsíades en la comedia de Aristófanes:[322] el caos, las nubes y la lengua: el caos para sumergir el pensamiento en él, las nubes para envolver en ellas las ideas, las lengua para traducir el caos en nubes y convertir el discurso en un caos sorprendente.

Hablar como Dios y la gramática mandan era un signo de vulgaridad, que hacía a cualquiera indigno de pertenecer a la secta de *Los Tenebrudos*. Salomón descendía de su trípode para perorar alguna vez así ante los Tribunales, por temor de que no le

---

[320] El de *Santón de la Puntilla* es apodo denigrativo muy común en el siglo XIX. Lo usan, por ejemplo, los redactores asturianos del periódico político *La Saeta* (1894-1896) en su campaña contra los caciques de Cangas de Onís. En la sección "Saetazos" se habla de la reunión que protagonizan "Capina, Benito Labra el inválido, Juanón y el gastrónomo Santón de la Puntilla, con objeto de acordar la mejor manera de dar muerte a *La Saeta*".

[321] *per accidens*: por accidente. En *Nicolás Salmerón: retrato familiar*, Zéjel editores, Almería, 1988, p. 62, leemos: "la abogacía era, sin embargo, la única fobia de Salmerón: se hizo abogado de mala gana y cuando no pudo por menos, trabajaba siempre los pliegos con disgusto y costándole esfuerzos ímprobos".

[322] *Las Nubes* (-423).

entendieran y de perder el pleito; pero no dejaba de mezclar, aun entre sus más claras oraciones forenses, algún párrafo temeroso, algún concepto caótico; de poner en la limpidez de su palabra alguna nube tonante que dejara atónitos y confundidos a los oidores.

Hasta los criados de la casa estaban iniciados en los misterios de aquella palabra sibilítica para poder atender a sus mandatos. *El ser, el no ser, el yo, el no yo, lo inmanente, lo trascendente, lo que se da en mí condicionándome, el dualismo lógico, el ser uno y total que no puede relacionarse consigo mismo sino como idéntico, el imperativo categórico*[323] y otras frases por el estilo eran allí moneda corriente. *Tráeme ese no yo*, decía al *garçon*[324] que servía la mesa, señalándole el queso de *gruyer*, y el muchacho lo entendía y servía en el acto. *No tienes imperativo categórico*, exclamaba enfurecido contra la doméstica que rompía un plato de la vajilla. *Te falta lo inmanente*, decía regañando a su ayuda de cámara. En fin, cuando sus servidores cambiaban de amo, ya no comprendían el castellano ni los entendía nadie.

A la tertulia concurría la crema del racionalismo tenebroso y del republicanismo filosófico escuálido. Ascárides,[325] especie de lugarteniente de aquella cruzada contra la sintaxis; Gonzalo, el más psicológico de los discípulos;[326] Antón, el tenebrudo más melancólico; Demetrio, un naturalista ocupado en coleccionar almejas y que era en aquel centro la nota científica;[327] y entre varios náufragos del deshecho bajel de la República, el famélico Lope, subsecretario de la Presidencia *in illo tempore*,[328] soñador impertérrito de barricadas y gorros frigios, que le devolvieran el Edén perdido de su

---

[323] Kant resumió el principio de su ética formal kantiana en fórmulas como ésta: "Obra sólo según una máxima tal que hagas de la humanidad, tanto en tu persona como en la de los demás, un fin en sí misma, no un medio".

[324] *garçon*: en francés, muchacho.

[325] Ledesma alude al político republicano, economista, sociólogo e intelectual krausista Gumersindo Azcárate (1840-1917). Desde 1873 fue catedrático de Legislación Comparada de la Universidad Central. Con la Restauración fue desterrado a Cáceres, donde inició la redacción de *Minuta de un testamento*. Se incorporó a la Institución Libre de Enseñanza, de la que sería rector. En 1877 publicó *El self-government y la Monarquía doctrinaria*. En el capítulo XVII, "Castillo famoso…" de *El libro de los recuerdos*, p. 89, Ledesma afirma: "Azcárate era más docente que Moreno Nieto, pero menos genial, profundo en ciencias jurídicos, mas de palabra embrozada y poco atractiva".

[326] Ledesma alude al filósofo y político Urbano González Serrano (1848-1904), discípulo de Nicolás Salmerón, krausista y uno de los iniciadores de los estudios psicológicos en España. En el capítulo XVII, "Castillo famoso…" de *El libro de los recuerdos*, p. 89, escribe de él Ledesma: "Urbano González, discípulo de Salmerón, resultaba una pequeña edición del maestro. De rostro arábigo como él, cejijunto, otro krausista extraviado en la República de las Letras".

[327] Ledesma alude al biólogo cántabro Augusto González Linares (1845-1904). Como catedrático de Historia Natural en la Universidad de Santiago de Compostela (1872-1875) defendió las ideas evolucionistas. Tras ser separado de su cátedra por el decreto del ministro Orovio del 26 de febrero de 1875, fue profesor y primer secretario de la Institución Libre de Enseñanza (1876-1880). Impulsó el primer centro español de biología marina, la Estación Marítima de Zoología y Botánica experimentales (1886), que dirigiría hasta su muerte y cuyo fin era estudiar la flora y fauna de nuestras costas y mares adyacentes, para aplicar luego dichos conocimientos al desarrollo de las industrias marinas e incrementar las colecciones científicas de los museos y centros de enseñanza. En 1889 propuso al Ministerio de Fomento trasladar a Santander la Estación, como Estación de Biología Marítima. En 1901 ésta pasó a depender del Museo de Ciencias Naturales de Madrid.

[328] *in illo tempore*: en latín, en aquel tiempo. Se refiere Ledesma a la fugaz presidencia de la I República de Nicolás Salmerón en 1873.

edad paradisíaca.

Todos quemaban sus granos de mirra y aloe en el altar del Pontífice. Ascárides le reconocía superior en tenebrosidad y descoyuntamientos sintácticos; Gonzalo afirmaba que nadie ahondaba como aquel cerebro, donde parecía funcionar la barrena de un pozo artesiano; Antón le reverenciaba como a un derviche; Demetrio confesaba que valía más que sus famosas colecciones; Lope se le agarraba a los faldones, como a un profeta, y todos se asombraban de la gran obra de Salomón pensaba escribir sobre altos asuntos filosóficos, obra que tenía inédita allá en los rincones de su masa encefálica, y de la que sólo se sabía que, como suya, debía ser admirable. Era la única obra que había compuesto en su vida; la obra maestra de su genio.[329]

En el seno de aquella secta cayó Canuto como gallina en corral extraño. Desde sus primeras palabras notaron los contertulios que aquel joven hablaba en castellano, y esto les desilusionó. Creíanle un catecúmeno de la iglesia en que comulgaban, y era un mortal adocenado; solamente, a decir verdad, Salomón, que le había oído el brillante informe de marras, le dispensó su estima, aunque torciendo el gesto como quien dice: "Lástima de joven, no iniciado todavía en nuestros misteriosos de Eleusis".

Se habló de todo ante el fuego de la chimenea, que esparcía un calor blando en el comedor en aquella noche de nevada. La cuestión social fue el tema preferente. Salomón, acercándose más que nadie a la llama confortadora, declaró que la sociedad caminaba a una profunda modificación; que todo evolucionaba en ella desintegrándose: la autoridad, la propiedad y el Estado. ¡Qué grandes cosas se le ocurrieron sobre el proletariado, sobre el pauperismo y contra el egoísmo de la burguesía mientras echaba algún tronquito de encina a la hoguera que se amortiguaba! Indudablemente se discurría muy bien allí; podía decir a sus prosélitos lo que Napoleón al mariscal Ney[330] después de la campaña de Rusia, cuando se hallaba ante otra chimenea confortante en el palacio de las Tullerías: "¡Mariscal, aquí se está mejor que en Moscú!".

Lope asentía con significativos ademanes a aquella semisocialista conferencia. El proletariado necesitaba redención, sobre todo el proletariado de levita a que tenía la honra de pertenecer. El obrero, acostumbrado a todo, no sentía tanto el hambre y el frío; pero él, que había almorzado en el palacio de la Presidencia de la República y habitado sus cómodas estancias, no podía vivir con cafés y medias tostadas, ni andar por las calles de Madrid sin gabán de pieles.

Ascárides, que había cobrado una cuenta de más de doscientas mil pesetas en la

---

[329] En la novela inédita de Ledesma *Clarisa la boulevardière*, escrita hacia 1916, el abogado volverá a satirizar a Nicolás Salmerón en el personaje del filósofo Nicomedes: "Nicomedes creyó obligado escribir algo de filosofía para entretener las horas muertas. (…) El filósofo que no escribe es una gallina que no pone. ¿Por dónde se habría sabido que eran filósofos Kant, Schopenhauer y Spencer si no hubieran escrito las Críticas de la Razón, *El mundo como voluntad y como representación* y todo aquel promontorio de *Primeros principios, Principios de Biología, de Sociología*, etc. (…) ¡Por algo tenía él aversión a la palabra escrita! / Hablar era más cómodo y menos expuesto: *verba volant* y, sobre todo, en materias filosóficas convenía que las palabras volasen y desaparecieran en las garras implacables del examen y de la crítica."

[330] Michel Ney (1769-1855) Habiendo participado en la Revolución francesa y el Imperio napoleónico, fue comandante en 1799 del ejército del Rin y cinco años después recibió el título de mariscal. Por la victoria de Eckingen fue premiado con un ducado.. Fue ejecutado tras la batalla de Waterloo.

testamentaría de la duquesa de Santonja[331] por dejarla arruinada, adjudicándoles los huesos y piltrafas de la herencia, y dando lo más saneado y de valor a la otra heredera,[332] echaba su cuarto a espadas, clamando contra las desigualdades sociales y sosteniendo que no debía haber más que una sola clase: trabajadores, suprimiéndose el capital y sustituyéndolo con bonos de consumo.

Demetrio quería que la sociedad humana fuese como la de las almejas, para las que es común el agua del Océano, sin tener más propiedad que sus respectivas conchas. La tierra debía ser de todos, como es de aquellas el mar.

Canuto se atrevió también a emitir su opinión. El sistema de la propiedad romana estaba llamado a desaparecer. La propiedad era un medio, no un fin, y cuando no cumplía su misión de medio protector de las humanas necesidades, en el Estado residía el derecho eminente de la expropiación. No era enemigo de la propiedad individual, ni de la colectiva y social; ambas podían realizar sus fines armónicos; pero el *jus abutendi*[333] debía abrogarse para siempre y conceder la facultad de expropiar a los que pudiesen utilizar mejor esos medios de vida, contra los que no supiesen o no quisiesen aprovecharlos.

-Desechemos, decía, aquel absurdo principio de la legislación romana del poder omnímodo sobre nuestras cosas; reduzcamos las tierras, las máquinas y demás instrumentos de la producción a meros factores de los fines económicos del hombre y de la sociedad; expropiemos a quien no los emplee debidamente; establezcamos el impuesto progresivo, que merme en beneficio de la colectividad los exagerados *superávit* de los grandes capitalistas; restablezcamos aquella propiedad comunal que se abolió por los errores de un exagerado individualismo; fomentemos las asociaciones de trabajadores, para creación de talleres, fábricas y explotaciones rurales colectivas; y para desestancar la riqueza inmueble de las manos muertas de los burgueses ociosos, concedamos el derecho de desamortización a favor de aquellos individuos o colectividades que traten de hacer transformaciones fecundas agrícolas o industriales.

En fin, para mejorar al proletariado, reconózcase el derecho del obrero a la vida; no se castigue aquello que es, en circunstancias extraordinarias, su acción de defensa y conservación; protéjasele en la escuela con la enseñanza, en el taller con el seguro y la caja de ahorros, en el paro con la asistencia en la vejez y se extienda a la conquista del pavo trufado.

-Todo eso y más lo hará la República, decía el famélico Lope; sin olvidar por

---

[331] Alude Ledesma a la intervención de Gumersindo Azcárate en el pleito de Carmen Hernández, duquesa de Santoña, por la herencia de su esposo el marqués de Manzanedo. La granadina publicó el volumen *Expoliación escandalosa. Duquesa de Santoña. Historia del laudo dictado en la testamentaría del Excmo Sr. Duque de Santoña por los Sres Gamazo y Azcárate, y voto particular del Sr. Montero Ríos. Nulidades que contiene y desastrosos errores*, Imprenta F. Rojas, Madrid, 1884, 350 pp.

[332] Alusión a Josefa Luisa Manzanedo Intentas, segunda marquesa de Manzanedo. Hija natural del marqués de Manzanedo, legitimada por éste, llegó desde Cuba para reclamar la herencia de su padre, lo que consiguió. Ledesma defendió en sus pleitos a la duquesa de Santoña, compartiendo bufete con Eduardo Dato Iradier (1857-1921), futuro presidente de gobierno. Lograría finalmente obtener ciertas cantidades para sus herederas. Ledesma recuerda su relación con la duquesa de Santoña en *El Libro de los recuerdos*, cap. "La Duquesa", pp. 163-169.

[333] *jus abutendi*: derecho de abusar o poder de disposición. El derecho romano reconocía a todo propietario el *ius utendi, el jus fruendi* y el *ius abutendi*: el uso, el goce y la facultad de disponer .

supuesto a los proletarios de levita, que han menester mayor ayuda.

-Ya veremos, exclamaba profundamente Salomón, no queriendo comprometer su palabra para el triunfo en un orden de reformas quizás imprudentes. Hay que contar también con las clases conservadoras, agregaba para indicar que ya procuraría él encender una vela a Dios y otra al Diablo; y todo aquel grupo de republicanos, más o menos filosóficos, tenía ante sí, en pequeño, en aquellas llamas de la chimenea, la imagen de aquella República de Cartagena y Alcoy,[334] que sin duda, de realizarse sus anhelos, volvería a reavivar el fuego de sus tizones.

Canuto declaró cortésmente que él no era republicano sistemático, ni monárquico devotísimo. Nada de eso; ni creía en el derecho divino ni humano de los reyes, ni en las felicidades y bienandanzas de una República en España. Los reyes, en su concepto, eran unos funcionarios de alta categoría, y el supuesto derecho de ellos provenía del asentimiento del país a ese antiguo régimen, o del convencimiento de los ciudadanos de que al abolir la monarquía se volvería la nación un caos anárquico. Una monarquía es un palacio viejo; lo alzaron entre muchos y ahí se está en pie porque cuesta más caro derribarlo que dejarlo en su sitio. Cuando se caiga por sí mismo, entonces será tiempo de retirar los escombros, cosa ya mucho más barata, y de levantar una obra nueva; pero mientras, es locura acometer la demolición y gastar en sangre, lágrimas y dinero lo que el progreso de los tiempos ha de ahorrar. No hay, pues, que echar a los reyes; ya se irán ellos solos cuando no hagan falta.

-Pero cuando se vayan, añadía Canuto, quizás no sea la República representativa la nueva fábrica que haya de levantarse; quizás sus planos trazado por arquitectos ya anticuados resulten poco a propósito para las necesidades de los nuevos tiempos; porque, a la verdad, mantener bajo esa forma el mismo sistema representativo desacreditado, con sus dos Cámaras, su sufragio universal de igual manera entendido y aplicado, y las mismas camarillas y partidos turnantes del viejo parlamentarismo, no es hacer una obra nueva, sino levantar la misma de antes, con la sola diferencia de ponerle por cúpula un gorro frigio en vez de una corona regia.

Herejías mayúsculas parecieron a *los Tenebrudos* estas afirmaciones. Pensar que acabada la Monarquía iban ellos a ser pasados por ojo[335] por otro régimen novísimo; que la República de Salomón iba a quedar arrumbada como trasto inútil y que éste tal vez no sería ya el *factotum* en el nuevo estado de cosas era idea que les sublevaba. Adiós Presidencia de Salomón. Adiós cartera de Ascárides, adiós Subsecretaría de Lope, adiós almuerzos de *Lardhy*[336] y soñados gabanes de pieles. No, eso no podía ser. ¿Quiénes serían los que vendrían empujando de tal manera? Y sobre la mesa del comedor estaban los últimos números del periódico *El Socialista*,[337] con listas de

[334] La I Republica hubo de vencer el movimiento cantonal, que se manifestó con especial violencia en las citadas poblaciones. El 17 de julio de 1873 una asamblea obrera alcoyana declaró la huelga general. Los obreros se armaron y en una refriega murió el alcalde. El Consejo Federal de la sección española de la Internacional, residente en Alcoy, se hizo dueño de la situación y nombró un Comité de Salvación Pública. El día 12 se rindió a las tropas del general Valverde a cambio de una amnistía.

[335] *pasados por ojo*: superados.

[336] "Lardy" en el original. Restaurante abierto en 1839, situado en la *Puerta del Sol* de Madrid.

[337] El periódico, cuyo número 1 salió a la calle el 12 de marzo de 1886, dejó de publicarse en 1913.

prosélitos, con sus reseñas de *mitins*,[338] con detalles de federaciones de trabajadores, que parecían contestar a aquella temerosa pregunta: ¡Nosotros!

Canuto veía venir la ola hinchada y bramadora sobre la sociedad presente; tal vez causar sus más graves devastaciones en España, y creía que esto podría evitarse haciendo entrar ciertas aspiraciones legítimas del proletariado en el orden del derecho constituido; pero pensaba que los mismos burgueses no estaban mejor tratados por las oligarquías turnantes, y que era necesario, en beneficio de todos, transformar nuestro régimen representativo y gubernamental, depurándole de vicios y concupiscencias. Y para esa obra parlamentaria, que había de iniciarse desde el Congreso y llevar su savia fecunda a las leyes, a los poderes públicos, a los tribunales y a todos los organismos de la sociedad, venía a pedir el auxilio de Salomón, que tenía grandes influencias en Miralmar, por donde el novel político presentaría su candidatura de diputado.

-Ya está aquí la madre del cordero, se dijeron los contertulios al oír la exposición neta de estas pretensiones, y ninguno tendió su mano protectora al joven, que se había declarado tan antirrepublicano como antimonárquico, y al que si primero vieron con ojeriza, al cabo de sus explicaciones consideraban como enemigo irreconciliable.

Salomón dio suavemente sus descartes. Ellos formaban un partido, tenían también sus candidatos, que creían y confesaban todo lo que la iglesia tenebruda cree y confiesa. No era cosa de postergarles por dar apoyo a un extraño a la secta. Además, en Miralmar los amigos de Salomón, después de luchar contra Baltasar, el cacique, habían llegado con él a un acomodo; tenían algunos puestos en el Ayuntamiento, disfrutaban de algunos destinillos y todo iba a perderse haciéndole la guerra al fámulo de Tirabeque. A ellos sólo les convenía el retraimiento, y en esa actitud debían permanecer.

La maza de Salomón le pareció entonces a Canuto untada de turrón de Jijona. Salió de aquel foco de *tenebrudos* con el alma desesperanzada y diciendo para sus adentros: ¡Todos sois iguales! Jugáis al rey o a la sota, a la monarquía o a la república para el disfrute del poder y tomáis en vuestros labios los nombres sagrados de la justicia, del bien, de la humanidad y de la patria para enmascarar vuestros apetitos. Vuestra República es un pretexto, una frase sonora, un disfraz con que os vestís para andar por el mundo de la política en busca de vuestras conveniencias. Mucha democracia en los labios, pero ninguna en el corazón; mucho liberalismo en los discursos, pero como escabel para subir a los puestos de vuestras ambiciones. No, no vale ciertamente la pena que el pueblo generoso derrame su honrada sangre, como otras veces, en las barricadas para que vosotros seáis presidentes, ministros y subsecretarios. De vosotros a Vitroque y Tirabeque no hay más diferencia que la del nombre; que éstos se llaman *monárquicos* y vosotros *republicanos*; pero República y Monarquía deben ser iguales a la masa del pueblo, que sólo cambia de gobernantes como el enfermo de postura y que no por ese cambio ha de salir de sus estrecheces y miserias.

Canuto, revolviendo estas ideas en su cerebro y arrebujado en su capa, iba más que de prisa hacia su vivienda de la calle de Fuencarral cuando notó que le seguía un hombre. Apretó el paso y se oyó llamar por el desconocido; se preparó por si se trataba de algún atraco, pero no: era Lope, el de la Subsecretaría, que le abordó, le relató sus desdichas, su mala situación pecuniaria y le pidió un duro. Aquella mala cabeza había disipado cuanto ganó cuando los cantones; lo tenía ya todo agotado; su esperanza era la República y la República no venía. Claro, Salomón no tenía impaciencias; Ascárides

[338] *mitins:* mítines.

tampoco; ambos estaban redondeados; pero él, él se moría de hambre, y abdicaba de todos sus ideales ante la efigie de un Amadeo.[339]

Canuto, movido a compasión, le dio el duro: Lope abrazó al joven lloriqueando y... voló enseguida; con el veintén de plata, a la casa de juego de la esquina.

CAPÍTULO VII

La gota de hiel

Canuto sintió el desaliento; comprendió que no era tan fácil como había pensado ponerse en condiciones de luchar por sus ideales. Todo estaba acaparado; no había plaza en ningún ejército para este soldado voluntario; en todas partes le decían que los cuadros se hallaban completos.

¿Iría a la Prensa? ¿Iría a la Academia? ¿Confiaría sus predicaciones al libro? Algo en tales caminos intentó; pero el periodismo había sufrido una transformación radical desde los tiempos de "La Discusión"[340] y otros batalladores diarios: ya no se leían los largos artículos doctrinales. Así se lo dijo un su amigo, redactor del más acreditado periódico de la Corte. La noticia de día, el telegrama sensacional, la *interview*, las reseñas del Congreso, eso era lo que buscaban los lectores ávidos; lo demás lo pasaban por alto, penetrados tal vez de ese pesimismo desconsolador de un pueblo que sabe que los programas políticos son mentidos reclamos.[341] Los discursos de la Academia no tenían tampoco trascendencia fuera de los muros de aquella casa, y en cuanto al libro ¿quién había de leerlo, cuando de la vibrante hoja periódica se desdeñaba el artículo de fondo, el de polémica política y el de exposición doctrinal?

Nada; era para desesperarse, sobre todo teniendo prisa de llegar al fin; siendo como Canuto, una sensibilidad y una imaginación exaltada.

Barbas tristes disponía de voluntad más perseverante. No hay que desmayar, decía al joven; no se ganó Zamora en una hora. El mundo está así y no hay que soñar que por nuestro deseo va a cambiar en seguida. Hay que tomarlo con sus impurezas, con sus imperfecciones y vivir en sus linfas más o menos claras, como el pez de río, que no puede remediar que el agua no sea diáfana y cristalina.

Canuto movía la cabeza, crispaba las manos y se retorcía en aquella impotencia abrumadora.

---

[339] *un Amadeo*: moneda de plata de cinco pesetas con el busto del rey Amadeo I.

[340] Este diario democrático, de ideas republicanas, lo fundó en 1856 Nicolás María Rivero y aún se publicaba en 1870. Fueron luego sus directores Juan Pablo Nougués, Francisco Pi y Margall y Bernardo García. Entre sus redactores figuraron: Eusebio Blasco, Emilio Castelar, Manuel Fernández y González, Estanislao Figueras, Cristino Martos, Roberto Robert o Vicente Romero Girón (Eugenio Hartzenbusch: *Apuntes para un catálogo de periódicos madrileños desde el año 1661 al 1870*, Madrid, 1894, pp. 166-167).

[341] Ledesma conoció de manera práctica el mundo del periodismo, ya que fue director, entre enero y abril de 1882, del periódico almeriense *La Democracia Monárquica*, desde el que defendió las tesis del recién creado partido demócrata-dinástico de Segismundo Moret. Véase el cap. XXV, "Yo periodista", pp. 127-129 de *El Libro de los recuerdos*.

El recuerdo de Angelita, sus cartas diarias, su retrato, puesto allí con flores de la estación sobre su mesa *bureau*, le servían de consuelo. Ésa era la única realidad agradable de su vida: aquel amor purísimo nacido en su niñez y salvado como reliquia sagrada del furor de todos los iconoclastas.

¡Y qué cartas tan dulces, tan sentidas, tan ingenuas, tan saturadas del perfume de violetas de aquel convento de las Comendadoras! Eran hojas de rosas, suaves y aromadas, sencillas y candorosísimas. Aquellas palabras y aquellos sentimientos parecían venir de otro mundo diferente: de un mundo de ángeles, donde no había Tirabeques, ni Vitroques, ni Salomones, ni Ascárides.

Canuto besaba aquellas cartas como religiosos amuletos. Granada revivía en su memoria con ellas; tornaba con sus días templados primaverales, con sus iglesias místicas, con sus fiestas de las flores de mayo, con aquella habitación de la calle de las Tablas donde se vistió y perfumó para hacer la primera visita a la educanda; con la visión de aquella casita humilde de la calle de Puentezuelas, tan blanqueada y limpia, a donde envió la cesta de claveles y rosas y a cuyo balcón se asomó la niña para darle su último adiós, echándole en el doblado papelito una hebra de su cabello. Aún la conservaba entre las tapas de oro y cristal de su reloj y solía sacar aquel hilito dorado y desenroscarlo y ponerlo entre sus dedos, a lo largo, como un alambre sutil, para verlo relucir al sol, suspendiendo en él sus idealismos amorosos, como golondrinas gorjeadoras que se paran a cantar y a alisar sus plumajes sobre un hilo telegráfico.

Aquel hilo semiinvisible le ponía en comunicación con los cielos de la poesía. Entonces la tierra le parecía distinta; el globo entero abría sus poros para exhalar de ellos las esencias que trasmite a las flores, la luz divina que electriza a las almas. Madrid mismo, con sus apiñadas casas, sus Ministerios y sus Salesas, tomaba otro aspecto inspirador y atractivo. Parecía que en él todo estaba ya arreglado a satisfacción; que no había podredumbre, infamias, injusticias, ni concupiscencias; que aquel gentío era una gran familia feliz, que salía por las calles a tomar el sol y se dirigía a los paseos y a los jardines para aspirar el perfume de las lilas. Sí; aquel sol templado y sereno doraba palacios y caserones; entraba por los balconajes de los pisos alegrando semblantes y viviendas; era el viejo padre común, que besaba a su prole y le repartía por igual sus caricias; y aquel coche real, enganchado a la Daumond, que pasaba sin escolta, con sólo dos caballerizos hacia Atocha, a la Salve, era el emblema de una nación risueña, próspera y bien regida, que iba a rendir sus preces a la Reina de los cielos por tantas venturas.

El son de la flauta de un ciego, apoyado en una esquina, el paso de un mozo de cordel viejo y vacilante, abrumado por el peso de un fardo, el llanto de un niño abandonado y haraposo, la falsa sonrisa de una meretriz parada ante un escaparate enturbiaban las visiones poéticas de Canuto y le arrastraban a la realidad de aquel fango. El sol, como Dios, no negaba a nadie su amor y sus beneficios; pero aquí abajo, en la oscura tierra, hasta el aire y el sol estaban acaparados, y los salones de los palacios los recibían a torrentes y a los infectos tugurios de la clase pobre no llegaban apenas. ¿Cómo se hizo esto? ¿Cómo la tierra llegó a ser de unos pocos y los más quedaron sin su porción y con los frutos de esa tierra apropiada se aglomeraron los capitales y surgieron los vicios y se levantaron las ciudades inmensas, secuestrándose el aire y el sol por los poderosos? ¿No sería mejor desalojar esas jaulas gigantes, esas masas de apiñados edificios e ir todos a la campiña, al trabajo rural, a ganar su pan, sacándolo de la tierra, y a labrar su albergue al aire libre y a la luz solar, gozándolos igualmente? Las ciudades eran obra, sin duda, de los tiempos guerreros, cuando las gentes se

concentraban como en campamentos para defenderse unidas y se amparaban debajo de los castillos y ponían delante de sus viviendas cinturas de murallones. Después, la misma guerra moderna las condenaba; hacía inútiles las atalayas y los torreones, perjudicial el hacinamiento de seres humanos; y la futura era de paz que habría de sobrevenir confirmaría este decreto de disolución de las metrópolis; porque no había razón ninguna para que aquellas viviendas estuvieran así aglomeradas y superpuestas como los sillares de las pirámides, mientras los campos dilatados esperaban con los brazos abiertos y tenían cabida cómoda y salubre para todos los albergues.

Barbas tristes, oyendo estas disquisiciones de Canuto, confesaba que eso sería lo mejor; pero decía que el ser racional pierde parte de su raciocinio cuando forma en una colectividad de semejantes suyos; así que un hombre aislado de mediano talento tiene más juicio que una multitud, donde la ceguedad de los más anula el racional dictado de los menos. Por eso las obras colectivas y entre ellas las ciudades resultaban a veces monstruosas y desordenadas; pero, como siempre, el ex dómine, si no deducía como el Doctor Pangloss que viviésemos en el mejor de los mundos posibles y que todo sucediese en él para lo mejor,[342] sí afirmaba que las cosas buenas o malas son como pueden ser en cada momento de la vida, y rociaba de agua fresca las ardientes protestas del leguleyo.

Lo que importaba, según el ex dómine, era trabajar, trabajar mucho en beneficio de la Humanidad: el médico curando los males del cuerpo, el sacerdote sanando las llagas del alma, el hombre de ley ayudando al triunfo de la justicia, el obrero a la producción, el profesor a la enseñanza, el inventor al aprovechamiento de las fuerzas naturales, el capitalista a la explotación de industrias; todos a algo útil, pero con afán, con ahínco, hasta que del esfuerzo común saliese el mejoramiento general.

Barbas tristes cumplía, por su parte, al pie de la letra, este programa. Ya había perdido el pelo y casi la vista en sus estudios universitarios; se había costeado sus matrículas con los premios de todas las asignaturas; se había ganado el valor de sus instrumentos quirúrgicos dando lecciones de lo mismo que él aprendía; había obtenido su reválida con nota de sobresaliente y su título por oposición. Aquellas manos flacas, descarnadas habían cortado fibra a fibra cientos de cadáveres en la sala de disección del Hospital de San Juan de Dios, y en Madrid seguían diseccionando músculos, nervios, parénquimas, órganos humanos, y penetrando con el microscopio las nebulosas de sus células. Las masas encefálicas eran sus mundos metafísicos y en ellas se estaba horas enteras, escrutando con los ojos miopes y el pensamiento clarividente todos los enigmas de aquellas anfractuosidades, de aquellas simas de inmensa oscuridad, de aquellas células grises y blancas, largas madejas de nervios arrollados por la mano de un inmortal Mecánico, y que él iba desenredando con el escalpelo, diseccionando con la ayuda del microscopio, y estirando como hilos sutilísimos de la gran trama que envuelve el hondo misterio del espíritu.

Había hechos descubrimientos propios en aquel mundo cerebral; había localizado funciones que parecían no tener en él punto de partida conocido; había seguido a través de esos larguísimos hilos de nervios, amasados y confundidos en los hemisferios cerebrales, los fenómenos de la visión, de la audición, de la palabra, de lo más psíquico del ser; había perseguido, con el afán de la ciencia y la fe del creyente, esa fuerza sutil del alma, que se le escapaba refugiándose cada vez dentro de las

[342] Personaje del *Candide* (1759), con el que Voltaire caricaturiza la filosofía optimista de Leibniz.

oscuridades de aquel caos.[343]

Canuto tenía aversión al espectáculo de los cadáveres y de las vivisecciones, pero gustaba de seguir a Barbas tristes en aquellas correrías científicas, leyendo sus libros, hojeando sus apuntes con las láminas anatómicas por delante u oyendo las explicaciones del médico, que trataba de poner al alcance de aquel aficionado lo más saliente de sus estudios. Ex-dómine y ex-discípulo habían estudiado juntos la Filosofía, la Psicología, sobre todo, y habían discutido muchas veces sobre el alma y sus facultades.

-¿Ha dado usted ya con el alma?, preguntaba Canuto algunas veces a Barbas tristes sonriendo, cuando le veía enfrascado en sus trabajos de fisiología cerebral.

-Aún no, contestaba él, como si tuviera la certeza de que en aquellos dínamos y acumuladores complicadísimos del cerebro, de tantos hilos arrollados, donde se encendía el pensamiento y se engendraban las voliciones y se desarrollaban las fuerzas motoras, estaba oculto el duendecillo del espíritu, que tocaba en cada caso al botón oportuno de comunicación de corrientes, de transmisión de órdenes y de movimientos de cuerdas y palancas. Canuto esperaba con ansiedad los nuevos resultados de las investigaciones pacientes de su amigo, porque de seguro Barbas tristes encontraría el alma cuando Canuto hallase aquella *raigada virtud*, que era su ideal.

Nutrido Barbas tristes de copiosa ciencia, vio por fin cercano el término de su peregrinación para asegurarse el trabajo y el pan del resto de su vida. Hasta allí había vivido en gran parte de la generosidad de Don Primitivo. No le hubiera sido posible trasladarse a la Corte y entregarse a sus profundos y reposados estudios filosóficos sin el auxilio pecuniario del padre de Canuto. Aquellas modestas habitaciones de la calle de Fuencarral, aquel despachito sencillo, aquellos estantes con piezas anatómicas, todo se debía al ex droguero. Barbas tristes no fumaba, por no gastar; no tomaba café, sino cuando Canuto se enfadaba y le hacía apurar una tacita de moka, y entonces aprovechaba los efectos de la aromática infusión para velar hasta muy tarde aquella noche sobre sus libros; era, en fin, un cartujo, un mártir de la ciencia, un obrero infatigable. Su afán era saberse todo lo sabido en Anatomía y Fisiología; comprobar por sí las ideas, las doctrinas y las hipótesis de los grandes autores modernos y, pertrechado de todas armas, ir a la oposición de una cátedra y buscar en ella no reposo, pero sí independencia y medios de pagar a Don Primitivo sus anticipos, con los intereses acumulados de una eterna gratitud.

Eso sí era posible y hacedero. Desde la altura de esa cátedra ya podría, a la vez que asegurar el propio bien, derramar las luces de sus enseñanzas y contribuir al mejoramiento que constituía el ideal de su Ética. Las oposiciones llegaron; eran a una cátedra de Fisiología, vacante en la facultad de Medicina de San Carlos; [344] y Barbas tristes vio el cielo abierto, seguro de su triunfo, en aquella asignatura predilecta de sus tareas. No, no resultaba todo tan oscuro y difícil como pensaba Canuto; la cuestión estribaba en poner como objetivo de los esfuerzos algo particular, asequible a la acción

[343] Como se ve, Ledesma, que admiraba al histólogo Santiago Ramón y Cajal (1852-1934), construye el personaje de Barbas tristes siguiendo de cerca tan eminente modelo.

[344] La Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid, producto de la unión en 1799 del Real Colegio de Cirugía de San Carlos, creado en 1780, y el Real Estudio de Medicina Práctica, fundado en 1795.

de un solo hombre. Canuto fracasaba porque pretendía él solo, como individuo aislado, realizar la obra propia de muchos, de la colectividad entera. Él haría lo individual, lo particular, y de allí se elevaría a la intervención en la acción social, para el bien común.

Muchos fueron los opositores, pero ninguno demostró la competencia, la sabiduría, la profundidad en materias fisiológicas que Barbas tristes. Sus actos resultaron notabilísimos, y sobre todo en un tema de fisiología de los centros nerviosos dejó absortos a los individuos del Tribunal, exponiendo observaciones suyas y descubrimientos propios, ilustrados por una clarividencia de juicio, por un rigor de análisis y por una altura de criterio superior a toda ponderación. Canuto asistió a los ejercicios: al de contestación de preguntas, al de objeciones, al de exposición de aquel tema de fisiología del cerebro, que produjo universal asombro. Espiaba los movimientos de los jueces, sus cuchicheos, sus menores impresiones, y abrazaba siempre a Barbas tristes al salir, diciéndole: Esto va muy bien.

Varios opositores se retiraron desde el principio, otros después; por último sólo quedaron cuatro: Barbas tristes, que salía por cima de todos, como el Himalaya sobre las otras montañas; un profesor, que quería mejorar de cátedra; Demetrio, el coleccionador de almejas, y un doctorcillo parlanchín, con ciencia muy superficial, llamado Raimundo, de los íntimos de la tertulia de Tirabeque. El único contrincante de veras era el profesor; los otros dos hacían allí el ridículo papel de equilibristas andando y cayendo por la cuerda floja. Pero no había cuidado; el último acto de Barbas tristes le había remontado mil codos sobre su adversario, y el Tribunal, compuesto de hombres encanecidos en la virtud de la ciencia, no iba a cometer un desafuero. La Facultad de Medicina en masa estaba por Barbas tristes. Saliera de donde saliera aquel hombre singular, tan feo y desaliñado, su inteligencia era hermosa, su ciencia admirable, sus estudios vastísimos. En vano Salomón recomendó con gran interés al de las almejas, yendo y viniendo a casa de los jueces; en vano Tirabeque, de su propio puño, le escribió para que pusieran en primer lugar de la terna a su contertulio; el rectísimo Tribunal dictó su fallo, excluyendo al de las almejas y poniendo en primer lugar de la terna a Barbas tristes, en el segundo al profesor, y en el tercero, sólo por compromisos políticos de la mayoría, a Raimundo. La terna se publicó y todos abrazaron y felicitaron al ex-dómine y Canuto lloró de alegría, al verle ya en el pináculo de sus deseos.

Durante dos o tres días todo fue júbilo en la casa de la calle de Fuencarral. Se almorzaba con apetito, a los rayos del sol del balcón abierto; los platos de dulce brillaban sobre la mesa, como festejadores del triunfo; Canuto se desvivía por agasajar al nuevo catedrático, y éste no podía contener su satisfacción y, a pesar de su seriedad, se permitía chistes y sonrisas. Salían a pasear, calle de la Montera abajo, por la Puerta del Sol y calle de Alcalá arriba, hacia el Retiro, y todo parecía sonreírles también. El leguleyo rectificaba mentalmente muchas ideas pesimistas sobre la sociedad humana y la justicia, considerando aquel éxito como suyo propio, aunque no tenía en él la menor parte. Barbas tristes meditaba el plan que daría a sus lecciones en el próximo curso y cómo trataría a sus discípulos para hacerles hombres de provecho; se regocijaba de tener ya una posición independiente y de poder pagar a Don Primitivo, y estrechaba con cariño el brazo de Canuto mientras andaban, como diciéndole: Ya ves que la gente no es tan mala y que mi criterio es el mejor; trabajar, trabajar mucho en una obra asequible para un solo hombre, y tener confianza en el resultado.

A la mañana del tercer día, cuando Barbas Tristes, asomado a su balcón del piso segundo, se recreaba en aquel cielo puro de la primavera, en aquel sol paternal que calentaba a tantas gentes; cuando, embriagado por su dicha, se sentía casi poeta, Canuto

le llevó una carta del Ministerio, que acababan de traer para él; sin duda la credencial de su nombramiento. No era eso todavía; era un Besa La Mano de un amigo de aquella casa, que le participaba que el ministro había adjudicado la cátedra al que ocupaba el tercer lugar en la terna, a Raimundo, al mediquillo superficial, al íntimo de la tertulia de Tirabeque, al recomendado por éste a los jueces, y puesto por ellos en aquel último lugar por lástima y compromiso. No habiendo podido Tirabeque torcer al Tribunal de oposición, torció al ministro del ramo y adjudicóse al paniaguado la prebenda.

Barbas tristes se quedó frío y pálido como un muerto, y de sus ojos brotó una lágrima, una sola, que rodó silenciosa por su mejilla y fue a esconderse entre sus barbas lacias y canosas. Era una gota de hiel, más bien que de llanto.

Canuto cayó abatido sobre una silla, comprimiendo la cabeza entre sus manos, como para impedir que estallase; y sólo oyó que el dómine, recobrando su serenidad habitual, dijo dejando la carta sobre la mesa: Está bien; haremos otra oposición.

CAPÍTULO VIII

Inri

Resueltamente era preciso ocupar un puesto en el Parlamento; barrer con palabra tribunicia tanta podredumbre; encararse con Tirabeque y quitarle la careta de liberal y hombre de gobierno con que disfrazaba sus padrinazgos repugnantes. El país no podía continuar en manos de esas gavillas de políticos que entendían por mando el usufructo de la cosa pública y por justicia la arbitrariedad. Una nación en que todo el régimen era falso, en que turnaban las oligarquías a cuál más corruptora, en que los Parlamentos eran hechuras de los ministros, en que éstos sólo se llamaban *responsables* por antítesis, en que la constante y perpetua voluntad de dar a cada uno su derecho resultaba un mito, en que los más indignos y osados acaparaban el poder, burlándose con sus actos de sus falsas predicaciones y ofertas y emponzoñándolo todo con sus concusiones, tenía que sacudir esa lepra o perecer comida de llagas y de gusanos, disgregándose al cabo en una suprema convulsión.

Canuto lo escribió así a Don Primitivo, contándole todo lo que había visto y sufrido, y se dispuso, ya que Vitroque, Tirabeque y Salomón le habían negado su *exequatur*,[345] a solicitarlo del pueblo directamente; de su pueblo natal, de Miralmar, a donde iría con su programa y daría conferencias públicas, y celebraría *mitins*, y se presentaría como candidato independiente, para derribar a la vez el caciquismo odioso de Baltasar y el de Tirabeque, y llevar al Congreso la semilla regeneradora de sus ideas y el rayo vengador de su palabra.

Todo le hacía esperar, por esta vez, un éxito ruidoso: la bondad de la causa que defendía; el ansia de su país por libertarse del yugo de aquel cacique tosco, ignorante, antojadizo y malvado; las nobles ideas de su programa regenerador; la simpatía que su nombre despertaba en Miralmar, donde se habían leído las reseñas de sus discursos en el foro y sus primorosos escritos jurídicos y literarios.

Canuto trabajó con ahínco en la redacción de su programa, que no quiso fuese de

[345] *exequatur*: voz latina que significa "ejecútese". Designaba el pase que daba la autoridad civil de un Estado a las bulas y rescriptos pontificios para su observancia.

gárrula literatura, sino severo, conciso y terminante. Él sería, ante todo, un diputado independiente; no podía irse al Palacio de los leones de bronce ligado por compromiso con aquellos jefes de partido turnantes o aspirantes al turno, que tenían corrompido el régimen, la administración, la justicia y la vida toda social, a donde alcanzaban sus influjos. Tampoco sería monárquico, ni republicano; no era eso lo que importaba al pobre pueblo, ni a la desventurada nación; no habían de reñirse batallas por una mera forma, sino por la esencia, que no estaba para el país en que el poder moderador se delegase perpetua o temporalmente en un rey hereditario o en un presidente electivo. Monarquías hubo admirables como la de Codro;[346] repúblicas había desdichadas como las de América latina. De Tirabeque a Salomón no se notaba otra diferencia que la del pretexto. Lo esencial consistía ante todo en purificar las fuentes del voto público, encenagadas a propósito por los políticos de oficio, y para ello llevaba Canuto un proyecto de ley electoral que ataba de pies y manos a esos conculcadores. Después precisaba una estrecha ley de responsabilidad ministerial; todo un código en que se detallaran los delitos y faltas de carácter político de los ministros, incluyéndose como penables, entre otras cosas, sus cartas de recomendación. Además, había que limpiar esos Ministerios de parásitos y vividores y hacer responsables a los consejeros de la Corona de todos los actos de sus subordinados. Para airear y sanear los partidos y no vincular en una oligarquía de personas ni el mando ni el turno, puesto que la nación tiene muchos hombres aptos para el gobierno y cada vez va dando de sí otros más, había que prohibir a los que hubieran sido ministros y gobernadores y alcaldes volver a serlo hasta después de un determinado número de años. Eso de que en España no hubiese más que Vitroque y Tirabeque era insufrible, y Canuto recordaba que la Revolución Septembrina, a pesar de sus errores, abrió en cierto modo las válvulas y de cátedras y foros y púlpitos y rincones de olvidadas provincias surgieron hacendistas, oradores y hombres de gobierno. El estancamiento de la Restauración había traído la putrefacción del agua muerta. Había más que hacer: como gobernar no era repartir destinos y realizar enjuagues y proteger allegados, sino administrar bien los intereses de la nación, la nuestra necesitaba un corte de cuentas radical. Nuestra Hacienda estaba ahogada; nuestro poderío colonial era muy débil; Cuba y Puerto Rico y Filipinas sólo servían para enviar allí gentes famélicas que hiciesen su agosto y mandasen buenas sumas a ministros y directores generales. Tarde o temprano, de las posesiones del mar Caribe arrastrarían los Estados Unidos, y las Filipinas se declararían independientes. Eran estas dos fincas de la nación muy malsanas y sus colonos muy levantiscos; había que venderlas. Por Cuba y Puerto Rico podríamos endosar a la República Norteamericana toda nuestra deuda interior y exterior perpetua y amortizable, y por Filipinas, juntas o divididas, podríamos conseguir un capital cuya renta enjugase nuestro Presupuesto de gastos. Nos quitábamos así la carga de nuestras deudas y cubríamos el resto de nuestras obligaciones, y todo cuanto el país tributara, que bien podía aliviarse en gran parte, iría al propio país a invertirse en grandes obras reproductivas: canales, pantanos, repoblaciones de montes, granjas agrícolas, primas de producción y defensas nacionales. Así seríamos un pueblo próspero y respetado.[347] Respecto a la vida jurídica,

[346] Legendario último rey de Atenas (-1068).

[347] La recomendación de la venta de las colonias a los Estados Unidos aparece ya en el cap. II, "Problemas de orden exterior. Colonias, nuevos ideales" de *Los problemas de España* (1898). Tras el *grito de Baire* (23 de febrero de 1895), Ledesma expuso su proyecto de venta de las colonias a Segismundo Moret : "Todo este proyecto lo llevaba yo apoyado en datos exactos, traducido en cifras de innegable realidad. Moret lo alabó y lo apretó contra su corazón, pero aquélla, me dijo, era "una efusión íntima". El que patrocinase tal solución, el que la propusiera sería considerado un mal patricio, un traidor a su patria. "Esto es –dijo-lo que no puede decirse" (cap. XXXIV, "Lo que no pudo decirse", de *El Libro de los recuerdos*, p. 171).

Canuto tenía otros proyectos para purificarla: leyes de procedimientos simplificados, reformas civiles y penales importantísimas, todo en consonancia con los progresos de la ciencia del derecho y las necesidades del país. Desde luego las Salesas desaparecían. Y en fin, sobre reformas sociales, el novel abogado exponía sintéticamente sus ideas tal como en casa de Salomón las había indicado y defendido. Todo ello iba en el programa general, y en cuanto a la parte local, proponíase desarraigar para siempre el caciquismo repugnante en su provincia, hacer a los miralmarenses dueños de su voto y de sus intereses, secuestrados tan largo tiempo, y sacar a aquella región, llamada *la Cenicienta de España*, del olvido y de la indiferencia con que miraban sus intereses morales y materiales los gobiernos.

El programa fue acogido con júbilo por el pueblo de Miralmar, que pensaba en todo eso y lo deseaba ardientemente. Baltasar frunció el ceño y acabó por sonreír; pero Canuto, firme en su propósito, abandonó la Corte, llegó al distrito, puso el paño al púlpito, predicó hasta desgañitarse, retó a pública discusión al cacique y a todos sus secuaces, que no aceptaron el reto, celebró los anunciados *mitins*, siendo ovacionado hasta el delirio, y vio a su lado a los hombres sanos y de posición y a la masa general; mientras con Baltasar sólo quedaban cuatro gatos, precisamente los que tenían la tajada entre las uñas.

Aquel paseo triunfal de Canuto por la capital y los pueblos del distrito, donde era continuamente agasajado y alentado, fue como la entrada del Redentor en Jerusalén, con palmas y olivas. Solamente no le hacían caso los elementos oficiales, los escribas y fariseos que en cada villorrio y aldea tenía puestos Baltasar, y los que formaban su complicada red miralmarense.

Mientras Canuto realizaba esos trabajos de propaganda nobles, entusiastas, sembrando ideas, despertando sanas energías, resucitando de su sepulcro al Lázaro putrefacto del voto público, haciendo cargar con su camastro al pueblo paralítico y diciéndole "Levántate y anda", Baltasar ponía sus esbirros en movimiento misteriosamente, daba órdenes secretas, no se movía de su casa y consultaba una lista de nombres muy larga y voluminosa que tenía sobre su mesa: era el Censo electoral.

¿Qué le importaban los *mitins*, los aplausos populares prodigados a aquel candidato, las masas que le seguían y los hombres de buena voluntad que le apoyaban, si lo esencial era los nombres apuntados allí, en aquella lista, donde el cacique habría tenido grandísimo cuidado de que no figurasen más que los que él quisiera? Entre esa larga cáfila[348] de nombres estaban todos los que vivían de los presupuestos municipal y provincial, siempre a su devoción; los paniaguados de los cuatro gatos de la tajada; los ausentes que no podía ir a las urnas, y los muertos que no podían levantarse de sus fosas. Todos, y éstos principalmente, pelearían contra los vivos e independientes ciudadanos que pretendieran votar a un diputado que no estaba apuntado en el librillo de Tirabeque. Para algo éste tenía allí a Baltasar, no a humo de pajas: para ganar las elecciones fuera como fuera, con censos falsos y levantando cadáveres.

Cada vez que Baltasar conseguía salir diputado de esta manera y sacar a los demás que Tirabeque le indicaba, no cabía de orgullo en el pustuloso pellejo. Eso se llamaba ser político y lo demás era tontería. Verdad que Tirabeque hablaba en las Cortes muy formalmente de la gran conquista del sufragio universal, por la que el país podía regirse libremente a sí propio; pero eso era para cubrir el expediente. Baltasar lo

[348] *cáfila*: del árabe, caravana, conjunto o multitud de gentes, animales o cosas.

sabía bien. Si hubiera tenido que tomarlo en serio, no habría recibido carta blanca para encausar Ayuntamientos desafectos, incapacitar concejales contrarios, eliminar electores independientes, dar pucherazos y hacer cuanto fuera preciso hasta sacar por la provincia los candidatos del librico. Y claro, con esta seguridad, con las enhorabuenas y palmaditas de Tirabeque por cada hazaña semejante, Baltasar se envanecía y hasta se convencía de que aquellas indignidades, falsificaciones y estafas del voto público eran hombradas de bien.

Por eso, como la célebre Doña Baldomera tenía una oficina montada para estafar al público,[349] Baltasar tenía un centro electoral para escamotear los votos y la voluntad del pueblo. Era el centro de operaciones cuando se aproximaba una elección, y allí todo estaba dispuesto a maravilla. Había dos grandes departamentos: el de la capital y el de los pueblos. En el de éstos, a cargo de cierto muñidor que los explotaba, todo se reducía a dar órdenes a cada caciquillo o subcacique rural de cómo había de simularse la elección. Los colegios no se abrirían; al que chistase, a la cárcel y algunos palos encima; y luego vendría el acta en blanco con o sin las firmas de los interventores, y se llenaría a placer en el Gobierno civil.

En el departamento de la capital la cosa era de otra índole. Ahí no podía recurrirse a todos esos medios, porque la gente estaba más avisada y no convenía promover escándalos que manchasen aquellas actas, tan limpias como el hollín de la chimenea. En la capital todo estaba organizado militarmente. Capitán general, Baltasar; generales de división, uno en cada distrito, y a cargo de cada cual el triunfo en la sección respectiva. Como Baltasar respondía a Tirabeque del éxito y tenía para ello carta blanca, cada jefe de sección respondía a Baltasar de la mayoría en ella, so pena de destitución, pérdida de empleo y de empleos de serenos y municipales que se colocaban, y hasta exclusión del partido o relegación a soldado de fila.

Cada general de división tenía, pues, que apretar las uñas y para eso llevaba al censo a sus amigos y compadres, a sus criadas, a las que ponía nombre masculino, a sus serenos, municipales y guardas de campo, a los taberneros y pastores comprometidos con ellos bajo pena de multa y denuncias, y a toda la falange que podía incluir de ausentes y fallecidos. Los demás electores, los verdaderos, la inmensa mayoría, quedaban excluidos completamente o se les cambiaban los nombres y apellidos para que no pudieran votar. Además de esto, cada general se procuraba doce o catorce pelagatos muy listos y expertos, que eran los que, a turno, habían de ir tomando parte en la votación a nombre de los muertos y ausentes, y a ésos, que constituían una falange pírrica que decidía la victoria, se les daba el calificativo nombre de *micos*. Resultaba, pues, que Tirabeque había logrado universalizar de tal modo el sufragio, que los cuadrumanos gozaban de voto en Miralmar.

---

[349] La hija de Mariano José de Larra, doña Baldomera Larra Wetoret, "la madre de los pobres", que tenía situada su "Caja de imposiciones" en la calle de la Grada, hoy de los Madrazo. Casada con un médico de la Casa Real, Carlos de Montemayor, tras marchar su marido a Cuba, quedó desvalida y tuvo una idea. Pidió prestada a una vecina una onza de oro, con la promesa de que en un mes se la devolvería duplicada. El "milagro" se cumplió. Creció pronto el número de clientes en busca de ganancia fácil. Les daba un recibo y cumplía con todos los "impositores". Pagaba a los primeros que llegaban con el dinero de los que seguían, sin poner ella un duro. Inventó, pues, la "pirámide de préstamos". Hasta que un día fueron más los que quisieron retirar que aportar. Su desaparición de Madrid el 2 de diciembre de 1876 sembró la alarma y la presunta estafadora tardó dos años en volver a la Corte. Se presentó ante los juzgados asegurando estar arrepentida de haber arruinado a tanta gente. Los jueces la declararon culpable de "alzamiento de bienes" y junto a su administrador, Saturnino Iruega, fue condenada a seis meses de prisión. Don Saturnino recurrió al Supremo y los dos fueron absueltos. Pasó a vivir con su hermano Luis Mariano, famoso comediógrafo. En adelante la llamaron "La tía Antonia".

¡Ah! pero aun así no estaba asegurado el éxito del todo; los generales de división lo comprendían y se auxiliaban recíprocamente prestándose electores muertos, ausentes y *micos*; recorriendo éstos todas las secciones, de suerte que un muerto no votaba una vez sola, sino una vez en cada sección, y muertos y ausentes, por medio de los *micos*, gozaban del voto plural diez o doce veces, mientras el ciudadano de verdad no lo tenía ni una sola. Así, como las cuentas de los hoteles llegan a las nubes, poniendo dos de velas y de velas dos, cuatro, y de bujías dos, seis, los votos que daba Baltasar a los candidatos de Tirabeque llegaban a miles; pues, repetido el procedimiento en todos los colegios electorales, los cuatro gatos se convertían en cuatrocientos y en cuatro mil, y luego las actas en blanco de los pueblos rurales del distrito completaban el triunfo.

Todo eso había salido de la cabeza de Baltasar, sin saber leer ni escribir apenas; así que sus secuaces le tenían por un Dios, le llamaban *el Supremo*, no se sabe si aludiendo al Tribunal de casación inapelable o al Ser Supremo, a quien parecía imitar sacando un mundo de electores de la nada. Todo le constaba a Tirabeque, que se rascaba de gusto, como mona vieja, la barbilla por tener tan fiel y experto servidor; así que cuando algunos políticos de Miralmar gestionaban la sustitución de aquel mandarín, Tirabeque no les oía siquiera y decretaba no hacer novedad en una provincia tan maravillosamente regida.

Llegó, pues, la elección, y Canuto, que no estaba por completo al tanto de todo aquello, y cuantos le seguían, que ignoraban los resortes de aquella máquina de embutidos electorales, y la gran masa del pueblo, que no sabía que estaba excluida del censo, se acordaron de que para votar era preciso buscar los nombres allí, en aquellas listas de aquellas secciones y figurar en ellas, y entonces cada elector se dio a inquirir su sección y su número y su colegio para acudir a depositar el sufragio.

Los que debían estar en el censo, sin duda alguna según su empadronamiento, volaron en tropel a su distrito respectivo. Canuto iba y venía de uno a otro, multiplicándose, y cobraba alientos al ver los grupos entusiastas que le seguían. En bandas se volvían taciturnos los electores, sin emitir sus votos, porque no resultaban apuntados en ninguna sección; en cambio, los *micos* daban la vuelta por todas ellas diez o doce veces, cambiando de nombres para centuplicar el número de votantes, y de los asalariados no faltaba ni uno y el voto plural se ejercía a maravilla.

El pueblo, convencido patentemente del engaño, formó grupos en la antigua Plaza de cañas y comenzó a dar esos *¡muera!* signos de su irritación y anuncios de sus conmociones. La guardia civil salió a patrullar y despejó la plaza repartiendo sablazos; se tomaron las avenidas, y a la puerta de los colegios algunas parejas y el contingente necesario de policías y municipales cuidaron de restablecer y conservar el orden. ¡Oh! sí, ante todo el orden. Sin él, decía Tirabeque, y repetía Baltasar, que no había libertad verdadera; y así se garantizaba aquella libre y pacífica elección, en que el pueblo había tenido el atrevimiento de querer tomar parte.

Don Primitivo, a pesar de sus achaques, viejo y apergaminado, estaba entre las masas, donde tenía muchos adictos, repartiendo candidaturas, alentando a los amigos y queriendo comunicarles su ardimiento. Cuando les veía regresar con las papeletas en la mano y sin haber podido depositarlas en la urna, rojos de ira y maldicientes, daba patadas en el suelo y echaba espumarajos por la boca.

La efervescencia popular durante el escrutinio fue inmensa; se hubiera quemado

la casa Ayuntamiento y se hubiera tirado al alcalde por el balcón, de no acordarse el mismo Don Primitivo de su moderantismo histórico y de no haber arengado Canuto a las masas pidiéndoles calma. Además, estaba allí la guardia civil de a caballo para proteger el principio de autoridad, sin el que tampoco, como decía Tirabeque, había libertad posible.

Baltasar, en el despacho del Gobierno civil, cómodamente sentado y dándose aires de personaje, tranquilizaba al gobernador, que no las tenía todas consigo. Aquello no era nada: el oso que gruñe cuando el domador le tira de la anilla de hierro que lleva pasada por la nariz. El oso era el pueblo y Baltasar el domador, y la anilla de hierro aquel sistema electoral fabricado por él aprovechando los materiales y la fragua de Tirabeque. Dócilmente llevaba de la cuerda Baltasar al úrsida; baila, le decía tocándole la pandereta electoral, y el oso tenía que bailar, mal que le pesase: y si se volvía, como entonces, arisco, un tirón de la manilla le hacía hocicar y caer rendido a sus pies.

Poco a poco fueron llegando al Gobierno civil datos de la elección. En la capital la derrota era completa para Canuto. Sin vuelcos de olla, sin sustracciones de actas, el candidato independiente salía en todos los colegios con minoría, en algunos con sólo votos sueltos. El triunfo del ministerial estaba asegurado. Llegaron después unos tras otros los emisarios que traían las actas en blanco de los pueblos. Cuando estuvieran todas rendidas se llenarían a capricho, y aun podían regalarse votos a Canuto en cada pueblo para que resultase la elección más aproximada a la verdad. Así se hizo, y definitivamente le adjudicaron cuatro mil votos y doce mil al candidato ministerial; mas como en la provincia había socialistas, y convenía ponerles algo que demostrase su existencia y su impotencia, se inventó un candidato de ellos y se le adjudicaron treinta electores. El gobernador quedó prendando de la sabiduría política de Baltasar, le abrazó con efusión en nombre del Gobierno y de Tirabeque, y se trajeron copas y dulces para los amigos que iban acudiendo, que los apuraron entre bromas y brindis significativos.

Canuto presumió desde luego su derrota; pero mientras se hacía la elección ignoraba aún quién era su contrincante. Sonaron desde el principio varios nombres; sin embargo, decíase que había un gallo tapado,[350] y las candidaturas contrarias eran depositadas con el mayor secreto. Al hacerse el primer escrutinio, salió cantando el gallo de Baltasar: era su hijo Paco, el Paco de marras, el de la escuela, el de la casa del señor Ovejero, el bigardo de los garitos de Granada, que aún andaba por allí sin terminar su licenciatura. ¡El zahareño Paco diputado por Miralmar y legislador del país! ¡Eso era el Inri!

Don Primitivo cayó nuevamente enfermo de un ataque al hígado. Doña Gertrudis no sabía si apenarse por el mal resultado de aquella elección o alegrarse interiormente de que su hijo se desengañara así de la política. Canuto no hablaba palabra, triste y malhumorado, limitándose a recibir las visitas de pésame de sus amigos, que le ponían la cara compungida, rodeándole como en un duelo; y los primitos, yernos ya del ex droguero y hermanos políticos del candidato abogado, se sonreían y cuchicheaban entre sí cuando no eran vistos, regocijándose tal vez de aquella derrota, que quizás hiciera variar de pensamiento al testador acerca de la mejora de la herencia. No se sabe los comentarios que harían, pero Canuto oyó decir, *sotto voce* al menor de aquellos horterillas de la corbata de tomate y huevo: Ya sabía yo que éste no iría a ninguna parte.

---

[350] *un gallo tapado*: personaje o candidato político cuyo nombre se mantiene en secreto hasta el momento propicio.

FIN DEL TOMO PRIMERO

CUARTA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Parva domus...[351]

La condesa había perdido también el pleito de las mejoras. La maza de Salomón cayó repetidamente sobre ella aplastándola, y se declaró en definitiva que los aumentos considerables de valor de aquellas fincas, vendidas a carta de gracia, sin plazo para recobrarlas, dependían del alza general de la propiedad en tan largo periodo y de accidentes favorables, como el paso de caminos de hierro, la apertura de carreteras y las derivaciones de aguas hechas por otros terratenientes. Lo demás era producto del natural cuidado que un buen padre de familia debe poner en sus cosas. No había, pues, que indemnizarle y tenía encima que pagar las cuantiosas costas del pleito.

La anciana señora lloraba a lágrima viva su desventura; su vieja hermana la acompañaba con sollozos y sólo María Josefa, triste y pálida, pero con los ojos enjutos, les hablaba con frases de resignación y consuelo. Ea, no hay que afligirse, les decía, estaría de Dios; hemos sido muy orgullosas y despilfarradoras. Hemos gastado lujo, criados, coche mientras otros infelices andaban descalzos por los barrizales. Nuestras limosnas eran migajas de lo que nos sobraba, y creíamos que con ellas y con darnos golpes de pecho estábamos en camino de salvación. Sin duda Dios exige más y ha querido quitarnos toda la fortuna de un golpe para hacernos entender que sólo éramos unas depositarias de esos bienes, que debíamos vivir modestamente con lo necesario y repartir el sobrante a los indigentes. Dios ha hecho lo que un gran señor que ve que sus administradores dilapidan sus rentas: les suprime la administración y les hace prácticamente conocer que nada es de ellos.

-¿Qué haremos?, decía la pobre madre angustiada. ¿Cómo viviremos ahora? preguntaba la hermana de la condesa, acostumbrada a un agradable bienestar. María Josefa las abrazaba, colmaba de besos a su madre y contestaba casi sonriente: No os preocupéis; Dios proveerá. Él, que viste a los pájaros de plumas y da el grano de trigo a las palomas que no siembran, cuidará también de nosotras. Nadie se muere de hambre en el mundo habiendo caridad y economía y un poco de industria. Dejadme a mí arreglarlo todo.

Para pagar los gastos del pleito se vendieron los carruajes y los troncos de caballos. Finca no quedaba ninguna, ni aun la casa solariega, que había sido hipotecada durante el primer litigio, y que estaba anunciada a subasta en ejecución por el acreedor. Hubo que realizar[352] también el lujoso mobiliario, pasando por la pena de ver entrar en las habitaciones condales una turba de revendedores y ganguistas, que ofrecían la décima parte del valor por cada objeto. Los mozos de cuerda sacaban los muebles antiguos y más queridos de la familia a cuestas, como cajas mortuorias que encerrasen los cadáveres de pasadas grandezas. La condesa vio bajar su rico secreter, regalo de su marido, donde tanto dinero y cartas de él había guardado otras veces. María Josefa besó el oloroso palosanto de su armario de luna antes de que aquellos hombres brutales lo arrancaran del rinconcito de su alcoba. No bastó con todo eso para liquidar los asuntos y

---

[351] *Parva domus, magna quies*: *La casa es pequeña, pero la tranquilidad es grande.* Era una inscripción usual a la entrada de algunas casas romanas.

[352] *realizar*: vender.

se recurrió a las alhajas, a los collares de perlas, a los brazaletes antiguos con diamantes rosa,[353] a los largos pendientes de antaño con esmeraldas y a los más modernos solitarios.[354] Coronas, diademas y pulseras, alfileres que formaban abejorros y mariposas de brillantes, todo se realizó, se malbarató en aquel desastre, peor mil veces que un incendio. Mientras tanto, Salomón tranquilamente, en su despacho comedor de Madrid, discurría sobre el imperativo categórico de la conciencia.

Sólo se reservaron las ropas de uso diario, algunos muebles precisos, alhajas de oro que no tenían casi valor, pertenecientes a las dos señoras, unos pendientes de perlitas que el padre de María Josefa le compró el día de su primera comunión y que guardaba como recuerdo y la pulsera recogida por Eduardito; pero se pudo pagar a todo el mundo y quedó un pequeño remanente de tres mil pesetas con que atender a las necesidades precisas durante algún tiempo mientras Dios abría puertos de claridad, como decía la condesa.

Por de contado, la casa-palacio se desalojó. Había sido vendida en la subasta judicial y las señoras no podían permanecer en aquel panteón de sus desdichas, ya transmitido a otros dueños. María Josefa derramó a solas algunas lágrimas cuando se despidió de su querido cierro de cristales, refugio de sus ocios, lugar de sus lecturas, asilo de sus tristezas y confidente de sus amores. No, no se sentaría más a sus cristales al soñar, al rayo del sol del invierno, con el galguito jugueteando a sus pies y el libro piadoso entre sus manos. Aquella vida dulce y serena había terminado, y en la casa vacía sólo quedaban las sombras de los recuerdos agarrándose a las paredes.

Eduardito habría querido convertir toda su sangre en oro para darla por tres doloridas mujeres venidas a ruina tan espantosa. Pero era pobre; su registro de la Propiedad estaba en latín todavía;[355] perdió con sus amores mucho tiempo que debió dedicar a sus estudios y aún se hallaba en el último año de la carrera, por el que trabajaba afanosamente. Sí, la terminaría; haría oposiciones, ganaría la plaza de Registrador deseada, se casaría con María Josefa y se realizaría aquel idilio de las anotaciones preventivas mientras ella, a su lado, hacía labores caseras. Sin embargo, pensaba con amargura en la oposición de Barbas tristes y se decía que cuando la política cruel había afeitado en seco esas barbas, bien tenía que echar las suyas en remojo.

María Josefa y Eduardito llegaron a amarse entrañablemente. La ruina de la casa condal convenció a aquella nobiliaria familia de que el joven era no menos noble de corazón y de que su amor no obedecía a un capricho ni a un deslumbramiento. Los dos novios veíanse a diario y no amargó menos al enamorado doncel que a la sensible niña el traspaso de aquella casa solariega con aquel cierro de cristales, jaula dorada de sus entrevistas, de sus señas, de sus mensajes y de sus mimos.

Se tomó una casita modesta en la plaza del Agua, [356] una plazoletita misteriosa y apartada, por donde no pasaba alma viviente. Era una casilla vieja, recompuesta, que parecía nuevecita, con su fachada azul y sus balconcillos pintados de verde. Tenía

---

[353] *diamantes rosa: lo*s labrados por la cara superior y que quedan planos por el envés. Ledesma llegó a planear un volumen de versos de sabor modernista titulado *Diamantes rosa*.

[354] *solitarios:* diamantes gruesos que se engastan sólo en una joya.

[355] *estaba en latín todavía*: no pasaba de ser un mero deseo.

[356] Así llamada por el baño público que existía en ella en la época musulmana.

puerta de enrejado de hierro; patinillo empedrado de piedrecitas blancas y negras; en medio de él, un pequeño aljibe con su compuerta y cerradura; arriba, una salita con un balcón, un gabinetillo, dos alcobas con ventanas al patio, un comedorcito y los demás cuartos interiores precisos para un par de criadas. Se arregló todo de la mejor manera con los muebles reservados y con algunos otros indispensables y modestos que se adquirieron. María Josefa hizo de una de las alcobas su dormitorio, su ropero, su oratorio y su tocador, todo junto. Su Cristo de marfil estaba al lado de su cama, sobre una cómoda; al otro, un espejillo sobre una mesita vestida de blanco y adornada de lazos azules, donde se peinaba, y un armarillo de pino para sus trajes, enfrente.

-Vaya, se está muy bien aquí, decía a su madre. Mira: tu salita alfombrada, tu gabinetillo esterado, tu alcoba abrigadita; todo más en pequeño que allá en el caserón, pero más fácil de arreglar. No necesitamos criados; la cocinera para guisar, una chiquilla para ayudar a la limpieza y hacer recados, y sobra. En un santiamén todo está listo y dispuesto. Una casita pequeña es una bendición. Y su madre la miraba tristemente diciendo: Sí, hija mía, conozco tus intenciones; deseas que casi me alegre de nuestro desastre, pero no puede ser, no puedo olvidar nuestro palacio de la calle de San Juan de Dios, ni conformarme con la derrota.

Instaladas en aquella vivienda, la condesa suspiraba por cuán pronto se acabarían aquellas tres mil pesetas salvadas del naufragio. Bien que se conformase con su suerte, que estrechasen su presupuesto a lo increíble, que aquel dinero les durara un año y medio a la sumo, pero ¿y después? La cerrazón del porvenir asustaba a la vieja señora. Seguramente María Josefa, menos previsora y experta, no meditaba en ese tremendo problema del mañana. Con los gastillos de la mudanza y de la instalación se habían ido otros mil reales. La condesita había apartado otros quinientos para comer aquel mes; sólo quedaban diez mil quinientos para todo el resto de la vida, y agotados éstos, la nada, la miseria, el hambre, el desahucio y la mendicidad.

María Josefa leía todas estas lúgubres ideas en la nublada frente de su madre y para ahuyentarlas sacaba siempre la conversación de las muchas gentes que se encontrarían peor. Nosotras tenemos sólo esto; vivimos por ahora casita abrigada, nos quedan vestidos y muebles y un pedazo de pan que llevar a la boca; vemos asegurada nuestra subsistencia por un año, cuando la doctrina manda pedir a Dios todas las mañanas el pan nuestro de cada día. ¿Y las mil familias pobres que carecen de él? ¿Y las que tiritan de frío? ¿Y, en fin, las que, sin recursos, sucumben a las enfermedades y al dolor? No, no había que entristecerse, sino mirar hacia abajo y hacia atrás, a los que quisieran para sí las tristezas de ellas.

La condesita se procuró una lista muy larga de familias miserables, agobiadas del hambre, del frío y de los padecimientos en los barrios de aquella ciudad. Todos los días presentaba a su madre muchos nombres, con la relación de nuevas desdichas, y so pretexto de ir a recoger datos para su pequeño padrón del infortunio, salía a recorrer aquellos infectos lugares humildemente vestida, sin más compañía que su perrito galgo, que ya no saltaba gozoso como antes, sino que alargaba las orejillas y andaba quedito, como para enterarse de todo el alcance de las preocupaciones de su dueña.

Aquí entraba y de allí salía; pero aquellas pobres gentes, cuando la veían aparecer, se asomaban a las puertas para llamarla y la despedían con bendiciones. A las dos semanas los diez mil quinientos reales estaban repartidos en limosnas; muchos dolores ajenos aliviados; conocida María Josefa en aquellos tugurios como el ángel de la caridad; pero abreviado el año de respiro de la condesa y llegado el momento de la

suprema crisis.

María Josefa lo confesó todo a su madre; no se arrepentía; había recibido poderes de hacer y deshacer y había quemado sus naves en el fuego de la caridad. ¿Qué era eso de tener guardado tanto dinero mientras otros carecían de todo? ¿Cómo pedir a Dios el pan nuestro de cada día teniendo acaparado el de un año entero? No; había que completar la obra de la voluntad divina, que quiso desposeerlas de su fortuna. Ellas sustrajeron a ese decreto aquella suma, reteniéndola como hurtada, y fue justo darla a los necesitados. Lo ordenaba el Evangelio: Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes, dalo a los pobres y sígueme.[357] No se podía seguir a Cristo en el camino de la perfección sin cumplir aquel consejo.

La condesa creyó una locura sublime la de su hija. Sí, aquello era bueno, santo, heroico; pero ¿qué harían? ¿De qué podrían sustentarse, agotados los veinticinco duros del mes? ¿Cómo pagar al casero y a las dos sirvientas? La realidad era que ninguna otra persona, anhelosa de perfección, vendería su capital y vendría a socorrerlas. Habían repartido a los pobres sus pequeños recursos y eran tan pobres como ellos.

La condesita no se arredró; se puso su talma y su modesto sombrerito, cogió su *en-tout-cas*[358] y salió de la casa, seguida a paso ligero del galguillo inglés. Echó por una calle estrecha, torció por otra, siguió calle abajo, llegó a la Carrera y se perdió a lo lejos, como la visión de un cuento. Una hora, dos y la joven no volvía. No dijo a dónde ni a qué iba. La impaciencia de la madre y de la tía rayó en terrible inquietud al ver que era la hora de comer y aún no había regresado.

Al oscurecer, casi cuando ya las dos señoras temían alguna nueva desgracia, oyeron al galguillo ladrar y arañar la puerta. Salieron, abrieron con afán, y el perrito y María Josefa entraron en casa. Aquél jadeante, con las lengua fuera, y se tendió en el gabinete fatigado. María Josefa se quitó la talma y el sombrerillo. Sus encarnadas mejillas, sus rizos dorados pegados por el sudor de la frente demostraban que había andado de lo lindo todo el día.

¿A qué y por dónde? Éste era su secreto. Cuando la condesita se sentó al lado de su madre, le cogió las manos, se las besó y le dio cuenta de su correría. Habían perdido veinticinco duros mensuales y tenían cincuenta. Dios hace así las cosas: da ciento por uno; y no ya sólo en la otra vida, sino aquí mismo, en la tierra. La condesa se quedó estupefacta. ¡Cincuenta duros! ¿Cómo? Muy sencillo, dijo María Josefa sonriendo; diez lecciones diarias de piano, a cinco duros mensuales, cincuenta: no falla. La condesa se echó a llorar; madre y tía estrecharon locamente a la joven, y ésta las acariciaba y procuraba desasirse, diciéndoles: Vaya, calmaos, ¡qué tontería! ¿a qué ese llanto?

Granada entera supo el acto valeroso de María Josefa y las familias más encopetadas se disputaban sus lecciones. Era una pianista excelente; pro además un corazón como pocos; y con la música de Chopin y de Beethoven todos querían para sus hijas pequeñas la inefable armonía emanada de aquel corazón y de aquellos ejemplos de bondad. La condesita hacía sus selecciones; podía escoger casa y discípula; podía tener ocupadas todas las horas del día, pero se contentaba con aquellas diez lecciones seguras, que se le habían brindado con tanto entusiasmo. ¡Cuánto vaciló antes de decidirse! ¡Qué

[357] Marcos, 10, 17-22.

[358] *en-tout-cas*: en francés, paraguas pequeño.

sonrojo cuando llamó a la primera puerta! Todo lo había pasado por amor a su madre y a sus infelices necesitados, a quienes sin eso no podría socorrer.

Parva domus magna quies: casa pequeña, gran quietud. La joven tenía tiempo para todo. Se levantaba temprano, disponía desayuno, almuerzo y comida, arreglaba con las mandadera las habitaciones, limpiaba el polvo, barría, hacía las camas; todo en un santiamén. A la hora de almorzar la casa estaba limpia como el sol, la mesa puesta, los vasos centelleaban a la luz como recién sacados de la fábrica, y se almorzaba en santa paz, con gusto y con apetito. Enseguida la condesita se ponía el traje de calle, un trajecillo verdoso, entallado, que daba a su figura el aspecto de una inglesita; arreglaba su lindo dorado cabello, *a la negligé*,[359] y con su talma, sombrero y *en-tout-cas* echaba a correr a sus obligaciones seguida del galguito jadeante. Aquí estudios de Cramer[360] que hacía repetir a infantiles manos torpes; allá *canzonettas*[361] y piezas fáciles con que animaba a jovencitas impacientes; en otras partes nocturnos y sonatas y polonesas; en alguna que otra casa el arte supremo del bordado musical de las grandes obras. A todo se acomodaba la paciencia bondadosa de la profesora; pero cuando volvía a su casa su cabeza era un organillo callejero sonando a la vez con las múltiples piezas de aquel repertorio abigarrado. Entonces descansaba un rato, charlaba con su madre, se encendía la luz del comedor y se comía con reposo. A poco llegaba Eduardito y hacía la acostumbrada visita. Los novios se hablaban de sus luchas, de sus proyectos, de sus esperanzas. A las nueve de la noche ¡adiós!, cada mochuelo a su olivo. Eduardito a estudiar hasta la madrugada y María Josefa a rezar sus oraciones delante del Cristo de marfil, como una Magdalena que jamás hubiese pecado.

¡Ah! pero a fin de mes, en premio de las tareas del día, venía con cincuenta duros a su casa y los enseñaba a su madre gozosa, jugando con ellos, echándolos hacia arriba y recogiéndolos con presteza, como una funámbula; y cuando se cansaba de sus juegos y los hacía montoncillos, distribuyéndolos para el gasto del mes y algún imprevisto, y el resto lo guardaba por separado e iba a derechito a sus pobres, a quienes seguía visitando cada semana. Ese sobrante no era suyo; se lo daba Dios de añadidura para continuar sus piadosas obras. Nosotras, decía a su buena madre, no tenemos derecho más que a lo necesario.

Eso ocurría en casa de la condesa desposeída, en tanto que el gran Salomón ayudaba con su maza a consolidar la justicia en el mundo y seguía abordando los altos problemas metafísicos en reuniones y Parlamentos sobre la cuestión social y las evoluciones posibles de la propiedad, en los futuros tiempos de la Historia.

Algún discurso de ésos, publicado en ambas planas de un periódico órgano de aquel hierofante, llegaba a los humildes albergues donde la mano de María Josefa dejaba la moneda de plata consoladora; pero ¡qué diferencia! Aquel papel estéril no socorría el hambre de la familia indigente e iba a parar en definitiva al estercolero; mientras la moneda de la caridad enjugaba lágrimas y se convertía en abrigo y en medicinas para los enfermos.

---

[359] *a la negligé*: con aire descuidado.

[360] El pianista y compositor alemán Johann Baptist Crammer (1771-1851), célebre por su técnica pianística y la obra pedagógica realizada en este terreno y que se concretó en sus *Estudios* de 1815.

[361] *canzonettas*: canciones populares vocales italianas, originadas hacia 1560. Inicialmente, parecidas a un madrigal, de estilo más ligero. En el XIX, fuera de Italia eran canciones para voz y acompañamiento, generalmente en estilo secular ligero.

El espíritu cristiano arreglaba mejor los conflictos, vertía bálsamo en las llagas sociales, mitigaba en lo posible los humanos dolores. María Josefa con su Catecismo sabía más que Salomón con su Ética y su falsa Sociología.

CAPÍTULO II

Rayo de sol

Volvamos a Barbas tristes. La gota de hiel, derramada en un momento de mal contenida angustia, desapareció instantáneamente en la madeja de lacias barbas del ex dómine cuando al saber el robo que se le hizo de su cátedra exclamó: Haremos otra oposición.

Su voluntad de hierro no se declaró vencida: la suavidad de su carácter no se exasperó, y sólo tuvo aquel instante de flaqueza, en que pareció desfallecer.

Mientras Canuto peleaba en Miralmar por su candidatura y la condesita liquidaba en Granada los últimos maravedises, Barbas tristes se encontró como náufrago entre los oleajes de la Corte, sin tabla a que asirse, porque no quería seguir abusando de los recursos pecuniarios de Don Primitivo.

No podía pagar sus habitaciones de la calle de Fuencarral, y sin decir palabra a Canuto, que no lo hubiera consentido, se subió a la guardilla del mismo edificio, donde por toda ventilación gozaba de un ventanillo, saliente sobre el tejado. Allí trasladó sus piezas anatómicas, una mesilla desvencijada y cuatro sillas de anea, un catre cojo y un viejo quinqué. Su comida era más miserable aun, corriendo a cargo de un matrimonio, también pobre, con prole numerosa, que vivía en el tugurio de al lado.

Así pasó Barbas tristes el más triste invierno de su vida, sin una estera, sin un brasero, con dos cristales rotos en el ventanillo, que tuvo que suplir con pliegos de papel pegados al marco con engrudo. El viento del Guadarrama llamaba a las maderas como un soplo de la muerte, preguntando por el ex dómine; en los cristales rebotaba el granizo y las tejas se cubrían de escarcha todas las mañanas, como preparándole un sudario. Pero el profesor, tiritando, sin ropa de abrigo, arrebujado en el cobertorcillo de la cama, seguía leyendo y leyendo, devorando libros, de día y de noche, y envuelto en una capa raída bajaba las interminables escaleras y se iba, calles allá, a los hospitales y clínicas a comprobar sobre los cadáveres de las losas y los enfermos de las salas sus estudios y sus científicas lucubraciones.

Sus compañeros le prestaban obras que él devolvía religiosamente, quedándose con la letra y la sustancia dentro de los sesos. En las consultas gratis de los enfermos pobres, ya su opinión era escuchada con respeto. Cuando había que hacer alguna arriesgadísima operación quirúrgica de mucho compromiso y ninguna utilidad, a él se le confiaba por los más ladinos, y el éxito casi siempre coronaba sus trabajos. Su nombre iba corriendo como el de un milagrero. A fuerza de constancia y con los méritos reconocidos de su oposición, se le llamaba de ayudante en muchas ocasiones y se le daban algunos honorarios de las curas. Así pudo ir tirando todo aquel invierno tristísimo y pagar la guardilla y la comida y hacerse alguna ropa.

En aquel tiempo le salieron muchas canas sobre las que tenía; pero, aun más

flaco y melancólico, se conservaba fuerte y curtido. La hija mayor del matrimonio pobre del zaquizamí[362] de al lado, una muchacha blanca, con el pelo rojo y bellos ojos negros entristecidos por la asidua costura, le llevaba al cuartucho la comida y le hacía en él la limpieza, todo de prisa y casi con brusquedad, porque no podía abandonar otras tareas. Su pobre madre estaba muy enferma, y su padre, que era mozo de cuerda, tenía que salir por la mañana a la estación y andar todo el día a caza de trabajo.

La muchacha se pasaba el resto del tiempo ayudando a su madre a cocinar, o sentada al ventanucho, que formaba esquina con el del médico, cosiendo a más coser, ante unas macetas de clavellinas que tenía puestas en el pretil, sobre el tejado.

El médico estudiaba, la niña cosía, el viento arisco de marzo sacudía los vidrios del pequeño macetero, impidiendo con sus helados soplos que rompiesen su botón los capullos, y sólo como notas atractivas oíanse, sobre el rumor confuso de la ciudad, el gorjeo del pájaro que parábase en el alero, cual si llamase a la primavera, y el canto de la costurera, que parecía repetir los sollozos de *La canción de la camisa* de Tomás Hood.[363]

Médico y costurera soñaban y trabajaban al unísono. Él sobre las páginas de sus volúmenes, ella sobre la tela de sus prendas. ¡Si yo tuviera dinero para más libros!, pensaba el ex dómine. ¡Si yo tuviera una máquina de coser!, se decía la muchacha. Los dos cifraban su anhelo en trabajar, en trabajar más cada día.

Seguramente él hubiese tenido más libros y mejor vivienda si hubiera recurrido al charlatanismo de muchos; pero su ciencia era modesta, silenciosa, como la virtud de esas plantas medicinales que se esconden entre malezas. De cierto la joven habría tenido máquina de coser y un buen cuartillo y ricos mantones en que envolverse y contonearse si hubiese sido fácil a las insinuaciones de muchos; pero era buena y honrada y sólo podía contar con aquella fría y larga guardilla y con la labor incansable de sus manos.

La muchacha cayó enferma y Barbas tristes la asistió. Estaba sobre un jergón, roja de calentura; tal vez de una pulmonía. Fue preciso auscultarla. El médico, que había contemplado tantos cuerpos muertos sobre las losas de las salas de disección, y que no sentía sino indiferencia por la carne viva, se emocionó al aplicar el oído sobre aquel seno blanco y sobre aquellas espaldas mórbidas. Había algo más en el mundo que la ciencia fría; salvar a aquella mujer era algo más que un triunfo del saber humano: un regocijo del alma.

Fue una pulmonía realmente la que tuvo la costurera; pero sanó gracias a los heroicos esfuerzos del ex dómine. Convaleciente, miraba con gratitud a su salvador, que había sido en aquellos días angustiosos, en que ni ella ganaba ni su padre salía al trabajo, una verdadera Providencia de la casa. Restablecida, era preciso no pensar en coser en algún tiempo. El cuerpo inclinado sobre la costura dañaba los delicados pulmones; y Rosalía, que así se llamaba, tuvo su descanso y luego su máquina de coser, que le fió Barbas tristes. Al cabo de algún tiempo, volvió a su costura. El doctor no dejó entre tanto sus hospitales y sus estudios. Cuando vino mayo, cuando las clavellinas rompieron por fin sus botones y los pájaros hicieron sus nidos en los aleros y por los

---

[362] *zaquizamí*: desván, sobrado.

[363] El poema *The song of the Shirt* de Thomas Hood (1799-1845), escritor satírico ingles, redactor del *Punch* y del *London Magazine*, apareció en 1843 en el número de Navidad de *Punch*.

abiertos ventanuchos daba los buenos días el sol, Barbas tristes solía asomarse algún rato a conversar con su enferma, ya restablecida, que le sonreía y bajaba los ojos.

Es verdad, pensaba la muchacha; era feo aquel caballero; pero ¡qué bondadoso! ¡qué distinto de los cien que se tropezaba en la calle cuando iba a entregar su costura! Hombres holgazanes, *dandys* y ociosos, paseantes en Corte inútiles y aun perjudiciales a la sociedad, le echaban piropos y la seguían a veces hasta el segundo tramo de la escalera; mientras el pobre médico jamás la miró con ojos codiciosos, siempre embebido en sus libros, cuando no empeñado a brazo partido con la muerte.

Rosalía había suavizado sus brusquedades. Entraba a arreglar la habitación y no tenía tanta prisa; se quedaba embobada a lo mejor, y cuando traía el almuerzo al ex-dómine lo amenizaba con su charla encantadora y con sus sonrisas, que, entre sus abiertos labios de grana, dejaban ver blanquísimos dientes. Era una figura delgada, esbelta, envuelta en un trajecillo pobre, con un corpiño de tela azul y un delantal de listas, y sus grandes ojos vivos resaltaban hermosamente en aquel rostro albo como la nieve, con mejillas encarnadas como las manzanas y coronado de aquellos cabellos rojos que se rizaban por sí mismos sobre la frente, en torno de las diminutas orejas y en la rica mata de su trenza, arrollada sobre la nuca.

Para el cenobita San Antonio[364] hubiera sido una tentación. Barbas tristes la veía como un consuelo, como aquel rayo de sol benéfico que entraba por la ventana para alegrar un rato la guardilla; pero volvía a sus estudios interminables y a sus largas correrías a través de hospitales y barrios infectos, donde ya tenía alguna clientela.

Cuando salía el doctor, la muchacha se quedaba con la llave del cuarto. Era la depositaria; jamás se atrevió a abrirlo no estando él allí, ni a curiosear en aquella mesa y en aquel armarillo de objetos y papeles con que el mobiliario fue aumentado. Cara le costó su curiosidad un día. Era por la tarde y Barbas tristes no venía a comer; la niña tenía la fiambrera lista y, so pretexto de llevarla al cuarto del doctor, lo abrió y se puso a hojear libros. ¡Cuántos y qué gruesos volúmenes había allí! ¡Cuánto papelorio! ¡Cuánto debía de saber el que tenía todo aquello en la cabeza! Encima de un legajo había una cosa envuelta en un papel de estraza: ¡alguna golosina! Rosalía no pudo resistir la tentación de desenvolverlo, y sus ojos quedaron espantados y lanzó un grito de horror: era una mano cortada, una mano muerta, amarilla, semiverdosa, con largos dedos afilados y muñeca ensangrentada. ¡Dios mío! Sería aquel hombre un asesino, un criminal bajo la capa de un santo. Rosalía huyó dando gritos cuando precisamente entraba el doctor. La mano muerta estaba allí, sobre la mesa, como llamando a los dos desde un mundo invisible.

El doctor sonrió, dio un golpecito en la espalda a Rosalía, tranquilizándola y haciéndola ver que aquel era un objeto de estudio, y la muchacha no volvió a entrar sola en el cuarto del Galeno, donde temía ya poder encontrar objetos semejantes; pero, a pesar de su repugnancia, siempre que él estaba allí procuraba asomar, decirle alguna palabrilla, y el médico dejaba su libro un instante para fijar sus ojos cansados en aquel rayo de luz de aquella cabecita roja.

Poco a poco iba reuniendo dinerillo Barbas tristes, de sus curas y sus igualas. A nadie pedía; la medicina era caridad que debía dispensarse a todos, recibiendo en cambio lo que por caridad pudiese dar cada cual. No, no se debía vender el saber, ni

[364] Nacido en 250 en Coma, cerca de Heraclea, en el Alto Egipto, llevó una vida retirada en los desiertos. Se le representó con un pequeño puerco a los pies, el diablo tentador.

hacerse presa de la habilidad quirúrgica para obligar al paciente al pago de una crecida cuenta. Lo mismo era poner el puñal al pecho pidiendo la bolsa al indefenso viajero que agobiar al enfermo con la exigencia de una cantidad por una operación, bisturí en mano, cuando aquel, por salvar la vida, tendría que aflojar la bolsa reclamada. Todo era o debía ser caridad: la operación o asistencia del facultativo; la dádiva o recompensa del enfermo. El uno dar gratis y por amor de Dios su ciencia y su trabajo; el otro socorrer por amor de Dios al primero con su dinero hasta donde buenamente pudiese y nada más. Así que el ex dómine trabajaba mucho y ganaba poco porque no encontraba siempre aquella reciprocidad de sentimientos; pero ganaba ya lo bastante para cubrir sus modestísimas atenciones y tener algunos ahorros.

Con los primeros que reunió pagó a Don Primitivo. Con los nuevos que obtuvo pudo volver a ocupar el pisito segundo de aquella casa, pero los empleó mejor en instrumentos quirúrgicos. Su fama iba extendiéndose y sus ganancias aumentando, y le daba pena abandonar aquella guardilla, a la que habíase habituado, contentándose con esterarla, con poner los cristales que faltaban al ventanillo y con procurarse brasero y lumbre para los inviernos. ¡Ah! pero al propio tiempo mandó otra estera para los vecinos y les proveyó de lumbre y brasero también, y siempre daba a Rosalía algún dinerillo por el trabajo de la limpieza, y aumentó la mesada de la comida, para alimentarse mejor y para que pudiesen hacerlo igualmente aquellos infelices de al lado.

Había hecho ya Barbas tristes curas asombrosas, operaciones delicadísimas y atrevidas cuando se vio sorprendido con el Besa La Mano de un ministro. Se le rogaba encarecidamente pasase por el domicilio de su Excelencia, que se hallaba muy enfermo, y el ex dómine no pudo menos de quedar perplejo un instante. Se le llamaba a casa del mismo que le había birlado la cátedra, ministro de Fomento entonces con Tirabeque, pero que, por una evolución política, se había pasado al campo de Vitroque, poco antes de tocarle a éste el turno del poder, y había empalmado en los Consejos de la Corona. Era el tal un personaje muy avisado; sentía crecer la yerba, y como se habían borrado las fronteras de los partidos políticos, porque no había diferencias apreciables entre liberales y conservadores, pudo, según él sin escrúpulo de conciencia, pasar de uno a otro bando, cuando incompatibilidades personales y diferencias de criterio le hicieron disentir de Tirabeque.

El ministro de Fomento de entonces lo era de Gracia y Justicia en la nueva situación, y cacique de dos provincias gemelas, su influencia no se había eclipsado, sino robustecido con el cambio de postura.[365]

¿Qué enfermedad aquejaría al buen señor? ¿Qué apretura tan grande le ponía en el caso de recurrir a aquel mismo a quien había postergado, arrebatado la cátedra y arrojado a la miseria? Por la mente de Barbas tristes pasaron rápidamente estas interrogaciones. Pero al orgullo satisfecho y a la idea de revancha, apenas iniciada, se sobrepusieron la bondad ingénita de su espíritu y su conciencia profesional. Iría, no desatendería el llamamiento; era un hermano que sufría y reclamaba sus auxilios: la medicina es caridad. Desechó todos los tristes recuerdos que le evocaba aquel hombre y se dirigió con paso presuroso a su casa.

---

[365] Ledesma parece pensar en el político alicantino Carlos Navarro Rodrigo (1833-1903), gran cacique de la situación liberal almeriense desde 1881 En gobiernos presididos por Sagasta, fue ministro de Fomento en dos ocasiones (1874 y 1886-88).

Realmente el ministro estaba muy grave; su médico de cabecera había celebrado una consulta con los más afamados doctores de la Corte y se convino en que el paciente tenía un cáncer en el intestino. Había que hacerle una operación entonces de gran riesgo y delicadeza, la resección intestinal: abrirle el abdomen, registrarle el cáncer, cortarle el pedazo de intestino dañado y soldar las dos extremidades.

El caso era apuradísimo. ¿Quién era el guapo que le cortaba un pedazo de tripa a un ministro? Todo se habían vuelto cabildeos. A la sazón, era aquélla una operación novísima, y en Madrid sólo se habían dado dos casos de ella, en dos enfermos pobres. Los había operado un doctor apodado *Barbas tristes* y los pacientes habían sanado a maravilla. De este médico se sabía además que había hecho oposiciones a una cátedra de Fisiología y que había obtenido el primer lugar en la terna, si bien se adjudicó la cátedra al que ocupaba el último. Se le dijo con toda claridad a la familia, y al ministro con toda precaución; recordó éste el caso de la terna y de su injusto nombramiento, si bien se lo calló. Hubiera querido, y así lo significó a sus doctores, que se prescindiera de aquel médico para el caso; pero la urgencia del mal y las circunstancias que concurrían en aquel profesor, que ya tenía repetidas experiencias de la operación, hicieron insistir a los doctores, y por fin el ministro dio su venia para que se llamase a Barbas tristes.

Humildemente entró el ex dómine en la lujosa estancia y con palabra suave y modesta tomó todos los datos que el enfermo le suministró; hizo el examen de todo cuidadosamente, y el ministro, que esperaba ver un hombre hosco y vengativo, quedó encantado de aquella alma dulce y serena, por donde parecía no haber pasado jamás la sombra de un resentimiento. Le aprestó la mano con afecto, como pidiéndole disculpa; Barbas tristes se la estrechó también con cariño, y pasó a la consulta con los otros doctores, acompañado del médico de cabecera que le había dado los antecedentes.

Ésta se celebró a puerta cerrada y sólo se supo de ella que se convino en el diagnóstico y en la extirpación, y que los consultantes salieron admirados de la ciencia profunda de aquel hombre sencillo. Barbas tristes quedó encargado de hacer la resección intestinal; tres de sus compañeros le servirían de ayudantes.

Todo preparóse; llegó la hora y se procedió a colocar al paciente en la cama de operaciones haciéndole la asepsia de la pared abdominal y cloroformizando al enfermo. Barbas tristes practicó una laparotomía[366] media; puso al descubierto el paquete intestinal, donde el cáncer radicaba; extirpó éste, cortando siete metros de intestino delgado; suturó después los extremos; luego en planos el peritoneo, los músculos y la piel; colocó el apósito compuesto de gasa y algodones y una venda de franela fina; todo con precisión y rapidez y con éxito felicísimo.

A los veinte días, el paciente estaba curado. La tripa del ministro había quedado cortada ¡ay!, pero sólo en sentido quirúrgico. La alegría de su familia, de sus amigos, de sus numerosos secuaces políticos, que habían tenido pendiente su porvenir de aquella tripa dañada, no conoció límites. Se hablaba de Barbas tristes en todas partes, en el salón de conferencias, en las tertulias, en los Ministerios, en el comedor de Tirabeque, en los salones de Vitroque, y las revistas de medicina daban pormenores de aquella primorosa operación, que ponía tan alto el nombre de los médicos españoles. Barbas tristes llegó a ser el hombre del día y se disputaban su asistencia las casas principales, las familias pudientes, la aristocracia y los hombres de estado; pero él no quería subir a la cumbre de la fortuna abandonando a los seres que le habían ayudado en sus

[366] *laparotomía*: incisión y abertura de la pared abdominal en cualquier punto.

estrecheces, y no consintió en dejar las igualas de gentes modestas, ni la asistencia de sus enfermos pobres, y sólo dedicaba a aquellos privilegiados su tiempo sobrante.

El ministro trató de recompensar largamente al ex-dómine; le pidió la cuenta, que éste se negó a extender ni cobrar, considerándose bastante recompensado con la satisfacción del deber cumplido; le quiso dar una Gran Cruz, que rehusó; hacerle médico de la Real Cámara, cuyo honor declinó también, y por último le propuso darle un acta de diputado. Precisamente, con el cambio político, se habían disuelto las Cortes y se estaba con la masa en las manos, es decir, en los trabajos del encasillado, donde el ministro de Gracia y Justicia tenía siete u ocho lugares. Era la ocasión propicia, y a pesar de sus infinitos compromisos Su Excelencia saltaría por todos para dar a Barbas tristes un distrito.

-Sea, dijo éste, acordándose de su amado Canuto y de la amargura de su derrota; pero no para mí. Haga usted diputado a un hombre que lo merece más que yo y que por virtud de las mallas de ese mismo encasillado que nos rige no ha podido venir al Parlamento, a pesar del deseo de su provincia y de los grandes méritos que le abonan. Si yo he consumido mi vida en el estudio de las enfermedades del individuo, él las ha empleado en el de las dolencias de la sociedad. Yo soy un médico del cuerpo humano y él podría serlo del organismo de la Patria. Respondo de su ciencia, de su elocuencia, de su rectitud y su lamento de un país tan necesitado de reformas, y si se estrellan sus idealismos contra la realidad, no le quedará la tristeza de morir sin haber intentando implantarlos.

El ministro se sonrió, pero dispuesto en un todo a complacer al que le había salvado y, ante el temor quizás de que se le reprodujera la dolencia y hubiera de recurrirse de nuevo a cortarle otro pedazo de intestino semejante, accedió a poner entre el número de sus candidatos a Canuto, y aun a permutar un distrito, para que éste saliera, ya que no por la capital de Miralmar, por otro de sus casilleros electorales. Así se lo exigió a Vitroque, y con la venia de éste se comunicaron órdenes secretas al gobernador, y escribió Barbas tristes a Canuto: “Preséntate candidato por el distrito de Miramejor, donde el Gobierno será neutral en la lucha”, convencido de que, si le decía la verdad entera, no habría aceptado la protección ministerial, ni el acta regalada.

No se olvidó tampoco Barbas tristes de la pobre familia de Rosalía. El padre estaba tan viejo, que no debía llevar a cuestas los pesados fardos; la madre, más enferma cada vez, apenas podía ya moverse en la guardilla; los pequeñuelos andaban descalzos, sin educación ni enseñanza, y Rosalía, la hermosa Rosalía, tenía que atender a todo con su costura, que a pesar de la máquina no le daba gran provecho. La muchacha, viendo tan encumbrado a aquel señor, tan visitado en el piso segundo de la casa, a donde al fin se trasladó por decoro, se avergonzaba de haber pensado en él y casi sentía que fuese pasado aquel tiempo fatigoso, pero para su alma feliz, de la guardilla sin esteras, del invierno sin brasero, de su convalecencia sin pan y sin trabajo, y de sus días sin sol, puesta al ventanucho mientras el doctor se tragaba las letras de sus libros viejos.

Barbas tristes consiguió para el padre de Rosalía una plaza de portero en el Ministerio. No pocas veces entraba éste con los galones en las bocamangas a llevarle alguna carta del ministro; y Rosalía bendecía aquella Providencia que aseguraba el pan y la educación de sus hermanos, no dejando de bajar de vez en cuando algún plato de dulce hecho por ella misma para el doctor, que con ojos melancólicos y a través de sus gafas de miope miraba siempre a la muchacha como a un rojo rayo de sol entre las frías nieblas de su vida.

CAPÍTULO III

El fracaso

Canuto, que había renunciado ya a sus titánicas empresas, salió de su atonía con la inesperada carta de Barbas tristes. ¿Sería verdad que el Gobierno iba a guardar neutralidad alguna vez? Y ¿por qué sólo en aquel distrito y no en todas partes? Indudablemente el ex dómine había conseguido sólo una promesa de imparcialidad, que no se cumpliría, resultando la nueva elección un nuevo fracaso.

Voló al distrito y halló que en todos los pueblos le recibían en masa los vecinos y los Ayuntamientos. En ninguna parte encontró la tenebrosa oposición de Baltasar, ni del que le sustituiría en el turno pacífico aquella vez; al contrario, facilidades y apoyos, y hasta se habló por los alcaldes de darle las actas en blanco, cosa que rechazó, pues quería que su elección fuese enteramente libre y legal.

Llegado el día de la lucha todo pasó como una seda. No hubo contrincante; de los pueblos venían a la cabeza del distrito los certificados llenos de votos, y hecho el escrutinio general se le proclamó diputado electo y se le dio su acta en regla.

Canuto quedó maravillado de la facilidad con que había conseguido la gran aspiración de su vida, cuando antes tanto había peregrinado y batallado sin éxito ni esperanzas; pero en fin, satisfecho de su triunfo, reanudó sus trabajos preparatorios para la gran obra política que pensaba acometer desde los escaños del Congreso.

A Don Primitivo se le alivió mucho con el alegrón la enfermedad del hígado que le aquejaba, viendo después de tantos vendavales más lozano que nunca su árbol genealógico; Doña Gertrudis, con el regocijo, dio por bien empleados todos los disgustos de su Canuto, que ya estaba en camino de ministro. Solamente los primitos de las corbatas de tomate y huevo se miraban malhumorados, creyendo de nuevo que se les escapaba el tercio y quinto definitivamente.

Aprobada sin discusión el acta, Canuto iba todos los días al Congreso, atisbando la ocasión oportuna de dar la batalla que tenía preparada. Aquel Salón de Conferencias era un hervidero parecido al patio de las Salesas, y allí pudo de cerca el diputado novel apreciar los ruines móviles que impulsaban los actos, que en el escenario de la tribuna parlamentaria aparecían luego revestidos de los ropajes del patriotismo. La interpelación sobre una contrata perjudicial a los intereses del país dependía a veces de divergencias entre los asociados al negocio; la modificación de un servicio público era un enjuague, y los proyectos de Hacienda más excelentes iban ligados indefectiblemente a jugadas de Bolsa colosales. Allí en las tertulias de aquellos corros se pregonaba y vociferaba todo y rodaban las honras de los personajes hechas trapos sucios.

Esos y todos los demás vicios y concupiscencias dependían, según Canuto, de la falsa organización jurídica del Estado y por ende del desorden de la sociedad por él regida. Todo estaba trastornado y desquiciado, desde los cimientos hasta la cúpula, en aquel edificio de la nación española; y así como el Universo volvería al caos sin la ley de atracción y el justo equilibrio de los cuerpos celestes, así vulneradas las leyes y roto el equilibrio jurídico en un pueblo, todo tenía que ser choque, desorden, descomposición y podredumbre.

¿Qué representación nacional, por ejemplo, era aquélla compuesta de los hijos y parientes de los personajes de siempre, de sus favorecidos y allegados, de los elegidos en Consejo de Ministros, donde privadamente se convenía el encasillado oficial? Tirabeque y Vitroque con sus mesnadas ¿eran acaso el país entero, con sus agricultores, sus industriales, sus comerciantes y su inmenso proletariado afanoso de redención? Excepto Canuto, tan espontáneamente elegido por su distrito, y algún otro diputado que se hallase en igual caso, todos los demás eran hechura del Gobierno, y de sus convenios con los jefes de las oposiciones; de modo que aquellas Cortes, *antes deshonradas que nacidas*, como había dicho un hombre público[367] comentando los artificios electorales y los manejos que las forjaron, a reserva de emplearlos él después, no tenían, no podían tener, la genuina representación de la Patria.

Por ese estilo andaba todo; así que Canuto creyó llegada su hora cuando empezó a discutirse la contestación al Mensaje, y se decidió a presentar una enmienda a éste, que decía de la siguiente manera:

-Señora: el país tiene el sentimiento de manifestar a Vuestra Majestad que todos los males que lamenta se originan de una errónea organización del Estado y un completo desquiciamiento jurídico de nuestra sociedad.

Nuestro sistema representativo es una serie de ficciones de derecho, que a la postre se convierten en un completo régimen de falsedades.

La primera ficción es la de suponer que la nación, en la que radica el pleno poder y dominio de sí misma, delega este poder en un organismo que se llama *Estado* para que le rija y gobierne, generándose los poderes legislativo, ejecutivo, judicial y el alto poder moderador.

Esta ficción del poder delegado, base del sistema representativo, engendra esas otras cuatro ficciones de los cuatro poderes, que ejercen su imperio en el país, y todas en la práctica conducen a otras tantas falsedades incompatibles con la vida moral y jurídica de nuestros pueblos.

Falso es en efecto que el monarca al ejercer el poder moderador reine y no gobierne; porque como no se da el caso de una crisis parlamentaria, tiene que elegir sus ministros, cuando y como le parece, y al disponer de su nombramiento a voluntad, reina y gobierna a su albedrío.

Falso es que el poder ejecutivo lo ejerzan ministros responsables; porque como ellos son los que sacan de los encasillados oficiales las mayorías y minorías parlamentarias, nunca responden de nada y cuenta con un *bill* de indemnidad[368] para todo.

Falso es que las Cámaras representen la voluntad del pueblo que las elige; porque, siendo las mayorías hechuras del Ministerio que manda y aun las minorías también, según los últimos adelantos, sólo representan la voluntad de los ministros, y

---

[367] Sagasta lo aseguró de unas Cortes Conservadoras.

[368] *bill de indemnidad*: patente de corso. Manos libres durante un tiempo. El partido conservador lo solicitó en su día a los liberales para la política reformadora de Cánovas.

ellos son los que legislan, con proyectos con cuya aprobación cuentan de antemano.

Falso es, en fin, que haya un poder judicial autónomo y responsable también; porque influido por el poder ejecutivo y con una responsabilidad ilusoria, el tal poder es una dependencia del Ministerio de Gracia y Justicia, y sus violaciones del derecho quedan impunes.

De este modo, Señora, toda nuestra vida política está concentrada en dos oligarquías turnantes en el poder, casi a plazo fijo, alrededor del trono de Vuestra Majestad y ellas se encargan de falsear al sufragio electoral, para continuar alternativamente en ese disfrute; de poner la cosa pública en manos de los amigos para que la usufructúen en vez de administrarla, y de inclinar la balanza de la justicia con el favoritismo, para dejar impunes sus delitos, sus concusiones, sus cohechos, sus fraudes públicos, y tener a su disposición este arma contra los adversarios y en pro de los llamados *correligionarios*, que lo son en el medro.

Esas dos oligarquías han extendido dos tupidas redes de caciques máximos, medios y mínimos por toda España; y la nación que supo resistir al feudalismo de la Edad Media yace presa y maniatada en este feudalismo político mil veces más odioso. Las nociones de la *autoridad*, del *derecho* y de *la ley* han quedado falseadas también: porque la autoridad no funciona para la protección social, sino para servir en todos sus órdenes los intereses de ese caciquismo repugnante, y el derecho se confunde con la voluntad del que manda, y la ley tiene siempre varias interpretaciones según le conviene.

La inseguridad de la justicia lleva a la desconfianza y al desorden. El Estado aparece como un enemigo del individuo y de la colectividad productora, que esquilma con el tributo las fuentes de la riqueza, que saca más de lo necesario para cargas inútiles, creadas por esas mismas ociosas bandas de políticos que viven sobre él; que no se cuida sino aparentemente del fomento de nuestros intereses; que mantiene una fuerza armada para defenderse de la propia nación y para mejor sojuzgarla; y que pide, en suma, al pueblo sus hijos, su sangre y sus tesoros no para asegurarle el orden jurídico, sino para mejor asentar y mantener contra él aquel régimen de ficciones y manejos.

Y como los pueblos no pueden vivir en medio de las falsedades; como no delegan el poder, sino la administración de sus intereses; como sus apoderados o administradores no deben secuestrar esos poderes, ni convertir en su particular provecho esa administración; como es preciso hacer efectiva la responsabilidad de los llamados impropiamente *gobernantes* y restablecer el orden jurídico y moral perturbado, la nación desea, ya que no sea dable sustituir enseguida nuestro régimen representativo, purificarle de sus vicios; a cuyo fin estas Cortes ofrecen aprobar una ley de estrecha responsabilidad ministerial, que haga efectiva y no ideológica la de los gobiernos de Vuestra Majestad; una nueva ley electoral, que les prive de todo influjo y acción en el ejercicio del sufragio y que garantice la independencia del pueblo para nombrar sus representantes; una verdadera ley de organización y responsabilidad del mal llamado Poder Judicial, que asegure una justicia pronta y vigorosa para todos y para ese poder mismo bien necesitado de diques, y una ley de administración local y provincial, que permita el libre desenvolvimiento de los órganos vitales del país, hoy ahogados por la presión gubernamental de arriba.

Esto en orden a la vida política y jurídica; en orden a la económica ofrece igualmente purgar la Administración de sus vicios con medidas de sencilla organización

y funcionamiento de esos centros; arreglar nuestra Hacienda mediante la realización[369] de nuestras colonias, que permitirá transferir nuestras deudas íntegras y cubrir con los rendimientos del capital remanente los demás gastos de nuestro Presupuesto, y dictar disposiciones encaminadas al fomento positivo de nuestra agricultura, nuestra industria y nuestro comercio, y a la protección debida a nuestras clases proletarias, cuyas aspiraciones al trabajo y a la propiedad colectiva han de ser auxiliadas para ese mismo desenvolvimiento económico.

Restablecido el orden del derecho así, en lo posible, con la sanción real, Vuestra Majestad se ceñirá la corona que el Fuero Juzgo consideraba digna de un monarca, cuando decía con severas palabras: "*Rex eris si recta facis, ac si recta non facis non eris rex*".[370]

Esta enmienda al Mensaje pareció atrevida en sumo grado; se dudó si se podría poner o no a discusión; si cabía que la Mesa autorizara su lectura. Era un ataque a la Constitución del Estado, a la médula de los poderes públicos, al mismo Poder moderador, que estaba por cima de toda impugnación. Después, se negaba la autoridad del Parlamento, su representación legítima y hasta el régimen representativo todo. ¿No había demostrado Vitroque, como dos y dos son cuatro, que en España, por virtud de su constitución interna, el poder residía en las Cortes con el Rey? Pues ¿cómo vendría ahora un señor Espárrago a decir que no había tal poder, y que todo era una mera administración eventual y sujeta a rendir estrecha cuenta a los administrados? ¡Bah! Eso era fantasear. Según la realidad histórica, aquí no había más que poder y muy verdadero, muy apoyado por bayonetas y cañones, y representado por la Corona, que nombraba los ministros que hacían las Cortes, y por las bandas de políticos que auxiliaban a los ministros en esta pesada carga. Pretender reducir a todos a meros dependientes y apoderados del pueblo era un desatino candoroso.

Por fin, se convino en que se leyese y discutiera dicha enmienda, y llegó el momento de usar Canuto de la palabra en su apoyo. Ya la prensa se había ocupado en el asunto, aplaudiendo el buen deseo del diputado, pero anunciando la esterilidad de sus esfuerzos. La curiosidad, más que otra cosa, atrajo a los escaños y tribunas del Congreso gran concurrencia, y para no dar beligerancia a la persona, ni alcance político a aquel acto de un individuo aislado, que por algo se llamaba *Espárrago*,[371] en el banco azul brillaban por su ausencia los ministros.

Canuto no se intimó por lo aparatoso del espectáculo. Tiemblan los que por móviles personales y egoístas van a exhibirse por primera vez y piensan que en aquel instante se juegan el porvenir y la posición anhelada; pero el nuevo diputado no iba a eso, y no había preparado exordio, ni epílogo, ni frases de efecto, como otros charlatanes. Hubiera podido hacer un discurso retórico, porque era artista y literato y no le hubieran faltado vuelos de fantasía. Obsesionado por la grandeza de su pensamiento, sólo fue allí con él, con el gladiador con su espada desnuda, tal vez a perecer desgarrado por las fieras del Circo; pero seguro de que cada golpe de su acero causaría una herida mortal.

---

[369] *realización*: venta.

[370] *Fuero Juzgo*, título preliminar, ley 7ª: "Serás rey si obras rectamente, y si no obras rectamente no serás rey".

[371] Por la expresión *más solo que espárrago en el yermo*.

Comenzó sin pedir perdón, no benevolencia ni nada. Era un fiscal acusador de delitos de lesa patria, y para él estaban en el banquillo ministros, hombres públicos, régimen histórico, sistema representativo, todo, incluso el Parlamento mismo. Aquello era una gran barra con una inmensidad de acusados, y los jueces estaban arriba, en las tribunas y más allá de ellas, en las muchedumbres que leyeran su discurso y en la nación toda que habría de juzgarlo.

Grandes rumores y protestas acogieron estos primeros conceptos. La campanilla presidencial repiqueteó, y por poco si es preciso desalojar la tribuna pública, donde se pusieron en pie electrizados los concurrentes.

Canuto esperó a que se sosegara la tempestad y prosiguió, o por mejor decir, empezó entonces sus razonamientos. Aquella Constitución interna inventada por Vitroque para adjudicar el poder de la nación a las Cortes y al rey era un sofisma, y un pueblo no puede asentar toda su vida política en un sofisma, como no puede cimentarse una catedral sobre el aire. De hecho, sería cierto que el poder residiera allí, apoyado por la fuerza, pero ¿y de derecho? En virtud de cuál podrían decir un monarca y unas Cortes "Tenemos poder sobre este pueblo". Preciso es que lo hubieran recibido del pueblo mismo para ello, so pena de imponérselo como un despotismo; y si el despotismo estaba desterrado de la ciencia y de la política al decir de los constitucionales, no cabía que hubiese otra soberanía que la de la nación, más o menos delegada en las Cortes y el rey.

-Ya lo veis, pues, decía Canuto: la nación es la soberana, la dueña de sí misma; y ahora vamos a examinar cómo ha podido hacerse esa delegación, de tal modo que venga a ser la manejada a capricho, la sierva y no la señora.

La minoría republicana aplaudió con entusiasmo; pero Canuto gritó con desdén: Callad, no quiero vuestros aplausos; sois tan falsificadores de la voluntad nacional como los monárquicos, y seríais, si mandaseis, tan usurpadores del poder y tan depredadores como ellos.

He dicho que la nación es la soberana y he planteado el problema de cómo puede traspasar esa soberanía a un rey con unas Cortes, y añado ahora: o bien a un Parlamento y a un Presidente de una República.

¿Es por vía de enajenación? ¿Cómo? Un hombre, según el derecho, no tiene facultades para enajenar su libertad, su voluntad, la soberanía de sí mismo dándose por esclavo, ¿y ha de hacerlo un pueblo? Convenid en que si alguna vez hombres o pueblos hicieron tal cosa, la enajenación fue nula. Luego la soberanía no ha podido transferirse y sigue radicando por derecho natural y divino en la nación española.

Este párrafo fue coreado por grandes apóstrofes de ultramontanos y conservadores. Tirabeque, que había entrado, callaba rascándose la barba, como diciendo: *En esto estoy yo.*

-Si no cabe, pues, enajenación de la soberanía, prosiguió Canuto, veamos si puede haber delegación más o menos temporal. Tampoco; porque delegar el poder es desprenderse de él, sin facultad de recobrarlo, quedándose desposeído del mismo; y aunque sea temporalmente es antijurídico que un pueblo se desprenda de su soberanía, como lo es que un hombre abdique, a plazo dado, de su libertad, del dominio de sí propio.

Luego si ni por enajenación indefinida ni por delegación, que es una enajenación temporal, pueden la Corona y las Cortes recibir la soberanía de la nación, sólo queda un medio legítimo de que los poderes públicos nazcan y se constituyan: el apoderamiento, la transmisión de facultades para administrar los intereses del país, como lo hace una persona con sus administradores; y entonces no hay tales poderes enfrente de la nación ni sobre ella; ¡no hay más que apoderados y administradores humildes! Bajad, pues, vuestros humos, ministros, legisladores, jueces; vuestro poder queda reducido al de los procuradores y agentes, y es temporal, efímero y revocable; la soberanía sigue residiendo en la nación, que en virtud de ella os nombra, os pone, os quita, os residencia[372] y os juzga. Ved así con cuánta razón se dice en la enmienda que vivimos dentro de una errónea organización del Estado, que con sus poderes legislativo, ejecutivo, judicial y moderador usurpa la soberanía, cuando sólo tiene un mandato imperativo.

Los diputados monárquicos de todos los lados de la Cámara corearon de nuevo con protestas estas conclusiones; la gritería fue espantosa; golpeaban en los pupitres con los bastones; el zahareño Paco, diputado liberal, era uno de los que más se distinguían haciendo ruido.

-¡Si no tenéis otros argumentos que oponer a los míos que los puños de vuestros bastones y las tablas de vuestros pupitres, gritaba Canuto, salid de este palacio de las leyes, que son la razón escrita de los pueblos![373]

Nueva gritería y voces de ¡*fuera*! acogieron este apóstrofe. El Presidente, que agitaba la campanilla, la rompió, y Canuto, cruzado de brazos, en hermosa actitud digna de una estatua, aguardaba a que le dejaran continuar.

-Sigo, dijo, puesto que habéis agotado la lógica de vuestros pulmones. ¿Qué uso hacéis, gobernantes, de los poderes que decís recibidos de la nación y que sólo tienen aquel alcance de mera administración de sus intereses y derechos? ¿Obráis por ventura como fieles y honrados administradores, como apoderados responsables y sumisos? ¡Ah! lejos de ello, habéis secuestrado al poderdante, y cuando llega el momento en que por el voto público trata de revisar el apoderamiento, le impedís su revocación falseando el sufragio, desfigurando el censo y ejerciendo todo género de coacciones para que sólo resulte vuestra voluntad y no la suya.

Después de este vil secuestro, peor mil veces que los de la Mano Negra,[374] os habéis apropiado como vuestros los derechos e intereses del mandatario. Mandáis en él, cuando es él vuestro amo; le amordazáis en la prensa, en el mitin y en la plaza publica; cuando se reúne para protestar en la calle le intimáis a que se despeje, y le contestáis con cargas de caballerías; cuando pide representación en los Parlamentos, le respondéis apretando a su garganta el dogal del caciquismo para que ni siquiera respire; cuando os demanda cuidado de sus rentas, las dilapidáis, os enriquecéis con ellas, y en cambio le exigís tributos enormes; y cuando os pide justicia para los ciudadanos, le contestáis con

[372] *os residencia*: os pide cuentas.

[373] Montesquieu, *Espíritu de las Leyes*, I, 3: "La ley en general es la razón humana, en tanto que gobierna a todos los pueblos de la tierra."

[374] Sociedad secreta anarquista española que fue acusada de numerosos asesinatos e incendios en las personas y bienes de ricos hacendados andaluces en los primeros años del decenio de 1880.

un régimen de arbitrariedad en que lo tuyo y lo mío, la honra y la libertad están a merced de vuestras cartas de recomendación y de tribunales complacientes e irresponsables.

Tras de la usurpación de la personalidad y de la soberanía, encubrís con la falsedad del régimen vuestros actos, dándoles aspecto jurídico. Cámaras que fabricáis a vuestro capricho y que legislan lo que os conviene; turno pacífico de Vitroque y Tirabeque con sus respectivas cohortes; una ficción monárquica en que no creéis vosotros mismos, y ministros responsables que jamás responden de nada. Todo un artificio de mentiras creado para vuestras conveniencias; mientras que la nación soberana, despojada de su túnica, sobre la que habéis echado suertes, sigue atada a la columna de su martirio, recibiendo vuestros insultos, sintiendo que le escupís como sayones, y oyendo que cada uno de vosotros exclama a cada nuevo golpe infame descargado en su mejilla: Adivina, adivina quién te dio.

Los taquígrafos apenas pudieron tomar este último párrafo; el estruendo más formidable se levantaba a cada frase; las mesnadas de Vitroque y de Tirabeque, en pie, lanzaban gritos y dicterios contra el orador, blandiendo bastones y agitando los brazos en alto, mientras se pateaba y los pupitres retemblaban ruidosamente, como en unas Tinieblas[375] parlamentarias.

Canuto intentaba seguir, pero no podía; su voz era ahogada por trescientas voces; mientras, roto el freno, en las tribunas públicas se aplaudía a rabiar, y el Presidente con una campanilla ya sin badajo golpeaba en la mesa, tratando de imponer orden.

Las tribunas fueron desalojadas y hubo que suspender aquella discusión. Canuto salió empujado por aquel tropel de energúmenos, que le insultaban y desafiaban. No cabía siquiera el "Pega, pero escucha".[376] Aquello estaba terminado y no le dejarían hablar más. Todo se estrellaba contra la barrera humana de aquellas mayorías y minorías que defendían intereses comunes. Irles con la verdad desnuda y con los remedios de aquellos males, que constituían su propia atmósfera vital, era lo mismo que penetrar en una inmensa jaula de fieras para reprocharles sus instintos y traerlas a la razón.

Ya en los pasillos, Canuto se vio asediado por los grupos hostiles. Nadie le defendía; los republicanos le habían cobrado ojeriza desde que rechazó sus aplausos y les increpó acusándoles de los mismos vicios. Los secuaces de Tirabeque y Vitroque estaban iracundos. Uno de ellos, un gomoso anhelante de notoriedad, se encaró con Canuto y le dijo unas palabras insultantes; éste se sonrió con aire de compasión y aquél trató de agredirle. Canuto se limitó a contenerle con enérgico brazo; pero más que por el empellón, por un disloque del equilibrio, el agresor cayó al suelo patas arriba haciendo la triste figura. Se levantó, los grupos se interpusieron manoteando entre los dos, y la autoridad del Presidente, que llegó en el acto, hizo a cada cual marcharse por su lado.

---

[375] *Tinieblas*: Maitines de los tres últimos días de la Semana Santa.

[376] Frase pronunciada por el ateniense Temístocles ante el general espartano Euribíades, cuando éste levantaba su bastón para golpearlo. Los dos militares discutían acaloradamente sobre la estrategia a seguir frente al ejército persa de Jerjes I, que acababa de incendiar Atenas.

Canuto llegó a su hotel fatigado, amargado hasta el fondo de su alma, pesaroso de haberse metido a desfacedor de agravios en un país regido así y cuya regeneración no era posible esperar de aquellas gentes.

Se puso a hojear unos libros. A la hora de comer no se sintió con apetito y no bajó al comedor. Tenía frío, desaliento, tristeza. Por la noche le llevaron los periódicos; hablaban del gran escándalo parlamentario y casi todos censuraban la inexperiencia del novel diputado, que había dicho las cosas en crudo, a lo que atribuían su fracaso, reconociendo, empero, sus grandes condiciones de tribuno. Aquel hombre, suavizando sus ímpetus y amoldándose al medio ambiente, iría lejos en su carrera política; pero no había que fantasear, ni poner los pies fuera de la realidad. Éste era el tono general de la prensa independiente. La de los partidos turnantes tiraba con bala rasa contra los atrevimientos del orador. Era un anarquista disfrazado de hombre de ley; enemigo de los poderes públicos, halagador de las pasiones del pueblo, y en aquella indicación de su enmienda sobre la realización de las colonias se le venían también los ribetes de filibusterismo, cosas graves que no podían pasar en un Parlamento español.

Aturdido por tan diversas críticas, penetrado de la inutilidad de su tentativa, en estado casi febril, se metió en la cama, donde se hizo llevar una taza de caldo, tratando en vano de reanimarse y de borrar de su espíritu las emociones de aquel día, que señaló desde luego con piedra negra.

CAPÍTULO IV

El desafío

Por la mañana se despertó temprano; había tenido un sueño lleno de pesadillas y abrió el balcón de su alcoba, que daba a la fachada principal del hotel, sobre la Puerta del Sol.[377] Era una mañana hermosa, tibia, con un cielo muy claro, que se destacaba por cima de los grandes grupos de edificios, como una rotonda azul.

La gente bullía por las aceras; los tranvías de los barrios salían y llegaban ya medio llenos; los coches de punto correteaban, arrastrados por sus jacos escuálidos, y los de lujo, tirados por brillantes troncos, volvían de dar sus matinales paseos.

Todo era hermoso, por cima y en torno de aquel Ministerio de la Gobernación, feo y machucho, de donde partían las mallas de la red en que el país estaba preso y amordazado.

Canuto respiró con libertad el aire puro de la mañana y sintió transportado a otros tiempos mejores, oyendo la música de los pianillos de manubrio, que tantas veces había sonado en sus oídos de estudiante. Entonces era feliz, cuando aún sus ilusiones estaban en larva, sacando apenas las alas para lanzar el primer vuelo. Entonces veía el mundo y la vida de otra manera, y confundía con el esqueleto triste de la realidad implacable la virgen celeste de la poesía, que sellaba su frente con ósculos, infundiendo en su pecho esperanzas.

Asomado a la barandilla del balcón, quería buscar con los ojos, por el aire, aquella visión errabunda, llamándola de nuevo para renovar su encanto pasado, y

[377] El *Hotel de París*. Construido en 1865, tenía cinco plantas y una capacidad para 120 personas.

desasirse de aquella realidad triste y descarnada, que pareció oprimirle ya para siempre en sus brazos huesosos.

La llegada del cartero le arrancó de sus hipnosis. Dejó en sus manos una carta pequeña, fina, perfumada. Era de Angelita, y Canuto abrió el sobre, afanoso como siempre, pero entonces más anhelante, porque estaba más necesitado de estas dulzuras del cielo. Sí, era Angelita, que en las alas de un papelito blanco llegaba a su lado a visitarle y le contaba la eterna nostalgia de su ausencia y le decía cómo su alma estaba triste en medio de aquella hermosa Granada, que empezaba a abrirse de flores después de un largo invierno de fríos y de nieves. Allí, entre las dos hojas de la carta, iba la primera violeta del año para el amado de su corazón, y Canuto tuvo largo rato cerca de sus labios la florecilla marchita, no tanto para besarla por gratitud como para saturarse de su perfume.

Aquello le reanimó, le hizo olvidar las emociones del día precedente, como si nada hubiera sucedido. Era otro hombre: el poeta, el enamorado, el creyente fervoroso de la felicidad, de la vida y de la armonía del Universo. No se reconocía idéntico al Canuto de la víspera, fiscal acusador ante aquella inmensa barra de innumerables procesados.

Cuando después de almorzar subió a su cuarto, el sol lo inundaba amorosamente; sus rayos, pasando por el tintero de cristal, como un prisma, salpicaban cual centellas de alegría; el gentío era mayor abajo, en la Puerta del Sol y calles afluentes, y la carta de Angelita sobre la mesa contenía la violeta azul, que parecía reanimarse también con aquel sol primaveral y en aquel ambiente de dicha.

Canuto se reclinó en una butaca con el retrato de Angelita en las manos, dejándose arrastrar por aquella corriente suave, venida de un mundo distinto, que prometía llevarle a puerto más apacible e indemnizarle de sus fatigas. En aquel momento el ayuda de cámara abrió la puerta y le entregó en una bandeja dos tarjetas. Dos caballeros esperaban ser recibidos, y Canuto, guardando los objetos de sus exámenes, dio orden de que pasaran los desconocidos.

Eran dos diputados y, después de los saludos y ceremonias de ordenanza, expusieron, sin ambages, su delicada misión. Habíales comisionado el señor Don Hipólito Martínez para que exigieran una reparación por las armas al señor Don Canuto Espárrago por la grave ofensa que le había inferido derribándole en tierra de un empellón en los pasillos del Congreso durante la disputa de la tarde anterior; y rogaban a dicho señor se sirviese nombrar otros dos representantes que se entendieran con ellos para el lance.

Turbaba todo aquello de tal manera los sentimientos de Canuto, le apartaba de tal modo de aquella corriente suave en que creía navegar, que a punto estuvo de ponerse en pie y arrojar a la calle a aquellos ojos dos importunos. ¿Qué tenía él que ver con aquel Don Hipólito, ni con su falta de equilibrio o resbalón? ¿Por ventura su pellejo debía servir de juguete al primer espadachín a quien le viniera en gana ensayar sus floreos de sable? Todo esto pasó por su mente con rapidez, así como recordó uno de sus artículos sobre el duelo, publicado en una revista jurídica, con cuyas ideas no podía ponerse en contradicción.

-Señores, dijo a los visitantes; ni conozco a Don Hipólito Martínez, ni, si es el que trató de agredirme en los pasillos, hice más que contener sus injustos ímpetus; ni

tengo la culpa de su traspiés; ni sé tirar las armas; ni entra en mis convicciones que las ofensas se laven con sangre, como en los tiempos bárbaros. Aquí tienen ustedes mis opiniones sobre el duelo, en este artículo de este legajo, y ahora espero que, como hombres de honor, vean si es posible que yo, que he emitido estas apreciaciones bajo mi firma, desmienta mis ideas e incurra en mis propias censuras con hechos contrarios a mis propagandas.

-Todo eso estará muy bien, replicaron los visitantes; peor nosotros somos los representantes del honor del señor Martínez y no podemos serlo del de usted, concretándonos a pedirle que nombre otros dos caballeros por su parte o le den la solución que merezca.

-Si no es más que eso, replicó Canuto, y sin abdicar en nada de mis opiniones, entiéndanse ustedes con estos dos amigos míos; y designó a Barbas tristes y a un coronel amigo suyo que el hotel vivía, a quienes puso dos tarjetas, despidiéndose los dos diputados con grandes cumplidos.

Barbas tristes acudió enseguida al hotel de Canuto. Ya los periódicos de la mañana daban cuenta de la escena de los pasillos del Congreso, y el relato de su apadrinado le acabó de poner al corriente.

-¡Qué sociedad esta en que vivimos, decía Barbas tristes, tirándose de los canosos mostachos! ¡Qué manera de entender el honor y repararle! Cogió el artículo de Canuto, lo leyó mientras éste volvía a sacar la carta de Angelita y a recrearse en la violeta, y metiéndose la revista en el bolsillo, esperó la llegada del coronel, que no tardó en asomar.

Después de la presentación de rúbrica, Canuto volvió a hacer la historia de lo sucedido y se puso a las órdenes de sus padrinos, que debían avistarse con los de Don Hipólito. Se leyó el artículo en voz alta, y aunque el coronel no participaba de sus ideas, se convino en plantear la cuestión como Canuto la había iniciado, aparte de sostener que no existía motivo para un encuentro. Barbas tristes llevaría la palabra en todo lo que se refiriera a la paz, y cuando no hubiese más medio que la guerra, entonces entraría en fuego el coronel.

Salieron los representantes de Canuto y fueron a buscar a los de Don Hipólito, que estaban ya esperándoles. Reiteraron éstos a aquéllos la historia de lo ocurrido y del empellón que hizo rodar por el suelo a su apadrinado, y sostuvieron que en tan ridícula situación no cabían explicaciones, sino una satisfacción por las armas.

Barbas tristes estuvo cortés y persuasivo; Canuto no inició la cuestión; se vio vituperado por Don Hipólito con motivo de su discurso y, sin embargo, no contestó siquiera. Cuando éste fue a acometerle, entonces se limitó a extender el brazo para contenerle. Eso no era bastante para derribar al suelo a un hombre de la fuerza de Don Hipólito, gimnasta, *sporstman*[378] y tirador de toda clase de armas. Tuvo que intervenir otro factor, de que Canuto no debía responder; éste no podría ser otro que un movimiento mal hecho del propio señor Martínez, que le hizo resbalar o dar el traspiés. Debía, pues, pedirse las explicaciones a sí mismo.

Además, este traspiés o resbalón notorios, porque muchos diputados lo

[378] *sporstman*: deportista. En el original, *sportman*.

presenciaron, no afectaba en nada al honor de aquel caballero. Si así fuera, cuantos resbalaban o caen, por descuido o accidente, tendrían su honor puesto en tela de juicio, y no había tal, sino que al levantarse se encontraban tan honrados como antes.

A esto, que era lo esencial, se agregaban los compromisos de honor contraídos también por el señor Espárrago consigo mismo y con la sociedad, por sus opiniones sobre el duelo, y ahí estaba el artículo recién publicado en una revista en que decía, entre otras cosas, bajo su firma lo siguiente:

"El duelo hace pensar si será cierto, como afirman los transformistas, el origen bestial del hombre. Las fieras ventilan sus querellas a mordiscos y los hombres persisten en hacerlo a estocadas. Aquéllas lo realizan en virtud de sus pasionales instintos; éstos en nombre de otro instinto pasional, a que llaman *honor* y que como aquéllas satisfacen con sangre. Estoy por afirmar que el que recurre a verter sangre en un duelo para reparar su honor entiende tanto de honor como las fieras mismas; pues en vez de ensalzar este sentimiento a la altura de la razón lo rebaja y lo prostituye al nivel de la bestialidad.

¿Qué es realmente el honor? Un sentimiento del alma racional. No hay honor en los seres inferiores de la escala zoológica; porque no existe aquélla. ¿Cómo, pues, mantenerlo, depurarlo, ni repararlo por los medios mismos usados por esas fieras que no lo tienen?

El sentimiento del honor es la conciencia de nuestra dignidad y la estimación que deseamos merecer de nuestros semejantes. ¿Realizamos alguna acción indigna? Ya hemos perdido el honor, y sólo cabe que lo recobremos lavando aquella mancha con la enmienda de nuestros yerros y con nobles acciones sucesivas. Y como la estimación ajena no puede tener otra base que la bondad de nuestras obras, dedúcese que sólo la honradez propia y el bien obrar mantienen el honor en todos los sentidos. Así, el ofendido injustamente no ha perdido su honor, sino el ofensor injusto, aunque falsas ideas en boga lo supongan de otro modo. El injusto ofensor, no ya para reparar el honor ajeno sino el propio, deberá, pues, dar las explicaciones, las excusas y hasta solicitar el perdón de la ofensa, si fuera necesario. El mismo Dios hombre, escarnecido, conservó incólume su honor divino y humano, y los que aparecen deshonrados ante la Historia son los sayones que le insultaban

¿Qué manera de reparar el honor es batirse en duelo, ni qué quita ni pone esto en ese sentido? El injusto ofensor persiste en su ofensa con las armas en la mano, y queda más deshonrado todavía, resultando más miserable y vil que la principio. El ofendido busca con esas armas la venganza, y este innoble sentimiento, llevado a vías de hecho, es deshonroso también. Salta la sangre y ¿qué ha lavado por ventura? Nada absolutamente. La sangre mancha todo lo que toca; lavar nunca. Si el injusto ofensor hiere, la que brota de la herida le hace más indigno y criminal; si el ofendido corta o mata, pierde su aureola de virtud y se convierte en un culpable homicida.

Esto es todo, y por eso el duelo no es reparación del honor de nadie. Pero además es casi siempre una doble tentativa de suicidio y de asesinato con premeditación; una temeridad en unos y una felonía en otros. No puede en verdad darse el caso, o no se da casi nunca, de que los que se baten tiren las armas por igual. El que no las conoce va al matadero como una res; el que las maneja diestramente va a matar a mansalva. ¡Buena manera de reparar el honor entrambos! Así los espadachines, aunque sean unos infames, hallan siempre a manos los medios de sostener incólumes un honor que no tienen.

¿Qué hacer para sustituir la costumbre bárbara del duelo? Castigarlo severamente como un crimen en el Código penal y erigir en obligatorios los tribunales de honor para los casos de injurias y ofensas, en lugar de los tribunales de justicia".

-Ya ven ustedes, dijo Barbas tristes, después de terminar la lectura, si un hombre que así piensa y escribe puede faltar al honor de sus palabras y de sus predicaciones; desmentirlas con sus propios actos, ni aceptar un duelo en ningún caso, ni menos en el actual, que no lo merece.

Los padrinos de Don Hipólito objetaron que todas esas eran generosas tentativas para reforma las costumbres sociales; pero que mientras continuaran siendo como son, su representado y ellos tenían que exigir la reparación pedida, y que, cualesquiera fuesen las demás causas de la desairada situación de su apadrinado, la principal e inmediata que le hizo caer al suelo fue el empellón de su contrincante, y esto sólo tenía la solución del encuentro propuesto.

Entonces el coronel, ya impaciente, tomó la palabra con cierta viveza y, protestando de que, sin participar de las opiniones del artículo, no veía causa para el desafío, ni razón para que se obligara a un encuentro con las armas al hombre que había escrito aquello, dijo que si los representantes de Don Hipólito insistían, valiéndose de la delicada situación del señor Espárrago, éste se batiría sin saber tirar las armas, como Dios le diera a entender; porque tenía valor suficiente para eso y mucho más, como lo había demostrado en el Parlamento desenmascarando a tanto sinvergüenza.

Miráronse los padrinos de Don Hipólito sin atreverse a darse por aludidos, y con repugnancia de Barbas tristes, que resignó el mando en la autoridad militar, se fijaron las condiciones más benignas. A sable sin punta, a primera sangre y tres asaltos a lo sumo. Sitio, la Moncloa; hora, a las siete de la mañana del siguiente día. Barbas tristes asistiría en calidad de padrino y médico de Canuto; enojábale esta doble personalidad, pero si como médico no le hubiese abandonado, y hubiera ido de todas suertes, ¿qué más le daba figurar también de padrino? Aquel coronel era un bárbaro, al que no se podía contradecir; resignado el mando en su autoridad militar, no había más que dejarle hasta que terminara. Lo único que recabó el médico es que los sables fueran previamente desinfectados.

Canuto recibió la noticia del duelo con desagrado, pero reprimió su enojo y se sometió, al parecer frívolamente. Resultaban salvados todos sus escrúpulos, pues los padrinos declaraban que la terquedad del adversario no dejaba otro camino que aquél, y vaciló sobre si iría a casa de algún maestro de esgrima a aprender algún quite o alguna estocada misteriosa.

¿Para qué? Es lo mismo, pensaba, que cuando el estúpido de Paco, a última hora, a la puerta del examen sudaba y se afanaba por aprender qué era *tutela*. Con eso ¿qué adelantaba en una asignatura tan compleja como el Derecho Romano? Lo mismo que él con recibir una lección del maestro, o con hacerse la ilusión de adquirir de repente un secreto del complicado arte de la esgrima. Lo dejó; solamente trajo a su memoria aquellos botonazos y golpes que sin compasión le daba el capitán en la casa de huéspedes de la calle de las Tablas, y recordó la oportunidad de aquel consejo de Bartrina:[379]

[379] El escritor catalán Joaquín María Bartrina (1850-1880).

Sé bondadoso, sé amable,
Y aprende a tirar el sable.[380]

No pensaba que iba irremisiblemente a morir en aquel choque, pero la seguridad de sacar un chirlo o alguna herida sí la tenía, siendo su competidor un tirador en toda regla. ¡Y Don Primitivo le había apartado de la carrera militar, con espanto, cuando le vio en su niñez aficionado a los morriones de papel y sables de madera, pensando en el discurso de las armas y las letras de *El Quijote* y en las borlas de hilas con que solían salir los que abrazaban la milicia, dedicándole a la abogacía por considerar preferibles las borlas de Doctor! ¡Era para reírse de las burlas y caprichos de la suerte, si el caso en que se hallaba no fuese tan serio!

Resignado a recibir una sangría, como el paciente a quien el médico la receta, sólo aguardaba la hora de verse con el sangrador, que no otra cosa era para él aquel títere de Don Hipólito, aquel muñeco dado al *sport* y hecho diputado del montón por Tirabeque. Mientras Canuto había consumido sus años juveniles en las aulas, el otro los había aprovechado en los asaltos, y la sociedad estaba de manera que aquel imbécil, a quien en un choque sin armas aplastaría de un manotón, jugaría con él, sable en mano, y se le hombrearía y hasta le causaría una cortadura donde le pareciese. Decididamente, en la sociedad bien educada no había ni un átomo de sentido común. Pero todo Madrid estaba enterado del caso y la fuerza del qué dirán era tan enorme, que le arrastraba, le sometía a aquellas fórmulas y convencionalismos falsos y ridículos, y ya sólo anhelaba que llegase el momento y concluir.

No hizo ningún preparativo; tenía el corazón sereno, y sin leer más la carta de Angelita, ni olfatear la violeta seca, para no aparecer ante sí mismo como un hombre débil, comió con más apetito que nunca y se acostó temprano, durmiendo ocho horas de un tirón.

Le despertaron a las seis; se vistió de negro; se puso su abrigo para resguardarse del fresco de la mañana; llegó en un landó con Barbas tristes, más pálido y desencajado que nunca; el coronel ya le esperaba; montaron todos y se dirigieron a la Moncloa, a un sitio apartado, donde dejaron el carruaje, internándose por una calle de árboles. Llegaron los primeros; a poco aparecieron en grupo Don Hipólito, sus padrinos y su médico; y hechas las cortesías de reglamento, examinados los sables, los dos adversarios, en mangas de camisa, los empuñaron poniéndose frente a frente.

Desde el primer instante se vio la inferioridad de Canuto; no tiraba golpes; paraba los de su adversario, saltando, retrocediendo y cubriéndose sin regla alguna. En cambio, el otro floreaba, jugaba como en una sala de armas, sonriendo, como quien tiene ganada la partida segura. Terminó el primer asalto sin herirse, porque el *sportsman* no quiso acabar tan pronto su juego.

Reanudado el lance con el segundo asalto, la cosa fue sencilla. El *sportsman*, decidido a terminar, eligió la cabeza de Canuto como lugar adecuado y más visible para reparar su honor y descargó en ella un sablazo, que le hizo caer sin sentido; pero a la violencia del golpe, que venció la resistencia del sable de Canuto, mientras éste caía

[380] Ledesma recordaba estos consejos a Fabio del poema *Epístola* de Bartrina "En fin, haz por ser virtuoso / de una manera agradable; / no quieras hacer el oso; / sé con todos bondadoso / y aprende a tirar el sable."

hacia atrás tendido, su enemigo resbalaba y caía hacia delante, sable en alto, hiriéndose con el de Canuto en la nariz, que le quedó colgando sangrienta. Ambos fueron recogidos y levantados. Canuto tenía una herida en la frente. Don Hipólito estaba con la nariz cortada. Se les reanimó, se les hizo la primera cura y en sus respectivos coches fueron llevados a sus casas. El honor estaba salvado, según las reglas sociales... Canuto había sufrido su sangría; pero su contrincante quedaría chato para siempre.

Estando todavía sobre el terreno, antes de despedirse y vuelto Canuto en sí del trastorno del golpe, notando la sangre que corría de ambos rostros, exclamó con ingenuidad: ¿Ven ustedes como aquí no se ha lavado nada? Sólo han salido manchadas nuestras camisas.

CAPÍTULO V

A tu tierra, grulla...[381]

Aquella noche los periódicos daban la noticia de que dos diputados, uno *sportsman* muy conocido y otro orador de altos vuelos, que había recientemente hecho su debut, se habían herido casualmente examinando unos sables. El segundo tenía un corte en la frente, de pronóstico reservado, y el primero se había cortado la nariz. Por lo que resultaba del suelto, el examen no lo debieron de hacer con las manos, sino con las narices, como los pachones.

Hay que reconocer que la curiosidad humana suple con creces a la amistad y al afecto. El hotel de Canuto se vio concurridísimo; la salita contigua a su alcoba se atestaba a cada momento de periodistas y hombres políticos que iban a dar muestras de su sentimiento y de su interés. Barbas tristes no se separaba del enfermo, y el coronel entraba y salía de la alcoba a la salita, recibiendo en ésta a los que llegaban, ponderando la bizarría de su apadrinado y refiriendo detalles del lance.

Al herido le entró un poco de calentura al día siguiente, que fue aumentando hasta producirle alucinaciones febriles. Creía oír una voz profética que le anunciaba un diluvio; pero a semejanza del de Deucalión,[382] que sólo alcanzó a la península griega, éste caería principalmente sobre España. Sus ciudades se anegarían, sus campos serían mares embravecidos, el agua subiría cuarenta codos sobre sus más altos montes. La noticia había llegado a los conspicuos que dirigían el Estado; pero no pensaron en salvar al país de la catástrofe, sino en salvarse ellos solos y construyeron un arca muy grande, y allí se metieron Vitroque y Tirabeque con todos los suyos, especialmente con los de sus respectivos encasillados, y ese arca era tan grande como el palacio del Congreso y de figura igual, pero sin los leones de bronce, que se le habían quitado para que no la echaran a pique. Y comenzó a tronar y relampaguear, y se desataron las cataratas del cielo y el arca flotaba dando vaivenes, y Canuto dentro de ella presenciaba el espanto de aquella grey allí hacinada. Así estuvo diluviando cuarenta días y cuarenta noches, y el resplandor de la tempestad casi penetraba por las maderas de la cerrada nave, hasta que

[381] " ¡A tu tierra, grulla, aunque sea con una pata!".

[382] Zeus decidió anegar las tierras para destruir a los humanos. Por consejo de su padre, Deucalión construyó un arca, en cuyo interior logró sobrevivir junto con su esposa, hasta que las aguas descendieron y ellos pudieron desembarcar. Entonces, por indicación divina, arrojaron piedras hacia atrás, por encima de sus hombros; de ls piedras que lanzaba Deucalión nacían hombres, y mujeres de las que lanzaba Pirra. Así que ellos fundaron el género humano.

el silencio y la inmovilidad del arca indicaron que la tormenta había concluido y que las aguas habían bajado, tocando aquel bajel en tierra firme. Y se abrió un ventanillo y se vio revolotear todavía un cuervo con las alas salpicadas de estrellas, y se volvió a cerrar de miedo, dejándole que devorase sus presas. Y al cabo de algunos días más se volvió a abrir y ya apareció una paloma, que traía un ramo de oliva, que hizo saltar de gusto a los del arca; y abrieron sus puertas y volvieron a desparramarse por España, como si tal cosa, y el diluvio que debía haberles ahogado no les alcanzó, y el país fue el que tardó muchos años en rehacerse de sus tremendas derrotas.[383]

Por fortuna la fiebre cesó y Canuto no siguió adelante en sus visiones apocalípticas. Merced a las exquisitas curas de Barbas tristes, la herida no tuvo complicaciones; siguió su curso franco, comenzó a cicatrizar y el enfermo convaleciente, reiteradamente llamado por sus padres, ambos impedidos de velar a su lado y que se habían enterado al fin de todo cuando ya afortunadamente el peligro desapareció, tomó el tren y con la frente vendada todavía se dirigió a Miralmar, abandonando el arca de sus pesadillas y mirando también revolotear en torno suyo, como anuncio de paz, otra palomita blanca con una violeta azul en el pico.

Sólo sentía dejar abandonado el puesto de honor que le confiaron sus electores; pero Barbas tristes le tranquilizó sobre este punto, declarándole la verdad de su elección. No había tales espontaneidades del distrito; la elección la hicieron los alcaldes por órdenes terminantes y secretas del gobernador, que a su vez las recibió del ministro de la Gobernación, y éste del Presidente del Consejo, y éste las dictó por exigencias del ministro de Gracia y Justicia, y éste por su parte las formuló a petición de Barbas tristes por causa de la operación quirúrgica que le hizo; de modo que había sido preciso cortarle la tripa a un ministro para que Canuto fuera diputado. Aquella tripa había sido tan creadora como el ombligo de Brahma.[384]

Canuto no tomó a mala parte la jugarreta del ex dómine; comprendió su buen deseo y le dio las gracias; pero desde aquel punto y hora decidió renunciar a su acta y a la política y a todo lo que fuera rozarse con aquellas gentes del arca de sus visiones, y montando en el vagón, abrazó cariñosamente a su maestro, médico y padrino, señalando a Madrid cuando el tren arrancaba y exclamando sonriente: Ahí queda eso.

En el vagón hablaban de política palpitante un viajero catalán y un andaluz. El primero encomiaba, en media lengua castellana, el discurso de Canuto: Ése es un hombre, decía, que ha sabido poner los puntos sobre las íes. Nos están fastidiando siempre con gobiernos y poderes y soberanías, y no hay nada de esto, sino apoderados y administradores de la nación; cajeros que se han alzado con nuestros fondos y que nos van a llevar a la ruina. Ellos los manejan a su gusto, ellos se toman cuentas a sí mismos y no dejan que el pueblo se las ajuste, y van con hermosos coches y se dan pisto, mientras el país anda con los zapatos rotos. Y crea usted, si viniera la República, no adelantaríamos nada, sino cambiar de malos apoderados; saldrían los ahítos y entrarían los hambrientos, con más ganas todavía. Un cambio de personas no remedia nuestros males. Es preciso algo nuevo: trabajar mucho; pero que no se lleven unos cuantos el

[383] El cuervo que devora sus presas y cuyas alas están salpicadas de estrellas –transparente alusión a la bandera estrellada estadounidense- es el ejército norteamericano que se hizo con las últimas colonias españolas en 1898. La paloma que trae en el pico un ramo de olivo simboliza la llegada de la paz tras la derrota española.

[384] El árbol que actúa como eje del mundo y columna vertebral del cielo crece desde el ombligo de Brahma y sostiene todo su sueño.

producto de nuestro trabajo; probar a ver si a unos administradores de blusa, acostumbrados a sudar para ganar el pan, lo hacían mejor en nombre de todos.

-Mire usted, decía el andaluz; una vez había en mi pueblo una señora muy rica, soltera y ya entrada en años, pero todavía de buen ver. Tenía un administrador general y otro en las provincias donde radicaban sus fincas, y además mayordomo y criados a su servicio. Los criados se bebían el vino y saqueaban las despensas; los administradores se quedaban con las rentas entre las uñas; el apoderado general hipotecaba fincas, y la pobre señora siempre estaba apurada y maltratada por unos y por otros. ¿Sabe usted lo que hizo? Tenía un hortelano muy buen mozo y muy trabajador y muy *templao*; se casó con él en secreto y lo instaló en su casa. Éste echó a palos a los criados, despidió a los administradores y, acostumbrado a trabajar las haciendas por sí mismo y a sacarles provecho, lo hizo y, quedándose ya todo en casa, aumentó sus productos, quitó trampas, vendió las fincas inútiles, desempeñó las otras y dio a la señora tranquilidad, abundancia y hasta dicen que buena y robusta prole.

Canuto oía aquellas disquisiciones y cuentos arrebujado en un rincón, convenciéndose cada vez más de que había interpretado la opinión pública sobre las causas y los remedios de nuestras[385] desventuras nacionales; pero ¿dónde estaba la ocasión propicia para que la dama se casase con el fornido hortelano que había de remediar sus desdichas? Sus propios verdugos la tenían incapacitada y vigilada de manera que no era dueña de sus acciones.

Cuando Canuto llegó a Miralmar, salieron a recibirle numerosos amigos, principalmente de la tertulia de Don Primitivo. Era el hombre; el hombre de quien éste les habló tantos años estaba allí, y todos juzgaban vendría satisfecho de su campaña y de su triunfo. Se quedaron fríos cuando le oyeron hablar de los sucesos con aquel desaliento y aquel pesimismo y aquella indiferencia rayana en desdén. No había salvación; era inútil luchar contra la corriente. España no podía regenerarse por la propaganda pacífica, ni por el esfuerzo de uno o varios hombres, ni por una revolución política. La propaganda no convencería nunca a los que manejaban la cosa en su provecho; el esfuerzo de uno o varios hombres de buena voluntad equivaldría a la ilusión de querer endulzar las aguas del mar echándoles terrones de azúcar; y en cuanto a una revolución política, sobre los daños y trastornos que acarreara, sólo traería otros gobernantes iguales o peores que los que se padecían. Era indispensable toda una conmoción social y ésa aún tardaba. En su opinión, el país seguiría mal gobernado, explotado, burlado en sus más caros derechos e intereses, y llegarían la ruina económica, la anemia, la falta de virilidad en los peligros que nos amenazaban; perderíamos nuestro honor, nuestra grandeza histórica, tal vez territorios ya husmeados y codiciados por los grandes buitres que revoloteaban en torno; iríamos al desquiciamiento general, y quizás acabaríamos por ser una segunda Polonia.[386] Abrazó a sus padres y a sus hermanas; se enteró con pesar por los médicos de que la dolencia de Don Primitivo iba cada vez peor, y estrechó la mano de sus queridos cuñados, que seguían pensando en la herencia y abusando de las corbatas chillonas.

Apenas llegó la noticia de la llegada del batallador diputado, bajaron del distrito alcaldes, pretendientes y mangoneadores a visitarle y cultivar sus influencias. Un hombre que hablaba en el Congreso no podía menos de tenerlas muy grandes y ¡quién

[385] Ledesma vuelve a olvidarse, con este plural inclusivo, de la convención del narrador omnisciente.

[386] Desmembrada y poseída por Austria, Rusia y Prusia.

sabe si reemplazaría pronto a Baltasar en el cacicato! De modo que era preciso estar bien con él.

Canuto dio orden expresa a su criado de que arrojase a la calle a todo el que oliese a alcalde o político rural del distrito, y envió su renuncia del acta de diputado a la Secretaría del Congreso.

Por desgracia, la enfermedad de su padre se agravó con las emociones últimas. Su enflaquecimiento, sus dolores y la amarillez de su entristecido semblante hacían pensar en alguna cirrosis del hígado, cuyo desenlace sería fatal. El pobre viejo, postrado en cama y sujeto a dieta láctea, se sentía desfallecer por momentos; pero, aunque en parte, había logrado ver cumplido el ideal de su vida. El árbol genealógico de los Espárragos añadiría un redondelito más a los muy ilustres que sostenía en sus recargadas ramas, y allí podría escribirse, por cima de los alcaldes de Casa y Corte y conquistadores de villas, el nombre de Canuto, doctor *in utroque*,[387] diputado a Cortes y orador elocuente. En lo que se había equivocado era en suponer menos expuestas a chirlos y borlas de hilas las cabezas de los letrados que las de los hombres de armas, porque bien veía a muchos de éstos sin un rasguño, mientras Canuto llevaba en su frente una larga cicatriz. Su única preocupación en sus últimos días fue cómo haría continuar Canuto los retoños de aquel árbol, con qué rama nueva lo injertaría para que no desmereciesen sus frutos de la restauración comenzada de su linaje. Lástima que hubiera desdeñado a una condesa, cuya corona y escudo hubieran venido tan perfectamente a glosarse a sus viejas ejecutorias, ya que las duquesas y marquesas no aparecían!

El pobre Don Primitivo entregó su alma a Dios y la herencia a sus yernos. Doña Gertrudis no tardó en seguirle a la fosa, hondamente afligida por la muerte de su querido esposo, con el que tantos años vino en amigable guerra, y los bienes todos de ambos cónyuges llegaron juntos a partición. No apareció testamento y no hubo mejoras de tercio y quinto según la antigua ley, ni de dos tercios según el Código Civil que se había publicado ya.[388] Pasados los nueve días del último duelo, los primitos, en nombre de sus cónyuges, abordaron la cuestión del inventario. Canuto les dejó hacer; no estaba para eso, anonadado con aquel doble golpe de la desgracia. Amaba a sus padres con ternura y encontraba sin ellos en su casa natal un vacío doloroso. Eran dos sombras cariñosísimas que le habían seguido siempre como dos genios; ahora se encontraba más solo que nunca en aquella desierta, que con la partición sería desvalijada.

Los primos hicieron inventario del dinero, de las alhajillas, de los muebles y de las ropas. Gran curiosidad tenían por abrir un armarito donde Doña Gertrudis guardaba sus secretos y en que esperaban hallar algún talego de onzas, fruto de sus ahorros. Cuando rechinó la llave, los corazones de los yernos palpitaron al unísono; pero ¡ah! que en todas las tablas, en todos los cajones del armario misterioso sólo hallaron en grandes montones, perfectamente apilados, ¡calcetines y más calcetines! Los había de todos los tamaños, de todas las estaciones, hechos a mano todos ellos, punto por punto, por la buena señora; se contaban por cientos, por miles; era la labor de toda su vida, pasada daguillero en ristre, moviendo como incansable maquinilla los moldes. Había

[387] *doctor in utroque*: doctor en ambos derechos, civil y canónico.

[388] El Código Civil fue aprobado por Real Decreto del 24 de julio de 1889, sin que nadie tuviese fe en su perdurabilidad. Pretendía sustituir la legislación existente desparramada en multitud de cuerpos legales y fundirla en uno solo, así como adecuar la normativa a las necesidades de finales del XIX.

medias para toda la vida de sus hijas y de sus sucesivas generaciones; calcetines para Canuto y para todos sus vástagos hasta la consumación de los tiempos. Tal era su tesoro.

La fortuna del matrimonio había tenido un quebranto considerable con la pérdida de las aguas de su más importante finca. El pleito contencioso no prosperó, por seguir Baltasar disponiendo de altas influencias, y aquel hermoso cortijo, situado en las faldas de la sierra de Miravilla, convertido en un sequeral, valía la décima parte.[389] Con todo ello, aun su tasación ascendió al quinto de los bienes de la herencia, y los cuatro aprovechados yernos pensaron endosárselo a Canuto, para que oyera en sus yermos cantar a las cigarras, y repartirse ellos la molla del caudal, que daba seguras rentas.

Canuto tomó lo que ellos no quisieron y se encontró en un santiamén propietario y labrador de secano, que era lo peor que había que ser en la provincia de Miralmar, donde no llovía ni gota. Ya sin casa solariega, lastimado profundamente por las discusiones de aquel reparto odioso; divorciado de la gente de su distrito, al que para siempre renunció; sin congeniar con sus hermanos políticos, cuyos instintos le repugnaban; no queriendo volver tampoco a Madrid, al que había cobrado aversión, y rehuyendo la impertinencia de los amigos, que le hacían contar a cada instante los accidentes de su vida en la Corte, decidió marcharse a su cortijo una temporada, para reflexionar maduramente el rumbo que debía imprimir al resto de sus días; ya que era preciso vivir de alguna manera y emplear su tiempo en algo útil.

Allá se encaminó, dejando Miralmar, donde aún Baltasar seguía haciendo de las suyas y preparaba al zahareño Paco para la herencia del señorío caciquil de aquella provincia, con la ayuda del gran demócrata Tirabeque. No quería oír hablar más de éste, ni de aquél, ni de nadie, sino vivir consigo mismo, en paz, buscando por otros caminos el bien y la justicia y la felicidad que no había encontrado en el mundo. Sólo llevaba consigo sus borradores de versos abandonados, sus planes antiguos de novelas y dramas, y los paquetes de cartas de Angelita, con sus retratos y sus flores secas y su última violeta, que parecía hablarle de la escondida dicha que anhelaba.

Se apeó del coche al pie de Miravilla, después de haber pasado por las riberas encantadoras de un río seco,[390] de donde los labradores riegan con aguas subterráneas, alumbradas en fuentes y galerías del tiempo de los moros. Era verano; los maizales cubrían grandes franjas de las márgenes y de trecho en trecho sobresalían los naranjos y las palmeras entre las tapias de los huertos olorosos. La subida a Miravilla fue en burro, y conforme el paciente animal hacía ascender por los recodos de la vereda al misántropo desterrado, descorríanse a la vista de éste más extensiones verdeadoras que el sol poniente de una tarde cálida ceñía de doradas nieblas. Aquel espectáculo cada vez más pintoresco, próximo a desvanecerse entre los vahos vespertinos, encantaba a Canuto y le reconciliaba con la madre Naturaleza, a la que tanto amó y tan olvidada tuvo en sus azarosas luchas pasadas.

Todo fue envolviéndose poco a poco en los cendales confusos de la noche, y a la luz de las estrellas, molido de cuerpo pero fortalecido de espíritu, llegó por fin Canuto a

[389] En el capítulo XXXI, "El Marquesado" de *El libro de los recuerdos*, p. 153, Ledesma nos descubre la raíz autobiográfica de esta herencia paterna de Canuto: "El viejo Marquesado que me tocó en herencia era un trozo arrancado a la naturaleza prehistórica…."

[390] El Andarax.

la plataforma del cortijo, donde le esperaban un pastor, dos labradores viejos y sus mujeres, que le habían arreglado la casa y mullido los colchones del lecho. Un perro mastín, con ese superior instinto de los animales, comprendiendo que el recién llegado era moro de paz, en vez de ladrarle y rechinarle los dientes, le pasó el lomo por los pantalones, moviendo el rabo de alegría.

Canuto lo acarició y, acordándose del recibimiento que le tuvieron en el Congreso, pensó que hasta los perros de los campos eran más urbanos que los diputados de la mayoría.

CAPÍTULO VI

Miravilla

El cortijo de Canuto tenía una admirable situación en la sierra de Miravilla. La casa en lo alto, blanca, espaciosa, rodeada de verjas pintadas de verde, con un jardincito detrás. Delante de la casa, la plataforma donde jugaban los chiquillos y dormía con un ojo abierto el mastín vigilante. Después de la plataforma, las tierras en declive formando bancales, sostenidos por pedrizas, con sus desaguadores antiguos, que hicieron caer los riegos de uno en otro. En el fondo de aquellas pendientes, un barranco especie de vallecito, donde crecían los almendros y las zarzamoras. Al lado fronterizo, la otra vertiente de la hondonada, con más bancales en escalera, hasta perderse entre nuevos almendros, morales y chaparros; y después del valle, montes en oleadas descendentes, cubiertos de encinas, cálidas mesetas de viejas roturaciones, piezas de cultivo, y por fin, abajo, perdiéndose de vista, el campo dilatado, con muchos blancos caseríos.

Desde las verjas de aquella casa de la cúspide, se veía toda la posesión en conjunto y todas las escalas de montañas sobre las cuales parecía parada como una paloma; y los innumerables cortijos comarcanos y las campiñas extensas de lo hondo, ora veladas por las nieblas de la distancia, ora iluminadas espléndidamente por el sol. Medio globo terráqueo creíase descubrir desde aquella altura gallarda; hasta adivinábase la formación de aquellos montes dominados desde ella, viéndose casi hervir la materia prima, que los levantó como burbujas y que los dejó petrificados.

Después de ese panorama, ya inmenso para ser abarcado por humanas pupilas, como decoración magnífica del fondo, destacábase allá, muy distante, un cortinaje de sierras azules, con crestas eternamente nevadas, bajo las cuales, con la ayuda de buenos gemelos, se veían pueblecillos montañeses y se adivinaban ermitas y campanarios.

Canuto, que nunca había estado en aquella posesión, se levantó temprano y al asomarse a la plataforma de la casa quedó inmóvil y absorto. Aquello era grandeza y majestad y fuente de vivas inspiraciones. Había que hincar allí la rodilla y orar, bendiciendo la mano y el pincel de la Providencia. Pero todavía se conmovió más cuando, dando la vuelta a la plataforma de la casa, por detrás del jardín, vio el espectáculo del otro lado.

Por allí se divisaban nuevas graderías de montes y vertientes y caseríos; nuevos campos divididos en piezas, llenos de mieses que ondulaban como lagos de oro; y más abajo aun, una inmensa vega, cuajada de casitas como piedras preciosas, y en medio de ella la ciudad de Miralmar, esfumada, diluida, como una mancha blanca, donde se destacaban puntos más oscuros, especies de admiraciones, torres de fortalezas y de

templos, que denunciaban una gran colmena de seres humanos.

Como si no fuera bastante para hipnotizar a un poeta, tras la línea curva de la rada, donde esa mancha blanca apiñaba sus edificios, divisábase, con cristalinos reflejos, el mar, a donde iban a bañarse como titanes los montes del Cabo de Ágata,[391] saliendo a la izquierda, teñidos de color anaranjado por el sol, sobre aquel charco azul espléndido.

Canuto lo contempló todo, lo admiró, lo bendijo, lo fotografió en los clichés de sus retinas y se sintió levantado sobre las pequeñeces de los hombres. ¿Qué eran éstos, en suma, en medio de la Naturaleza grandiosa? Un pobre hormiguero, muy engreído de su poder, cuyas celdillas y obras minúsculas podían ser aplastadas en un instante.

Se sentó sobre un peñasco, con la vista fija en aquel panorama, sin que le arredraran los precipicios abiertos a sus pies, las honduras y los abismos a donde podía fácilmente rodar, y trazó con el lápiz en su cartera algunas estrofas inspiradas.

Las abejas, que libaban en las florecillas silvestres, zumbaban en torno suyo sin clavarle sus aguijones; algunas libélulas revoloteaban sobre una charca formada entre las piedras por las lluvias de días anteriores, y el mastín amigo vino a sentarse a los pies de su amo, mirando también a lo lejos, como si entendiera de aquellas bellezas.

En lo alto del cielo, casi sobre la cabeza de Canuto, pero a una inmensa distancia, se pintaron de repente dos águilas doradas. Cerníanse, dando vueltas, con las alas serenas extendidas, y Canuto apartó sus ojos del panorama para fijarlos en aquellas reinas del espacio. Pronto una de ellas, como flecha, cayó de través sobre un montículo, arrebatando una presa en el aire; no tardó la otra en dejarse ir rápida sobre una perdiz que atisbaba, y ambas desaparecieron graznando.

¡Ah! También en aquellas soledades era preciso restablecer la justicia violada por la fuerza, amparar al débil devorado por el poderoso. Canuto se sintió cazador de aves de rapiña y de animales dañinos.

Todas las mañanas salía con su escopeta al brazo, vagando por aquellos contornos, persiguiendo cuervos y gavilanes, acechando a las astutas águilas, que asomaban cerniéndose y sin ponerse a tiro jamás.

Le dijeron los pastores que anidaban en un cerro cortado a pico que había sobre el pueblo cercano de Torrecillas; y Canuto tuvo curiosidad por conocer aquel villorrio enclavado cerca de las cúspides de la sierra, y a él se encaminó al despuntar el sol, acompañado de un guía, que le llevó por veredas abiertas en piedra viva y rodeada de barranquizos.

A cada recodo, la Naturaleza salvaje le ofrecía, con un nuevo peligro, una nueva perspectiva. Ya un tajo, por cuyo cresta había que pasar amenazado del vértigo; ya un camino de palomas, por el que se tenía que subir entre lajas; ya un barranco, por cuyas vertientes debía trepar a gatas y entre cuyas puntiagudas piedras había que dejarse jirones del traje. La sangre saltaba antes que el polvo en aquel accidentado camino.

Por fin, bajando una pedregosa pendiente, Canuto divisó enfrente el pueblo de

[391] Cabo de Gata.

Torrecillas. Estaba situado en una meseta a la que se trepaba desde la hondura del barranco por una senda estrecha y retorcida. Era un villorrio insignificante, con casas de aspecto terroso y tejados rojizos, entre los que sobresalía la iglesia, con sus torrecillas cuadradas: una que servía para de campanario y otra no concluida. De ellas tomaba el pueblo su nombre, y en torno de ellas salía el humo de los humildes hogares, denunciando las fogatas caseras. Sobre el pueblo se alzaba otro tajo fantástico, una roca cortada a cincel por un cíclope, y en el pico más eminente se veía una grieta profunda. Allí anidaban, seguras, las águilas doradas, y de allí salían todas las mañanas a cernerse sobre los montes de Miravilla.

Canuto se dirigió por la pendiente a la hondura poblada de almendrales y de nogueras; bebió un poco de agua cristalina de un manantial a donde iban las mujeres del pueblecillo a llenar sus cántaros; habló con algunas que allí estaban lavando en la corriente, curtidas y encarnadas, como verdaderas serranas, y tomó la alta y retorcida senda que conducía a Torrecillas.

A la entrada del pueblo vio al cura paseándose sobre el ribazo, con su sotana color de ala de mosca y un gorro de terciopelo negro mugriento. Le saludó y siguió con el guía por aquellas callejuelas sucias, donde jugaban chiquillos andrajosos, y de cuyas casas salían algunas mujeres en corpiño y refajo. Por fin llegó a la plaza de la iglesia y allí se sentó en un poyo. Caía bastante el sol; pero un olmo corpulento, que se alzaba en medio, daba por aquel lado benigna sombra.

No tardó en aparecer el cura y, a pretexto de si el forastero quería ver la iglesia, entabló conversación con Canuto. Aquél era un pueblo muy pobre, de míseros jornaleros y pastores de aquellas sierras. No había más propietarios que el alcalde, el secretario y el juez municipal, que siempre eran los mismos, porque estaban bien con todas las situaciones. Tenía cada uno muy buena hacienda y el resto de los terrenos era de familias acomodadas de Miralmar. El Ayuntamiento resultaba un mito; lo componía el alcalde con el secretario, que llevaba los papeles de la Corporación en el bolsillo; los concejales, como estaban siempre en su trabajo y no sabían firmar, ni se enteraban de que lo eran, aunque aparecían funcionando. Allí aquellas personas lo hacían todo, y lo peor estaba en el repartimiento de consumos, que agobiaba a aquellas pobres gentes para nada; porque en Torrecillas no había un farol, ni se componía una calle. En cambio, el monte público, de aprovechamiento comunal, era subastado y el dinero no se veía. El maestro de escuela andaba viviendo de la caridad de los vecinos, y el día que almorzaba un mendrugo no comía, y viceversa; así que los muchachos bigardeaban por las calles, diableando, y nadie, excepto el juez, el secretario y un servidor suyo sabía leer ni escribir.

Canuto, por tan ingenua pintura, comprendió por qué eligieron aquel peñasco aquellas dos águilas; eran sin duda el alcalde y el secretario los que anidaban allí y salían muy de mañana a hacer su ronda.

Visitó la iglesia con el cura y echó en el cepillo de las ánimas algunas monedas de plata. Los santos estaban muy pobres y estropeados; se creería que eran también víctimas del reparto de consumos, que se embolsaban secretario y alcalde. El piso de la iglesia era de ladrillo; las paredes chorreaban humedad, pues estaban próximas al monte; los arcos de las capillas laterales habían sido dorados antaño y conservaban algunos trozos no desconchados todavía. En las ventanas tenían los cristales pegados algunos papeles de colores y las lámparas eran de hoja de lata, y la virgen del altar mayor, de barro cocido. El techo del modesto templo era de grandes vigas de madera,

ahumada por los años, Dios sabe si apolilladas y amenazando venirse abajo el mejor día. Por cima estaba el tejado y las torrecillas, obra más moderna, a que el señor obispo ayudó, por haberse desmoronado las antiguas.

Cuando salieron Canuto y el cura se dirigieron a recorrer las calles del pueblo. Era la hora en que las mujeres llevaban el almuerzo a los trabajadores, y se las veía, en grupos de cuatro o seis, ir con sus cestillos tapados con servilletas viejas hacia la salida del lugar para buscar a sus esposos, hijos o hermanos. En aquella hora, el villorrio quedaba casi desierto, abandonado a los viejos, a los chiquillos y a los perros vagabundos.

Bajaban unas pandillas por la vereda, otras rodeaban la base del tajo por un caminillo abierto con sus mismos pies, descalzos y rojos de frío; y con sus refajos de colores, con sus pañuelos de yerbas[392] atados a la cabeza y echados en pico hacia la cara, con sus brazos desnudos y amoratados y la garganta del pie[393] asomándoles, saltaban y corrían a cual más, formando en aquel paisaje manchas de color dignas del pincel de Goya.

El cura informó a Canuto de la miserable vida de aquellas gentes. Los hombres se levantaban antes que el sol, para estar a punto en sus trabajos, teniendo que atravesar desde el pueblo largas distancias para llegar a las labores donde les aguardaba el cortijero. Almorzaban pan moreno, las más veces de cebada y maíz, y no de trigo, y alguna ensaladilla de pimientos picantes y algún vasillo de vino del que se había de tirar de las bodegas del alcalde. Después de trabajar todo el día con ese mísero sustento, volvían extenuados a sus casas al oscurecer, y les aguardaba la olla: coliflor con judías, unos pimientos asados o algunas patatas cocidas y otro trago de aquel endiablado vinagre que les roía las entrañas; y sin embargo, como las plantas que sacan su jugo de la atmósfera, estaban fuertes. Dios los nutría con los aires de aquellas montañas y les daba humor para formar bailes y velatorios en los días de fiesta, y allí se regocijaban, sin que hubiera nunca graves altercados ni crímenes.

-¿Y cómo cree usted, padre cura, dijo Canuto después de oírle con atención, que estas gentes serían más dichosas y saldrían de su mísero estado?

-Mire usted, exclamó el cura; con que cada uno tuviera un pedacito de terreno que cultivar y donde, al echar su sudor, se lo encontrase siempre; con que del monte comunal pudiese coger la leña necesaria para calentarse y la caza que quisiera; y con que no se les presentara el recaudador con la papeleta del reparto de consumos, estas gentes se darían por contentas.

-¿Y el Ayuntamiento, interrogó Canuto, con qué iba a atender los intereses del pueblecillo?

-¡El Ayuntamiento! exclamó el cura. ¡Pues no le he dicho a usted que es como si no existiera, y que el secretario lleva las actas en el bolsillo! No hace ninguna falta; créalo usted. Los mismos vecinos se arreglarían mejor sus calles cuando fuera preciso y

---

[392] *pañuelos de yerbas*: los de tela basta, de tamaño algo mayor que el ordinario y con dibujos estampados en colores comúnmente oscuros.

[393] *la garganta del pie*: la parte superior del pie, por donde está unido con la pierna.

se repartirían los productos de su monte y pondrían hasta faroles en las esquinas de sus casas.

-¿Y el juez municipal? siguió preguntando Canuto, ¿cómo se suprime el juez municipal?

-¡Bah!, repuso el cura; aquí no se escribe nunca un juicio; aquí no hace falta tampoco. Cuando dos vecinos tienen alguna cuestión, no se atreven a ir a casa del juez, porque lo primero con que se encuentran es con el secretario que, pluma en mano, les pide dinero, y como no lo tienen, se las arreglan de otra manera. Buscan a un par de amigos y a otro tercero que les ayude, y ni siquiera llegan a eso; porque salen los padres, los ancianos y les hacen transigir y quedar en paz. En otras ocasiones recurren a mí y yo les aconsejo lo que debe ser.

-¡Ah! se me olvidaba, añadió el cura después de una gran pausa. Otra cosa había que suprimir también. El que se lleva a los quintos. ¡Si viera usted lo desoladas que quedan las madres!, ¡qué perturbaciones ocasiona a veces en estas pobres casas la ida al servicio militar del mocetón precisamente cuando puede ayudar a su padre y ser un alivio para su familia!

-Pero, objetó Canuto, preciso es contribuir a la defensa de la patria.

-Claro, exclamó el sacerdote; ¿quién niega eso? Cuando la patria esté en peligro, todos a defenderla con uñas y con dientes; hasta yo mismo, que soy hijo de padre que estando para cantar misa el año ocho, al saber el levantamiento en Madrid contra los franceses, ahorcó los hábitos y sentó plaza de voluntario y se batió con Castaños en Bailén y ganó grado por grado hasta ser capitán el año doce, y sólo dejó las filas cuando España quedó libre de enemigos, y entonces renunció a sus grados y se vino a su modesta hacienda, se casó y me dio el ser.[394] Pero una cosa es la patria y otra el llamado servicio del rey. En la paz, ¿para qué ese ejército, ni ese servicio militar que arruina al Estado y daña a las familias? ¿Hay que aprender el ejercicio? Pues aquí mismo; cada mozo en su pueblo, y un rato nada más, como se aprende a tirar al blanco, sirviendo de distracción, y el resto del día al trabajo y a dormir cada uno a su casa. Fuera cuarteles y batallones en pie de guerra, que sólo sirven para mantener este Juzgado y esta alcaldía y toda esta máquina de trituración social... Y el cura no dijo más creyendo haber ido demasiado lejos.

Canuto, que pensaba exactamente lo mismo, pero que le había hecho el interrogatorio para explorarle, se despidió pensativo del párroco, y desde el ribazo, a donde habían maquinalmente llegado, tomó con el guía el sendero abajo, pasó la fuente, donde aún estaban las serranas, y se perdió de vista por la otra cuesta pedregosa, que doblaba la cumbre.

Las pandillas de mujeres regresaban por aquellos cerros con los cestillos vacíos;

---

[394] Así le ocurrió a un abuelo de Ledesma, según se lee en el cap. I, "El niño mudo" de *El libro de los recuerdos*, p.22: "No conocí a mis abuelos paternos, que murieron jóvenes. Sólo sé, por haberlo oído contar a mi padre, que el suyo, don Josef de Ledesma, estaba para cantar misa el día en que se recibieron en la población correos con noticias del levantamiento del pueblo de Madrid y que, entonces, ahorcando los hábitos con una cuerda de estameña, salió arrebatado, con una escopeta al hombro y dos saquitos de pólvora y balas, por montes y vericuetos para unirse a las guerrillas de Andalucía contra los franceses (…) que no volvió a su casa hasta no quedar un solo francés en la península y que allí renunció sus grados y se casó…".

saltaban y triscaban como cabras, y las dos águilas doradas seguían cerniéndose sobre el pueblo de Torrecillas y sobre aquellos montes comunales.

Cuando Canuto llegó a su cortijo y se puso a almorzar en el comedor, que daba a las verjas de la casa, no pudo menos de recordar las frases del cura, viendo los inmensos terrenos de aquella finca acaparados por él, por ley de herencia, con cuyos trozos, repartidos entre el vecindario, podían vivir holgadas tantas gentes. Cierto que así él habría de confundirse con la masa proletaria y ser uno de tantos; pero ¿acaso Dios ni la Naturaleza le habían hecho de carne distinta? ¿Por qué tenía él todo aquello y los demás nada? ¿Era justa esa ley de la herencia que le ponía en posesión de media comarca? Ahora mismo la veía yerma, convertida en un inmenso secano, por haberla privado de agua Baltasar y la sentencia de lo contencioso. La fuente antes abundante de aquel cortijo llamado de *Los Almendrales*, cortada por más arriba en sus orígenes, apenas echaba un hilito de agua para que bebieran el ganado y los labradores. Se conservaban los árboles propios del secano, los almendros y las encinas; pero todos los frutales habían desaparecido o estaban allá secos y sin hojas, como esqueletos, en el vallecillo. Las piezas de tierra de regadío, antes tan fecundas, esperaban sedientas el agua del cielo, y hasta los jardines de la casa, sin riego, habían sustituido sus rosales y jazmineros por zarzas y matorrales. Suponiendo que se buscase el alumbramiento de una fuente nueva con el trabajo de aquellos vecinos de Torrecillas; que éstos, exponiéndose a morir aplastados, en galerías abiertas a pico en terreno falso, dieran salida a un rico manantial y que se centuplicase el valor de aquella finca, ¿por qué habían de pertenecer sólo a aquellos los míseros seis reales del jornal y a él todo el restante beneficio? Ni siquiera el capital que en ello arriesgase merecería tan alta recompensa. Era el riesgo de muchas vidas humanas el que debía cotizarse allí. En el resultado final de la empresa había un aumento de riqueza que debería adjudicarse al sudor y a la sangre humana; no a las frías monedas empleadas en la tarea, estériles e impotentes por sí mismas.

Canuto echó de ver que su gran obra de reformas debía empezar por sí mismo, que, sumergido en el ambiente social vicioso, llevaba como individuo en sí propio las injusticias que combatía, y que no sería mal camino purgar su conciencia y su vida de los pecados que había querido desterrar del todo social. Haciendo esto y procurando que aquel villorrio se transformase a medida de sus ideales generosos, habría realizado no la obra titánica y grandiosa en que soñó, pero sí la practicable y posible que le aconsejaba Barbas tristes tantas veces.

El plan era para pensado y madurado; porque no ignoraba los fracasos de las tentativas falansterianas[395] y de todas las utopías comunistas. Y meditando a sus solas tan graves asuntos, con el mastín acostado a sus pies, dejaba la escopeta inactiva en el suelo y se sentaba sobre aquel peñón, que daba vista desde la cumbre de la sierra a las oleadas de los montes y de las mieses, y a las sábanas de los campos y de las vegas, y a su espléndido charco azul, donde el titán del Cabo de Ágata avanzaba hasta sumergir sus rodillas.

[395] Por los falansterios (en francés, *phalanstéres*), comunidades autónomas de producción y consumo, en el sistema de Carlos Fourier (1772-1837). Éste editó con algunos discípulos el diario *El Falansterio* (1832-1834) y propuso una organización social en células básicas o *falansterios*, en que vivirían falanges formadas por 1620 hombres. Consistirían en un edificio común rodeado por tierras de labor; la propiedad de los mismos tendría la forma de Sociedad Anónima; las rentas se repartirían entre el capital y el trabajo y la dirección científico-técnica.

CAPÍTULO VII

Idilios

Un mes pasó Canuto en aquella soledad de las sierras, cazando por las mañanas animales dañinos mientras las palomas torcaces volaban tranquilas en bandadas por aquellos montes; compenetrándose con la Naturaleza, que cada vez le atrapaba más; escribiendo con lápiz versos y prosa debajo de las encinas, donde los mirlos saltaban silbando sus canciones; asomándose a los abismos y derrumbaderos de aquellos cortados sublimes, que semejaban simas del alma; conversando con las leñadoras que volvían con su carga al hombro y a las que daba monedas que besaban con júbilo; siguiendo aquellas sendas pedregosas y salvajes que conducían a Torrecillas, y departiendo con el señor cura, sobre el ribazo o sentados a orillas de la fuente del vallecillo.

Muchas veces hacía la vida del pastor: ataba el almuerzo en una servilleta, que a guisa de zurrón colgaba con dos cintas a su espalda, y salía a vagar, con su sombrero de alas anchas y su bastón de punta de acero, detrás de las ovejas baladoras, al lado del muchacho que las guardaba, y sentábase con él a la sombra de los peñascos, viendo discurrir por las laderas distantes aquel rebaño deshecho, como perlas que ruedan sueltas. Daba de su almuerzo al pastor, escudriñaba con suaves preguntas los rinconcitos de su espíritu, y se volvía con él a la tarde, no encontrando tan dura y triste la humilde existencia de aquel vagabundo de los montes.

Por la noche sentábanse labriegos y trabajadores bajo la campana de la chimenea de la amplia cocina, y Canuto oía sus consejas y conversaciones y admiraba el talento natural de los unos, la gramática parda de los otros, la buena madera criada en aquellas montañas, donde la labor educadora hubiera podido hacer maravillas.

Cada vez iba madurando más sus proyectos; se encontraba en el periodo de observación y de estudio, que debe preceder a las obras sólidas. Examinaba los materiales con que había de levantar algo allí; porque ni su imaginación, ni sus hábitos le permitían seguir ocioso; y acariciaba la idea de una suprema tentativa de sus planes sobre lo pequeño, ya que habían fracasado sobre lo grande.

Canuto, sin embargo, no se sentía completo para aquella labor, ni siquiera para ultimar los proyectos de ella. Esta obra humana necesitaba una colaboración perspicaz, de fina intuición y delicados sentimientos, que fuesen para las ideas lo que el oxígeno para las llamas.

Angelita debía ser esta colaboradora sensible. La que rectificó piadosamente, de niña, el sistema educador de Don Facundo; la que iluminó la vida del estudiante y le impulsó a trabajar con ardor; la que a través de sus luchas en el foro y en la política le enviaba aquellas ráfagas de idealismo puro como el perfume de sus violetas y los párrafos de sus cartas, debía estar allí, a su lado, ayudándole con su alma tierna a desenvolver un pensamiento que no podía ser creación fría del derecho abstracto, sino también del amor. El cerebro necesitaba a su lado al corazón para funcionar con acierto. Por algo Dios mismo, en los días paradisíacos, puso a la mujer junto al hombre, como auxiliar benéfico de su vida.

Un día que pensaba en tantas cosas recibió dos cartas que le resolvieron muchas dudas. Era la primera de Eduardito; la segunda de Barbas tristes. Venían con retraso, por la dificultad de los correos, que habían de ir a Miralmar y de allí a Torrecillas, donde el peatón[396] las repartía, cuando el alcalde no quería reservarse la correspondencia para someterla a su previa censura, como cuestión de orden público.

Eduardito daba a Canuto cuenta de su estado. Hacía tiempo que no le había escrito; desde la pérdida del pleito de las mejoras y el sacrificio heroico de María Josefa. Debía participarle su boda con ella y el nuevo régimen de su existencia. Sí, acababa de casarse y era ya conde; pero ¡qué conde! Había que olvidarse de tales títulos, o por mejor decir, había que declararlos sustituidos por otros más legítimos. Terminada su carrera, consultando su vocación, se encontró que él no era hombre de pleitos, ni los buscaría, ni ganaría nada con ellos. En cuanto al Registro de la Propiedad, estaba en la luna. Las oposiciones serían tarde; las plazas eran pocas; los aspirantes innumerables y algunos con buenas aldabas; en fin, había tenido que renunciar también. ¿Qué resolver? Sus padres no eran ricos; con María Josefa no había de casarse para que ella le mantuviese de sus lecciones de piano, mermando a sus pobres la parte de las mensualidades que seguía repartiéndoles. Se acordó de Barbas tristes y de la resolución de la condesita y abrió Academia de Derecho.[397] Enseñaría las asignaturas que había aprendido. Así lo hizo: tuvo algunos alumnos, y cuando ya ganaba tanto como su novia, formaron su sociedad de gananciales, juntando los corazones y las mesadas, y vivían felices. La anciana condesa estaba muy padecida; la tía había muerto; el matrimonio y la vieja señora seguían habitando en la plaza del Agua, y María Josefa era la administradora y hacía de los fondos tres partes: una para vivir ellos; otra que guardaba para sus hijos, si los tenían; y otra para los pobres, que salían gananciosos en el arreglo. Eduardito se pasaba todo el día explicando en sus clase; María Josefa en sus lecciones de música, seguida del galguillo inglés; después se comía en familia, con regocijo y sin exceso; se dormía con la conciencia sosegada, y los domingos se salía a pasear y a dejar a los pobres las limosnas. Salomón había sido un bienhechor descargando su maza para arruinar a aquellas linajudas señoras; porque en cambio del capital perdido tenían la modestia, el trabajo y la paz de espíritu.

Barbas tristes comunicaba también a Canuto nuevas agradables. Seguía trabajando sin descanso, y su fama se extendía y sus colectas voluntarias, mal llamadas *honorarios*, aumentaban considerablemente. Por todas partes se disputaban sus visitas, sus consultas, sus operaciones. Él se dedicaba primero a sus pobres y a su clientela modesta del principio, y el resto del tiempo disponible a sus estudios y a sus visitas de ricos y de grandes.[398] Había hecho una segunda oposición; todos sus contrincantes se retiraron y se quedó solo, y el tribunal, después de sus ejercicios, le abrazó como compañero. No hubo tercer lugar de terna; sino uno solo, el suyo, y tenía su cátedra en el Colegio de San Carlos, a donde iba por la mañana y se veía rodeado de alumnos, ávidos de escuchar su doctrina. Su tema de trabajar, trabajar siempre y poner por objetivo de sus trabajos algo accesible a la acción de un hombre daba a la postre los resultados apetecidos.

---

[396] *peatón*: valijero o correo de a pie encargado de la conducción de la correspondencia entre pueblos cercanos.

[397] Lo mismo hizo Ledesma en 1879 tras obtener el título de licenciado e ingresar en el Colegio de Abogados de Almería: poner Academia de Derecho en la calle San Francisco 1 de Almería.

[398] *grandes*: Grandes de España, máximo grado de la nobleza española.

Había más: después de tantos análisis y disecciones de las madejas cerebrales, había encontrado el alma. Aquel pícaro duendecillo, que se escondía siempre más allá de su bisturí y de los nervios seguidos con el microscopio en el enredo complicadísimo del cerebro; aquel diablillo sutil, que primero parecía estar en la masa encefálica; que, abierta ésta, se refugiaba en la sustancia gris; que luego se escondía en las circunvoluciones, y al fin se deslizaba por los hilos finísimos de los nervios de aquellas madejas hasta los extremos más recónditos, había sido sorprendido al fin por el fisiólogo, oculto en los rincones de su corazón.

El alma era el sentimiento, el latido inefable que le había llevado a amar de nuevo. El alma del ex dómine, arrebatada al principio por aquella Susana olvidadiza, había sido recobrada y entregada a otra mujer humilde, pero cariñosa y devota de su persona. Barbas tristes se casaba con Rosalía, la hija del portero del Ministerio; la honrada costurera de la guardilla; la que compartió con él la miseria de sus días angustiosos; la gentil muchacha a quien salvó de una muerte segura en aquel camastro donde estuvo devorada por la fiebre de la pulmonía. Atento siempre a poner sus afanes en lo posible, y conociendo ya su próxima vejez, no se hacía la ilusión de encontrar ninguna gran dama que le quisiera y le cuidara en sus últimos años. Rosalía, en cambio, por una ley del corazón que hace atraerse a los contrarios y no a los semejantes, *contraria contrariis* y no *similia similibus*,[399] le había cobrado inclinación y afecto, y le cuidaba como una hermana menor. Él lo había estudiado bien; la muchacha le oía como un oráculo, le veneraba como a un santo; estaba siempre atenta a sus menores deseos, y recordaba agradecida la vida que le debía. Esto le aseguraba su voluntad. En cuanto a él, habíase acostumbrado al cuido y trato de la joven y la veía aparecer siempre en la oscuridad de sus tareas como un rayo de sol que le agradaba.

Desposaríanse, pues, el rayo de sol y la nieve del invierno, y esperaba hacer vida más suave, porque hasta entonces sólo había tenido un día de expansión: aquél de la gira al carmen de Granada; y un momento de alegría: el instante en que, para acompañar el baile de las parejas, tocó allí, como el saboyano, el organillo de fuelle. Sin embargo, las dulzuras del nuevo estado no interrumpirían sus estudios, ni sus visitas, ni sus operaciones quirúrgicas, ni el servicio de su cátedra, y aprovecharía la mitad de sus ahorros y las influencias de los personajes a quienes trataba para fundar un nuevo Hospital modelo, obra suprema de su vida. Su mujer cosería ropa para los enfermos; él les prestaría los auxilios de su ciencia. Ninguno de los dos olvidaría su oficio, en bien de la humanidad; y cuando él muriera, sólo esperaba que se diría en su memoria: “Fue un hombre que hizo lo posible por el bien de sus semejantes”.

-¡Lo posible! exclamó Canuto, acabando de leer esos renglones. Tiene razón mi sabio amigo. Lo mejor es enemigo de lo bueno, según reza al adagio, y también lo difícil es enemigo de lo posible y hacedero y perjudica nuestros proyectos. En cuanto a lo imposible, los esteriliza del todo. Hagamos, pues, lo posible; concretémonos a ello alguna vez y dejémonos de grandes proyectos regeneradores de la humanidad y de la patria. Esto no es para un hombre solo, y sus tentativas en obra tan magna rinden sus fuerzas, las anulan e inutilizan, como se gastarían en balde las de un individuo aislado que pretendiera empujar y trasladar de sitio una montaña.

Pero tampoco hay que olvidar, añadía en sus reflexiones íntimas, que lo difícil ha de hacerse al cabo; que lo que hoy tenemos por imposible ha de ser posible mañana, y que algo hay que arriesgar para estas obras del porvenir y sembrar para que después

[399] Principios de la homeopatía y de la alopatía.

recolecten las sucesivas generaciones. De modo que hagamos lo posible, intentando lo difícil además, y poniendo los ojos y el corazón y las aspiraciones en lo inasequible de hoy, en lo utópico para el presente; tal vez realidad hermosa para lo futuro.

Voces del corazón llamaban a Canuto, ante todo, al lado de Angelita. La novela íntima de su alma tenía esta solución natural, que ya habían dado a las suyas Barbas tristes con Rosalía y Eduardito con María Josefa; así que, pasado el tiempo del riguroso luto por la muerte de sus padres, Canuto se trasladó a Granada, anhelante de realizar las únicas ilusiones no agostadas de su vida.

Granada era entonces la ciudad de las hojas secas. Habían cesado los ardores de su fuego estival y no comenzado aún los diluvios otoñales de la ciudad de agua. Rodeada de frondosas vegetaciones, cuando se aproximaba aquel tiempo, el simultáneo despojo de sus árboles dejaba caer sobre ella una lluvia de hojas amarillas, rojizas, tostadas, de todas formas y colores muertos, y se reunían, llevadas del viento frío, a los lados, junto a las hileras de troncos de los álamos desnudos.

¡Cuántos recuerdos evocaban en el alma del joven, ya viejo de espíritu, aquellas hojas arremolinadas y aquella ciudad visitada por él después de tanto tiempo de ausencia y de luchas estériles! Allí estaba cerrado, como el ventanillo de una cripta, su balcón de la plaza de los Lobos, donde tantas veces repasó las *Instituta* y se atiborró de *Pandectas*[400] y de Heinecio. ¡Tiempos felices aquellos en que, poseyendo el latín la definición de la justicia, creía ya tener presa entre sus brazos para siempre esta diosa de la balanza y de la espada!

No se atrevió a pasar por la calle de las Tablas, por no traer a su memoria imágenes de infidelidad, que se compaginaban mal con su puro amor hacia Angelita, y que sólo disculpaban aturdimientos juveniles. La picaresca figura de Rosita tal vez se le apareciese allí por la casa vieja y apuntalada, donde en otro tiempo sonaban alegres las bandurrias que hicieron tocar el acordeón a Barbas tristes. Sobre todo, temía al aspecto de deshabitado y ruinoso de aquel edificio, sombra de una edad pasada y arruinada también y de unos goces y sueños disipados.

En cambio, su pecho palpitó de júbilo en aquella calle de Puentezuelas, ante aquella casita humilde, limpia y blanqueada, donde estaba esperándole el retrato del señor penitenciario, con la mano alzada para las bendiciones, y la hermosa Angélica de ojos pardos y largas trenzas, cándida y modelada como una virgen, blanca y suave como una magnolia. Echó de menos solamente, en medio de la calle, el galerón con la lanza en ristre donde tropezara al salir la primera vez, y el despacho de aquellos vehículos acelerados que el progreso de los tiempos había hecho desaparecer.

Las bodas se celebraron sin festejos, por el luto de los novios. Angelita, vestida de blanco, con los cabellos semidorados recogidos en promontorio, salpicado de flores de azahar, con el busto espléndido de su plena juventud, y su rostro, hermoseado por las gracias, el amor y la dicha, resumía en aquel instante, como un libro de bellas páginas con tapas de nácar, todos los capítulos de su vida de amor, desde el comenzado en el huertecillo de la casa escuela y bajo las bambalinas de su teatro infantil, cuando oía embelesada las décimas de su Don Juan, hasta el largo y melancólico periodo de aquella ausencia de su amado, y de aquellas luchas y penas que él pasaba en la Corte, mientras

[400] En la *Instituta* de Justiniano se incluía el *Digesto* o *Pandectas*, colección sistematizada de los textos de jurisconsultos romanos.

ella le enviaba en sus cartas suspiros y violetas.

La ceremonia tuvo lugar en la iglesia de las Comendadoras, en la misma donde, encontrándose Canuto con la madre de Angelita, halló el hilo interrumpido de sus amores de chiquillo, y en cuyo convento Angelita recibió selecta educación. El penitenciario, que había perdido su voluminosa figura y estaba acartonado por los años y con la cabeza blanca como el vellón de los corderos, bendijo efectivamente la unión, y fueron padrinos de ella los condes del Salado, María Josefa y Eduardito, a los que prohibió Canuto todo regalo que significase desnivel en su presupuesto de gastos, tan perfectamente distribuido.

Hay dos sentimientos que no pueden ser descritos con la pluma, ni expresados con el pincel: el supremo dolor y la suma felicidad. Imposible, por tanto, referir aquí la ventura de los nuevos esposos. Los que hayan seguido paso a paso la historia sentimental de sus almas podrán comprender las efusiones de su dicha; que si alguna positiva y real existe en la tierra es, sin duda, el anhelo realizado de dos corazones encendidos por la pasión, de dos seres llenos de juventud, hermosos y destinados a perpetuar la vida por el cielo.

Canuto y Angelita pasaron algunos días en Granada, soportando aquél, cuando no podía evitarlo, la charla sempiterna de Doña Soledad, que hacía el centésimo panegírico de los suaves procedimientos de enseñanza de Don Facundo. Algunas veces también sermoneaba el penitenciario con su vocecita temblona; pero la mayor parte del tiempo la enamorada pareja huía a las alamedas de la Alhambra, cuyos bosques, entristecidos por el otoño, parecían revivir con las miradas y sonrisas de ambos amantes. Sentábanse en el poyo de aquella alta cuesta que sube desde Siete Suelos a la Puerta del Vino,[401] confundiendo sus conversaciones con el ruido del agua de una cascada que por el ribazo de enfrente se despeña; almorzaban en un oculto cenador de los jardines de Washington; ponían se a gozar del sol de octubre ante la inmensa vega partida en cien trozos por las aguas derivadas del Genil, y salpicada de molinos y casitas campestres; recorrían las quintas de los contornos; grababan, como Medoro y Angélica, sus cifras indelebles en los troncos de los árboles,[402] o hacían resurgir las tiernas leyendas de los torreones moriscos, trepando a ellos y recorriendo las ruinas de aquellos muros derrumbados o de aquellos ricos salones del palacio árabe, cuyas inscripciones el feliz esposo deletreaba.

Canuto explicó a Angelita sus generosos proyectos, y ella se ofreció a secundarlos entusiasmada. Partieron de Granada, quedando Doña Soledad al cuido del penitenciario; aquélla hecha un mar de llanto y éste también con dos lágrimas en los ojos y un saco de consejos en el corazón, que no pudo vaciar por habérsele hecho en la despedida un nudo en la garganta; y se dirigieron a Miralmar, donde entraron de incógnito, y después de recorrer los sitios queridos de su niñez, sobre todo la plazoleta de la escuela, cuyos árboles parecían retoñar y ante cuya casa de gran balcón de cobertizo reavivaron los recuerdos del *Tenorio* y de la Cárcel Modelo de Don Facundo,

[401] Hoy aislada, en la Alhambra de Granada, dentro de la Plaza de los Aljibes. Según una hipótesis, los vecinos de la Alhambra depositaban, desde 1556, en esta puerta el vino que consumían y que estaba exento de impuestos. Otra teoría afirma que su nombre vendría de una equivocación: "Bib al-hamra" (*Puerta Roja* o *Puerta de la Alhambra*) -que se supone el nombre original de la puerta- y "Bib al-jamra" (*Puerta del Vino*), lo que probaría que ésta era la puerta que permitía el acceso a la Alhambra alta.

[402] Canto XIX del *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto (1474-1533), publicado con 40 cantos en 1516, y en edición definitiva en 1532.

tomaron el camino del cortijo de *Los Almendrales*, donde se proponían residir, ni envidiados ni envidiosos.

En él se instalaron cómodamente, pues la casa tenía hasta chimeneas en el comedor y en el saloncillo. La señorita, como llamaban a Angelita aquellos montañeses, fue recibida con grandes muestras de contento, y desde el primer instante se captó la voluntad de todos. Por las mañanas y las tardes se veía por aquellos cerros a los dos esposos caminar a solas.

Departían y maduraban sus proyectos sobre aquella inmensa finca convertida en sequeral. Y cuando se asomaban a la cumbre desde la cual se descubría el pueblo de Torrecillas, pensaban también en la triste suerte de aquellos míseros vecinos, metidos en tugurios infectos y dominados por aquel tajo que parecía querer aplastarles, como la mole de un poder implacable, nido de aquellas dos águilas carnívoras y astutas.

CAPÍTULO VIII

La Colonia Espárrago

Quien después de algunos años hubiera subido a la sierra por el lado que daba al pueblo de Torrecillas y seguido desde éste al cortijo de *Los Almendrales* habría encontrado sorprendentes transformaciones. Allá estaba el tajo, áspero y sombrío, bajo el cual se apiñaron las casas terrosas y se alzó la iglesia de las dos torres cuadradas, especie de fábrica de perdigones; pero en la meseta sólo había techos caídos, muros aportillados y escombros revestidos de musgos y de malezas. De las ruinas de la iglesia salían bandadas de pájaros que anidaban en los mechinales, y en las grietas del tajo no tenían ya su guardia las águilas, ni entre aquellos paredones sus viviendas los montañeses.

La triste fuentecilla del valle sollozaba solitaria; la senda retorcida de acceso al pueblo estaba trocada en barranquizo. Ni lavaban en aquella corriente las rojas campesinas, ni bajaban en grupos por aquel camino con sus cestas, ni en el ribazo aparecía la sotana vieja del señor cura.

Creyérase que por allí había pasado el terremoto y detrás el ángel exterminador; y es que toda transformación, toda nueva vida deja tras sí despojos de lo anterior, como nuestra sociedad actual, con sus progresos, ha dejado deshabitados y ruinosos los castillos feudales de la Edad Media.

En cambio de la desolación de aquel pueblo de la umbría, por el otro lado, en la solana, el cortijo de *Los Almendrales* y gran parte de la Sierra de Miravilla, antes tan incultos y estériles, presentaban un aspecto risueño. Las lomas de los antiguos secanos estaban salpicadas de casitas blancas, a donde se había trasladado íntegra la pequeña población jornalera de Torrecillas; de modo que no fue que un terremoto hundió sus terrosos y malsanos hogares, ni que el ángel exterminador segó aquellas vidas; sino que otro genio creador había alzado nuevas viviendas salutíferas, abiertas al aire y al sol, en aquella parte templada por los rayos del Mediodía y oreada por las brisas del remoto mar.

No era esto sólo, sino que los secanos estaban trocados en regadíos; las viñas

bordaban desde las faldas hasta las cúspides de los montes; las mieses cabeceaban con sus cien tonos de oro en las piezas y en las mesetas; los árboles frutales comenzaban a dar sus primicias; el agua saltaba y corría por acequias y descargadores como sangre fecunda de una tierra feraz, y cien brazos afanosos, en diferentes lugares, hacían a compás las faenas agrícolas, realizaban roturaciones, desmontaban cerros rojizos para transformarlos en bancales y colocaban largas filas de pedrizas que contuviesen las planicies de tierra virgen.

Se había encontrado una corriente subterránea, que formaba un pantano interior, en las entrañas de un monte de aquéllos; se había hecho con grandes riesgos; se había alumbrado el agua, venida tal vez por el sifón de las nieves de enfrente, helada como el granizo y pura como si corriese por oquedades de mármol, y caía en cataratas desde allí, repartiéndose por *Los Almendrales* y sus tierras circunvecinas, y acompañando con sus armoniosos murmullos los cantos alegres de los montañeses.

Canuto había hecho tasar, antes de esto, su finca de secano, y expropiándose a sí mismo de ella, menos de la casa y el huertecillo, por el valor de tasación, que se apuntó como primera partida de su cuenta corriente. Era como si hubiese vendido aquellas tierras, para él infecundas, y su capital y las propiedades de su casa campestre quedaron incólumes.

Enseguida reunió a sus labradores con algunos más del pueblo de Torrecillas y les dijo: Todo eso que veis es vuestro y de cuantos os ayuden a trabajarlo. Dios ha hecho la tierra para el hombre, como el aire y la luz; sólo es mío el oxígeno que yo necesito para los pulmones y el rayo de sol que he menester para alumbrar los ojos y calentar el cuerpo. Por eso es mía no más esta casa, que encierra mi aire y el de mi familia, donde recibimos nuestro sol, y ese pequeño jardín, que su salubridad ha menester. Vosotros, si trabajáis, tendréis también vuestras casas con vuestros pequeños huertos; vuestros almacencitos de aire y sol, que hay que edificar.

¿Dónde? Escoged. Todos esos terrenos y montes que me pertenecían os los he vendido realmente. Para dejar a salvo todo escrúpulo, vosotros y los que os ayuden me sois deudores de su valor; ni nada me quitáis, ni nada os regalo. Ahora, reuníos en grupos; elegid los sitios donde vuestro sudor ha de regar una tierra vuestra, produciendo frutos para vuestras propias necesidades, y donde habéis de levantar, cuando podáis hacerlo, vuestras viviendas higiénicas.

Esta cesión generosa corrió de boca en boca por el pueblo de Torrecillas y los jornaleros se reunían a la vuelta de sus trabajos tratando y concertando sobre ella. ¿Sería posible que en vez de tener un mísero jornal eventual llegasen a ser condueños de aquellos terrenos por arte de encanto? ¿Sería para ellos cuanto de allí sacasen y podrían tener casitas y jardines propios en vez de aquellas covachas de greda? En grupos discutían sobre el ribazo, y el señor cura les animaba diciéndoles: Sí, hijos míos; sí que es posible; de ese modo han vivido muchas comunidades con la labor de sus tierras, y lo que ese buen señor propone es una comunidad, sin convento y sin monjes.

Los más avisados se decidieron: los menos atrevidos siguieron su ejemplo después, y pronto entre todos se planteó el problema capital del agua. ¡Oh! la sacarían del centro del infierno para asegurar sus cosechas y comenzar sus trabajos fervientes, ya que el cacique de Miralmar, sin aprovecharla en nada, la había distraído y echado una legua más lejos. La tierra era como el cuerpo humano, que tenía su sangre y pinchando, pinchando ya se daría con alguna vena. Pastores y zahoríes se dedicaron a olfatear algún

venero subterráneo que dominase aquella finca. Por fin, un pastorcillo denunció que, habiéndosele caído una cabra por un agujero de una quebrada, se asomó y bajó como pudo agarrándose a los picos de las paredes, y que había oído como ruido de agua mansa que corría. Se fue al sitio; se bajó un minero atado a una cuerda; a los quince metros vio un pantano; echaron pedazos de madera y los vieron correr y perderse, empujados suavemente por el agua. Se exploró el interior por dos nautas en una artesa; aquello era como un río que desaparecía al final entre unos huecos oscuros. Todos fueron al trabajo, alternando, echando cada uno un jornal a la semana. Se embocó la galería, que algunos expertos mineros dirigieron. Canuto les acompañaba con la brújula; Angelita les seguía con las oraciones y el pensamiento; y al cabo de dos meses saltó el agua al exterior por la embocadura del minado, cayendo en catarata por barrancos y derrumbaderos, entre los vivas de los trabajadores todos de Torrecillas y las lágrimas de alegría de Angelita, abrazada a su marido.

El agua siguió corriendo durante los bailes, las fiestas y las comilonas. Después se cerró la compuerta y ¡a trabajar! Se hicieron los acueductos; se regaron las piezas de los secanos, que estaban preparadas de cuando eran regadíos; se nombró administrador de todo a Canuto, que anticipó también el dinero para los materiales y la manutención de los operarios, y se vendieron las cosechas, que cubrieron con creces aquellos gastos y dieron un remanente importante a aquella naciente sociedad agrícola.

Cada grupo de trabajadores eligió su sitio diferente para los trabajos de cultivo de las piezas de tierra y comienzos de roturaciones que la aumentasen. Como todo era para todos, no había disputa posible sobre la posesión de este o de aquel terreno, por más fértil o conveniente. Al contrario, el interés consistía en reunirse los más aptos para cada trabajo y encargarse de él, practicándose así una selección natural en provecho mutuo. Los que más entendían de labores labraban, los que más de desmontes desmontaban, y cada cual contribuía, según sus aptitudes y sus deseos, en armonía maravillosa, al fenómeno social de la producción.

En dos años se hicieron prodigios; se formaron los abancalados de los antiguos secanos, convirtiéndolos en terreno de huertas; las estériles laderas se trocaron en paratas[403] numerosas, con sus balates[404] de piedras, hechos de la arrancada en las roturaciones; se plantaron árboles frutales, viñedos y parras de la rica uva de exportación y se edificaron almacenes y trojes, donde se encerró el abundante grano de la segunda cosecha.

Canuto daba a cada trabajador su vale de trabajo de ocho horas, o le anticipa un jornal módico, a cuenta de su liquidación. Con esos vales sacaban aquéllos el trigo equivalente para su consumo, o con ese anticipo atendían a su subsistencia, mientras llegaba la liquidación del año. En ésta se vendían las cosechas; Canuto se reintegraba de sus anticipos, y cada operario resultaba en su cuenta corriente con una ganancia todavía; porque el vale de trabajo siempre importaba más que el anticipo de jornal. Con esas ganancias se comenzaron a edificar las casas campestres. El resto de producto totales de la cosecha servía una parte para ir reintegrando a Canuto del valor de lo que se expropió; la otra, para ir comprando nuevos terrenos colindantes, con que ensanchar la comunidad agrícola.

---

[403] *paratas*: bancales pequeños y estrechos formados en terrenos pendientes, cortados y allanados para sembrar o hacer plantaciones en ellos.

[404] *balates:* márgenes de las paratas. Terrenos pendientes, lindazos de muy poca altura.

Todo marchaba al reloj: las casitas iban apareciendo, saliendo de las tierras, sobre sus cimientos, como sobre sus tallos dispersas azucenas blancas. Los más laboriosos las tuvieron más pronto; al cabo y al fin, todos las hicieron, por el estímulo y con los ahorros de sus vales de ocho horas. Así la propiedad particular de lo necesario para la vida independiente de la familia coexistía abrazada y compenetrada con la propiedad común precisa para la vida de la colonia. Ni era aquello el triste falansterio con el hacinamiento y confusión de seres y la promiscuidad odiosa de las personas, ni el exagerado individualismo del propietario, que se asimila el terreno de medio pueblo y se llama *dueño* de él, como podría decirse *dueño* del sol, si tuviera guardia civil que se lo conservara para él solo. Era la justa proporción y armonía de los dos elementos, individual y social, que informan el derecho y la vida humana.

Conforme se concluían y oreaban las casitas campestres, las familias abandonaban las húmedas pocilgas de Torrecillas, hasta que el pueblo en masa se trasladó a las viviendas de la sierra, alegres como quintas e higiénicas como sanatorios. El alcalde y el secretario veían con espanto aquella despoblación de la meseta dominada por el tajo de las águilas, del villorrio de Torrecillas donde ejercían su autoridad. Se dispersaba la gente; se deshacía el pobladillo; era un puñado de moscas que echaban a volar a la sierra; y los lazos de la autoridad local se aflojaban y acabarían por desaparecer. Lo comunicó al gobernador y al cacique; pero no había medio de evitarlo. Solamente cabía llevar los beneficios del poder público a aquella sierra, a cada una de aquellas viviendas, y en efecto, por ellas seguía apareciendo la efigie del Estado en el recaudador de contribuciones y en el que reclutaba los quintos del sorteo.

Los trabajadores de la colonia no resistían; daban al César lo que es del César, y con unas cuantas monedas pagaban y se redimían y seguían trabajando. Pero el Estado, en su primera forma llamada *Municipio,* se había evaporado definitivamente. Ya no eran precisos alcalde, ni secretario para Torrecillas; más aun: tuvieron que emigrar, al verse solos allí, y vender sus mismas fincas a la colonia Espárrago, que iba ensanchándose y desparramándose más cada día. Hubo un momento en que, sin un vecino en el pueblo, el alcalde mandó al secretario que cerrase la casa Ayuntamiento y entregara al gobernador las llaves y aquellos papeles que llevaba en el bolsillo. ¿Para qué cuentas municipales si no había Municipio? ¿Para qué permanecer en aquel lugar de desolación, mirándose el uno al otro, frente a frente? El juez municipal había dimitido, yéndose, y no se encontraba quien le reemplazase; y el cura había tenido, con permiso del señor obispo, que secularizar la iglesia e irse con los santos y ornamentos a una capilla que había alzado la colonia en la sierra. Torrecillas era un cadáver. Sobre él siguieron cerniéndose inútilmente las águilas; y con las lluvias se hundieron los techos, y las aguas del tajo formaron barranquizos en las calles, y los muros se aportillaron o cayeron del todo, y la iglesia quedó destechada también, y aquellos escombros se cubrieron de ortigas, de jaramagos, de muérdagos, de nidos de pájaros y reptiles.

Dueña la colonia de las tierras circunvecinas, unas que fueron del alcalde y secretario y otras del juez municipal y del cacique miralmarense, de allí desapareció toda sombra de autoridad a la antigua, y allí rompióse sin sentir la cadena que ató a aquellas gentes con los poderes de la provincia y de la metrópoli. No había Municipio, como se ha dicho, ni alcalde, ni secretario, ni juez, ni tampoco elecciones municipales, ni de diputados. No existiendo pueblo próximo a que agregar aquellas casitas sueltas, aunque numerosas, ni formando grupo ni casco de población, quedaron así fuera de la acción política. Como se trabajaba con amor y en provecho común, no había disputas de lo tuyo y lo mío, ni por ende pleitos ni causas. Las diferencias de unos y otros las

arreglaban los ancianos, los elegidos por árbitros, y no pocas veces el cura y Canuto, a quienes respetaban sin temor y obedecían sin obligación. Y del fondo común de la colonia se nombró en Miralmar un agente para que pagase la contribución y redimiese a los quintos, a fin de no ver tampoco al recaudador y al comisionado, espantajos del Estado.

Aquella sierra florecía como un inmenso macetero y cada vez eran mayores los remanentes, tanto que muy pronto quedó pagado Canuto de su expropiación, y hubo para pensar en obras industriales que acompañaran y completasen las agrícolas.

Se aprovechó el salto de agua con unas turbinas y se montó una fábrica de harinas y otra de hilados y alpargatas. La colonia no tuvo sólo el trigo propio, sino el pan dentro de sus casas y el vestido y el calzado, sin salir del radio. Se hicieron toda clase de efectos, herramientas y útiles; en fin, en pequeño, se proveyó a las necesidades de aquellos numerosos colonos, dentro del círculo de sus tierras. Así se ahorraron transportes e intermediarios, y se desmintió la teoría de los economistas de la división del trabajo; porque éstos no tuvieron en cuenta, para predicarla, los gastos de cambio de las mercancías distantes y que, aun producidas más baratas en puntos diferentes, absorben el beneficio y aconsejan mejor que cada cual produzca en su casa de todo.

Una noche apareció media sierra iluminada y resplandeciente, como joya de mil diamantes. Era que aprovechóse también el salto de agua para una dinamo y que, tendidos los hilos y puestas las lamparillas incandescentes en cada casita y fábrica, se inauguró la luz eléctrica, que había de romper aquellas tinieblas de las montañas en las noches, como se habían roto las tinieblas de los viejos poderes.

Canuto y Angelita, en lo alto de un cerro, contemplando a sus pies el vivo centellear de aquellos cientos de lamparillas de las viviendas montañesas de la colonia, e iluminados por sus mismos resplandores, semejaban dos genios muy diferentes de aquellas dos aves de rapiña que simbolizaron, cerniéndose sobre Torrecillas, al alcalde y secretario desaparecidos.

Aun se aspiró a más; se aspiró a suprimir la moneda. Sus discos decía Canuto que eran rodajitas cortadas de la manzana de la discordia y repartidas por los pueblos para impedir su fraternidad. Todavía en la colonia podía aquel germen producir desavenencias, egoísmos y desigualdades; pero como había que pagar en moneda al Estado los tributos y vender en moneda a los pueblos limítrofes los granos y frutos, Canuto estableció una especie de Banco de la colonia, donde la moneda quedó estancada para los pagos y compras. En el interior de esa colonia no tenía, pues, curso ninguno. Nadie podía vender ni comprar nada con ella; una onza de oro era para el efecto como un trozo de velón de cobre.

Todos percibían sus vales en efectos de los almacenes de la colonia; en trigo, calzados, ropas y si tenían o llevaban alguna moneda la habían de entregar al administrador, que la cambiaba en especie. Así, todos eran ricos y no tenían ni un céntimo.

Con los fondos metálicos la administración pagaba los impuestos o adquiría maquinarias para las nuevas industrias, carbón, etc., o más terrenos colindantes en la sierra. Se llegó así a comprarle a Baltasar el salto de agua que distrajo de *Los Almendrales* y los terrenos en que pensó construir una fábrica. Lo que éste no pudo realizar lo hizo la colectividad.

Como no había artes suntuarias, ni lujo, sino higiene y abrigo y comida sana y abundante en cada casita, lo que la sociedad en esas cosas despilfarra era en la colonia ahorro y mayor riqueza. Canuto vestía traje de rayadillo en verano y de pana en invierno, como los demás trabajadores. Angelita, tela de muselina o algodón o lanillas baratas, como las otras aldeanas, y sombrerillo de palma, con dos plumas de las águilas del tajo, muertas a balazos por su esposo. ¿Para qué terciopelos ni ricas sedas? ¿Para qué diamantes ni esmeraldas? Todo eso era producto nocivo de una sociedad insana, como lo es el *foiegras* de la pobre ave enferma capricho del *gourmet*.

Canuto no se limitaba a llevar las cuentas y administración de la colonia, en que le ayudaban algunos muchachos adiestrados, sino que trabajaba también con la materia y con el alma. Todos los días echaba su peonada de un par de horas, bien cortando alguna encina para hacer leña, bien llevando la reja de algún arado, bien recorriendo aquellos montes para traer caza. La volatería iba de igual modo a los almacenes, y había escopetas negras[405] dedicadas a ello; días hubo en que todos los habitantes de la colonia comieron perdices y sobraron. La multiplicación prodigiosa de las aves y de los conejos y liebres dependió del interés común de todos en conservarlos y fomentarlos en aquellos montes de la colonia donde aún no habían llegado las roturaciones. Además, los cotos se ensancharon considerablemente, porque el Estado vendió los montes comunales del ya imaginario pueblo de Torrecillas y los compró la colonia; de modo que lo que antes aprovechaban alcalde, secretario y juez municipal vino a ser de su legítimo dueño, el común de vecinos, hasta que toda la antigua jurisdicción de Torrecillas fue a parar a éste, en la personalidad colectiva de la comunidad aquella.

El cura estaba lleno de satisfacción y se le veía ir y venir por las montañas, de la ermita a los talleres, de los caseríos a la ermita diciendo misa todos los días al alba, que oían los trabajadores con gran devoción; dando pláticas de religión a los muchachos; asistiendo a los enfermos o rezando sus oraciones por aquellos caminos y floridas huertas. El maestro de escuela ya no pedía limosna, como en Torrecillas, sino que ganaba su vale de trabajo y tenía su casita y su huerto, enseñando a los chiquillos y a los adultos a leer, escribir y contar. Y Angelita, no desmintiendo su alcurnia, también daba lecciones a las muchachas campesinas, por los suaves procedimientos con que rectificó de niña el sistema educador de su padre, y ganaba su vale de trabajo como una modestísima obrera.

La máquina política de aquel núcleo consistía precisamente en la ausencia de todo poder y de toda autoridad personal, impuesta ni delegada. El poder, el dominio de sí propia, radicaba, sin enajenaciones ni traspasos, en la colectividad misma, tal como había sostenido Canuto en el Parlamento que debía ser. No había allí más que administración pura, diáfana, sin filtraciones, como en una sociedad industrial. Aquél era el bosquejo, tal vez el modelo en pequeño de los pueblos del porvenir. Canuto, desde las cumbres de la sierra, contemplando Miralmar, la veía con el pensamiento deshacerse también como Torrecillas; dispersarse, trasladar sus familias y sus útiles de trabajo a sus campos desiertos y desparramarse por ellos fecundándolos, mientras la *urbs* romana se hundía, se desmoronaba y se convertía en un montón de escombros; y como ella, miraba con los ojos de la imaginación, en las lejanías de los siglos futuros, deshabitarse y caer todas las ciudades, desmoronarse sus masas de edificios insalubres, quedar trocados en montones de escombros, como las viejas osamentas de los animales

[405] *escopetas negras*: cazadores de oficio.

prehistóricos, de los mamuts[406] y de los mastodontes, que otras veces sostuvo la tierra. Y, en cambio, miraba las sierras todas abruptas convertidas en vergeles; las laderas y los campos, salpicados con regueros de casitas blancas; los continentes, henchidos de vida humana, sin un palmo de terreno sin cultivo, y sin un kilómetro sin habitaciones salubres. Y así miraba acercados y fraternizados a todos los hombres; y rotas, con los núcleos de las metrópolis, las cadenas de los viejos poderes históricos, y de toda forma política; la republicana inclusive, que se funda en la existencia de esas entidades y en la delegación o enajenación temporal de la soberanía de los pueblos en Cámaras y Gobiernos y Presidentes.

Mientras Canuto realizaba, en pequeño, su gran ideal, y era la colonia de su nombre modelo de trabajo fecundo y pequeño Estado de la paz y de la justicia, Salomón seguía predicando en la Corte que el país no tenía otra salvación que una República presidida por él, con la Subsecretaría de Lope y la Presidencia del Consejo de Ascárides; y Tirabeque continuaba con su sistema democrático de los encasillados y de la red de caciques máximos, medios y mínimos, que le llevaban Parlamentos a su gusto, y con la teoría de la protección a los amigos, que se repartían por la península e islas adyacentes para explotarlas desde sus centros administrativos y políticos; pero Canuto no se enteraba de nada, porque en la colonia no había ocasión de leer periódicos, y éstos se iban amontonando en pilas en el despacho de la administración, sin quitarles las fajas siquiera.

Al tiempo que la colonia llegaba al mayor esplendor y prosperidad y había extendido sus dominios a media sierra de Miravilla, Canuto supo por una carta de Eduardito nuevas del resto de la península. España había derrochado sus millones en una guerra estéril y disparatada, y había quedado arruinada y desprestigiada, perdiendo su antiguo honor y sus posesiones del mar Caribe y de la Oceanía. ¡Todo un imperio de doce millones de habitantes, de más de trescientos mil kilómetros cuadrados, de mil seiscientas islas, que salpicaban antes, como regueros de luz nuestra medio globo terráqueo, ricos jirones de pasadas glorias! Y Tirabeque se había quedado tan fresco, y se disponía de nuevo a mandar cuando le tocase el turno, y sus periódicos de cámara defendían que del desastre éramos[407] todos culpables, todos absolutamente, los diecisiete millones de españoles que habitábamos en la península.

El ex-diputado se llevó las manos a la frente, abrumado por tan desconsoladoras noticias e indignado de tanta desfachatez. Según aquella interpretación, Tirabeque, para usufructuar el poder y ser árbitro del país, se arrogaba con sus manejos la representación de los diecisiete millones de españoles, pensaba y obraba por ellos, sin dejarles más que una engañifa, una sombra de voluntad propia en el sufragio falsificado. Para este efecto, los diecisiete millones eran él solo; pero cuando ya se trataba de adjudicar responsabilidades ¡ah!, entonces esos millones de españoles aparecían para responder por él, para dejarle una diecisietemillonésima parte de la culpa. Así que la cuenta era clara: bien podía volver a los Consejos de la Corona, porque todos estaban a su nivel en errores y maleficios, y porque en realidad a él sólo le tocaba la responsabilidad de la pérdida de la setentava parte de un habitante, y de dieciocho milésimas de kilómetro cuadrado.

---

[406] Del francés *mamouths*. En el original, *matutes*.

[407] Plural inclusivo con el que Ledesma rompe, una vez más, la impersonalidad del narrador omnisciente para buscar la complicidad con el lector.

Canuto, revolviendo en su magín tales ideas, escribió a Eduardito estos renglones:

"No me asombran, aunque lamento, los males de mi patria. Los esperaba; son forzosa consecuencia de nuestro régimen, del turno pacífico de nuestras dos oligarquías, de las bajas ideas de nuestros estadistas, y de nuestra podredumbre política y parlamentaria. Avísame de nuevo cuando nos borren del mapa como nación... y dime quién sea nuestro Rómulo Augústulo".[408]

[408] Rómulo M. Augusto, último emperador romano de Occidente (475-476). Fue derrocado por Odoacro, jefe de los hérulos.

QUINTA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

El desastre

Eran los días luctuosos. A las ciudades españolas de las costas y a Miralmar entre ellas arribaban los negros barcos de vapor, con las banderas a media asta, cargados de espectros y moribundos. Se les veía desembarcar en los muelles a racimos, tambaleándose, amarillos, flacos como esqueletos, y caer en camillas y furgones, y ser llevados a hospitales y sanatorios, con los uniformes de rayadillo destrozados, los pies descalzos y los ojos muertos. Las madres, los hermanos, las prometidas, las gentes todas en tropel abrazábanse a ellos entre gemidos y les seguían, lanzando contra sus verdugos tremendas maldiciones.

-¡Madre! decía el que podía balbucear algunas palabras!, ¡si no hemos peleado!, ¡si nos han consumido de hambre y de vergüenza, y nos han entregado vilmente...!

-Yo vengo de Santiago, exclamaba otro. Hubiera querido morirme allí y no ver tanto sonrojo. ¡Ah! pero con Vara del Rey[409] nos batimos bien! ¡Es lo único que nos dejaron hacer antes de la entrega!

-Yo estaba en Manila, exclamaba el de más allá; no teníamos nada; ni cañones montados; así que se nos entró la escuadra yanki como Juan por su casa y destrozó nuestros barcos de madera vieja.

-Íbamos en el *Colón*[410] contaba otro; buen crucero, pero sin su artillería gruesa, sin carbón, sin municiones casi. Cuando nos mandaron salir[411] sabíamos que era a la muerte, y fuimos. ¡Canallas! Los enemigos no pelearon: incendiaron y destruyeron a mansalva, con bombas de melinita.[412] Por primera vez oíamos que hubiera esto.

De los trasatlánticos seguían saliendo masas de repatriados, cadavéricos y haraposos, y los que no cabían en los hospitales y asilos de la Cruz Roja ni tenían familias que les recibieran, después de escoltados por las muchedumbres, se desparramaban por los caminos, con los pañuelos atados a las cabezas febriles, pidiendo limosna de puerta en puerta y de cortijo en cortijo para poder llegar a sus hogares.

El sol de España, siempre espléndido, parecía cerrar los ojos para no mirar tanto

---

[409] Joaquín Vara del Rey y Rubio (1840-1898). Con 500 hombres a su mando, se resistió hasta su muerte a que los más de 15.000 soldados norteamericanos tomaran El Caney. Menos de 80 soldados españoles sobrevivieron a la batalla. En 1902 Alfonso XIII inauguró en el paseo principal de Ibiza un monumento en su honor.

[410] El crucero acorazado *Cristóbal Colón*, de 543 tripulantes, que había sido botado en 1897, era el más rápido de la flota española. Al ser blanco de los cañones de los acorazados enemigos, y en vista de su indefensión, su comandante lo embarrancó en la desembocadura del río Turquino, a más de 89 kilómetros al oeste de la boca del puerto. Su propia tripulación procedió a hundirlo.

[411] De la bahía de Santiago de Cuba, para intentar burlar el bloqueo de la flota norteamericana del almirante Sampson.

[412] Sustancia explosiva cuyo componente principal es el ácido pícrico.

desastre. Durante aquellos meses lúgubres la bandera de la patria dejó de flotar, y si se alzaba en algún día señalado, colgaba como un pingajo, muerta y descolorida, avergonzada de su derrota.

Tirabeque se había retirado, viendo que era un escándalo continuar rigiendo el país como si nada hubiera sucedido. Con su alejamiento temporal daba una satisfacción aparente a la opinión pública; buscaba un paréntesis, y después ya vendría la ocasión de volver muy orondo, purificado de toda culpa, y con todo un programa de regeneración.

Vitroque no existía; sustituyóle en el turno la daga florentina de Velisla,[413] en maridaje con la espada de Bernardo.[414] Ambas mantuvieron el orden o mejor el desorden durante un par de años, en que por un lado asomaba la reacción su bonete, por otro la revolución su gorro frigio, por allá el separatismo su barretina, por acá su boina el carlismo; menudeando los *mitins*, los cierres de tiendas en las poblaciones, las huelgas en los talleres, el desasosiego en todas partes y las cargas de caballería en algunas.

Demasiado poco era eso para la magnitud de la derrota sufrida. "En mis buenos tiempos, decía Tirabeque, no hubiesen quedado ni los rabos". Pero de tal modo se había adormecido al pueblo español con opio de democracia y libertades engañosas, tanto se le había acostumbrado a mirar impasible ultrajes y depredaciones, que por el mayor desastre de su historia sólo estallaba en inocentes algaradas.

Había que meditar despacio en aquella guerra y aquella *débâcle*, en pocos meses sobrevenidas. Si hubiésemos tenido estadistas, no nos hubieran sorprendido con las manos vacías mientras nuestro adversario venía armado hasta los dientes. La historia de nuestras rebeliones de Cuba, el asunto del *Virginius*,[415] todo avisaba a nuestros hombres de gobierno de que teníamos al enemigo en acecho desde luengos años; pero a Vitroque sólo le importaba asegurar y mantener la restauración y aquella Constitución interna salida de su caletre,[416] y a Tirabeque seguir su mangoneo, su farsa liberal y su politiquilla de campanario, con su Baltasar en Miralmar y toda su red caciquil extendida por la península.

Cuando llegó el conflicto nos encontramos solos, por la estrechez de miras de nuestros dos hombres de estado; solos como espárragos, en medio de una Europa egoísta y de una América ambiciosa, y además de solos, inermes; porque no habíamos construido, como pudimos y debimos en aquel cuarto de siglo, una escuadra potente que defendiese nuestras colonias. Los millones pedidos al país para ella se habían consumido sin fruto, Dios sabe en qué; y lo peor del caso es que se engañó a la opinión, haciéndole creer que teníamos tal escuadra y que íbamos en un periquete a derribar a

---

[413] *Velisla* era el apodo juvenil de Francisco Silvela (1845-1905) cuando era articulista de *La Ilustración española y americana* y *El Heraldo*. Tras el desastre de 1898, Silvela fue designado presidente de un ministerio de regeneración nacional con Polavieja, Villaverde, Marqués de Pidal, Gómez Imaz, Dato y Durán y Bas en marzo de 1899. Presentaría su dimisión con el pretexto del nombramiento de Weyler como capitán general de Madrid.

[414] El ejército, representado por el general Polavieja, ministro de la Guerra desde marzo a junio de 1899.

[415] Mercante norteamericano apresado en octubre de 1873 por el buque español *Tornado* cuando transportaba insurrectos cubanos a la isla. El fusilamiento de 57 de sus ocupantes amenazó con la intervención de los Estados Unidos en la guerra de Cuba.

[416] La Constitución de 1876, aprobada por el Congreso en mayo de ese año.

cañonazos, en la propia Nueva York, la estatua de la Libertad iluminando el mundo;[417] cuando nuestros pobres barcos, de sencillo blindaje, sin carbón, sin municiones y hasta sin su dotación de artillería, no podían afrontar ningún combate con la armada americana, ni menos a las puertas de su casa y a dos mil leguas de la patria, debiendo forzosamente perecer bajo el fuego enemigo.

Un solo hombre del partido de Tirabeque vio claro el absurdo de aquella guerra y se opuso en Consejo a su declaración: el único de altas miras;[418] pero de tal suerte se había extraviado a la opinión pública con los falsos datos de nuestras fuerzas y recursos bélicos, que no pudo resistir con éxito a la decisión de sus compañeros y hasta peligró su seguridad personal por sus consejos pacíficos. Después ni se estimaron sus advertencias, ni se apreció su sacrificio; pero la Historia le hará justicia, culpándole solamente de que con sus talentos, con sus clarividencias, con sus grandes ideas y con su palabra se hubiese supeditado a Tirabeque;[419] si bien es cierto que, organizado por quien podía el carro de la gobernación del estado con las dos únicas e invariables ruedas de Tirabeque y Vitroque, nadie que se hubiese puesto por delante habríase librado de revolcones y atropellos.

Aquel hombre hizo una maravillosa ley de autonomía para la colonia rebelde;[420] pero cuando llegó ya era tarde, porque el pueblo norteamericano quería a todo trance su presa e inventó todos los imaginables pretextos para venir a un rompimiento. Cabían dos soluciones: el arbitraje y el abandono. Cualquiera de ellas hubiera sido mejor que la lucha; pero Tirabeque pensó que con el abandono se venía a la ruina de la patria; como que aquello le dejaba fuera del turno del poder, que era la mayor desventura suya y de sus amigos, y esto ya se arreglaría siguiendo iguales organismos en funciones.

Se fue, pues, a la guerra por un temor pueril, por una ceguedad inaudita, y se fue sin fe, sin esperanza, con el solo propósito de disparar cuatro tiros y hacer la paz enseguida; pero no se calculó lo caro que nos había de costar este *duelo a primera sangre*, como lo calificaron entonces; este vergonzoso simulacro, como fue realmente. La cuestión, según Tirabeque decía para sí, era perder Cuba de modo que se le echara la culpa a la fatalidad, al destino, a la suerte adversa de las armas; para eso era la guerra. El pueblo no podría decir así, cuando nos quedásemos sin la colonia, que se había abandonado por culpas o errores de los gobernantes; hasta el honor nacional estaba salvado. Pero no se quería la guerra de verdad; porque esto también podía dar al traste con la monarquía y la sabia organización de los partidos del turno; de suerte que había que conciliar ambas cosas e ir a una guerra de puro compromiso, de mentirijillas, a que nos hiciesen una cortadura que manase alguna sangre y darnos enseguida por vencidos. De tal modo quería Tirabeque llevar sus artes sutiles y maquiavélicas hasta lo más

---

[417] Situada en el puerto de Nueva York, fue regalada en 1876 por el pueblo francés para celebrar el centenario de la independencia de los Estados Unidos de América. Exhibida en París antes de su traslado a la pequeña isla de Bedloe, la inauguró el presidente Cleveland el 28 de octubre de 1886.

[418] Alude Ledesma al economista, jurista y político gaditano Segismundo Moret y Prendergast (1838-1913), quien fue su jefe político cuando el abogado militó en la Democracia Monárquica al principio de los años ochenta. Ledesma dedicó al político liberal el cap. XXXVI, "La muerte del luchador", pp. 181-184 de *El libro de los recuerdos*.

[419] Moret desempeñó las carteras de Estado (1886-1888) y Gobernación (1888); estuvo al frente del Ministerio de Ultramar durante la crisis de Cuba (1897-1898) y se ocupó de las carteras de Gobernación en los gabinetes de 1901 y 1902, siempre colaborando con Sagasta.

[420] En 1895, Moret concedió la autonomía por decreto a poco de su llegada a la cartera de Ultramar.

sagrado: el honor del país, la vida de sus hijos y nuestra existencia como nación.

No calculaba que la guerra no puede supeditarse a esos convencionalismos; porque hay un enemigo que pega, que se crece con el achicamiento del adversario, y que, fuera ya de todo estado de derecho, impone su fuerza y con ella sus caprichos y sus exigencias, las más lesivas. Íbamos, por salvar accidentales intereses, a comprometer, pues, los más grandes; a caer como liebres en las garras del águila caudal, fiando en su magnanimidad; y claro, así fuimos despojados no de Cuba tan sólo, sino de Puerto Rico y de todo nuestro imperio de Oceanía, después de ser maltrechos y vapuleados, y ni el honor se salvó siquiera; porque hubo que embotellar nuestra pobre escuadra en Santiago y dejarla destruir, y rendir todo nuestro ejército sin pelear casi, y aquello fue un sonrojo.

Pero el plan le salió a Tirabeque en todo lo demás; porque el régimen político, con su turno impar al poder, continuó tan famoso; e inútiles fueron las tentativas del señor Tomillo y Mejorana[421] para crear un tercer partido para destruir las viejas ruedas de aquel gubernamentalismo, en que precisamente él había colaborado con Vitroque aplastando al país. El señor Tomillo era un orador parlamentario temible; pero todas sus artes se estrellaban contra la resistencia del poder moderador. Quería éste que no se hiciese alteración en los antiguos moldes, y perorar en contra era machacar en hierro frío.

Así que adjudicada a Velisla la herencia política de Vitroque y perturbada España con aquellas semillas de regionalismo que sembró como remedios, tornó Tirabeque a rebullirse y a pretender el mando, vestido al parecer de limpio y con un nuevo programa regenerador. Con su teoría de que del desastre ocurrido todos éramos responsables y a él le tocaba sólo una diecisietemillonésima parte de la culpa, no tardó en volver a los Consejos de la Corona el que confesaba poco ha que en otros tiempos no le hubiera quedado ni el rabo para contarlo.

Canuto lo supo con asombro. Aquello sí que era enormísimo y sublevaba el ánimo más sereno. A punto estuvo de dejar la administración de su colonia para reingresar en la política y el Congreso, y decir con toda la fuerza de sus pulmones, aunque le opusieran campanillazos y escándalos, las cuatro verdades del barquero al regenerador de nuevo cuño.

¡Pobre España, enervada,[422] desprestigiada, vencida y empobrecida por causa de aquel hombre! ¡Qué resignada era cuando le veía de nuevo, sin protesta, regir sus destinos y brindarle bálsamo para sus heridas! Bálsamo de Fierabrás sí que le daría, como el que hizo a Don Quijote echar las asaduras por la boca después de su molimiento.

Canuto se sintió casi revolucionario. Comprendía la gritería pública en las calles, la asonada delante del palacio de la Presidencia la barricada, hasta la muerte a pecho descubierto clamando contra el desafuero.

Ya no dejaba los periódicos con sus fajas en un rincón, sino que leía ansiosamente en la plazoleta de su casa rural, ante los grupos de aquellos colonos, las noticias salientes de cada día y las comentaba con calor.

---

[421] El Segismundo Moret de la novela.

[422] *enervada*: debilitada, agotada su energía nerviosa.

Era imposible sustraerse a los males de la patria grande encerrándose egoístamente en una patria chica y aferrándose tan sólo al terruño. Todos los ciudadanos, aun en los más distantes lugares, tenían que sentir la mala dirección de los gobernantes, como en un tren todos los viajeros sufren los errores del maquinista. Y se daba el caso de que el tren había chocado, volcado horriblemente por culpa de Tirabeque y de nuevo se le dejaba subir al ténder[423] para, ya recompuesto, guiarlo otra vez a su capricho. Esto era el colmo; esto no se debía tolerar. Canuto hubiese armado de buena gana a los hombres útiles de su colonia y habría salido a impedir el abuso, la temeridad, la burla sangrienta.

A la injuria que esto representaba se añadía el sarcasmo con el programa de regeneración de Tirabeque. ¡Qué grandes cosas iba a hacer la vulpeja para regenerar el gallinero después de haberse chupado la sangre de las gallinas! Ante todo iba a resolver un problema muy atroz: el problema social. Había que meterse con los curas, hacer que las masas se encarnizasen contra ellos, porque así, echándoles este hueso en que entretenerse, lo demás seguía lo mismo y no se pensaba en las mentiras del sufragio, en lo odioso del caciquismo, en los vicios del parlamentarismo, en el disfrute que yernos, primos y parientes seguían haciendo del poder, ni en las prebendas repartidas a los amigos y en el despilfarro de los caudales públicos. ¡Los curas! ¡Los frailes! Ellos tenían la culpa de todo; ahí estaba el daño; de ahí nacían todos nuestros males; y los colonos de Miravilla, oyendo por la lectura de los periódicos estas cosas y mirando con ojos fijos al cura de Torrecillas, se asombraban de que tuviesen tan cerca a uno de los causantes de las públicas desdichas y no lo hubiesen notado. Por supuesto, que se echaban a reír del despropósito, porque no veían en aquel padre de almas al enemigo feroz que se les pintaba, ni encontraban relación alguna entre él y los males que sufrían.

El otro hueso con parte de molla que se echaba al pueblo para que se entretuviese en roerlo era el mejoramiento del proletariado. Para eso se encontró un famoso expediente: sancionar la huelga. ¡Otra vez la sombra del pavo! Los obreros para mejorar su condición tendrían derecho a asociarse para no trabajar; pero nada de violencia, ni de abusos: pasearse tranquilamente distrayendo el hambre, mientras pudiesen resistir sus estómagos vacíos. Para ese viaje, decían los colonos de Miralmar, no se necesitan alforjas, y echando sus cuentas con los dedos resultaba que aunque consiguieran con la huelga de unas semanas los obreros del campo o de las ciudades el aumento de jornal durante unos meses, siempre salían perdiendo, pues los jornales no percibidos durante el paro superaban a la ganancia del aumento.

Además, Canuto les demostró como dos y dos con cuatro que todo aumento ficticio de jornal, encareciendo los gastos, encarecía los productos de consumo, y que lo que aumentaba el obrero en su haber lo tenía que soltar por otro lado en su debe al comprar los artículos que él y su familia consumían, saliéndole igual o peor la cuenta; porque estos artículos iban también gravados con los perjuicios del paro que el mismo obrero había realizado para conseguir aquel resultado contraproducente. Y a fin de hacer palpable esta verdad convino un simulacro de huelga en la colonia por medio de un paro general, y aumentó al fin de ella los vales de consumo, y se vio en la liquidación que los artículos de consumo escasearon y los beneficios de los míseros obreros disminuyeron.

---

[423] *ténder:* carruaje que se engancha a la locomotora y lleva el combustible y agua necesarios para alimentarla durante el viaje.

La regeneración de Tirabeque era, pues, otro pretexto, como el de los derechos individuales y demás frases de su repertorio, para seguir toreando al país, aumentando sus cargas y manteniendo sobre él sus falanges presupuestívoras, y los efectos no tardaron en sentirse también en la colonia, llegando a lo vivo en aquellos montañeses que se habían hecho la ilusión de constituir una especie de patriarcado de Andorra.[424]

Los espantajos del Estado, el recaudador de contribuciones y el comisionado para llevarse los quintos, aparecieron de nuevo por aquellos vericuetos; el primero para avisar que las contribuciones estaban aumentadas, que iba a hacer la estadística de aquellas viviendas y fincas, y que debía pagarse también el impuesto de utilidades por aquella sociedad industrial; y el segundo para llevarse a los mozos que tenían que ingresar en caja por virtud del servicio obligatorio. Más aun; habiendo comenzado Canuto, como se ha dicho, a extender el influjo de su organización a los pueblecillos comarcanos, alarmado Baltasar, hizo al gobernador tomar cartas en el asunto, y se acordó por la Diputación que aquellos caseríos constituyesen un pueblo nuevo y que se organizasen, como era debido, un Ayuntamiento, instalándose allí un Juzgado Municipal y toda la maquinaria administrativa del disuelto villorrio de Torrecillas; llevándose así a aquellos colonos los inmensos beneficios de la protección del Estado. El pueblo se llamaría *Miravilla*, tendría su alcalde, su secretario, sus ediles; se construiría una casa Ayuntamiento y se pondría en ella una lápida de mármol que dijese: "Reinando etc., siendo gobernador de la provincia etc., por acuerdo de la Excelentísima Corporación provincial etc., se constituyeron estos caseríos en pueblo etc., a virtud de las gestiones del Excelentísimo señor Don Baltasar etc., y así se hace constar para perpetua memoria en el día de la fecha (Esto en números romanos)".

En vano Canuto trató de evitar semejante ingerencia; en vano protestaron todos los individuos de la colonia asegurando que formaban una sociedad agrícola y no un Municipio. Ni el gobernador, ni el ministro les oyeron; sus resistencias fueron vencidas; se comenzaron, en medio del mejor foco de casitas, las obras de la casa Ayuntamiento, especie de palomar de pésimo gusto, y sobre las viviendas de los antes felices campesinos, sobre sus huertas y labores y bodegas y trojes y fábricas de hilados y de alpargatas y saltos de agua y dinamos e industrias florecientes, volvieron a aparecer graznando y cerniéndose, con sus alas extendidas y sus garras abiertas como ganchos de romana, las dos águilas resucitadas del tajo de Torrecillas.

CAPÍTULO II

La regeneración

Canuto empezó a sentirse enfermo del hígado como su padre. ¡Ley de herencia! hubiera dicho un galeno superficial al estilo del coleccionista de almejas de la tertulia de Salomón o del Raimundo que birló la cátedra a Barbas tristes por influencia de Tirabeque. Ley de causalidad era, sin embargo; porque, aparte la no bien comprobada transmisión de humores de padres a hijos, lo que sí resulta positivo es que iguales causas producen iguales efectos; y si rabietas llevó Don Primitivo que le revolvieron la bilis muchas veces, no pocas tomó Canuto con aquella amenaza de disolución de su colonia, que le repercutió en el órgano de la ira. Acabaría con tantas cosas por ponerse

[424] Para Ledesma, partidario de la colaboración entre Iglesia y Estado, Andorra, que políticamente constituye un coprincipado de la Mitra española de Urgel y del Estado francés, constituiría una especie de modelo a seguir. Canuto y el cura de Miravilla serían los copríncipes de la *Colonia Espárrago*. En Andorra se sitúa durante varios capítulos la acción de su novela de 1905 *La nueva salida del valeroso caballero don Quijote de la Mancha*..

verdoso como su progenitor, apretar los dientes y los puños y morder en la primera ocasión como una fiera.

Angelita le sosegaba con dulces palabras. No había que dejarse arrastrar de la indignación; el mundo estaba lleno de pícaros y de malvados, de contrariedades y de infamias; pero había que ir sorteando estos escollos como el marino; no empujar al barco contra ellos para estrellarse. Verdad que era una felonía turbar la paz de aquellas gentes, que vivían gozosas en sus trabajos, en su hermosa independencia del poder público y con la mera y buena administración constituida; pero si el Estado se empeñaba en convertir la colonia en pueblo y poner alcalde y secretario y juez municipal, no había más que asentir, y como de los mismos colonos tenían que salir estos funcionarios, todos se quedaría en casa, y la administración podría marchar por dentro, y por fuera aquella apariencia de burocratismo oficial, que sólo servía de estorbo.

A Canuto le pareció muy puesto en razón el consejo; se consultó y convino por todos, y no tardó un emisario de la colonia, un rústico de muchas carlancas elegido *ad hoc* entre aquellos montañeses, en avistarse con el gobernador para constituir el Ayuntamiento. Con profunda estupefacción supo que ya habían solicitado de aquella superior autoridad la vara de alcalde diez o doce politiquillos de los pueblos limítrofes trasladando su vecindad a Miravilla, estando todas las solicitudes pendientes de la decisión de Baltasar, el cacique, sin cuyo soplo no podía moverse ni la hoja de un tamarindo.

Volvió el rústico con las orejas gachas, contó a Canuto lo sucedido, súpose enseguida por todos, arremolináronse de nuevo los colonos clamando contra el Gobierno; pero no hubo de qué; no tardó en aparecer el alcalde interino con unos cuantos concejales interinos, todos forasteros y hechuras de Baltasar, que, ocupando militarmente el palomar llamado *Casas Consistoriales*, comenzaron a ejercer sus protectoras funciones. El mismo alcalde aquel de Torrecillas que tuvo que cerrar la casa Ayuntamiento y entregar las llaves al gobernador, el mismo secretario que tuvo que dejarle los papeles de actas y cuentas municipales, que llevaba siempre en el bolsillo, tomaron posesión de sus antiguos cargos en el más cómodo, ventilado, rico y soleado pueblo de Miravilla, y ya se las pagarían todas juntas a aquel Don Canuto que les había dejado antes a palo seco, y a aquel cura de misa y olla que fue parte con sus consejos a la despoblación del primitivo villorrio. Así como así, el Gobierno quería poner freno al clericalismo, y ellos darían cuenta de él en aquel nuevo pueblo, contaminado por aquella sotana de ala de mosca y por aquel gorro de terciopelo sin pelo.

Además, ¿qué era eso de haber vivido unos cuantos años, como moro sin rey, aquel poblado, enriqueciéndose y medrando a espaldas de los poderes públicos? ¿Qué significaba eso de haberse llevado los montes en subasta, sin dejar una hebra de esparto a las autoridades? ¿Y el repartimiento de consumos? ¿Qué se había hecho de él en ese interregno, con menoscabo de alcalde, secretario y juez municipal, para quienes nuestras leyes lo establecieron? Todo aquello tenía que arreglarse satisfactoriamente... para los tres.

Se empezó por formar el padrón vecinal, para lo que se presupuestaron algunas miles de pesetas; luego se hicieron las listas electorales por otras tantas; el presupuesto quedó formado, y aprobóse por el gobernador en un periquete. Allí no sólo figuraban los ingresos ordinarios, sino uno extraordinario de arbitrios municipales y un repartimiento vecinal para cubrir el déficit. Aquellos beneficios de la organización político-administrativa eran caros y había que pagar sus excelencias con cargas superiores.

Hecho esto, se arrendaron los consumos a los mismos alcalde, secretario y juez municipal, en cabeza de un testaferro, y comenzó el recaudador sus requisas de papeletas de concierto a cada colono y de talones por repartimiento vecinal. Item más, se hicieron aforos[425] en los almacenes de la colonia y en las casas particulares, y se empezaron los comisos y las juntas administrativas, y el arrendatario de consumos siempre tenía razón en llevarse lo que le parecía, en embargar lo que le venía en gana y en cometer cuantos atropellos se le antojaban.

Con esto y las subidas de las contribuciones rústicas y urbanas y los investigadores de Hacienda y el estanco[426] de la sal y de los explosivos y hasta de los fósforos aquello era un clamoreo. Cayeron sobre el pueblo una serie de esbirros, que ya hacían buenas a las águilas rapaces del tajo.

Canuto redactaba día y noche escritos de queja, recursos administrativos, pedimentos, que en las oficinas de Miralmar iban a dormir el sueño de los justos, o que, si se tramitaban, eran desestimados en la Delegación, en el Gobierno de provincia y en los Ministerios definitivamente. "Libertad, justicia y fraternidad", éste era el lema de Tirabeque; pero al que no fuese amigo, contra una esquina, y que recurriese a Poncio Pilatos. Así que, no siendo amigos de su delegado Baltasar los vecinos de Miravilla, podían considerarse fuera de la legalidad hasta que entrasen por el aro.

Eso se vería en las próximas elecciones municipales, y aquel señor Espárrago, que creía disponer de los votos de Miravilla, ya tendría que amagar la cabeza y someterse, si quería que le dejasen tranquilo entre los suyos. Pero Canuto era inflexible como el acero y ¡no faltaba más, sino que, después de sus campañas y de la elevada misión que trajo a la vida desde la cuna, acabase por ser un corifeo de Baltasar, aguantando los desplantes y las insolencias que el zahareño Paco se permitía con todo el mundo!

Esperaba Canuto mucho de aquellas elecciones de concejales, porque, siendo interinos los nombrando y estando todos los colonos hechos una piña contra la nueva ingerencia del cacique, era segura la derrota de los candidatos de éste y segura, segurísima la constitución de un Ayuntamiento de propietarios, del seno de los colonos mismos, para defender su independencia y sus intereses,y, sin contradecir las órdenes gubernamentales, poder continuar en santa paz la buena administración de la colonia. Pero ¡ca! el desengaño fue mayúsculo; porque aunque Baltasar no tenía allí ni un solo voto, en mayores apuros se había visto y salido triunfante, y no era cosa de arredrarse, sino de ir a las urnas, y a ellas fue y ganó la elección, siendo confirmados los interinos en sus puestos.

¿Cómo se hizo ese milagro? Muy sencillo: se constituyeron las mesas con sus paniaguados forasteros, y luego se fue llenando la urna de papeletas, y conforme iban llegando a votar los colonos ¡pícaros redomados! habían votado ya sin saberlo, sin enterarse de ello; porque tenían muy mala memoria, y hasta era un delito querer votar dos veces, y allí estaba la guardia civil afuera para detener al que lo intentara. Entre

[425] *aforos*: inspecciones para reconocer y valorar los géneros y calcular la cantidad y valor de los géneros existentes en un depósito.

[426] *estanco*: asiento que se hace para reservar exclusivamente las ventas de mercancías o géneros fijando los precios a que se hayan de vender.

unos, la mayoría, que habían emitido ya su sufragio, otros que no tenían voto por no estar en las listas y otros que eran muertos, según afirmaba el presidente de la mesa, aunque ellos se sintiesen vivos, la colonia salió derrotada por sí misma, y resultó que la gran mayoría optaba por aquellos ediles interinos que iban a hacer su felicidad.

El nuevo pueblo de *Miravilla* había entrado, pues, en el sabio y armónico concierto de los demás pueblos de España y, como el hijo pródigo que regresa a su casa paterna, tornaba al antiguo estado de derecho y era abrazado cariñosamente por sus afanosos tutores. Era la oveja descarriada que vuelve a su aprisco en brazos del buen pastor, y Baltasar debía de envanecerse de haber realizado la parábola evangélica, desvelándose y abandonando sus otros cuidados para buscar al corderillo extraviado, cogerlo *velis nolis*,[427] traerlo al redil y... hacer con él una fritada.

Así ponía en práctica los planes regeneradores de Tirabeque; pero aún faltaba algo más: era preciso arrancar de manos del clericalismo aquellas conciencias, y sobre todo la enseñanza de las nuevas generaciones, y para eso precisamente nombró un nuevo maestro de instrucción primaria, un librepensador, uno que era "ateo gracias a Dios" como el personaje de cierto sainete. Secularizar la enseñanza en Miravilla, eso sí que era poner al pueblo a la altura de las exigencias de la civilización.

El maestro llegó todo raído y mal trajeado, con su levita del tiempo de los milicianos nacionales,[428] su corbatín de dos vueltas y nudo corredizo, su cuello estirado, su pantalón estrecho y corto, sus zapatos de ocho suelas y su sombrero apabullado, que fue de copa.

Era flaco, alto, de larga perilla y bigote canoso, nariz aguileña y tupé a lo Tirabeque; hablaba en *magister;* había leído a Voltaire; era un devoto furibundo de Salomón y estaba tocado de aquel krausismo superficial que profesaban los que queriendo ser racionalistas y habiendo oído hablar del *yo* y del *no yo* y de *lo inmanente* y *lo trascendente*, no han saludado los libros de Krause[429] ni por el forro.

El pedagogo tenía dos hijos, varón y hembra, que se distinguían de sexo por el traje; el primero era una mala cabeza, desaplicadote, desarrapado y vicioso; y la niña era una fealdad delgada, larguirucha, de un rubio sucio y repulsivo, picada de viruelas, sabihonda, librepensadora y atea como su padre. ¡Oh, éste se había esforzado en hacer de ella el tipo de la mujer ilustrada! Ya que no estaba favorecida por la Naturaleza en lo físico, sería una intelectual, un espíritu fuerte[430] con faldas. Así que Virginia, que hasta el nombre tenía de una virtud romana,[431] había llegado a sentarse en bancos de Universidad, a estudiar ciencias y a escribir para las revistas artículos feministas. A su cuidado estaría la educación de las niñas de Miravilla, mientras su padre haría de los chicos pequeños volterianos.

---

[427] *velis nolis*: quieras o no.

[428] La Milicia Nacional fue creada por la Constitución de Cádiz en 1812 y desapareció en 1875.

[429] El filósofo alemán Karl Christian Friedrich Krause (1781-1832), creador del sistema llamado *panenteísmo*. En el original, *Krausse*.

[430] *un espíritu fuerte*: del francés *esprit fort*, un carácter fuerte.

[431] Alusión burlona a la virginidad, cual la de una vestal, de la fea muchacha.

La escuela se instaló, pero muy diferente de aquella de Don Facundo; sistema froebeliano:[432] que los niños aprendieran jugando que no hay Dios sino Naturaleza, ni alma sino materia, ni conciencia sino sentidos. ¡Y nada del Catecismo aquel que bastaba a la condesita para aventajar en ciencia y grandes obras a Salomón! En vez de eso, las "Meditaciones sobre las Ruinas de Palmyra".[433] Y luego la otra conquista democrática: la enseñanza obligatoria, para que no pudiera eludirse por los padres aquel envenenamiento de su prole.

Eso era completar el plan regenerador de Tirabeque, llevándolos hasta los más ignorados pueblecillos. Así no podrían en lo futuro perderse colonias, sobre todo si no nos quedaba ninguna; y se reharía el país de sus descalabros, y seríamos ricos y prósperos; porque la miseria del pueblo y la ruina de los negocios y la decadencia de la agricultura y de las industrias no consistían en aquellos enormes gastos de las viejas organizaciones gubernamentales, ni en la insaciable sed del fisco, ni en el despilfarro de la Hacienda pública, ni en las gavillas de merodeadores oficiales lanzadas por todas partes, ni en aquellos alcalde y secretario y juez municipal, arrendatarios de consumos, ni en los arbitrios extraordinarios y el repartimiento vecinal y los comisos y las multas y las socaliñas de toda especie, sino en el oscurantismo, en la falta de instrucción popular, en aquel cura de sotana vieja y de morro mugriento, que echaba el agua del bautismo entre latinajos a los recién nacidos, enseñaba la Doctrina a los párvulos, corregía con suaves consejos a los penitentes, casaba ante el altar lleno de flores a los novios y acudía al lado de los moribundos a confortarles con palabras consoladoras y a prepararles con oraciones el cielo.

Don Arístides, como se llamaba el pedagogo, haría la luz en esas tinieblas. Nada de agua bautismal, que sólo era un remojón para las tiernas criaturas; ni de hacerles tragar sal, entre los *volos*[434] de los acólitos. Salomón no había bautizado a sus hijos y andaban tan colorados y buenos, echando sapos y culebras por el mundo.[435] En cuanto al confesionario ¡horror! Ésa era la esclavitud de las conciencias y del pensamiento. Que cada cual hiciese lo que quisiera, sin más consejos ni más advertencias que los de su imperativo categórico. Tocante a bodas, el amor libre.[436] Prueba de las austeridades de la virtud natural, aun en medio de ese libre concierto de los sexos, era su hija Virginia, educada en tales enseñanzas y doncella tal vez para toda su vida. Y respecto a los auxilios de última hora, la ciencia en vez de la religión, y en lugar del cura, el amigo ilustrado, Don Arístides por ejemplo, diciendo al moribundo: Vamos, ánimo, amigo

---

[432] El pedagogo alemán Federico Froebel (1782-1852), creador del método de enseñanza llamado *Jardines infantiles*.

[433] *Ruines ou Méditations sur les Révolutions des Empires*, de Constantino Francisco Chasseboeuf, conde de Volney (1775-1820).

[434] *los volos*: del latín *volo*, quiero, que se reiteraban en la ceremonia del bautismo.

[435] Ledesma alude al hijo de Nicolás Salmerón, Nicolás Salmerón y García, también republicano, que en 1902 acompañó a su padre en su visita a la población almeriense de Alhama, su pueblo natal. Sobre la actividad política de Salmerón y García puede verse el artículo de Fernando Martínez López "El Germinal almeriense (La Agrupación Republicano-Socialista *Germinal*, 1899-1902)", *Boletín del Instituto de Estudios Almerienses*, nº 4, Almería, 1984, pp.101-119.

[436] *amor libre*: el amor y las actividades sexuales pueden ser compartidas entre muchos y no deben ser confinadas a relaciones de larga duración. El único compromiso exigible entre las personas implicadas es el del respeto mutuo. Tal concepción choca frontalmente con el matrimonio según lo regula el Derecho civil.

mío; somos mortales y hay que cumplir esta ley de la Naturaleza; pero consuélate: la muerte es una mera transformación; nada se pierde en el Universo, ni un solo átomo; pronto vas a convertirte en ácido carbónico, amoniaco y agua, y de ti en el gran laboratorio de la tierra saldrán tal vez hermosas hortalizas".

En cuanto a Virginia, le ayudaría en esta obra de redención de las conciencias, llevando su sólida instrucción y sus ideas reformadoras a las mujeres de Miravilla. Ella las libertaría de oír misa, de rezar el rosario, de su devoción a los santos y a las Vírgenes, y les enseñaría su igualdad con el hombre y sus derechos a la emancipación social; las prepararía, en fin, para aquel amor libre, tan natural y al cabo tan inofensivo para las Virginias escuálidas y pintadas de viruelas.

Todo esto debió de sospecharlo el cura a su primer encuentro y saludo con el nuevo maestro y su hija. Éste le miró de alto abajo; ella sonrió, asomando una caja de dientes como las del escaparate de un sacamuelas, y el buen sacerdote inclinó la cabeza con una reverencia humilde, apretando contra su pecho el escondido escapulario, como pidiendo socorro a la Virgen para sus amados feligreses.

El cura contó a Canuto sus impresiones. Ya no era sólo que la colonia se arruinaría material, sino moralmente también. Todas las potestades infernales se desencadenaban contra ella: el Fisco, de múltiples maneras, hacía presa en sus propiedades, y la impiedad venía a apoderarse de sus almas, en forma de aquellos ángeles malos.

¿Cómo impedirlo? Canuto hacía escritos y recursos y gestiones contra los esbirros del poder, saliendo en defensa de los intereses materiales de la combatida colectividad. El cura puso el paño al púlpito, para neutralizar con sus predicaciones y advertencias las malas semillas de irreligiosidad y de descreimiento que ya sembraban a granel aquellos dos mensajeros infernales; pero sin hacer alusión para nada a sus personas, combatiendo sólo dañinas ideas y afirmando más en sus feligreses la fe católica, la moral cristiana y la práctica de los Sacramentos.

¡Hasta ahí podían llegar las cosas! ¡Buen baluarte habían elegido la reacción y el clericalismo para seguir dominando y fanatizando las conciencias! Don Arístides y Virginia no podían permitir semejante campaña contra el libre pensamiento, y ahí estaba el alcalde, deseoso de tomar revancha del párroco y que, aprovechando la ocasión que se le presentaba, secundaría los planes del profesor.

Del alcalde sí que podía decirse que era librepensador, porque no pensaba en maldita la cosa. Fuera de sus chanchullos municipales, que no le vinieran a él con músicas de religión y santos y mandamientos, ni de la ley de Dios ni de nuestra Santa Madre la Iglesia. Eso era bueno para la gente de sotana y las viejas devotas y las señoritas que se quedaban para vestir imágenes; pero los que andaban en eso de la política no tenían tiempo que perder, tan ocupados como estaban en fingir cuentas, forjar expedientes y revestir de las formalidades de las leyes municipales y de contabilidad las apropiaciones de los fondos públicos. Palabra de honor que no quedaba ni una hora libre con esas endemoniadas ritualidades, que tenían que encubrir esos robos y usurpaciones. Debía haberse simplificado todo eso, y que no hubiera habido necesidad de tanto diligenciado para meterse en el bolsillo, entre él y el secretario, los ingresos del Presupuesto.

Así que nuestro monterilla no se cuidaba de si el cura predicaba o no contra el

liberalismo, ni el secretario tampoco, encerrados en el palomar de las Casas Consistoriales, con el "Manual del perfecto secretario de Ayuntamiento",[437] por delante, y sus papelorios, expedientes y cuentas. Pero cuando se entraron por allí un día Don Arístides y Virginia, sorprendiéndoles con la masa en las manos y contándoles con estudio y exageración los sermones del cura, entonces nuestro alcalde montó en cólera y creyó llegada la hora de vengarse del párroco y de librarse de un enemigo declarado, amén de aparecer a los ojos del profesor como un segundo alcalde de Zalamea.[438]

Denunció los sermones al gobernador; instruyó las primeras diligencias el juez municipal; declararon como testigos Don Arístides y Virginia; firmaron también en barbecho declaraciones análogas los concejales; se pasó el expediente al juez de primera instancia, un hombrecillo negro como el cerote y derecho como una vela, pero hechura de Baltasar y blanda cera entre sus dedos; intervino el fiscal, que era los pies y las manos del cacique para muchas cosas, y el cura de Miravilla fue procesado, con gran regocijo del maestro y de la virtud romana que tenía éste por hija, y con la algazara que es de suponer entre los amigos de aquel Salomón que bautizaba a sus hijos con agua de gazpacho.

Angelita lloró amargamente viendo al buen cura ir con los lagrimones en los ojos montado en una pollina, barrancos abajo, hacia Miralmar, a prestar inquisitiva[439] ante el juez. La colonia entera salió aquel día detrás del justo varón y le acompañó en masa hasta lo último de la hondonada; las mujeres le besaban la sotana como a un santo y lanzaban al aire exclamaciones de angustia; el alcalde, secretario y concejales tuvieron que encerrarse con llave en el palomar que hacía de *Hôtel de Ville*;[440] Don Arístides y Virginia no salieron de la casa escuela, por ser peligroso avistarse con aquellas turbas fanáticas; y Canuto, aplacando los ánimos de unos, esforzándose en aparecer confiado para inspirar confianza a los otros, afirmando a todos que triunfaría la inocencia, procuró evitar un linchamiento de aquellas alimañas del profesor y de su hija, contuvo una invasión airada en el palomar y consiguió que no saliesen volando por sus ventanas alcalde, secretario y ediles como otras tantas colitejas.[441]

CAPÍTULO III

La ciudad del hierro

Miralmar en menos de tres lustros se había transformado y embellecido. Aquel cinturón de murallas que la oprimía quedó roto,[442] alzándose en su lugar manzanas de

[437] Ledesma no quiso, cuando se lo ofrecieron en 1881 ser, como lo había sido su padre, secretario del Ayuntamiento de Almería. En el capítulo XXI, "Galardón" de *El libro de los recuerdos*, p.109, escribe: "Eso era modestia, purísima modestia que convenía dejar a un lado. Seguramente que yo tendría al dedillo el *Manual del perfecto secretario* y, si no, allí en la alcaldía me lo prestarían y en unos cuantos repasos quedaría instruido."

[438] Pedro Crespo, protagonista de *El alcalde de Zalamea* de Calderón de la Barca.

[439] *la inquisitiva*: indagación o averiguación.

[440] *Hôtel de Ville*: Ayuntamiento.

[441] *colitejas*: palomas cuya cola tiene forma de teja árabe (con forma de una canal cónica).

[442] Se concedió a Almería el permiso de derribar las murallas en 1855, lo que abría esperanzas de urbanizar el sector comprendido entre la puerta del Socorro y la del Mar. Pero las disposiciones por las

casas; los baluartes de San Luis convirtiéronse en jardines; el de la Trinidad, en una hospedería, y donde antes paseaban los centinelas su fusil y daban el alerta en las noches,[443] se extendía un largo y hermoso paseo, digno de competir con la rambla de Barcelona, con edificios, fondas, cafés y círculos recreativos, en que a la sombra de dobles filas de plátanos orientales las gentes se solazaban.[444]

Aquella en otro tiempo llamada *Alameda de los tristes*,[445] rodeada de huertas y situada extramuros, era la arteria principal de la *urbs* moderna, con barrios laterales, anchas calles afluentes, viviendas lujosas de ricos decorados, tiendas espléndidamente iluminadas, y hasta un palacio de balconajes de mármol de Macael,[446] que descollaba orgulloso.

La playa no estaba ya abierta a los temporales, con peligro de los barcos que buscaban refugio. Tenía muelle larguísimo, contramuelle espacioso, y a medio hacer andén de costa,[447] abarcando una inmensidad de mar tranquilo y azul que dormía entre aquellos brazos gigantescos como un niño inocente. Los acorazados entraban por la bocana y podían atracar a aquellos muelles, y cuando llegaba la vendeja[448] parecía aquel puerto un semillero de vapores, que alzaban sobre las ondas y copiaban abajo en las aguas todo un bosque de palos y chimeneas.

Las nopaleras, de que se erizaban las riscas descendientes de los castillos moros y que se extendían hasta los dos cementerios ocupando lomas y sedientos secanos, habían sido descuajadas, y a fuerza de pico y pólvora se habían deshecho peñascos, levantado lastras, abierto hoyos para vides y allanado cerros, por donde el agua de un costoso cauce, recogida para las nuevas fincas en grandes balsas, algunas como ojos de mar, alimentaba parrales frondosos, que daban sombra y regocijo y buen provecho a sus propietarios, con aquellos racimos conservables por la falta de lluvia, azucarados y

---

cuales se conservaban los baluartes del puerto y la fuerte oposición del Ejército a que se construyera dentro de la zona estratégica cercana a ellos, esfumaron esas esperanzas. Pero en 1855 se derriba la muralla que cercaba la salida al mar de la cale de la Reina, a pesar de las protestas del Ministerio de la Guerra. Véase Emilio Villanueva Muñoz: *Urbanismo y arquitectura en la Almería moderna (1780-1936)*, t. I, ed. Cajal, Almería, 1983.

[443] Todavía en 1859 las autoridades militares alegaban que los baluartes abandonados del puerto seguían teniendo valor militar. En 1860 operarios del Ayuntamiento derriban parte de la plataforma de San Luis. Luego el Ayuntamiento decide construir en su emplazamiento el Paseo de San Luis. Por ello fue procesado por el Ministro de la Guerra el alcalde, Francisco Javier Berruezo.

[444] Al nacer el príncipe de Asturias en 1857 los almerienses le dedican el Paseo recién comenzado. El *Paseo del Príncipe* está casi terminado en 1865. En 1868, con *La Gloriosa*, pasó a llamarse *Paseo de Cádiz;* al llegar la I República fue *Paseo de Orozco*; luego, en recuerdo del bombardeo de Almería por la escuadra de los cantonales, pasó a llamarse *Paseo del 30 de julio de 1873*; con la Restauración fue *Paseo del Príncipe Alfonso*. Hoy los almerienses lo conocen como "El Paseo".

[445] "Alejada la amenaza de los piratas, los almerienses se saltan las murallas para solazarse en las alamedas. Cambian el Paseo de la Muralla por el Paseo de la Alameda y de la Feria. Nace el Paseo." (J. A. Tapia Garrido: *Almería, piedra a piedra. Biografía de la ciudad*, cap. XLVI, "El Paseo", p. 260).

[446] Población almeriense, del partido judicial de Purchena, famosa por sus canteras de mármol.

[447] En 1889 se comenzaron las obras de dique y muelle de levante y a fines de siglo estaba casi construido el dique y se trabajaba en el andén de costa, que desde él se extendía progresivamente hacia poniente.

[448] *vendeja*: en Andalucía, venta de pasas, higos, limones, etc. en el tiempo de la cosecha. Conjunto de mercancías destinado a la venta.

dorados por aquel sol.

La capital de provincia por obra y gracia de la *Gaceta* de Madrid se había ganado su título a posteriori, duplicando su población y centuplicando su riqueza. Había pasado por varias etapas: primero explotó sus minas de plomo y éste cubría su muellecillo de la Reina, apilado en barras, viniendo de horadadas sierras y múltiples fábricas de fundiciones; después la ciudad del plomo convirtióse en ciudad de la plata, recibiendo de otros filones el metal argentífero, en recuas, y transformándolo en los mercados ingleses en oro, que corría a granel y empujó la construcción de edificios y barriadas; ahora, enriquecida y hermoseada, compartía entre la agricultura y las minas de hierro el trabajo de sus hijos. Podía decirse que era la ciudad del hierro; porque de sus montes inagotables había surgido esta nueva explotación, y habíanse construido cables y ferrocarriles, y la blanca mancha de aquellos edificios apiñados bajo aquellos dos castillos árabes, que subsistían, tomaba un tinte rojizo, azotada por las nubes del polvo ferruginoso, que de sus muelles y de sus depósitos levantaba el viento y dejaba caer sobre la *urbs*, como impalpables cenizas de un volcán.[449]

Pero estos progresos materiales no fueron acompañados de ningún progreso moral. Al contrario; parecía que se andaba hacia atrás. Habían desaparecido aquellas familias nobiliarias, severas y piadosas, aquellos caballeros chapados a la antigua, aquellos entusiasmos espiritualísimos y románticos, y lo había materializado todo la fiebre del oro y del negocio. No era esto de asombrar; pues aparte de ser efecto natural del industrialismo, España entera sufría semejantes y mayores retrocesos; no siendo ya la España del año ocho, en que el padre del cura de Miralmar sentaba plaza de voluntario para combatir a los franceses, ni siquiera la España que vencía en Wad-Ras y Tetuán y volvía del Callao en sus barcos de madera con el sol de la gloria en su pabellón.

Cuando Miralmar era un poblacho con unas cuantas casucas, oprimida por murallones, tenía alcaldes corregidores de muchas campanillas, que se gastaban su dinero en el pueblo en vez de quitárselo; tenía gobernadores que iban de allí a ser ministros de la Corona, de aquellos que entonces se estilaban y que dejaban a su paso por la Historia recuerdo imperecedero; tenía un juez inflexible, que no hablaba con nadie, que paseaba seguido de su alguacil como un Don Pedro *el Justiciero*[450] con su Juan Diente,[451] y al que temblaban los pícaros y respetaban los hombres de orden. Al lado de él había un fiscal de verdad, y luego, por cima, una Audiencia territorial de señorones incorruptibles, sucesores de aquella Chancillería famosa de Granada, donde el humilde bachiller Núñez de Valdivia le ganaba con costas un pleito al rey don Felipe II en los tiempos del absolutismo y de la Inquisición.

¡Cualquier día le hubiese ganado después, en plena democracia, un pleito al rey en las Salesas de Miralmar, no un bachiller, sino un doctor *in utroque*! ¡Ni al Baltasar siquiera! Y sin embargo, antes la justicia era mera administración, y después tenía la

---

[449] Sobre la minería del plomo, la plata y el hierro en la provincia de Almería, véase M. A. Pérez de Perceval: *La minería almeriense contemporánea (1800-1930),* ed. Zéjel, Almería, 1989, y Andrés Sánchez Picón: *La integración de la economía almeriense en el mercado mundial (1778-1936). Cambios económicos y negocios de exportación,* Instituto de Estudios Almerienses, Almería, 1992.

[450] El rey de Castilla Pedro I (1334-1369).

[451] En su romance I, *El candil,* de *Romances históricos* (1841), lo cita el Duque de Rivas (1791-1865) como " diestrísimo ballestero".

categoría de poder judicial, uno de los tres poderes famosos del sistema representativo.

El buen cura de Miravilla sabía todo eso, y a la vista de la ciudad, desde un alto que la domina, antes de entrar en ella, echaba sus cuentas montado en su borrica y se deba por perdido; porque siendo el alcalde denunciante hechura de Baltasar, y los testigos *idem*, y el juez que había de fallar otro tanto, y la Audiencia tres cuartos de lo mismo, todo se quedaba en casa del cacique; o por mejor decir, todo se reducía a su voluntad, viniendo a ser Baltasar en una pieza denunciante, prueba, juzgador y tribunal de apelación.

Además, corrían vientos de Fronda;[452] los anticlericales hallarían muy razonable cuanto se hiciese contra un sacerdote, y así pasaría por justicia a secas el atropello, y hasta por lección y escarmiento para los abusos ultramontanos. Precisamente llegaba el párroco cuando Miralmar, pacífica siempre y entregada a sus quehaceres, estaba por excepción desasosegada y revuelta. Las tiendas cerradas, las patrullas de guardia civil de a caballo, los corrillos y grupos de gente manoteando, el silencio sepulcral de otras vías desiertas denunciaban ese estado excepcional de las poblaciones precursor de la publicación de la ley marcial.

Había, en efecto, motín y el núcleo principal de él hallábase frente al convento de Religiosas de la Enseñanza.[453] Allí hubo por la mañana pedrea, que rompió los cristales del edificio; mueras repetido, que azoraron a la Comunidad; tentativas de violentar las puertas y conatos de incendio. Un grupo de furibundos, armados de palos, palanquetas y latas de petróleo había sido contenido difícilmente por la guardia; pero andaba a las vueltas como enjambre de irritadas avispas. Habíase representado la noche anterior en el teatro la obra de Pérez Galdós *Electra*,[454] y la canalla no podía consentir que quedase un convento en pie, ni una monja para un remedio.

Éste era el difícil problema religioso jaleado por Tirabeque y luego puesto como materia de sus meditaciones y de sus afanes gubernamentales. Impulsó primero la opinión contra monjas y frailes, para apartarla de políticos y caciques, y luego buscaba remedios a esa misma efervescencia para seguir distrayendo la atención de los verdaderos asuntos que al país importaban. Era el personaje del trineo que, seguido de la manada de lobos en las llanuras siberianas, iba arrojándoles uno a uno sus propios hijos, para que fueran devorados mientras se salvaba él. Todo lo arrojaría Tirabeque a las fauces del país alterado por el desastre antes de que le alcanzase una sola dentellada. Al principio arrojó a los marinos, culpándoles de la pérdida de la escuadra; luego arrojó a los generales, y por fin echaba a las fieras frailes, monjas y curas, como carne más blanda y sabrosa. Entretanto, adelante él, en su trineo, ¡adelante!

---

[452] *vientos de Fronda*: vientos de revolución. Por los movimientos insurreccionales ocurridos en Francia entre 1648 y 1653.

[453] El actual Colegio de la Compañía de María. Ledesma vendió al obispo Orberá parte de los terrenos sobre los que dicho convento iba a ser construido. Sobre las relaciones de Ledesma con las monjas del Colegio, llegadas desde Tudela, véanse los capítulos XXVII ("Vox coeli") y XXVIII ("En clausura") de *El libro de los recuerdos*, pp. 135-144. Ventura, la hija de Ledesma, fue la primera muchacha que ingresó como alumna interna en el colegio. En el cap. XXVII citado, p.137, ecribe Ledesma: "Éste es el *Convento de la Enseñanza* que describí en *Canuto Espárrago*. Porque lo vi y lo estudié por dentro detenidamente pude dar razón minuciosa de sus tareas y de sus fines y puse en él la conversión de Virginia, la hija del pedagogo librepensador, por no poner la mía propia, que me pareció menos artística e interesante."

[454] El drama en cinco actos se estrenó en el teatro *Español* de Madrid la noche del 30 de enero de 1901. Siguió al mismo una ruidosa manifestación anticlerical

El cura de Miravilla, esquivando como pudo el tumulto, buscó una posada de las afueras, dejó allí su borrica y, arriesgándose por callejuelas y plazas, llegó al Juzgado, donde estaban mano sobre mano escribanos y corchetes. Aquél era día de descanso; porque habiendo motín en las calles, amenazas de muerte a las religiosas y conatos de allanamiento de morada e incendios frustrados del convento, el juez nada tenía que hacer, sino dejar pasar la tormenta y luego tomar unas cuantas declaraciones, que nada dijesen, y causa sobreseída.

Pero a la llegada del párroco, el escribano de semana, que no se acordaba ya de la citación, desperezóse en su silla, pasó aviso a Su Señoría, y el juez salió de sus habitaciones en zapatillas para consagrarse con ardor a la delicada misión de su cargo con aquel enorme criminal por delante. La causa era de tal importancia, que debía asistir el fiscal a la inquisitiva, y se le mandó recado con un alguacil, llegando una hora después; porque le habían cogido precisamente durmiendo la siesta.

Aquí te quiero, escopeta.[455] Juez y fiscal, ya en funciones, agotaron todos los recursos de su ciencia y de su respectivo magín para estrechar y acorralar al sacerdote. Qué hizo el día de autos; qué apuntes escribió para su sermón; dónde estaban esos apuntes; qué personas habían por acaso colaborado en ellos; quién le instigó a combatir en el púlpito a los liberales y a decir que el liberalismo era pecado;[456] quiénes había en el templo; qué fue lo que dijo; si era amigo de Don Canuto Espárrago y si Don Canuto ejercía influencia sobre él; todo lo curiosearon y preguntaron para sacar la quintaesencia del crimen.

Acabada la declaración, tuvieron a bien dejarle en libertad provisional, no sin pedirle fianza de dos mil pesetas y decretar embargo de sus bienes por otras dos mil, para costas; a lo que el cura, enseñando su sotana vieja y sus zapatos rotos, dijo que nada poseía y que podían llevarle a la cárcel si gustaban en prenda de aquellas cantidades. Gracias a que el Don Canuto Espárrago a quien querían complicar en el proceso como autor inductivo, y que había seguido los pasos del cura, pidió permiso, entró en la sala de audiencia, se enteró del caso, arrojó las cuatro mil pesetas, que llevaba a prevención para evitar el encarcelamiento, en la mesa del Juzgado, de donde ¡ay!, cualquiera que fuese la suerte de aquel proceso, no volverían jamás.

El pobre cura salió gimoteando del brazo de Canuto, ofreciéndole éste redactar enseguida el recurso de reforma del auto de procesamiento, y el juez se volvió a sus habitaciones, el fiscal a su siesta y el escribano de semana a su modorra; porque era día de huelga, y estando el motín en las calles, la canalla suelta y desenfrenada, la palanqueta preparada para la rotura de las puertas de los conventos, las latas de petróleo aprestadas para los incendios y las mechas encendidas, no había nada, absolutamente nada en Miralmar que reclamase la intervención de la justicia.

El cura estaba más entristecido porque en aquel Convento de la Enseñanza, que le decían amenazado, tenía una sobrina haciendo méritos para profesar. Era una pobre huérfana a quien él no podía mantener, y que de caridad fue admitida allí, donde le

[455] *Aquí te quiero, escopeta*: expresión que se dice cuando llega el caso apurado de vencer una dificultad o salir de un lance arduo.

[456] La condena del liberalismo la había hecho abiertamente Pío IX en el apéndice a su encíclica *Quanta cura* conocido como *Syllabus errorum*

llevaban sus inclinaciones y su vocación. ¿Cómo dejarla a merced de las turbas incendiarias? ¿Cómo ir tampoco a sacarlas del lado de aquellas buenas religiosas, ni cómo entrar para hablar siquiera con la priora, en el locutorio de aquel convento cerrado, rodeado de guardia civil y de turbas sediciosas?

Canuto le sirvió de explorador, y dejándole sano y salvo en la posada, se dirigió al convento aquel, de donde por fortuna habíanse retirado los grupos, por las ofertas del gobernador de que se haría justicia contra las comunidades de frailes y monjas; no sabemos qué justicia, como no fuera la de renovar las antiguas degollinas del año treinta y cuatro.[457] Aprovechando esa suspensión de hostilidades, el párroco y Canuto volvieron al convento, de cuya puerta habían abierto una hoja para dar salida a las educandas de media pensión, y pasando aviso a la madre priora fueron recibidos.

La triste monja temblaba todavía y no alcanzaba a explicarse la razón de aquellas violencias. ¿Qué hacían ellas, sino vivir consagradas a la enseñanza de las mismas niñas del pueblo, la mayor parte pobres, que no podían costearse colegios ni maestras? ¿Qué peligro había para la sociedad en enseñarlas a coser, zurcir, bordar y labrar encajes, y un poco de doctrina cristiana además, y constantes ejemplos de virtud? ¿Es que el cosido, el zurcido, el bordado y las demás labores caseras tomaban allí un sello oscurantista también, que perjudicaba al liberalismo de otros bordados, cosidos y zurcidos? Decididamente, esas turbas estaban locas; máxime, decía la priora, cuando desde las ventanas he visto que algunos de los que más vociferaban son padres proletarios que nos mandan a diario sus hijas de permanentes, para que las instruyamos y adiestremos, y que luego vienen aquí a darnos las gracias por sus progresos y educación.

El cura y Canuto pusieron al tanto a la priora del origen de aquellas corrientes de opinión extraviada y le aconsejaron no fiase en la retirada de las turbas y la aparente calma de los ánimos. Las educandas debían irse a sus casas; las puertas cerrarse a piedra y lodo, y pedirse al gobernador que no retirase las parejas de la guardia civil en algunos días, para evitar un atentado. Significó también el cura su deseo de tener consigo a su sobrina una temporada, y la priora accedió haciendo llamar a la futura novicia, que tardó algún tiempo en llegar al locutorio, a través de aquellos claustros, escaleras y largos corredores.

Sor Ana, como quería llamarse la educanda, Anita como la llamaban sus compañeras, era un tipo acabado de belleza mística y de angélica virtud. Alta, delgada, de ojos negros tranquilos, su mirada parecía la de una Virgen y su sonrisa indiferente hacía presumir que su espíritu se hallaba con el pensamiento muy lejos siempre de la tierra. Tenía el cabello negro recogido al descuido, el talle largo pero bien formado, el andar pausado, las manos blancas y finas cruzadas como en oración, la figura gallarda y el óvalo del rostro perfectísimo. Su voz era suave, su conversación incierta y distraída, su humildad manifiesta en actos, actitudes y palabras.

Oyó de la madre priora el mandato de salir, la miró fijamente, se le saltaron dos lágrimas hermosas de los grandes ojos, y sin oponer el menor reparo se fue a liar su hatillo, para seguir aquella tarde a su señor tío a la casa rectoral de Miravilla, que sólo conocía de referencia.

---

[457] En 1834 el pueblo de Madrid atribuyó el cólera a que los frailes habían envenenado las aguas de la capital. En *El libro de los recuerdos*, XXVII, "Vox coeli", p. 136, escribe Ledesma: "¡Ah! Sí, ya comenzaba a resurgir aquel viejo progresismo del año 34, que tenía en santo horror a los conventos….".

¡Qué contraste el de aquella joven aspirante a novicia, sencilla como una paloma, con los ojos puestos en su Dios, coronada de candores y de virtudes, y Virginia, la virtud romana hija del maestro de escuela, marisabidilla, pedante, predicadora del amor libre y escapada incólume de él por causa de las viruelas! Canuto hizo mentalmente esta comparación, y temió desde luego que la llegada de Sor Ana a Miravilla avivase los odios y revolviese el veneno de aquellas dos víboras de la enseñanza laica oficial.

Se alquiló una tartana, dejó el cura la borriquilla en la posada para que se la llevaran después, y el párroco, Canuto y Sor Ana, en aquel vehículo rápido parecido a las antiguas galeras aceleradas, emprendieron camino de Miravilla, atravesando primero en Miralmar la plaza de la fuente de las ranas de bronce, donde el viejo convento de que se formó el Instituto presentaba sus paredones revocados, y el gran paseo, antigua *Alameda de los tristes*, en que se veían, en vez de la terrosa muralla, elegantes edificios y hoteles, el teatro nuevo de hermosa sillería, balconajes y cresterías soberbias, y como testigos de los tiempos pasados, la mole sin blanquear, resquebrajada, llena de ventanuchos, vacía y esperando el derribo, del antiguo *corral de la Pacheca*, donde tanto en sus años infantiles había gozado Canuto oyendo dramones espeluznantes a compañías de cómicos célebres, que ya estaban todos muertos y sepultados y comidos de gusanos, acá y allá, en los nichos y fosas comunes de las sacramentales y cementerios de la península.

Salió la tartana carretera adelante, pasó por cerca del antiguo panteón de San José, en cuyo solar las siervas de María tenían su casa y su huerta,[458] y a ser exacta la filosofía del maestro librepensador, los miralmarenses de antaño renacían transformados en sabrosas lechugas; siguió por aquel camino sombreado de parrales y salpicado de casitas de campo; asomó a aquellos antes medrosos callejones, divisoria de aquellas cuestas desde donde, de un lado se ve la ciudad en la lejanía, saliendo de un mar de plata, y de otro se descubre el valle del Andarax, con todos sus pueblos ribereños surgiendo de vegas y naranjales; y encaminándose el vehículo con los viajeros a Miravilla, que blanqueaba en las faldas mismas de la sierra teñida de oro por el sol, quedó allá la ciudad del hierro, con su charco azul, con sus torres, conventos y castillos moriscos, y con sus masas de monumentos y edificaciones entre las nubes del polvo rojo, que rodando en torno a ella la envolvían, la oscurecían y la asfixiaban, como espirales de un infierno dantesco.

CAPÍTULO IV

Sor Ana

Aquella monja sin hábitos, caída como del cielo en Miravilla, no parecía haber mudado de lugar, ni de reclusión en medio de las montañas salpicadas de casas campestres. Puesto el pensamiento en su Dios, todos los parajes le eran iguales; todo era prisión y celda para su espíritu y altar y oratorio para sus rezos. El mundo de la materia

[458] La fundadora de las Sierva de María fue la madre Soledad Torres Acosta. Las monjas se habían instalado en una casa situada en el antiguo cementerio de San José, de la Orden Tercera, que le cede el Ayuntamiento, en el Barrio de Belén. Sobre la labor de las Siervas de María en Almería, véase la obra de Juan López Martín *D. José María Orberá y Carrión. El mártir de Cuba. El obispo de Almería*, Almería, 1987, especialmente pp. 72-79.

resultaba siempre pequeño. ¿Qué más daba el claustro y la huerta que aquellos peñascos, arboledas y fuentes? Al fin, limitado todo, jaula de hierro que el alma mística debía romper para volar a lo infinito.

El alma es una luz que emana de su foco y que sólo en su hogar tiene su vida. Iluminar el mundo con sus virtudes, como el sol lo baña en sus colores y recogerse otra vez en su centro, tal es su destino; nunca, olvidándose de su patria celestial, confundirse con el lodo de abajo. Pasar, pasar transitoria por este valle de lágrimas, enjugándolas con la caridad y ahuyentando con las esperanzas y la fe las flaquezas y las tentaciones; dejar aquí un rastro de fulgor que ilumine y replegarse enseguida en su hoguera inmortal, abrazándose a su Creador, ése era el ciclo que debía recorrer para no extraviarse como centella fugaz en eternas lobregueces.

Podría ser errónea esta concepción de Sor Ana, al pensar de muchos; producto de un neurosismo[459] exaltado; cabría discutir el porqué de ese tránsito, a través de la tierra y de la materia y de la vida corpórea, para regresar al foco prístino; pero había grandezas en esas aspiraciones y parecía digno de tales fines el espíritu que los concebía. Daban ganas de que aquellas visiones místicas fueran reales; su resplandor, aunque no lo fuesen, bastaba para calmar nuestras[460] ansias, enderezar por el bien nuestra vida y asentar la fraternidad y el altruismo en el mundo; mientras, nada de esto traía aquella fe científica del maestro de escuela de no haber aquí más que materia y fuerzas, y convertirnos en ácido carbónico, amoniaco y agua e ir a parar, transformados quizás en legumbres, a algún puesto de verdura.

Realmente, lo perturbador, lo anárquico, lo digno de reprensión en todo caso, en nombre del orden social, no era aquel espiritualismo religioso, a que se acusaba de pretender dominar las conciencias. De él no podía salir nada dañino para la sociedad moderna, cualquiera fuese el valor que se diera a esta palabra. Del otro criterio sí; tenían que surgir, en lógica deducción, el entronizamiento de las pasiones, el imperio de los sentidos, el derecho de la fuerza bruta, la ruina de la moral, el egoísmo de los individuos y el apresuramiento de las masas a derribarlo todo para sentarse al banquete de la vida, al único festín que era dable gozar a los viles gusanos llamados *hombres* antes de deshacerse en productos químicos para renacer en vegetales sin sensibilidad ni conciencia.

¡Y sin embargo, se entendía al revés, y se perseguía con el nombre de *clericalismo* al espíritu religioso y creyente, y se daba suelta y aun trocaba en pastores de la enseñanza a aquellos volterianos y a aquellas marisabidillas como Don Arístides y la virtud romana de su hija Virginia, que, para ayudar a los planes de regeneración de Tirabeque, enviaba su fámulo Baltasar a la colonia de Miravilla, sumida, según decía éste, en aquel momento psicológico, en la noche de la ignorancia![461]

Sor Ana al aparecer allí era un refuerzo que el cielo enviaba a aquellas gentes sencillas contra las asechanzas puestas a su fe. El buen cura no conseguiría con sus sermones tanto como la monja sin tocas con su presencia. Las apariciones místicas han

---

[459] *neurosismo*: neurastenia, psicastenia, nerviosismo.

[460] Una vez más interviene el plural inclusivo rompiendo la convención del narrador omnisciente.

[461] Un ataque semejante a los anticlericales por parte de Ledesma puede leerse en el capítulo XXVII (“Vox coeli”), pp.138-139, de *El libro de los recuerdos*.

hecho más devotos y creyentes que todos los sermonarios.

La joven cautivó con su dulzura. Hablaba muy quedo, y de sus labios parecían salir la indulgencia, la paz, el amor y la esperanza. Era verdad lo que había corrido por Miravilla; que unos cuantos pensaron en quemar el convento, pero no fue nada; algunos infelices, a quienes habían engañado diciéndoles que aquellas pobres monjas tenían la culpa de no sé qué cosas. En medio de su yerro, fueron buenos; se detuvieron espontáneamente, nada hicieron y se marcharon arrepentidos de sus propósitos. Dios los perdonó, porque no sabían lo que iban a hacer; y ahora de seguro estaban en sus hogares, contritos y pesarosos, hincados de rodillas ante las imágenes de su culto y rezando por las pobres madres. El pueblo era así: bueno, muy bueno; pero estaba expuesto a tentaciones como el más santo, que peca siete veces al día. ¡Ah! aquel pueblo, tan irritado al parecer, era el mismo que rodeaba fervoroso a la santa patrona de Miralmar el día de su procesión, y echaba flores a su paso, y llevaba los cirios para alumbrarla y disparaba en su honor cohetes y voladores. ¡Cuántos de los que formaban aquellos grupos no iban con sus mujeres vestidas de gala y de alegres pañuelos de Manila a ver a la Patrona en su fiesta! ¡Cuántos no se acordaban con regocijo del día de su boda en aquel templo, o del bautismo de algún hijo suyo en aquella pila! No, no podían desprenderse de la religión en que habían nacido y debían morir, y ninguno hubiera deseado no tener un palmo de tierra cristiana para su cadáver. Allí estaba, si no, el cementerio civil muriéndose de rabia, sin que nadie quisiera ocuparlo con los restos de sus padres, hijos o esposas.

Angelita fraternizó con Sor Ana desde el primer instante. Ella también había tenido alguna inclinación a monja y a santa; pero las visitas al jardincillo para oficiar de samaritana, y las pícaras décimas del *Don Juan* dieron al traste con aquellos impulsos. Sor Ana no encontraba en ello nada reprochable. Se puede servir a Dios en distintos estados; en el claustro o en el siglo. La cuestión es oír esa voz interior que se llama *vocación* y seguirla, y la monja desde su convento y la madre de familia desde su hogar podían vivir cristianamente y ayudar al bien en la tierra con oraciones, ejemplos y actos. Para eso hizo Dios el mundo; no para que quedase desierto y abandonado y convertido todo en un vasto monasterio.[462] Estas monjitas virtuosas de los hogares, esas perfectas casadas como la de Fray Luis de León,[463] eran tal vez más necesarias. Pero ella, Sor Ana, desde niña sintió la nostalgia del amor divino; huyó de los juegos para consagrarse a las devociones, y en una enfermedad traidora que puso en peligro su vida, en unos ataques de hemoptisis[464] que la amenazaron de muerte, creyó ver en su oratorio que los labios de un Cristo se movían y oír unas palabras que la llamaban y que resonaban siempre en su corazón: Allá fue a abrazarse al amado de su alma, a aquel Cristo lívido, lleno de sangre, coronado de espinas y con la muerta cabeza reclinada sobre el hombro. No había profesado aún, porque necesitaba muchas pruebas; pero se le conformaría su

[462] Ledesma cuenta en el cap. inédito "El abogado del diablo" de *El Libro de los recuerdos* cómo, habiendo sido invitado por las monjas de la Compañía de María al acto de toma del velo blanco de tres novicias, tras el sermón del magistral José J. Domínguez Rodríguez, en el locutorio, elogió ante las tres muchachas, entre bromas y veras, en plan *abogado del diablo*, el papel de la mujer en el seno de un hogar cristiano. Poco después, las tres novicias abandonaron el convento. Las madres de la Compañía de María no volvieron a invitar al abogado a estas ceremonias.

[463] Alusión a *La perfecta casada* de Fray Luis de León.

[464] *hemoptisis*: hemorragia de la mucosa pulmonar caracterizada por la expectoración de sangre. Ledesma sufrió dicha enfermedad de joven y hubo de buscar la curación en balnearios como el de Fortuna y Eaux-Bonnes. Véase el capítulo X, "Tristissima noctis imago", de *El libro de los recuerdos*, pp. 55-58.

nombre de Sor Ana, y quedaría por siempre en el convento para consagrarse a su Dios y a las pequeñuelas pobres necesitadas de educación.

Angelita le explicó la organización de aquella colonia, la santa paz que disfrutó algunos años y cómo habían ido a turbarla en lo material aquellos funcionarios o hechuras del Gobierno, y en lo moral aquellos ateos encargados de la instrucción primaria oficial y obligatoria. El buen cura trataba en sus pláticas de contrarrestar el influjo de esa cizaña; pero con sentimiento se veía que los chicos obligados a ir a la escuela traían de ella dichos impíos; que los grandullones se volvían maldicientes y haraganes, y que acá y allá surgían síntomas de descomposición, aflojándose los lazos de fraternidad que antes ligaban a todos. Para mayor desgracia, la moneda circulaba ya entre aquellos montañeses, produciendo en unos la avaricia, en otros la ambición y en muchos las dilapidaciones; los bonos de consumo eran rechazados; se exigían las participaciones o ganancias en metálico, alegando la necesidad de pagar con ellas las cargas privadas, consumos y repartimientos vecinales; y el bribón del secretario había montado en su casa una timba, donde se dejaban el dinero los incautos y se fomentaban la holganza y el vicio. Sólo faltaba la taberna y susurrábase ya que un concejal iba a establecerla, con el nombre de *cantina*, para auxiliar sin duda a aquellos otros elementos regeneradores.

Sor Ana se entristeció bastante y formó el propósito de evitar todo el mal posible aproximándose, como el misionero al salvaje, a aquellos energúmenos de Don Arístides y Virginia. Ya la habían éstos enfilado con sus miradas oblicuas y calificado de "auxiliar con faldas de la reacción"; pero ella no se dio por entendida y siempre que les veía les saludaba afectuosa.

-¿Con que es usted la maestra de este pueblo? dijo a Virginia cierto día en que se encontraron. No puede figurarse lo que me alegro de conocerla, y aunque yo estaré aquí poco tiempo, espero seamos buenas amigas.

-Con mucho gusto, contestó Virginia, haciendo un esfuerzo y enseñando su caja de dientes.

-¿Hace usted ahora alguna labor? preguntó Sor Ana; me han dicho que es usted muy primorosa. Iré algunos ratitos a acompañarla y le ayudaré en lo que pueda.

Virginia apretó la dentadura, que parecía postiza, pero no pudo rehusar definitivamente. Anita iba algunos ratos a su casa y le enseñaba cada día un encaje nuevo y, sin hablar palabra de religión ni de monjismos, le ganaba la voluntad con su afecto.

-¡Sabes, decía Don Arístides a su virtud romana, que el clericalismo con faldas te va dominando!

La librepensadora hacía fieros signos negativos y contestaba a su padre que aquella Sor Ana, si era clerical, lo sería de aguachirle; que ni tenía ardor fanático, ni se ocupaba de santos ni rezos, y que, al contrario, parecía embobada con sus encajes, que los hacía preciosos, y con sus niñadas e inocencias. Seré yo, exclamaba Virginia, quien traiga a nuestro campo a esa ovejilla que iba a caer en garras de monjas y frailes.

El hipnotismo y la sugestión deben de tener algún fundamento espiritual. No es posible que un pensamiento pueda dominar a otro, ni una persona hacerse dueña de la

voluntad ajena, sin admitir que alguna influencia psíquica vaya de un cerebro a otro cerebro y de un alma a otra alma.

A los quince días de tratarse las dos rivales, Virginia estaba subyugada por la suave palabra de Sor Ana; la echaba muy de menos cuando ésta no aparecía, y mandaba recados para que fuese a hacerle compañía; por supuesto sin que esto significase abdicación de parte de la virtud picada de viruelas sobre sus creencias librepensadoras.

Lejos de ello, y para asegurarse más de su estado de *esprit fort*, Virginia abordó con Sor Ana al fin la cuestión religiosa. ¿De verdad que iba a ser monja? ¿Así se arrojaría a ese suicidio lento del claustro, contrariando las leyes de la Naturaleza?

Sor Ana sonrió y se concretó a decir a Virginia que todo el mundo era convento. ¿Qué importan las dimensiones de la jaula si al fin es jaula y encierro? La casa jaula era; la ciudad también; la comarca cercada de montes, otro tanto; lo mismo las islas limitadas por aguas y las penínsulas por mares y cordilleras, y la tierra envuelta en su atmósfera. Cárcel era el Océano para el pez, el aire para el pájaro, la tierra para el bruto, y si al ave y al pez se les sacaba de sus cárceles respectivas, morían de asfixia sin remedio. El convento era una cárcel también, convenido; pero ¡qué frescura en sus claustros, qué aroma en sus huertos, qué paz en sus celdas y qué alegría en sus prisioneras! ¡Oh! se equivocaba quien creyese que allí reinaban la tristeza y el mutismo. No, aquellas monjas de la Enseñanza tenía sus horas de meditación y de oraciones; sus horas de asueto y regocijo en aquella amplísima huerta. Eran unas chiquillas con hábitos; reían, saltaban a la comba, diableaban, si en un convento cabe la palabra *diablura*. El día de la priora se comía en el jardín, bajos los árboles, con músicas de trinos de pájaros; los domingos había suelta general; el día de Inocentes hacía de priora la zapatera de la comunidad y todas la respetaban con júbilo. La noche de Navidad se tocaba la pandereta en la misa del gallo y se pasaba la madrugada de jolgorio; pero todo inocentemente, con infinito candor, como chiquillas con hábitos que eran.

Virginia se quedaba asombrada de esas descripciones. Jamás había visto un convento, sino por fuera, y aquellos muros espesos le parecieron siempre de cárcel; pero si era como Anita pintaba, bien; no sería más o menos cárcel que las otras del mundo, y sólo quedaba el otro argumento; las leyes de la Naturaleza contrariadas. La mujer había venido a la tierra para ser madre de verdad, no de nombre; ya había dicho Napoleón a Madame de Staël[465] cuáles eran las mujeres más excelentes. ¡Ay! en ese número no se contaría la virtud romana; pero ¿por qué no había de entrar Anita, que no había sido víctima como ella del martirio de San Valentín?[466]

Anita, arrostrando por amor de Dios la escabrosa pregunta, sonrojada como amapola, pulverizaba también la objeción. Si todas hubieran de ser monjas, conforme, el mundo acabaría; pero ya lo tuvo Dios eso en cuenta y sólo dio vocación de vírgenes a unas cuantas. Eran las débiles, las pusilánimes del mundo, las que tal vez darían de sí raquíticas generaciones, las neuróticas, las místicas, las espirituales, las que se refugiaban en el claustro para hacer el bien de otra manera. Así, mientras unas madres

[465] Anne-Louise-Germanine Necker, baronesa de Staël-Holstein (1766-1817). Autora de *De la literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales* (París, 1800).

[466] *martirio de San Valentín*: la pasión amorosa. El obispo cristiano San Valentín, patrono del amor, casaba en secreto a los jóvenes mártires cristianos, contra la anulación de todas las bodas que impuso el emperador Claudio II. Acusado de violar las leyes imperiales, fue sentenciado a ser golpeado a garrotazos hasta su muerte y a ser luego decapitado. Murió el 14 de febrero del año 270.

criaban a sus hijos, otras madres de nombre rezaban por ellos; mientras unas los arrojaban a los tornos de las inclusas, otras, sin haberlos llevado en sus entrañas, los recogían; si las unas les daban el ser físico, las otras podían darles, con la educación, el ser moral; cuando un huérfano lloraba por la suya, encontraba otra en su camino; y hasta el adulto que en el lecho del dolor o la muerte no podía gozar del solícito cuidado de su madre, veía la sombra misma de ella en la hermana de la caridad de albas tocas.

Virginia, que, en medio de todo, era perspicaz, se daba cuenta con estos paralelos de las dos diferentes maternidades, y aunque se resistía a creerlo, veía que se completaban. Era muy inteligente Sor Ana y hacía muy bonitas comparaciones. ¡Lástima que estuviese tan aferrada a sus ideas! No era eso lo que decían *El Motín*[467] ni *Las Dominicales del Libre Pensamiento*,[468] presentando aquellos conventos como centros de maldad. ¡Qué distancia de la vida y misión referidas por Anita y la imagen de la monja desperada que ofrecían casi siempre esos periódicos, pidiendo auxilio al poder civil contra la tiranía de la Iglesia, o arrojándose de cabeza por una ventana por no sufrir otros ultrajes! Y sin embargo, había que creer a *Demófilo*,[469] que bajo su palabra lo aseguraba, y a Salomón cuando salvó de las garras del claustro a aquella señorita empeñada en hacer uso de su libertad de conciencia profesando. Con grave escándalo desde luego de cuantos abogan por la libertad de conciencia precisamente.[470]

-Si usted viera un convento de la Enseñanza, decía Sor Ana, se quedaría encantada. No es solamente la alegría y la paz; es la viva satisfacción del espíritu, es la caridad; no ese egoísmo que muchos suponen. Aquellas chiquillas con hábitos se levantan a toque de campana y la capilla las espera para la misa, que conforta el ánimo. ¡Oh! le aseguro a usted que hasta los herejes, hasta los ateos deberían oír esta misa matinal en aquella capilla que huele a sándalo, ante aquel altar donde hay una Virgencita vestida de azul, con un rostro divino y unas cabezas de angelillos, a sus pies calzados de la luna. De allí se sale purificada, alegre, con el espíritu más libre, como si tuviese alas para volar, y vuela efectivamente esparciéndose por aquella huerta donde las religiosas, en los días primaverales, suelen tomar su frugal desayuno. Enseguida las clases esperan: las niñas humildes, las pobrecitas que no tienen dinero para costear colegios y matrículas. ¡Cuántas paciencia para enseñarlas! Por monedas de plata o de oro no se llegaría a tanto; pero por el amor divino, que impone la caridad, sí se pasa todo y las mayores espinas parecen flores. Las educandas se desparraman luego con sus profesoras por el jardín y todas son unas en este asueto. Se dirían que eran, sueltas,

---

[467] Semanario satírico republicano y anticlerical de José Nakens, cuyo número 1 vio la luz el 10 de abril de 1881. Comenzó a perder lectores en 1914 y dejó de publicarse en 1926.

[468] Publicación anticlerical madrileña dirigida por José Nakens entre 1883 y 1909.

[469] Antonio Machado Álvarez (1846-1893), intelectual positivista, liberal y anticlerical. Amigo de Costa y de Giner, colaboró en el periódico republicano de Salmerón "La Justicia" firmando como "Demófilo" ("Amigo del pueblo").

[470] Se refiere Ledesma al caso judicial de Adelaida de Ubao, joven que ingresó el 12 de marzo de 1900, a la edad de 23 años, en el noviciado de las Esclavas del Sagrado Corazón, en la casa del Obelisco de Madrid, a pesar de la fuerte oposición de su madre y sus hermanos. En el proceso –la madre había apelado a la Audiencia Provincial una sentencia anterior del juez de primera instancia-, Salmerón, defensor de la señora Ubao, se enfrentó a Antonio Maura, defensor de Adelaida. La opinión pública se dividió: unos defendieron que ella había decidido su destino libremente; otros acusaron a la Iglesia de haberla manipulado y sugestionado. Cuando se estrenó *Electra* (30 de enero de 1901) el debate en torno al caso de Adelaida de Ubao estaba en el aire. El fallo se dio en febrero y Salmerón logró que la chica fuera devuelta a la casa de su madre. Pocos meses después, al cumplir los 25, Adelaida volvió a entrar en el convento.

unas niñas traviesas que jugaban a vestirse de monjas en un parque encantado. Muchas alumnas llevan sus meriendas; pero a la que no puede llevarla se le da allí, y no sufre la tristeza de ayunar mientras otros comen. Las niñas oyen misa también. Entre la oración, el aprendizaje y el asueto se pasa el día, y a la tarde ¡adiós todas! Salen con sus cestitas de labor; pero no deseando libertad, como los chiquillos de las escuelas sombrías, sino suspirando por volver al día siguiente, porque las pobrecillas en sus tugurios, en sus casas estrechas no tienen este ambiente y la verdadera libertad la encuentran allí.

Virginia callaba oyendo estas descripciones, pero un día no pudo más y rompió a llorar. Sor Ana la abrazó cariñosamente y así estuvieron un rato, sin atreverse ésta a preguntarle el porqué de su congoja. Tal vez era aquél un momento de suprema crisis para su alma, y convenía dejar que la Gracia Divina realizase su obra. Sosegada, Virginia cogió las manos de Sor Ana y en confianza se lo confesó todo. Era muy desgraciada. Venía haciendo una comedia ridícula, una farsa, por un sueldo mezquino. Tenía que oficiar de librepensadora y escribir artículos anticlericales por las mesadas de una sociedad protestante, y tenía que hacer de furibunda, como el ciudadano Nerón[471] de la Marsellesa, por temor a su padre, vendido también a las logias y a las sociedades bíblicas. Pero ella en el fondo no era así, no era librepensadora, ni protestante, ni nada; no sabía, en suma, a qué atenerse en religión, y admiraba la fe de Anita, deseando para sí aquella paz de espíritu.

Sor Ana unió sus lágrimas a las de su amiga y, en el ardor de su religiosidad, le dijo muchas cosas y le brindó muchos consuelos y le habló de su madre, que sin duda sería católica y creyente, y de la Virgen pura de su devoción, y le puso un escapulario del Corazón de Jesús, que le escondió en el seno. Era preciso tener valor; arrostrarlo todo por la salvación del alma; hacer vida nueva. Rechazar las mesadas de la sociedad protestante, dineros de Judas; echarse a los pies del sacerdote, que en nombre de Dios perdonaría; decirle luego la verdad a Don Arístides, y si éste la rechazaba y la lanzaba de su hogar para que muriese de hambre y de pena, allí estaba aquel convento de la Enseñanza, con sus puertas abiertas como dos brazos amorosos.

-Sí, dijo Virginia irguiéndose y concentrando en estos propósitos toda su energía; y con el ademán resuelto, con la cabeza hacia atrás, como si recibiese inspiraciones de arriba, parecía transfigurada y hasta hermoseada, a pesar de aquellas máculas de su rostro.

Al día siguiente, antes de amanecer, cuando en la iglesia de Miravilla no habían tocado a misa todavía, entre la dudosa sombra de la única nave adornada de ojivales ventanas, en que los primeros tintes del alba comenzaban a sacar de su sueño las figuras de las vidrieras, Virginia estaba a la rejilla del confesionario, ante el cura de la sotana vieja procesado y en libertad provisional, y se levantaba a poco rato para tomar la comunión con Sor Ana, que la esperaba allí en el comulgatorio. Sólo el acólito con su campanilla ayudaba, y cuando la sagrada forma en la mano amarilla del sacerdote apareció ante la librepensadora contrita, el primer rayo de sol entraba por la vidriera de Oriente y daba en el rostro de la Virgen del retablo, que sonreía satisfecha.

Virginia cumpliría su penitencia y hasta entonces nada diría a su padre. Entre tanto, Don Arístides seguía predicando en su escuela el odio a los curas, y se confundía entre los grupos de trabajadores con aires de libertador, y el proceso del párroco seguía

[471] *el ciudadano Nerón*: el ciudadano incendiario. Hasta hace muy poco se venía suponiendo que Nerón había mandado incendiar Roma.

adelante en Miralmar, y el alcalde y el secretario continuaban sus encerronas para armonizar las leyes municipal y de contabilidad con sus asimilaciones de los ingresos del presupuesto.

No tardaron en formarse dos bandos en el seno mismo de la colonia: los ultramontanos, aquellos que querían seguir con su administración primitiva, sus almacenes sociales, sus trabajos colectivos y su propiedad común de tierras, fábricas y máquinas, recibiendo sus bonos de consumo y sus dividendos, con su régimen ideado por Canuto, y sus casitas independientes y su iglesia y su cura y sus prácticas religiosas; y los librepensadores, capitaneados por Don Arístides, con sus pujos de impiedad, sus demandas de liquidación de la sociedad agrícola, su negativa a recibir bonos, su afán de dinero y vagancia, y sus reuniones en casa del secretario o en la cantina del primer teniente de alcalde, en que se pasaba mejor el rato entre copa y copa que en aquellos malditos telares y fábricas y explotaciones de Miravilla.

Súpose en el grupo de anticlericales formado por Don Arístides que un domingo iba a celebrarse una procesión del Sagrado Corazón de Jesús, y aquél fue el día elegido y la ocasión designada para hacer una demostración de protesta en nombre del espíritu moderno. Se contaba con la protección de las autoridades, y eso era miel sobre hojuelas. Don Arístides lo preparó todo; la logia le envió una remesa de silbatos, para distribuirlos entre su gente, y ni siquiera dijo palabra a Virginia, por temor de que se lo pusiera en pico a Sor Ana.

La procesión salió, en efecto, de la iglesia, con el cura y los mónagos y largas filas de devotos con velas, y entre ellos la imagen del Sagrado Corazón, precedida de un vistoso estandarte. Medio pueblo iba detrás, acompañándola, y era de ver aquella especie de romería pasar por aquellas montañas, llenándolas de cantos piadosos. Lo hermoso de aquella tarde de junio realzaba el espectáculo, y el sol, poniéndose por aquellos cerros, semejaba una custodia de oro que fuese llevada en andas.

De pronto, al volver el recodo de una altura, un grupo de hombres con los sombreros calados hasta las cejas, entre los que descollaba la apabullada chistera de Don Arístides, apareció apostado y rompió en silbidos. La procesión se paró indecisa, retrocediendo temerosas las mujeres, que iban en las primeras filas de luces. Una porción de fieles acudieron a protegerlas; llovieron dicterios y palos de una y otra banda; rodó el estandarte por los suelos, y cuando Don Arístides entre el tumulto avanzó como un campeón a pisotearlo, se quedó estupefacto mirando entre las mujeres piadosas a Virginia, que cumpliendo su penitencia, con su vela encendida, formaba parte del cortejo, entre la muralla que impedía al pedagogo realizar su profanación.

Don Arístides se contuvo; pero alzó al fin los brazos amenazadores y, parodiando a César herido junto a la estatua de Pompeyo, exclamó con voz estentórea, dirigiéndose a Virginia:

-¡*Tu quoque...*![472]

CAPÍTULO V

El ministro Valdepeñas[473]

[472] ¡T*u quoque*!: en latín, *¡ Tú también…!*

Los disturbios originados en Miravilla, el proceso del cura, que iba de mal en peor, porque de la Fiscalía del Supremo partían órdenes apremiantes para que se procediera rigurosamente, y el antagonismo suscitado por los anticlericales de nuevo cuño, que capitaneaba Don Arístides, obligaron al párroco a visitar al obispo de Miralmar, y a Canuto a salir apresuradamente para la Corte, a donde había jurado no volver; y no hubiese vuelto jamás sin el apremio de aquellas causas que pensaba remover en cuanto viese al ministro de Gracia y Justicia, que precisamente lo era a la sazón un amigo de Universidad y compañero de estudios: el audaz, bullidor y parlanchín Valdepeñas.

El obispo de Miralmar hacía *pendant*[474] con el cura. Si éste llevaba sotana raída, aquél la tenía mugrienta y con la mayoría de sus botones morados declarados en huelga; si el uno iba con los zapatos rotos, el otro calzaba sin hebillas; si el párroco daba a los pobres cuanto hallaba a mano, el obispo repartía sus rentas en fundaciones piadosas y pedía limosnas para asilos de huérfanos, de ancianos y de enfermos. Eran muy temibles y furibundos aquellos dos enemigos de la paz social.

El obispo, que ya estaba enterado de los sucesos, tranquilizó al buen cura, prometiéndole gestionar del ministro la imparcialidad debida en la causa y alguna solución que evitase choques como el lamentado y mantuviese el derecho de los católicos a celebrar sus ritos y fiestas sin que acabasen como el rosario de la Aurora. A eso iba Canuto y le ayudaría en sus gestiones la petición directa de aquel príncipe de la Iglesia, pobre entre los pobres, pordiosero para ellos, perturbador de la paz pública con sus donativos y hospitales, y gastrónomo hasta el punto de que el día de San José, en que celebraba su santo con arroz y pollo tísico, porque los demás días no se permitía tales excesos, los convidados tenían, después del banquete, que refugiarse en algún *restaurant*, a hurtadillas, para matar el hambre con *beefsteack*.[475]

Cuando Canuto llegó a ver de madrugada, desde el tren, después de cruzar la estación de Villaverde, las turbias decoraciones de la coronada Villa, todo el pasado de su vida de azares y de luchas estériles se le agolpó en la mente, produciéndole mareo en la cabeza y frío en el corazón. Allí, entre aquellos macizos de casas lejanas, que parecían castillos de naipes y juguetes de cartón, estaba su pisillo de la calle de Fuencarral, donde tanto fantaseara al principio. Allí creía vislumbrar las Salesas, en pie todavía, sin que ningún ochenta y nueve las hubiese arrasado, ni de sus cerrojos se hubiera forjado la espada de otro Lafayette.[476] Allí descollaría aquel Ministerio de Fomento que en sus pesadillas vio demolido piedra a piedra por el fantástico hombre de la piqueta; allí se estaría, machucho e indestructible, aquel Ministerio de la Gobernación, de donde partía la gran red de caciques en que estaba prendida España; y allí se vería también, enfrente de unos arbolillos raquíticos, el palacio de los leones de

---

[473] Ledesma alude a su coetáneo el abogado y periodista jiennense Juan Montilla (1856-1903), quien fue diputado liberal por Guadix en 1881, cargo que ejerció, gracias a sucesivas reelecciones, hasta su muerte. En 1893 fue director general de Correos, en 1897 fiscal del Tribunal Supremo y en 1902 ministro de Gracia y Justicia con Sagasta.

[474] hacía *pendant:* hacía juego.

[475] *bifctec* en el original.

[476] El marqués de Lafayette (1757-1834), político y militar francés que participó en la guerra de la Independencia de los Estados Unidos.

bronce, de donde lo echaron los personajes y secuaces de Tirabeque haciéndole renunciar a la política. ¡Aquellos leones por desgracia ya no tendrían entre sus garras las dos bolas simpáticas de los dos mundos que el genio español dominó; sino el vacío que nos habían dejado en su lugar nuestros políticos y estadistas!

Canuto había perdido la fe en ellos; no esperaba gran cosa de Valdepeñas, como tal político elevado al Ministerio en las agonías de la situación; pero en la amistad sí creía; juzgábala una religión, un culto purísimo. De su importancia y de su firmeza había recibido pruebas continuas con Eduardito y Barbas tristes, y confiando en ese sentimiento iba a estrechar la mano del nuevo ministro, su antiguo compañero de carrera, a quien tantas veces había prestado apuntes para los exámenes, al que de tantos apuros había sacado en sus crisis metálicas, y con el cual él y Eduardito habían estado siempre en cordiales relaciones. No había duda de que el compañero y amigo atendería una justa demanda, si por ventura el ministro estuviese dispuesto a hacer oídos de mercader.

Valdepeñas fue uno de los estudiantes de leyes de la casa de la calle las Tablas, el más asiduo visitador de la biblioteca de bocoyes de Don Diego, y no por apodo, sino porque su apellido cuadraba con sus aficiones, todos le llamaban por él y no por el nombre de su santo. Valdepeñas era, cuando estudiante, como el vino peleón: rojo, vivo, echando tacos, perdido y pendenciero. La timba de día, las mujeres de noche, la estudiantina en el Carnaval, en que siempre iba de postulante por no saber tocar pito ni cuerda, las broncas en los aquelarres y las diabluras y suspensos en la Universidad, constituían su apropiado ambiente. Nada sabía, ni alcanzaría a saber jamás; pero en audacia, desparpajo y verbosidad para salir de un conflicto le ganan pocos.

En España, ya se sabe, el que no sirve para otra cosa se dedica a la política, y Valdepeñas, que no servía para el foro, por estar de leyes *tanquam tabula rasa*,[477] ni para la Magistratura, por su falta de aplomo y circunspección, se dedicó a político y llegó, saltando por cima de magistrados encanecidos y de lumbreras forenses, a ministro de Gracia y Justicia para tenerlos a todos debajo de sus zapatos y zurcir leyes y decretos que aquéllos tendrían que invocar y cumplir. ¡Así se escribe la historia, o por lo menos así se escribía en aquel tiempo dichosísimo de los Tirabeques!

Canuto no miraba con celos tal encumbramiento. Se admiraba, se reía interiormente, medía con esta medida el nivel de nuestros gobernantes, se explicaba ante este y otros casos parecidos nuestra decadencia nacional; pero no era envidioso del bien ajeno y menos tratándose de un amigo, que si no hubiese sido ministro, no habría podido ser nada en toda su vida. No hay mal que por bien no venga, se decía pensando en la exaltación de Valdepeñas a tan alto puesto, y ya que este hombre haga no pocas atrocidades en su cargo, con los vínculos de amistad que a él me ligan, conseguiré reparar los males de la colonia criada a mis pechos.

Así que, apenas se sacudió el polvo de carbón del viaje y se lavó la cara ennegrecida por el humo de la locomotora, que le fue dando de frente por la ventanilla del tren, tomó su desayuno en la modesta casa de huéspedes de su alojamiento y escribió a Valdepeñas pidiéndole audiencia, una carta afectuosa que envió con un *continental express*.

---

[477] *tanquam tabula rasa*: como una tabla rasa, expresión que solía terminarse con el complemento *in quia nihil est depinctum* (*en la cual no hay cosa alguna pintada*).

El ministro estaba enormemente ocupado. Tenía un proyecto de Código Civil en estudio; una ley de intervención de los galenos en los matrimonios; una combinación de ascensos de magistrados, jueces y fiscales; una porción de nombramientos que hacer de canónigos de gracia, y algún *exequatur* para obispo. Valdepeñas, metido a todo esto, era el acabóse. Habíamos quitado el *non plus ultra* de las columnas de Hércules para escribirlo en el frontispicio de su despacho.

Cuando entregaron al ministro, por secretaría particular, la carta de Canuto, miró dos o tres veces la firma. Canuto..., Canuto.... No conozco ese nombre, pensó; Espárrago... Espárrago... No recuerdo, dijo entre sí. Y devolviendo la carta al secretario murmuró con displicencia: Bien; cite usted para la próxima semana a la hora de costumbre.

Canuto recibió el Besa La Mano bastante tarde y al ver que entre la fecha y la cita mediaban cuatro días, atribuyó a la Secretaría el desaguisado. Seguramente allí le confundieron con los demás pretendientes a ascensos o destinos, y le relegaron a la inmediata semana con el montón. Pero ya se cobraría con creces cuando se hallase frente a frente de Valdepeñas y éste le abriese sus brazos y charlasen un largo rato de sus pasados tiempos. Enseguida, enterado el ministro del asunto, pondría derechos como una vela a jueces y magistrados de Miralmar, exigiría del Fiscal del Supremo que impusiera imparcialidad a sus inferiores, y se haría justicia al párroco y se pacificaría aquella colonia, perturbada por los anticlericales arrojados en ella por el infierno.

¡Pobre Canuto que no se curaba de utopías a pesar de no ser ya un niño! Cuando fue recibido por el ministro. Entre la turbamulta de aspirantes y aduladores, Valdepeñas le tendió la mano fríamente y le preguntó: ¿Cómo está usted? y ¿qué se le ocurre?, como a cualquier desconocido no recomendado por nadie. Canuto, entre admirado e indignado, no recordó a Valdepeñas nada de su antigua amistad y se limitó a invocar su carácter de ex diputado para hablar de asuntos de su provincia. Valdepeñas, ya más cortés, quiso recordar que su nombre no le era desconocido; y como Canuto indicara que él era quien en el Congreso intentó decir la verdad al país sobre nuestro régimen y nuestros gobernantes en la penúltima legislatura, el ministro se dio una palmada en la frente y dijo acordarse ya de aquella célebre sesión, y de aquel discurso que se quedó a medias, y de aquel tumulto parlamentario. Entonces hizo pasar a su despacho reservado a Canuto, y los demás circunstantes se quedaron allí en los saloncillos con un palmo de boca abierta.

Canuto pensó, al entrar con tales honores, cuán equivocado estuvo al creer que la amistad o el interés público llevarían al ministro a otorgarle aquella audiencia más íntima y más larga. Era el recuerdo de sus atrevimientos oratorios, del escándalo que produjo y tal vez el temor de que el ex diputado trajese entre manos algún otro asunto ruidoso. Estaba, pues, patente que ni el derecho del ciudadano ni la justicia importaban allí; sino el deseo de complacer al fuerte, al que pegaba, al que pudiera traer conflictos para el ministro o para la situación. Seguía el mismo sistema, que produjo el desastre, de dar más importancia a la lengua que a la razón y al personaje que a la patria.

Allí, en el despacho reservado, refrescó ya espontánea y perfectamente Valdepeñas su antigua amistad y compañerismo con Canuto. Eso le convenía, porque aquel hombre, que había renunciado al acta y a la política, podía volver mañana al palenque, y era prudente atarle con lazos de antigua fraternidad, sobre todo siendo un espíritu tan severo y un orador tan temible.

-Nada, nada; se le complacería en todo y por todo, y el cura quedaría enseguida fuera de proceso y en libertad de predicar; pero no sobre el liberalismo, sino sobre las otras cosas de sus antiguos sermonarios: sobre los gozos de San José,[478] por ejemplo, y los milagros de Santa Rosa de Lima.[479]

En cuanto a las hazañas del maestro Don Arístides, eso no pertenecía a Gracia y Justicia, sino a Instrucción Pública. Hablaría a su compañero de esta cartera y se procuraría poner coto al pedagogo. A la sazón preparaba aquél un decreto sobre enseñanza y ya encajaría, si era posible, algún articulillo sobre la instrucción primaria que armonizase la educación seglar con la religión del estado; porque el Presidente se proponía ahora hacer en todo esta conciliación del espíritu moderno con el catolicismo, y Valdepeñas creía que ya había dado aquél con la fórmula, consistente en que a la larga no quedase cura, monja ni fraile en la península y sólo el catolicismo en sí y por sí; ya que era distinta la religión de sus ministros y de toda clase de órdenes religiosas. Canuto le indicó que él también había dado con una fórmula igual para la salud del país: una política sin políticos, y que era lástima no pensase también Tirabeque en implantarla.

Apenas salió del despacho el ex diputado, contento y confiadísimo, anunciaron a Salomón. Que pase, dijo el ministro atusándose la barba, arreglándose la corbata y tomando en la poltrona una estudiada postura. Salomón en persona se dignaba visitarle, y a éste sí que había que hacerle el gusto en lo que deseara; porque con su maza era una autoridad y una fuerza, una especie de Pentapolín el del arremangado brazo.[480] ¿Qué le traería por allí?

Salomón apareció en el dintel y Valdepeñas se apresuró a ir a él y tenderle las dos manos. ¿Usted por aquí, mi querido maestro?, le dijo con fingida zalamería; siéntese, siéntese y mande, que ya sabe usted que esta casa está a su disposición.

El hombre del imperativo categórico, con los ojos saltones, el pelo erizado y los labios gruesos semiárabes aceptaba esas galanterías como merecidas, con ademanes y medias palabras. Habían pasado años desde que le conocimos, y ya su barba puntiaguda blanqueaba, y la calva, rodeada de lanas grises, relucía más, habiéndose convertido éstas en grises y blanquizcas. También sufrieron evoluciones su "razón pura" y su "razón práctica",[481] volviendo las espaldas del todo al krausismo enrevesado y adoptando un positivismo filosófico y mundológico, que le permitía "apoderarse cada vez más de toda la realidad".[482] Estaba, sobre todo, encanecido por la meditación en sus grandes obras, por escribir, de las que ya había dado a luz la principal: un prólogo de treinta y siete hojas, cuarto menor y gruesos caracteres, escrito a cierto librejo "por grave compromiso de empeño superior al esfuerzo de unos breves momentos que de otras tareas apenas

[478] Siguiendo una antigua tradición y como recuerdo de los principales dolores y gozos de la vida de San José, la Iglesia suele dedicar a esta devoción los siete domingos anteriores a su festividad (19 de marzo).

[479] *Santa Rita de Lima* en el original. Isabel de Flores, en religión Rosa de Santa María, conocida como santa (1586-1617), patrona de Perú y de la ciudad de Lima, donde nació y murió. Tomó el hábito de santo Domingo. Fue proclamada patrona de América en 1669 por Clemente X.

[480] En la aventura de los rebaños del *Quijote*, I-XVIII, el rey de los garamantas, Pentapolín del Arremangado Brazo ("porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo").

[481] Términos extraídos del sistema kantiano.

[482] El krauso-positivismo salmeroniano.

puedo en esta sazón distraer".[483]

La gramática, según se ve, no salía bien parada; pero, como en esto, se conservaba en su anticlericalismo rabioso "íntegro y uno, idéntico a sí, en su inmanencia dentro de lo trascendente".[484]

Precisamente buscaba al ministro para una cuestión religiosa. Su amigo, su gran amigo Don Arístides, un sacerdote de la enseñanza en Miravilla, había sido arrollado por los clericales. Continuamente estaba amenazado en el ejercicio de su alto ministerio; había sido vilipendiado desde el púlpito por un cura de misa y olla, feroz ultramontano, que predicaba contra el liberalismo y excitaba a la rebelión contra los poderes públicos. Y ¿qué más? Hasta le habían sonsacado al Don Arístides los corifeos de la reacción una hija que era su encanto, a quien había tenido que arrojar el buen padre de su casa por ingrata y habían encerrado en un convento sus implacables enemigos. ¡Cabía mayor injuria a la libertad de conciencia! ¡Encerrar en un convento, a donde quiso refugiarse, a la hija de un librepensador, porque su padre la echó con justa razón de su hogar! Eso no podía quedar así y él iba a reclamar al ministro amparo contra los desafueros de aquel cura de Miravilla, procesado ya, y contra el secuestro de aquella hija, de cuya hermosura quizás se quería abusar en la soledad del claustro y entre las redes del clericalismo odioso.

Valdepeñas le oyó, haciendo demostraciones de asombro, mientras pesaba a Canuto y a Salomón en una balanza, para resolver a cuál inclinarse. Indudablemente, Salomón era un pez de más libras, la elección no era dudosa; así que el ministro aseguró a su querido maestro que se haría cuanto deseaba, y tocó un timbre y acudió el subsecretario y le dio órdenes terminantes para transmitirlas al presidente de la Audiencia de Miralmar, a fin de que se hiciera un escarmiento en aquel cura y en aquellos clericales de Miravilla, por aquel sermón y aquel escandaloso secuestro en el convento de una hija que, arrojada al arroyo, debía permanecer en él sin moverse, en justa obediencia a la autoridad paterna.

Entre tanto, el alcalde y el secretario tan orondos en la casa del pueblo, urdiendo repartos vecinales, tarifas de arbitrios, cuentas de arreglos de calles, allí donde no había ninguna, sino las veredas y trochas de los montañeses, y trasladando a sus bolsillos los fondos con ayuda de la ley de contabilidad y con aplauso del cacique máximo, que llevaba en todo su *tanti quantis*.[485]

Tirabeque, aunque no participara de estas pequeñeces, estaba en autos[486] de ellas. Así era la política y así tenía que ser por los siglos de los siglos; no podía exigirse a nadie que fuese alcalde, gobernador o cacique por amor al arte. El viejo pastor no comería yerba, pero la dejaba comer a sus ovejas y las llevaba él mismo a apacentar en los feraces campos ministeriales y se reclinaba contento en su risco de la Presidencia, desde donde dominaba todo el país, para verlas pacer afanosamente y dejarle todo pelado al que había de venir detrás. El otro rebaño encontraba, en efecto, llegado su

[483] Palabras del inicio del segundo párrafo del prólogo de Salmerón a la *Historia de los conflictos entre la religión y la ciencia* de J. G. Draper, editada en Madrid en 1876.

[484] Ledesma bromea, sarcástico, con las enrevesadas expresiones de la jerga krausista de Salmerón.

[485] *que llevaba en todo su* tanti quantis: que se llevaba su parte en cada operación.

[486] *estaba en autos*: estaba enterado.

turno, el campo yermo; pero Dios era muy próvido; no había más que esperar un poco y la yerba volvía a crecer, con los nuevos presupuestos, y los carneros escuálidos se desquitaban del ayuno. Para eso había hecho Dios los pastos, para los rebaños, y los presupuestos para los políticos, y la arbitrariedad para los gobernantes, y justicia era lo que quería el que estaba en el poder, y lo tuyo y lo mío y lo de otros y la libertad y la honra de todos se hallaban, bajo bambalinas de leyes y de tribunales, en manos de los tramoyistas de nuestro escenario social.

Por la mente de Canuto pasó la idea de que a ese escenario, viejo y ruinoso, lleno de telones pintarrajeados, que fingían muchas cosas que no eran verdad; a todas aquellas bambalinas y decoraciones había que pegarles fuego; pero con talento, de tal modo que los tramoyistas no pudieran escaparse. No bastaba, lo reconocía, no bastaba el hombre de la piqueta; era preciso el hombre de la tea; no la acción individual o colectiva, inútil contra todo eso; sino la revolución tormentosa y profunda que lo redujese a cenizas.

CAPÍTULO VI

Visiones bíblicas

Antes de volver Canuto a Miralmar y tocar el engaño de las promesas de Valdepeñas, había visitado a Barbas tristes.

Aquel hombre, en cuyo cerebro parecía copiarse siempre la realidad sin disfraces, fue certero augur en todos sus vaticinios. Valdepeñas se olvidaría de sus ofertas a los cinco minutos; si se atravesaba otra influencia anticlerical de importancia, echaría toda el agua del molino contra el cura de Miravilla y sus auxiliares. La cosa estaba así en España; era una forma de ser de nuestra política y de nuestros hombres de gobierno, y había que tomar al gobernante con todas sus falsedades y marrullerías, como hay que aceptar a cada especie zoológica con sus peculiares instintos y costumbres.

-Has de convencerte alguna vez, decía el ex dómine a Canuto, de que el mundo y los hombres no están hechos a nuestro gusto; que no hemos sido consultados para su creación y formación; que muy poco podemos poner de nuestra parte para enmendarlos. La habilidad consiste en conocerlos primero; en sortear sus maldades después, sin contaminarse con ellos; en utilizarlos luego para el bien, aprovechando sus pasiones y veleidades, como se utilizan venenos y plantas nocivas para remedios terapéuticos; y en ir al fin contrarrestando en lo posible el daño que están inclinados a causar, con el beneficio que podamos hacer cada uno, desde nuestro punto de acción.

Barbas tristes era el hombre del buen sentido, de lo hacedero y lo práctico, no de las utopías y ardimientos; el hombre de la ejecución lenta y segura, en el camino de lo bueno y lo verdadero. Así, mientras el fogoso Canuto iba topando, como el caballero andante, con toda suerte de enemigos que lo arrollaban, el dómine cimentaba sus modestas obras sobre bases firmes, en pro del bien individual y social.

¡Cuántas luchas y trabajos habían tornado su cabeza calva del todo y blanquearon sus largas pelambres, dándole el aspecto de un ermitaño! Aquellos ojos miopes, armados de gruesos cristales, aquella encorvada figura seca y escuálida como la

de un anacoreta, aquellas manos huesosas pero habilísimas en las operaciones, algo cascada ya por la ruina de su sistema dentario, denotaban al obrero infatigable de la inteligencia, cegado en los libros y sacrificado al Molock[487] de los humanos dolores.

¡Y qué contraste formaba a su lado la hermosa Rosalía, de labios de grana, de cutis de nardo y de cabellos de sol, en la plenitud de su belleza! Parecía la flor de un rosal, plantado junto a un árbol sin hojas, de carcomido tronco y viejas raíces. Y sin embargo, aquella unión era sincera, cariñosa, íntima; la joven quería, sin saber por qué, sin que se mezclara en su afecto puro ni siquiera la aleación de la gratitud, quería y respetaba y aun veneraba a aquel hombre prematuramente decrépito, sin más atractivos que los de su alma buena y los de su inmenso saber. Que no fuese ninguna joven a disputar junto al árbol añoso, protegida de su sombra y embalsamándole con su perfume.

Había en aquel consorcio una ráfaga de luz del cielo; algo espiritual que vence a la carne, y eso era posible, puesto que Barbas tristes lo había conseguido sin esfuerzo. Aquella casa del doctor reía con tal ejemplo de felicidad. Era a la vez mansión de la virtud, templo del amor tranquilo, morada del justo y laboratorio del sabio.

Nada existía lujoso allí, a pesar de entrar el oro a granel. Estucos sencillos en las paredes y *pórtland*[488] reluciente en los pavimentos; madera y rejilla en los muebles; ni cortinajes, ni alfombras, ni tapicerías, vanidades de la riqueza y nido de microbios. Los techos estucados también, pero sin adornos; todo se lavaba semanalmente con agua de bicloruro de mercurio,[489] y en el aire sano de las afueras de Madrid penetraba por los abiertos balcones con el sol, en aquel edificio orientado a mediodía. Aquello parecía una casa de salud, con sus criados vestidos de blanco y provistos de gorros como marmitones.

Los enfermos pasaban a un amplio salón, donde tomaban número para ir entrando por su orden. Tenían la certeza de no seguir el calvario de ser lanzados de unos a otros especialistas, desde aquel consultorio, como acostumbraban a hacer con ellos algunos médicos, convenidos entre sí para estas explotaciones. Aquel doctor lo sabía todo y sus diagnósticos, pronósticos y tratamientos no tenían réplica. No visitaba ya; era visitado, y en una modesta bandeja de laca depositaba cada consultante el óbolo que quería, sin tarifa ninguna; porque la medicina era caridad y el estipendio del médico caridad debía ser, no socaliña.

Después de todo, ya se sabía en Madrid: aquel hombre no gastaba en sí más que lo preciso. No tenía coche; con el sueldo de su cátedra salía adelante; todo lo demás iba a sus libros, a su hospital modelo, que ya estaba a medio hacer. ¡Qué más daba al rico consultante dejar en aquella humilde bandeja una moneda de plata o un billete de mil pesetas? Nada de lo que generosamente aumentase era perdido; el doctor era un mero administrador, un intermediario.

---

[487] Moloch, Molok o Molek: divinidad semita, una de las formas de Baal, a la que se sacrificaban víctimas humanas.

[488] *cemento Pórtland*: cemento sin cal en libertad, que resulta de gran dureza, con la cual se construye, además de fabricar con él hormigón, cemento armado, piedra artificial y muchos elementos de construcción, tales como baldosas, depósitos y tuberías; de color gris verdoso.

[489] *bicloruro de mercurio*: dicloruro de mercurio o Cloruro de mercurio (II): Hg Cla.

Canuto admiró aquel sistema de cobrar consultas y curaciones, y la eficacia de la libertad, abandonada a los propios estímulos de la conciencia, para sumar esfuerzos en la obra del bien social; pero lo que le encantó sobremanera fue el laboratorio de Barbas tristes, aquella inmensa crujía llena de máquinas, aparatos, alambiques, retortas, útiles y preparaciones de todo género, situada en el piso bajo de la casa, donde el ex dómine, ayudado de algunos eminentes profesores, buscaba la solución de grandes problemas de química orgánica y de microbiología.

-Aquí está, decía Barbas tristes, el gran campo de operaciones; aquí tenemos entablado el gran combate. Las luchas de afuera son pequeñas, inútiles casi siempre, y sus victorias pasajeras y efímeras; pero los triunfos estos son imperecederos, y cada uno arranca a la Humanidad un martirio, le quita una espina de su corona y un clavo de su cruz. Ayer fue la vacuna la que ahuyentó un azote mortífero; hoy han sido los sueros antirrábico y antidiftérico los que han arrancado su guadaña a dos enemigos formidables; mañana serán los cultivos anticancerosos, antituberculosos, antitíficos y anticoléricos los que hagan retroceder a otros ángeles malos de la patología. Día llegará en que todas las enfermedades serán vencidas y los hombres no hayan de morir más que de suicidios, de accidentes o de vejez. Lo que no puede enmendar en el organismo la medicina, lo arreglará la cirugía entrando en las vísceras, componiendo órganos, rectificando errores de la Naturaleza.

Canuto iba a expresar su admiración, pero su amigo y maestro interrumpióle: Hay más: de aquí, de estas máquinas y aparatos, donde se realizan ya admirables síntesis químicas, ha de salir la solución de muchos problemas sociales, para evidenciar que la ciencia es una; que la física y la química y la sociología se dan la mano. No llegaremos a fabricar el *homúnculus* como Fausto,[490] ni es preciso, habiendo tantos homúnculos en la tierra; pero haremos las sustancias orgánicas de que el hombre vive, realizaremos todas las combinaciones que las componen y cesarán las luchas por la conquista del pan.

No será, continuó, la caña de trigo la que nos dé el candeal, ni el olivo el que no dé la oleína, ni el animal inferior sacrificado el que nos ofrezca los hidrocarburos; extraerán nuestros aparatos del seno de la próvida naturaleza la razón del sostenimiento y desarrollo del organismo humano, y la llegaremos a abaratar y a difundir de manera que los veinticuatro gramos de nitrógeno y los trescientos gramos de carbono que la constituyen salgan casi gratis del aire, del agua y de la tierra. Cuando cada familia tenga su máquina de extraer su alimento gratis de los elementos naturales, como hoy cuenta con su maquinilla de coser, no existirán esos conflictos sociales que son el choque de los hambrientos contra los ahítos, y la Humanidad podrá preocuparse de otras cosas más altas que del pan nuestro de cada día.

Canuto veía en estas ideas destellos y auroras que iluminaban sus sueños de armonía y de justicia social; pero ¡cuán lejos estaban aún esas conquistas! Entre tanto ¿había que dejar que unos a otros se devorasen? El problema social presentábase en su mente con todas sus violencias y con él el problema religioso, que no sabía por qué corría en España unido al primero en extraño maridaje.

Barbas tristes, al tocar estas cuestiones, puso, como solía, los puntos sobre las íes: El problema religioso latía en el fondo de todos los problemas, como Dios está por

[490] En el *Fausto* de Goethe, a Homúnculo lo crea en una retorta de laboratorio el viejo doctor Wagner. *Homunculus* es el "hombre científico", todo cerebro, aunque incapaz de amar.

esencia en todas las cosas. De la solución que se diese al primero surgían como derivadas todas las otras soluciones. ¿Había Dios, plan sapientísimo en sus creaciones, alma inmortal, vida de ultratumba? Pues todos los demás problemas iluminábanse con luz vivísima. Los dolores, las desigualdades, las miserias, consecuencia forzosa de la humana limitación, eran no más que rapidísimas pruebas, leves espinas de la marcha triunfal del espíritu a su Patria celeste; y las palabras "Bienaventurados los pobres", "Los últimos serán los primeros" expresaban una esperanza de espléndida indemnización para tantos desheredados. Pero a la vez aquel "Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes, dalo a los pobres y sígueme" y aquello de que "Es más fácil que entre un camello por el ojo de una aguja que un rico en el reino de los cielos" denotaban imperiosas obligaciones para el rico de protección y ayuda al proletario. La resignación de los unos, la caridad de los otros armonizaban, pues, estas discordias y debían suavizar toda lucha. Así, la religión ayudaba a la paz social, y de imperar en las conciencias, no existiría conflicto alguno. Por eso estaba ligado el problema religioso al social íntimamente; pero era necio y contradictorio desterrar la religión de las almas y buscarles únicamente satisfacciones terrenas.

Probábase ello también *ad absurdum*;[491] porque de no haber ni alma inmortal ni vida ultraterrena; de convertirnos tan sólo en sustancias químicas, como afirmaba Don Arístides, ya no cabían paliativos, ni componendas entre ricos y pobres. Éstos, antes de disolverse en nitrógeno, ácido carbónico y oxígeno, debían, como nuevos bárbaros, entrar a saco en los reinos de la propiedad y de la industria, y con el botín celebrar el banquete de sus pasiones, de sus apetitos y de sus sonadas harturas. Todo lo demás era ilógico; y puesto que formaban el número y eran la fuerza, no había razón de no aprovecharlos y sí de aplastar a la burguesía acaparadora y disfrutar un día de saturnal, cuyos goces valdrían más que una existencia de esclavitud y escaseces.

El Estado, excogitando medios para que unos a otros no se devorasen, tenía que pedir auxilio a la religión; porque, por sí, era impotente para convencer a los desheredados de la fortuna y para fundar otro derecho superior a la fuerza y voluntad de los más contra los menos.

En suma, que fomentando ese espíritu religioso en vez de combatirlo y procurando también reformas jurídicas, que, en la sordera de los ricos y en la ceguedad de los proletarios, obligasen a la copartición de todos en lo necesario para la vida es como podría irse caminando adelante, y mejorando la tirantez de relaciones de burgueses y trabajadores, y quitando virulencia al conflicto social, hasta que la ciencia, redentora del hombre, le libertase del todo del trabajo material, sometiendo a su voluntad grandes fuerzas físicas, y realizando el milagro de los panes y de los peces, con sus síntesis orgánicas.

Canuto abrazó a Barbas tristes que, exaltado por el calor de estas ideas, parecía un San Pablo propagandista. Ésa era la verdad; pero el poder público en manos de unas bandas de políticos sin criterio, sin moralidad, sin fe y sin más propósito que un vil medro personal, no permitía estas nobles soluciones; suscitaba necios antagonismos contra el espíritu religioso, haciendo el Estado un daño tremendo, y no otorgaba al problema social más atención que a un pretexto para hacer olvidar al país sus desastres y distraerle de todo ajuste de cuentas. Y por eso quería Canuto ya la resolución que barriese esa podredumbre, que abriese esas esclusas, que arrojase el agua podrida de los

[491] *ad absurdum*: argumentación en la que la hipótesis se rechaza porque llevaría a una conclusión falsa o imposible.

fondos del buque, que arrancase sus viejas máquinas inservibles, que le pusiese otras nuevas y que le hiciese navegar saneado y gallardo.

En esa idea se confirmó más al llegar a Miravilla y ver realizada las predicciones del sabio doctor. La arbitrariedad, ocupando el lugar de la justicia; el atropello amparado desde el Ministerio de aquel nombre, y la colonia convertida en una túnica de Cristo, de que ya tiraban por todas partes los más descarados sayones.

¡A buena hora le anunciaban su visita para respirar el aire de aquellas montañas Eduardito, largo tiempo silencioso, y la condesita, convaleciente de un tifus! Creían llegar a una Helvecia[492] feliz y laboriosa, extendida por las faldas de aquellos montes, y saludar a un Guillermo Tell, creador sin efusión de sangre de un estado libre,[493] y acaso oyeran la trompeta de guerra repercutir entre aquellos peñascos y el incendio devorar aquellas mieses y caseríos.

Era preciso poner treguas a tales enconos, apartar ideas siniestras. Ya se arreglaría todo: el proceso quedaría en agua de cerrajas, porque los delitos no se podían inventar ni fantasear; el bando capitaneado por Don Arístides no tendría nuevas ocasiones de promover disturbios, encerrándose los fieles en el templo y celebrando dentro de él sus ritos y procesiones. Sor Ana estaba en salvo en su convento de la Enseñanza, y Virginia con ella como piadosa catecúmena. De aquella batalla se había salido ganando un alma para Dios. Los rasguños recibidos en la lucha no tenían valor comparados con ese triunfo.

La llegada de Eduardito y María Josefa estableció una tregua tácita entre los combatientes.¡Válgame Dios, y qué mudados estaban por el tiempo aquel poquita cosa[494] elevado a conde, y aquella linda y elegante condesita, que tantas veces vio Canuto reclinada en su carruaje, envuelta en blondas y tules, con su ramo de violetas sobre la falda!

Habían trabajado mucho, él en su Academia, ella en sus lecciones de piano; pero su trabajo había sido fructífero. De aquellas teclas ebúrneas, tantas veces recorridas al día, de aquellas gotas de tinta unidas en racimos de corcheas y semicorcheas habían surgido las monedas de la caridad para los enfermos y desvalidos, y con la simpatía de su atracción habíanse sumado a ellas los donativos de los pudientes, de las familias acomodadas y aristocráticas, llegando a formarse una sociedad benéfica, que presidía la condesita y que derramaba infinitos bienes sobre Granada. Ya tenía escuelas católicas, y casas para obreros, y cooperativas de consumo, y fondos de socorro para huérfanos y viudas y otro de auxilio para indigentes; y María Josefa en persona, con varias damas distinguidas, visitaba las instalaciones y distribuía los donativos y llevaba el alivio a la cabecera de los enfermos. Aquello no sería solución absoluta del problema social, pero

---

[492] Helvecia: nombre de Suiza en la antigüedad.

[493] Héroe legendario suizo, ballestero famoso por su puntería, según la tradición. Desafió la autoridad del gobernador Gessler al negarse a saludar a su sombrero expuesto bajo un tilo de Altdorf. Gessler lo condenó a tener que atravesar con una flecha de su ballesta una manzana puesta sobre la cabeza de su hijo, lo que hizo con éxito. Encarcelado, se evadió y le dio muerte. El contexto de este personaje legendario es la lucha de los cantones suizos contra los Habsburgo, que acabó con la independencia de los suizos.

[494] Ledesma parece recordar el título *Le Petit Chose, El Poquita Cosa* (1868), del escritor francés Alphonse Daudet (1840-1897).

lenitivo sí.

En uno de esos hogares miserables, junto al lecho de un moribundo, había cogido la condesita la infección tífica que la expuso a la muerte. De ello se libraba Salomón, con su imperativo categórico, sacrificándose por el ideal de la Humanidad,[495] desde su confortable despacho y asegurándolo con su maza de Fraga en los tribunales de justicia. Porque es lo que decía el filósofo ex krausista, neokantiano, positivista y por último ególatra:[496] eso de las obras de misericordia era una antigualla, y la verdadera solución a todos los males privados y públicos del país estaba en el triunfo de una república presidida por él, con la subsecretaría de Lope, la presidencia del Consejo de Ascárides y la Dirección de Beneficencia a cargo del coleccionista de almejas, su contertulio. Con eso y no oír misa con devoción, ni sin ella, y no bautizar a los chicos, y renegar de los curas, ya estaba arreglado todo y suprimidos del mundo la miseria y el dolor.

La condesita, flaca y amarilla, convaleciente de su enfermedad, alzábase sobre todos estos egoísmos e impiedades rodeada de un nimbo de luz como imagen hermosa de la caridad evangélica; y cuando Canuto reunía mentalmente aquellas tres figuras de su Samaritana de otros días, de Sor Ana en el fondo del claustro y de María Josefa junto al lecho del moribundo, creía ver en ellas tres mujeres bíblicas destacadas del Antiguo y Nuevo Testamento para traerle el bálsamo de las eternas verdades, que alumbran la vida, aplacan los dolores y serenan el corazón.

CAPÍTULO VII

Leyes explosivas

La condesa pasó breves días en Miravilla: la llamaban sus discípulas, sus pobres, su sociedad benéfica, y creía hurtado a todos ellos el tiempo que empleaba en restablecerse. Se está mal en la ociosidad, decía; es pecado no hacer nada; pecado contra mandato, porque orden divina el trabajo es. Poco a poco, objetaba Eduardito; esa orden de ganar el pan con el sudor de la frente fue dictada para Adán, no para Eva, a quien se impuso otro castigo. Pero María Josefa, sonriendo, contestaba que ella había eludido el de Eva, y que bueno sería compartiese el de Adán, para no quedar libre y sin costas.

¡Cómo se identificaron ella y Angelita, la aristócrata y la plebeya, y cómo gustaba a Canuto verlas juntas, cuando un tiempo en su pensamiento las midió como a rivales! Los dos matrimonios se entretenían en evocar sus recuerdos, en referirse las historietas aquellas de su juventud, en recrearse en su propia y respectiva novela, como quien se mira en un límpido espejo.

Todos habían conseguido fundar algo sólido, menos Canuto, cuya obra se derrumbaba, minada por todas partes. Sólo, decía la condesita, son indestructibles las obras de Dios; pero a ellas se asemejan, en lo de perdurar, las inspiradas en caridad y en

---

[495] Alusión a *El ideal de la humanidad para la vida* (1860), obra del filósofo Julián Sanz del Río (1814-1869), difusor de Krause en España.

[496] *ególatra*: alusión de Ledesma al "autolatrismo" de Max Stirner que observaba en Salmerón, como señala en su trabajo de 1902 "*De re philosophica* (Con motivo de una conferencia de Don Nicolás Salmerón en Almería)", de su volumen inédito *Política y Sociología* (Fondo Antonio Ledesma, Biblioteca "Francisco Villaespesa" de Almería).

doctrina. Lo demás humano perece. La obra de Canuto, al fin humana y deleznable, fundada en la voluntad de unos cuantos hombres y en su interés recíproco, podía caer por tierra cuando las voluntades no estuviesen acordes, o los intereses se divorciaran y contrapusieran. Ése era el fenómeno de disolución que se producía en la colonia, alimentado por el poder civil y avivado por la acción corrosiva de las predicaciones de Don Arístides.

Así que, acabada aquella tregua de Dios, que pareció establecer tácitamente la visita de la interesante condesa y de su marido, volvieron a su virulencias las antiguas cuestiones.

El proceso, o por mejor decir, los procesos del cura, Canuto y Sor Ana y de la priora del convento de la Enseñanza caminaban con celeridad y ensañamiento. ¡Cuánto tuvo que trabajar aquel juez negro como el cerote, que sólo había descansado de sus fatigas en los días de motín anticlerical! El hombre sudaba verdaderamente tinta y seguiría sudándola para demostrar su celo por la justicia que mandaba hacer el ministro Valdepeñas.[497] ¿Pues y el fiscal aquel, amarillo y semiverdoso, que parecía en estrados, con la toga puesta, un ajusticiado vestido de negra hopa? Las causas crecían como la espuma; se amontonaban las piezas en pilas sobre la mesa judicial y amenazaban llegar al techo. Por supuesto, se había tenido buen cuidado de que fuesen a desfigurar la verdad muchos testigos falsos, algunos documentos amañados, y de retorcer el sentido de los artículos del Código. La maza de Salomón se dejaba sentir a cien leguas de distancia, como la espada de fuego de un cometa, como la pesantez y la atracción de un astro sobre el flujo y reflujo de los mares.

Era mucho Salomón aquél; el del templo se quedaba a su lado chico como una almendra. Si su República hubiese llegado a imperar, la justicia le habría servido de sandalia; puesto que, aun sin mandar, ya la imponía con la maza terrible de su influencia. ¿Para qué habría aprendido Canuto tantas definiciones en la *Instituta* y las *Partidas*, de aquella *raigada virtud*? *Constante y perpetua voluntad de hacer la suya santísima el que mandaba*, era la mejor síntesis de aquella idea compleja; porque lo de dar a cada uno su derecho constituía una utopía, sin realidad alguna en la vida jurídica del país.

¿Pues y la ley, que también había aprendido Canuto era *recta ratio imperandi atque prohibendi*,[498] o la razón humana en tanto que gobierna a los pueblos de la tierra?[499] ¡Qué bromistas eran sus definidores, Cicerón y Montesquieu, y cómo se hubieran reído Tirabeque y Valdepeñas de tales guasas si alguna vez hubieran leído las *Filípicas*[500] y *El espíritu de las leyes*![501] Ellos sí que estaban en el secreto de lo que era la justicia y la ley, y todas aquellas zarandajas del derecho antiguo, y hubieran podido

[497] Recuerda Ledesma las palabras dichas por el pregonero cuando don Álvaro de Luna (h. 1390-1453) era conducido en Valladolid hasta el cadalso: "Pero ésa era la *justicia que mandaban hacer*, según voceaba el pregón de don Álvaro de Luna" (cap. XXII, "Dura lex", p. 114, de *El Libro de los recuerdos*).

[498] Cicerón, *De legibus*, I, XI, 42.

[499] Montesquieu (1689-1755), *Espíritu de las Leyes*, I, 3: "La ley en general es la razón humana, en tanto que gobierna a todos los pueblos de la tierra; y las leyes políticas y las civiles de cada nación no deben ser más que los casos particulares en que se aplica esta razón humana".

[500] La colección de discursos de Cicerón conocida como *Philippicae*.

[501] *De l´esprit des lois* (1748) de Montesquieu.

dar lecciones al propio Jeremías Bentham.[502]

En prueba de que sabían lo que era justicia, estaba patente aquel rigor desplegado en los procesos, y el premio dado al juez de cara de hollín, ascendiéndole, por la mucha tinta que había sudado, y al fiscal amarillo y semiverdoso haciéndole magistrado, por las varias atrocidades que había pedido. Sobre todo, el heroísmo de estos funcionarios consistía en haberse atrevido con Canuto, en haberle empapelado sin razón. Ahí estaba el mérito; porque de haberla, nada tenía de particular encartarle; pero sin causa, sin motivo, ponerle la ceniza en la frente, hacerle ir y venir, recibirle inquisitiva y tenerle en libertad provisional, eso valía una mina y era digno de una suprema recompensa. Demasiado se sabía los puntos que calzaba el tal Canuto; pero con un golpe como ése quedaba apabullado para siempre y Baltasar triunfante, y Tirabeque vengado de los ataques de aquel discurso, y Valdepeñas con un enemigo fuera de combate, y Salomón gozoso de su nuevo aplastamiento de maza.

Canuto no confiaba ya en tribunal ninguno. No es que temiera a la vista de aquel juicio, donde estaba seguro de triturar al propio Salomón, arrancándole la careta de filósofo y de jurista, como arrancó en su discurso célebre el antifaz a todos los políticos en el Congreso; pero había que ponerse en la realidad; la causa era de jurado;[503] aunque no lo fuese, ¿quién resistía a la declaración de hechos probados de los señores del margen? De una plumada imposibilitaban todo recurso de casación y harían pasar por ejecutoria su propio arbitrio. Arrancada de ellos caía, y casi era peor, en esa lotería ciega del jurado en España, de donde salían los más grandes criminales con el premio mayor de la libertad y la inocencia, y no pocas veces los justos sin el reintegro de su buena fama.

Siendo Canuto amigo del pueblo, conocía sin embargo sus flaquezas, sus cegueras, su poca preparación para la alta función de juzgador, y creía que aquella causa no se fallaría por él, según criterio desapasionado y juicioso, sino según las animosidades despertadas y las influencias de los factores que intervenían.

Estaba anunciada en Miralmar la ida de Salomón en persona, y todos su secuaces, sólo por serlo, se hallaban persuadidos ya de la justicia de la acusación. En contra sólo se veía la figura de Canuto, aquel visionario caballero andante de ideales que no traían nada práctico para los políticos y vividores de los partidos al uso; allí, en aquel juicio, moriría aplastado indefectiblemente, en un jurado de sectarios de aquel Pontífice, y los rumores públicos se hacían eco de estos augurios, dándolos como remate y término de todas las antiguas vanidades de aquel Espárrago, solitario como un *idem*.

En los años transcurridos, en la manera de vivir de aquel hombre, había logrado ser como extranjero en su patria. La antigua Miralmar, la de las murallas, la de la escuela de Don Facundo, la del corral de la Pacheca, la de la trastienda del ex droguero Don Primitivo concibió grandes esperanzas sobre aquel muchacho; pero todas, todas se vieron defraudadas; porque no era, en suma, sino un Quijote, un caballero Espárrago

[502] El filósofo inglés (1748-1832) desarrolló el utilitarismo social, que buscaba la felicidad para el mayor número de personas. Escribió *Introducción a los principios de la legislación y las costumbres* (1789).

[503] La ley del jurado fue aprobada el 20 de mayo de 1888, durante el *Parlamento largo* de Sagasta (1886-1890). Véase el ataque que a la institución del jurado lleva a cabo Ledesma en el cap. VI, "Régimen jurídico. Gracia y Justicia. Reformas", de su ensayo *Los problemas de España* (1898).

que no había tenido la mundología suficiente para aprovechar sus grande facultades en el río revuelto de la política. Si yo hubiera alcanzado el talento de ése, se decían muchos, ¡qué no habría podido hacer, en vez de venir a pasar a ser blanco de todos los odios en su país! Con su genio y la habilidad de Baltasar, exclamaban otros, se hubiera formado un hombre de estado perfecto. Y todos creían que el tal Canuto, aparte de su instrucción y de sus estudios y de su imaginación portentosa, era un infeliz en la vida real; porque en vez de meterse en libros de caballerías al principio y en *desfacer* agravios sociales, debió seguir la senda por donde habían ido los muchos listos que habían sido en el mundo,[504] plegándose a los caciques, adulando a los ministros y personajes, atrapando posiciones, y subiendo de grado en grado a la cúspide de la fortuna y de la influencia.

El caso no tenía remedio. Tal vez Canuto, de nacer de nuevo, habría pensado si le convenía más comer pacíficamente requesones en el yelmo de Mambrino,[505] como Sancho, que libertar a Ginesillos de Pasamonte de sus viejas cadenas;[506] pero los dados estaban jugados ya,[507] y había que aceptar el fallo del destino con todas sus consecuencias. Canuto preparaba sus armas para el gran combate del juicio oral, y no le arredraba aquel gigante Caraculiambro[508] de ojos saltones y cabellera de puerco espín, ni aquel ejército suyo de fanáticos, a los que pensaba alancear como a manada de ovejas.[509]

Mientras llegaba el día de aquel juicio, se retiró a su casa de Miravilla, dejando al vice-administrador al cuidado de la colonia. Quería recoger todas las fuerzas de su pensamiento para aquel *corps a corps*[510] que sobrevendría. Angelita lloraba, a escondidas, viendo a su marido tan preocupado y Don Arístides señalaba a los suyos la casa del ex diputado como diciéndoles: ¡*Ecce homo*! De ahí al *Crucifixe* no había sino

---

[504] Recrea Ledesma los versos iniciales de la oda *Beatus ille* de fray Luis de León.

[505] Por la bacía que aparece en el *Quijote*, I-XXI.

[506] Por Ginés de Pasamonte, uno de los galeotes liberados por don Quijote (*Quijote*, I-XXII).

[507] *Alea jacta est:* La suerte está echada, Los dados están echados. Frase que se atribuye a Julio César al cruzar el río Rubicón (-49), dando así comienzo a una guerra civil con Pompeyo.

[508] *Caraculiambro*: el señor de la ínsula Malindrania aparece en el *Quijote*, capítulo primero de la primera parte.

[509] En su *Memorándum* de 1907, pp. 43-44, todavía escribe Ledesma sobre la posibilidad de tener que enfrentarse a Nicolás Salmerón en el pleito con el que le viene atormentado su sobrino Francisco: "viendo malogradas todas sus ilusiones, el Sr. [Francisco] Salmerón quema el último cartucho y me conmina con la venida de una *lumbrera del foro*, para acusarme, para suplir, sin duda, con la densidad de su ilustre persona, la futileza de esta hojarasca. / Está bien: recomiendo a esa lumbrera que estudie ante todo en su conciencia íntima las cartas del acusado, amenazando al Sr. Casciaro con la deshonra si no le daba el dinero que le pedía (…); los vales con que aporté la prueba de haber sido yo también el objetivo de sus amenazas y exacciones (…); y luego, que esa *lumbrera*, o lo que sea, se percate del objetivo de esta causa, y penetre sus ardides, sus mixtificaciones, sus amaños y sus falsedades, y desentrañe la ficción de esos imaginarios delitos, que han servido de pretexto para estas persecuciones, y lea la carta del propio acusador (folio 1.738) en que declara estar convencido de que esos delitos, de que me acusa, no existen; que venga, que yo, ni tímido ni arrogante, la espero para sepultarla por la fuerza de mi razón debajo del escaño que ocupe, aunque tengas más elocuencia que Demóstenes y más sabiduría que Séneca".

[510] *corps a corps*: en francés, cuerpo a cuerpo.

un paso;[511] el que al decir de Mirabeau[512] mediaba del Capitolio a la roca Tarpeya.[513]

Todos, empero, pisaban allí terreno movedizo. No era solamente la casa de Canuto, la de Don Arístides, cuantas formaban el enjambre de las colonias, estaban amenazadas por un fenómeno sísmico. No venía éste de las entrañas del planeta, ni de la erupción de ningún Monte Pelado;[514] venía de la ley. ¡La ley!, voraz elemento éste cuando no constituye la *recta ratio* de la definición que había aprendido Canuto! Así como la justicia, entendida al uso de Valdepeñas, llevaba aparejada la arbitrariedad, la ley hecha a medida de aquellos sabios legisladores que golpeaban en los pupitres del Congreso para ahogar la voz de Canuto era el mayor cartucho de dinamita, el primer explosivo social y el tósigo más mortífero. Por esta vez dos leyes, una administrativa y otra civil, se encargaron de dar a la colonia la estocada de muerte y la puntilla de remate, después de haber sido toreada, picada y banderilleada por las otras leyes, municipal, provincial y de contabilidad, puestas en manos del alcalde y del secretario del Municipio. Conste que nadie, ni aun los más acérrimos enemigos de la colonia, ni Don Arístides, ni Salomón habían caído en ello, y que la idea luminosa de aplicarle al cuello el filo de aquellas dos leyes nació del cerebro de Baltasar, como espléndido destello de su genio de cacique.

Por una ley administrativa, o mejor, por un Real Decreto equivalente a una ley, pues aun en esto se veía la absorción por el poder ejecutivo de los demás poderes del Estado, los pueblos tenían derecho a solicitar, en un plazo determinado, la excepción de la venta de sus montes públicos, para dejarlos en dehesas boyales.[515] Los montes de Miravilla, comprados por la colonia y en que ésta se había extendido y prosperado, eran del pueblo de Torrecillas, de aquel pueblo venido tan a menos que quedó en ruinas; pero la desaparición del mismo no era oficial. Para el Estado, Torrecillas era un Municipio vivo, aunque no existiese allí ni un habitante y la Hacienda ¡dichosa Hacienda!, siempre ávida de dinero, había sacado a subasta esos montes sin oír al pueblo, cuando aún estaba abierto el plazo de pedir la excepción de la venta; así que el antiguo concejo de Torrecillas pidió la excepción, el expediente tramitóse con rapidez y se declaró nula la subasta de aquellos montes, mandando despojar de ellos a la colonia Espárrago. El golpe era espantoso. Roturaciones nuevas, huertas, fábricas, viviendas desparramadas por aquella sierra comunal perdían su carácter de propiedad privada colectiva y pasaban a ser dehesa boyal de Torrecillas, para uso y disfrute comunal de sus vecinos; y como allí no había vecino ninguno, sino que de nombre continuaban siéndolo sus ediles, de ellos y para ellos era aquella breva almibarada, y a lo más que tendrían derecho los colonos despojados era a una indemnización de sus mejoras, desde luego puestas en duda; pues el Concejo del fantástico pueblo de Torrecillas estimaba que aquella sierra le era más productiva con sus leñas y espartales que con aquellas roturaciones que obligaban a sembrar y cultivar, y aquellos edificios y chimeneas que exigían industrias y

[511] Poncio Pilatos, gobernador romano de Judea, juzgaba a Jesús inocente, pero el pueblo le exigió su crucifixión.

[512] El orador y político francés Honoré G. V. Mirabeau (1749-1791), defensor de la monarquía constitucional y de la democracia, cuya ideología fue base de los principios de la Revolución Francesa.

[513] *roca Tarpeya*: peñasco que formaba parte del monte Capitolino usado como lugar de ejecución desde donde se arrojaba a los criminales hasta que morían.

[514] *Monte Pelado*: volcán en la isla de la Martinica.

[515] El ministerio de Hacienda, que presidía Camacho, dictó el Real Decreto sobre las dehesas boyales el 13 de abril de 1886.

consumo de carbón.[516]

El despojo dejó, sin embargo, libre el pequeño núcleo del cortijo de *Los Almendrales*. Allí no pudo llegar la acción benéfica administrativa para declararlo *dehesa*; puesto que fue una finca de Canuto, cedida *pro indiviso*[517] a la colonia. Pero el genio de Baltasar no conocía dificultades, y para caer sobre aquella propiedad y disolverla acudió a la ley civil, precisamente al Código expansivo hecho para recopilar nuestra legislación por aquellos sabios de la Comisión codificadora, que ayudaban a la constante y perpetua voluntad de todos los Valdepeñas habidos.

El artículo cuatrocientos de ese Código civil fue el adoptado como cachete definitivo de la obra social de Canuto: "Ningún copropietario estará obligado a permanecer en la comunidad. Cada uno de ellos podrá pedir, en cualquier tiempo, que se divida la cosa común".[518] Es así que el cortijo de *Los Almendrales* estaba pro indiviso entre aquellos colonos; luego cualquiera de ellos podía disolver la proindivisión, y allí estaba el bando de los secuaces de Don Arístides para invocar su derecho a que se dividiera en parcelas aquella propiedad colectiva y se volviese al individualismo atómico y estéril, de que tanto partido sacaban los acaparadores, prestamistas y usurarios[519]

La colonia no pudo resistir más. El despojo de sus montes, la paralización de las industrias extractivas, agrícolas y fabriles erigidas sobre ellos, y la obligada división del cortijo de *Los Almendrales* entre sus copartícipes, derrumbó por completo aquella organización colectivista y aquella administración intachable creadas por Canuto en sustitución de los viejos poderes.

¿De modo que el árbol del Estado antiguo era el manzanillo, que no sólo produce la muerte bajo sus ramas, sino en todo el perímetro a que alcanza su sombra? ¿De manera que era inútil alejarse del foco del mal, de la pestilente Corte y buscar la realización de un ideal generoso en los abruptos repliegues de una sierra? ¿El poder con sus sabuesos perseguía allí mismo a sus presas y el sistema de abusos entronizados alcanzaba por igual al cortesano que al pastor? ¿Y las leyes estaban hechas de suerte que, en nombre de la razón, humana digna de gobernar a los pueblos, se realizaban los despojos más crueles y la ruina y la destrucción de los intereses más sagrados? ¿Y hablaban del terror de la dinamita y de las bombas explosivas y del anarquismo aquellos mansos y risueños anarquistas y dinamiteros que ocupaban las poltronas ministeriales?

Canuto, a la caída de la tarde, en pie sobre uno de los altos picos de aquella sierra, se hacía tan terribles interrogaciones; y viendo apagadas las luces eléctricas que antes la iluminaron, silenciosas las fábricas, sollozantes las aguas que rodaban inútiles, y cubiertas de abrojos y eriazos las huertas y tierras de sembradura; mirando las casas

---

[516] Sobre la venta de los montes comunales almerienses a raíz del Real Decreto del ministerio de Hacienda sobre las dehesas boyales (13-IV-1886), véase el cap. XXIX, "Vida provinciana", pp. 145-147, de *El Libro de los recuerdos*.

[517] *pro indiviso*: en derecho, un bien que no ha sido aún repartido entre sus propietarios.

[518] Libro II, título III, *De la Comunidad de bienes*. El articulo 400 concluía así: "Esto no obstante, será válido el pacto de conservar la cosa indivisa por tiempo determinado, que no exceda de diez años. Este plazo podrá prorrogarse por nueva convención".

[519] *usurarios*: usureros.

en su mayoría deshabitadas, el edificio de la administración cerrado y oscuro y el palomar que servía de *Hôtel de Ville* alumbrado con petróleo, a cuya luz sin duda alcalde y secretario continuaban sus provechosas tareas administrativas, apretaba los puños y los dientes, sacudía la cabeza como furioso león y sentía en su corazón los hervores de aquella fiebre que, comunicada de pecho a pecho, produjo siempre los levantamientos populares y ocasionó las grandes conmociones de la Historia.

SEXTA PARTE

CAPÍTULO I

La revolución social

Miralmar estaba en pie de guerra; la Alcazaba ocupada militarmente por los cuatro soldados y un cabo que siempre compusieron su guarnición; la guardia civil acuartelada y los carabineros arma al brazo. Además, los vecinos pudientes habían formado cuadros de voluntarios salvaguardias en las calles principales del comercio y la burguesía; los retenes se renovaban en la plaza del antiguo juego de cañas; en el gobierno civil el gobernador, desde el primer momento, temblándole las piernas, había resignado el mando en la autoridad militar, y el alcalde andaba como de purga.

A cada instante corrían noticias espeluznantes. Las gentes de los barrios extremos que bajaban en tropel detrás de un guiñapo encarnado que les servía de bandera, dispuestas a saquear las tiendas de abacería;[520] los trabajadores del campo que marchaban sobre la población para degollar a todo bicho viviente; una batalla librada en el Chuche[521] entre colonos y amotinados y propietarios y capataces refugiados en las dos torres de una finca llamada *Las Chocolateras*; el telégrafo cortado por varias partes; un telegrama que quedó a medio recibir del ministro, en que avisaba "la sublevación de Granada, de Murcia y de" puntos suspensivos; la península, en fin, ardiendo en la tantas veces anunciada guerra social.

Baltasar y el zahareño Paco, destinado a sucesor de la corona de aquel cacicato vestusto, se habían hecho una gota de agua; de la noche a la mañana habían desaparecido de Miralmar, y quién decía que se embarcaron de incógnito en un vapor para Londres, quién que estaban en salvo en la Argelia francesa.[522] Sus propios amigos nada supieron, y el gobernador, con aquella huida, sintió que le faltaban los pies y las manos, y que se le venía encima el mundo con su inmensa balumba.

En el Ayuntamiento se celebraban frecuentes reuniones de los burgueses y políticos conspicuos para ver de conjurar la tormenta. A ellas concurrían los cuñados de Canuto, los horterillas de las corbatas de tomate y huevo de antaño, convertidos en respetables señorones adinerados. Ellos no se habían expropiado de ninguna finca para ninguna colectividad obrera, porque eso era una fantasía y una locura; ellos, por el contrario, habían explotado lo posible a sus trabajadores del campo, a sus inquilinos y a sus deudores; ellos habían hecho muy buenas ganancias en la compra de papel del Estado cuando la enorme baja de la Bolsa durante la guerra de Norte América; de modo que tenían que preocuparse, en aquella nueva conmoción social, de conservar sus ricas propiedades.

---

[520] *tiendas de abacería*: en las que se vende al por menor aceite, vinagre, legumbres secas, bacalao, etc.

[521] *el Chuche*: población almeriense, actual barriada de Benahadux, situada sobre un cerro amesetado, en la ribera derecha del río Andarax. Suele ser identificada con la antigua *Urci*.

[522] Los franceses comienzan la toma de Argelia en 1830 y toman Argel en 1847. Entre 1850 y 1871 pacifican la Cabilia y ocupan los oasis del Sur. Desde 1871 instalan colonos europeos masivamente en las tierras más fértiles en una política de asimilación.

Odioso resultaba que los jornaleros tratasen de sobreponerse a sus amos y señores; que pidieran jornales crecidos; que llegaran a reclamar una nueva organización de la producción y del trabajo. El dinero debía ganarse más legítimamente; no con huelgas e imposiciones, sino como ellos, los horterillas lo habían hecho: con economías, ahorrándose la mitad de los jornales en sus fincas; poniendo el doble de alquiler a sus casas; prestando a un crecido tanto por ciento su dinero y explotando una circunstancia tan favorable como aquella guerra con los Estados Unidos para acaparar Cubas despreciadas, y Filipinas vendidas a menos, e interior y exterior echados por los suelos.[523] Eso era tener ojo y pesquis,[524] y una infamia sería arrebatarles sus capitales así acumulados y tratar de destruir aquella organización social y política tan sabia y fecunda en buenos negocios.

¿Por qué no estaría allí Baltasar para protegerlos a todos, para tirar de la cadena y de la anilla de hierro, cual tiró otras veces, al oso que gruñía, enseñaba los dientes y se atrevía a dar zarpadas? ¡Ah! el antiguo domador y tamborilero se había percatado de que la anilla estaba muy gastada y la cadena rota; sospechó que el oso enfurecido del pueblo correría en libertad para desquitarse de su pasada esclavitud y que acaso trataría de dar cuenta de su amo. Por eso precisamente había tomado las de Villadiego, sin consultar a nadie; y sus amigos y admiradores, los que vieron con gusto al oso bailar sujeto y sumiso, ya procurarían escapar también de sus garras, si no eran tontos de capirote.

Los gruñidos se oían cada vez más aterradores. No ya el oso en Miralmar, cada oso de cada población española y hasta el de la Villa del *idem* y del madroño habían roto sus anillas y cadenas respectivas, y todos los Baltasares de España habían puesto igualmente pies en polvorosa. Con la huida de los nobles al extranjero durante el Terror,[525] tenía alguna semejanza aquella otra fuga, que la Historia llamaría *de los innobles*, de los explotadores del poder y de la cosa pública. Por fortuna, a éstos no les había cogido con las manos vacías; el que más y el que menos tenía su dinero en el banco de Londres o en papel de deudas extranjeras las más acreditadas; todos tomaron con tiempos sus precauciones, y no iban como los aristócratas franceses de antaño a pasar trabajos y miserias, ni como los liberales del año veinte a comer el negro pan de la emigración,[526] sino a darse aires de príncipes destronados, en el Palacio de cristal[527] o en el Bois de Boulogne.[528]

---

[523] Las jugadas de Bolsa hicieron ricos a muchos avispados inversionistas a raíz de la pérdida de las colonias españolas en 1898. Silvela escribió en su artículo "Sin pulso", aparecido en *El Tiempo* el 16 de agosto de 1898: "…y amputaciones tan crueles como el pago en pesetas de las Cubas y del Exterior se han sufrido sin una queja por las clases medias".

[524] *pesquis*: agudeza, perspicacia.

[525] Por el período de la Revolución Francesa así conocido (1792-1795)

[526] Se refiere Ledesma al exilio liberal que siguió al Trienio Constitucional (1820-1823), una vez que los Cien Mil Hijos de San Luis devolvieron a Fernando VII al poder absoluto.

[527] El *Cristal Palace*, palacio de cristal y acero inaugurado en el *Hyde Park* de Londres en 1851 con motivo de la *Gran Exposición de los Trabajos de la Industria de Todas las Naciones*. Era obra del arquitecto inglés sir Joseph Paxton (1801-1865).

[528] Antiguo terreno de caza de los reyes de Francia, lugar de expansión de los franceses en el Oeste de París. Engloba el parque de Bagatelle, el Pré-Catelan y el jardín de Aclimatación.

¿Cómo había sobrevenido en la sufrida España aquel desquiciamiento, aquella profunda perturbación que tenía las ciudades a merced de las turbas y los campos y los talleres en poder de la clase obrera? ¿Por qué eligió el socialismo revolucionario nuestra península para su ensayo definitivo y encontró terreno abonado y dispuesto en ella para llevar a vías de hecho sus doctrinas? Sencillamente: a la pérdida de las colonias, que paralizó las fábricas y lanzó a millares de obreros al paro forzoso, sucedió el desengaño de los programas regeneradores, que resultaron burlas sangrientas, sin otra consecuencia que el aumento de los tributos y la ruina de la clase media laboriosa. La voz del proletariado se escuchaba por esta misma clase media con simpatía, y las depredaciones de la política, siempre en aumento, las farsas parlamentarias repetidas y los abusos ya irresistibles de las oligarquías turnantes, y de otras que les sucedieron, divorciaron por completo a los gobernantes del país, no quedaron satisfechos más que los pocos cientos de vividores que componían los núcleos de las llamadas *fuerzas de los partidos*. El pueblo conoció todas las marrullerías de los Tirabeques pasados y sucesivos; se apercibió también de las ambiciones de Salomón, Ascárides y demás náufragos de la antigua República y comprendió que nada ganaba con ayudarles a escalar sus codiciados puestos, porque lo harían muchos peor que los monárquicos. Se perdió la fe en las sonoras palabras que antes habían alzado barricadas y hecho correr la sangre a torrentes, y se fue a lo positivo, a buscar una solución, fuera de la política, a los males sociales, para impedir los acaparamientos de la propiedad y de la riqueza, para acabar de una vez con los grandes agios, para reintegrar a cada hijo de Dios de su participación en la tierra, en el aire y en el sol, de que en su mayoría estaban privados.

Primero comenzaron las huelgas parciales; luego hubo una huelga general,[529] que puso de manifiesto la fuerza de aquellas falanges socialistas. Cuando se contaron y conocieron en todas las ciudades de España, cuando vieron que tenían minados los talleres, las fábricas, los campos, los mismos hogares de los burgueses, y hasta el ejército de mar y tierra, entonces se dio el grito de rebelión contra lo constituido, y el oso rompió en todos lados sus cadenas. Se mandaron acá y allá escuadrones y regimientos para combatir a los proletarios; pero los soldados envainaron los sables y pusieron boca abajo los fusiles, y no hubo medio de reprimir la insurrección, que corrió como chispa en reguero de pólvora.

Algunos políticos descontentos, con la aspiración de utilizar en provecho propio aquellas fuerzas, ayudaron al movimiento que produjo la explosión. Candilejas[530] fue uno de ellos, tal vez el que más empujó con sus neurosismos, al recorrer Andalucía y Extremadura predicando contra los *lati-fundios*, como él decía (*lati-fundos*, como debe decirse). Pero el pueblo se quedaba con la explícita confesión de este gran burgués de que era preciso un nuevo régimen de la propiedad, y no seguía a su persona, ni se alistaba en sus filas, convencido de que, si hubiera sido sincera su conversación, habría

---

[529] La huelga general de solidaridad organizada el 16 de febrero de 1902 en Barcelona por los responsables obreros anarquistas, en la que participaron 80.000 trabajadores. El Ejército mató a más de 100 y encarceló a más de 500.La primera huelga general revolucionaria fracasó y a los tres días hubo que volver al trabajo.

[530] Ledesma alude al político, abogado, periodista y krausista José Canalejas Méndez (1854-1912), catedrático de Literatura y de Historia de la Filosofía en la Universidad de Madrid y académico de la Lengua. Fue ministro de Agricultura y Obras Públicas en el último Gobierno Sagasta (1902). Tras la muerte de éste, acaecida en 1903, se disputó con Montero Ríos y Moret la jefatura del partido liberal. Partidario de la intervención del Estado en asuntos sociales, se interesó por la suerte del campesinado pobre y propuso la ampliación de la noción legal de *expropiación por utilidad pública* a la de *utilidad social* a fin de poder desarrollar una reforma agraria en España.

empezado por predicar con el ejemplo y poner por obra la repartición de los lati-palacios, uno de los cuales ocupaba.[531] Así que fue arrollado por la ola revolucionaria con todos los demás políticos; incluso con Valdepeñas, que luchaba desesperadamente por sobrenadar en aquel mar turbulento haciendo de socialista convencido y pidiendo, con gárrula palabrería, muerte y exterminio para los burgueses.

Hay, no obstante, que reconocer que en aquella irrupción de las aguas socialistas sobre las ciudades y los campos, como en toda revolución, pereció mucha gente inocente y se salvaron y aun se hicieron apóstoles de la nueva idea muchos pícaros; pero no era posible evitar eso en medio de la confusión.¡Ah! si la ola revolucionaria tuviera juicio, no se habrían visto tantas contradicciones de éstas en la Historia; como si las epidemias, cólera morbo, etc. tuviesen talento, podrían traer incalculables bienes a la Humanidad. Desdichadamente son en esencia fuerzas ciegas, y de aquí sus errores.

Entre los que se salvaron en aquel diluvio estaba el famoso Lope, proletario de levita. A él no podían llamarle *burgués* por ningún concepto; vivía de milagro, dormía en los bancos de Recoletos, y sólo conservaba bien administrada aquella lengua digna de un Robespierre[532] o de un Saint-Just.[533] Se cortó los faldones del raído levitín, chafó su sombrero de copa hasta convertirlo en una tortilla parecida a la que llevaba Don Arístides por montera y se sintió convencionalista de la nueva Convención de obreros, que fue convocada en la Corte para discutir y aprobar la gran Constitución social, desaparecidos ya todos los políticos del turno y desalojado el palacio de la plaza de Oriente.

Lope era el ídolo de los descamisados de los barrios bajos; y cómo no, si durante años enteros vivió sin llevar camisa, enfundado en cueros vivos en aquellos pantalones y en aquel levitín raído, descolorido y zurcido por todas partes. El mugriento cuello en alto ocultó durante ese tiempo a las pudibundas miradas de la burguesía la ausencia del camisón; pero sobrevenido el reinado de los que no lo tenían no había por qué disimularlo, sino doblar aquel cuello hacia su sitio y mostrar el pescuezo desnudo desafiando a la guillotina.

¡Cómo habían cambiado las tornas! Antes Lope iba agarrado a los faldones de Salomón, formaba en su guardia negra, no hablaba sino para hacer coro; ahora el propio Salomón le buscaba y le agasajaba, e iba detrás de él, en pretensión de apoyo para rehabilitarse ante las masas, que habían desertado de su República y pasándose al partido socialista obrero. Todavía juzgaba posible una República socialista, por supuesto bajo su presidencia y con la cartera de gobernación para Ascárides; pues sin ello ¿qué bienes le venían, ni qué iba ganando en aquel pleito? Prefería, de no realizarlo, que volviesen las cosas a su antiguo curso, y por eso se acercaba a Lope y le mimaba,

---

[531] En el capítulo XXXIII, "La Duquesa" de *El libro de los recuerdos*, p. 165, señala Ledesma, al hablar del palacio que poseían desde 1874 los duques de Santoña y que le compró Canalejas a la viuda duquesa de Santoña: "El palacio de la calle de las Huertas había sido subastado a vil precio y Canalejas ocupaba con su despacho el salón de baile partido por gala en dos". En el gabinete del Salón Turco del palacio solía conversar con los políticos de la época. En 1933 la Casa Palacio fue adquirida por la Cámara de Comercio e Industria de Madrid para sede central de esta institución.

[532] El político francés Maximilien de Robespierre (1758-1794). A partir de julio de 1793 sembró el terror desde el comité de salvación pública. Murió guillotinado en París el 28 de junio de 1794.

[533] El político francés Louis Antoine Léon (1767-1794), jacobino, teórico del gobierno republicano y amigo de Robespierre, apoyó la muerte de Luis XVI. Murió guillotinado junto a Robespierre en París en 1794.

esperando que él ayudase a aquella patriótica solución. Salomón, que había sido por casualidad presidente de una República unos meses, no concebía que hubiera una forma de gobierno, fuera de la Monarquía, de que él no fuese supremo director.

Así lo creía igualmente y defendía a grito pelado Don Arístides, otro de los que se salvaron en la espuma del oleaje, a la manera de Lope. Aquel pedagogo de chistera apabullada, con los faldones de la levita remetidos también, con la corbata arrollada y el cuello a estilo Directorio,[534] después de su triunfo en Miralmar, y tras de servir a la perfección con sus predicaciones y violencias a los planes políticos de Baltasar contribuyendo a la ruina del socialismo en pequeño realizado por Canuto, se abrazó al socialismo grande y vino a ser uno de los corifeos de aquellas turbas revolucionarias. Ya podían echarse a temblar sus enemigos, los clericales; viniese o no a cuento, él enardecería los ánimos contra curas, frailes y monjas, y demostraría, como dos y dos son cuatro, que para que exista verdadera paz en un estado socialista era preciso expulsar a las comunidades religiosas y dejar cesantes a los sacerdotes. Ahí estaba, si no, como vivo ejemplo, lo ocurrido en Miravilla, donde el cura y Sor Ana y aquella procesión del Corazón de Jesús tuvieron la culpa de la guerra intestina entre los colonos y de la ruina de aquel pueblo, que sin eso hubiese sido una Holanda pacífica.

Canuto vio con regocijo la caída de los antiguos andamiajes del poder, la fuga de políticos y caciques, y las oleadas populares que, si arrastraban víctimas inofensivas, se llevaban tras sí toda una sociedad podrida y decrépita y traían la nueva tierra fecunda, como las avenidas del Nilo. Él hubiera ansiado correr a los focos principales de aquella revolución salutífera, avivar el fuego de ella con su palabra; veía alzadas y golpeando aquellas miles de piquetas que, según Barbas tristes, podían realizar juntas lo que una piqueta sola no conseguiría en toda la eternidad. ¡Ya sí que iba de veras el triunfo de la justicia en el mundo, o por lo menos en España! Y él quería estar allí para ser otra piqueta, otro capataz de derribo, para decir a los demoledores: ¡Eh! por aquí; no dejad de estas Salesas piedra sobre piedra; derribadme estos Ministerios malsanos; venid unos cuantos conmigo a Miralmar, donde hay mucho que hacer; repartíos los demás por las otras capitales, que os esperan ansiosas de redención, y pegad fuego a gobiernos de provincia, casas consistoriales y nidos de caciques, como si fueran avisperos!

Las lágrimas de Angelita le contuvieron por esta vez. Bastante había sufrido Canuto por la causa del bien público desde que se marchó a la Corte con su título debajo del brazo como una carabina de Ambrosio;[535] harto había pasado la pobre Samaritana del huertecillo esperando solitaria a su bien amado; harto habían batallado juntos después sacrificando propiedades, dinero y esfuerzos para ver al fin arruinada y destruida la obra de sus generosidades y privaciones. El hombre del derecho no podía ser el hombre del motín y de la sangrienta revolución. Bien que la sociedad explotada se tomase esa revancha contra sus explotadores; pero la justicia, la perpetua voluntad de dar su derecho a cada uno, tenía que mantenerse a distancia de los actos de violencia; y más que a derribar, cosa propia de la tormenta y del ciclón, debía dirigirse, después de restablecida la calma, a edificar según nuevos planes jurídicos basados en la razón y el bien público.

Canuto, muy a su pesar, cedió con juicio sereno y vio que las reflexiones de Angelita eran muy fundadas; de modo que si primero se rindió a su llanto, después no se

[534] Por usarse en el periodo de la revolución francesa conocido como *El Directorio* (1795-1799).

[535] *como una carabina de Ambrosio*: sin servirle para nada.

arrepintió de seguir sus consejos. Él no debía pasar por un agitador energúmeno; la revolución no puede llamarse un *derecho social*, puesto que cae fuera de la órbita de los actos jurídicos; era un hecho, como es un hecho la tempestad; fatal, cuando se acumula la electricidad; inevitable, como la devastación del torrente cuando se le ponen indebidos diques. Después del hecho revolucionario vendría la reconstitución de la sociedad según derecho, y allí estaría él, para ayudar a la gran obra, con el desinterés de siempre y con la experiencia adquirida en sus tenaces luchas por la justicia, en cuyo altares oficiaba.

Cuando supo que uno de los arquitectos de la nueva obra, uno de los ídolos del pueblo en esta empresa de reconstrucción, era Lope, el de la subsecretaría, el que suspiraba de continuo por su antiguo gabán de pieles y sus almuerzos en *Lardhy*, el que abjuraba de sus ideales republicanos ante la efigie de un Amadeo, el del sablazo del duro en la esquina de la calle de Fuencarral para volar con el veintén de plata a la casa de juego próxima, se quedó atolondrado; y cuando se enteró además de que otro de los directores en Miralmar de aquel movimiento revolucionario para romper los viejos moldes e implantar el nuevo régimen era Don Arístides, el admirador y devoto de Salomón, el de las predicaciones ateas, el del proceso al cura y a Sor Ana, el destructor de la colonia de Miravilla y del socialismo en pequeño implantado allí felizmente, se dejó caer abatido en el silloncito de su despacho y no pudo menos de inclinar la cabeza sobre el pecho, abrumado por las más amargas reflexiones.

CAPÍTULO II

El nuevo Terror

En medio del estruendo de la sociedad antigua que se derrumbaba, oíanse con los gritos de justicia mezcladas voces siniestras... "Destruid cuanto deba ser destruido: Bastillas y cárceles, las murallas que cierran las ciudades y los barrios insalubres, donde tanto tiempo os habéis envenenado con su ambiente. Instalaos en los palacios y reducid a cenizas los infectos tugurios que os sirvieron de albergue. ¿Acaso no ha de rehacerse todo: casa, ciudades, instrumentos agrícolas e industriales y, en fin, todo el material de la sociedad entera?" [536]

Las turbas tomaron al pie de la letra estas "Palabras de un rebelde",[537] y el espíritu anarquista de Kropotkin[538] soplaba en aquel caos: *ferebatur super aquas*.[539] En una parte se pegó fuego a los infectos tugurios para alojarse la muchedumbre proletaria en los palacios, y no había palacios para todos. En otras poblaciones se hizo al revés: se pegó fuego a los palacios y se respetaron las casuchas; pero no se logró mudar con ello

[536] Palabras del apartado "La expropiación" de *Palabras de un rebelde* de Pedro Kropotkin. Ledesma suprime este pasaje del interior del texto que cita: "El instinto de destrucción, muy natural y justo, porque es, al mismo tiempo, el principio de renovación, hallará donde satisfacerse ampliamente".

[537] Obra publicada por Pedro A. Kropotkin en 1885.

[538] El príncipe Pedro A. Kropotkin (1842-1921), teórico anarquista ruso y autor de la divulgada obra *La conquista del pan* (1892). *Koprotkine* en el original.

[539] *Génesis*, 1:2: "terra autem erat inanis et vacua et tenebrae super faciem abyssi et Spiritus Dei ferebatur super aguas" ("y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas").

la situación de sus inquilinos.

Entre las llamaradas de los incendios, las multitudes ebrias se entregaban al pillaje, a la devastación y a las orgías. El saqueo estaba a la orden del día, y veíanse antiguos polizontes y guardias de seguridad, ya quitada la hipócrita careta del servicio urbano, contribuir a romper puertas y ventanas y sacar géneros de almacenes y tiendas. Salían, como del centro de la tierra, rostros espantables, mujerzuelas hediondas gritando como furias;[540] turbas de grandullones desarrapados, y oradores greñudos que, subidos sobre toneles vacíos, predicaban y manoteaban como sacamuelas.

Rodaban, arrastradas con cuerdas, las latas de petróleo sacadas de los depósitos, en medio de grupos que las conducían para avivar los fuegos amortiguados o para encender otros nuevos. Se cantaba la Marsellesa[541] por mil voces aguardentosas, y fraternizaban con la plebe los forajidos escapados de los presidios, alentándola a todo tipo de crímenes.

Nadie se acordaba de los nobles, como en aquel 89 memorable: había pasado su época y estaban muertos y enterrados con sus pergaminos.

Ahora los nobles eran los burgueses, los burócratas, los propietarios, los capitalistas y patronos, que tenían que huir o esconderse, so pena de ser linchados en las calles o colgados de los árboles de las plazas públicas.

Las ciudades oían el continuo tostoneo de los disparos de *máuser*[542] y *rémington*;[543] porque, saqueados también cuarteles y polvorines, la gente se divertía disparando contra las puertas y ventanas, o en las reyertas se hacía uso de aquellas armas, corriendo en abundancia la sangre.

No se trabajaba. Aquellos días eran fe fiesta y desquite. Mientras durasen los víveres no había que pensar más que en izar trapos rojos sobre astas de caña o de madera y en cantar himnos revolucionarios al son de músicas improvisadas.

El cansancio rendía y la noche triunfaba con su silencio de la gritería y los tumultos; pero, pasada la breve tregua de la sombra, con el sol se levantaba el pueblo de nuevo a merodear sobre sus propias ruinas, a hacer requisa de provisiones y a proseguir sus obras demoledoras entre danzas, voces y cánticos.

No había tribunal, ni guillotina, ni prisión del Temple.[544] ¿Para qué? La ley de Lynch[545] lo arreglaba todo: el puñal o el fusil ejecutaban pronto; los reos de delito eran sometidos en medio de los grupos a juicio sumarísimo. Allí tampoco había un Luis

---

[540] *furias*: divinidades infernales romanas asimiladas a las erinias griegas.

[541] Himno nacional francés, letra de Claude-Joseph Rouget de Lisle.

[542] En el original, *maüsser*. Especie de fusil de repetición inventado por el armero alemán Wilhelm von Mauser (1834-1882).

[543] En el original, *remingthon*. Fusil que se carga por la recámara, inventado por E. Remington.

[544] Luis XVI y María Antonieta fueron encarcelados en esta prisión de París en 1792.

[545] El linchamiento. En el XVIII Charles Lynch, juez de Virginia, mandó ejecutar sin proceso y tumultuariamente a un grupo de conservadores o *torys*.

XVI[546] a quien hacer culpable de los crímenes de lesa patria, ni girondinos[547] acusados de traicionar la causa revolucionaria, ni Directorio,[548] ni Convención.[549]

La que fue convocada fracasó en medio de la gran explosión anarquista, que gritaba con su profeta:[550] "Que el Parlamento, sea feudatario o elegido por sufragio universal, tanto si es nombrado por trabajadores como si se compone exclusivamente de obreros, buscará siempre un hombre a quien abandonar los cuidados de gobierno."[551] La dictadura reaccionaria, roja en un principio, palideciendo a medida que se crea más fuerte sobre su asiento, no se hará esperar. Y para huir de la dictadura, el populacho entró a saco en el palacio de la Convención y la disolvió a tiro limpio. "¿Obraréis cuerdamente, repetía la voz profética, consintiendo la candidez de un gobierno provisional compuesto de gentes de cutis fino y lenguas bien habladas para que se encargue de decretar la libertad, en vez de emanciparos vosotros mismos? ¿No habrá peligro de sustituir los antiguos amos por otros nuevos? Si queréis que vuestra obra esté bien hecha, debéis hacerla por vosotros; si queréis ser vendidos, confiadla a delegados".[552] Y el pueblo, con esta espantable amenaza de ser aherrojado de nuevo, clamaba: No, nada de gobierno, nada de representantes; nosotros, nosotros solos.

Los grupos se formaban espontáneamente por barrios y saqueaban los almacenes de víveres y de ropas, distribuyéndoselos con esa equidad innata en los mismos bandoleros, que se reparten sus presas. En medio del aquel desorden la noción de la justicia salía algo más limpia y flotante que en tiempo de los Tirabeques y Valdepeñas. No dejaban de originarse disputas y reyertas; pero acababa por imponerse en el seno de la muchedumbre ese *suum cuique* que confirmaba las profundas palabras de nuestro Rey Sabio, de "mantenerse por él enderezadamente el mundo".[553]

Pero esta expropiación en pequeño no pasaba de ser "un vulgar pillaje", como lo calificaba el mismo "apóstol de la anarquía".[554] Era preciso la expropiación en grande, y

---

[546] Luis XVI (1754-1793) fue rey de Francia desde 1774 hasta el 21 de enero de 1793, en que fue ejecutado por los revolucionarios, tras ser juzgado como traidor.

[547] Durante la revolución francesa, sector republicano moderado, la derecha revolucionaria, representante de la alta burguesía.

[548] Periodo de la Revolución francesa caracterizado por el régimen de los notables (1795-1799).

[549] Se reunió en París la Convención Nacional el 20 se septiembre de 1793, un día después de la victoria del general Dumoriez en Valmy frente a las tropas prusianas. Su primera decisión fue la abolición de la monarquía y la proclamación de la I República.

[550] El príncipe Pedro A. Kropotkin (1842-1921), teórico anarquista ruso, autor de *Palabras de un rebelde* (1885) y de *La conquista del pan* (1892).

[551] Palabras del apartado "El gobierno representativo" de *Palabras de un rebelde* de Kropotkin.

[552] Ledesma adapta el texto del apartado "La expropiación" de *Palabras de un rebelde* de Kropotkin.

[553] "Justicia es una de las cosas por que mejor y más enderezadamente se mantiene el mundo" (Partida III, libro primero, ley primera).

[554] En el apartado "La expropiación" de *Palabras de un rebelde* de Kropotkin se lee: "Sólo la expropiación puede satisfacer la gran masa de desgraciados oprimidos. De la teoría hay que hacerla pasar a la práctica; pero para que la expropiación responda al principio de todo a todos suprimiendo la propiedad privada, es preciso que se realice en vastas proporciones. La expropiación en pequeño no pasaría de ser un vulgar pillaje; en grande es el principio de la reorganización social."

no voluntaria, como la que realizó Canuto de su finca de Miravilla, sino forzosa; y no indemnizada con bonos de consumo, equivalentes al precio de cada cosa expropiada, como los socialistas más templados querían, sino gratis y en beneficio de la comunidad trabajadora.[555]

Ése fue el periodo más sangriento de la revolución. Los propietarios de casas, de fábricas, de granjas y de minas se resistieron tenazmente. Poco les importaba, en suma, el gobierno que se estableciese, si se les dejaba su porción de tierra adquirida o heredada, sus viviendas y sus explotaciones industriales; pero quitarles eso era como arrancarles la vida, como lanzarles a la miseria y a la esclavitud de trabajos a que no estaban habituados, y por ello defendieron con tesón ese último baluarte. El número se impuso y fueron desalojados al fin, no de una vez, sino poco a poco, empezando por las grandes capitales industriosas y acabando por las aldeas y villorrios.

¡La *expropiación*! ¡Ésta fue la palabra de moda, el tema obligado en toda nuestra península! Lope, en la que dejó de ser Corte, la predicaba con vehemencia; y Arístides, en Miralmar, la explicaba con énfasis. Canuto, que la había puesto por obra con generosa dejación de sus propiedades y que la había visto fracasar a manos del Estado y de la ley civil, creía de buena fe que sin esos obstáculos llevaría a la renovación ansiada de la sociedad y al reinado del trabajo y de la justicia; pero esa palabra en boca de aquellos vividores le parecía un sarcasmo, un pretexto, una nueva engañifa para dominar al pueblo halagando sus deseos de radicales reformas.

Un día que Lope, en la plaza de las Cortes, al bajar la escalinata del antiguo Congreso de predicar la buena nueva, vio a Canuto, se hizo el disimulado. Los grupos le creyeron un enemigo y Lope, confirmando sus sospechas, le señaló luego con el dedo, diciendo a sus corifeos: "Prendedle, le conozco; es un burgués; me consta, porque le debo un duro". Y no sin gran dificultad, pudo Canuto escabullirse para no ser víctima del atropello. Pero, en medio de estos desahogos y errores del populacho, conservaba la masa social gran respeto a sus bienhechores. Ese mismo pueblo veía pasar a Barbas tristes, conocidísimo en Madrid por sus grandes curas, tenido por un santo, y no gritaba: "Ahí va un burgués", sino que se descubría con respeto, y los grupos se abrían para dejarle pasar, y los más feroces anarquistas le custodiaban.

En Granada, donde la revolución revistió sanguinarias formas, donde la plebe del Albaicín,[556] de rostro atezado y morisco, fue dueña muchas semanas de la ciudad y árbitra de vidas y haciendas, se hincaba casi de rodillas al ver pasar a la condesita seguida de su perro faldero, porque recordaba que aquella mano blanca, de la que pendía la bolsita de piel, llevó mil veces y seguía llevando las monedas ganadas con el sudor de su rostro a los pobres, a los enfermos, a los obreros necesitados, sin otra recompensa que su buen obrar.

Y en Miralmar mismo, donde Canuto no era un extraño, su casa fue respetada; su persona, inviolable; a su paso se agolpaban las gentes, sombrero en mano, y nadie

[555] Kropotkin, en el apartado "La expropiación" de *Palabras de un rebelde* escribe: "¡Expropiación! He ahí el santo y seña que se impone para la próxima revolución so pena de faltar a la misión histórica. La expropiación completa de todos los que poseen medios de explotar a los demás seres humanos; la vuelta a la comunidad de la nación de todo cuanto entre las manos de unos cuantos pueda servir de explotación a nadie."

[556] Barrio de sabor árabe encaramado sobre la colina que hay frente a la Alhambra, de estrechas y empinadas callejuelas en las que se levantan villas y cármenes aislados del exterior por tapias.

decía ni podía decir "Ahí va un explotador, un enemigo del pueblo, un vampiro que le ha chupado la sangre, un político que ha dejado a su patria perdida y arruinada en medio de las otras naciones", porque todos recordaban aquel discurso que se le quedó a medio pronunciar, arrollado por las falanges de Tirabeque, semejante a aquella misa interrumpida en Santa Sofía por la entrada sacrílega de los turcos.[557]

Cuentan del elefante Pizarro, de aquel coloso que, amarrado con cadenas, era exhibido en la Corte,[558] que durante su esclavitud, cuando pasaba por las calles de Madrid, era objeto alternativamente de injurias y agasajos. De unas tiendas le sacaban naranjas, que recogía con su enorme trompa y engullía a docenas; de otras tiendas le echaban agua sucia o le tiraban inmundicias envueltas en papelorios. El elefante gozó un día de libertad; desamarrado, recorrió las mismas vías, arrollando y espantando a la gente; había llovido, y en medio de su alegría por su soltura, parábase y sorbía y retenía en la trompa el cieno de todos los charcos. Al pasar por las puertas de donde le habían antes echado naranjas, conservando memoria del bien, hacia una caricia como pueden hacerla esos monstruos; pero en todas las tiendas donde le molestaron, acordándose también del mal sufrido, metía la trompa como una manga de riego y devolvía con creces el cieno y las injurias recibidas. Así es el pueblo: arrolla inconscientemente; pero respeta a sus bienhechores, y muchos de sus desmanes y violencias son respuesta tremenda de las afrentas soportadas; desquites, en el día de soltura, de las injurias sufridas en los años de la esclavitud.

Don Arístides veía con ojeriza en Miralmar la devoción del pueblo por Canuto. ¿Qué había hecho aquel hipócrita solapado, Jano de dos caras,[559] una vuelta a la revolución y otra al clericalismo reaccionario? Defender unos pleitos en que Salomón le había apabullado completamente; conspirar contra Baltasar, a quien nunca pudo vencer, y pronunciar unos cuantos periodos rotundos en el Congreso, que no le dejaron acabar tampoco. ¿Y eso era bastante para aquella veneración a su persona, que ponía en peligro la influencia de todo un Don Arístides, que se había sacrificado tanto por la instrucción del pueblo, por la libertad, por la emancipación social? Aquel hombre debía ser desenmascarado ante sus conciudadanos, presentado como un espía de la sotana y de la cogulla, como un echadizo del clericalismo para atraer a su favor las masas; mientras él, Don Arístides, era una víctima de ese fanatismo religioso, con su pobre Electra, con su Virginia secuestrada en aquel convento de la Enseñanza, que debía ser quemado con petróleo o volado con dinamita.

Éste era el punto flaco de aquel prestigio usurpado, y Don Arístides lo aprovecharía en la primero ocasión para hacerle blanco de sus ataques. Hasta entonces la revolución había llevado una dirección instintivamente positivista; iba contra la burguesía acomodada, contra la propiedad individual, contra los acaparadores; era más económica que ideal, y por eso habían quedado a un lado los conventos con sus monjas pobres y sus frailes mendicantes, que nada podían aportar al acervo social, y la lucha no se había entablado en el terreno de las ideas religiosas. Había que derivar del gran río asolador una corriente que fuese por ahí, un brazo que amenazase y derribase también esos nidos de la reacción ultramontana, y el pueblo, que es inexperto, que se deja llevar

[557] Los turcos tomaron Constantinopla en 1453.

[558] Vivía en el Parque Zoológico del Retiro de Madrid. Murió al subírsele un ratón a la trompa y atascarse en ella.

[559] Antiguo dios romano reproducido como una figura masculina bicéfala con dos rostros barbados que se oponen.

de los impulsos recibidos, que suele oír a sus inspiradores sin sospechar los móviles que les agitan, sin duda seguiría en este camino a Don Arístides, al gran pedagogo de palabra altisonante.

Pronto reaparecieron efectivamente los grupos hostiles ante los conventos de Miralmar, sobre todo uno numerosísimo frente al de la Enseñanza, capitaneado por Don Arístides en persona. Allí estaba Electra, la Electra de brocha gorda pintada por Pérez Galdós, el encanto de Don Arístides, la hermosa Virginia, secuestrada por monjas y curas, tal, vez para hacerla víctima de infames ultrajes, ya que no podía ser para arrebatarle un cuantioso caudal, puesto que no tenía un céntimo, ni por donde le viniera; y el pueblo, indignado con los sufrimientos de aquella víctima y de aquel padre inconsolable, golpeaba las puertas para libertarla y para colgar del campanario de aquella ermita a la priora y a Sor Ana y a toda la comunidad si era necesario.

Cuando Canuto lo supo, no pudo resistir tampoco esta vez el deseo de interponerse entre las turbas y las víctimas inocentes. Antes había libertado a muchas, acudiendo en medio de los alborotos y haciendo uso de su persuasión y de su palabra. Ahora se trataba de unas pobres mujeres y creía un deber de conciencia y de caballerosidad quitar también al pueblo la venda de los ojos. Ahí le esperaba Don Arístides para presentarle como un espía de la reacción y para acabar de un golpe con aquella influencia que le coartaba el dominio absoluto del populacho.

Canuto se presentó en medio del grupo aquel y pidió ser oído. ¿De qué se acusa a estas santas mujeres?, preguntó resuelto. Y mil voces gritaron con Don Arístides. De secuestro. ¿Quién es la secuestrada? exclamó. Mi hija, repuso Don Arístides con voz estentórea. Basta; dijo Canuto; pueblo miralmarense, vas a juzgar; pega, pero escucha.[560] Y entrando por la rota puerta del convento, atravesando claustros y corredores y asegurando a la priora que él respondía de todo, sacó de la mano a Virginia y la mostró al pueblo en el dintel, exclamando: Aquí está la víctima; que se la oiga. ¡Que hable! exclamaron miles de voces entre vivas y rugidos, y Virginia con entereza contestó: No soy víctima de ningún secuestro. Mi padre me arrojó de su casa, y aquí me recogí con mi Dios, y por estas piadosas mujeres he tenido pan y albergue. Y entrando de nuevo en el convento, como una aparición, dejó al pueblo asombrado. Canuto, mostrando las puertas rotas, se dirigió a las turbas invitándolas a entrar; pero éstas, revolviéndose contra Don Arístides, exclamaban: Mal padre, mal ciudadano; has abandonado a tu hija y nos has mentido. Quítate de nuestra vista. Y Don Arístides, más apabullado que su chistera, como zorro que sorprendido con su presa la suelta para escapar, desapareció bonitamente, escurriéndose temeroso, y Canuto quedó dueño del campo.

Las mismas turbas se encargaron de recomponer las puertas rotas del convento; allí había carpinteros, herreros, cerrajeros, que trayendo materiales e instrumentos de sus oficios, rivalizaban en reparar el daño causado. La priora y la comunidad, conmovidas, salieron al atrio y repartieron entre los obreros algunas copas de licor y golosinas; y era hermoso ver al león del populacho, tan feroz y temido, rodeado de las

[560] Estando discutiendo el Consejo de los griegos cuál sería el lugar oportuno para dar batalla a los persas, Euribíades llegó a levantar el bastón contra Temístocles , porque éste, partidario de combatir en la bahía de Salamina, no le dejaba hablar. Entonces Temístocles le dijo: "¡Pega, pero escucha!" (en latín: "Verbera sed audi").

ovejas de Cristo, sin devorarlas, y a Canuto, como Daniel[561] en la cueva, codeándose con las fieras, sin recibir ni un rasguño.

Eso pasaba en pleno terror revolucionario, mientras los Ascárides y Salomones no se atrevían a asomar la nariz por parte alguna. Indudablemente había progresado mucho el sentido de las revoluciones y se había esclarecido bastante la inteligencia de las muchedumbres. Las carnadas del llamado *clericalismo*, arrojadas al pueblo para hacerle tragar el anzuelo y sujetarle a placer, eran cebo conocido al que no acudía. Las masas socialistas pensaban que el colectivismo y aun el comunismo soñados como panacea social estaban implantados, desde muy antiguo, en aquellos claustros, donde no todo era oración mística, sino en su mayor parte trabajo común en múltiples formas provechoso para la sociedad humana.

CAPÍTULO III

La intervención

La revolución había causado grandes destrozos. No es posible pedir a la tormenta criterio para elegir el mal indispensable, apartándose del innecesario. Harto había sabido distinguir, separándose de los antiguos cauces y encaminándose por otros más prácticos. El pueblo conocía a sus verdaderos enemigos, y si adoptaba resoluciones amplias, entre cuyas mallas escapaban muchos malos, no podía decirse que hiciese blanco de sus furores a ninguno de los buenos.

Quemó Bastillas y cárceles, las Salesas de las Cortes y las de Miralmar; la gente maleante encontró suelta, sin más diferencia que abrir la puerta de las prisiones la ola popular inconsciente y no la recomendación del cacique corrompido, ni la acción a sabiendas del juez dúctil. Entre aquellas pirámides de actuaciones quemadas, estaba el proceso seguido contra el cura, Sor Ana y Canuto por los consabidos imaginarios delitos. Las llamas devorando sus folios parecían chisporrotear regocijadas de hacer una obra de justicia, y cuando el viento se llevaba sus pavesas, el pueblo las seguía con aplausos, sin saber por qué, con ese instinto fino de las colectividades que adivina la destrucción de las infamias.

¿Hubiera podido decirse que, trocados en cenizas los procesos y los pleitos, se echaba sobre la justicia un velo que continuaría cubriéndola hasta restaurar aquellos infolios? ¡Ah! precisamente ellos eran la losa de plomo que la tenían sepultada.

Aquello era, al decir de los revolucionarios, no la muerte, sino la resurrección. Aquellos delitos habían nacido en el seno de una sociedad podrida, como producto de sus miasmas; aquellos pleitos surgieron de falsas nociones jurídicas sobre lo tuyo y lo mío. Aquel corte de cuentas significaba la condenación de un régimen pasado y el principio de un mundo nuevo.

Los caciques emigrados, los políticos del antiguo turno, acogidos al extranjero, leían con horror, en sus hoteles confortables de Londres y París, la marcha devastadora de aquella revolución acéfala. ¡Pobre España, víctima de convulsiones tan horribles, cuando con Tirabeque y su red de muñidores electorales y su turno de entrambas

[561] Profeta bíblico del siglo VII antes de Cristo. Fue echado a una jaula con leones por el rey persa Darío, tras haber sido acusado de deslealtad a la corona.

oligarquías, gozaba antes la paz de los sepulcros, y no sentía siquiera, como cuerpo anestesiado, la amputación dolorosa de sus ricas colonias. Si al menos se hubiese concretado el movimiento a traer una República anticlerical, a lo Salomón, todos habrían podido ingerirse en ellas y, respetando a aquél su Presidencia, y su cartera de Gobernación a Ascárides, la cosa, con distinto nombre, habría seguido lo mismo, y la felicidad del país habría continuado, sin más alteración que la expulsión de frailes y monjas y la supresión del presupuesto del clero y las procesiones. Salomón era una solución para todos. Un hombre como aquél, ya perdidos ciertos visionismos de su primera edad, había entrado en el terreno de lo positivo y cobraba tantos miles de duros de honorarios, y tenía casa soberbia y comedor confortable, y hasta un introductor de embajadores que en su antedespacho se encargaba de evitar al señor molestias de gentes menuda, era una gran garantía contra las demasías de la plebe en una República posible venida a sus manos.

Las clases conservadoras del antiguo régimen tenían que pensar en un acomodamiento semejante, ya que Lope se había pasado a los ultrademagogos. Salomón buscaba, carteándose con aquellos emigrados, algún medio de que le restaurasen a él con los de su tertulia; pues dentro de ésta tenía Ministerio formado a satisfacción. Tirabeque había abierto los ojos a todos lo políticos, y sus hábiles prácticas serían seguidas y aprovechadas.

Los conspiradores de la emigración vieron en estas ofertas el cielo abierto. Se daría satisfacción al pueblo instaurando una República, y bajo esta apariencia de transformación político-social, seguiría todo como al principio, con sus ministerios, nidos de concupiscencias, y sus distribuciones de actas, y sus encasillados, y sus destinos a granel, y sus oposiciones convenidas y su eterna farsa de antes.

La Bolsa, que estaba convertida en un montón de ruinas, se reedificaría; los tenedores de papel del estado lo sacarían de sus escondites; los expropiados de sus casas, fincas y fábricas volverían a ocuparlas, y el Palacio de la Representación nacional tornaría a abrirse, oyéndose en su recinto aquellos discursos notables de que se envanecía nuestra tribuna y aquellos debates de alusiones personales en que se pasaba el rato regocijadamente.

Para volver a este idilio precisaba contar con cañones y *máusers*; pero ¡ay! éstos se hallaban en poder del pueblo, y no había ejército, sino pueblo unido; pues paisanos y soldados habían fraternizado. Quedaba un supremo recurso, que la Historia, maestra de la vida,[562] ponía ante los ojos: la intervención; y era preciso que Salomón estuviese conforme y que las grandes potencias se decidiesen a acudir para acabar con la anarquía. ¿Quién dijo miedo? Lo que es por parte de Salomón no habría dificultad. Se le exploró y se tuvo la certeza de que, por lo menos, haría la vista gorda. El nudo de la cuestión estribaba en que se decidiesen las potencias a esta intromisión en nuestros asuntos domésticos; pero ¡bah! más estudia un hambriento que cien letrados, y más un cacique que cien hambrientos, y aquellas falanges ahuyentadas de jerifaltes y neblíes verían por todos los medios de convencer a los grandes cancilleres de la utilidad de aquel negocio. Si era preciso dejar algo entre sus uñas, Ceuta, o Mahón, o las Canarias como precio del servicio, se haría. Después de todo, más razonable era perder algo que el usufructo de la España toda. Se trataba de la felicidad de una nación y poco importaba el sacrificio de una plaza fuerte o de algunas islas más. Donde fue el mar, que

[562] Cicerón, *Tusculanas*, 2, 16: "la historia es el testimonio de los tiempos, luz de verdad, vida de la memoria, *maestra de la vida*, anunciadora de lo porvenir".

fuesen las arenas. Después de la pérdida tan en tonto de Filipinas, lo demás era una nonada.

La situación de las potencias europeas facilitaba este gran pensamiento. Alemania estaba conmovida por el socialismo, que llevaba una regular falange de diputados suyos al Reichstag; en Francia dominaba en los municipios y tenía el anarquismo un desarrollo temible; Rusia estaba minada por el nihilismo; Inglaterra era nido y refugio de todos los jefes de la revolución social que amenazaba, y las doctrinas perturbadoras conmovían a los colonos irlandeses y provocaban huelgas tremendas. En los Estados Unidos, en fin, la nueva elección presidencial colocaría fijamente en lo alto del Capitolio a un demagogo. Estaba, pues, en el interés de todos los burgueses y gobernantes acudir al primer foco del incendio, que era España, para extinguirlo, como acuden a la casa que arde los vecinos amenazados, para cortar el fuego y librarse de sus estragos.

Después de todo, ¿qué resistencia había de oponer aquella masa revolucionaria sin pies ni cabeza, que se movía sin directores, que obraba a capricho, que no tenía organización, ni ejército, ni pertrechos de guerra, cuando organizada como estaba antes en nación seria de segundo orden, con regimientos y escuadras y algunos elementos, no había podido luchar y se había dado por vencida en Cavite[563] y en Santiago de Cuba[564] y hecho aquella paz vergonzosa?[565] Y por último, ¿qué podían perder las naciones que intervinieran, con las playas y fronteras abiertas y con los hombres de los partidos políticos dispuestos a tenderles los brazos, y teniendo que habérselas sólo con una chusma que al primer disparo diría "pies para qué os quiero"? En cambio de todo eso, el país ganaba la paz y los vecinos auxiliares alguna estación carbonífera, o el ensanche de Gibraltar, o lo que quisieran.

Con tales insinuaciones diplomáticas, se les hizo la boca agua a los grandes estadistas de América y Europa. Negocio fácil en que se gana y nada se arriesga no es de despreciar. La política internacional, basada hasta allí en un sistema de componendas, de alianzas y de repartimientos de presas no podía ver con disgusto esta ocasión de lanzar sus bandadas de cuervos sobre el cuerpo moribundo de España, y el negocio se aceptó en principio, sin exigir poderes a aquellos plenipotenciarios. Indudablemente aquellos hombres sesudos, escapados de las garras de la revolución, refugiados en las grandes metrópolis de Inglaterra y Francia, personajes caracterizados de los partidos políticos de la península, jefes de algunos de ellos, altos caciques de sus provincias y regiones seguían teniendo la representación de su país y sólo estaban privados de la posesión material por un hecho de fuerza. *Expoliatus ante omnia restituendus*;[566] en aquel interdicto que entablan ante el alto tribunal de las grandes potencias, el pleito debía fallarse a su favor, y ante todo debían ser restituidos en aquella posesión pacífica, uso y disfrute, de que fueron privados. Lo demás, las estaciones carboníferas, la cesión de las Baleares, o de las Canarias, o de unas y otras; la entrega de Ceuta o el ensanche de Gibraltar, para meternos más por las narices el afrentoso pabellón inglés, eran los derechos de arancel del juicio, el pago de costas que debía

[563] La destrucción en las Filipinas de la flota española ante la del almirante norteamericano Dewey tuvo lugar el 1 de mayo de 1898.

[564] El desastre naval de la escuadra del almirante Cervera tuvo lugar el día 3 de julio de 1898.

[565] La firmada en el Tratado de París.

[566] *Expoliatus ante omnia restituendus:* El expoliado ha de ser ante todo restituido.

imponerse en todas instancias al pueblo español, osado hasta el extremo de querer ser árbitro de sus destinos.

La Triple Alianza[567] y la Duple[568] entraron, pues, de perfecto acuerdo en este plan, y por primera vez se vio concordes a perros y gatos, a alemanes y franceses, ingleses y rusos en la solución de un problema mediterráneo. Los papeles fueron distribuidos con excelente cálculo y las presas repartidas de antemano con equidad. Francia tomaría una parte de las Baleares y Alemania la otra. Rusia ocuparía Ceuta; Inglaterra ensancharía Gibraltar, con toda la bahía de Algeciras y Sierra Carbonera, tomando además las Canarias; los Estados Unidos se adjudicarían otro puerto menos importante en las Baleares y la plaza de Melilla. Pero como Italia y Austria no podían quedar sin su tajada, se les daban compensaciones en la Tripolitana[569] y en los Balcanes, y así todo quedaba arreglado en familia.

En cuanto a la manera de restaurar a aquellos plenipotenciarios de los partidos políticos en el disfrute del país bajo la forma de una República con su Salomón a la cabeza, la cosa era muy sencilla: un ejército franco-alemán entraría por los Pirineos hasta llegar a Madrid; una escuadra anglo-rusa operaría sobre las costas españolas del Mediterráneo y llevaría un cuerpo de desembarco para ocupar las plazas y darse la mano con el primer ejército; otra escuadra franco-alemana se dirigiría a las Baleares para tomar posesión de ellas y repartirlas; una división naval inglesa iría sobres las islas Canarias para anexionárselas, y otra división naval yanki sobre Melilla y plazas limítrofes. Imposible resistir a ese ataque simultáneo y combinado de ejércitos de mar y tierra, y si se resistía por los rebeldes, serían destrozados y ametrallados como los chinos,[570] y reducidos a la obediencia y al silencio.

No valía traer a remembranza aquellos levantamientos gloriosos del año ocho, aquellos guerrilleros que tuvieron en jaque a los ejércitos napoleónicos, aquellos sitios de Zaragoza[571] y de Gerona,[572] ni aquellas memorables batallas de Bailén[573] y de Albuera.[574] El progreso de las armas había hecho ya inútiles los prodigios de valor; la

---

[567] Tratado firmado en 1882 entre Austria-Hungría, el Imperio Alemán e Italia.

[568] Firmada en 1888 entre Rusia y Francia –que así salía de casi veinte años de aislamiento internacional- y renovada en 1893.

[569] Región situada al noroeste de Libia y lindante con Túnez. Turca desde 1553, los italianos la conquistarían en 1912.

[570] La guerra chino-japonesa tuvo lugar entre agosto de 1894 y marzo de 1895 a raíz de una disputa por Corea. Finalmente China hubo de firmar el tratado de Shimonoseki aceptando la cesión a Japón de Taiwán, las islas Pescadores y Liao-dong.

[571] Tras el sitio que le impusieron las tropas franceses (1808-1809), Zaragoza hubo de capitular.

[572] Inicialmente Gerona fue sitiada sin éxito por el general francés Duhesme, aunque se rendiría más tarde, tras ocho meses de resistencia dirigida por el general Álvarez de Castro, ante la presión de Saint-Cyr, Verdier y Augereau.

[573] La batalla contra las fuerzas del general Dupont tuvo lugar cerca de Bailén el 19 de julio de 1808. El general Castaños mandó las cuatro divisiones victoriosas. Los franceses tuvieron más de 2.000 bajas y 17.000 cayeron prisioneros. José I se vio obligado a abandonar Madrid.

[574] Los franceses del mariscal Soult fueron derrotados el 16 de mayo de 1811 por ingleses, españoles y portugueses bajo el mando de Lord Beresford.

guerra no era un choque cuerpo a cuerpo, ni la escopeta del guerrillero, que se las hubo con el fusil de chispas,[575] podía ponerse frente a frente del *máuser* y la ametralladora. Aunque resucitasen todos los Empecinados,[576] y todos los Mancos,[577] y el escribano Mir,[578] y Francisquete,[579] y Espoz y Mina[580] y su sobrino *El Estudiante*,[581] y cuantos demostraron antaño el valor indomable de nuestra raza, nada conseguirían contra el cañón de tiro rápido y la lluvia de proyectiles lanzados desde tres o cuatro mil metros de distancia; serían inofensivos insectos, un puñado de moscas empeñadas en detener a una legión de águilas.

Se llevaron, pues, tan en secreto los aprestos, como lo habían sido las negociaciones, y precisamente cuando las olas del populacho rebelde comenzaban a serenarse, cuando se empezaba a construir sobre bases sólidas no un gobierno al estilo antiguo, sino una administración pública que llevase los negocios, las cuentas y la distribución de servicios sociales, cuando cansado el anarquismo de sus propias devastaciones reconoció la necesidad de organizar aquel colectivismo del trabajo y de la producción que defendían los más templados socialistas, cuando cada grupo de obreros agrícolas se estableció asiduamente en el trabajo de su porción de campo, como una asociación con su junta administrativa, y lo mismo cada grupo de obreros fabriles, y cada federación de grupos entre sí, estableciendo la comunidad y la solidaridad de intereses; cuando de todas estas juntas se constituyó la administración de cada región y por fin la central, para los únicos efectos de lo que interesaba a la nación como personalidad jurídica; cuando se convocó a la segunda Convención del Trabajo para escribir en un Código o Constitución Social las leyes de la organización nueva, muy semejantes en grande a las que rigieron en pequeño la colonia de Miravilla, súpose con asombro que un ejército franco-alemán asomaba por las crestas pirenaicas, y viéronse apuntar por los horizontes del Mediterráneo las cofas de los acorazados ingleses y rusos, y llegó la noticia de la presencia de las otras divisiones navales franco-alemana, yanqui y británica ante Baleares, plazas de África y costas de la gran Canaria respectivamente.

A decir verdad, no sorprendió a todos este golpe de mano. Ya venía susurrándose que algo se tramaba en Europa contra España, y si no el pueblo bajo, que es el último que se entera de la política internacional, el pueblo más ilustrado que lee,

---

[575] *el fusil de chispas*: el de llave con pie de gato provisto de un pedernal que, chocando contra el rastrillo acerado, incendio el cebo.

[576] Por el guerrillero y militar Juan Martín Díaz, el Empecinado (1775-1825).

[577] Por *El Manco*, D. Saturnino Abuín, que se inutilizó la mano izquierda al disparar un trabuco mal cargado. Segundo del Empecinado, tras ser hecho prisionero por los franceses, ayudó a estos contra su jefe, quien perdió 1.200 hombres por su culpa.

[578] El extremeño Isidoro Mir (m. en 1835), cuya guerrilla fue conocida como *Los cazadores de África*.

[579] Francisco Sánchez Fernández, nacido en 1762, también llamado *El Tío Camuñas*. Fue fusilado por los franceses el 15 de octubre de 1811.

[580] Militar español (1781-1836) que en 1809 se unió a la guerrilla que mandaba su sobrino Francisco Javier Mina. Capturado éste por los franceses en 1810, tomó el mando de la guerrilla. Unificó bajo su mando la guerrilla Navarra, que dominó desde 1813, acorralando a los franceses en las ciudades. Fracasados los pronunciamientos contra el absolutismo, huyó a Francia.

[581] Francisco Javier Mina (1789-1817), *El Mozo*. Junto a su tío intentó en 1814 un levantamiento en Navarra contra el Absolutismo de Fernando VII. Emigró a Gran Bretaña. Murió fusilado en Méjico, a donde había ido a combatir el absolutismo.

que discute y que raciocina andaba alarmado con tales sospechas. Los estudiantes de las Facultades, que se abrazaron desde luego al socialismo y que constituían una especie de levadura intelectual para el Estado futuro, celebraban *mitins* frecuentes y fueron los primeros que dieron la voz de alerta. Ellos recordaban la brillante historia de sus abuelos. Muchos debían su ser a aquella sacudida de la guerra de la Independencia, que hizo ahorcar los hábitos a sus progenitores y correr a las armas contra los franceses, y después de arrojarlos, volver a sus hogares, casarse y tener hijos. Imitarían el alto ejemplo de sus mayores, y el pueblo les seguiría en aquella lucha titánica que se avecinaba. El grito de Palafox[582] "Guerra a cuchillo" sería repetido por todos los ámbitos de España. ¡Lástima que los cobardes de las postrimerías del siglo XIX y de los comienzos del XX hubiesen inventado aquellos medios de atacar, alejados del alcance del arma blanca, a mansalva contra el disparo de la escopeta, fuera del blanco de cachorrillo![583] La guerra de esos malandrines modernos era una infame traición, una alevosía, un cálculo de asesinos poderosos, que disponían de muchos millones para grandes máquinas mortíferas, para acorazados que destruirían ciudades enteras mientras el almirante se fumaba en su *chaise longue*, sobre la cubierta de su buque insignia, un cigarrillo.

¿Cómo luchar con aquellos titanes del oro y del acero, que ponían los proyectiles de a tonelada, cargados de explosivos, con toda precisión matemática, donde dirigían la vista o el pensamiento, y que con *máusers*, cañones de tiro rápido y ametralladoras disparadas en abanico barrerían a nuestras legiones de valientes como los soplos del huracán a las hojarascas secas?

La grey estudiantil, la gente moza tomó su partido; formó contra el enemigo su conjura; constituyó sociedades secretas de defensa; discutió y escogitó medios y, por último, sin saberse con qué planes, lanzó espías y comisionados por todas las ciudades de Europa, disfrazados y sin más armas que unos pedacitos de cristal ocultos y unos pequeños tubos de vidrio misteriosos.

CAPÍTULO IV

Guerra a microbio

Antes de romperse las hostilidades, aquella masonería escolar dirigió su intimación:

"Somos la juventud de un pueblo libre (decía a los gobiernos de Europa y Norte América) que, pasada la crisis de la revolución, quiere constituirse bajo un régimen de igualdad, de trabajo, de amor y de justicia. Dejadnos; no os mezcléis en nuestros asuntos, ni intentéis traernos a nuestros antiguos opresores para que renueven su parlamentarismo, sus farsas indignas liberalescas, sus turnos pacíficos en el manejo de nuestros intereses, sus usurpaciones de la voluntad del país, con acomodaticios sistemas electorales, sus cacicatos odiosos y sus antiguas explotaciones de la administración, de la justicia y de todas las funciones de la sociedad. No pretendáis tampoco engañarnos con la frase vacía y sonora de una República burguesa, que nos traería los mismos

[582] El militar José de Palafox y Melci (1776-1847). Capitán general de Aragón, defendió Zaragoza durante los sitios de 1808 y de 1808-1809.

[583] *cachorrillo*: pistolete, pistola pequeña de bolsillo.

males, con la aquiescencia de los mismos hombres y la explotación de otros tan corrompidos como ellos. Retirad esas escuadras de nuestros mares y esos ejércitos de nuestras fronteras. Si no lo hacéis como gobernantes, que vuestros pueblos en masa se os impongan en nombre de la justicia, como dueños prohibiéndoos realizar el atropello; y si fiados en nuestra debilidad, de que hacéis un axioma, persistís en vuestro atentado, sabed que esgrimiremos armas terribles contra las naciones criminales que nos arrollen, y que al fin tendréis que pedirnos la paz a gritos para vuestras ciudades populosas, sin haber conseguido dominar en las nuestras".

Esta nota circular se consideró arrogancia risible, semejante a la del alcalde de Móstoles[584] y... no fue escuchada. El ejército franco-alemán avanzó y las escuadras maniobraron en dirección a los puertos de su objetivo. Pero apenas habían pisado playas españolas algunas tropas anglo-rusas de desembarco para aprovisionar a sus acorazados, apenas aquel cuerpo de ejército pasó a los Pirineos españoles, se dieron casos en las escuadras aliadas de una enfermedad que se calificó de *fiebre infecciosa*, y en el ejército se declaró el tifo[585] europeo y menudearon los enfermos de disentería.

Lo alarmante de aquellos fenómenos fue que, como si obedecieran a una consigna trasmitida por telégrafo, al propio tiempo se dieron casos iguales en Londres y en multitud de ciudades inglesas, en París y muchas otras de los departamentos franceses, en Berlín y diferentes puntos de Alemania, en San Petersburgo, Moscú, Odessa y otras capitales y puertos rusos, y hasta en Washington, New York, Filadelfia y otras metrópolis americanas.

Se adoptaron todas las medidas que la higiene aconseja en los pueblos cultos para evitar los contagios; pero éstos se propagaban más cada día y los casos se hacían más definidos y aparecían por ensalmo nuevos focos. No era una epidemia, sino tres, las que invadían el continente europeo y el Norte de América: el tifus, perfectamente caracterizado; la enterocolitis,[586] que se sospechaba ya fuese el cólera morbo, y aquellas fiebres malignas acompañadas de pústulas y laceraciones horribles, que los médicos al fin diagnosticaron de peste bubónica.

El ejército de los Pirineos acampó en las vertientes hasta cortar aquellos focos de infección que podían diezmarle y las escuadras, haciendo el cruce del Mediterráneo, esperaron órdenes y acudieron primero a extinguir a bordo los terribles males. Los gobiernos de las potencias aliadas abrieron informaciones sobre la procedencia de aquellas extrañas alteraciones de la salud pública, y en las ciudades invadidas la alarma creció de modo extraordinario y empezaron a paralizarse las industrias y el comercio.

Eran inútiles, al parecer, la desinfección y demás medidas higiénicas. Los focos se multiplicaban prodigiosamente; donde se creía aislado el mal, saltaba de una parte a otra, como llevado por manos invisibles, y los pueblos comenzaron a renovar las antiguas leyendas de los maleficios y de los untadores, referidas por el inmortal

---

[584] Andrés Torrejón y García, nombrado alcalde de Móstoles el 1 de enero de 1808. Junto al otro alcalde, Simón Hernández, difundió un bando redactado por Juan Pérez Villamil urgiendo a los pueblos de Extremadura y Toledo a movilizar milicias para socorrer Madrid. No era una declaración de guerra a Napoleón y los franceses, ya que tal acto fue llevado a cabo por la Junta Suprema Central de Sevilla el 6 de junio de ese año.

[585] *tifo*: tifus.

[586] *enterocolitis*: inflamación del intestino delgado y el colon.

Manzoni[587] al describir la peste de Milán.[588]

La imaginación popular, siempre dispuesta a la credulidad y a la brujería, acogía los rumores más absurdos. A la manera que el bajo pueblo milanés creía haber visto a personajes extraños y fatídicos untando en la catedral los bancos y las paredes y hasta las pilas de agua bendita, del mismo modo que le entró aquel excesivo pánico creyendo ver o viendo untadas las puertas de los edificios de inmundas sustancias amarillentas y atribuyendo a esto el origen de la peste,[589] corrió por Europa, por la masa de sus ciudades, y hasta por sus más ilustradas metrópolis, la noticia de que unos emisarios desconocidos, pero seguramente infernales, iban por todas partes untando de sustancias pestilenciales y epidémicas edificios, ropas, mercancías, víveres, tiendas, comercios, paseos, teatros, calles y plazas; arrojando las fatales semillas en ríos, fuentes, depósitos, *docks*,[590] mercados públicos y lagares, y aprovechando las aglomeraciones de gente también para derramar y difundir la mortífera ponzoña.

Aquel fenómeno que se produjo cuando la leyenda de los untamientos y que el autor de *I promessi sposi*[591] sintetiza recordando las frases de Ripamonti[592] de que "No sólo se desconfiaba del vecino, del amigo, del huésped, sino que infundían terror hasta los vínculos y nombres más sagrados para el hombre en sociedad, como son los de marido y mujer, de padre y de hijo y de hermano y de hermana",[593] volvía, aumentado con la opinión de médicos eminentes, que afirmaban que, si no untos a la antigua creencia o maleficios dimanados de artes diabólicas, sí podrían provenir aquellas epidemias y su difusión creciente de unas siembras intencionadas, preparadas con cálculo y realizadas con vasto plan y disimulo por muchos hábiles espías, de cultivos de microbios en estado de virulencia, cosa equivalente a los llamados *untos* y *polvos maléficos*, y que demostraba que no hallábase tan lejos de la adivinación la voz del

---

[587] El noble milanés Alessandro Manzoni (1785-1873)

[588] En *Los Novios* (*I promessi sposi*) se narra la peste milanesa de 1630. Los europeos creían en "artes ponzoñosas, operaciones diabólicas, gente conjurada para esparcir la peste, por medio de venenos contagiosos, de hechizos" (cap. XXXI, ed. Cátedra, col. Letras Universales, edición y traducción de María Nieves Muñiz, Madrid, 2001, pp. 602-603).

[589] *Los Novios*, cap. XXXI: "Algunos, a quienes les había parecido ver en la catedral, la noche del 17 de mayo, unas personas untando un tabique de madera que servía para separar los espacios asignados a ambos sexos, hicieron, por la noche sacar de la iglesia el tabique y cierto número de bancos que había en su interior; si bien el presidente del Tribunal de Sanidad, que acudió a inspeccionarlo, con cuatro personas de oficio, habiendo examinado el tabique, los bancos, las pilas de agua bendita, sin encontrar nada que pudiese confirmar la ignorante sospecha de un atentado ponzoñoso, hubiese, para dar gusto a las fantasías ajenas, y más por exceder en cautela, que por necesidad, hubiese, digo, decidido que bastaba con lavar el tabique." (ed. Cátedra, col. Letras Universales, edición y traducción de María Nieves Muñiz, Madrid, 2001, pp. 603-604).

[590] *docks*: en inglés, dársenas, muelles.

[591] *Los Novios*, de Manzoni.

[592] El escritor milanés Giuseppe Ripamonti (1573-1643), canónigo de la iglesia de Santa María de la Scala, cronista de Milán e historiador oficial de la Biblioteca Ambrosiana. Publicó en 1640, en cinco libros, una historia sobre la peste milanesa: *De peste quae fuit anno 1630*, que consultó Manzoni.

[593] *Los Novios*, cap. XXXII. Traduce así este pasaje María Nieves Muñiz en su edición de Cátedra, col. Letras Universales, Madrid, 2001, p.621: "No sólo se recelaba del vecino, hasta del amigo, del huésped, sino que los mismos nombres, los vínculos de la humana caridad, marido y mujer, padre e hijo, hermano y hermano, eran de terror".

pueblo, ni eran tan descarriadas y desprovistas de base sus suposiciones.

Cuando aquella peste de Milán, la gente ilustrada, negando toda base racional y científica a los untos, no consiguió desvanecer el terror del pueblo bajo y hasta acabó contaminándose de él; de modo que menos se consiguió dominar el terror popular en los nuevos estragos por la posibilidad declarada de los tales untos, en forma de siembras de microbios. Al contrario, la alarma invadió profundamente a todos, altos y bajos, ignorantes e instruidos; pues nada hay más espantable que la posibilidad de la existencia de enemigos ocultos, con armas invisibles en sus manos y dispuestos a esgrimirlas en todas partes a mansalva; y los gérmenes de aquellas epidemias, más terribles que las bombas de Orsini[594] y aun que los explosivos de nitroglicerina, eran de aquella naturaleza; ya que podían llevarse por espías incógnitos en pequeños frascos y hasta en finos tubos de cristal, semejantes a los de la vacuna, sin ser notados siquiera, para reproducir constantemente los daños de las infecciones.

Cuando el terror llegó al colmo fue cuando se comprobó la opinión de las Academias de Medicina, al coger *in fraganti* a un emisario español depositando en una cañería de agua el líquido de un frasco, que resultó ser de microbios vírgulas. Aun estando abolido oficialmente el tormento, se le aplicaron las mayores torturas hasta arrancarle la verdad, y el prisionero cantó de plano como Escévola,[595] declarando que en efecto él y otros mil y en pos de ellos otros varios miles estaban destinados a acabar con la infame Europa, con aquellas razas de víboras que permanecieron impasibles al ver a España entre las garras del cóndor yanki, y que ahora se lanzaban sobre ella a inocularle su veneno. La pobre nación despojada quería reconstituirse, sacudiendo la lepra de sus antiguos gobernantes, y por este solo delito intentaban de nuevo maniatarla y despojarle, viéndola sin armas y sin recursos. "Vosotros, exclamó el preso, tenéis millones, escuadras y ejércitos, y nosotros nada para contrarrestaros. Con los adelantos modernos del arte bélico nos habéis hecho también imposible la "guerra a cuchillo" de Palafox; pues bien, hemos de defendernos de alguna manera, y por eso os hemos declarado la *guerra a microbio*".[596]

Se procuró ocultar esta revelación terrorífica; pero no tardó en divulgarse y el miedo no sólo llegó al delirio en las ciudades, sino en los campamentos y en las escuadras. ¿Qué nueva forma de guerrear era ésa, ni quién podía resistirla? Mientras se tuviese un ejército de españoles desarrapados e inermes por delante, bien podía batírsele y barrérsele con ametralladoras; mientras se tratase de derribar una ciudad hispana desprovista de castillos y cañones, bien podían los grandes acorazados divertirse tirando al blanco e incendiándola con bombas de melinita;[597] pero contra aquellos microbios no había barrera ni salvación, ni era posible destruirlos a cañonazos. De modo que después de tantos progresos en el arte de la destrucción en grande, después de aquellos barcos de

---

[594] El político italiano Felice Orsini (1819-1858), que atentó en 1858 contra Napoleón III y fue guillotinado.

[595] Cayo Mucio Escévola, quien en el siglo VI antes de Cristo, quien falló en su intento de asesinar a Porsenna, legendario rey etrusco de Clusio, que había ayudado a Tarquino el Soberbio a recuperar el trono de Roma. Metió la mano derecha en el hornillo y su mano se quemaba. El rey lo dejó entonces marchar. Entonces contó de buena gana lo que por amenazas no dijo: trescientos jóvenes romanos se habían conjurado para acabar con su vida y lo intentarían uno tras otro.

[596] La novela de Ledesma muestra aquí un antecedente de la futura guerra química.

[597] *melinita*: sustancia explosiva cuyo componente principal es el ácido pícrico.

catorce mil toneladas y aquellos cañones de a cien, unos animalillos microscópicos, diestramente derramados, bastaban para hacer más víctimas que la batalla más encarnizada y el bombardeo más tremendo. Eso era para poner a todos "carne de gallina" y la disciplina de los soldados y marinos extranjeros no tardó en quebrantarse.

No, no avanzarían sobre tierra española con la certeza de beber aguas envenenadas, de comer alimentos inficionados, de recibir del suelo que se pisase y de la manta en que se durmiese, y en la misma ropa que se vistiera, el soplo mortífero. Felipe II no mandó su escuadra *Invencible* para luchar contra los elementos; tampoco debían aquellos ejércitos y escuadras a diezmarse y quedar convertidas en inmensos hospitales de apestados, sin lucha y sin gloria, peleando con lo invisible.

Se lanzaba, en medio del pánico, toda clase de dicterios contra los españoles. Eso no era combatir, sino asesinar. En los tratados internacionales estaban prohibidos aquellos envenenamientos, si bien de microbios no se hablaba nada, porque no se presumió su empleo como arma de combate. El valor legendario de España había desaparecido. Lo digno, lo valeroso y lo noble no era recurrir al *bacilus virgula* y al microbio asqueroso de la peste para tomarlos por auxiliares, sino disparar *máusers* a cuatro kilómetros contra gentes armadas a lo más de pistolas y chuzos; hacerlas polvo con metralla bien escogida y lanzada desde otro par de kilómetros; construir el acorazado y armarlo hasta los dientes con cañones de tiro rápido, que en un santiamén pusiesen fuera de combate al enemigo, y disparar aquellos proyectiles de cientos de arrobas y aquellas bombas que reducían a cenizas una población en un abrir y cerrar de ojos. Esto era lo noble y lo caballeresco, y el que no tuviese cien millones de pesetas para un acorazado ni recursos para construir torres blindadas como las del Mosa,[598] ni dinero para aquellos fusiles de última novedad y sus respectivos pertrechos, que se fastidiara y se dejara arrollar, entregando la cabeza a sus verdugos, como Cicerón en la vía Apia.[599]

España no lo entendió así por aquella vez. ¡Ah! si en la anterior guerra con los yankis se hubiera percatado de aliarse con los pequeños, con los microbios, ya que contra ella se confabularon los grandes, al solo anuncio de su decisión habrían temblado aquellas metrópolis americanas, que se reían de la llegada de unos pobres cruceros, sin cañones ni carbón, perseguidos y mareados como atunes en los mares de la gran Antilla. Afortunadamente, se ponía ya fuera de quijotadas, dentro de las frías realidades y, recobrando su viril empuje, exclamaba con el lenguaje de los romanos: *adversus hostem, aeterna auctoritas esto.*[600] Europa pensó su mano y retrocedió. Había bombardeado algunos puertos, desembarcado destacamentos, puesto, en medio de la indisciplina, su ejército en marcha hasta el Ebro; pero donde sentaba la planta las gentes retrocedían y lo dejaban sembrado todo de miasmas deletéreos, y allí quedaban la mitad de los combatientes sin vida, y los campamentos trocados en inmensos lazaretos sucios, llenos de enfermos pustulosos, amarillentos, desencajados, presa de la disentería y de la fiebre. La retirada de aquellos soldados fue más desastrosa que la del ejército

[598] El río Mosa (en francés, Meuse; en neerlandés, Maas). Río de Europa en la vertiente del mar del Norte.

[599] Cicerón, tras el asesinato de Julio César, pasó a figurar en la lista de los proscritos durante el Segundo Triunvirato (Octavio, Antonio y Lépido). Murió cerca de Fornia a manos de los sicarios de Marco Antonio, que se vengó así de los discursos en que el orador lo había atacado.

[600] *adversus hostem, aeterna auctoritas esto:* por esto eterna autoridad contra el enemigo. Consignado en las XII Tablas, fue mal interpretado, pues sólo vedaba al extranjero la adquisición de prescripción de las cosas pertenecientes a un ciudadano romano. El término "hostis" tenía la idea de "huésped".

napoleónico después de la campaña de Rusia,[601] y entre tanto las ciudades europeas lanzaban gritos de horror y pedían ansiosas la paz viendo crecer aquellas epidemias y sus comercios paralizados, las fábricas inactivas, sus populachos iracundos y sus masas de habitantes azoradas en aquellos días luctuosos de pánico universal.

España depuso sus armas mortíferas cuando se vio libres de enemigos, e hizo un bien a la causa de la fraternidad de los pueblos: porque convencidos los gobiernos de que había para las naciones débiles una suprema alianza con lo invisible, armas fáciles de obtener en los laboratorios, contra las que eran inútiles los adelantos de la balística, de la arquitectura naval y de la mecánica aplicada al arte bélico, el oro de los grandes presupuestos de guerra y las altas organizaciones militares; penetrados los estadistas de que no había murallas, ni corazas, ni cuadriláteros, ni cercos, ni trincheras, ni armadas, ni ejércitos que pudiesen afrontar la lucha contra esos medios baratos y expeditos de universal destrucción, pensaron en el desarme general, en la supresión de los presupuestos de guerra y marina costosísimos, y alboreó el día de firmarse las paces perpetuas, tanto tiempo soñadas y predicadas por los filántropos.[602] Así, lo que pareció un plan criminal, un recurso diabólico, una idea hija de la desesperación de aquellos descendientes de los numantinos, resultó al cabo auxiliar eficacísimo de la unión, de la concordia y del amor entre los pueblos civilizados, demostrándose una vez más que no hay mal absoluto en la vida y que, en su relatividad, puede trocarse el mal en bien o en ocasiones de bienes desconocidos.

Hecha la paz con España y salvados por ésta incólumes sus territorios, se celebraron grandes fiestas sociales. Cosa extraña: a la fiebre anarquista que se había padecido sustituyó, como en el enfermo limpio de calentura, un afán de reconstitución, un deseo de vida sana y activa, nuevos proyectos de trabajo y más felices ideas. Ya la Convención obrera convocada no fue como la otra disuelta a tiros por las turbas. El pueblo, convencido de su independencia, palpándose dueño de sí propio, no disparataba ya, ni se entregaba a los excesos que, como los saltos y contorsiones del prisionero libertado, no eran quizás sino actos instintivos, probaturas desatinadas de moverse a sus anchas para tomar posesión de su libertad y de su autonomía, coartadas antes.

En aquella Convención fue Canuto delegado de su querida Miralmar, y allí pudo concluir aquel discurso que no le dejaron acabar los secuaces de Tirabeque. Después de sus luchas y de sus experiencias, se ratificaba en lo dicho entonces. No había poderes sobre la sociedad; todo poder civil tenía carácter inverso al de autoridad, condición mera de apoderamiento. Poco importaba que fuera un rey o un presidente el apoderado supremo; lo que sí convenía sostener es que sus funciones eran de simple administrador. "Dadme un rey, decía, a la usanza de nuestros viejos reyes castellanos, sin las falsas ideas del origen de su autoridad, que sigan los consejos de las leyes de Partida, faciendo bien a cada uno según lo mereciese; que taje los malos con la espada de la justicia e arranque los torticeros echándolos de la tierra";[603] que ame e honre e guarde a su pueblo y que no cobdicie cosa que sea contra derecho, y yo le aceptaré sin escrúpulo.[604] Pero no

[601] Napoleón I (1769-1821) rompe con Rusia a comienzos de 1812 y le declara la guerra. El clima ruso y la falta de abastecimientos le harán perder medio millón de hombres.

[602] Kant publicó en 1795 *Sobre la paz perpetua*, libro que Ledesma había leído con atención.

[603] "e taje los malos del reino con la espada de la iustícia e ayrando loos tortiçeros, echandolos dela tierra porque no faga danno enella" (Segunda Partida, 2, 10, 3).

[604] Palabras de la Segunda Partida de Alfonso X.

me le pongáis autómata constitucional, sometido al flujo y reflujo de turnantes oligarquías o de políticos ambiciosos; no pueda escamotear la voluntad del pueblo, que es el poderdante, con ese cubileteo del sistema representativo, que acabamos de derribar, con sus dos cámaras y su falso sufragio y sus juegos malabares de ministros responsables *pour rire*[605] y de un poder judicial que no puede nada contra el que manda; ni me instauréis tampoco, bajo esas bases, una República burguesa, que sería su equivalente. Establezcamos un conjunto de sociedades de pueblos con administradores rectos, con libertad de los asociados para destituirlos y residenciarlos, y sea la patria toda una gran coalición de todas esas sociedades industriosas, administrada también por apoderados integérrimos, que en vez de mandar obedezcan.

En las falsas ideas de autoridad que nos regían, esos apoderados tenían a su disposición la fuerza pública, las bayonetas para mantenerse en sus funciones. Es como si mandatario se armase hasta los dientes contra su mandante, so pretexto de administrarle mejor sus bienes y derechos. No; es el mandante el que debe disponer de la fuerza contra el mandatario, por si éste pretende hacer uso indebido de sus poderes o usurparlos, desoyendo su revocación. Por eso el ejército debe ser el pueblo mismo armado, y los gobernantes permanecer inermes, sin más escudo que su bien obrar, ni más salvaguarda que la voluntad de sus administrados. Éste es un punto capital de la nueva Constitución: que el pueblo, árbitro de sus destinos, tenga en sus manos el supremo imperio de la fuerza, y que sus mandatarios, sumisos y respetuosos, hallen siempre imposible constituirse con ella en árbitros o tiranos.

No basta aun esto: es preciso, como se les priva de la fuerza, privarles de las mañas o habilidades para falsificar la voluntad de sus mandantes; es indispensable hacer incorruptible el sufragio. ¿Cómo? De igual modo que el apoderado no interviene en el otorgamiento del poder, que es acto unilateral del poderdante, tampoco el que gobierna debe mezclarse en las funciones del voto popular, ni aun con el pretexto de garantizar su libre emisión. Nada de colegios electorales presididos por funcionarios de carácter oficial; nada de escrutinios ante otros similares, ni siquiera ante magistrados que acaban por ceder a la presión de los que mandan. El voto que se emita en el seno de los gremios, pero no para establecer un sufragio indirecto que desvíe cada vez más y desfigure la voluntad pública, sino para que cada gremio extienda el acta de los votos obtenidos en él por cada candidato, y el sindicato municipal de gremios las reciba todas, y haga las sumas, y así las comuniquen los sindicatos municipales al central, con las actas respectivas, y se practiquen definitivamente los escrutinios en él y resulte el elegido. De este modo, el sufragio es directo; pero se ejerce de manera que el poder público, que no pertenece a ningún gremio, no puede inmiscuirse en esta función.

Luego necesitamos romper el artificio de aquellas dobles Cámaras y formar una sola y única de representantes directos, y que ésta sea la que nombra el mal llamado *poder ejecutivo*. Será la Asamblea de apoderados del pueblo y designará de su seno, por todo gobierno, una comisión de ejecución de sus mandatos. Estos comisionados sustituirán a los antiguos ministros, pero ¿de qué modo? No siendo como eran los muñidores de aquellas asambleas, sino sus servidores y dependientes, los ejecutores de sus acuerdos, siempre bajo el poder moderador del pueblo mismo, que, por cima de todos, manda en sí y que a todos vigila y residencia.

Aun esa Asamblea no ejercerá sus funciones legislativas y administrativas con independencia de la voluntad del país. Siempre y en cada caso podrá ésta manifestarse e

---

[605] responsables *pour rire*: responsables *de broma*, es decir, que no responden ante nadie.

imponerse por cima de la masa de sus apoderados; pues cuando un solo gremio lo pida, las leyes y los acuerdos de aquella asamblea se someterán a la revisión del voto público, al llamado *referéndum*. Así no existirá ni sombra de renuncia perpetua ni temporal de la soberanía del país, que estará constantemente en ejercicio.

Y en cuanto a las funciones judiciales, los gremios nombrarán sus propios jueces y tribunales de apelación, y jueces y tribunales mixtos entre sí, y pleitos y causas se someterán a ellos, y se fallarán en el seno de aquellas colectividades, y el Supremo Tribunal, al que podrán ir en última instancia los negocios, será designado del seno de aquella Asamblea legislativa, por ella misma, como mandatario de la sociedad toda, volviéndose a llamar estas funciones "Administración de justicia", como antes, pero en más noble concepto, y dándose también la última apelación al referéndum, al voto público, en determinados casos gravísimos en que haya de intervenir directamente la conciencia nacional.

La cuestión social estaba resuelta por sí misma. Del sedimento del oleaje revolucionario habían quedado, como bases, la propiedad privada de la casa, almacén de aire y sol del individuo y la familia, y la propiedad colectiva de los instrumentos de la producción, tierras, minas, fábricas, industrias y explotaciones. No había que hacer novedad; que siguiera funcionando aquel régimen en que todos eran trabajadores, y la nación prosperaría como aquella colonia de Miravilla, pequeño y admirable ensayo de colectivismo.

Y en cuanto a la cuestión religiosa, el pueblo con buen sentido no había prestado atención a las excitaciones de un anticlericalismo exaltado. La religión era el fundamento de todo. Sin la fe en Dios, en la otra vida y en el alma inmortal todo se oscurecía, como si el sol se apagase, y ni había razón para arreglar la vida a una moral sin fundamentos, ni para mantener la sociedad en leyes de armonía sin base cierta. El hombre tenía que volver, sin religión, al imperio de la animalidad; renegar de todo altruismo y poner sus pasiones y apetitos como norma de sus actos; y semejantes consecuencias eran el desquiciamiento de aquel mismo socialismo basado en la fraternidad, el amor, el deber y la justicia."Dejemos, pues, al espíritu religioso hacer su obra, exclamaba Canuto, y no creamos que con derribar conventos y altares ganaremos nada para nuestros ideales grandiosos."

Éstas y otras cosas dijo con estilo sincero, con palabra vibrante y convencida, con elocuencia natural seductora, y la Convención le siguió muchas veces en sus aplausos, y de aquel caos anterior de la anarquía y de la guerra surgió la obra regeneradora de la paz y del derecho y se escribieron en un Código fundamental los nuevos principios de la sociedad nueva.

CAPÍTULO V

Canuto ministro

Canuto fue nombrado mandatario de la Gobernación (antes *ministro*). La Convención le votó por unanimidad. ¿Quién mejor podía llevar a la práctica aquella nueva organización jurídica que el mismo que le había dado forma feliz en su célebre colonia? ¿Y quién más a propósito en aquel Ministerio para garantizar la pureza del sufragio en las inmediatas elecciones de la Asamblea que había de representar al país en

las funciones de designar la Comisión ejecutiva y legislar bajo el poder moderador y supremo del pueblo todo?

Canuto aceptó su cargo interino, bajo el juramento solemne de no volver a recibir tal apoderamiento. Sería un ministro a quien no importaría personalmente nada el resultado de aquella gran elección, pues moriría para la vida pública tan luego dejase terminada su obra de garantir al pueblo su omnímoda libertad y soberanía.

Apenas se divulgó el nombramiento, acudieron comisiones en masa a felicitarle. Las puertas del ministro estaban abiertas de par en par a todo el mundo, y el más ínfimo ciudadano, al ser recibido, era obligado a ocupar la poltrona ministerial; mientras Canuto, modestamente, en una silla a su lado, parecía el servidor. ¿Por qué no hacer de tal, si lo era? Ministro quería decir *apoderado*, administrador, y el que allí entraba, de cualquier clase social que fuese, era uno de los mandantes, de los amos, y debía ocupar aquel puesto y el ministro el suyo, más inferior, de servidor y respetuoso.

Las momias de Don Primitivo y Doña Gertrudis seguramente se incorporaron regocijadas en sus fosas al saber que al fin había llegado aquel hijo querido a la meta de sus altos destinos. El ex droguero podía dormir ya satisfecho el eterno sueño de la tumba viendo que su descendiente había restaurado definitivamente el lustre de la familia y puesto en el cielo la copa de su árbol genealógico; pero si hubiese podido presenciar aquellas escenas y otras no menos interesantes de las funciones ministeriales de Canuto, habría quedado un tanto desencantado, pareciéndole que en vez de subir su vástago al pináculo del poder, del influjo y del valimiento, había bajado al nivel de un dependiente de una gran fábrica, donde todos los obreros fueran los amos y él como un modesto tenedor de libros.

Barbas tristes le visitó y abrazó; no por el encumbramiento, sino porque esperaba de él grandes cosas en pro del bien público. Con las mejores leyes, decía, bajo el más justo régimen, todo se malea si los hombres que intervienen en su ejecución y dirección son perversos. Catón,[606] tirano, hubiera realizado siempre la justicia en Roma; Catilina,[607] servidor de la República, hubiese sido en todas ocasiones el gran perturbador, desenmascarado por el príncipe de la elocuencia[608] ante los padres conscriptos.[609] Lo que hacía falta en todo caso, para mantener el bien social, era el *vir bonus* y en Canuto se personificaba.

Aquella conferencia no fue infructuosa. Canuto, con el auxilio de Barbas tristes, esbozó un proyecto de construcción de nuevas ciudades obreras, higiénicas y sencillas. Eran conjunto de casitas sueltas, como las de Miravilla,[610] pero simétricamente colocadas, con grandes espacios intermedios, sin superposiciones de numerosos pisos,

---

[606] Marco Porcio Catón (-234 a -149), llamado *Catón el Viejo*.

[607] Se rumoreó que Catalina pretendía asesinar a los dos cónsules en ejercicio y constituirse en dictador. Craso financió su ejército, constituido por colonos y campesinos arruinados. Catón el Joven, líder de la nobleza senatorial y Cicerón dirigieron sus acciones contra él y Cicerón desveló sus planes ante el senado. Catalina acabó suicidándose tras la derrota de su ejército ante Antonio.

[608] Cicerón en sus conocidas *Catilinarias*.

[609] *padres conscriptos*: los senadores.

[610] El tipo de vivienda habitual para el proletariado urbano almeriense es la casa conocida como "de puerta y ventana". Solían disponerse en hilera, en forma de paralelepípedo alargado.

ni pegaduras de medianerías. Un piso bajo y otro alto, paredes encaladas y sin pinturas, suelos de *pórtland*, techos de hierro y bovedilla, y aire y sol por todas partes. Entre ellas, jardines amplísimos y calles y caminos y tranvías, y unas a otras dándose la mano y realizando casi el ideal aquel de los campos recibiendo en sus brazos amorosos todos los albergues humanos y prestándoles por igual oxígeno y luz salutífera. Las grandes fuerzas de los saltos de agua, de las corrientes de los ríos, del batir continuo de las olas del mar, y del intermitente soplar de los vientos serían llevadas, por tenues alambres, a esas nuevas poblaciones y distribuidas en luz, en motores fabriles y en impulso de la nueva máquina que ya ensayaba Barbas tristes, para extraer de la tierra, del agua y del aire los elementos químicos y hacer las síntesis orgánicas necesarias a la nutrición. Los obreros todos tendrían habitación y alimento abundante y para vestir ahí estaba el económico rayadillo en verano, o el burdo paño al alcance de todos en invierno. Así vestía el ministro también, como una especie de cuáquero,[611] y otro de sus grandes proyectos era la abolición del lujo.

Quedaría prohibido el uso de trajes y trenes lujosos en tanto existiese un pordiosero en España. Pronto llegaría el tiempo en que todos, trabajando con asiduidad, tuviesen lo necesario y lo superfluo; pero no debía nadie gastar lo superfluo mientras careciese alguno de lo necesario. Casi toda la sangre humana se iba por esta vía de lujo y de las artes suntuarias. Había que cortar ese cáncer, y las fábricas y talleres sólo trabajarían en lo útil, economizando las fuerzas perdidas en lo estéril y aparatoso.

Cuando lo necesario estuviese asegurado para todos, y aun hubiera exceso de producción, empezarían a reducirse las horas de trabajo hasta un *mínimum* que permitiera considerar la labor humana como entretenimiento y ejercicio. Después, todavía con este *mínimum*, trabajando todos, no hurtando a la producción social fuerzas la vagancia, la ociosidad, ni los quehaceres inútiles, vendría la riqueza general, y con ella redundarían las artes suntuarias su espléndida eflorescencia, para que todos gozasen de sus dones. Las ciudades se embellecerían, los museos y bibliotecas abrirían sus puertas a la masa social descansada; el obrero sería a la vez, con tiempo suficiente que dedicar a las tareas del espíritu, culto y artista; y la Humanidad, redimida de sus miserias y de sus brutales esclavitudes, reconquistaría el *Paraíso perdido* que Milton[612] cantaba, mejorándolo y perfeccionándolo con sus progresos.

Entre tanto, no sería tampoco la nación un conjunto de tristes y hacinados falansterios; ni la masa social un ejército de uniformados individuos de inclusa, ni de fatigados trabajadores sin más horizonte que las paredes del taller, ni más vida que la eterna tarea de la producción. No; el nuevo régimen, al llamar a todos a voz de campana a las fábricas y a los campos abreviaba desde luego las horas de trabajo de los obreros, compensándolas con las iguales impuestas por la necesidad de vivir a los holgazanes y ociosos. Reducidas a un común denominador, dejaban espacio para el descanso y el recreo, y con cuatro o cinco horas útilmente empleadas por todos había suficiente para la holgura y el bienestar general.[613] La masa proletaria antigua respiraba gozosa, los

---

[611] Del inglés *quaker*. Miembro de una secta religiosa unitaria, nacida en Inglaterra a mediados del siglo XVII, fundada por Jorge Fox y extendida por los Estados Unidos de la mano de Guillermo Penn, sobre todo en Pennsylvania. Sin culto externo, ni jerarquía eclesiástica, ni sacramentos, sin creencias fijas, pacifistas, de costumbres severas y sencillas, se autodenominaban "la sociedad de amigos".

[612] John Milton (1608-1674), autor del poema épico *Paradise Lost, El Paraíso perdido* (1671).

[613] Kropotkin, en el apartado "Las necesidades del lujo" de *La conquista del pan* escribió: "Ya hemos dicho que trabajando *cuatro o cinco horas* diarias hasta la edad de cuarenta y cinco a cincuenta años, el hombre podría cómodamente producir todo lo necesario para garantizar *el bienestar* a la sociedad".

ricos expropiados, agotados los bonos de consumo de sus expropiaciones y precisados a trabajar, no padecerían ya gota ni obesidad, ni morirían en sus poltronas apopléticos;[614] los mismos sabios y filósofos, los Salomones y los Ascárides, ocupados algunas horitas diarias en la labor manual, sanearían sus cerebros llenos de telarañas metafísicas y no proclamarían audazmente dioses, ni "última y suprema manifestación de lo absoluto".[615]

Suprimida la moneda, desaparecían con ella innumerables vicios: la avaricia, el juego, la usura, las corrupciones del oro, las catástrofes y las lágrimas de las familias. Nadie podía atesorar ni arruinarse; el pan estaba seguro para los individuos y las familias, con el trabajo moderado e higiénico; e inutilizado el trabajador, o llegado a cierta edad, el ahorro social le proporcionaba el sustento por medio del retiro o del socorro obligatorio, caridad con vínculo jurídico.

Todos habían de trabajar manualmente, hasta los ministros, los funcionarios públicos y sacerdotes, cumpliendo el precepto evangélico "Ganarás el pan con el sudor de tu frente". Tan sólo estos obreros de la inteligencia emplearían la mitad de la jornada en los trabajos físicos y la otra mitad en sus estudios, funciones sociales y obras del espíritu. Canuto mismo, antes de asistir al Ministerio, desde muy de mañana acudía a su taller vestido de blusa, y a las órdenes de su capataz hacía su faena y se sentía saludable y contento, y almorzaba con apetito sobre la limpia mesa de su modesto comedor, al lado de su amada Angelita, que sonreía satisfecha.

No tenía más sueldo que su bono de consumo; y como todos ganaban lo mismo y no había criados ni amos, Angelita arreglaba la casa y cocinaba a su placer, y servía de vez en cuando a su esposo algún platillo de almíbar, como aquél de las Comendadoras, que sabía al ministro a miel de la Alcarria.

¡Qué diferencia de esos ágapes en familia, que aunque frugales todos podían disfrutar, a los almuerzos de *Lardhy*, ansiados por Lope para engullirse faisanes y *paté de foie gras* durante el imperio de una República burguesa, mientras cien mil obreros en las ciudades afligidas por la penuria se tambalearan de hambre o fuesen llevados a los tribunales y a presidio por crímenes como el de interrumpir con el hurto de una vianda los caprichos gastronómicos de algún bolsista!

Canuto dedicóse no sólo a regularizar la vida económica del país con proyectos de leyes societarias, sino también la vida moral con una completa reorganización jurídica. Rompió los viejos moldes de nuestro anticuado derecho civil, y las personalidades colectivas recibieron grandioso espacio para desenvolver su vida y sus energías; transformó el derecho de propiedad, en armonía con el nuevo régimen, declarando inenajenable la casa familiar, y derrumbó por completo aquella Ley Hipotecaria, absurdo aborto de otras épocas.[616]

---

[614] *apopléticos*: con suspensión súbita más o menos completa de la acción cerebral, debida a hemorragia, embolia o trombosis de una arteria del cerebro.

[615] Ledesma critica el endiosamiento a que conducían las tesis mantenidas por Johann Caspar Schmidt (*Max Stirner*) (1806-1856) en *El único y su propiedad* (1845), que escandalizó con su radical individualismo anárquico, enfrentado al universalismo hegeliano que disolvía al individuo.

[616] Escribe Ledesma en el cap. VII, "Reformas jurídicas. Continuación", p. 84, de *Los problemas de España* (Almería, 1898): "La Ley Hipotecaria, queriendo, pues, favorecer el crédito inmobiliario, lo cristalizó en formas tales, que si bien depurado y diáfano, lo hizo casi inútil. ¡Cuántos mejor sería asentar los Registros de la Propiedad sobre nuevas bases, que permitiesen la cotización del valor mínimo de la

De la testamentifacción[617] sólo quedó el principio de la voluntad del finado para transmitir su propiedad mobiliaria, declarando de la familia la casa, almacén de aire y sol; autorizando a testar sin fórmulas y como quiera constase el deseo del difunto. Amparó a la viuda y a los huérfanos con mejores instituciones que los gananciales, las tutelas[618] y los inútiles consejos de familia.[619] Ya para el ejercicio de las acciones refundió todos los procedimientos en uno solo, sencillo y rapidísimo, aunque los pleitos con las nuevas leyes civiles podían considerarse definitivamente acabados.

Su proyecto de Código Penal[620] fue un portento. Distinguía al criminal nato e irredimible del ocasional; pero suprimía las penas aflictivas, y desde luego la de muerte.[621] ¿Qué se ganaba con martirizar al que delinquió? ¿Qué cruel sociedad había sido la que hasta entonces consideró justo hacer daño a un ser humano, por la sola razón de que éste lo hizo? No había derecho a castigar con el mal; ése era el viejo Talión.[622] Cristo perdonó siempre y mandó devolver bien por mal. Una sociedad cristiana debía hacer lo mismo; jamás decir "te castigaré", en el sentido bárbaro de la palabra. En toda causa debía dictarse sentencia declarando el crimen y el bien de la pena que había de imponerse, como en toda enfermedad se declara el daño y la medicina. Por eso, la pena consistiría en la evitación racional de futuros y nuevos males de parte del delincuente y en su corrección y mejoramiento. Si éste lo era nato e irredimible, habría que recluirle perpetuamente, no en hediondos calabozos, ni en celdas lóbregas, ni con carceleros tiránicos, en establecimientos cerrados e higiénicos, con vigilancia suficiente, donde prestase su jornada de labor, ganando su pan, a la vez que se le prestaba la asistencia moral y religiosa. El más perverso no estaría privado de ello; que la declaración de irredimible no era tan absoluta que no dejase paso a la esperanza. Estaría separado de la sociedad, como fiera dañina, a quien no se da suelta pero tampoco se mortifica, y se tendría en cuenta que esta fiera era un ser humano. El ocasional recibiría la libertad cuando quedara mortificado y redimido. El llamado *nato*, sólo en determinados casos y

---

propiedad y su libre disposición a cada momento!". La ley databa del 8 de febrero de 1861. Frente a la opinión de Ledesma, hoy se cree que dicha Ley Hipotecaria y su desarrollo reglamentario se revelaron como un instrumento jurídico válido para impulsar el crédito territorial y para afianzar la propiedad y los derechos reales sobre los inmuebles, al introducir seguridad en el tráfico inmobiliario gracias a los efectos jurídicos que derivan de la publicidad del Registro de la propiedad.

[617] *testamentifacción*: facultad de disponer por acto de última voluntad o de recibir herencia o legado.

[618] *tutela*: autoridad que, en defecto de la paterna o materna, se confiere para cuidar de la persona y los bienes de aquel que por minoría de edad, o por otra causa, no tiene completa capacidad civil.

[619] *consejos de familia*: reuniones de personas que intervienen por la ley en la tutela de un menor o un incapacitado.

[620] Sobre el Código Penal de 1870 escribe Ledesma en el cap. VI "Régimen jurídico: Gracia y Justicia. Reformas", pp. 74 ss. de *Los problemas de España* (Almería, 1898): "Tenemos un Código Penal anacrónico". Y solicita una evolución del mismo "más en harmonía con los progresos de la ciencia en su tendencia sana espiritualista". Lamenta también el abandono de los establecimientos penitenciarios –enclavados muchas veces en viejos monasterios y conventos-, que piden el "más urgente remedio". Coincide Ledesma en esta llamada de atención con los más diversos reformadores, filántropos, higienistas y espiritualistas.

[621] Ledesma la combate en el artículo XXXII, "La pena de muerte", de *El libro de los recuerdos*, pp.159-162.

[622] *Talión*: pena que consiste en hacer sufrir al delincuente un daño igual al que causó (*ojo por ojo, diente por diente*).

después de largas pruebas.

Entre los delitos más cuidadosamente evitados, pues ya no podía decirse *castigados*, estaba el duelo. Empezaba por declarar fuera de la ley las Academias de esgrima, considerando circunstancia agravante de las lesiones y homicidios el ser causadas en desafío; y creaba Tribunales de honor, que conociesen de las injurias y calumnias, y que descalificasen a los ofensores.

Su obra maestra fueron las leyes gremiales. Con ellas no venía a ser España un conjunto atómico de individuos, ni los municipios, provincias y regiones agregaciones exóticas, dependientes sólo de creaciones históricas informes. La nación, a semejanza del organismo humano, se formaba de células reunidas en órganos aptos para sus respectivas funciones. De las células, individuos, se formaban los órganos primarios de la producción y consumo, gremios, y de éstos los municipios surgían espontáneamente, sin intervención del llamado antes *poder central*. Las provincias desaparecían; eran divisiones arbitrarias; quedaban los municipios solos formando la región histórica, y las regiones históricas formando la patria. ¡Ah! cuando este socialismo fraternal salvara las fronteras, la patria se extendería a la raza, al continente, a la Humanidad, al globo entero. Hasta que eso llegara, aquélla era la última expresión de la personalidad colectiva de todos los gremios.

El gobierno central sólo tenía inspectores regionales. Sus funciones eran de mera vigilancia; como una especie de fiscales, advertirían a la comunidad gremial y ésta resolvería sin inmiscuirse la fiscalía en sus funciones. Sólo en casos graves llegaría la queja a la Asamblea general, a la Convención nacional, para que determinase lo procedente. Ésta era la verdadera descentralización, y la independencia del pueblo, que siempre tendría derecho a revisar las decisiones mismas de la Asamblea por medio del referéndum.

En cuanto al ejército, lo organizó tomando los consejos del cura: milicias locales, dependientes de la representación gremial respectiva, y nada de cuarteles, ni de batallones en pie de guerra, ni de plaga militarista. No costeaba el Estado su manutención, ni el uniformado, ni el armamento personal, sino que cada soldado servía en filas desde su domicilio, y el municipio gremial atendía a su vestuario y sus armas, guardándose éstas en los parques. Así no era la fuerza un instrumento de los administradores contra la nación, sino de la nación misma contra sus administradores en caso de abuso; y tampoco el pueblo estaba siempre en armas para promover disturbios, ni se robaban al trabajo ni a la agricultura los mejores brazos, siendo compatibles esas tareas con el servicio de la patria. Con tal organización no se veían fusiles ni regimientos por ninguna parte; las fábricas, los campos aprovecharían en la paz el jugo de aquellas fuerzas humanas, y se creería, recorriendo la península, que en ella no había defensas militares, ni ejército; pero en el momento del peligro, como por ensalmo, saldrían soldados y batallones de todos los hogares, y se tendría en pie de guerra un millón de hombres, y sería imposible una invasión extranjera. A más de eso, un cuerpo de excelente policía velaba por el orden interior.

Pero la mejor defensa de la nación estaba en su prosperidad e independencia económicas. Suprimida la Bolsa y sus agiotajes; saldada la deuda exterior, para desligar al país de complicaciones internacionales; proyectada la expropiación de los tenedores de papel interior, pagándolo al tipo último de cotización, con bonos de consumo; y convertidos en colectivos todos los instrumentos de la producción nacional, el nuevo Estado se proponía libertar a la nación de toda servidumbre moral y material, hacerla

producir dentro de sí misma cuanto necesitase en la debida proporción, para suprimir toda importación extranjera. Una nación, produciendo dentro de sí su trigo y demás artículos de consumo, sus algodones, hilados y demás géneros para vestir, sus hierros, aceros y minerales para sus maquinarias e industrias, y su carbón y sus fuentes motoras para sus fábricas y artefactos, tendrá la verdadera independencia, y en caso de guerra podría cerrar sus fronteras, o verlas bloqueadas, sin temor, y defenderse dentro de su casa, siempre bien provista. "Cultiva tu jardín y llena tu despensa" era la síntesis de este programa regenerador, que a todos entusiasmó.[623] Verdaderamente, tales ideas eran albores y destellos de un nuevo día.

En todos estos proyectos y reformas andaba atareado Canuto, cuando recibió la visita de sus celebérrimos cuñados, los horteras de las corbatas relampagueantes, elevados a clases conservadoras por las felices jugadas de las Cubas. Andaban todos sofocados, habían engruesado extraordinariamente y, como hombres de peso, querían abordar con el ministro y el pariente una cuestión importante. ¿No se reedificaría la Bolsa? ¿No se arreglaría el asunto con los tenedores de la Deuda? Verdad que esto pertenecía al Ministerio de Hacienda; pero Canuto era el alma de aquel Gabinete y su opinión e influencia serían decisivas. Aquella revolución les había arruinado; la mayor parte de su capital lo tenían en papel del Estado, cuyos cupones no se pagaban; de sus fincas rústicas habían sido expropiados; les dieron unos bonos de consumo, que muy pronto se consumirían, y después, ¿habían de ir a trabajar, como cada quisque, en los talleres o explotaciones colectivas, ellos, los yernos de Don Primitivo, los adinerados de Miralmar, hechos unos pobretes?

Canuto les consoló con una afectuosa sonrisa. ¡Qué diablos! Era preciso conformarse con las veleidades de la fortuna. Así como así, vosotros, dijo a sus hermanos políticos, nada teníais; barríais la tienda por las mañanas y estabais vendiendo drogas hasta el oscurecer detrás del mostrador. La herencia, las Cubas, todo aquello fue un capricho de la suerte; ella os lo dio y ella os lo quita. Estáis en paz. Antes heredasteis el fruto del trabajo de mi padre; después la colectividad hace suya esta herencia y os da su valor en bonos de consumo; nada os usurpa. Y si la guerra hispano-americana os regaló las Cubas tiradas por el suelo, la revolución social las pone ahora al mismo nivel y nada habéis perdido. ¿Que los bonos de consumos se consumen? ¡Qué vamos a hacerle! ¿Queréis que críen como los conejos? ¿Queréis un capital a la usanza antigua, que con réditos acumulados llegue a las nubes? No puede ser: el trigo se siembra y produce trigo; pero la moneda enterrada no produce moneda. Es el trabajo el que da la cosecha; sea el trabajo de todos el que dé verdaderos productos, intereses o réditos, como queráis llamarles; mas el dinero no, el capital de ningún modo; porque ya castrado, reducido a bonos de consumo, es el eunuco del antiguo serrallo.

Y dando unas palmaditas en las espaldas a sus queridos colaterales, les fue llevando el ministro suavemente hasta la puerta, donde les dijo adiós.

También recibió Canuto la felicitación de Eduardito y ésta sí que le hizo reír de veras. Le deseaba felicidad y acierto; nada le pedía; la única aspiración de su vida era aquel Registro de la propiedad con que soñó al empezar su carrera, y aquel idilio de las anotaciones y cancelaciones mientras María Josefa punteaba a su lado la ropa de la casa. ¿Habría hombre más desgraciado que él? Bien sospechó que si alcanzaba ese Registro

[623] El programa consiste en la suma de los consejos de Voltaire al final de su *Candide* ("Cultiva tu jardín") y una parte del sugerido por el regeneracionista Joaquín Costa ("Escuela, despensa y doble llave al sepulcro del Cid").

le daría a la gente por no hacer escrituras. Su infortunio era mayor aun y más irremediable; porque ahora que tenía de ministro al amigo de la niñez y que podía haber hecho su oposición a aquella ambicionada plaza sin temor a componendas, influencias ni injusticias, ¡ay! ahora que podía ganar su Registro de la propiedad deseado, ¡no había propiedad en España precisamente!

La condesita ponía a la carta de su marido una posdata importante. Rogaba al ministro y al amigo no se ocupase sólo de los trabajadores, sino también de los que no pueden trabajar. Podía la nueva sociedad, repartiendo entre todos la labor de todos y dando a cada obrero por su trabajo diario su bono de consumo, llevar la abundancia y la holgura al seno de las familias trabajadoras. Pero los ancianos, los huérfanos pequeños, los enfermos, los impedidos necesitaban instituciones protectoras. María Josefa exponía un plan completo de asistencia tutelar del Estado, sin parecerse en nada a los Hospicios y Casas de maternidad, tristes prisiones.

Canuto, que sobre estas ideas consultó también con Angelita, porque en todo lo que era caridad y ternura creyó siempre que debía tener voz y voto el alma de la mujer, redactó aquellos proyectos generosos que atendían a esas urgencias.

Para ello aprovechó el asueto que le dejaban las elecciones, ya convocadas, de delegados de la Asamblea Nacional (*diputados* antes). Cabalmente en esos días el ministro nada tenía que hacer; por algo la sociedad había cambiado y también las costumbres. En otros tiempos, en los días de elecciones de diputados, era un hervidero el Ministerio de la Gobernación. El telégrafo funcionaba sin descanso, los gobernadores estaban al habla con el subsecretario y el ministro, y éste no comía, ni dormía, ni salía de su despacho, ni descansaba hasta que, cumplidas sus órdenes, ejecutados sus planes estratégicos, secundado por gobernadores y caciques, recibía los resultados de las provincias. Al sumar los adictos y confrontarlos con el encasillado y verlos coincidir y hallar asegurada una inmensa mayoría sobre todas las oposiciones juntas, respiraba ya y podía llamarse triunfador y recibir las enhorabuenas del Presidente.

Después de la revolución social, el papel de ministro de la Gobernación era, en tiempo de elecciones, más descansado. El telégrafo estaba sordo; los empleados del Ministerio mano sobre mano, se entretenían en hacer solitarios; y el ministro hubiera podido dormir todo el día sobre su poltrona, en su despacho desierto, si no hubiera preferido ocupar las horas muertas en redactar aquellos proyectos laudables de organización de la caridad pública.

Canuto, para enterarse del resultado de las elecciones generales aquellas, tuvo que mandar por los extraordinarios de los periódicos de la Corte, que adelantaban las noticias y los datos, por telegramas recibidos directamente de las regiones. Por supuesto que en aquellas largas listas de candidatos triunfantes no figuraba la designación de adictos, ni de oposición; porque no podía saberse lo que cada uno pensaría en la Asamblea, ni qué partidos se formarían en el seno de ésta, ni qué hombres serían los llamados a formar la Comisión administrativa, antiguamente titulada *Gobierno*. El pueblo soberano había designado sus mandatarios libremente, y entretanto el ministro trabajaba en otras cosas, y sus delegados regionales recibieron órdenes de irse de campo y de disfrutar a su placer de licencia o de vacaciones.

Los caciques emigrados comentaban en el extranjero esta diferencia punible. ¡A eso se llama *gobernar*! Eso era dejar la sociedad en manos de las turbas y del número inconsciente, mientras ellos domaban antes la rebeldía del número con las artes sutiles

de la estrategia política. Al pueblo había que darle las apariencias de la democracia, las figuras o simulacro de la libertad, la sombra del pavo en una palabra; pero ya se hacía al revés: se le daba el pavo y se dejaba meramente su sombra a los gobernantes. De esa manera valía más no meterse en nada; porque ese mando que consistía en la obediencia, ese gobierno que resultaba un servidor, esa autoridad que constituía una esclavitud del deber, no valían la pena de ser codiciados ni buscados por nadie, como no fuera por algún que otro Quijote de la sociedad, voluntario enderezador de entuertos y honorario desfacedor de agravios.

Tal consideraban a Canuto y la inquina de los arrojados de sus comederos antiguos, de los lanzados de sus puestos de usufructo y mangoneo y aun de los que en el río revuelto de la revolución pensaron pescar esos cargos, como Lope y Don Arístides, no reconoció términos contra el que calificaban de soñador de utopías políticas, caballero andante de la Dulcinea de una democracia fantástica, acorredor de viudas como la quejumbrosa España, envuelta en sus negras toscas.

Conspiraban todos ellos para derribar aquel régimen, que había dejado en ayunas a todos los políticos y a cuantos aspiraban a serlo. No podían aquellos gobernadores cesantes, aquellas falanges de empleados sin empleos, aquellas camarillas de muñidores electorales, aquellos que comieron a turno de los presupuestos, ni los que esperaban ocupar con una República salomoniana los asientos del banquete transigir con un estado de cosas que les obligaba a dejar sus mentideros, sus corrillos, las mesas de sus cafés, su bullanguero salón de conferencias y sus tertulias y garitos para ir al taller a trabajar sus seis horitas o salir al campo a echar su peonada de labor, y todo por un bono de consumo; cuando antes una credencial bastaba para asegurarles todo el consumo de varios años, y aun para ponerles en camino de hacer fortuna.

Así que al salir Canuto de su despacho del Ministerio de la Puerta del Sol, sin acompañantes, sin policía, solo, como un hombre de conciencia limpia, las masas populares le saludaban y a veces le escoltaban con afecto; pero no faltaba entre ellas algún semblante torvo que, bajo alguna apabullada chistera, le lanzaba una mirada de odio, de que él ni siquiera se apercibía.

CAPÍTULO VI

La peste en Miralmar

La guerra a microbio había sido un arma de dos filos. A decir verdad, el más tajante puso espanto en los poderosos y ahuyentó a los agresores; pero el otro filo hirió de soslayo al país, dejando en él los rastros de las epidemias. En el Norte la retirada del ejército coaligado, con sus hospitales militares y sus muertos insepultos, produjo el cólera; en el Mediodía las tropas de desembarco de las escuadras dejaron la peste bubónica. Las medidas higiénicas cortaron aquél; pero ésta, más insidiosa y tenaz, resistió algunos meses e hizo al fin explosión devastadora en la ciudad de Miralmar.

Por todos pusiéronse en práctica cuantos medios aconseja la ciencia; aislamientos, desinfecciones, cremación de ropas; pero la epidemia, al principio salpicada acá y acullá, como chispazos de una guerrilla, se generalizó como un combate de lo invisible contra lo visible; de lo infinitamente pequeño y prodigiosamente reproductible, el microbio, contra lo soberanamente grande, el hombre.

Canuto creyó obligación de su Ministerio volar en socorro de la ciudad apestada, donde le llamaban también sus impulsos de hijo predilecto y de representante agradecido. Angelita no quiso dejarle y se marchó con él, a luchar valerosa a la cabecera de los moribundos; Barbas tristes consideró ineludible deber profesional volver a su ciudad querida para prestarle los auxilios de su ciencia; Rosalía le acompañó resuelta y animosa, y Eduardito y María Josefa, que supieron la ida del ministro amigo y de su cónyuge a aquel foco del estrago, corrieron al lado de ellos empujados por el afecto, para ser también, si se ofrecía, enfermeros y soldados de la caridad.

Aquella población tan risueña otras veces, con aquel charco azul a sus pies como un espejo de Venecia, con la rotonda de aquel cielo de turquesa y las alfombras de aquellos campos de esmeralda; aquella *urbs* de modernas construcciones, donde el mármol reía, asomando en los balconajes sus blancas dentaduras; donde la piedra cantaba ostentando en columnas y cornisas sus hojarascas y sus grifos; donde las palmas mecidas por el viento abanicaban los rostros de sus mujeres, sentadas en las terrazas como odaliscas, y donde los poetas, asomados a los torreones árabes, evocaban las sombras y los genios y componían al compás de las olas musicales endechas, parecía un inmenso sarcófago, una Pompeya solitaria; mientras, poniéndose el sol por su torrejón y su castillo, figuraba la ignición de un volcán, entre cuya lava y cenizas la ciudad hallábase exámine.

Todo estaba paralizado en ella: industrias, comercio, labores agrícolas, festivales públicos, movimiento vital. Todo estaba muerto, excepto la muerte misma, que andaba con diligencia blandiendo su guadaña *pauperum tabernas, regumque turres*.[624] Las puertas de las casas se veían cerradas como impidiendo el paso al negro huésped, o entornadas tristemente como diciendo "Por aquí salió un ataúd", y sólo se oía de cuando en cuando el rodar de un carro fúnebre , que avisaba con su tintineo la ocasión de entregar los cadáveres, y en cuyo antro oscuro se amontonaban y revolvían, con sus rostros amoratados, sus manos crispadas y sus piernas rígidas, mal envueltos en sábanas, como fantasmas difuntos.

De la mayoría de las viviendas salían ayes desgarradores. Contrastaban con aquel silencio sepulcral de las calles, con aquel pausado rodar de los vehículos de las funerarias y del carro del hospital, siempre atestados de cuerpos lívidos, y con aquel trajín mudo del cementerio, donde no se daba abasto a abrir bocas de tierra que tragasen carne muerta. Las fauces mayores, las de la fosa común, estaban ya ahítas y no podían revolver entre sus negros dientes aquellos montones de tasajos, que habrían puesto erizada de placer la crin de las hienas.

Era espantosa aquella lotería de la muerte, donde cada habitante llevaba su cartón y temía a cada momento que saliese su número. Era una ruleta diabólica, en cuyo tablero estaban todos apuntados y la fatal bolilla, saltando, caía donde menos se pensaba, y eso a cada instante, sin cesar jamás el pálido banquero de dar vueltas al aparato, ensañándose en aquel juego mortífero.

Cada cual se aislaba de sus amigos, de sus conocidos, de sus centros de reunión, considerándose el contacto con otros como mayor probabilidad de contraer el mal. El que pudo se encerró con sus víveres y no escuchó lamentos ajenos, ni llamadas

[624] "Pallida mors aequo pulsat pede pauperum tabernas / Regumque turres" (Horacio, *Odas*, 1, IV, vv. 13-14): "La pálida muerte visita por igual las chozas de los pobres y las torres de los reyes".

quejumbrosas a su puerta. El egoísmo más ruin se apoderaba del espíritu más elevado y cada uno iba a salvarse él, sin contaminarse con los demás.

Huyeron no pocos e iban a manojos muertos por caminos y campiñas. En las viviendas, cerradas a piedra y lodo, entró también el terrible personaje y arrebató al que quiso; los médicos pagaron su buen contingente, abrumados por el cansancio y asaltados por todas partes del germen pestilencial; pero los héroes de aquel combate fueron los sacerdotes, los frailes y las hermanas de la Caridad.

El pueblo estaba rendido, entregado sin fuerzas a la misericordia divina; los enfermeros civiles habían desaparecido asustados; de los almacenes públicos habían huido o muerto los dependientes, y los mismos apoderados de los gremios estaban aturdidos, si saber qué hacerse, cada cual en su casa con uno o varios enfermos, muchos amagados del mal, o sintiendo la ponzoña en sus venas.

El grito de "sálvese el que pueda", si no repercutía vibrante, se propagaba a la sordina, como única solución, y los que más ponían en práctica este consejo eran los más desaforados, predicadores de la masónica fraternidad, aquellos secuaces de Don Arístides que profesaba la moral universal y la filantropía descreída. Todo se hicieron un puñado de moscas; ninguno atendía a los recados ni a las súplicas de sus amigos; se hubieran hablado revólver en mano, para asegurarse de toda aproximación, y el más guardador de su persona y despegado de todo afecto para los suyos y temeroso y azorado, en medio de aquella epidemia era precisamente Don Arístides, el valiente asaltante de conventos de indefensas reclusas.

Don Arístides andaba pálido y desencajado. Aquello era muy serio, verdaderamente aterrador. Pasar de un salto por el capricho de unas colonias invisibles de micro-organismos al no ser definitivo, a la descomposición de los átomos y del pensamiento con ellos; por la tontería de estrechar una mano amiga caer herido del azote; por socorrer a un enfermo, que ya se moría o salvaría sin necesidad de ayuda, ser presa de la fiebre pestilencial y sucumbir lleno de pústulas y de llagas hediondas, eso no entraba en su racionalismo armónico, ni podía tener fundamento ético en su moral sin Dios.

¿Qué necesidad era aquélla del sacrificio por los demás? Para convertirse en ácido carbónico, amoniaco y agua siempre había tiempo; y no podría jamás demostrarse que el ácido carbónico y demás elementos químicos componentes de la persona de un amigo o de un extraño tuviesen derecho a que les sometiésemos nuestros respectivos elementos químicos y los expusiéramos a descomposición. Allá cada uno defendiera la integridad de los suyos; ésa era la ley natural y no la de convertirse en víctima redentora.

El profesor vivía en medio de un constante sobresalto. No tener más vida que una y verla puesta a un número de aquella fatal ruleta; acostarse bueno y sano y levantarse difunto, como él decía; no tener hora segura, y sobre todo morir de muerte tan horrible, con el cuerpo ulcerado, lleno de pústulas y carbunclos, eso era para aterrorizar al más bravo. Así que no se explicaba la audacia de aquellos sacerdotes, que con el cuerpo de los moribundos entre sus brazos recibían la confesión de los pecadores y les exhortaban a bien morir; ni de aquellas hermanas de la Caridad, que ponían sus manos sobre las llagas y el pus de los bubones para curarlos y aplacar sus dolores, y que asistían a los enfermos tan confiadas como si se tratara de un simple catarro o de otra enfermedad intransmisible; y cuando veía de reojo y tapándose las narices con el

pañuelo, pasar en los carros, entre los montones de cadáveres, el de algún cura envuelto en su sotana o el de alguna monja metida en su sayal, interiormente se burlaba del fanatismo religioso, que tantas víctimas produjo en todos los tiempos y que aumentaba el contingente de ellas en aquellos días calamitosos.

Público era que el obispo, aquel obispo de la sotana rota y de los zapatos agujereados, andaba de casa en casa epidemiada animando a los apestados, dándoles a besar su pectoral y repartiéndoles medicinas y alimentos.[625] El cura de Miravilla, aquel terrible criminal procesado a instigaciones de Don Arístides, acompañaba al prelado, y se le vio valerosamente no sólo auxiliar a los moribundos, sino sacar los mismos cadáveres, con ayuda de otro sacerdote, cuando las gentes huían y los conductores de los carros de las funerarias se negaban a ese piadoso servicio. Decíase que la mitad del clero catedral, ocupado también por los barrios en asistir enfermos y consolar familias desoladas, había muerto víctima del azote, y en cuanto a las monjas caían silenciosamente, una tras otra, abrasadas por la negra fiebre, con la sonrisa seráfica en los labios, y así pasaban a la otra vida, y así iban sus cadáveres, casi sin desfigurarse, a la fosa común.

No era esto ninguna novedad, pues en todos los tiempos difíciles, en todas las calamidades se habían distinguido igualmente los soldados del altar y las esposa de Cristo. Ya Tadino,[626] hablando de la peste de Milán, decía: "A no haber sido por estos religiosos, hubiera perecido sin duda toda la ciudad", y Manzoni cuenta que "donde resplandeció más y con mayor generalidad el exacto cumplimiento de las difíciles obligaciones que imponían las circunstancias fue en los eclesiásticos, que en donde había aflicciones allí se hallaban, y siempre se vieron mezclados con los enfermos y con los moribundos, estando muchas veces enfermos y moribundos ellos mismos".[627]

El obispo de Miralmar, el santo prelado de la sotana rota, repetía a su clero las palabras de aquel valeroso arzobispo milanés:[628] "Estad prontos a abandonar esta vida mortal, más bien que esta familia, estos hijos nuestros; marchad gustosos contra la peste como a una fiesta, como a un premio, cuando haya que ganar un alma para Jesucristo".[629]

---

[625] Manzoni escribe en el cap. XXXII de *Los Novios* sobre la abnegada labor del cardenal-arzobispo de Milán Federico Borromeo: "Visitaba los lazaretos, para consolar a los enfermos y para animar a los sirvientes; recorría la ciudad, llevando socorro a los pobres secuestrados en las casas, parándose en las puertas, bajo las ventanas, escuchando sus lamentos, dándoles a cambio palabras de consuelo y de aliento. Se metió, en suma, y vivió en medio de la pestilencia, maravillado él mismo, al final, de haber salido ileso." (*Los novios*, ed. Cátedra, col. Letras Universales, edición de María Nieves Muñiz, Madrid, 2001, pp. 619-620).

[626] Il Tadino, célebre médico que, encargado junto a un auditor del Tribunale Della Sanità milanés fue enviado a explorar la región y confirmó los temores que había sobre la peste. Manzoni lo uso como fuente historiográfica al escribir *Los Novios*.

[627] "Donde sobresalió una más general y más pronta y constante fidelidad a los difíciles deberes de la circunstancia, fue entre los eclesiásticos." (*Los novios*, capítulo XXXII, ed. Cátedra, col. Letras Universales, edición de María Nieves Muñiz, Madrid, 2001, p.619). Añade Manzoni que más de sesenta párrocos de la ciudad murieron a causa de la peste.

[628] El cardenal Federico Borromeo, primo de San Carlos Borromeo. Fue nombrado arzobispo de Milán por Clemente VIII en 1595.

[629] "Estad prontos a abandonar esta vida mortal, antes que a esta familia, a estos hijos nuestros: id con amor al encuentro de la peste, como a un premio, como a una vida, cuando haya la posibilidad de ganar

¡Fiesta la peste!, se decía el profesor; que no me inviten para ella. ¡Premio la peste!, continuaba, allá esos fanáticos que carguen con el diploma; y seguía tapándose las narices y huyendo que se las pelaba, al tintineo de cualquier vehículo fatal, y poniendo en cuarentena a amigos y correligionarios, y haciendo oídos de mercader al que le pedía socorro, y cerrando las ventanas y la puerta de su casa siempre que podía, y rociando de vinagre y ácido fénico[630] su dormitorio.

En el rigor de la epidemia llegó Canuto con Angelita, y si no iban precisamente alegres, como a una fiesta, ni consideraban aquello como un premio de Navidad, tampoco se presentaron asustadizos y esquivos, ni usaron aquellas precauciones del librepensador. Eran soldados que iban seriamente a la pelea, resueltos a morir si les tocaba, pero no a retroceder por temor a la muerte. Si la fe en otra vida eterna no produjese más resultado que el de estar prontos al sacrificio de la temporal, siempre que es necesario al bien de todos, sería ya indispensable alentarla y, aun no conteniendo nada real, inventar sus piadosas mentiras para mantener en la sociedad el altruismo.

Canuto y Angelita, Barbas tristes y Rosalía, Eduardito y María Josefa, corriendo al peligro con gran riesgo de sus personas, evidenciaban el poder de aquella fe y su saludable acción en las almas; mientras Don Arístides que, obrando lógicamente con sus doctrinas, no creía prudente arriesgar su única vida por los demás, en aquel trance era el ejemplo vivo del egoísmo a que aquéllas conducen forzosamente.

Canuto y Barbas tristes se dedicaron a adoptar grandes medidas generales para atajar el progreso del mal y para auxiliar a la población, que empezaba a sentir los rigores del hambre. Lazaretos para los enfermos, campamentos de salud para los sanos, estufas de desinfección para las ropas, tapiado de calles atascadas, de donde eran sacados los afectados, aislándoles y cortando por completo la comunicación con ellos; hospitales en las afueras para los enfermos de otras clases; dispersión ordenada del vecindario de los barrios a tiendas de campaña a propósito, colocadas extramuros; servicios sanitarios escogidos, medicinas abundantes, cocinas económicas, un nuevo cementerio distante y bien dotado con depósitos de cal viva para las fosas: todo cuanto la ciencia y la previsión humana aconsejan.

Angelita, Rosalía y María Josefa organizaban el servicio de la caridad privada y visitaban a los enfermos, consolaban a las familias, llevábanles alimentos y medicinas y acompañaban a los muertos con sus oraciones. Parecían unidas, firmes y resueltas, como la fe, la esperanza y la caridad, personificación hermosa y atractiva de esas tres virtudes teologales.

Barbas tristes, recorriendo aquella población con Canuto, trasmitiendo sus órdenes, acudiendo a todos lados, como un veterano de aquellas luchas contra el dolor, no acusaba debilidad ni decaimiento; al contrario, su calva cabeza se erguía como la de un San Francisco de Sales[631] y su figura encorvada por los años recobraba el vigor y la

---

un alma para Cristo." (*Los novios*, ed. Cátedra, col. Letras Universales, edición de María Nieves Muñiz, Madrid, 2001, p. 619).

630 *ácido fénico*: fenol, antiséptico poderoso, desinfectante germicida y muy tóxico.

631 Sacerdote francés (1567-1622), fundador en 1618 de la orden de las religiosas de la Visitación (salesas). En 1605 publicó su *Introducción a la vida devota*. Canonizado en 1655, Pío IX lo proclamó en 1887 Doctor de la Iglesia.

exaltación de un San Carlos Borromeo.[632]

¡Quién le hubiera dicho a aquel seminarista de antaño, vacilante y confuso en su celda, con el retrato de Susana escondido entre los pliegues de la beca y el libro de Perronne[633] en la mano, al decidirse a escapar de aquella prisión por el amor de aquella muchacha; quién le hubiera dicho cuando ahorcó los hábitos y cayeron sobre él las maldiciones de su tío y se vio en la calle grandullón y sin blanca y se decidió a dar lecciones de latín y filosofía por unas cuantas monedas de luto, que del corro de aquellos discípulos suyos, llamados *los peripatéticos*, había de salir un ministro, y que él mismo había de salvar triunfante la miseria la oscuridad y los azares de su existencia, para volver a su patria con la aureola del sabio, a librarla de un azote terrible y a ser venerado como santo milagrero, por aquellos que le vieron infeliz y grotesco y le bautizaron con un apodo satírico!

¡Cambios y mudanzas de la fortuna; pero en los cuales el hombre pone mucha parte con sus trabajos y con la tenacidad indomable de su voluntad!

Barbas tristes, sin ir adrede a los lugares de sus viejos recuerdos, tropezaba con ellos a cada paso, en sus visitas a los apestados. Allí estaba el Instituto, con sus antiguos claustros, donde aún pasaban las sombras de sus oyentes; allí se veía la plazoleta de la escuela que Canuto de chiquillo rondaba, y donde el viejo caserón desalquilado amenazaba ruina; allá se adivinaba la antigua droguería de Don Primitivo, convertida en tienda de ropas hechas, y en la plaza de la catedral, frente a la torre cuadrada rematada provisionalmente con un campanario sin flecha ni rotonda, se alzaba el Seminario, mirándose en aquella portada corintia del templo, y en aquellas curvaturas de sus muros, erizados de aspilleras y de almenas para canónigos batalladores.

¡Ay, allí estaba la ilusión perdida también!... Un día, uno de aquellos días de julio, en que la epidemia se cebó más en el vecindario y en que Barbas tristes, rendido de visitar enfermos, descansaba un instante, fue avisado para que acudiese inmediatamente a asistir un caso de peste. El emisario no le dejó hasta que le vio salir, y ambos juntos llegaron a la callejuela de la Bajada. Descensión era, realmente, a un antro, a un casucho que formaba esquina con la plazoletilla a que abocaban esa y otras calles igualmente estrechas. Barbas tristes sintió en aquel sitio un hedor insoportable; aquella red de callejuelas que desembocaban allí estaban encendidas de la epidemia y sólo se oían gritos desgarradores.

Entró por el portal mugriento y oscuro, subió por una escalera angosta y pendiente, cuyos peldaños se hallaban resquebrajados, y se asomó a una habitación casi sin luz, donde un cuerpo se revolvía en un camastro repugnante.

El médico penetró resuelto; allí no había defensa ni ventilación; la muerte le aguardaba en aquella estancia, le acechaba detrás de aquella puerta, entre los pliegues de aquellas sábanas hediondas, en la silla desvencijada puesta junto al jergón, en el aire mefítico todo de aquella tumba. No importaba; la medicina es caridad y la caridad es

---

[632] Carlos Borromeo (1538-1584) fue arzobispo de Milán y cardenal, firme impulsor de la Contrarreforma.

[633] El teólogo italiano Giovanni Perronne (1794-1876), *Perrone* en el original. En el capítulo I de su novela inédita *El diácono Dionisio* escribe sobre el Seminario de Medina Almaria, la Almería de la obra: "ya no sonaban en sus corredores ni en sus cátedras, repetidos por labios juveniles consagrados al aprendizaje de la Teología, los latines de Melchor Cano, ni los párrafos de Perronne".

sacrificio. Barbas tristes sentóse a la cabecera de la moribunda y con su mano huesuda le tomó el pulso. La fiebre la consumía; era una mujer hermosa aún, pero desfigurada por la enfermedad y por la miseria.

Comenzaba a salir de su estupor. El médico, para reconocerla, abrió el único postigo de la alcoba. La luz amarillenta de la tarde dio de lleno en el rostro de la apestada. Barbas tristes retrocedió dos pasos. ¡Era Susana!, ¡la ilusión muerta! Ella no le conoció. Barbas tristes sacó su cartera y escribió dos recetas, que entregó al emisario; sacó luego un frasco del bolsillo y una jeringuilla Pravatz[634] y, tomando en ésta una dosis de aquel líquido, puso una inyección hipodérmica en el brazo de la moribunda. Entonces ella se reanimó, clavó los ojos calenturientos en el doctor, hizo un ademán de sorpresa y pronunció unas palabras y unos gritos incoherentes.

Barbas tristes salió de allí; la recomendó al enfermero; le explicó con interés el plan de su tratamiento y le preguntó al despedirse con afectada serenidad quién era aquella pobre mujer... Cuando el enfermero se lo dijo, el doctor no pudo menos de apoyarse contra la esquina de la calle de la Bajada para no rodar desvanecido. Se repuso, siguió adelante, y al pasar por la puerta de los Perdones[635] de la catedral, que de par en par parecía abierta para todos a la misericordia, entró maquinalmente, cayó de rodillas ante un Cristo y rezó por la moribunda pecadora.

CAPÍTULO VII

Redención

Susana pasó del coma al delirio suave y a la conciencia de sí misma. Le parecía haber visto en sueños, en medio de negras nubes relampagueantes, la figura de un apóstol. Salía de aquel caos, la miraba fijamente, extendía hacia ella la mano huesuda, la cogía del brazo y la levantaba; y la cabeza de aquel apóstol, de aquel anacoreta, era calva, con lo ojos tristes y unas barbas desgreñadas, como de un monje del desierto. Si embargo, aquellas facciones no le eran desconocidas; ello lo vio alguna vez, no sabía dónde, ni cuándo; el ermitaño aquel era una visión amiga que la llamaba al cielo, no un fantasma espantable que llegase a turbar su última hora.

Quiso hablarle, y su lengua seca, pegada al paladar, no pudo articular palabra; de su pecho salieron gritos ahogados, que no fueron comprendidos, y el apóstol, trazando unos signos misteriosos, desapareció hundido en aquel mar de sombras.

El delirio quedaba cortado en aquel punto y luego volvía a comenzar con nuevas alucinaciones. En la alcoba se había hecho un alba serena y, rodeadas de aureolas de luz, habían aparecido tres santas mujeres. Sus manos suaves tocaban las llagas y las curaban, sus dulces palabras sonaban a consuelo, y en sus exhortaciones piadosas había algo de divino. Desaparecieron también, como la sombra del apóstol; pero la luz que

---

[634] El escocés Alexander Word usó por primera vez el 26 de febrero de 1884 para la administración de drogas la jeringa hipodérmica, que había inventado en 1853 Ch. G. Pravaz (1791-1853).

[635] Realizada entre 1759 y 1766, era de madera de nogal de la Alpujarra. Preside su portada el escudo real del milano en obsequio de los Reyes Católicos y el escudo del obispo Fernández de Villalán. Presenta vidrieras, adquiridas en León en 1901, representando a San Indalecio, la Anunciación y las jarras de azucenas, símbolo heráldico de la catedral (J.A. Tapia Garrido, *Almería piedra a piedra. Biografía de la ciudad,* 1970, cap. XXXVII, "El templo", p. 209).

trajeron quedaba allí, difusa, en aquel antro parecido al sepulcro de Lázaro.

Susana había oído distintamente el "Levántate y anda". Incorporada en su camastro, sentíase libertada de aquella losa que la tenía antes inmóvil; su fiebre era más moderada, y en su cuerpo lacerado empezaban a secarse las pústulas. ¿Qué visiones evangélicas eran aquellas que habían pasado por delante de su cerebro? ¿Por qué brindaron sus misericordias a la mujer del lupanar, ni cómo de ella se compadecieron? ¿Qué lenguaje mudo y simbólico habían usado para tocarle tan hondamente en el corazón?

¿De modo que el cielo no estaba cerrado para ella del todo? ¿De suerte que había recibido la visita de mensajeros divinos, que se apiadaban de su estado? Habíase visto al borde de la eternidad con el peso de sus culpas, y todavía acudían a su socorro? ¡Oh! era preciso sacudir la peste del cuerpo y la del alma, levantarse de aquel lecho sanada del todo, oír aquellas invitaciones de lo alto y vivir vida nueva.

Al cabo de dos semanas de convalecencia la enferma salió a la calle. Estaba muy débil; su cabeza había encanecido, y el sol poniente de su belleza se hallaba eclipsado. Andaba con dificultad, se apoyaba en un bastoncillo, y su primera visita, al subir por la calle de la Bajada, fue a la catedral. La puerta de los Perdones estaba abierta todavía, esperándola sin duda. Entró solitaria, se arrodilló ante el Cristo que oyó la plegaria de Barbas tristes, y allí permaneció en muda comunicación con el Divino Maestro, que salvó a la mujer adúltera y perdonó a María Magdalena.

En aquellos días de gran fuerza de la epidemia, mientras esto ocurría con Susana, Don Arístides se encerró definitivamente en su casa de la calle de Elvira, atrancando la puerta y las ventanas y desoyendo recados y súplicas de vecinos y de amigos. Habían muerto muchos de éstos, pagando con el pellejo su irreflexión; pero si bien aquellos golpes de la guadaña le causaban sobresalto, no le movieron a compasión ni a generosidad. Unos cuantos elementos químicos que se disgregan en el gran laboratorio del mundo no eran para inspirar ciertas sensiblerías; los espíritus fuertes y convencidos de la realidad debían mirar esas cosas con calma y procurar solamente no ser de los que recibieran la ponzoña, causa de la descomposición.

A eso se atenía el pedagogo, y por eso guardaba su preciosa existencia en el fondo de la casa, cerrada herméticamente, como elixir en un frasco de tapón esmerilado. Después de todo, su vida era realmente necesaria para él y para la redención de España a la vez. ¿Qué sería del país si la peste arrebataba a los librepensadores? No; ellos tenían no ya derecho a la vida, sino deber ineludible de conservarla, y aquella reclusión de Don Arístides en su domicilio, aquel cerramiento de puertas y ventanas, aquellas fumigaciones de azufre y ácido fénico eran no sólo higiénicas, sino patrióticas.

¡Eso hubiera querido Canuto, el ministrillo hipócrita y solapado, protector de frailes y monjas en medio de los incendios de la revolución social, que hubieran desaparecido de la haz de la tierra los Salomones y los Ascárides y los Lope y los mismos Arístides, constante pesadilla suya! ¡Eso habría deseado, que la peste hubiera cargado con ellos, para consolidar aquel socialismo cristiano votado por la Asamblea, que dejó arrumbada como trasto viejo la soñada República librepensadora y atea, en que consistía la salvación de España!

Por fortuna estaba comprendida la alianza ofensiva y defensiva de aquel socialista machihembrado con la epidemia reinante, y cada librepensador cumpliría con

su deber aislándose, desinfectándose y fumigándose para conservar su integridad química; y una vez que hubiesen salido incólumes, ya vendría la contrarrevolución, o mejor, el encauzamiento de aquel estado de cosas hacia el ideal que aseguraba a Salomón su Presidencia, a Ascárides su cartera, a Lope sus almuerzos en *Lardhy*, y a Don Arístides su gobierno de Miralmar. Para eso se conspiraba; para eso se llegaría a todo, y no faltarían medios de echar abajo aquella componenda de socialismo religioso.

Tal como Canuto había organizado el país, o por lo menos dado la pauta de su organización, esto era insostenible. Expropiación de todos los instrumentos de trabajo, tierras, fábricas y minas; formación de grupos o colectividades trabajadoras; acervo común de los productos; abono en vales de consumo de los trabajos prestados por los individuos de cada colectividad; almacenes municipales; contabilidad rigurosa como las de las casas de banca; los municipios convertidos en sociedades cooperativas y la nación en una gran fábrica de obreros laboriosos, de capataces vigilantes, de administradores íntegros, y de sabios inventores, mecánicos y operarios de la inteligencia, que auxiliaban con sus luces y descubrimientos el trabajo útil de la sociedad; y en medio de todo, los templos alzando sus agujas góticas, los altares servidos por sacerdotes oficiantes, los confesonarios esperando a los penitentes y los conventos abriendo sus puertas a la enseñanza religiosa del pueblo y al trabajo en común de la vida monástica; ¡valiente contradicción, audaz negativa de todo el progreso, traición sin ejemplo hecha a los principios regeneradores del siglo, aparentando cederles todo y conservando para el ultramontismo lo esencial: la educación de la juventud y el dominio de las conciencias!

No, era mejor lo otro: una gran degollina de frailes y monjas; licenciamiento de los curas, para que no se dijese ya misa en ninguna parte; clausura y aun derribo de iglesias y conventos, conservando solamente en pie aquellos que constituyen joyas del arte, "como muestra de la labor perdida en los siglos de oscurantismo"; secularización de la enseñanza, para que cayese la niñez en manos de los Arístides de todas las poblaciones; crianza de hijos cerriles, para lanzarlos por esos mundos de Dios a echar sapos y culebras; y luego, por marco de ese cuadro, la célebre y soñada República burguesa, con sus Cámaras compuestas de paniaguados de Salomón, embutidos en otro encasillado semejante al usado por Tirabeque y apuntados en otro librito como el de éste; con sus gobernadores de provincia sacados de la ralea de los hambrientos de tantos años, sablistas de la calle de Sevilla; con sus Ministerios bien alfombrados y estufados; y con su presupuesto bien dotado que distribuir entre los amigos para indemnizarles de tantos años de ausencia del disfrute del poder. Necesariamente debían Don Arístides y todos los suyos defender sus preciosas vidas de la epidemia, para poder trabajar por esta patriótica y redentora solución.

Desgraciadamente, la peste bubónica no tenía talento ni patriotismo alguno cuando se atrevió a atacar al fin al propio Don Arístides. Había respetado a aquel intrépido Canuto, que todo lo disponía y mangoneaba en Miralmar; a Barbas tristes, que entraba sin vacilar en los más infectos hogares, y a aquellas tres débiles pero valerosas mujeres, Angelita, María Josefa y Rosalía, que aparecían ante el lecho de enfermos y moribundos, como las figuras bíblicas presentadas en los ojos extraviados de Susana; y sin embargo, a través de las rendijas de los cerrados balcones, por el ojo de la cerradura de la puerta, entre el humo de azufre que quemaba en su domicilio y los charcos de agua fenicada[636] de que estaba rociado, la fatal ponzoña llegó al librepensador, que se sintió enfermo una mañana, al despertar azorado después de una noche de negras pesadillas.

[636] *fenicada*: tratada con ácido fénico o fenol.

No creyó desde el primer instante el pedagogo ser presa del temido mal; pensó en una indisposición de otra clase, acompañada de un poco de cefalalgia; pero cuando sintió el lancetazo de un infarto ganglionar debajo del brazo derecho, cuando notó dolores y síntomas semejantes en varias partes de su cuerpo, quedó aterrado y se le aumentó la fiebre con el susto, y echó de menos la ayuda de otras agregaciones químicas, como la de su egregia personalidad, y hasta sintió que no hubiera Virgen ni Dios para pedirles misericordia.

Estaba solo, y se veía entre las garras del mortífero huésped, sin defensa ni salvación. Todos sus amigos huirían de él, con la misma lógica que le sirvió para aislarse de ellos. ¿A quién pedir auxilio en aquel trance? ¿Con qué derecho le diría a nadie: "Ven, entra, aquí hay un apestado que necesita tu ayuda; siéntate al lado de su cabecera, aspira los deletéreos miasmas, cuídale con amor, cúrale las asquerosas pústulas, exponte a morir por él". ¿En nombre de qué principio, ley o suprema razón le hablaría? ¿Por ventura sería escuchado si pedía caridad en nombre de la química orgánica? Y aquellos hombres de sotana, aquellas mujeres de hábito que velaban a la cabecera de sus hermanos en Cristo ¿acaso acudirían al réprobo, al enemigo implacable, al que había intentado incendiar sus iglesias y sus moradas, y le pagarían con amor y solicitud?

Don Arístides, con la cabeza hirviente de fiebre, con las fuerza decaídas, con todo el aparato de la terrible enfermedad, agitado doblemente por estas ideas, sentía que le llamaba el lecho, que tenía que caer en él; pero se resistía mientras no se asegurase la asistencia necesaria; y no teniéndola, salió al balcón como un loco y empezó a lanzar gritos de socorro. La calle de Elvira estaba desierta, y por tres veces clamó inútilmente; pero a la cuarta el mandadero del convento de las religiosas de la Enseñanza, que pasaba por la esquina, detúvose y acudió bajo el balcón donde sonaban los gritos desaforados. Don Arístides le pidió auxilio y le dijo quién era, y el pobre hombre, creyendo que podría ser alma del otro mundo o la peste misma en figura humana, echó a correr y refirió luego a la madre priora lo que había visto y oído.

Con la fuga del mandadero perdió el apestado esperanzas y fuerzas para llamar, y febril en alto grado, tambaleándose, cayó definitivamente en el lecho, medio desnudo, sin aliento ni conciencia para otra cosa. Pronto comenzó a delirar furiosamente: se veía lleno de pústulas sanguinolentas; de cada una brotaba un reptil que alargando su cabeza su flexible cuerpo de ofidio se le enroscaba y le mordía venenoso y de cada mordedura surgían otras cien.

Era imposible aplastarlas, ahogarlas; eran ellos los que subiéndosele a la garganta le oprimían y asfixiaban. Nadie acudía a libertarle y quedó desvanecido y sin aliento entre aquel haz de apretadoras serpientes. Entonces sintió que le tiraban de los pies, que le arrastraban; pero no pudo defenderse, ni lanzar un grito. Sí, le arrastraban no sabía a dónde, cogiéndole de los vestidos con unas manos que parecían garfios, o con unos garfios semejantes a garras de hierro, y rodó, rodó en un antro horrible, donde había mucha carne muerta y donde bullían miles de reptiles semejantes. Allí, dando tumbos, tropezó con un cuerpo rígido, sintió un abrazo galvánico y un beso gélido y cayó del todo en la inconsciencia. Cuando se reanimó algo vio una necrópolis con muchas bocas abiertas para tragar carne putrefacta; intentó pedir socorro, pero los muertos estaban inmóviles en sus montones y en sus sepulcros. Crispóse de terror, creyendo ser enterrado vivo. En sus pupilas vidriosas pintáronse dos hombres: uno de sotana morada y otro de sotana negra, y sintió que se aproximaban a él, que le

libertaban, que le arrancaban de los lazos de aquellas serpientes y de la comunión tremenda con aquellos cuerpos fríos, que le llevaban en hombros y le depositaban en una camilla y que salía por la puerta de aquel cementerio, desde donde los cadáveres, con muecas horribles, le decían adiós.

En fin, atravesando campos oscuros y calles solitarias, todavía presa del delirio, Don Arístides encontrábase en su lecho, velado, asistido cuidadosamente por otra visión espantable: una religiosa con el hábito de la Enseñanza y con el semblante de Sor Ana, cuyas manos de cera virgen le curaban las pústulas y las mordeduras.

Cuando el librepensador recobró el sentido, lo supo todo. A sus voces de socorro, durante la invasión del mal, acudió, después del mandadero del convento, el enfermero civil del barrio, entrando en la casa y encontrando el cuerpo de Don Arístides inerte y casi rígido, avisó al carro fúnebre. En él fue transportado al cementerio entre un montón de cuerpos muertos. El obispo de Miralmar y el cura de Miravilla estaban allí dirigiendo la piadosa tarea de enterrar a los cadáveres, animado a los sepultureros reacios con la palabra y con el ejemplo. Entre aquel montón recién depositado notaron que un cuerpo se movía con crispaduras extrañas; acudieron, le sacaron, estaba vivo y le prestaron todos sus auxilios, depositándole en una camilla. El cura reconoció en aquel rostro a Don Arístides y le acompañó hasta su casa, hasta dejarle en su lecho. Al propio tiempo la priora del convento de la Enseñanza supo, por el mandadero, que el profesor se moría sin asistencia, y dispuso enviar una monja que se la prestase. Sor Ana se brindó la primera y corrió a la cabecera del enfermo; porque Virginia, su amiga, su catecúmena, la hija del propio Don Arístides, había muerto aquella misma mañana víctima de la peste. Vestida de su hábito de estameña, rígida como una momia, pero serena como una santa, la antigua librepensadora conversa fue puesta en el carro del lúgubre tintineo, donde se echó después al pedagogo, ¡y padre e hija sin saberlo habíanse dado, en el fondo oscuro del furgón, aquel abrazo trágico y aquel beso fúnebre!...

El profesor no pudo menos de sollozar al enterarse; de estrechar con gratitud las manos de Sor Ana, al verse asistido delicadamente; y casi estuvo tocado de arrepentimiento como Susana y tentado de ir a arrojarse a los pies del obispo y del cura, ¡que le habían librado de ser enterrado vivo!...

CAPÍTULO VIII

Aquí yace un hombre

La peste había desaparecido y en la catedral de Miralmar se cantaba el Tedeum. Los altares estaban cuajados de luces y flores; la multitud, compuesta de gentes enlutadas, formaba sobre los mármoles de los pavimentos inmensas manchas oscuras. En el Sagrario se hallaba a de manifiesto Su Divina Majestad y en el retablo de la Purísima, la Virgen de alabastro[637] tendía las manos piadosas a su pueblo, cercada la gentil cabeza de corona de oro, y recibiendo del rosetón de enfrente la luz cernida de los vidrios. Oficiaba el obispo de pontifical. Los pocos canónigos salvados de la epidemia ayudaban a la ceremonia. Bajo aquellas arcadas ojivales, bajo aquella rotonda de ventanajes de colores, ante aquel monumento del altar mayor, formado de columnas de ágatas, cobijando la Custodia de oro y rodeado de esculturas de apóstoles y evangelistas, las casullas y las capas pluviales resplandecían, acariciadas por los besos de luz de las figuras bíblicas del óculus[638] de la altura.

Allí estaba el ministro, modestamente confundido en uno de los grupos, con Barbas tristes y con Eduardito, oyendo aquella misa solemne en acción de gracias. La muchedumbre le buscaba en vano en algún rojo sillón del presbiterio, acostumbrada antiguamente a que los próceres, aun los de menor cuantía, ocupasen esos sitios preferentes. También las interesantes figuras de María Josefa, Angelita y Rosalía se mezclaban ante las verjas del altar mayor con las otras damas y mujeres del pueblo. El templo, medio lleno al principio, acabó por cuajarse de fieles hasta el mismo dintel de las puertas. Todo Miralmar se hallaba en él, orando al Dios de las misericordias.

Don Arístides paseaba grave y cejijunto afuera, por delante de la puerta de los Perdones. Alzaba la vista a aquellos elevados muros de sillería de la catedral, carcomidos en parte por las dentelladas de los siglos; fijaba sus ojos en aquellas curvaturas de sus torres y en sus aspilleras, que renovaban los recuerdos de tiempo de lucha con la piratería berberisca; veía las cariátides de la portada y las columnas corintias que la sustentaban, y oía el rumor de los cantos y de los rezos y aun aspiraba el olor de incensario que se exhalaba de aquellas naves.

¡Oh no, él no entraba allí!; él seguía siendo un espíritu fuerte, a pesar de sus momentáneas flaquezas. Verdad que en la congoja de ciertos instantes hubiera querido que existiesen Dios y la Virgen para pedirles amparo; verdad que sin aquellas dos sotanas, morada y negra, su integridad química habríase disuelto, por lamentable error y confusión de los enfermeros civiles, en aquellos días angustiosos; cierto que aquella Sor Ana, de ojos de santa, de palabras de creyente y de manos de virgen, le había curado como una hija cariñosísima, sin temor a perecer en el contagio; pero ésas eran las seducciones del demonio del clericalismo, único demonio en que creía Don Arístides; y después de todo, él, con más entereza que Cabanis[639] y que Broussais,[640] no había

---

[637] J.A. Tapia Garrido en *Almería, piedra a piedra. Biografía de la ciudad* (1970), cap. XXXVII, "El templo", se pregunta: "¿Qué artista esculpió la maravillosa Virgen de la Purísima?" (p. 213).

[638] *óculus:* orificio en el techo, abertura circular como fuente de luz para todo el espacio interior.

[639] El médico y filósofo francés Georges Cabanis (1757-1808), autor de *Tratado de física y moral del hombre* (1802).

[640] El médico francés François Broussais (1772-1838), autor de *Examen de la doctrina médica*.

abjurado en definitiva de su irreligiosidad en su lecho de muerte, y podía disculpar sus debilidades por el fenómeno natural del terror y por la irresponsabilidad del hombre inconsciente y calenturiento. Pasada la crisis, recobraba su valor; era el mismo; no tenía por qué renegar de sus ideas, ni por qué echarse en brazos de los clericales, a los que debía aniquilarse como mala semilla.

Don Arístides, con su chistera ladeada, con su cara satánica, sonreía satisfecho de sí propio. Le habían salvado el fanatismo, la ignorancia, la credulidad de aquellos hábitos y sotanas; pero nada tenía que ver con ellos. En la vida el error de los unos sirve para el triunfo de los otros; en la lucha por la existencia[641] es dable aprovecharse del auxilio del débil para luego pisotearle. La cuestión es salir adelante, sobrepujar a los demás, arrollar a los enemigos; y si nos hicieron algún bien, peor para ellos que fueron tontos y mejor para el que supo sacar partido de sus generosidades. La cuestión, netamente planteada, no era de sentimentalismo sin base racional en nuestras síntesis químico-orgánicas, sino de ideal social. ¿Convenía una sociedad con curas y monjas? ¡No! ¿Era más útil para la regeneración pública y aun para la privada del propio Don Arístides una República atea de Salomón, Ascárides y Lope? Sí. Pues todo lo demás debía quedar anulado y ponerse al servicio de esta causa cuanto fuera preciso.

Sí; él llegaría a todo; aun a lo proyectado por la conjura en las últimas tenebrosas conspiraciones. No había límite moral ni jurídico en la acción necesaria para el triunfo de tan alto propósito. La moral era un destello que todavía nos quedaba de aquellas falsas ideas de un Dios y de una justicia absoluta, como apagadas ciertas lejanísimas estrellas, continúan años y siglos enviando su mentido reflejo. En cuanto a la ley, la hace fuerte el que manda, el que triunfa, y su victoria es legalidad y sólo crimen su fracaso. Luego lo que importa era vencer a todo trance, triunfar por todos los medios, para hacer así la ley a placer y que la victoria de los librepensadores fuese legalidad definitiva.

¡Cuánto contrastaban con aquellos pensamientos, barajados en el cerebro de Don Arístides, los de la plática del buen obispo de Miralmar, que sin elocuencia, con palabra sencilla, hablaba, dentro de la catedral, de un Dios de amor; de caridad y de fraternidad humanas; de la bienaventuranza de los humildes, de los débiles y de los misericordiosos! A la lucha por la existencia, credo del librepensador, oponía el prelado, con sencillez apostólica, desde el púlpito, la lucha por el sacrificio, por el bien, por la caridad evangélica; y del templo salían, como perfume de esas frases, el hálito de los inciensos, y del alma de Don Arístides sólo brotaban siniestras maquinaciones.

¿Qué haría cuando triunfasen los suyos? ¿Pegaría fuego al convento donde se albergaba Sor Ana? ¿Entrarían todos, cuchillo en mano, en aquellos claustros donde la priora dio órdenes inmediatas para que fuesen en su socorro? ¿Daría algún serio disgusto a aquellas religiosas que habían curado solícitas a Virginia hasta recoger su último suspiro, amortajarla y cubrir con el sayal sus pústulas hediondas? ¿Tendría piedad de aquellas tres virtudes teologales llamadas Angelita, María Josefa y Rosalía, ni de la osamenta de Barbas tristes, ni de aquel poquita cosa de Eduardito, ni del odiado Canuto, que había torcido el carro de la revolución de aquella manera, dando al traste con la esperanza de los antiguos gorros frigios? No, no debía haber compasión ni debilidad de carácter con enemigos tan hipócritas y traidores. Eran como la lengua del escorpión: su fortaleza estaba en aquella suavidad, en aquella dulcedumbre, en aquella máscara de bondad y de sacrificio. Ellos hacían todo eso no por amor precisamente al

[641] la lucha por la existencia: *the struggle for life*, principio del darwinismo social.

prójimo, sino por ganar el cielo; de suerte que era una caridad interesada: el prójimo nada tenía que agradecerles.

Decididamente Don Arístides no se sentiría desarmado por aquellos recuerdos de beneficios recibidos, de caridad utilizada, de bienes derramados, sobre él y sobre la ciudad entera durante el tiempo calamitoso, por aquella astuta falange de clericales. La patria no podía quedar en manos de ellos; porque así, con esas artimañas y generosidades falaces, acabarían por absorberlo todo. Con algunas epidemias como la pasada, terminarían señoreándose del alma de las muchedumbres; serían dueños de los grandes centros populosos, de los hogares y de las familias. Había, pues, que dar el golpe de gracia a toda aquella tendencia que, representada por Canuto, dejaba a los republicanos de abolengo con un palmo de narices: sin poder, sin presupuestos y hasta sin votos; a él, Don Arístides, sin gobierno de provincia, y a Lope, su gran amigo, sin gabán de pieles. Y los ojos del pedagogo brillaban de un modo extraño, mientras con las manos cruzadas hacia atrás, sobre los faldones del raído levitín, paseaba delante del pórtico de aquella basílica del siglo XV.[642]

Terminóse el solemne Tedeum, y los fieles comenzaron a salir por ambas puertas de la catedral; por la principal, de par en par abierta para dar paso al obispo y al Cabildo, y por la de los Perdones, de donde en gran chorro se escurrían las gentes humildes, llenado la plazoletilla, las encrucijadas contiguas y la calle de la Bajada. Canuto salió por allí, confundido con la multitud y desapercibido. Los admiradores y los curiosos le esperaban en la otra puerta. A distancia, y separados por los pelotones de gente, iban Barbas tristes y Eduardito. María Josefa, Rosalía y Angelita se detuvieron con gran número de damas, en la capilla de la Virgen de alabastro, para rezar sus últimas preces.

De pronto, cuando mayor era la confusión, se oyó una terrible gritería. La muchedumbre se arremolinó y un hombre deslizóse entre el tumulto sin ser notado. Formóse en el extremo de la plazoleta, un gran corro; acudieron Eduardito y Barbas tristes. Canuto estaba en el suelo, oprimiéndose el pecho con ambas manos, cerca del sitio del corazón, de donde la sangre salía a borbotones. No podían hablar; su cara estaba desfigurada y lívida; la vida se le escapaba con la hemorragia. Barbas tristes le auxilió en el acto con todos los recursos de su ciencia, conteniendo en lo posible la pérdida de sangre y haciéndole un apósito con un jirón de camisa en un abrir y cerrar los ojos.

A los gritos de la multitud, a los llantos de las mujeres del pueblo, Angelita, María Josefa y Rosalía acudieron a la puerta, en que se desarrolló el sangriento suceso. Ya conducían en hombros al moribundo Canuto, hacia el inmediato hospital, cuatro fornidos jóvenes seguidos de Eduardito, de Barbas tristes y de un inmenso gentío, que no permitía distinguir nada a las azoradas mujeres; pero cuando Angelita notó que se le interponían los amigos para no dejarla pasar ni ver cosa alguna, cuando reparó en lo demudado de sus rostros, un vuelco le dio corazón y lanzó un grito de angustia: ¡Mi esposo!, exclamó, ¡mi esposo es la víctima! Y calló de rodillas a la puerta misma de la catedral, llorando amargamente mientras María Josefa y Rosalía, arrasadas en lágrimas también, la sostenían y la auxiliaban.

Aquella angustia la retuvo inmóvil sólo un instante. Se levantó; forcejeando, se abrió paso, y con la parda melena deshecha, corriendo, logró llegar cerca del grupo que

[642] La antigua catedral mezquita se arruinó a raíz del terremoto del 22 de septiembre de 1522.

llevaba al hospital a su marido. Nadie la pudo sujetar: los unos por respeto a su dolor, los otros por reconocimiento de su derecho, los más en vista de su enérgica decisión; y todos entraron tras el moribundo por la puerta de aquel hospital, donde mejor que en parte alguna pudieron grabarse los versos del Dante:

Per me si va nell´eterno dolore.[643]

La herida era mortal de necesidad, y Canuto expiró a los pocos minutos, sin poder pronunciar una palabra, despidiéndose con los ojos sin luz de su amada Angelita, a la que más presentía que veía cerca de su lecho. Arrodillados en torno, estaban Barbas tristes, Eduardito, Rosita y María Josefa. Angelita loca, sollozando sobre el cadáver, cubría de apasionados besos aquellos labios inertes que tantas veces le habían hablado de amor y de soñada felicidad, y en que habían resonado no pocas las más inspiradas estrofas de una musa viril y los párrafos más ardientes de un alma noble y patriótica.

¡Nada hay que tanto nos imponga, que nos dé tan tremenda idea de la muerte y de su arcano como el mutismo eterno de un gran orador! ¡Parece que su palabra es su alma misma, y cuando no resuena ya, ni ha de resonar más en todos los tiempos, nos preguntamos abismados qué se ha hecho del alma aquella! Canuto, inmóvil, con las manos amarillas cruzadas sobre el pecho, con la hermosa cabeza en reposo, con los ojos apagados y los labios mudos, en la gran capilla ardiente en que fue colocado su féretro, inspiraba aquella grave interrogación que jamás ha tenido respuesta.

Todo Miralmar desfiló con respeto y con llanto por delante del cadáver. Sus mismos enemigos de antaño sintieron llegada la hora de los juicios imparciales y de las justas alabanzas. Triste es tener que morir para que se nos rinda el tributo de la verdad, para vernos exentos de sañas y enconos; pero tal es la humana condición, que sólo suspende sus dañinas mordeduras ante los muertos, que ya no pueden estorbar ni hacer sombra.

Algunos se alegrarían del trágico fin del ministro; todos, empero, lo disimularon y la población entera apareció unida y concorde en el sentimiento del dolor, vistiendo sus balcones con negras colgaduras y asistiendo en masa al entierro. Fue éste una solemnidad majestuosa. En modesta caja encerrado iba el amigo del pueblo, el soñador de verdaderas regeneraciones, el desfacedor de eternos agravios, el sacerdote de la justicia, el poeta del ideal, el orador de la patria. Ni carroza, ni caballos empenachados, ni lacayos a la Federica[644] le seguían, por mandato expreso de su testamento; la cruz solamente, en cuya fe comulgó y bajo cuyos brazos quería descansar; y luego el pueblo todo, regando el polvoroso camino con sus lágrimas, como llovizna del cielo, en tarde anubarrada.

Al salir de la ciudad hacia la carretera que lleva al camposanto, las lenguas de las campanas, doblando desde los templos, le dieron su adiós. También la Iglesia lloraba por su amigo, por su defensor, por su creyente. Llegada al cementerio la inmensa comitiva, no hubo discursos ni panegíricos que turbaran la paz religiosa de aquellos lugares. La ciudad muerta, que alzaba frente de la ciudad viva de la lejanía las cúpulas

---

[643] *Divina Comedia, Infierno*, canto III: "Per me si va ne la città dolente, / per me si va ne l´etterno dolore, / per me si va tra la perduta gente".

[644] *a la Federica*: por la emperatriz de Rusia Catalina II (1729-1796), que tenía un enjambre de lacayos y servidores.

de sus capillas y las pirámides de sus cipreses, recibió en silencio al orador mudo; y al ser depositado en su tumba, confundiéronse en un abrazo ambas elocuencias.

Tampoco la fosa de Canuto era de jaspe, ni de mármol, sino de tierra mullida, más a propósito para descansar. Sobre el montículo que formó y que se cercó de verja de hierro, púsose una cruz de piedra sencilla y se plantaron rosales y laureles. Al pie de aquella cruz, se colocó la lápida, que sólo decía estas palabras:

Aquí yace un hombre.

Canuto había testado de su puño y letra. Presintió que hallaría la muerte en el suelo en que recibió la vida. La fábula de Saturno devorando a sus propios hijos[645] se renueva frecuentemente. Esperaba sereno su fin."Morir no es dormir", como decía Hamlet,[646] sino lo contrario: despertar del sueño abrumador de la materia, de las terribles pesadillas del mundo. ¡Hermosa mañana para el espíritu, que no se dejó vencer por los bajos instintos del cuerpo! ¡Dichosa libertad para el alma de conciencia pura que inspiró sus acciones en la justicia y en el bien! Dios existía. No era una ficción de la Humanidad sobrecogida ante el enigma de las causas primeras. Las leyes magníficas del Universo proclamaban a coro un sapientísimo Legislador. Si había leyes para las almas, había justicia, inmortalidad, otra vida donde se cumple lo que queda por hacer en la tierra; fines excelsos de las creaciones; no evoluciones de materia y fuerzas sin plan ulterior y sin objeto. Y si existía un plan universal, la tierra en el Universo cumplía un destino, la Humanidad otro supremo en la tierra, las naciones en la Humanidad el suyo subordinado, uno especial cada hombre en su patria, y la armonía de todos esos fines llevaba a la fraternidad, a la concordia de mundos y corazones. Éste era el amor, ley de atracción de las esferas y de las almas. Por él cesarían las luchas, acabarían los crímenes, vendría el reinado de la razón y del derecho. El cristianismo, religión de amor, era la única verdadera, la sola capaz de unir a la Humanidad con Dios y de revelarnos el destino del mundo. Los pueblos anteriores a Cristo prepararon su advenimiento; los posteriores a él caminaban al ideal de la realización de su doctrina. Él moriría cristiano y creyente, recomendando a su patria no se divorciase jamás de su Dios y de su fe.

El estupor que causó la noticia del asesinato del prócer fue inmenso en toda España- La prensa de todos los matices ensalzaba los méritos del hombre y del estadista; se le creía sin enemigos, sin émulos; sabido su propósito de retirarse de la política apenas votada la nueva Constitución. Se recordaba su popularidad en Miralmar, sus luchas por aquella patria chica, sus sacrificios personales en ella durante la peste, y se preguntaba todo el mundo cómo el puñal del asesino había podido arriesgarse a buscarle allí, en el seno de sus amistades, entre el amor de los suyos, precisamente al salir de aquella fiesta religiosa de acción de gracias por la terminación de la epidemia. Le había respetado en su ciudad el contagio pestífero y, más bárbaro y sañudo, había osado contra él un criminal anónimo.

De ello tenía la culpa el desbarajuste social en que se vivía, y que sólo entraría

---

[645] Temeroso de que puedan disputarle el poder, Saturno, divinidad itálica y romana identificada con el Crono griego, va devorando a sus hijos a medida que nacen. Sólo Júpiter escapa a esta suerte gracias a una treta de su madre, Rea. Habiéndose rebelado contra el padre, logrará destronarlo.

[646] Del famoso monólogo de *Hamlet* que comienza "Ser o no ser…": "Morir, dormir, / dormir… ¡soñar acaso!"….. (edición de M. A. Conejero, Cátedra, Madrid, 1994, pp. 347-351).

en caja con una República regida por Salomón.

En el sitio del asesinato, al lado del cuerpo ensangrentado de Canuto, se había encontrado el puñal alevoso que le causó la herida. Era un puñal damasquinado, antiguo, y no pudo identificarse ni su dueño ni su procedencia. Éste era el único dato que tenían los tribunales; porque el asesino había aprovechado el espanto de la gente para escapar sin ser visto.

Es verdad que también cerca del sitio se halló una chistera apabullada; pero se había demostrado la ninguna relación de ella con el delito; porque resultó ser la de Don Arístides, a quien se le había caído en el tumulto, y en persona el profesor, con frases corteses, se presentó el mismo día a reclamarla del Juzgado. Era parte de su personalidad y no podía de ella prescindir.

Las gentes maliciosas dieron, sin embargo, en murmurar de la vecindad sospechosa del puñal y la chistera. Estos rumores sordos tomaron el carácter de la tempestad, y el profesor fue procesado y preso.

Por fortuna, su inocencia quedó clara como la luz del mediodía, en un juicio por jurados escogidos *ad hoc*, y mediante un discurso aplastante de aquellos que hacían época en el foro.

Salomón fue el abogado defensor, e innecesario es decir que recibió de todos sus partidarios muy expresivas felicitaciones por su triunfo.

El resumen de su discurso defensa era irrebatible: La chistera pertenecía al profesor, indudable; pero nada tenía que ver con el puñal, que había venido no se sabía de dónde, en manos de no se sabía quién, y que lo más probable era que se hubiese clavado en el pecho de Canuto por sí solo.

Así lo demostró con toda suerte de metafísicas el hombre del *yo* y del *no yo*, y las tinieblas volvieron a caer sobre los infolios del proceso.

Con la desaparición de Canuto, la organización socialista recibió un golpe de muerte, y se desvanecieron todos los sueños regeneradores. Tal vez en el seno mismo de la Convención del Trabajo surgieron las discordias, que habían de llevar a aquel régimen a la ruina; tal vez los políticos emigrados aprovecharían la ocasión para volver a ocupar sus puestos con un afortunado movimiento militar, devolviéndonos el imperio de los Baltasares; tal vez Salomón y los suyos lograrían la instauración de su República burguesa, para ofrecer a España nuevas ediciones de los Wilson,[647] de los Panamás,[648] de los procesos de inocentes Dreyfuses[649] y de las persecuciones encarnizadas a las asociaciones católicas en nombre de las libertades de conciencia, de asociación y de

[647] Por Wilson, yerno de Grévy, presidente de la república francesa. Implicado en el escándalo de las condecoraciones, hubo de dimitir el 2 de diciembre de 1887.

[648] Por la crisis de Panamá (1889-1893), que giró en torno a los problemas económicos vividos por la sociedad presidida por Ferdinand de Lesseps (1805-1894) y constituida en 1880 para atravesar el Istmo de Panamá.

[649] Por el caso Dreyfus, famoso asunto de espionaje a favor de Alemania, que dividió a Francia en *dreyfusards* y *antidreyfusards*, en semitas y antisemitas, y en el que tuvo una destacada actuación el escritor naturalista Emilio Zola.

cultos.[650] Si así fue, Lope reconquistaría al fin su gabán de pieles y su cubierto en *Lardhy* o en *Fornos*,[651] y Don Arístides alcanzaría su gobierno de provincia para expulsar a Sor Ana y a toda la comunidad de la Enseñanza, y a aquellos malhechores del cura de Miravilla y del obispo de Miralmar.

Pero tal vez se renovaría el cuento de Fiesco a los genoveses, en el célebre drama de Schiller[652] cuando en una república representativa de los animales, los lobos tenían a su cargo la Hacienda, las palomas presidían los tribunales de justicia, las liebres formaban el ejército, los asnos eran los embajadores y todo andaba alterado y revuelto; hasta que hubo un clamoreo general y acabaron todos, por propia conveniencia, por someterse a un monarca de veras: ¡a un león!

Entretanto, bien muerto estaba Canuto; que se lo comieran los gusanos por do más pecado había:[653] por aquel corazón de necias generosidades y por aquel cerebro de estólidos idealismos.

Solamente sus íntimos llevaron luto años enteros por aquel amigo querido. Rosalía se apenó tanto, que en vez de mitigar agravó el duelo de Barbas tristes; y éste cayó en tal abatimiento, que se temió por su vida. De Angelita no hay que decirlo, a punto estuvo de perder la razón. Pálida y desencajada, fue durante mucho tiempo otra Doña Juana la Loca, siguiendo mentalmente el cortejo fúnebre de su Felipe el Hermoso, y deteniéndose a llorar con sus amigas en las paradas del imaginario viaje, ante los crespones del féretro y el chisporroteo de los cirios, como la doliente figura del inmortal lienzo de Pradilla.[654]

En cuanto a los cuñados de Canuto, sintieron también su muerte.... por tener que ponerse corbatas negras.

En el cementerio de Miralmar, en torno de la cruz de piedra plantada sobre la tumba del caballero Espárrago, crecieron y se entrelazaron los rosales y los laureles, y cuando algún curioso se aproxima, puede leer en la lápida, entre los claros que forman los ramajes adornados de flor, la modesta inscripción:

Aquí yace un hombre.

---

[650] Alude Ledesma al gobierno de Pierre Waldeck-Rousseau (1846-1904) y el ministro Combes. Ya Jules Ferry (1832-1894) defendió un proyecto de ley que prohibía la enseñanza a los miembros de las congregaciones religiosas no autorizadas: jesuitas, dominicos y maristas, y que buscaba, observando el Concordato, "arrancar el alma de la juventud francesa a la Compañía de Jesús". El gobierno impuso la medida a través de dos decretos de 29 y 30 de marzo de 1880.

[651] Famoso café madrileño situado en la calle Peligros. De admirable decorado, acogió numerosas tertulias de literatos y artistas.

[652] *La conjuración de Fiesco* de Schiller (1759-1805) fue escrita entre 1782 y 1783. Fiesco, conde de Lavagna conspira con éxito contra el tirano Giannettino, sobrino del almirante Andrea Doria. Luego, aspirando al poder, se hace proclamar duque. Acabará siendo asesinado por el republicano Verrina.

[653] Versos pertenecientes a una versión del romance "La penitencia del rey Rodrigo": "ya me comen, ya me comen, / por do más pecado había".

[654] El óleo sobre lienzo *Doña Juana la loca* (1877), del Museo del Prado, obra de Francisco Pradilla Ortiz (1848-1921).

¡A pesar de su sencillez, en qué pocas tumbas de varones ilustres pueden escribirse con justicia estas palabras!

Fin el tomo segundo y último

<< Anterior **Inicio**